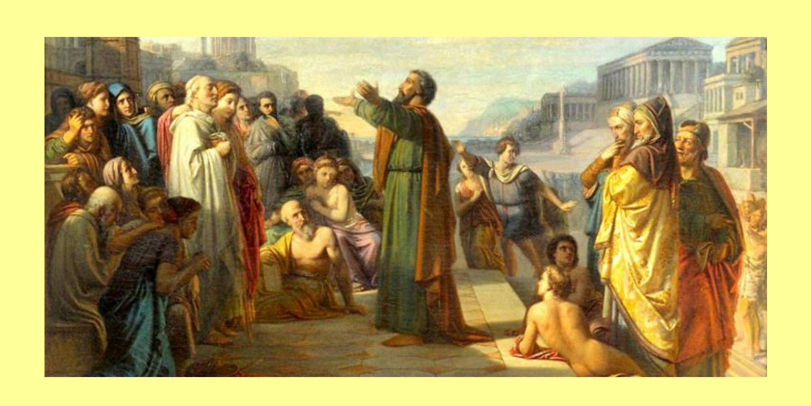
D. Félix Sardá y Salvany

PROPAGANDA CATOLICA

TOMO I

Contiene los cien opúsculos de la Biblioteca Ligera



PROPAGANDA CATÓLICA,

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY,

PRESBÍTERO,

DIRECTOR DE LA REVISTA POPULAR.

TOMO I.

CONTIENE LOS CIEN OPÚSCULOS DE LA BIBLIOTECA LIGERA.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA.



BARCELONA.
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5.
1883.

ÍNDICE.

PRÓLOGO DE ESTA COLECCION.





Ahí van, amigo lector, reunidos y coleccionados, como mejor Dios me ha dado á entender, los varios opúsculos y folletos con que en estos últimos tiempos me he creido en el deber de contribuir á la difusion y defensa de las buenas ideas entre el católico pueblo español. Hélos rotulado con el lema genérico de PROPAGANDA CATÓLICA, que es el único que puede servirles de comun denominador. Distintos en su inmediato y especial objeto; dictados segun la inspiracion de cada hora y de cada momento; motivados por el contínuo vaiven de nuestros sucesos contemporáneos, que crean de contínuo nuevas necesidades y obligan á discurrir de contínuo nuevos remedios con que atender á ellas; diversos en su estilo y forma literaria, segun el asunto que se trata de desenvolver ó el enemigo á quien se ha de combatir, esos librejos y hojas sueltas, por necesidad han de ofrecer, presentados en fila, un conjunto si es no es heterogéneo y abigarrado. Más aún. La ordinaria ligereza y superficialidad de su fondo y forma chocan á primera vista con el aspecto de una edicion algo talluda y voluminosa, viniendo á ser como cuerpos chicos y de infantil desenvoltura, á quienes bien ó mal se acomodase la chupa holgada con que en rigor sólo los padres graves pueden honrarse.

Disimúlale estas y otras tachas á la Coleccion presente, benévolo y juicioso lector, que no da para más ¡alabado sea Dios! el menguado chirúmen mio, ni es caso aquí de pedirle peras al

...mo, ni disparos de artillería gruesa al que sólo nació para humilde escopetero en el ejército de la fe. Allá se las avengan con sus pretensiones literarias y científicas de mayor cuantía, los que esas tengan; que no es pecado tenerlas ó desearlas; mas fuéralo, por lo menos venial, aparentarlas cuando en realidad no se pueden tener. Si hay académicos sillones en el reino de los cielos, á esa honra aspiro, ese el lauro que para mi pobre alma y para la de mis hermanos deseo y espero alcanzar.

Recios son los tiempos, amigo lector; pidámosle tú y yo á Dios depare á tiempos tan malos escritores y apóstoles muy buenos, que sostengan cada dia con nuevos bríos el santo combate de la verdad. Y entre tanto y á par de ellos ayudemos todos con nuestras flacas fuerzas á la comun victoria. A eso obedecen todas y cada una de las páginas de la presente *Coleccion*, y ese es su único mérito: el del buen deseo. Vale.

Sabadell, Mes del Sagrado Corazon de Jesús.—1883.

PROPAGANDA CATÓLICA.

I.

¿HABLEMOS DE RELIGION?



i, amigo mio, querido lector, en cuyas manos por casualidad, ó mejor, por especial disposicion de Dios, ha caido este papelejo, hablemos de Religion; siquiera esta vez, siquiera por un cuarto de hora, siquiera cinco minutos... ¡Es tan corta la vida! ¡Es tan rápido el paso de la muerte! ¡Es tan sério, tan sério lo que se viene despues!

¿Crees en Dios?—Paréceme que sí, me contestas con mal humor, como si la pregunta fuese impertinencia de mal gusto. ¿Tienes alma? Tal vez me dirás que te has ocupado muy poco de ella. Pues bien, te diré colocándome por un momento al nivel de tus dudas y descreimiento; ¡puede que exista Dios! ¡puede que tengas alma! ¡puede que haya otra vida! ¿Y no vale la pena de que te detengas un momento en resolver estas formidables cuestiones? Óyeme, pues. Para tranquilizar tu alma, para asegurar tu suerte, hablemos de Religion, ¿no es verdad, amigo mio? Hablemos de Religion.

¿Y en qué otra cosa pudieras ocuparte que te fuese más personal y propia y que tuviese para tí mayor importancia?

Nada de lo que en el mundo ocurre es tan tuyo ni depende tanto de ti como tu propia alma. Sin ti seguirá su curso la política; sin tí progresarán la industria y la ciencia; sin tí se mantendrá á igual altura el comercio nacional; hasta sin tí se sostendrá tu casa, y hasta, por muy doloroso que te sea pensarlo, sin tí se pasará tu mujer y vivirán tus hijos. ¿Por ventura no vives tú sin notar ya la falta de tus abuelos y ascendientes? En cuanto hayas cerrado los ojos á la vida, se llorará unos dias tu muerte, se recordarán con ternura tus palabras, se hará frecuente mencion de tus actos. Sí, hasta habrá quien te conserve en su corazon como un dulce recuerdo. Pero áun en el propio dia de tu muerte el sol hará su curso acostumbrado sin apercibirse de tu falta; las gentes bullirán como siempre en sus negocios sin notar el hueco que has dejado; y pocos años despues los que más te han amado y te han llorado... reirán, divertiránse, celebrarán sus fiestas y regocijos, exactamente como si tú no faltases en este mundo, como si nunca hubiesen llorado.

En tanto es cierto, ciertísimo que nada tiene importancia verdadera para tí sino tú, que nada debe interesarte sino lo que á tí propio se refiere.—¿Quereis hacerme egoista? me dirás.—Egoista, sí, amigo mio, egoista y avaro de tu eterna felicidad, y ¡ay de quien no empiece por mirar las cosas bajo el punto de vista de este sublime egoismo! ¡Ay de quien no empiece por mirar primero por su propia alma! Todo el mundo prescindirá de tí, amigo mio; por fuerza habrás de prescindir tú de todo el mundo. De quien nunca podrás prescindir será de la muerte, de Dios y de tu propia alma.

Ahora bien. Para llevar á ésta en completa seguridad sólo hay un guia que sepa el camino: es la Religion. Hablemos, pues, de Religion, que es lo más exclusivamente tuyo. ¿No es verdad, amigo mio? Hablemos de Religion.

Pero no sólo por lo que interesa á tu suerte eterna has de ocuparte en este punto, sino áun por lo que mira á tu bienestar temporal. Tienes deberes que cumplir como hombre, como ciudadano, como esposo, como padre, y esos deberes cuyo cumplimiento constituye el órden social, la paz doméstica y el sosiego del corazon, no te los enseñarán ni en el casino, donde matas las horas; ni en el club, donde exaltas

tus pasiones por cosas que no valen dos cuartos; ni en el garito, donde arriesgas tu hacienda, tu honra y tu alma. Esos deberes no te los enseñará el libro perverso, que sólo halaga las groserías de tu carne; ni el periódico impío, que sólo te predica la rebeldía contra la autoridad de Dios y de la ley; ni el falso amigo, que no sabe más que azuzar tus malos instintos. Para aprender esos deberes poco vale la enseñanza de la Universidad ó la de los libros de ciencia humana. Se puede saber mucha física, mucha historia, muchas leyes, mucha medicina y muchas matemáticas, y ser un ignorante en la ciencia de esos deberes, y saber menos que un niño, menos que la más atrasada mujer. Esos deberes sólo hay una ciencia que los enseñe: la ciencia de la Religion. Y al que no posee esta indispensable ciencia, ¿qué le importará saber todas las demás? ¿Qué le importará ser buen trabajador en un arte ú oficio si es mal padre? ¿Qué le valdrá ser famoso médico ó abogado si es perverso esposo? ¿Qué le servirá ser matemático ó astrónomo sutil si es infiel cristiano? No hablo ya de tu suerte eterna, que eso es lo principal; pero áun tu bienestar temporal depende de este punto. Porque no es más feliz en este mundo el más sabio, el más rico ó el más poderoso, sino el más bueno. ¿Y quién ha de enseñarte á serlo sino la Religion? ¿Por qué no habíamos, pues, de hablar así, tú y yo, á solas los dos, unos breves momentos de Religion? Hablemos, pues de Religion, ¿no es verdad, amigo mio? Hablemos de Religion.

Pero áun cuando pudieses sin Religion conocer tus deberes, es absolutamente cierto que sin Religion no podrias practicarlos. Y deberes que sólo se conocen y nunca se practican, no sirven más que para darle al corazon mayor desasosiego y remordimiento. Necesitas, pues, de la Religion para practicarlos. ¿Sabes por qué? Óyeme, y me darás la razon.

El cumplimiento del deber es á veces espinoso y topa con varias dificultades. Para cumplir ciertos deberes es necesario vencerse á sí propio, vencer respetos humanos, vencer intereses personales, resignarse á injustas persecuciones. Y para vencer á estos enemigos se hace preciso luchar, y para luchar en estas luchas es necesaria cierta fortaleza y

buen temple de ánimo, y esta fortaleza y buen temple de ánimo no los da sino la Religion.

Desengáñate, amigo; sin Religion, y Religion firme y probada, es imposible siquiera atajar un mal deseo, perdonar una injuria, abstenerse de una venganza, etc. La condicion del hombre es de suyo inclinada poderosamente al mal; para obrarlo bástale un pequeño impulso, ¡cá! sin impulso siquiera, por su propio peso se va á él, como el acero á un poderoso iman. Mas para apartarse del mal y para dirigirse al bien, ¡ah! ¡cuántos esfuerzos son necesarios! Consejos, preceptos, temor, esperanza, toques interiores de Dios, todo, todo se necesita, y áun á veces es tan rebelde nuestra soberana voluntad, que nada de esto basta. Dime, pues; estos auxiliares que necesitas para obrar el bien y evitar el mal, estos contrapesos con que has de equilibrar el desequilibrio de tu corrompida naturaleza, estos consejos, estos alientos, estas esperanzas del cielo, estos temores del infierno, estas ilustraciones de Dios, estas aldabadas de su gracia, ¿quién te las proporcionará sino la Religion, única que las posee? Con tal fuerte atraccion para el mal y tan escasa atraccion para el bien, en medio de la brava oleada de este mundo, amigo mio, eres hombre al agua sin remedio si no te mantiene á flote ó no te saca á la orilla la mano de la Religion. Te hundes, te hundes sin este celestial salvavidas. Importa, pues, practicar la Religion, y para eso importa antes conocerla. ¿Hablemos, pues, de Religion, amigo mio? Sí, hablemos de Religion.

Puede ser que conozcas de ella lo suficiente para tu uso particular; puede ser, no obstante, que no la conozcas como debe ser en el dia de hoy conocida. Distintos son los deberes del ciudadano en tiempo de paz ó en tiempo de guerra. En tiempo de paz bástale estarse muy quieto en su casa y tener á ciertas horas bien atrancada la puerta de ella; en tiempo de guerra se le hace necesario además proveerse de buena arma y buenas municiones para, si se ve atacado, defenderla. Aplica el caso. Distintos son los deberes del católico en tiempos de paz ó en tiempos de persecucion. En aquellos, bástale conocer de su fe lo preciso para cumplir sus preceptos; en éstos, tócale además estar enterado de ella para saber

sostenerla contra sus impugnadores. ¡ Qué vergüenza ! ¡ Crees en Dios, y no sabes qué responder á quien te llama por esto mentecato ! ¡ Crees en la Iglesia, y no hallas un tapabocas para el insolente que por esto te llama neo! ¡Observas, quizá muy al por menor, todos los Mandamientos, é ignoras de qué modo se responde al libertino que se mofa de ellos ! ¿Y tú eres católico ? Sí, lo eres, pobre amigo mio, pero no como conviene serlo hoy; eres soldado, pero soldado desarmado en medio de enemigos. Y soldado desarmado en medio de enemigos es soldado vencido y prisionero.

—Ya lo veo, es necesario instruirse algo en esas cosas... pero hombre...

—Te entiendo, amigo mio ; necesitas quien te hable de esas cosas del modo que puedas tú comprenderlas, á la pata llana, sin elocuencias retumbantes, sin argumentos traidos tan de lejos que se pierdan de vista. Eso necesitas, ¿no es verdad? Pues á eso me ofrezco yo en lo que valga, y Dios hará lo demás. Acércate tú y escucha, y hablaremos de Religion.

Y luego lo que te he dicho yo á tí en la dulce intimidad y secreto de estas conferencias, eso lo dirás á tu hijo, ó lo referirás á tu amigo, ó lo sacarás á relucir en tus conversaciones, ó lo aprovecharás de cualquier otro modo que te depare la fortuna ó te inspire la caridad, y con tan modesta y diminuta libreria puedes llegar á ser, amigo mio... no te envanezcas del título... un apóstol, sí, un verdadero apóstol de tus hermanos. Y ¡ cuán dichoso tú, si, no contento con defenderte del error, sabes tomar contra él una vigorosa ofensiva para arrancarlo del corazon del prójimo y hacer otra vez reinar en él la verdad, la hermosa verdad, que tal vez por análogos procedimientos fué de allí arrancada! Sí, porque las grandes conversiones, despues de Dios, principal resorte de ellas, son hijas muchas veces de una casualidad (así la llaman las gentes), de una palabra que se oyó, de una atinada observacion que se hizo, de un caso oportunamente referido, porque la gracia es sutil, y poca cosa necesita para abrir brecha en nuestras almas, cuando Dios la sopla. Y ¿quién sabe si una palabra tuya ó un librito de estos habrán de ser ocasion ó instrumento un dia de alguna de esas secretas con-

quistas? ¿Con que no te seduce el plan? Vaya, pues, amigo mio, acércate un rato: hablemos de Religion.

De fijo dedicas cada dia un rato á la lectura del periódico político que te calienta la cabeza ó te pervierte el corazon, ó cuando menos te roba un tiempo precioso.

Tal vez se te pasan las horas muertas con una bendita novela que alborota tus nervios ó fatiga tu imaginacion, llenándola de vanas si no de culpables ilusiones.

Quizá pierdes un tiempo precioso en el café, charlando con cuatro amigos de lo que no entiendes, arreglando á tu sabor la descompuesta máquina del mundo, ó murmurando de tu prójimo, ó, lo que fuera peor, saboreando el atractivo de escandalosa conversacion.

O puede que tal vez hasta te fastidies sin saber en qué matar el tiempo que te dejan libre tus ocupaciones, ó en la larga velada de invierno, ó en la pesada tarde de verano, ó en el dia de mal humor, ó en las horas monótonas de viaje...

Oyeme, pues: para tales casos me ofrezco á ser tu amigo y á darte por medio de opúsculos como el presente, si no sábia, á lo menos cariñosa y provechosísima conversacion. Tráeme en el bolsillo, aunque sea entre los fósforos y la petaca. Ténme en tu taller, aunque sea revuelto entre las herramientas del oficio; concédeme un rincon en tu hogar, aunque sea entre los cacharros de la cocina. Y con tus amigos y tu familia, ríete de mí y búrlate y critícame y muérdeme y desuéllame... con tal que me oigas.

Quizá un dia, lector ó lectora, pobre ó rico, rudo ó sabio, niño ó viejo, quizá algun dia... no te duela, sino que te alegre y regocije el alma, el que te haya hablado yo de Religion. ¡Quién sabe!

Con que, vamos al fin: para hoy y algunas otras veces, ¿aceptas el trato, amigo mio? ¿Hablemos de Religion?

II.

¿RELIGION? ¿QUIÉN SE OCUPA EN ESO?

UITA allá, amigo Pablo: mira; hablemos de otros asuntos y tengamos la fiesta en paz. No me muelas con tu bendito sermoneo, que cierto más pareces en ocasiones fraile capuchino que jóven del dia. Doblemos la hoja y dejémonos de Religion.

—Pues vaya, Juan, que en esto no he de seguirte el humor, por más que digas. No he nacido para predicador, ya lo sabes; juntos hemos hecho nuestra carrera industrial, y somos desde muchachos amigos íntimos. Que no soy fraile ni Cura, harto lo sabes tú y lo saben todos. Pero si vamos á decir verdad, he oido mucho, muchísimo en cafés, clubs y talleres; he leido mucho, muchísimo de ese papel que se imprime todos los dias; y porque soy franco como buen español de los que llaman al pan pan y al vino vino, te diré que he acabado por ver bastante claro en una porcion de cuestiones en que muchos de mis compañeros ven por desgracia poco y muy turbio. Así que, empecé á conocer que lo cortés no quitaba nada á lo valiente, que se podia muy bien ser jóven del siglo XIX y tener Religion, y honradez, y costumbres cristianas como en cualquier otro siglo. Sé que no eres tú de mi parecer, y por esto procuro llevar siempre la conversacion á este terreno. Conozco tu buen corazon, y que sólo por seguir la maldita corriente haces profesion de malvado sin serlo. Haces alardes de impiedad por seguir la moda. Más noble y más generoso es oponerse decididamente á ella cuando hay un deber en hacerlo.

—¡Bah! ¡bah! ¿y toda esa indignacion y toda esa retórica para abochornarme al fin porque no sigo tus devociones y beaterías? Mira, Pablo, cásate y véte con esas cuentas á tu mujer. Pero si no quieres molerme, no me hables una sílaba

más de Religion. ¿Quién se ocupa hoy en semejantes tonterías? ¿Mujeres y viejos? ¿Los niños en la escuela? A bien que un dia quizá lo arregle el Gobierno secularizando la enseñanza.

—Óyeme, Juan; eres en todo un hombre de formalidad. ¿Quieres prometérmela siquiera por quince minutos?

—Vaya en gracia, con tal que concluyas.

—¿Has dicho que no tenia maldita *importancia* eso de la Religion?

—Lo he dicho y lo repito. Da una ojeada sobre el mundo actual. Transacciones mercantiles, elaboracion de nuevos productos, perfeccionamiento de máquinas, descubrimientos científicos, explotacion de minas, carriles y canales, la Bolsa, la política, lo positivo, en una palabra, lo que se ve y lo que se toca, eso, eso tiene importancia, eso pesa en la balanza del siglo, eso llama la atencion. Por eso se fatigan los hombres, y se mueren, y se matan unos á otros. Eso conmueve al mundo, eso tiene en actividad á todas las clases sociales. Prueba concluyente de que eso únicamente tiene importancia. ¡La Religion! ¿Quién se da pena por ella? Lo dicho, los viejos y las mujeres. ¡Ah! me olvidaba: los Curas, que calientan con ella su puchero.

—Soberbio cuadro acabas de pintar, y la última pincelada magnífica. Así me gusta. El calor y el entusiasmo con que defiendes tu errada opinion lo prefiero mil veces á la frialdad y desden del indiferentismo. Pero ahora me toca entrar á mí. Tu argumento se reduce á lo siguiente: Nadie da importancia alguna á la Religion. Luego la Religion es cosa que no tiene importancia alguna. Juan, ¿es esto ó no?

—Esto es.

—Pues bien; tu argumento es falso por dos razones. Primera, porque una cosa cualquiera no tiene importancia ó deja de tenerla porque se la dén las gentes ó dejen de dársela. ¿Estás? La experiencia de cada dia te enseñará que no sé por qué caprichos la gente empieza á dar muchas veces gran importancia á cosas que ninguna tienen. ¿Has visto bailar el can-can?

—¡Por vida de san Bailon! Cuatrocientas veces por lo menos.

—Pues ahí verás; ciertas gentes se mueren por él y le dan no poca importancia. ¿Y crees tú que tiene alguna?

—Ni maldita la gracia. La salsa que se le pone es el todo.

—Pues bien, ahí tienes el caso de una cosa que tiene muy poca importancia, y á la cual, sin embargo, se le ha dado en estos últimos años muy grande. Luego puede ser tambien al revés, que una cosa tenga realmente en sí grande importancia, por más que las gentes no se la dén como merece. Luego, aunque el mundo no diese gran importancia á la Religion, esto no probaria que la Religion no la tuviese, y mucha: probaria sólo que el mundo no sabe lo que se pesca. ¿Qué respondes?

—Nada, Pablo, que tienes razon.

—Pues aún no la has visto toda. Decias tú: «Nadie da importancia á las cuestiones de Religion, nadie piensa en eso. Toda la atencion la roban los intereses materiales, únicos positivos. El mundo es positivista.» Te he hecho ver que, aunque esto fuese verdad, no probaria lo que tú supones. Pero no, no lo es, no es verdad lo que tú te figuras, no es verdad que nadie se ocupe de Religion, no es verdad que nadie piense en ella más que los viejos, Curas y mujeres. Es falso que el mundo se ocupe sólo de intereses materiales. En esto como en todo cada uno ve los objetos del color de sus anteojos. Eres indiferente, y lo ves todo del color de la indiferencia. Es preciso que te desengañes, Juan; para el mundo en el siglo XIX son cuestiones áun de primera importancia las cuestiones de Religion.

—Tú dirás; por mi parte no lo veo así, y dudo me convenzas.

—Sí, amigo mio, lo diré, y espero convencerte con tal que te pongas de buena fe. Sígueme en un paseo que juntos vamos á dar por el mundo entero, sin movernos, por supuesto, de este sitio. ¿Qué es lo que trae revueltos á los pueblos y mohina años há á la diplomacia europea? Poca cosa, si bien se mira. Una mera cuestion religiosa. La del Pontificado. Unos para acabar con él, otros para defenderle, todos andan á vueltas con el Papa y con la cuestion de Roma. El mundo está conmovido por esta sola cuestion. Es cuestion religiosa. ¿Tienen ó no importancia en este siglo las cuestiones de Religion?

¿Has seguido con interés la marcha del Parlamento esp: ñol en estos últimos años? ¿Cuáles han sido las sesion‹ más borrascosas? ¿Sobre qué puntos se han pronunciado l‹ discursos más elocuentes y las más fieras invectivas? ¿Cuár do estuvieron más llenas las públicas tribunas? Reparal bien; cuando se ha tratado una cuestion religiosa. Recuerc los debates sobre la libertad de cultos. Si no la hubiese creido de importancia, no la hubieran tratado con tanto er peño. Díme ahora: ¿tienen ó no importancia en nuestro s glo las cuestiones religiosas?

Supongo que lees periódicos. Buenos ó malos, no ha uno de ellos que no trate cada dia de Religion. ¿Por qué : ocupan de ella hasta los ateos? Porque dan sin duda muct importancia á este asunto. ¿Se ocupan de los negocios d: emperador de la China? No, porque nada les importan. Lu go, áun en nuestro siglo y entre ateos, tienen mucha impo portancia las cuestiones religiosas.

Éntrate en una imprenta ó tienda de libros. Recorre aqu llos estantes ó almacenes. Obras de ciencias, artes, letra diversion, etc., etc. Pero un sesenta por ciento de aquell: obras son obras de Religion. Obras combatiéndola, obr: defendiéndola, obras recomendándola ó explicándola; m: nuales de piedad, ejercicios devotos... ¿Por qué invierten : capital los libreros en tan abundante surtido de obras rel giosas? Claro; porque esto, te responderán, es lo que : vende. Pregúntaselo á uno de ellos. Te dirá que las obr: que tienen más salida son las obras de Religion. ¿Tiene ó r importancia en este siglo la Religion?

¿Has viajado poco ó mucho? Pues mira, en nada se oc pan tanto las artes como en asuntos de Religion. La escu tura vive principalmente trabajando sobre asuntos religi sos, la pintura no cesa de dar cuadros y más cuadros sob Religion, la arquitectura se ve obligada á citar á cada pa: como los mejores modelos los edificios religiosos. La Rel gion da vida, áun hoy, á todos los artistas. ¿Tiene ó no tier importancia en este siglo la Religion?

Entra en academias y ateneos. Apenas aciertan sus indiv duos á tratar otros puntos que los puntos religiosos ó lig dos con la Religion. Entra en los clubs: el ciudadano orad

más habla en ellos de los Curas y de la Religion que de la República. Escucha las conversaciones del taller. No hay grupo de trabajadores que no trate cien veces al dia de esas materias. Hasta los romances de ciego hablan de Religion. Hasta en las cajitas de fósforos se ponen ataques contra la Religion. No puedo dar un paso sin que me salga al encuentro una cuestion religiosa. De suerte que entre los siglos de polémica religiosa figurará indudablemente como el principal nuestro siglo XIX. Y ¿te atreverás aún á suponer que no tienen importancia para nuestro siglo las cosas de Religion? ¿En qué se conoce, pues, la importancia de una cosa sino en que se ocupen todos los entendimientos de ella, y hablen de ella todos los libros, y la revuelvan á derecha é izquierda todos los periódicos?

De suerte que, mirando las cosas sin pasion y como son en sí, hallarémos que por mucha que sea la tibieza y flojedad de muchos hombres tocante á las prácticas religiosas, nunca tal vez hubo menos *indiferentes* que hoy dia. Hoy casi todos han tomado ya un partido, unos en pro y otros en contra; nadie se contenta con mirar tranquilamente la lucha; apenas hay más que amigos y enemigos. ¿Y dirás que no se da importancia á la Religion?

Nuestro siglo da, pues, mucha, muchísima importancia á estas materias, y es lástima no se la dés tú tambien como debieras.

De Religion he de hablarte, pues, quieras ó no quieras, y en este punto acabarás por darme la razon. Verás como casi siempre se desprecia á la Religion porque no se la conoce,. otras veces se la odia porque mortifica; hé aquí todas las sublimes razones de la incredulidad. O ignorancia crasa, ó ganas de vivir con libertad. Y aún más frecuentemente lo segundo que lo primero.

¿No es verdad, amigo mio, que tendria menos adversarios la verdadera fe si tuviese menos preceptos? ¿si fuese algo más condescendiente? ¿si hiciese la vista gorda sobre ciertas flaquezas? ¿si no tuviese intimaciones tan sérias? A cierto jóven de broma le oí decir, y me hizo gracia, que todo el *quid* de la incredulidad en materias religiosas, más estaba en los *Mandamientos* que en el *Credo*. ¡Cáspita si tenia razon el

muchacho! Aun si hubiese añadido que el dicho *quid* no estaba en todos los Mandamientos, sino á lo más en uno ó dos, hubiera dado mejor en el hito de la dificultad. Mira hasta en esto se conoce que tiene importancia la Religion. Sí, señor, la tiene, puesto que os causa remordimientos, y por esto daríais cualquier cosa por deshaceros de ella. ¡Es claro, como punza tanto su espina! ¡Y es tan elocuente y enojosa su voz! Vaya, Juan, y no te acalores por esto, no me negarás que alguna vez has sentido aquella espina y oido esta poderosa voz.

—Sí, amigo, cierto es, y le debo algunas horas de mal humor; no puedo negarlo. Al fin uno es hombre.

—Oye, pues; á ese malhumor saludable, á esa voz que no se ahoga tan fácilmente, deberás tal vez tu salvacion y tu felicidad si no te haces sordo á ella. Confiesa, por de pronto, que tiene la Religion alguna importancia y que vale la pena de ser escuchada. Conversemos, pues, á menudo sobre Religion, y si te empeñas, discutámosla. No con la discusion que parte de la duda ó que la supone, sino con la que da por asegurada la certeza y edifica sobre ella. No necesito yo asegurarme de mi fe, pues no vacilo en ella, ¡líbreme Dios! pero me tendré por muy dichoso si logro desvanecer tus preocupaciones, aclarar tus oscuridades, satisfacer tus escrúpulos.

—¿Escrúpulos? ¡já! ¡já! ¡já! ¿Con que me tomas por escrupuloso? ¡Seria cosa de ver en el hijo de mi madre!

—Cosa de ver seria, pero no rara ni del otro mundo. Nadie más preocupado que los despreocupados, nadie más escrupuloso en admitir ciertas verdades que los hombres de ancha tragadera, que en lo demás pasan por todo ó todo les pasa. Repito que es una grande obra de caridad desvanecer los escrúpulos de los pobres incrédulos. A ver si en todo ó en parte desvanezco los tuyos...

—Cuidado, cuidado con prometerse fáciles victorias.

—Más altos castillos ha derribado la mano de Dios. A Él toda gloria y en Él toda esperanza.

—Agur, pues, y hasta la vista.

—Hasta la próxima.

III.

¿EN QUE QUEDAMOS: HAY Ó NO HAY DIOS?


RANSE aquellos dias en que adquiria un famoso ateo catalan su tristísima celebridad. Su grito de *Guerra á Dios* habia resonado de un ángulo á otro de la Península, y el desventurado que lo hiciera como su programa electoral habia logrado con esto colocarse realmente á la cabeza de todos los revolucionarios y agitadores españoles. El público que, ávido de novedades, acudia cada noche para oirle al club, quedaba como fascinado cuando, encarándose el infeliz con el cielo y sacando de su bolsillo el reloj, clamaba como un energúmeno: «¡No existes! Y si existes te doy cinco minutos de plazo para que me aplastes!» Y dejaba transcurrir los cinco minutos, y volvíase el blasfemo á sus oyentes, diciéndoles frescamente: «Pues señores, ya lo veis; no me ha aplastado; luego no existe ese Dios.» ¡Como si Dios debiese creerse obligado á responder á los desafíos ridículos del vil gusano, criatura suya! ¡O como si el que es dueño de la eternidad necesitase sus plazos de cinco minutos para hacerle sentir el peso de su justicia! Lo cierto es, empero, que el golpe de efecto del orador producia el suyo entre los oyentes, y muchos que habian oido sin conmoverse los vanos razonamientos de su perorata, sentian como vacilar sus viejas creencias ante el espantoso rasgo de audacia de aquel desventurado.

Dos amigos mios, jóvenes ambos y ambos trabajadores, salian, como tantos otros, una noche del rabioso club á donde les habia llevado, más que la perversidad del corazon, la maldita curiosidad de oirlo todo y de saberlo todo, que desde Eva hasta acá ha perdido á tantos incautos. Salian ambos, como digo, y ya en la Rambla, templadas algo con el frescor de la noche sus cabezas calenturientas, le decia el uno al otro entre agitado y temeroso:

—Con que al fin ¿en qué quedamos: hay ó no hay Dios?

—Tú dirás, Anton; que yo por mi parte me siento más inclinado que nunca á creer en Él y adorarle.

—¡Hombre! ¡me gusta la salida! ¿De veras ó de broma?

—De veras, Anton, muy de veras; ó sino escúchame unos momentos, y verás si tengo ó no algo de razon.

—A ver.

—Dos horas largas nos ha estado predicando ese famoso ateo para convencernos de que no hay Dios; ¿qué ha venido á decir en suma para probarlo? Nada; que no le hay, que no le hay; que es invencion todo de Curas y frailes, que sí señor, que él lo dice, y punto redondo. Y mientras así se despachaba á su gusto y palmoteábais vosotros entusiasmados á cada final de período, decíame yo para mis adentros:

«Este hombre, y á lo más una docena como él, me dicen que no hay Dios. Todos los hombres de todos los siglos y de todos los países han convenido al revés en decir que hay Dios y en reconocerle, temerle y adorarle. ¿Qué debe, pues, pesar más, áun en mi flaco caletre de obrero sin instruccion: el testimonio de estos diez ó doce hombres que declaman como borrachos de rabia contra lo mismo que dicen que no existe, ó el testimonio tranquilo, sereno, sosegado, de todos los hombres de sesenta siglos que á una me aseguran que sí? Luego debo creer que hay Dios.»

—Es verdad: así resolveríamos en cualquier otro asunto.

—Hay más aún. El ateo que está hablando y los demás que hablan como él, negando la existencia de Dios, naturalmente favorecen la vida ancha, procuran descargarse de un peso molesto, halagan los instintos del apetito desenfrenado, son como el ladron que grita: ¡Abajo la justicia! porque sabe que la justicia es la que le da cuidado. Todos los demás hombres que creen en Dios, al revés, creyendo en Él se imponen el deber de obedecerle, de mortificar sus pasiones, de refrenar sus deseos, de privarse de muchas cosas que naturalmente gustan y halagan. Ahora, pues, entre unos pocos que dicen: ¡No hay Dios! porque eso los libra de trabas y ataduras, y un sin fin que dicen: ¡Hay Dios! á pesar de que el creerlo les impone sérios deberes, les ata corto, les priva de lo más apetitoso de la vida, ¿á quiénes debemos seguir?

Entre el ladron que dice: ¡No debe haber justicia! y el hombre honrado que dice: ¡Debe haberla! ¿á quién tendrias tú por sospechoso de hablar por pura pasion y por miras interesadas?

—Es claro que al ladron.

—Pues aplica el cuento, y díme qué caso hemos de hacer de los que dicen que no hay Dios, simplemente porque á ellos les convendria mucho que no le hubiese.

—Claro, claro.

—Además. Esas cosas de Dios, decia aquel ateo, las han inventado los Curas para su provecho y para tener sujeto el mundo á sus miras bastardas. Y pensé yo al punto: Si los Curas inventaron eso de Dios, señal de que antes de inventarse eso de Dios habia ya Curas en el mundo. Y pregunto yo: ¿De quién eran Curas aquellos Curas antes que inventasen é hiciesen creer al pueblo ese Dios que diz que ellos han inventado? Hé aquí un raciocinio muy sencillo, pero que no tiene salida. ¿A qué venian esos Curas si no habia Dios de quien lo fuesen, antes que á ellos les ocurriese el inventarlo? Es lo mismo que si dijese un cualquiera: Los hijos inventaron eso de que debemos creer en un padre. Le preguntaríamos al punto: Y el primer hijo que inventó eso ¿de quién era hijo sino de un padre? Repito, pues; el primer Cura ó congreso de Curas que inventó á Dios ¿de quién era Cura si antes no era conocido Dios?

—Verdaderamente el ateo hubo de tocar aquí el violon.

—Hay más aún. Los que dicen que no hay Dios se limitan á afirmarlo bajo su honrada palabra, sin dar prueba alguna de su doctrina. Los que dicen que hay Dios, al revés, dan de ello muchísimas pruebas, ó mejor, de todo lo que ven se apresuran á sacar prueba.

—¡Hombre! ¡hombre! aquí me gustaria te explicases con alguna extension. Yo nunca oí esas pruebas, y temo que todo se reduzca al fin á aspavientos de fraile que nos amenaza con el infierno si no creemos, lo mismito que el ateo nos aterra con la reaccion y las cadenas si no dejamos de creer.

—¿Pruebas? ¡Válgame Dios! Los que creen en Él saben sacarlas, como te he dicho, de todas partes. Estamos frente al teatro, ¿no es verdad? y se da ahora allí la funcion de grande espectáculo que rezan los carteles. Yo creo que más que eso se predica allí la existencia de Dios.

—Al diablo con la ocurrencia.

—Será lo que quieras, pero escucha y riete despues. Se da aqui gran funcion. Una decoracion magnífica que tiene admirados á los espectadores. Soberbios palacios, majestuosas arboledas, la luna derramando sobre ellas al través de apiñadas nubes su melancólica claridad, el rio reflejándola allá lejos bajo los arcos del fantástico puente; la ilusion es completa, la impresion sublime: es la naturaleza reproducida sobre las tablas por el genio del pintor y la destreza del tramoyista. El público, loco de entusiasmo, palmotea y pide á gritos que salga el pintor. Supon ahora que en vez de salir el pintor á recibir el premio de su habilidad, sale un bobo al escenario, y dice que no hay tal pintor; que aquello que tanto entusiasma al público inteligente se hizo por sí solo en los almacenes del teatro; que no medió en ello ni mano habilísima que manejase el pincel, ni imaginacion artística que calculase los efectos de la perspectiva, ni siquiera quien clavase las telas en el bastidor, ni siquiera ganapan que tirase de las cuerdas para producir el cambio de decoraciones. Que en suma no hay allí mérito de nadie, que la cosa se hace y sale y se mueve *porque sí*, y paz con todos. ¿Qué le responderia el público á ese bruto animal?

—O lo tomaria á broma y seguiria gritando: ¡Que salga el pintor! ó lo recibiria como burla, y sacaria á naranjazos de la escena al insolente.

—Pues es claro. Pero repara ahora la inconsecuencia de esos benditos ateos. El mundo ofrece indudablemente mejores cambios de decoracion que el primer teatro de Europa: la noche y el dia, la aurora y la tarde, los valles y las montañas, la tempestad y el azul de los cielos, el rico otoño y la florida primavera, son cuadros soberbios que el artista se tiene por inspirado cuando siquiera de lejos consigue imitar. Y dice el buen sentido del género humano: Grande, sabio y poderoso debe de ser el Autor de todo eso; y para darle un nombre le llama Dios, y admirado y agradecido levanta el grito, y dice: ¡Gloria á Dios! Y hé aqui que sale el ateo y dice: ¡No hay tal Dios! Es decir: hay pinceladas magníficas, pero no hay mano de supremo artista que haya manejado el pincel: hay sol y luna que alumbra con sus resplandores

el dia y la noche, pero no hay quien haya encendido en medio del cielo esos brillantes faros: hay órden en la sucesion de los dias y estaciones, pero no hay sapientísimo director de escena que haya ideado tales movimientos: hay asombrosa regularidad, pero no hay poder oculto que mueva y regule... Dime, ¿te parece menos digno de silba y naranjazos el que de la decoracion del mundo dice todo esto, que el otro que se atrevió á decirlo de la decoracion de lienzo y cartones del espectáculo teatral?

—Realmente: el género humano discurre mejor que los ateos *ilustrados* que pretenden despreocuparle.

—Pues bien. Repara ahora que el argumento que te he sacado yo del teatro, por la casualidad de que estuviésemos pasando ahora delante de él, puedes sacarlo de todo; de todo, amigo mio, porque todo pregona la existencia de Dios. ¿Señalaria las horas tu reloj si no le dieses cuerda cada dia? No; pues bien, el mundo las señala con una exactitud pasmosa, y el sol, que viene á ser la péndola incesante de ese reloj, acredita que hay una mano que supo darle cuerda por mucho tiempo.

—¡Verdad! ¡verdad!

—¿No es, pues, ridículo que tras esto nos venga á última hora un desdichado que, desmintiendo á la naturaleza, desmintiendo al género humano, desmintiendo á las voces de su propio corazon, se empeñe en convencernos y en convencerse á sí propio de que no hay Dios, y que exija que le creamos porque él lo asegura, cuando todo á nuestro rededor nos muestra su firma y glorifica su santo nombre? Escucha estas voces, Anton, y déjate de cuentos y de necedades de club: escucha estas voces, que á todas horas te están diciendo que hay Dios. ¡Qué bien dijo á este propósito un moderno poeta, y cierto no cura, ni fraile, ni neo!

¡Que de Dios pueda un hombre haber dudado!
Yo, si me siento triste ó angustiado,
Corro al balcon en alas del deseo,
Miro al cielo estrellado...
Y no sé como es, pero le veo.

¿No has reparado, finalmente, una cosa, Anton?

Al hombre impio la primera frase que le pone en los labios la indignacion ó la cólera, es la blasfemia, es decir, no la negacion de Dios, sino el insulto á Dios, que es cosa muy distinta. Y al revés, al creyente, el primer grito que le sale del pecho en un momento de angustia ó de desaliento es el grito: ¡Ay Dios!... ¡Dios mio!... ú otros semejantes.

—Bien, pero, ¿qué sacas de aquí? Una de tantas preocupaciones...

—¡Ca! amigo mio: precisamente nunca se muestra el alma humana tan desnuda de preocupaciones y de respetos humanos como en esos instantes en que la embarga un sentimiento profundo, que ni siquiera le permite raciocinar ni darse cuenta de lo que en sí propia pasa. Entonces habla, por decirlo así, con su acento espontáneo y natural, no con el convencional y postizo que le prestan otras veces las conveniencias sociales ó los frios sistemas; entonces da paso, sin sentirlo apenas, á lo que hay en el fondo de su propio sér, á lo que tiene allí innato, no recibido por la educacion, no adquirido con laboriosos estudios, no impuesto por las costumbres y trato de las gentes.

—¡Oh! ¡cierto! ¡cierto!

—Pero ¡ay! sabido es que el hombre puede cerrar sus oidos á la voz del corazon y sus ojos á la luz de la más sana filosofía, y tergiversar los más sólidos principios, y oscurecer las más palmarias verdades. ¿No ha habido por ventura quien á fuerza de sofismas ha llegado á convencerse de que es falsa y puramente ideal su propia existencia; y no obstante se siente él mismo vivir y pensar y andar?

Llegaron con esto ambos amigos á donde debian separarse, y lo hicieron más convencidos que nunca de la existencia de Dios. Desde entonces, cuando en el taller ó en el café oyen sobre este punto disparates de cierto calibre, échanse á reir y dícense guiñando el ojo: «¡Bravo! nuevo ateo tenemos en campaña! ¡A ver si con sus peregrinas razones contra Dios nos deja al fin, como el otro, más firmes que nunca en la verdad de su existencia!»

IV.

LA RAZON DE LA SINRAZON.

E gustan los ateos, sí, señor, porque son francos á lo menos. ¡Guerra á Dios! dicen; y luego, sin darse casi tiempo para respirar, añaden á grito herido: ¡Ancha Castilla! ¡Viva la libertad! Me gustan porque son francos, y sueltan la blasfemia, y se apresuran á darnos luego la razon de ella y á dejarla bien justificada: hé aquí por qué á estas cuatro líneas destinadas, amigo lector, á ponerte al corriente de las causas secretas del ateismo, les he puesto por lema las sabidas palabras que tan entusiasmado traian allá en sus buenos tiempos al inmortal D. Quijote: *La razon de la sinrazon.*

—¡Hombre! me decia dias atrás un mi amigo, ligero de cascos, con quien me encuentro de vez en cuando; si tan absurdo y fuera de razon es el ateismo, ¿cómo hay ateos siquiera para un remedio? ¿No debiera en buena lógica ser un ateo un mónstruo raro y fenomenal? Para mí, el que sean algunos los que pública y paladinamente profesen tal sistema, es ya un dato regular para creer que no ha de ser éste tan loco y desatinado como nos habeis querido pintar.

—¡Vaya! ¿y quién te figuras tú, le dije yo, que ha de echar locuras y desatinos, sino los hombres? Porque es claro; no es privilegio de las piedras, de los árboles ó de los brutos el disparatar, sino del sér racional, único que puede darse cuenta de la verdad, y por lo mismo único que puede separarse de ella. Y áun, de entre los hombres, repara que no suele apoyar los grandes desatinos la gente así sencilla, ruda y ordinaria: éstos suelen no apartarse del natural buen sentido que, ilustrado por la fe, es camino llano y sin tropiezos; sino los encopetados y encumbrados filósofos, quienes, por el maldito antojo de buscar, hasta en lo que nó debieran, senderos desconocidos, se fabrican para su uso parti-

cular teorías y sistemas al aire, y sustituyen esas sus ilusiones á la sencilla y práctica realidad de las cosas. Por donde Cicerón, que fué perro viejo (y nada neo ni ultramontano), decia ya en su tiempo «que no habia disparate gordo ni chico que no lo hubiese tenido como verdad algun filósofo.» ¡Fíate ahora de un sistema cualquiera, sólo porque le veas seguido y apoyado y ponderado por unas cuantas docenas de sabios de profesion!

Pero, vamos al caso, ¿crees que para explicarte la secreta razon de esta monstruosa sinrazon del ateismo hay que recurrir á tales explicaciones? ¡Ni por pienso! Hay disparates admirables que con todo y ser disparates honran á sus autores, que por esto se dijo que hay sublimes visionarios. Extraviados éstos en sus trabajos intelectuales, sólo quizá por haber tomado mal el punto de partida, muestran no obstante profundo talento, ingenio sutil, elevacion de sentimientos, ideal generoso, y sobre todo buena fe. Todo el mundo, por ejemplo, admira á Platon, áun calificando de utopias sus proyectos de organizacion social. Pero el ateismo, ¡válgame Dios! el ateismo no es sistema. El ateismo es... ¿quieres que te lo diga con franqueza? un expediente para pasar medianamente divertida esta vida y distraer el temor de la otra. Nada más, nada más. En ciertos absurdos y delirios que observamos en la historia de la filosofía, se ha caido á fuerza de mucho cavilar y devanarse los sesos para alcanzar la verdad. Para llegar á ateo se necesita mucho menos: el procedimiento es más sencillo. Consiste todo en sentirse uno algo satisfecho de sí mismo, ó codicioso de lo ajeno, ó encenegado en el charco de brutales pasiones; reparar luego que la idea de Dios incomoda y mortifica á quien de esta suerte desea vivir; y en vista de esto, para sacudirse algun tanto la mosca importuna del remordimiento, resolverse un dia, y echar, como se dice, la capa al toro, y cortar por lo sano, exclamando: «¿Qué Dios, ni Dios? ¡No existe Dios!» Y luego, con un poco de casualidad, y naturaleza, y fuerzas ocultas, y otro poco de fanatismo popular, preocupaciones de la infancia, supersticion clerical, palabras todas que se aprenden en quince minutos, cátate un maestro y doctor en ateismo, graduado de tal con todas las formalidades académicas de la secta. Esto es un ateo; así se hacen todos, ni más ni menos.

—Cruel estais y desapiadado en vuestro retrato.

—No, sino muy verdadero. Lo verás. Voy á ampliarte para eso la explicacion. Si la existencia de Dios fuese un dogma puramente especulativo y abstracto, sin ninguna aplicacion y trascendencia á la vida real, pocos se tomarian la molestia de negar este dogma con el calor y entusiasmo con que hoy lo hacen. Lo discutirian, á lo más, sosegada y templadamente en las escuelas, como sucede con los problemas geográficos ó astronómicos, y paz con todos. Pero la existencia de Dios es, sobre todo, una verdad práctica y de consecuencias que luego se hacen sentir muy de cerca en nuestra vida ordinaria y cotidiana. Porque, si admito que existe Dios, he de admitir luego ¡necesariamente! que es mi Criador, y mi Dueño, y mi Legislador, y mi Juez; he de admitir que tiene derecho á dictarme preceptos y á imponerme prohibiciones; y estoy obligado á investigar cuáles son estos preceptos y estas prohibiciones, y no sólo para saberlos, si que principalmente para ajustar á ellos mi conducta. Si reconozco que existe Dios, he de reconocer que no soy independiente, ni soberano, ni cosa alguna de esas que me dicta el orgullo, sino que tengo quien vigila sobre mí, quien espia y sigue al pormenor todos los deseos de mi corazon, todos los caprichos de mi fantasía, todos los apetitos de mi carne, todos los humos de mi vanidad; que los ve, los apunta, y ha de juzgarlos severísimamente. Si parto del principio de que hay Dios, he de contar con un testigo de vista de mis más ocultas acciones, con un censor de mi más secretas palabras, con un interventor de mis negocios, con un fiscal implacable que por medio de la conciencia, que es su pregonero, unas veces me dice: «¡Bien, adelante!» Otras veces me dice: «¡Alto, eso no; detente!» y que de esta suerte me obliga á lo bueno, mandándome que lo haga, aunque sea costoso y duro de hacer; y me enfrena, y me pone barreras para lo malo, aunque á mi paladar le sea por extremo apetitoso. Y francamente, tener siempre ese fiscal al lado, tener ese interventor en todas mis operaciones, tener ese Juez siempre en perspectiva, sentir ese aguijon á todas horas, hasta cuando uno no tiene ganas de que le aguijoneen, ó topar con ese freno á la hora menos pensada, cuando uno se iria tan desahogada-

mente á retozar por todos los prados y florestas... ¡ay! ¡amigo mio! esto es duro, esto incomoda, esto pica más que la mostaza, esto es atroz, esto pasa de castaño-oscuro, esto subleva!

Muchos, es verdad, apechugan con todo, y sin negar á Dios, y sin cuidarse mucho de observar su ley, siguen tirando como pueden con sus remordimientos á cuestas, ó cayendo ó levantando, que es lo más frecuente, hasta que con la gracia divina logran tal vez sentar algo el pié, y morir siquiera como buenos creyentes, ya que como tales no supieron vivir. Estos son los más, son los que conocemos con el nombre genérico de malos cristianos. Pero algunos, ó más vivos de genio, ó más sordos á la voz interior, ó más encallecidos en el mal, creen preferible sacudir del todo embarazos y ligaduras, y colocarse en terreno más despejado y radical, empezando por declarar ¡guerra á Dios! para luego poder creerse con más razon libres de sus Mandamientos. Escucha una observacion. ¿No te parece que si los caballos, así algo fogosos, pudiesen discurrir y filosofar, y echar sofismas y blasfemias en vez de coces y relinchos, lo primero que se les ocurriría habria de ser gritar: ¡Guerra á la brida y á las espuelas! ¡Abajo el ginete!

—¡Toma! como que tendrian razon...

—Pues aplica el cuento y saca la moraleja. El hombre que por sacudir el freno de la conciencia y el aguijon molesto de la Religion grita: ¡No hay Dios! ¡Fanatismo! ¡Invencion de Curas y frailes! ¡Preocupacion de viejas y niños! este tal, perdona, amigo mio, da coces contra el aguijon (es frase de Jesucristo), discurre... como un caballo. Y no la taches de grosera y brutal mi comparanza; es de la santa Escritura: *Sicut equus et mulus, quibus non est intellectus:* «Como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento.» *(Salmo 31, v. 9)*. Es la parte bestial del hombre (que la tiene el hombre, sí, señor, y muy pronunciada) sobreponiéndose á su parte racional; es como el tumulto de los apetitos plebeyos y callejeros esforzándose en ahogar á gritos destemplados la voz serena y majestuosa del alma. ¿Preguntarás ahora por qué tiene algunos secuaces el ateismo? A mí me parece al revés, que muy absurdo debe de ser cuando tiene tan pocos.

—Efectivamente.

—Sí, señor, porque es tan cómodo, es tan ancho, es tan liberal eso de negar abiertamente á Dios, sin darse ningun cuidado por lo que mande ó prohiba ese Rey invisible que no tiene acá policía, ni ejército, ni verdugo, que, francamente, el género humano seria muy tonto y muy necio en no sacudirse de encima esa pejiguera, si tan fácil le fuera enterarse y convencerse de que no existe. Pero ¡ah! ahí está lo difícil, ahí lo irrealizable. La idea de Dios se impone de tal modo, su grito imperioso se levanta tan firme en el fondo de nuestro corazon, que ahogarlo un momento se puede, pero hacer que un momento despues no vuelva á hacerse oir más récio que antes, ¡imposible! ¡imposible! Así cuando el mundo entero, á pesar de sus extravíos y abominaciones, á pesar de su corrupcion é iniquidades, á pesar de lo que le duele y de lo que le mortifica, se resigna todavía á creer en Dios y á no irse en masa tras unas cuantas docenitas de caballeros particulares que se empeñan en librarle de esas trabas enojosas; créeme, amigo mio, créeme, es que el mundo, es decir, el alma humana, el sentimiento universal del humano linaje ve á Dios, siente la presencia de Dios, no puede, aunque quiera, renegar de Dios.

Y áun el mismo ateo, el mismo que dice que no cree en Él, que sabe de buena tinta que no le hay, falta á la verdad. Por caridad no le llamaré mentiroso; pero diré que te engaña y se engaña á sí propio. El mismo ardor y afan que observo en él para desmentir la existencia de Dios me prueba que necesita gritar mucho para convencerse de lo que dice, y que nunca acaba de estar enteramente convencido. Hace como el niño miedoso, que vocea y canta récio para disimular el miedo que le causa la soledad de un oscuro corredor. Cuanto más grita para disimular su miedo, más lo da á conocer. Así el ateo es el que habla más de Dios, aprovecha todas las ocasiones, mete sobre eso en conversacion agitada á todo el mundo, diríase que esa es su manía, su idea fija, su pesadilla, y es todo esto en efecto, ¿sabes por qué?... porque es su remordimiento.

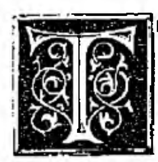
Y por esto, si antes te he dicho que el ateismo era seguido porque era cómodo, ahora me vienen ganas de retractarme de mi proposicion. No, no es cómodo el ateismo, por más

que á primera vista se les figure así á sus secuaces. No, no es cómodo, antes en mil y mil trances de la vida es amargo sobre toda ponderacion. El hombre ha sido criado para Dios, y no puede vivir sin Dios. ¡Ah, amigo mio! Lo más cómodo es creer en Dios, aparte de ser lo más racional. Yo no sé los infelices que ahuyentan de sí á Dios, á quién acuden en sus tribulaciones, con quién se aconsejan en sus dudas, qué les queda en este mundo para consuelo de la vida, cuando una experiencia harto frecuente les enseña que nada es para nosotros estable, ni el parentesco, ni la amistad, ni la fortuna, ni los placeres, ni la honra, ni la salud. En tal situacion, ¿no hallas tú muy lógico y hasta ¡horrible palabra! indispensable el suicidio?

Cree, pues, en Dios, amigo mio. Sólo niegan á Dios los que tienen interés en que no le haya. Hasta un famoso incrédulo fué bastante franco para dejarlo consignado en sus obras impías. «Procura, decia, tener siempre tu conciencia en estado de desear que haya Dios, y nunca te ocurrirá poner en duda su existencia.» Así habla Rousseau, que harto sabes no fué cura, ni obispo, ni monje, ni sacristan. Pero es tal la fuerza de la verdad, que hasta de sus propios enemigos sabe arrancar de vez en cuando tan brillantes testimonios. ¿Y qué mucho? ¿No ha dicho el Salvador en las Bienaventuranzas que «los limpios de corazon esos son los que ven á Dios?» Luego es natural que le nieguen los que tienen sucio el corazon con sus vicios. Como los vapores del vino anublan la vista del infeliz que está poseido de ellos, así los vapores de la corrupcion oscurecen la inteligencia del hombre vicioso hasta hacerle desconocer las más claras verdades. Hé aquí en pocas palabras toda la razon de la sinrazon del ateismo.

V.

¿SI SERÉ YO ALGO MÁS QUE UN BRUTO ANIMAL?


ú dirás, amigo mio, tú dirás: por mi parte me limitaré á aplicarte aquel maliciosísimo refran del bellaco de Sancho Panza: «Ruin sea quien por ruin se tenga.» Es decir, y hablando en plata; no debes de andar muy distante de ser un bruto animal desde el momento en que empiezas á poner en duda si perteneces ó no á tan noble categoría.

Pero ¿qué? ¿tuerces el gesto? ¿te sube la mosca á las narices? ¿arrojas despechado el libro y echas mil noramalas al desvergonzado de su autor? ¡Hola! ¡hola! ¿con que te va pareciendo insulto el que te tomen por bruto, y te revuelves airado y vengativo contra quien te hizo la injuria de suponerte tal? ¡Bravo, bravísimo! así me gustan los hombres; así probó á sus hijos el padre del Cid, si no miente la leyenda; es decir, injuriándoles sucesivamente á todos hasta dar con el que tuvo corazon para denostarle por la injuria: así me has probado tú mismo que no eres bruto, no, sino que eres hombre desde el momento en que aquella palabra lanzada al rostro te ha hecho saltar de indignacion. ¡Bravo! ¡bien! no dudo que si te asalta desde hoy más la necia duda que alguno te quiere proponer por ahí como filosófico problema: «Si seré algo más que un bruto animal,» responderás siempre como un valiente: —La filosofía de V., señor mio, será lo muy bruto y lo muy animalesco que V. quiera, que yo por mi parte no paso por menos que por ser hombre é hijo é imágen de Dios.

En efecto. Anda por ahí quien quisiera persuadirte de que entre tú y tu perro, por ejemplo, no hay más diferencia esencial que la de andar sobre cuatro patas ó sobre dos; que el hombre es un animal como los demás, sólo que tiene el cútis más fino, la posicion recta, y el hocico menos pronun-

ciado; y áun hay quienes, tomándolo de más lejos, pretenden dejar como verdad firme y asentada que el hombre en su principio no fué más ni menos que un mono ú orangutan con su cola y todo; pero que luego, perfeccionándose pasito á paso, perdió la cola y adquirió algunas otras menudencias, como el habla, por ejemplo, ¡ realmente una friolera! y pare V. de contar. Y hay *sabios* que enseñan eso en sus cátedras, y publicistas que lo imprimen en sus libros, y tontos y locos de atar que lo creen á pié juntillas, y todo ¡ vea V.! por no admitir el hecho tan sencillo, tan natural, tan filosófico, de que el hombre fué formado hombre por las manos de Dios, como el mono fué formado mono y el gato gato, con la única diferencia de que al hombre le quiso hacer animal racional, es decir, dotado de cuerpo y espíritu, y al bruto no le hizo más que animal, es decir, cuerpo sin alma espiritual. Y por no admitir esta verdad clara, luminosa, acorde con el buen sentido de todo el género humano, y con sus más nobles aspiraciones y con sus tradiciones más respetables, ándanse tejiendo ignominiosas genealogías, ideando selecciones y transformaciones, y tanta y tanta variedad de disparates, que si la fe los propusiera no nos dejarian á los católicos por donde cogernos de bobos y de mentecatos. Y ¡ lo que son las cosas! Ahora les hemos de creer nosotros á ellos sólo porque en su deseo de desentenderse de Dios y de sus divinas enseñanzas necesitan agarrarse á cualquier desatino para explicar lo que sin Dios es inexplicable: el hombre, su origen y su fin. ¡Válgame el cielo! Pero, vaya en gracia, hablemos en serio de un punto que uno no sabe á punto fijo si merece este honor, aunque sí lo merecerá cuando tanta boga ha logrado en nuestros dias.

Términos claros. ¿Es cierto que el hombre descienda del bruto y sea por lo mismo bruto como él; ó es cierto, como me enseña la fe, que el hombre fué criado por Dios, dotado de cuerpo y alma racional?

Veámoslo.

Si el hombre no es más que una transformacion del mono, como enseñan, oh pueblo inocente, los sabiondos que pretenden engañarte, ¿cuándo, cómo y con qué circunstancias se verificó esta transformacion? ¿Por qué los monos de hoy

monos nacen, y monos quedan, y monos mueren, y monos los entierran, sin que ni uno de ellos ni por asomo dé muestras de que se halle en camino de transformarse en hombre, ni siquiera de acercarse á él? ¿Con que hubo un tiempo en que fué posible la transformacion del animal mono en animal hombre, y de seis mil años acá, es decir, desde la época que la historia sagrada señala de antigüedad al género humano, han cesado de repente estas transformaciones?

Hallamos en la naturaleza animales que pasan por varias transformaciones, como los tan conocidos que son primero feas orugas, y luego pintadas y hermosísimas mariposas. Pero tales transformaciones son la ley constante de este animal y de otros; no son más que distintos períodos de una misma existencia; la misma historia tiene la mariposa de hoy que la de hace mil ó cuatro mil años. ¿Por qué no sucede lo mismo con el hombre si éste no es más que una transformacion del mono? ¿Por qué nacen hoy los hombres de otros hombres iguales á ellos, en vez de nacer, como se quiere naciesen un dia, de hombres menos hombres que ellos, y estos de otros aún menos hombres, hasta tocar el límite en que la especie hombre se confunde, segun tan falso supuesto, con la especie mono? ¿Con que los monos sólo en un periodo dado de su historia tuvieron ese estupendo privilegio de poder cambiarse en hombres? ¿Por qué no lo tienen hoy?

Vamos á ver todavía más. ¿Por dónde empezó la transformacion? ¿Cuál fué el primer mono afortunado que logró ver acortarse sus brazos, modificarse sus hocicos, levantarse su achatada nariz, caérsele la cola prensil, trocarse su áspero chillido en los cantos de Homero ó en la elocuencia de Ciceron, ó siquiera en las balbucientes primeras frases de nuestros pequeñuelos, que nacen de repente hombres ó mujeres, sin haber pasado por la categoría de monas ó micos? ¿Cuál fué el primero que se encontró andando sobre dos piés, en vez de andar como el dia anterior sobre cuatro?

Y otra duda todavía. ¿Cómo es que no todos los monos tuvieron esa felicidad incomparable de transformarse en hombres? ¿Cómo no se ha perdido del todo la especie? ¿Cómo hay aún monos en el mundo que se resignen á serlo? ¿O es

por ventura que les aguarda tambien su competente transformacion? Pero ¡ah! por lo visto la naturaleza no está hoy de humor para esas transformaciones y cambios de traje, como diz lo estuvo un dia que debió ser para ella su carnaval.

Concluyamos, pues, amigo mio: eso que dicen los sabios incrédulos sólo por desmentir á la revelacion cristiana es muy fuerte, muy fuerte para que se lo comulgue con ruedas de molino la generacion del siglo XIX, áun la más impía y descreida. Al que con estas invenciones te venga pregúntale sencillamente: ¿Cuándo aconteció, caballero, eso que V. me pinta con tantos pelos y señales? ¿Cómo sucedió y en virtud de qué ley ó procedimiento? ¿Por qué no dura hoy la moda y por qué causas cesó? Si V. no me contesta á estas tres preguntitas del alma, no he de tenerme, no, por descendiente del mono, aunque me lo jure y perjure vuesa merced, á lo que veo muy empeñado en darme progenitores de tan elevada categoría.

Y dile luego con entereza y sin vacilacion: Mi progenitor, amigo mio, el jefe de mi raza no es el mono, ni el orangutan, ni algun otro respetable cuadrúpedo ó cuadrumano. El jefe de mi raza es Dios. Sí, señor, soy de estirpe divina, soy de la raza del mismo Dios. Así me lo enseña la fe, acorde en esto, como en todo, con las más antiguas tradiciones de la familia humana y con el mismo instinto secreto que le habla á cada cual en el fondo de su propio corazon.

Dios crió, es decir, hizo de la nada, el mundo y todo lo que hay en él, astros, plantas y animales.

Y luego con la misma soberana voluntad con que habia criado todo esto, dijo: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.» Y dicho esto formó y modeló de barro de la tierra el cuerpo del hombre, y le infundió luego espíritu de vida, esto es, otro elemento que no es barro ni materia, sino que es muy superior á ellos, y con esto quedó constituido el hombre, es decir, el animal racional; animal por el cuerpo, racional por el alma; capaz de crecer como el vegetal, de sentir físicamente como el bruto, y de pensar y de querer á semejanza de su Autor. Y á semejanza del hombre formóle una compañera igual á él en lo esencial, con sola la distin-

cion del sexo. Y dispuso que de él y de ella procediese sucesivamente la raza humana, para lo cual los bendijo, y los unió en formal matrimonio, y les dió autoridad y universal dominio sobre todos los séres. Y yo que esto escribo, y tú que esto lees, somos hijos de otro padre, que lo fué de otro, y este de un tercero, y el tercero de un cuarto, hasta encontrarnos con Adan, que no fué hijo de nadie, sino hechura de Dios, sin que interviniesen en nuestra primitiva parentela monos ni monas, ni animalito alguno de esta jaez.

Dílo así, amigo mio, al embaucador darwinista, que así se llaman los de tan bonita escuela, y díle además que se goce él y se glorie muy enhorabuena en tenerse por descendiente de bestias y por ende bestia como ellas, que nosotros los católicos nos estimamos algo más, y tenemos en mayor estima la dignidad del género humano. Y échale en cara, sin rubor ni respetos humanos, lo vil y rastrero de esas infames teorias que de progreso en progreso pretenden colocar al hombre hasta el nivel de los séres irracionales, todo para que se desentienda de Dios, para que eche en olvido su supremo fin desde el momento en que se le haga desconocer su verdadero origen; todo para que con mayor libertad pueda dar rienda suelta á los deseos de su carne y á las altiveces y soberbias de su amor propio. Repítele que aqui, como en el ateismo, no se miente por conviccion, sino que se miente por conveniencia. Se quiere renegar del alma como se quiere renegar de Dios, porque se sabe de cierto que si hay alma debemos vivir segun los nobles destinos de ella, y no segun las brutales concupiscencias del cuerpo; se sabe que, si hay alma, esta alma no ha de morir aunque muera y se pudra la grosera corteza de barro que la cubre, sino que ha de vivir despues de esta vida otra inmortal é imperecedera, que será feliz ó será desgraciada segun la presente haya sido criminal ó inocente, ó por lo menos arrepentida. Se sabe que, si hay alma, esta alma ha de ser juzgada por un Juez que no admite excusas ni se aplaca con otras dádivas que con las de la penitencia, y en cuyas manos, quiérase ó no, es forzozo caer el dia menos pensado. Por esto se prefiere pasar por bruto animal, y así comprar para los placeres y picardías una falsa tranquilidad, aunque sea por medio de la degradacion y del embrutecimiento.

Conoce á tus modernos ilustrados, pueblo honrado y leal; aprende á conocerlos por estas breves indicaciones, y empieza á comprender por qué te hablan contra Dios, contra el alma y contra todo lo que en este sentido te enseña tu única maestra de verdad, la Iglesia católica, apostólica, romana.

—Está bien; convengo en que no soy bruto, ni he salido del mono, ni son tales mis famosos ascendientes; pero que tenga en mí esa quisicosa que llamais alma y que nadie ha visto jamás, por más que todos hablen de ella, eso es lo que yo quisiera ver muy en claro con algunas razones así sólidas y macizas.

—No me pesa tu deseo, amigo lector: ten para eso la paciencia de aguardar el próximo librito.

VI.

BUENO; PERO EL ALMA NADIE LA HA VISTO.

Bueno, sí; porque precisamente es de aquellas cosas el alma, que no se han de ver. Basta que se las sienta sin que se las vea. Hablemos un rato tú y yo de este asunto.

Vamos al caso. ¿Te crees ó no superior en algo al bruto animal?

—Indudablemente.

—Veamos ahora, pues, si hallamos en qué puede consistir esa tu superioridad y excelencia.

No eres por de pronto superior á los animales en fuerza corporal. Te aventajan en ella el elefante, el buey, y hasta tal vez el más despreciable borriquillo. Y aunque fueras Sanson ó Goliath, que hay pocos de esos, todavía podrian más que tú los indicados animalitos, y puestos á tirar verbigracia un carromato, te dejarian cien leguas atrás. No eres, pues, superior á los animales en fuerza.

¿Lo serás tal vez en ligereza y agilidad. No por cierto. Por muy andarin que te suponga, te vencen, amigo mio, el ave en el aire, el ciervo y el gamo en la tierra, y la mayor parte de los peces en el mar. No eres, pues, superior á los animales en ligereza y agilidad de piernas.

¿Presumirás quizá serlo en destreza de manos, ya que no en soltura de piés? No, porque más delgada trama que la araña, no la hilas tú ni la mejor hilandera del mundo; ni tela más fina la teje, áun con todos sus adelantos, el mejor industrial; ni confeccionas la miel mejor que las abejas; ni labras tus casas con el delicado artificio que lo hace el castor; ni minas las cavidades de la tierra con la paciencia incansable de la hormiga.

En hermosura de colores te aventajan el pavo real y el guacamayo, en corpulencia la ballena, en claridad de vista el

lince, en dulzura de voz el ruiseñor, en libertad todos los irracionales, y en bienestar lo mismo, pues no padecen lo que nosotros, ni pasan melancolías, ni necesitan para sus achaques médico ni boticario. ¿En qué aventajas, pues, á los brutos animales, oh hombre, rey de la naturaleza?

Aquí, aquí, oigo que me respondes dándote palmadas en la frente; aquí, aquí está mi grandeza y mi corona real. Aquí tengo lo que me da sobre las condiciones todas meramente materiales de los brutos inmensa ventaja. Aquí tengo vivo siempre, encendido, hirviente, un no sé qué que me enseña medios mil con que vencer en fuerza al leon y al buey, en ligereza á la cabra montés, en perspicacia al lince, en destreza á la araña, en hermosura al pavo real, en suavidad de música al ruiseñor, puesto que me ha hecho inventar mil y mil medios, y aún los invento continuamente, para hacer mejor que ellos todo lo que ellos hacen, y además perfeccionarlo cada dia, cuando ellos no pueden salirse seis mil años há de su fijeza é inmovilidad. Aquí tengo lo que me hace rey de la creacion, el pensamiento. El pensamiento, cuyo trono es, por decirlo así, mi cabeza; cuyos solícitos servidores son los miembros todos de mi cuerpo; cuya forma y expresion externa es la palabra.

—Corriente; pero ¿sabrás decirme ahora, puesto que aquí sientes residir en cierto modo esta tu preciosa facultad, podrias decirme cuál es el miembro ó el órgano con qué se piensa? Porque veo que se mira con los ojos, se anda con los piés, se palpa con las manos, se muerde con los dientes, se huele con la nariz. ¡Si habrá en el cuerpo humano instrumento apropiado para pensar, como le hay para ver, andar, oler ó morder! Y en tal caso, cuidado, que debe de ser este instrumento cosa muy sutil y de largos alcances para dar de sí un resultado como el pensamiento, que en un minuto ó en menos recorre el globo, traspasa los cielos, hiende los mares, descifra problemas complicadísimos, concibe poemas como la Ilíada ó la Eneida, traza monumentos como San Pedro de Roma ó el Escorial, imagina cuadros como los de Murillo ó los de Fortuny. Debe de ser cosa muy fina, muy rara, muy especial. ¿Qué será? ¿qué no será?

Los materialistas abren con su serrucho el cráneo á un

hombre, muerto, por supuesto; y examinándole las cavidades interiores á diestro y á siniestro, hállanse allí con una materia gruesa, pulposa, redondeada en forma de pelota ó de requeson, de donde parten nervios, como de una patata sus raicillas; y examinando y volviendo á examinar, sueltan el microscopio y el escalpelo, y exclaman tan orondos y satisfechos: «Hé aquí los órganos del pensamiento, hé aquí el miembro con que se piensa. Como las glándulas salivares segregan saliva, ó el hígado segrega bilis, ó los riñones segregan orina, así el cerebro segrega pensamientos (1).»

Tal es la última palabra de la ciencia, ¡oh pasmo! de la ciencia materialista y alejada de la Religion!

¿Conoces por ahí alguno de esos? Proponle el siguiente sencillísimo raciocinio, á ver si te lo contesta, aunque sea con sus escalpelos y microscopios. Todo efecto debe tener causa proporcionada á él. Y ¿qué proporcion hay ni puede haber entre la operacion *pensar* y el pedazo de materia basta, fofa y esponjosa que se le quiere señalar como orígen? Se comprende que los sentidos del cuerpo sean materiales porque su objeto es material, y de consiguiente proporcionado á ellos. Así es material la luz que hiere mi retina, el sonido que afecta mi laberinto acústico, el aroma que impresiona mi pituitaria, por no hablar sino de lo menos grosero y palpable. De consiguiente, material es el ver, material el oir, material el oler, materiales todos los demás actos orgánicos, porque tienen por objeto cosas materiales, y las perciben del modo más material, es decir, por contacto físico, motivo por el cual no se necesita que sean ellos mismos más que materia susceptible de contacto.

Pero dime por tu vida: el delicado enlace de dos proposiciones con una tercera que se llama consecuencia; el sutilísimo tejido de un teorema de matemáticas; las verdades del órden moral; las nociones de deber y de derecho, de autoridad, de justicia, de ley, etc., etc.; las abstracciones de la metafísica; los secretos del cálculo infinitesimal; todo esto

(1) Esta es, por inverosímil que parezca, la fórmula de algunos materialistas franceses.

que constituye en lo humano la vida superior del hombre, ¿son cosas que se huelen, se tocan, ó se mastican, ó siquiera se ven con el microscopio? ¿Son en una palabra cosas materiales? Claro, claro; responde: ¿son cosas materiales, sí ó no? Si lo son, muéstrame á qué órden de materias pertenecen, si son sólidas, liquidas ó gaseosas, si son de naturaleza flúida como la electricidad y el calórico, ó densas de tomo y lomo como el plomo, ó duras como la piedra berroqueña. Si no son materiales, luego el sér que las comprende, examina, desmenuza, analiza y domina, este sér debe ser superior á ellas; luego es más que materia; luego es lo que la sana filosofía, el instinto universal del género humano y la Religion llaman alma espiritual. Luego no es el cerebro, por grande que sea, el origen del pensamiento. Grande cerebro tienen el buey y la ballena, y no resuelven poblemas, ni dictan discursos, ni componen odas, á pesar de su voluminosa masa cerebral. A lo más concederémos que el cerebro es quizá (no es cosa averiguada) el asiento del alma y el trono de sus operaciones; pero confesarás, amigo mio, que una cosa es la silla, por bien labrada que sea, otra el legislador que dicta desde ella su ley. Cata ahí lo que hacen bonitamente los materialistas. Abren el cráneo desierto ya y desocupado de su inquilino principal. Topan con la yerta materia del cerebro, y exclaman como si realmente saliesen del atolladero: ¡Hé aquí el amo de la casa! Sólo que no es aquello el amo de la casa, que el tal salió y la dejó desocupada para mucho tiempo, sino simplemente el asiento tal vez que acaba de dejar todavía caliente.

Tienes, pues, alma, amigo mio, aunque no la veas, ni la haya visto nadie, porque estas cosas no son de las que se ven, sino de las que se conocen y sienten. Tienes alma, es decir, reside en ti un sér que no tiene partes como tu cuerpo; que no depende de él en su existencia, aunque se sirva de él para algunas de sus operaciones; que es de suyo activo, así como la materia es inerte de suyo; que vive siempre, así como el cuerpo se corrompe primero con las enfermedades y luego con la muerte.

Y en tanto el cuerpo no es el alma y el alma no es el cuerpo, en tanto son clara y perfectamente distintas estas partes

tuyas, que vas á ver aquí apuntadas una porcion de señales inequívocas de su diferencia.

Tienen operaciones distintas. El cuerpo ve, toca, oye la materia y lo material: el alma percibe, conoce, comprende, quiere la verdad, lo intelectual, lo abstracto, lo que no se ve, ni se huele, ni se palpa.

Tienen goces distintos. El cuerpo goza con lo material, con lo sabroso, lo oloroso, lo blando, lo armónico, lo que agita los nervios, lo que conmueve la sensibilidad. El alma tiene otros placeres. Goza, y por cierto delicadísimamente, con el hallazgo de una verdad largo tiempo buscada, con la práctica de una buena obra, con una victoria sobre sí misma; y cuenta que eso sucede muchas veces hasta con amargo sufrimiento del cuerpo, prueba evidente de la distincion de que venimos hablando. Goza con el arte; un verso solo la tiene á veces largo tiempo en agradable suspension: goza en la virtud, goza en el heroismo, y cuidado que nada de esto se bebe ni se come.

Tienen necesidades distintas. El cuerpo necesita de pan y de vino, de luz, de aire respirable, etc. El alma necesita otro pan, otra luz, otro aire: la verdad, la paz interior, el consuelo de la amistad; por donde es cosa muy corriente encontrar hombres muy mal tratados en el cuerpo, y con todo muy felices en el alma; y al revés hombres muy desdichados y atormentados en su alma, á pesar de no faltarles á sus cuerpos nada de lo que éstos pueden apetecer.

Tienen sufrimientos distintos. El cuerpo sufre dolores, malestar, desmayos y agonías. El alma sufre penas de otro género, desconfianzas, desesperacion, celos, odio, remordimientos. Y aunque el alma y el cuerpo por razon de su union misteriosa, que nadie hasta hoy pudo descifrar, se influyen mútuamente, no obstante, los pesares del uno son siempre muy distintos de los pesares del otro, como de los goces hemos arriba indicado.

Tienen destinos distintos. El cuerpo vive y muere poco despues y se pudre en la tierra, cuando ha llenado su mision, que es servir sobre ella como de vehículo y domicilio al alma. El alma vive en él como encerrada, pero no muere con él, sino que le sobrevive en otra vida superior de castigo ó de recompensa.

Y precisamente está aquí todo el nudo de la cuestion para los pobres incrédulos. Ningun cuidado les diera saber ó no de su alma, ni pensáran en ella, si no les estuviese á todas horas hurgando ahí en la conciencia el pensamiento de su último fin. Este se les impone á pesar suyo, este los mortifica, este los desgarra. La negacion de la verdad y esa falsa conviccion con que pretenden tranquilizarse, vienen á ser como el ópio ó la morfina con que un enfermo cansado de insomnios y de malestar procura entórpecer algo sus sentidos, procurándose un sueño artificial que dé una tregua á sus padecimientos, ya que no sirva para curarlos de raíz. Pero ¿de qué les servirá ese letargo voluntario, si al fin, quieras que no, hay que despertar? Aquel abrir los ojos á la entrada de la eternidad ha de ser lance terrible cuando ningun medio de salvacion quede ya, cuando ni un rayo de esperanza alumbre el horror de aquellas espesas tinieblas. ¡Horrenda paz de la vida, la que puede salirte tan cara á la hora de la muerte!

—Pero, señor, que entramos en otro terreno, y va á dedegenerar eso en plática cuaresmal.

—Tienes razon, amigo mio; eso de la otra vida requiere tambien otro librito. No faltará, con el favor de Dios.

VII.

¿QUÉ ME CUENTA V. DEL OTRO MUNDO?

Que existe, amigo mio, que existe, y que si das en tomarlo acá como cosa de burlas, al fin te lo dirán un dia allá con terribles veras. Ni más ni menos.

Escúchame bien, y luego... haz lo que quieras, porque al fin nadie hay más interesado que tú en la cuestion. Escúchame bien, y falla despues.

Tienes alma; es decir, hay algo en tí que no es sangre, ni es carne, ni son nervios ni tendones; algo que te distingue del bruto animal; algo que sientes tú mismo vivir aquí dentro; algo que expresas cuando dices *yo pienso, yo quiero*, porque sabes que no piensas ni quieres con la mano, con el estómago ó con el pulmon. Pues bien. Ese algo que hay en tí es distinto del cuerpo, no sólo en su origen, en su sustancia y en sus funciones, sino que lo es muy principalmente en su destino. El cuerpo ha nacido para morir, para ser devuelto á la tierra y convertirse otra vez en el polvo de que fué primitivamente formado, hasta el dia de su resurreccion; el alma ha sido formada para vivir eternamente. De consiguiente no todo muere en tí, no todo se corrompe en el sepulcro; algo queda sobreviviente, eterno, inmortal. Ese algo es el alma.

—Pero, ¿quién me responde, dirás, de la verdad de estos principios? ¿Quién os ha revelado á vos estas cosas, que cierto no se saben por el testimonio de los sentidos? ¿Han venido acaso á contároslas del otro mundo, para estar tan cierto de que realmente le hay?

—Sí, amigo mio: excelentes testigos me responden de la verdad de esta doctrina, y son testigos de la mayor confianza, cuyo testimonio espero no rechazarás. ¿Cuáles son?

—En primer lugar todo el género humano. ¡Cuidado si es de cuenta el tal testigo! Pues, sí, señor, todo el género humano atestigua que hay otra vida además de la presente. Todos los

pueblos, de todas las razas, de todos los siglos, todos, todos, sin habérselo dicho unos á otros, sin haber convenido entre sí, sin haber sido adoctrinados por neos ni ultramontanos, todos creen que en el hombre hay algo que no muere con él, sino que vive en otra region que tiene nombre conocido en cada idioma. Y muestran esta creencia todos los pueblos de todos los siglos, orando al cielo por sus difuntos, muchas veces invocándoles en sus necesidades, creyendo en sus apariciones, acercándose con respetuoso temor á sus sepulcros. Cierto, nada de esto harian si no creyesen que algo queda aún vivo de aquel hombre cuyo cuerpo muerto y corrompido no les puede inspirar sino asco y horror. Este es un hecho fuera de toda discusion y registrado en los anales del género humano.

Ahora bien. ¿De dónde ha sacado estas noticias el género humano? Lo que es inventado por un hombre es vario y no presenta esa rara uniformidad. Lo que es inventado por un hombre no es universal, constante, idéntico en todos los siglos y en todos los pueblos. Luego la creencia en la otra vida no ha sido inventada por un hombre, sino hallada por todos los hombres en el fondo de su propio corazon; les ha sido enseñada, digámoslo asi, por su misma naturaleza; la han encontrado ya establecida en el mundo desde los dias del primer padre; la han heredado con el restante patrimonio de tradiciones primitivas comunicadas por Adan á sus descendientes; la han aprendido, finalmente, del mismo Dios.

¡A ver, pues, ahora quién es el guapo que se atreverá á sostener que él ó unas cuantas docenas como él tienen razon contra todo el género humano que piensa y cree lo contrario que ellos! En cualquier otra cuestion, ¿de quién te fiarias más: de todos los hombres de todos los pueblos y de todos los siglos que dicen *sí*, ó de unos cuantos caballeros particulares que, por razones que todos sabemos muy bien, dicen *no?* Responda aquí el buen sentido franco é imparcial.

No es sólo el género humano entero quien está de acuerdo con la Religion revelada sobre este punto, como sobre todos. Si cada uno se recoge unos momentos en su interior, no tardará en oir la voz de su espíritu mismo, que le proclama esta su propia inmortalidad. Meditemos un momento, amigo, mio, y escuchemos esta voz.

¿Qué es el hombre? Es el rey de la creacion, la criatura más noble de la tierra, un mundo en compendio, una como abreviatura de todas las grandezas que en los demás séres admiramos. De esto estamos todos convencidos, nos lo enseña la filosofía, nos lo dicta el sentimiento de la propia dignidad, y cierto no se equivoca. Contemplo los más hermosos paisajes iluminados por torrentes de luz durante el dia, ó rodeados de misteriosas sombras por la noche, y digo al punto: «Soy más que vosotros, porque estais bajo mi dominio y jurisdiccion.» Visito los grandes monumentos, pasmo de los siglos y gloria de las artes; las Pirámides, por ejemplo, el Partenon, el Louvre, el Escorial, y no me siento humillado, antes digo: «Soy más que vosotros, porque al fin sois obra de mis manos.» Leo las grandes obras del ingenio humano, la *Iliada*, la *Eneida*, los cantos del Tasso, las páginas admirables de Fr. Luis de Leon ó de Chateaubriand, y cierro el libro, y exclamo: «Sois grandes, pero es más grande el hombre, porque sois hijas del hombre.» Y así discurriendo por todo lo más bello y sublime que ofrecen la naturaleza, el arte y la historia, me encuentro siempre por cima de todo; todo está bajo mis piés, todo es menos que yo, individuo de la familia humana.

Pues bien. Esto que me dicta la sana filosofía, esto que me inspira el conocimiento de mi propia dignidad, esto es mentira, grosera y miserable mentira, si el hombre concluye toda su existencia en el sepulcro, sin esperanzas de vivir más allá. Si el hombre no tiene más que los cincuenta ú ochenta años de existencia que se le ve sobre la tierra, no es el rey de la creacion, no es el señor de la naturaleza, del arte y de la historia; es el sér más miserable, es un pária vil, de quien todos los demás séres tienen derecho á mofarse; todo es superior á él.

Y así cuando ha dicho un poeta:

Gusano, tú que súcio y asqueroso
te arrastras por el polvo nada más,
¡quién diria que hambriento y anheloso
mi cuerpo roerás!
Esta frente que tanto ha meditado,

este pecho que abriga tanto amor,
¡ formarán tu banquete delicado,
gusano roedor!

el tal poeta ha dicho muy bien, si el hombre con todo su saber y su grandeza de afectos y aspiraciones no es más que un pedazo de carne súcia que se da á roer á los gusanos en la sepultura, sin otro ideal á que aspirar, ni otra vida superior en pos de la presente, sin otro porvenir que la corrupcion de la fosa. Aquel gusano que roe sus miembros podridos, aquel mismo arbusto que crece lozano á expensas del cuerpo que le sirve de abono, á pesar de que no han pensado jamás como yo, ni han amado como yo, ni han sentido lo que yo, superiores á mí serian, si no hubiese en mí un sér más noble que no debe servirles de pasto al insecto y de abono á la planta: el espíritu, el alma inmortal.

Me he hecho mil veces esta reflexion, y siempre hallé en ella una prueba decisiva de la inmortalidad de mi alma, aparte de las más seguras que me tiene dadas la fe. He visitado antiguos monumentos, al pie de los cuales han pasado muchas generaciones, y pasarán tal vez otras muchas más. Y me he dicho: «Estos pedruscos informes ó labrados están aquí seis ú ocho siglos há; yo estoy aquí aún no hace cuarenta años. Dentro otros cuarenta habráse acabado acá mi existencia, y ellos seguirán llamando la atencion tal vez durante muchos siglos. Decididamente si no he de tener más vida que la que se tiene en este mundo, estos muros agrietados valen mucho más que yo.» Y me inspira iguales consideraciones un árbol dos ó tres veces secular, una peña histórica, las montañas que cierran tantos siglos há con la misma configuracion el horizonte de mi patria, y que seguirán presentando iguales líneas aún muchos siglos despues que mi cuerpo yazga confundido con los demás en el cementerio. Todo me repite lo mismo: todo me dice que soy el más infeliz, si he de contentarme con haber abierto hace treinta años los ojos á la luz de este mundo y volverlos á cerrar dentro otros treinta, ó poco más, sin esperanza de otro porvenir. Con la añadidura de que si yo no conociese esta misma brevedad de mi existencia, si no me hallase en estado de compararla con la longevidad y casi perpetuidad de lo que

me rodea, consoláramе más fácilmente, ó fuérame por lo menos no tan sensible la desproporcion. Pero no, para mayor tormento, sé lo que valgo, sé lo que soy, siento en mí ansias inefables de vivir eternamente; por eso procuro dejar en todas partes la huella de mis piés y la señal de mis manos, á fin de lograr siquiera para mi nombre esa perpetuidad que es mi constante ideal, y no obstante... nada soy en comparacion de esta piedra muda que ha presenciado los sucesos de veinte siglos, ó de este árbol centenario que dará sombra todavía á muchas generaciones, ó de aquellas páginas inspiradas que han arrebatado á tantos lectores. Nada soy si debo contentarme con lo de acá; nada soy si esto es tan sólo mi patrimonio; nada soy, y valiérame mil veces más no haber nacido, ó poner ahora mismo prematuro fin á mi existencia. Y, no obstante, soy algo... no me resigno á ser el pária de la creacion, no me conformo con menos que con ser rey de ella; llevo de eso escritos los títulos en mi frente pensadora, y la creencia arraigada en el fondo de mi corazon. Luego hay algo en mí que vive y dura y reina más que todo eso. ¡Luego, por más que se pudra mi cuerpo, mi espíritu es inmortal!

No sé si te has hecho jamás, amigo lector, esta clase de reflexiones; pero te convido á hacerlas á la vista de cualquier objeto que represente para ti mucha antigüedad, á ver si tu espíritu no se te subleva inmediatamente contra la idea de haber empezado á ser y tener que dejar de ser *completamente* en el corto período de ochenta ó noventa años que abraza la vida más dilatada. De fijo encontrarás algo dentro de ti que protesta contra esa idea; este algo es lo mismo que ha sentido todo el género humano al afirmar la existencia de una otra vida; este algo es lo mismo que te enseña la Religion y los Curas y el Catecismo cuando te hablan de la inmortalidad del alma. Y de fijo exclamarás luego con el acento de la más firme conviccion: «¡Sí, el cuerpo muere; pero el alma es inmortal! Esta vida acaba con la muerte; pero es para empezar otra vida despues.»

Exclamarás, digo, todo esto; pero se entiende siempre con una condicion; es decir, si no tienes interés en ahogar este espontáneo impulso de tu espíritu, para acallar en algun

modo el miedo á la eternidad. Algunos hombres tienen un
gran razon para negar que el alma sea inmortal y que hay
otra vida. Tienen la gran razon de que les molestan esta
verdades. La otra vida, con su juicio inexorable, con sus re-
compensas y castigos (de que hablarémos otro dia), con su
incierto desenlace, es un porvenir aterrador para quien n
desea pensar más que en los placeres, negocios y vanidade
de la presente. La otra vida les hace la misma gracia al im-
pío y libertino, que la cárcel pública al tramposo y ladron
que saben que allí se suelen arreglar las cuentas á los de su
calaña. ¡Cosa rara, aunque de fácil explicacion! ¡Nunca s
le ocurre á uno dudar de la otra vida hasta que empieza á
parecerle conveniente que no la haya! Es hecho probado
Amando á Dios, cumpliendo todos los deberes para con E
y con el prójimo, guardando vida limpia y honesta, no po-
seyendo más que lo legítimamente adquirido, nunca le acu
de á cualquiera sospechas de si puede ó no puede engañars
creyendo en la otra vida, ni si embauca la Religion, ni s
mienten para su provecho los Curas. Empero, supon que es
tás en un trato deshonesto, que posees bienes que no so
tuyos, que no procedes en tus negocios con la delicadez
que debieras, ¡oh! entonces no hay autoridad que te hag
fuerza, ni argumento que te persuada. ¡La otra vida! excla
marás; ¡cuentos de viejas! ¡negocios de Curas! ¿quién h
vuelto de allá? En fin, ¿quién sabe lo que sobre esto hay d
positivo? Y como los niños se creen libres del espantajo qu
les da miedo con sólo cerrar los ojos, ó cubrírselos con amba
manos para no verlo, así el infeliz vicioso cree realmente su
primida para sí la eternidad, cuando con una de las acos-
tumbradas bufonadas ha logrado hacer ver que no cree e
ella. ¡Pobres incrédulos! Ruega tú por ellos, amigo mio,
haz la caridad al que por ventura tratares de repetirle la
breves indicaciones que para ese fin he procurado poner á t
alcance. ¡Hay Dios, sí, amigo mio! ¡Hay alma! ¡Hay eter
nidad!

—Pero no me habeis dicho aún qué hay en la eternidad
Lo verémos, con la gracia de Dios, en otro de los próxi
mos opúsculos.

VIII.

LOS AMIGOS DEL PUEBLO.



RES, pueblo querido, una de dos: ó muy bueno, ó muy bobo.

Y si, torciendo el gesto, me preguntas con qué razones apoyo mi afirmacion, voy á responderte con una sola, que vale por ciento y aun por mil, si demasiado me apuras. Es la siguiente: tienes muchos amigos.

¡ Válgame Dios y su Madre purísima! ¡ Y cómo son innumerables los que se desviven por tu felicidad, y te asedian y te agobian con protestas de desinteresado cariño! Gran cosa debes de ser cuando te rodea por todas partes tal séquito de aduladores y cortesanos; mucho de tí debe esperarse cuando en tí se fijan todas las miradas, para tí son todos los mimos, á tí vuelan á todas horas ternezas y requiebros, que, por lo repetidos, podrian empezar ya á ser sospechosos á quien no tuviera tu increible candidez y tu imponderable buena fe. Soberano te han llamado unos, otros rey; otros, echando el resto en esa puja de adulaciones, te han saludado dios. Y te has puesto tú tan hueco y tan orondo, y lo has creido todo, todo, pueblo querido, dando lugar á que otros, echándola por el lado opuesto, te hayan creido niño, y no sólo niño, sino condenado á eterna niñez.

Y no obstante, no eres niño, no; pero tampoco eres dios, ni rey, ni soberano, ni cosa que lo parezca. Eres lo que en frase vulgar y corriente se llama un buen hombre. Tienes mediana inteligencia, buena voluntad, excelente corazon, ligereza de cascos casi siempre, y de vez en cuando veleidad y rareza.

Ni más ni ménos: ni injuria, ni lisonja.

Así se explica que rujas á veces indómito y desencadenado como fiera, y lleves otras en paciencia ser trasquilado como

oveja; que seas dócil y blando en ocasiones, y testarudo al mismo tiempo, sin que dés tu brazo á torcer por nada de este mundo. Así se explican tu eterna ilusion y tu eterno desengaño; sin que éste mate jamás á aquella, ni aquella pueda jamás impedir que renazca éste. Todo se explica con conocerte un poquitillo el humor, y sobre todo la educacion que traes contigo. Mas de éste y de aquel, hablando con toda franqueza, ¿quién tiene la peor culpa? Los amigos.

Importa, pues, que conozcas quiénes lo son buenos y quiénes lo son malos; quiénes te aman por tí sólo y por Dios, y quiénes te aman por sí y por su propio interés y conveniencia.

Importa que sepas quiénes extravian tu excelente natural, induciéndole á lo bajo y á lo grosero; quiénes te corrompen para engañarte; quiénes te engañan á la vez para explotarte como mina riquísima á disposicion siempre del más diestro ó del más desvergonzado.

Todo eso importa que sepas, y prescindiendo de lo mucho que pienso decirte en el decurso de esta *Biblioteca ligera* si Dios la favorece con larga vida, ahi voy á darte apuntadas por de pronto algunas contraseñas, con las cuales muy ciego serás si no distingues á simple vista y sin necesidad de anteojos los que de veras te quieren bien, de los que te lo dicen de burlas.

Por de contado no es tu amigo el que se empeña en no reconocerte defectos. Los tienes y mayúsculos. Todo hijo de Adan lleva allá de su primer padre un principio de depravacion y de desórden que le inclina constantemente al error y al mal. Y tú cedes muchas veces á esta desconsoladora tendencia. Ayudado por Dios y conducido por la Religion puedes vencerla. Empero, eres libre, y como nada te seduce y halaga tanto como un ¡viva la libertad! haces frecuentemente uso pésimo de ella. Esa es la verdad. Quien te lo disimule, quien te llame perfecto, impecable, quien de nada te crea responsable y criminal, te engaña, no es tu amigo.

Ni lo es tampoco el que, reconociendo en tí esa funesta tendencia que debes contrarestar, la fomenta por todos los medios posibles, procurando á su vez ahogar en tí los gérmenes de virtud y los elevados pensamientos que conservas

aún como lejano recuerdo de tu primer estado de inocencia y como restos de un patrimonio divino, no del todo malbaratado. No es, pues, tu amigo quien te excita á la lujuria con escandalosos espectáculos; quien te convida por ejemplo al can-can, á la zarzuela desvergonzada ó á los impúdicos *cuadros al vivo*. No es tu amigo quien te da á leer novelas en que se derrama á torrentes la obscenidad, y cuyas páginas y cuyas láminas no puedes mirar sin deshonrar y corromper tu alma. No es tu amigo quien se burla de la inocencia de tus hijos, del pudor de tus hijas, de la castidad de tus madres de familia, de las leyes santas de la fidelidad conyugal. No, porque no puede ser tu amigo quien te envilece y te degrada, por más que todo eso intente con frases cultas y esmeradas y con los hechizos de una literatura encantadora. No, ese es tu peor enemigo: no le abras las puertas de tu honrado hogar, no le franquees el asilo en donde gozan tus hijos é hijas la paz de la inocencia y de la virtud. Envenenaria su alma, y haria corrompida y miserable y desventurada su hermosa juventud.

Tampoco es tu amigo quien excita tus odios y tus insensatos furores. Vivir es amar, pueblo mio, hermano mio: vivir es amar: el odio es el infierno. No escuches la voz que te atiza contra la autoridad, ó contra la riqueza, ó simplemente contra cualquiera de tus prójimos. Huye las rabiosas emociones del club. ¡Cuántos hijos del pueblo inauguraron allí su carrera de perdicion! ¡Cuán pocos vieron el término feliz de sus soñadas esperanzas! No fies la paz de tu corazon y el sosiego de tu familia á quien no fiarias por cierto tu bolsa, que vale mucho menos. ¿Qué títulos tiene para hacerse escuchar de tí, y para que le obedezcas y sigas como un borrego, el desconocido orador demagogo que allí te predica la insurreccion y el odio?

No es tu amigo quien procura hacerte concebir en tu corazon groseras envidias, pintándote cuadros de felicidad que son mentira, pues ni para el rico ni para el pobre es posible en este mundo otra felicidad que la de la resignacion. Sufrirás, amigo mio, aunque tengas en tu bolsillo los millones de Rotschild. Quien te diga, pues, al oido ó en la plaza pública ó en el club: ¡Repartamos lo ajeno, y serás feliz! este

tal, vista levita ó chaqueta, te engaña miserablemente. Pide á Dios fortuna honrada: si te la diere, dale tú por ello las gracias; si no te la diere, bendice su voluntad.

No es tu amigo quien te habla sin cesar de derechos que jamás, jamás podrás ejercer, olvidándose de predicarte deberes que siempre, siempre tendrás que cumplir. Bajo cualquier forma de gobierno serás siempre ciudadano, y ¿qué es siempre un ciudadano sino un esclavo de la ley? Y en esta esclavitud de todos ¿no está por ventura la libertad de cada uno?

No es tu amigo quien te enseña á despreciar lo respetable y á vilipendiar y á cubrir de lodo lo que es superior á tu condicion. Eres padre tal vez, y ¿con qué derecho exigirás respeto á tus canas, si ultrajas tú al sacerdote ó al magistrado, y te gozas en verlos en caricatura, bien sea en el papel, bien en la escena?

Mas... ¿á dónde vamos á parar con tan larga retahila? Ni en un siglo acabaria mi lista si tuviese que hacértela de todos los que, llamándose amigos tuyos, son para ti pura y simplemente traidores.

¿Ves este papel, diario ó semanal, que por dos cuartos te ofrecen á la salida del taller ó á la puerta del café, que tanto te divierte y te hace reir con sus chistes y monigotes? Por amigo le tienes, es verdad, porque dices: «Me distrae el mal humor, se me pasan con él las horas muertas sin saber cómo; no son pagadas con dos reales, cuanto más con dos cuartos, las carcajadas que á todos nos hace soltar cuando el domingo por la tarde lo leemos en corro yo y varios amigos de la vecindad.» Pues bien; créaslo, el tal papelucho es el Judas de tu casa. Haciendo reir mucho, va arrancando de tu corazon una á una todas las creencias, debilitando todos los buenos sentimientos: él te enseñó á burlarte de lo que llamas las beaterías de tu mujer, que no son sino las máximas sanas de la Religion; él te apartó de la Iglesia y de los Sacramentos: pero... no te espantes, él enseñará tambien á tus hijos á sacudir el yugo de tu autoridad, á aborrecer la casa paterna, á no conocer otra ley que su gusto, á despreciar tu ancianidad. Entonces verás lo que deja en tu casa ese mal apóstol que cada dia ó cada domingo traes á ella: entonces

conocerás la verdad de aquel antiguo refran : «Quien al cielo escupe, en la cara le cae.»

¿Ves aquella entrega que repartidores poco escrupulosos acaban de dejar sobre el banco de tu tienda ó bajo la puerta de tu casa? Tambien se llaman amigos tuyos el autor, el editor y hasta el repartidor de ella , y tal vez los crees tú , y te figuras que aquellas ocho páginas y aquella lámina son verdaderamente amigos desinteresados que vienen á ilustrarte. No es así , no es así. Aquella portada infame, aquellas figuras desvergonzadas , aquellos párrafos de donde chorrea la inmoralidad más inmunda, aquellas escenas de libertinaje tan hábilmente pintadas, son otros tantos enemigos de tu familia que sin contemplaciones de ningun género debes alejar, perseguir, destruir á toda costa.

¿Ves aquel dorado salon , iluminado de noche con cien bujías ó mecheros, donde en alegre consorcio suenan ruido de vasos y copas, bromas y dichos alegres, voluptuosa música, incitativa conversacion? Es el café donde se pierden los cuartos y las horas que debes á la manutencion de tu familia y al trabajo honrado; es el casino (taberna de camisa limpia), donde se olvida tan fácilmente la mujer propia para murmurar y chismear de las ajenas ; donde se aprende á mirar como fastidioso el modesto hogar doméstico , y como sosas y de ningun atractivo las delicias de la vida de familia; es la sala de baile, donde tu hija tan inocente , y tu hijo tan sensato como lo quieres tú , pasan la tarde del dia festivo y tal vez las noches, entregados á coloquios, ademanes, miradas y emociones que no autoriza la ley de Dios, ni consiente la conciencia verdaderamente cristiana. Tambien todos estos se te pintan como amigos tuyos , y son no obstante, pueblo sencillo , tus peores enemigos.

¿Ves aquel recinto espléndido donde se canta y se toca y se declama raras veces cosas indiferentes y de ningun peligro, casi siempre la apoteosis del vicio, la pintura seductora del desenfreno, la idealizacion de lo que la Religion condena y la moral reprueba, el teatro, en una palabra? Dicen que es tu amigo y dicen más... que es tu maestro, y poco falta para que despues de haberlo elevado á la categoría de escuela , se le llame ya santuario y no sé qué más. Pues bien : ni

es tu amigo, ni es tu maestro, ni es escuela, ni es templo; es simplemente lugar de corrupcion. Allí aprendes estas coplas groseras que la zarzuela ha puesto en boga y que cantas tú durante el trabajo, sin tal vez sospechar su intencionada malicia; allí los chistes verdes y colorados con que salpicas ó mejor manchas tu conversacion; allí el poco respeto al sacerdote, la poca delicadeza con el pudor, el menosprecio de la fidelidad conyugal, que cada dia ves allí puesta en ridículo; la santificacion de los extravíos del amor, que allí se te pintan como nobleza y heroismo. No es tu amigo el teatro, ni lo es de tus hijos, ni de tu esposa, ni de tu casa, ni de tu alma.

Basta, basta: aunque ahora caigo en la cuenta de que queriéndote hablar de tus amigos como te prometió el título de este librejo, no te he hablado en él más que de los que te lo son falsos, es decir, de los que de ningun modo lo son. ¿Cuáles serán, pues, los verdaderos?

Resérvome para otro dia tratar con mayor extension este punto, donde verás que así como te son menos amigos aquellos que más andan pregonándosete tales á todas horas, así te lo son más y con mayores veras aquellos que tal vez miras con prevencion y tal vez con malhumor y rabia mal disimulada. Que en esto, como en muchas otras cosas, andan trocados los frenos. Lo verémos con el favor de Dios otro dia.

IX.

¿Y SI LE HAY?

OMO era quieta y apacible la tarde, salimos, hace pocos dias, mi amigo D. Cosme y yo, á dar un paseito por los alrededores de la ciudad, que son amenísimos. Y la conversacion, primero lánguida y distraida, hízose luego más animada desde que se empezó á tocar en ella la tecla de religion. Mi amigo no es anticatólico decidido, pero sí indiferente en materia de religion. Puede que tal vez sea esta enfermedad del indiferentismo, peor que la misma impiedad franca y declarada, por lo mismo que los enfermos de ella se juzgan casi siempre hombres muy sanos y honrados que no atacan á la Religion ni *hacen mal á nadie*. No atacan á la Religion, es verdad, sólo tienen la desgracia de no cuidarse poco ni mucho de ella. No hacen mal á nadie, es cierto; sólo hacen á Dios la grave injuria de no contar para nada con Él, y á su propia alma el grave daño de hacerla para siempre desventurada. Si son eso frioleras, no hay para qué ponderarlo.

Mi amigo D. Cosme era de esos, y movíame su estado á verdadera compasion.

Habia hasta entonces contestado á mis reflexiones y argumentos indirectos con desdeñosas sonrisas y medias palabras, cuando queriendo yo fijarle un poco en la materia, me atreví á una interpelacion personal y en forma, y encarándome resueltamente con él, le dije:

—Pero vamos, séame V. franco, amigo D. Cosme. ¿No piensa V. alguna vez en su alma y en la otra vida?

—Ni pizca ni miaja, caballero, respondióme encogiéndose de hombros mi interpelado. Tengo mucho que hacer con mi familia y mi fábrica y mis negocios, para que me quede tiempo que gastar en beaterías.

—¿Beaterías las llama V.?

—Por no decir otra cosa.

—Pues yo no soy beato, ni tengo cara de tal, Dios m perdone; y no obstante dedico mis ratos á estos asuntos.

—¡Bah! ¡Bah! Seamos francos como V. quiere, mi ami go; á la altura de despreocupacion á que ha llegado nuestr siglo, la razon ilustrada aconseja prescindir por completo d esas simplezas, propias únicamente de siglos más atrasado y supersticiosos.

—No lo creo así, caballero, no lo creo así; antes lo irra cional y lo preocupado y lo atrasado es, segun me parece cerrar los ojos á tan sérias consideraciones. Óigame V., si n he de incomodarle.

—Ea, tienda V. el paño y venga el sermon.

—No lo será por cierto, sino breve ocurrencia, más propi del paseo que del púlpito ó del pié del altar.

—Corriente.

—Va de cuento, ó mejor, de suposicion. V. y yo andamo juntos por un camino que nos es desconocido, puesto qu nunca antes anduvimos por él. ¿Está V.?

—Estoy.

—Y sálenos al encuentro un tercero con la noticia que a doblar una de las encrucijadas de ese camino hay que guar darse de cierta fiera monstruosa que traga sin piedad á lo desprevenidos. Afirma esto con toda la sinceridad de hombr formal, y cita en apoyo de su dicho la autoridad de persona muy respetables, que creen lo mismo que él. Añade que al gunos, muchos, muchísimos que se rieron del aviso han s do ferozmente devorados, mientras otros atravesaron feliz mente el punto peligroso, gracias á ciertas precauciones qu debieron adoptar anticipadamente, y que por añadidura n son costosas. Suponga, pues, que yo precavido y algo me droso que soy, indago, miro, pregunto, acepto todos lo consejos, me rodeo de todas las precauciones dichas, á fin d asegurar mi vida en aquel trance. V., por el contrario, sigu andando, andando, riéndose de la noticia, y de quien la dic añadiendo que, si hay fiera, dásele tres pitos ser devorad por ella; que en fin... que puede que no la haya... que aú está eso por averiguar, y que allá verémos. Y todo eso sin de jar de andar á marchas forzadas, acercándose más y más cad

minuto al punto fatal. Dígame V. con toda llaneza, amigo mio, ¿quién de los dos fuera aquí en esta situacion que acabo de describir el razonable, el prudente, el despreocupado? ¿No seria yo? Y ¿quién seria aqui el preocupado, el necio, el irracional? ¿No seria V.?

—¡Válgame Dios, Padre capuchino sin barbas! ¡Pues no trae poca malicia, que digamos, la conseja que vuesa reverencia me acaba de endilgar!

—Cierto la trae, pero ¿qué contesta V. á ella?

—Que no tiene réplica, si soy yo quien se la ha de dar.

—Nadie se la dará, amigo mio; nadie se la dará, porque en efecto, no la tiene. Los hombres jóvenes y viejos, señor D. Cosme, nos hallamos en un camino que la mano de Dios nos obliga á recorrer desde que nacemos, sin permitirnos momento de parada. Esta es la vida; un viajecito en silla de posta ó en ferrocarril; dígolo así, porque si la llamara peregrinacion, me diria V. que huele á púlpito y á sacristía esta metáfora.

—Efectivamente.

—Pues bien; en este viaje en posta ó ferrocarril que hacemos todos (y V. y yo tambien), no cesa de gritarnos á cada momento la Religion: «¡Alerta! ¡Mirad al fin! La vida se acaba, y allí donde la vida se acaba la eternidad empieza, y la eternidad es una fiera atroz que al doblar la encrucijada de este mundo devora sin piedad á los desprevenidos. ¡Guardarse, pues! Es fácil librarse del mónstruo con sólo adoptar tales ó cuales precauciones. Pues adoptarlas.»

—Pero, ¿quién sabe estas precauciones?

—Sábelas la Iglesia católica, y las dice muy en alta voz á todo el que quiere oirlas. Y ¡ay de los sordos de conveniencia! ¡ay de los endurecidos!

—Cierto, muy cierto; ¡cáscaras!

—Pero no es esta la más negra, Sr. D. Cosme, sino que de los millares de millares que oyen esta voz amiga y cariñosa, unos pocos la escuchan y adoptan las precauciones indicadas; una gran parte ni se digna escuchar; otra gran parte oye, duda, y acaba por soltar la necia carcajada del estúpido; otra no menor oye, duda, tiembla, pero nada resuelve.

—Cierto, cierto.

—Y cuente V. que para dentro cincuenta años, que no es gran plazo, habremos pasado todos el tal desfiladero. ¿Piensa V., Sr. D. Cosme, quedarse rezagado en este mundo? ¿ó que va tal vez Dios á guardarle en él en conserva?

—¡Religion! ¡Dios! ¡alma! ¡muerte! ¡otra vida! ¡eternidad! Decididamente son cosas éstas más sérias de lo que nunca acerté á figurarme. Tanto por lo menos como las de cotizacion, alza y baja, valores públicos y otras mil que formaron hasta ahora mis únicas meditaciones. Bueno va siendo eso; pero está visto que no durará siempre. ¿Y despues?

—Sí, señor mio, sí, ¿y despues? ¿y despues? Este *despues* ¿no vale la pena de averiguarse con alguna detencion y de disponerse y prevenirse con alguna prudencia? ¡No hay infierno! dicen por ahí los libertinos. Demos que fuese dudoso, que no lo es, sino muy cierto y de fe; pero ¿y si le hay? Esta sola duda debiera helarles la sangre en las venas á los despreocupados ó indiferentes... como V.

—Verdaderamente ese *¿si le hay?* tiene bemoles.

—Los tiene, sí, amigo mio. Oiga V. á propósito una brevecita historia que le viene muy á pelo á la materia de nuestra conversacion, y servirá á V. como de resúmen de ella.

—Vaya, saque V. su historia, y cuidado con las alusiones personales.

—Precisamente son éstas lo mejor del caso, y no se las he de perdonar á V. por más que le piquen. ¿Sabe V. lo que dice el refran? A quien le pica, que se rasque.

Érase allá en tiempo de los frailes, y caminaban á pié, segun su costumbre, cierta tarde de las más calurosas de Julio, por una polvorosa carretera, dos de la Orden capuchina. Apretaba de lo lindo el calor, sofocante como suele en aquella estacion y en aquella hora, y hacíaselo más á los pobres religiosos el hábito pesadísimo de lana burda que, como sabe V., traen siempre los Capuchinos á raiz de la carne.

—Que no debe de ser mal cilicio.

—Es verdad, pero vamos al grano. Acertaron á topar con ellos dos caballeros que venian de la vecina ciudad, jóvenes ambos, ambos ricos y nobles, y por añadidura incrédulos y

libertinos. Iban montados en sendos caballos con toda comodidad, y hablaban, Dios sabe de qué, pero de fijo no de cosas espirituales, cuando al pasar junto á los dos Capuchinos y al verlos sudando y jadeando, fatigados y polvorientos, dijo el uno de los calaveras á su camarada: «Vaya, amigo, que es gracia la de ese par de frailucos: si no hay el cielo ni el infierno que dicen ellos, de poco les habrá servido darse en este mundo tan mala vida.» Oyólo de los dos religiosos el más anciano, y encarándose con el ginete y deteniéndole unos momentos el caballo por la brida: «Amigo mio, le dijo entre risueño y austero, si yo me equivoco, poco habré perdido en la vida que llevo, algo menos divertida, es verdad, que la vuestra, aunque no tan enojosa como se os figura; pero si no me equivoco yo, sino que os equivocais vos; si hay infierno, como yo creo, y vos no creeis, ¿quién os parece que arriesga más la partida, vos con vuestra vida de lujurias, ó yo con la mia de mortificacion? Con que, meditadlo, amigo mio: vos negais que haya infierno; pero ¿y si le hay?» Y prosiguió el fraile con su compañero la caminata sin añadir palabra. Y picaron tambien espuelas los dos mozalbetes, menos alegres que antes y diciéndose el uno al otro: «Vaya, que el Padre tiene razon: decimos que no hay infierno, pero ¿y si le hay?» Y aquel *¿si le hay?* les empezó á dar vueltas en el magin, y no paró hasta conducirlos á mejor acuerdo y á vida enteramente conforme y cristiana.

Lo mismo, pues, digo á V., amiguito despreocupado. Sólo que pudiésemos dudar de si hay ó no hay infierno, debiera tenernos eso en mucho cuidado y hacernos asegurar bien las cosas para el caso que realmente lo hubiese. ¡Cuánto más teniendo de él la infalible certeza que nos dan la Religion y la sana filosofía!—

No dice la crónica si D. Cosme salió de la conversacion anterior medianamente resuelto á pensar algo más en las cosas de su alma. Peor para él si en asunto de tanta monta no escuchó la voz de la razon y del natural buen sentido. Tú, curioso lector, que lo precedente has leido y puedes á tu sabor meditarlo, procura ajustar luego, muy luego, con Dios y contigo mismo, tus cuentas, y segun las hallares,

limpias ó embrolladas, hacer *in continenti* una buena confesion. Ahí está todo, y lo demás es cháchara.

Si en este lance arriesgases tu fortuna ó tu vida, ¿qué harías? Adoptarías, no el camino más fácil y divertido, sino el más seguro. No se trata, pues, de tu fortuna temporal, sino de tu suerte eterna, ni expones aquí la vida del cuerpo, que de todos modos un dia ú otro ha de morir, sino la vida del alma, única que tienes, y que con tus obras has de salvar ó para siempre perder.

A confesar, pues, y á confesar bien. A confesar y á recobrar á los piés de Jesucristo, y bajo la absolucion del sacerdote, la limpieza perdida por el pecado. No nos distraigan de este deber las agitaciones políticas: pasan las monarquías y las repúblicas, pero Dios permanece eternamente, y el alma ha de quedar al fin, ó bajo el poder de su justicia, si muere criminal, ó en los brazos de su misericordia, si muere arrepentida. No nos distraigan los negocios. Al fin hay que dejarlos un dia, y al alma no la contentarémos con dinero, como al cuerpo, sino con verdad y con buenas obras. Dentro breves años otro disfrutará estos bienes que ahora ganamos con tantos sudores, otro habitará estas casas, otro explotará estas fincas, otro gozará á costa de nuestros trabajos. Y nuestra alma inmortal ya no tendrá sino un castigo sin fin, si fué pecadora impenitente, ó una gloria sin fin, si fué pecadora arrepentida. ¿Niegas estas verdades? Poco valdrá que las niegues; su existencia no depende de tu afirmacion ni de tu negacion. Tus blasfemias no destronarán á Dios. Hay cielo é infierno, por más que desees que no los haya, y antes de cuarenta años lo sabrás por experiencia.

Quiera Dios que al despedirte de este mundo, y al asomarte á la espantosa puerta de la eternidad, no debas exclamar con aquel angustioso *¡Me he equivocado!* en que prorumpirán los impíos, ni debas oir aquel horrendo *¡Ya es tarde!* que oirán aterrados. Una *buena* confesion hecha á tiempo, y una *buena* vida continuada despues de esta confesion, bastan para dejarte asegurado.

X.

¡Á CONFESAR!



UPONGO, amigo lector, que eres por desgracia uno de aquellos que juzgan cumplir de sobras con lo que deben á Dios y á su conciencia acercándose *una sola vez al año* á los santos sacramentos de la Confesion y Comunion. Y supongo, además, que vas á cumplir con la parroquia, no porque seas fervoroso cristiano, pues en este caso confesarias y comulgarias con más frecuencia, sino porque todavía no te has acabado de resolver á renegar por completo de tu fe, como tantos otros desdichados que han roto decididamente con ella. Supongo tambien que al acercarte á confesar y comulgar no has procurado sino evitar lo que dirá de tí tu familia si se pasa la Cuaresma sin que hayas cumplido este requisito, ó ahorrarte algun remordimiento de conciencia, á la cual de esta suerte podrás engañar y adormecer, diciendo para tu interior: «Al fin, de un modo ú otro ya he cumplido; recogida tengo mi cédula.»

Pues bien, amigo mio, este librito va á hablarte muy claro y á decirte la verdad sin temor ni contemplaciones. Así ante el tribunal de Dios que irremisiblemente te ha de juzgar no tendrás excusa. O tal vez acabarás de despreocuparte de una vez, y quizá por medio de estas cortas líneas entrarán en tu alma la gracia y la salvacion.

¿Tienes resuelto acercarte tal ó cual dia *á cumplir con la parroquia?* Si has creido que era eso solamente una formalidad, vives muy equivocado. La *santa Confesion* y la *sagrada Comunion* son dos sacramentos de la Iglesia que en el que los recibe producen *siempre* un efecto bueno ó malo. O se reciben como es debido, y entonces constituyen una grande obra de santificacion, ó se reciben con mala disposicion, y entonces son un crimen de los que Dios castiga con más severas penas. ¿Vas á confesar y comulgar? Está bien; pero piénsalo maduramente, y si no pretendes con ello otra cosa

que complacer á tus padres, á tu mujer ó á tus hijos, ó que no se murmure de tí en el pueblo, no vayas; huye del confesonario como de un abismo; huye del sagrario santo. No te acerques á dar á Jesús un abrazo mentiroso. No alargues tu mano para recibir la cédula parroquial: llevarias en ella tu sentencia para el infierno. No vayas; hazte sordo á tus padres, ríete de los consejos de tu mujer, escandaliza á tu pueblo; todo esto es menos horrible que un sacrilegio!!!

Pero si movido por la gracia de Dios, y con verdadero deseo de obedecer el precepto de su Iglesia, te resuelves, amigo mio, á confesar tus culpas y á comulgar; si procedes con leatad y con sincero deseo de arreglar tus cuentas, desenredar tu conciencia y mejorar el estado de tu alma; si acosado por los remordimientos, que suelen ser tambien voz de Dios, has dirigido con horror una ojeada á tu pasado y te has dicho con firmeza: «No, no, esto no puede continuar así; no quiero morir de esta suerte;» ¡ah! no temas, no, amigo mio; aunque diste ya un año ó veinte años tu última confesion. No te arredre el contemplar que está muy embrollada la madeja de tu vida: la mano cariñosa de un buen confesor te ayudará á desembrollarla, y por el hilo que tú le dés sacará él todo el ovillo. Al fin y al cabo, hacer una buena confesion no es cuestion de talento, ni de memoria, ni de buenas explicaderas. Es sencillamente cuestion de *buena voluntad*.

Para que sea buena una confesion (hoy te hablo sólo de ésta) le bastan cinco requisitos: que vaya preparada con un regular exámen; que vaya acompañada de un verdadero pesar de las culpas; que éstas sean declaradas con toda franqueza tal como están en tu memoria; que haya promesa formal de no volver otra vez á ellas; que se cumpla puntualmente la penitencia por ellas impuesta. Es lo que enseña el Catecismo cuando dice que para el sacramento de la Penitencia son necesarios: exámen, dolor, propósito, confesion y satisfaccion.

Exámen.—Si yo te preguntase ahora lo principal que has hecho en tus negocios durante la presente semana, no podrias responderme sin pensarlo un poco. ¿Y querrás declarar al confesor todo lo que has hecho de mal en un año, sin pensarlo antes una media hora? Vamos, no trates así tan á

la ligera los negocios de tu alma, que cuesta toda la sangre al Hijo de Dios. Echa una mirada sobre tu interior, concéntrate un poco; ¿qué ves en el fondo de ella? ¿Algo ves, no es verdad, despues de un rato de pensarlo? Pues bien; lo que veas dilo al confesor con sinceridad, y asunto concluido.

Dolor. — El que desea ser perdonado ha de empezar por aborrecer aquella culpa que se le ha de perdonar. Ha de sentir pena de haber ofendido á Dios. Ha de preferir antes la muerte que aquel pecado, si se le ofreciere ocasion de cometerlo. Pensando en que has ofendido á Dios, que ha padecido por tí y que ha de juzgarte, sentirás vergüenza de haber sido ingrato pisoteando su sangre preciosa y las lágrimas de su Madre, y sentirás pavor considerándote reo de una eternidad de infierno. Entonces conocerás y sentirás que te venia más á cuenta no haber pecado: eso es el dolor.

Propósito. — Pedir perdon de un agravio con ánimo de repetirlo al dia siguiente, es hipocresía. El que confiesa una culpa ha de estar en la buena voluntad de no cometerla más, y de practicar para ello todas las diligencias. — ¿Y si vuelvo cometerla? — Volverás á confesarte; pero esto no impide que cuando te confiesas tengas la firme intencion de no cometerla otra vez.

Confesion. — Has de declarar tus culpas al confesor tales como las halles en tu memoria. ¿No las recuerdas todas? Declara las que recuerdes, y del modo que las recuerdes. Esto te basta, que Dios no pide imposibles. Pero has de desear recordarlas, y nunca oscurecerlas á propósito con vanas excusas. Un solo pecado voluntariamente callado hace de la confesion un sacrilegio horrible. Sométete con docilidad á las preguntas del confesor: él encontrará en tu conciencia escondrijos en que tal vez nunca has reparado.

Satisfaccion. — El confesor impone una penitencia como expiacion ó castigo de las culpas cometidas, y esta penitencia ha de cumplirse. Cúmplela con presteza allí mismo, si es posible, á fin de que no se te olvide.

Puestos con lealtad estos requisitos, queda tranquilo; has hecho buena confesion.

Muy sencillo es, pues, confesarse. ¡Cosa extraña, sin embargo! Muchos son los que se confiesan mal.

La ignorancia hace que muchas personas, áun entre las ilustradas, desconozcan sus principales deberes de cristiano. Creen que se reduce todo á ser un hombre honrado segun el mundo, y limitan los Mandamientos á dos: no robar y no matar. De suerte que, como el tribunal no los tenga por dignos de presidio, ya se cuentan ellos inocentes y justos delante de Dios. Muy equivocados andan. La ley de Dios es más exigente, y al examinar su conciencia han de hacerlo segun ella, y no segun las vanas opiniones del mundo. Muchos hombres, honradísimos en apariencia, son delante de Dios grandes criminales, y serán despues del Juicio grandes condenados. *No hacer mal á nadie* es una parte de la ley; no es toda la ley. De seguro, pues, que si no hubiese tanta ignorancia religiosa, no habria tantas personas que con una frescura que espanta dicen: «Yo no hago pecados: no sé de qué acusarme.»

Otra causa de las malas confesiones es la indiferencia. Conviene decirlo muy alto. Hay infierno, aunque no nos acordemos de él. Tenemos una alma, áun cuando parezcamos no tenerla. Dentro pocos años no estarémos aquí en medio de nuestra familia, de nuestros amigos, de nuestros negocios, de nuestras diversiones. Pero ¿dónde estarémos? Si muriésemos aquí ahora mismo, mientras leemos esta línea, ¿dónde parariamos? ¿Qué es lo que merecemos actualmente, cielo ó infierno? ¿Estamos en pecado ó en gracia de Dios? Hagámonos á menudo esta pregunta para despertarnos y sacudir la pereza. Así que quedemos despiertos, mucho hallarémos en nosotros que reformar. Todo lo que nos rodea pasará irremisiblemente. Lo que no pasará será Dios y nuestra alma. Estos se han de ver, el uno en frente del otro, el dia que ménos pensemos. ¿Tendrémos valor para sostener la mirada de Dios y su severo interrogatorio? Nuestra vida estará desnuda delante de Él; ni un solo pensamiento criminal quedará escondido. ¿Es tan limpia mi vida que no deba darme ningun cuidado? Me he reido mil veces de la Religion y de sus prácticas; ¿tendré allí ganas de reirme de estos sacrosantos objetos? La indiferencia proviene del olvido de estas verdades, verdades que todos creemos. Meditémoslas, pues, y no tardarémos en reconocernos llenos de culpas, y en sentir temor de Dios y saludables remordimientos.

La gran dificultad del que quiere confesarse, cuando no lo hace con frecuencia, es hacer el exámen.

¿Hagámoslo tú y yo, lector amigo? Me comprometo á sacarte las cuentas en limpio por embrolladas que las tengas. No tienes que hacer por tu parte más que reflexionar unos minutos sobre cada una de las preguntas que voy á hacerte, y responder *sí* ó *no* con lealtad, como si estuvieses en la hora de la muerte.

¿Recuerdas si tu última confesion anduvo bien hecha? ¿Dejaste algo por vergüenza ó por olvido voluntario? ¿Comulgaste de este modo? La mala Comunion es el mayor de los crímenes.

¿Has hablado ó escrito ó leido algo contra la Religion? ¿Estás suficientemente instruido en ella? ¿Sabes bien lo que ningun cristiano debe ignorar? ¿Tienes libros prohibidos? ¿Recibes periódicos anticatólicos? Tales pecados son muy comunes en nuestros dias. ¿Has desesperado de tu salvacion? ¿Has dado escándalo? ¿mal ejemplo? ¿mal consejo? ¿dinero para cosas malas?

¿Has caido en supersticiones? ¿Has creido en el espiritismo? ¿Rezas?

¿Juras? ¿Blasfemas? ¿Maldices?

¿Pierdes la Misa en dia festivo? ¿la oyes mal? ¿Trabajas en dia de descanso? ¿Obligas á trabajar á los tuyos? Peca más el amo que manda trabajar, que el trabajador que trabaja en dia festivo.

¿Respetas á tus superiores? ¿á los padres? ¿Educas á los hijos? ¿les vigilas como debes? Muchos padres bonachones se condenarán por culpas de sus hijos.

¿Tienes odio? ¿deseo de venganza? ¿Has perjudicado á alguno?

¿Te complaces en pensamientos deshonestos ó en conversaciones escandalosas? ¿Tienes libros ó láminas impuras? ¿Conservas alguna relacion peligrosa? ¿Has caido en acciones deshonestas? ¿con qué clase de personas?

¿Has robado? Hay muchos modos de robar que no causan deshonor á los ojos del mundo, y sin embargo serán causa de condenacion á los ojos de Dios. Tales son vender y comprar mal, defraudar á trabajadores ó criados, apoderarse y

disfrutar de los bienes de la Iglesia. ¿Has contribuido á este despojo?

¿Mientes? ¿Calumnias? ¿Murmuras? ¿Infamas? Es más pecado robar reputacion al prójimo que robarle dinero, y hay igual obligacion de restituir.

¿Has guardado los ayunos y abstinencias de la Iglesia? ¿Por qué razon te has excusado de guardarlas? ¿Has faltado al cumplimiento pascual?

¿Eres orgulloso ó vanidoso? ¿Eres avaro? ¿Eres deshonesto? ¿Eres iracundo? ¿Eres goloso y dado á la embriaguez? ¿Eres envidioso? ¿Eres perezoso en el cumplimiento de tus obligaciones?

Hé aquí un sencillo programa que contiene indicados los puntos principales. De lo que no te acuerdes despues de un leal exámen Dios te hace franco. Anímate, pues, amigo mio; la confesion es difícil sólo á primera vista. Cuando la hayas hecho te asombrarás de haberla mirado por tan dificultosa. Lo que importa es confesarse de veras. Con Dios no hay burlas.

¡Que no te has confesado muchos años há! Razon de más para que te confieses ahora con urgencia. La Sangre de Cristo y las lágrimas de su Madre se han derramado por tí, y la Cuaresma es tiempo especial de perdón para los pecadores. Hay más regocijo en el cielo por un pecador convertido que por muchos justos que no perdieron la inocencia. ¡A confesar, pues!

El corazon te dice que sí, que es preciso dar este paso. Sólo te detienen necios respetos humanos, lo que dirá el amigo, lo que pensará el vecino. No vayas, pues, á confesar; pero aguarda á que vengan á librarte de las manos de Dios el amigo y el vecino. Pídeles á ellos que consuelen tu remordimiento, que acallen el grito de tu corazon, que dén paz á tu espíritu agitado. ¡No lo harán! Nada de esto se consigue sino viviendo en paz con Dios, y no vive en paz con Dios quien le ha ofendido y no se le ha reconciliado! Adelante, pues; ríete de los que de tí se rien, y búrlate de los que de tí se burlan. Juzga como juzgarás en tu última hora; juzga como te juzgará Dios.

XI.

¿SOY CATÓLICO?



¿Á quién, dirás, se le ocurre hacerse esta pregunta hasta cierto punto inútil? ¿No recibí el bautismo? ¿No me llevaron en su dia á la primera Comunion? ¿No dí la mano al pié del altar á mi esposa bendecida por la Iglesia? ¿No bautizo á mis hijos?

¿Soy católico? Mas, para tener sobre esto ideas claras, conviene haber meditado alguna vez este punto, que mal haya si en toda mi vida me ha traido ocupados cinco miserables minutos. Porque, ya se ve; dijéronme en mi niñez que era católico, y lo creí, y sigo creyéndolo: tal vez si me hubiesen dicho que era judío, lo hubiera creido tambien, y seguiria creyéndolo tan tranquilamente en el dia. Llevo el nombre de católico del mismo modo que llevo mi apellido, sin averiguar su significado ni su orígen. Y vino luego la juventud, y... francamente, no fué la mejor época aquella para tales exámenes de conciencia. Mis estudios por una parte, y mis locuras por otra, necesitaban toda mi atencion. Llegué luego á la edad madura, y entonces fueron mi familia y mis negocios quienes me impidieron por completo toda otra clase de pensamientos.

En este estado me sorprendió la revolucion. Oí entonces por vez primera y con asombro lo que nunca habia oido en mi vida. Oí á algunos españoles declararse francamente fuera del Catolicismo, y oí á su vez á otros declararse católicos á todo trance. Entonces por vez primera hube de fijar los ojos en mí, y preguntarme con cierta novedad á cuál de aquellos grupos pertenecia. Todavía hallé en el fondo de mi corazon bastante fe, para que me horrorizase la idea siquiera de apostatar del Catolicismo. Eso de renegar de mi religion parecíame muy fuerte. Pero es el caso que, no sintién-

dome con valor para decir: Reniego del Catolicismo; cuando mi corazon me decia: Luego has de ser católico de veras, sentíame á la vez aterrado por lo imponente de la intimacion. Y desde entonces cada dia resuena más imperiosa en mi alma la pregunta que he puesto al frente de estas líneas. Desde entonces cada mañana y cada noche, en medio de la agitacion de mis negocios y de la fiebre de mis placeres, pero sobre todo en mis horas de soledad, no deja de perseguirme esta voz tenaz como el remordimiento: ¿Soy católico? ¿Sí ó no? Si lo soy, ¿por qué no estoy con los católicos decididos? Y si no lo soy, ¿por qué no me hallo con los francamente renegados?

¿Soy católico? Antes de responder á esta pregunta hay que satisfacer á esta otra. ¿Qué es ser católico?

Cualquier niño me lo dirá en breves palabras. Es profesar el Catolicismo. ¿Y qué es profesar el Catolicismo? La respuesta á esta pregunta exige ya más amplitud.

Toda religion contiene dos partes principales: dogmas ó verdades que se deben creer, y preceptos ó mandamientos que se deben guardar. Y se dice que profesa verdaderamente una religion el que observa cuidadosamente estas dos partes: un credo de verdades y un código de preceptos. Importa, pues, creer el uno y practicar el otro. El que se contenta con una de estas dos cosas, ó con parte de cada una de ellas, llámese como se quiera, no profesará el catolicismo entero; y el catolicismo á quien le falte una coma deja de ser ya el verdadero catolicismo.

Para averiguar, pues, si soy católico, debo averiguar si creo todo lo que la Iglesia enseña, y si practico todo lo que la Iglesia manda. Si no cumplo estas dos partes (como no sea por una de aquellas fragilidades de las cuales nadie está exento), si no creo todo lo que debo creer, si no practico todo lo que debo practicar, tanto vale que me llame católico como musulman: no se me pregunta cómo me llamo, sino lo que soy: podré, pues, llamarme católico, pero no lo seré. ¿Es exacto ó no este raciocinio? Vayamos ahora á la aplicacion.

¿Qué verdades creo yo del Catolicismo? ¿Qué leyes observo? A ver si me siento con valor para un mediano exámen de conciencia.

¿Creo que existe un Dios? Hasta ahora no me atreví á negarlo. Pero... ¿qué haria yo de más ó qué haria de menos si Él no existiese? Nada absolutamente. Viviria como vivo hoy. Vivo, pues, ¡horrible consecuencia! vivo como si no hubiese Dios. Es decir, no soy ateo de boca, pero lo soy de corazon. ¿Soy católico en este punto?

¿Creo en la otra vida? Tambien este es un dogma fundamental del Catolicismo. Aplico aquí la misma regla. Si estuviese yo muy cierto de que no hay más allá de la muerte pena ni gloria, ¿haria más ó haria menos de lo que hago ahora? No haria más ni haria menos. Vivo, pues, como si no hubiese otra vida que esta. Es decir, no soy materialista en mis doctrinas, pero lo soy en mis obras.

¿Creo en la Iglesia y en su autoridad? Este es el punto esencial del Catolicismo. «Quien no oyere á la Iglesia, ha dicho Cristo, sea considerado como gentil.» Y yo, no sólo no venero á la Iglesia, sino que ignoro casi completamente lo que ella enseña. Siempre se me figuró beatería, propia únicamente de viejas. Abrigo contra ella mil prevenciones que he bebido en libros que ella ha condenado, y que yo admiro. Cien veces me burlé de sus ministros: el calificativo de papista ó clerical seria para mí el más injurioso del Diccionario. Me ha dicho que su Jefe era infalible en materias doctrinales, y me he mofado á cada paso de esta infalibilidad. He aplaudido á sus enemigos; he escrito artículos y pronunciado discursos en favor de ellos; he tachado de fanáticos y locos á sus defensores. Ahora bien. ¿Puedo en conciencia de hombre honrado llamarme hijo de la Iglesia?

—¿Qué pienso acerca de Jesucristo?—Poco ó nada.

—¿Y sobre la Virgen y los Santos?—Lo mismo. Estas son cosas de mi mujer, que reza novenas y visita jubileos.

—¿Y sobre los Sacramentos?—Nunca me ocurre frecuentarlos.

—¿Y sobre indulgencias?—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Quién no se rie de esto?

—¿Y sobre ayunos?—¿Acaso soy yo cartujo ó capuchino?

—¿Y sobre la Misa?—Algunas veces acompaño allá á la bendita de mi mujer.

—¿Y sobre libros prohibidos?—Mi librería y velador están llenos de ellos.

—¿Cómo pienso tocante á Ordenes religiosas?—Como los protestantes y los revolucionarios.

—¿Cómo pienso sobre el poder temporal del Papa?—Exactamente lo mismo que sus enemigos.

—¿Y en toda cuestion entre el Estado y la Iglesia?—De buenas á primeras siempre contra la Iglesia.

Resultado final de este ligerísimo exámen. No tengo de católico ni el pensar, ni el obrar, ni las aficiones. Nada conservo del Catolicismo, sino el nombre que se me dió en la pila. Y despues de esto, ¿soy católico? No, sino que me llamo católico.

¡Exactísima verdad! ¡Triste confesion que, á pesar mio, hace brotar de mis labios la fuerza del más exacto raciocinio! ¿Me llamo católico, he dicho? ¡Ni áun eso, porque millares de veces me avergoncé de que me llamasen tal! Pero aunque á tanto no haya llegado mi indiferentismo, aunque hiciese gala de este título, y no creyese rebajarme algun tanto en sociedad con él, todavía... todavía del dicho al hecho hay gran trecho, dice el refran. No lo seria, no, aunque me llamase así el mundo entero. ¿Cómo se es católico? ¿Qué es ser católico?

Fuerza es insistir en las mismas ideas: Creer todo lo que cree la Iglesia católica. Obrar todo lo que manda la Iglesia católica. Ni una palabra más. Pero tambien ni un punto menos.

¿Soy musulman? No, porque no sigo la ley de Mahoma.

¿Soy judío? No, porque no sigo la ley de los judíos.

¿Soy protestante? No, porque no creo en Lutero ni en su comparsa de reformadores.

Luego tambien si no creo ni obedezco á la Iglesia católica, cuando se me pregunte: ¿Eres católico? debo responder al instante. No, porque no sigo el Catolicismo.

En vano me canso buscando una salida á ese círculo de hierro.

¿Puedo en consecuencia afirmar con todo aplomo, sin que nada en mi interior se levante para desmentirme: Sí, soy católico?

¿O tengo valor para arrojar todas las máscaras, prescindir de todos los respetos, abdicar todas mis esperanzas, hundir-

me completamente en el abismo sin fondo de una negacion absoluta, y desde él lanzar como Satanás el grito de rebeldía y decir claro á Dios y al mundo: No, no soy católico?

Si me decido por lo primero, el riguroso encadenamiento de la lógica, ayudando la gracia, me llevará de consecuencia en consecuencia hasta la sumision más completa de mi razon á la autoridad de la Iglesia en todo hasta en lo más pequeño, y seré hombre de fe. Y juntamente el claro conocimiento de mis deberes me llevará á la absoluta sumision de la voluntad, al total rendimiento del corazon á Dios, y no sólo creeré, sino que obedeceré y amaré, y seré, no sólo hombre de fe, sino tambien hombre de devocion y de piedad. Y cuando á este punto haya llegado, cuando tenga mi inteligencia sujeta á la fe, y mi voluntad á la ley, y mi corazon al amor de Dios, seré á los ojos del mundo un neo, un fanático, un beato, y á los ojos de Dios y de la razon, un hombre formal que profesa lo que dice, y practica y ama lo que profesa.

Si me decido por lo segundo, si reniego del Catolicismo, me coloco por precision en una pendiente, en la cual no puedo detenerme hasta llegar al último abismo. Si dejo de ser católico, no será para hacerme judío, ó turco, ó protestante.

Ninguna de esas falsas religiones puede sostener durante un cuarto de hora el exámen sério de un hombre despreocupado. He de contentarme, pues, con ser deista, es decir, con creer en Dios, pero sin admitir modo alguno positivo de darle culto. Ahora bien. Yo, que no he reconocido á Dios en la grandeza y majestad de los dogmas cristianos, ¿me sentiré bastante movido á honrarle y venerarle por el solo estímulo de la naturaleza? Mi vago deismo ¿no será más bien un ateismo práctico, sobre todo en los momentos en que la fuerza de la pasion, no sujeta por freno alguno, anuble mi razon y me ensordezca con sus feroces rugidos? Irremisiblemente he de parar, pues, en ateo, á lo menos en la práctica. ¿Y me siento con valor para llegar á este último paso?

Hé aquí que me encuentro con una colina elevada que se me convida á subir: ó de lo contrario con un precipicio horrendo al que se me fuerza á descender. Ni un minuto más puedo detenerme entre términos tan opuestos. O subir á la

cumbre y gozar desde allí las hermosas perspectivas, la serenidad del alma, el puro cielo que rodea á los creyentes, ó bajar al hondo abismo y sepultarme allí en la confusion de ideas, en la negrura del remordimiento, en la aterradora noche de los descreidos. O al cielo de la fe, ó al infierno de la negacion absoluta, O creer de veras, ó de veras renegar. O ángel de luz, ó ángel caido. O devoto, ó ateo. ¿Quien se atreveria á dudar un momento en la eleccion?

Lector, si eres hombre de buena fe, honrado, formal, amigo de hallar la verdad, suplícote que leas y vuelvas á leer estas reflexiones, y despues de alzar los ojos al cielo, pidiendo un rayo de luz, veas de decidirte. La marejada revolucionaria ha aumentado dolorosamente el número de los qué, sin haber renegado de su fe, rehusan, no obstante, aceptarla en toda su extension. Dudan, vacilan, sienten crueles oscilaciones entre la voz del cielo que los llama y el grito del abismo que los fascina. Esta vacilacion, estas crueles oscilaciones, producen en nuestra sociedad gran número de los que llamamos indiferentes, cuando no son sino desventurados á quienes un leve impulso haria decididamente católicos. Que este librito, movido por el aliento de vida de Aquel que resucita los muertos, dé ese impulso bienhechor á tu corazon, y le restituya su vigor y su lozanía. Así como así, ¡es tan triste no creer nada, nada más que lo humano, en lo cual no se puede depositar ninguna confianza! ¡Es tan triste no tener otra cosa que esperar que lo de acá, que es tan deleznable y tan amigo de pegar desengaños! ¡Es tan triste no poder amar sino lo que huye, lo que pása, lo que al apretarlo entre los brazos no deja á nuestro ansioso afan otra realidad que la de las sombras! ¡Es tan triste no poder creer, amar, ni esperar nada eterno é inmortal! ¡Es tan triste vivir sin fe, sin amor, sin esperanza!

XII.

AMIGO LEAL.



s mi propósito hablarte hoy, oh lector, quien quiera que seas, de un amigo, que lo es de toda confianza y á toda prueba, amigo único me atrevo á decir, porque es el solo que reune todas las condiciones de una amistad firme, dulce y provechosa. Este amigo, de tan bellas cualidades, ¡ahí verás! tiene un nombre frecuentemente aborrecido y despreciado; trato quizás austero y sério; fisonomía grave y á menudo severa; palabras dulces á veces, pero á veces tambien tremendas; formales exigencias, en las cuales no cede ni afloja si se quiere vivir en paz con él. Por eso se le mira ordinariamente con prevencion por los más, y por muchos hasta con mal disimulada ira, y no obstante... ámanle y son de él firmemente amados los que á fondo le tratan; reciben de él consuelos de los cuales no tiene idea sino quien los ha saboreado, y si se dejan guiar por sus consejos y advertencias son felices en vida, en muerte y en eternidad. Este amigo le ves, le tratas, le oyes; tal vez empero no le conoces bien, y por no conocerle no le aprecias como debieras. Se llama, ¡y no te alarmes, amigo mio! se llama la Religion.

Efectivamente: míralo como quieras entre tantos como se llaman amigos tuyos ó aspiran á parecerlo, uno hay tan sólo que lo sea de veras, y es el que te acabo de indicar. Eso quiero que estudies, ahora, aquí conmigo.

¿Quién merece entre las gentes el nombre de amigo? ¿El que alaba siempre? No, este se llama adulador. ¿El que nunca corrige? Tampoco, este es indiferente. ¿El que trata solamente de divertir? Mucho menos; á este se le da simplemente el nombre de payaso ó de bufon. ¿Qué ha de ser, pues, el amigo para que salga verdadero? Harto lo sabes tú: ha de

ser tal que ame de veras, es decir, que alabe en tí lo que merezca ser alabado; que censure ó reprenda lo que merezca ser reprendido; que recree cuando hubiere necesidad de expansion; que consuele cuando fueren necesarios los consuelos. Así son los amigos leales. A quien le falte una sola de estas condiciones, llámale como quieras; mas no emplees con él el nombre y la consideracion únicamente debidos á la verdadera amistad.

Ahora bien. En vano dirijo á mi rededor una mirada curiosa, oh hijos del pueblo. Entre tantos como os rodean no encuentro quien en realidad sea amigo vuestro, sino es la Religion. Veo, sí, porcion de aduladores, ¡ay! demasiados por cierto. Veo multitud de indiferentes, muchísimos tambien por desgracia. Veo bufones tambien y payasos, empeñados en divertir vuestro mal humor y vuestras aflicciones con chistes y piruetas. Y sin embargo, no es tal, no, la mision del que ama de veras, del verdadero amigo. No se mejora al pueblo, no se le hace feliz y honrado adulándole ó distrayéndole con espectáculos y caricaturas. Asi sólo se le degrada y envilece. Así se mata en él todo sentimiento de admiracion y de entusiasmo; así sólo se le enseña á despreciar y á reir; y el desdichado que sólo sabe despreciar y reir, no está muy lejos de ser él mismo ridículo y despreciable.

La Religion sabe el secreto de enaltecer al pueblo sin hacerse su aduladora. Atiéndase á la multitud de hijos suyos que ha elevado en vida á las más altas dignidades, y despues de ella á los más sublimes honores. Papas, obispos, doctores, sacerdotes, lo más respetable que tiene en su jerarquía lo saca muchas veces de las clases más humildes. Al ascender á un hijo del pueblo á la cumbre de las mayores grandezas humanas y divinas no le pregunta: ¿Eres noble? ó ¿eres rico? ó ¿eres poderoso? No, sino: Hijo del pueblo, ¿eres santo? ¿eres sabio? ¿No es sabido que en nuestra sacrosanta Religion el hijo de un porquero ha llegado á ser uno de los más grandes Papas con el nombre de Sixto V? Pues qué, el primer personaje que despues de Cristo y de su Madre veneramos en los altares, ¿no es José, el pobre carpintero? Y ¿no salieron de las playas de Galilea, desnudos y

callosos los piés y las manos, quemada la tez con el sol y con las fatigas, ruda y grosera el habla, los doce primeros jefes de la Iglesia católica? Si esto meditara nuestro pueblo, debiera estar orgulloso de su condicion y de su creencia, y aborrecer como á los mayores enemigos suyos á los que intentan robarle su fe. ¡Oh! sí, pueblo querido. Yo que desde estas humildes páginas te hablo, yo hijo del pueblo como tú, yo enemigo como tú de todas las tiranías y de todos los despotismos, lo digo muy en alta voz para que todo el mundo lo oiga: el que te enseña con obras ó con palabras el desprecio de nuestra sacrosanta Religion es tu peor enemigo, es el traidor, es el Judas del pueblo, por más que con cualquiera otro nombre se disfrace!

La Religion no sólo ennoblece y ensalza al pueblo, sino que le corrige y le mejora. La verdadera nobleza, amigos mios, es la honradez del corazon: el noble criminal es dos veces delincuente: el hijo del pueblo, honrado y virtuoso, es dos veces noble. Para hacerlo tal se muestra tan severa é intransigente la Religion. Hasta sobre nuestros pensamientos vela, hasta nuestros deseos escudriña, hasta en los más oscuros repliegues del corazon se nos introduce para sorprender allí sus más insignificantes movimientos, y gritarle en cuanto los vea desarreglados: «¡Alto ahí! ¡No puedes! ¡No te es lícita esta imaginacion voluptuosa! ¡Es criminal este proyecto! ¡Este deseo que nadie ve, pero que Dios contempla, es una infamia!» Y si tan severa es con los deseos y pensamientos, no digo nada de las intenciones. ¡Y por esto la han llamado intolerante! ¡Necios! ¡Esta acusacion es su mayor elogio! ¿Qué cosa mejor puede decirse en elogio de una institucion, sino que es rigurosamente intolerante con el mal? ¡Así fuésemos todos intolerantes con nosotros mismos, como es ella intolerante con nosotros! ¡Feliz intolerancia! Podria entonces el legislador quemar sus códigos, licenciar la guardia civil, declarar cesantes á todos los jueces, y destinar para fábricas y escuelas lo que hoy son cárceles y presidios. ¿No es verdad, pueblo de mi alma? Cierto que sí.

Pero no siempre corrige severa y rigorosa, más frecuentemente consuela llena de dulzura y de inmenso cariño. Un filósofo impío del siglo pasado creyó decir gran cosa llamán-

dola por burla Religion buena únicamente para los desgraciados. ¡Filósofo infeliz y de menguada filosofía! Y ¿quién hay que no sea desgraciado toda ó la mayor parte de la vida? Y si es así, ¿no ha de seguirse de ahí por necesidad, segun tu propio dicho, que nuestra santa Religion para todos ha de ser excelente cosa? ¿Veis, amigos mios, cuán bonitamente se coge en su misma trampa á un incrédulo, aunque este la eche de filosofador?

Eres desgraciado, pueblo mio, ¿quién lo duda? Eres desgraciado, y llevas contigo la herencia de todos los hijos de Adan: el infortunio. Lloras más á menudo que ríes, esta es la verdad, y tu vida, por más que digan, es vida de sufrimiento. La traes fatigosa y dura: al sol de estío ó á los hielos de invierno; al aire libre ó en la atmósfera viciada de los talleres; asido á un arado ó á una herramienta ó á una rueda, pasas doce horas cada dia, y seis dias cada semana, y cincuenta semanas cada año, y veinte, treinta ó cuarenta años de tu vida, ganando con tu sudor un pan muchas veces amargado con crueles sinsabores. Sí, porque tu trabajosa existencia viene á hacerla frecuentemente dolorosísima la enfermedad, y la enfermedad es calamidad espantosa en casa del hijo del pueblo. Y en pos de ella sigue como compañera inseparable la miseria, y la miseria en la familia es horrible. Y viene luego la muerte de personas queridas, dejando en tu pobre corazon tristísimos vacíos, vacíos ¡ay! que nunca más se llenan si no los llena el amor de Dios. Y tienes además á cada paso angustias secretas que es imposible clasificar; el negocio que salió mal, el hijo que te aflige con su conducta, el otro que cayó soldado, el poderoso ó el rival que te hacen víctima de injustas vejaciones. Y luego las inquietudes que tú mismo sabes acarrearte, las intemperancias de tu genio, los compromisos en que te pone tu ligereza, los chismes de vecindad, y qué sé yo cuántas frioleras, tamañitas á veces como grano de anís, pero suficientes casi siempre para ponerte desesperado. Que tal es de miserable nuestro pobre corazon. ¿Es así? ¿Acerté ó no á retratarte? ¡Qué mucho si á mí mismo me estoy retratando!

Pues bien, para todo esto no hay remedio en la tierra, y fuera locura el prometértelo. Dios ha querido que sólo en el

cielo no se sufriese, para que sintiésemos más viva la necesidad de ir allá. No hay remedio, pues, en la tierra; pero hay consuelo y eficaz y abundantísimo. Y este consuelo no lo dan el espectáculo, ni la taberna, ni el café, ni la algazara del baile. Todo esto puede distraer algunos instantes el mal humor; pero al sobrevenir luego la soledad, renace con ella la punzadora espina, y yo no sé si más cruel y desapiadada. Sólo la Religion tiene la mano blanda de madre para poner su gota de bálsamo en estas heridas, enseñando é infundiendo la paciencia con su predicacion, con sus oraciones, con sus elevados ejemplos; enseñando é infudiendo la caridad, haciendo que el corazon de otro hermano tuyo se te acerque y te prodigue afecto, cariño, auxilios materiales, pan para tus hijos, direccion, consejo. Pregunta quién ha cubierto nuestro suelo de asilos para todos los dolores, de casas para los expósitos, para los huérfanos, para los extraviados, para las jóvenes seducidas, para los ancianos, para los enfermos, para los cautivos, para los heridos. ¿Quién sino la Religion, y para quién sino para el hijo del pueblo?

Y no sólo te consuela, sino que te alegra y te embellece la vida este leal amigo, cuyas raras prendas te estoy pintando. Para mover el corazon del pueblo ha instituido la Religion sus hermosas festividades, cuyas dulzuras son preludio de las del cielo; para llenar el corazon llena el recinto del templo con los acentos del órgano y de la orquesta; para hablar al corazon hace hablar desde lo alto de sus torres mil lenguajes distintos á las campanas; para encenderlo tiene la elocuencia de sus púlpitos, y la poesía de sus cánticos, y el encanto de sus cuadros, estatuas y monumentos. La Religion es toda corazon, y á una sola cosa aspira: al dominio del corazon. Y lo consigue, mal que le pese al infierno. Así vemos que á ninguna cosa te asocias tú con tanta facilidad y con tan poco esfuerzo como á los sentimientos de la Religion. Para que te regocijes ó te entristezcas por otras causas, has de aguardar muchas veces á que te lo ordenen, y á que por medio de un bando se te fije el dia y la hora en que han de estallar tu dolor ó tu regocijo. Y áun entonces se te conoce á la legua que te has alegrado ó entristecido...

por encargo oficial. ¿No es cierto que sí? Pues, mira; nunca sucede esto con la Religion. Tu corazon sigue fielmente la impresion de todos sus sentimientos, del mismo modo que el agua de un lago se presenta siempre del color de los cielos ó de las nubes que en ella se pintan. Así andas alegre por Navidad y Pascua, y sério y meditabundo por Viernes Santo y dia de Difuntos. Y sucede más. Que los mismos impíos se sienten como obligados á ceder á esta avasalladora influencia de la Religion, y á alegrarse cuando ella se alegra, y á entristecerse cuando ella se muestra triste. ¿Qué motivos puede tener para alegrarse un indiferente el dia de Navidad? Y, no obstante, se alegra como todos los demás. Es que nuestra divina Religion es como el sol que alumbra y calienta y alegra hasta á los mismos que maldicen sus rayos bienhechores.

¿A dónde voy á parar ¡oh lector! con todo eso? Muy sencillo. Voy á parar al mismo punto de donde salí. Saco de todo junto que si la Religion es la única que sin adular enaltece, sin herir corrige y mejora, y á todas horas nos endulza con sus divinas sonrisas la mísera existencia que acá llevamos todos, pobres y ricos, sabios y rudos; es ella nuestro único amigo de veras, al revés de tantos y tantísimos que así se llaman y no lo son sino de burlas. Es el amigo leal, de quien has de serlo con obras y palabras, si algo estimas tu paz en la vida y tu suerte en la eternidad.

XIII.

JESUCRISTO Y EL EVANGELIO.

PERO bien (le decia yo á un amigo mio que tiene la inmensa desgracia de ser de los indiferentes en cosas de religion), ¡al fin alguna idea tendrás tú formada de Jesucristo y de su ley!

—¡Qué sé yo!

—¿Qué sé yo? ¡Lo de siempre, válgame Dios! ¡Extraña respuesta para tan sencilla pregunta! Sabes de Julio César, sabes de Mahoma, sabes de Napoleon, ¿y no sabrás algo de un personaje que allá en remotos siglos se llamó Jesús, y de un libro que contiene la historia suya y se llama el Evangelio?

—¡Hombre! tan poco como eso claro está que no lo puedo ignorar.

—Pues ahí verás, amigo mio, que tan poco como eso me basta para dejar vencido, sino convencido, á un incrédulo como tú.

—¡Hola! ¡hola! ¿esas tenemos? Aguardo á pié firme la granizada de argumentos con que me va á dejar hecho trizas vuesa merced católica, apostólica, romana.

—Bromas aparte, y tratemos en sério y formalmente la cuestion. ¿Me concedes que ha existido un personaje allá en antiguos tiempos, que se llamó Jesús ó Jesucristo?

—Concedido y además que el tal Jesús ó Jesucristo nació, vivió y murió en cruz en los tiempos de Tiberio emperador, y predicó durante ellos una doctrina contenida principalmente, así como su historia, en cuatro libros que se llaman aún hoy los cuatro Evangelios, y dejó establecida una ley ó religion que existe aún hoy en el mundo y se llama de su nombre, Cristianismo. Todo esto reconozco como hechos históricos, que desconocerlos ó negarlos fuera supina ignorancia ó ridícula insensatez. Pero de reconocer la existencia

histórica de Cristo y de su ley, como reconozco la existencia histórica de César y de sus hazañas, á confesar su divinidad, hay, amigo mio, regular distancia. Y á la verdad, al hijo de mi madre, que no es fanático ni comulga con ruedas de molino, le ha de costar mucho, muchísimo, salvar estas distancias.

—Pues á mí se me antoja que al hijo de tu madre le ha de costar poquísimo salvar estas distancias, por lo mismo que no son largas, sino muy cortas, y aún esas lo son tanto, que ni llegan á encontrarse, como se proceda con sinceridad y buena fe.

Vamos al caso. Este personaje, llamado Jesús ó Cristo ó Jesucristo, vivió hace dos mil años poco más ó menos, y desde entonces dejó fundada en el mundo una religion que se llama Cristianismo y que existe todavía en el dia de hoy. Escucha ahora bien, y contesta sencillamente á cada una de mis preguntas. ¿Cómo fundó esta religion? ¿Con armas?

—No por cierto, porque en vez de matar Él á los otros, fueron los otros quienes le mataron á Él.

—¿Con letras?

—No se sabe dónde las hubiese podido aprender, antes hizo gala siempre de acompañarse sólo de ignorantes.

—¿Con dinero?

—Nació en un aduar al pié del camino, vivió de limosna y murió desnudo en un palo, y le sepultaron por caridad.

—¿Cómo se las compuso, pues, este personaje original para dejar establecida en el mundo una escuela que le reconociese y adorase por Dios, y profesase y practicase su doctrina? Porque, que tal escuela ó religion existe, es un hecho que no se puede negar; que no fué fundada con la fuerza, con el saber ó con el dinero, que son los tres elementos más poderosos de que se vale por lo regular el hombre, tambien es cosa fuera de discusion. ¿De qué se valió, pues? ¿Cuál fué el secreto de sus conquistas? ¿De qué artificio usó para reunir discípulos y hacerles creer lo que quiso, y hacerles perseverar en esta creencia, y hasta hacerles morir con gusto por ella, y hacerla durar la friolera de mil ochocientos años despues de su muerte? Desafío al incrédulo más pintado á que me dé de esto una explicacion, no ya exacta

y decisiva, siquiera verosímil y aproximada. Tú no la puedes dar, ¿no es verdad? Nosotros los católicos sí.

Los católicos la tenemos clara y terminante, y decimos: Jesucristo es Dios porque nadie sino Dios pudo hacer lo que hizo Él y del modo como lo hizo. Fundó una religion sin armas, sin letras, sin dinero. La fundó, al revés, siendo oprimido por las armas, siendo combatido por las letras, siendo el más pobre de todos los pobres. Parece que previendo que habian de venir un dia hombres que le buscasen á su obra orígen humano, quizo empezar por descartarse de todos los medios humanos, á fin de que se viese más clara y limpia su fuerza divina. Sólo un lujo se permitió: el de hacer muchas obras portentosas, resucitando muertos, curando enfermedades, serenando la tempestad, multiplicando los alimentos, y al fin verificando en sí mismo el más glorioso de todos los milagros, el de su propia resurreccion. En eso no anduvo parco; eso no lo escatimó. Y es natural; alguna prueba habia de dar á aquellos á quienes decia: Creedme, seguidme. Y se las daba abundantes por medio de sus prodigios. Los que en los siglos posteriores hemos vivido no los necesitamos ya para creer en Él, como que tenemos á la vista el hecho maravilloso de su propia obra y de su conservacion; pero los primeros discípulos, para quienes no existia este dato poderoso, recibieron en cambio los indicados, que pasaban cada dia delante de sus ojos. Sí, señor; de este modo explicamos los católicos el establecimiento de la religion cristiana sin armas, sin letras, sin dinero, antes teniendo en contra todas las armas, todas las letras y todo el dinero que se conocia en su siglo. Y si no se explica así el fenómeno, es inexplicable. Y si no á ver cómo discurres tú otra explicacion.

Sube de punto la fuerza de esta observacion considerando bien lo que es la doctrina de Jesucristo y el efecto extraño que habia de producir en los que por vez primera la oyesen. Al mundo aquel tan brutal, tan orgulloso, tan encenegado en toda suerte de vicios, habia sin duda de parecerle toda ella una paradoja, una broma pesada. Escucha. Los fundadores de sectas han acostumbrado por lo regular tomar por punto de partida de su propaganda alguna inclinacion que

han visto en el pueblo que trataron de convertir á su ley. Mahoma, habiéndoselas con el pueblo árabe, lúbrico y belicoso, estableció su Coran sobre esos dos puntos fundamentales: la guerra y la voluptuosidad. Cuando Lutero quiso entronizar el Protestantismo en las Cortes corrompidas de Alemania, empezó á predicar el despojo de los monasterios y el libertinaje, con lo cual no le faltaron al punto secuaces. Hoy mismo, cuando hemos visto á ciertos agitadores dirigirse á las masas para crearse en ellas un partido dócil á sus miras, siempre los hemos oido en sus peroratas halagar el instinto popular, excusarles á los pobres sus defectos, enaltecer sus virtudes, prometer satisfaccion á sus necesidades, pintarles rosado porvenir.

Jesucristo tomó camino del todo opuesto. A la prudencia humana debió parecerle que lo que en realidad deseaba era no reunir jamás media docena de discípulos. En efecto, hubiérase dicho que no hablaba sino para alejarlos de su escuela, segun se la pintaba á todos tan ajena á sus gustos y comodidades. A los príncipes nunca hablaba de su poder, sino del respeto que deben á los súbditos. A los súbditos nunca hablaba de sus derechos, sino del deber que tienen de obedecer á sus gobiernos. Los ricos nunca oyeron una palabra de condescendencia ni de tolerancia para con su orgullo; siempre les dió en rostro con el elogio de la pobreza. Los pobres nunca oyeron que los atizase contra los ricos, sino que por el contrario les encarecia á todas horas la sumision y la resignacion á su suerte. El mundo miraba como cosa de poco más ó menos la deshonestidad; Jesucristo fué intransigente hasta con los deseos más ocultos en el fondo del corazon. Vengarse del enemigo parecia á aquellos hombres cosa corriente; Jesucristo puso precepto formal de amarlos como hermanos. Humildad, mortificacion, pobreza, desprecio del mundo, desasimiento alguna vez hasta de los lazos más tiernos de familia; ¿no te parece que todas estas palabras habian de sonar muy ásperas y duras á aquella generacion que nunca las habia oido, cuando lo son aún para nosotros que nos hemos, por decirlo así, amamantado con ellas? ¿No te parece que segun toda regla de prudencia debiera haber procurado Jesucristo suavizarlas un poco, darlas

así como encubiertas, á fin de que se acostumbrasen á ellas todos los corazones, y se mostrasen menos reacios en abrazarlas? Pues, no señor; no lo hizo sino que las echó al mundo de su tiempo crudas, mondas y lirondas, como se dice; sin pensar poco ni mucho en si lastimarian los oidos delicados, ó en si las rechazarian al primer envite sus oyentes. En suma y para acabar. Jesucristo, para que no se creyese que su obra era humana, no quiso establecerla por medio alguno humano, que yo sepa. Si alguno sabes, muéstralo al punto, y me doy por vencido. Al revés. Empleó todos los medios humanos, ó que humanamente podrian juzgarse tales, para que su religion no llegase á establecerse. Si sabes alguno que dejase de emplear en contra suyo, muéstralo tambien. Más claro. A excepcion de sus milagros y del aroma celestial de su palabra, ¿qué medios hubiera podido emplear mejores de los que empleó, si en vez de querer facilitar el establecimiento de su religion se hubiese propuesto hacerlo imposible?

Y no obstante, por estos medios absurdos, ridículos y contraproducentes salióse con la suya el Hijo del carpintero de Nazareth, como le creian y llamaban sus compatricios, y reunió discípulos, y conquistó corazones, y murió dejando plantada una ley que en breves años fué árbol que cobijó á todo el mundo. La incredulidad positivista, que siempre anda pidiendo hechos, ahi tiene estos que son hechos y nada más. No hay aquí asomo de sistema ni de teoría. Hechos palpables. Un pobre, un rudo, un público ajusticiado que predica cosas que repugnan á todo el mundo, que ponen en ira contra El á todos los Gobiernos, que por fin y remate le proporcionan la muerte del criminal. Y no obstante, á la vuelta de pocos años este fascineroso, que se pone en oposicion con todo el mundo, es dueño de todo el mundo, y todo el mundo obedece su ley, acata su nombre y le llama Dios, como El quiso ser llamado. Y á la distancia de diez y nueve siglos encuentra aún quien cree en El, quien vive por El, quien hasta por El muere. Y diez y nueve siglos despues tiene aún enemigos á quienes causa pavor, ira y no sé cuántas cosas más, que esta es cierta señal de que puede mucho aún aquel pobre, aquel rudo, aquel ridículo Predi-

cador de cosas extrañas, á quien ajusticiaron mil ochocientos años atrás en Jerusalen. Dime, amigo, ¿no son hechos esos claros, luminosos, positivos? ¿A ver, pues, cómo tú ni otro alguno les dais explicacion, si no es confesando sencilla é ingénuamente con nosotros: *Jesucristo es Dios?*

Si, amigo mio, Jesucristo es Dios, segunda Persona de la santísima Trinidad. Bajó al mundo tomando carne humana, en las entrañas de la purísima Vírgen María, hombre como nosotros por razon de este misterio que se llama la *Encarnacion*, sin dejar por esto de ser Dios como el Padre y el Espíritu Santo. Hay, pues, en Jesucristo dos naturalezas, una divina y otra humana. Con ésta se hizo apto para el sufrimiento y para la muerte en expiacion de los pecados del hombre; con aquella dió á estos sufrimientos y muerte el valor de merecimientos divinos, únicos que podian satisfacer á la Divina Justicia agraviada. Nació, pues, en Belen ese Hombre-Dios ó Dios-Hombre, y predicó su ley, y la selló con indecibles maravillas y finalmente con su Sangre preciosa, y tres dias despues de su muerte con su Resurreccion. Y subió á los cielos cuarenta dias despues, y volverá de allí al fin de los siglos para juzgar á los hombres. Y por esto le fué fácil hacer lo que á todo otro hubiera sido imposible, y hacerlo con medios que en otro cualquiera hubieran sido obstáculos, y hacerlo con un éxito que ninguna obra humana ha logrado jamás alcanzar. Esta es la fe, esta es la verdad. Este es nuestro *Credo*. ¿No te parece que eso mismo dicta el buen sentido?

XIV.

¿MILAGROS? NO SOY TAN BOBO.

Pues yo no soy bobo ni me tengo por tal, y creo en ellos, y áun tengo por bobos y por tontos de capirote á los que no los creen.

—¡Va en gustos!

—No, señor, va en caletres, que los hay por esos mundos de Dios que presumen de sabios y filosofadores, y no lo son—en lo que á eso toca—más que si fuesen hueras calabazas.

—¡Como que sí! Pero vamos, y ¡cómo os las compondriais vos para hacer creer en milagros á quien sencillamente os dijese que es bobería de mujeres creer en ellos? porque la verdad es que la exclamacion que os he puesto por delante no es mia, sino de un sin fin de gentes que la sueltan á cada paso y se quedan tan satisfechos.

—¡Hombre! la verdad; segun y como. Si mi contrincante me la echase á las barbas sólo por burlarse de mí, sin darme en apoyo de ella otra razon que la de una necia carcajada, pagaríale yo con la misma moneda y dejariale de sobras bien pagado. Reiríase él y reiríame yo, y reiríamos ambos uno del otro á todo trapo, y así acabaria alegremente la fiesta. Con un filósofo de risas y sandeces no cabe, cierto, más que esa filosofía de broma.

—Pero no todos son así, sino que algunos toman la cosa muy por lo sério, y de buena ó mala fe os presentan dudas y razones dignas de tomarse en consideracion.

—Pues para esos señores sérios se reserva, amigo mio, el combate sério, y se satisfacen sus dudas, y se desvanecen con verdaderas razones las suyas falsas, y se emplea la buena lógica y la discusion ilustrada, y sobre todo una cosa que entre buenos católicos no debe nunca faltar: la caridad. A esos procuraria probarles yo á propósito de los milagros, primero que son posibles; segundo, que son reales. Es decir;

les haria palpar que puede haber milagros y además que no solo puede haberlos, sino que realmente los ha habido diferentes veces.

—Pues, señor, tendria curiosidad de saber yo algo de eso, por si se presentaba la ocasion cualquier dia de romper una lanza.

—De mil amores, amigo mio: vamos á la cuestion.

¿Puede haber milagros? ¿Es posible el milagro? Antes que diga yo palabra sobre el asunto me sale al paso un testimonio, que no es de clérigo, ni de beato, ni de santo Padre, ni de persona alguna que huela poco ni mucho á fanatismo ó á devocion. Es testimonio de un enemigo de la Religion, que pasó combatiéndola toda su vida, á quien llama la incredulidad su apóstol, y la Revolucion su más famoso corifeo. Este hombre ¡pásmate! es Rousseau, y su testimonio el siguiente: «¿Puede Dios hacer milagros? Es decir ¿puede derogar alguna vez las leyes que ha establecido? Esta cuestion tratada sériamente seria impia si no fuese absurda: al que eso negase seria hacerle demasiado honor el castigarlo como malvado; bastaria encerrarle en el manicomio como mentecato.» (Rousseau: *Cartas de la montaña*).

¿Qué tal? ¡Si tiene pelos en la lengua el célebre racionalista francés!

—Realmente es notable su autoridad, y por ser él quien es vale por muchas.

—Quiero que notes, empero, que no sólo es notable la cita aducida por ser suya, sino muy principalmente porque en ella se establece clara é irrefragable la razon de que sean posibles los milagros.

—¿Cuál?

—Muy sencillo. La de que es imposible probar que Dios no puede alguna vez suspender las leyes que Él mismo ha impuesto á la naturaleza.

—No comprendo.

—Vas á comprenderme. Cuando Dios concedió al fuego la propiedad de quemar, ¿pudo, si tal hubiese querido, quitársela y hacer que no quemase? ¿Sí ó no?

—Es evidente que pudo.

—Pues bien. Si pudo quitársela entonces, puede quitár-

sela hoy y tantas veces como guste. Pudo resolver, al criarlo, que quemase ordinariamente y como ley suya general, y pudo resolver que dejase de quemar en uno, dos, tres ó más casos que Él designó; como, por ejemplo, el de los jóvenes de Babilonia, el de algunos mártires, etc. ¿No sabes lo que se dice en broma: *Qui te fecit te desfecit?* Más claro. Quien puso á las criaturas reglas generales, pudo desde el principio imponerles determinadas excepciones, porque el milagro no es más que una excepcion de la regla general. ¿Hay aquí absurdo, contradiccion, ó siquiera extrañeza alguna?

—No parece sino cosa muy llana y natural.

—Mejor vas á comprenderlo aún con un ejemplo. Un rey manda á su criado que todos los dias haga las cosas del modo *A*, menos tal y tal dia en que le previene hacerlas del modo *B*. ¿Puede hacer esto cualquier rey de la tierra con su criado?

—Puede, sin ser rey, ni siquiera presidente de Consejo de ministros.

—Pues ese poder seria locura, seria necedad querer negárselo á Dios. Criados son de Dios los séres todos del universo. Obran conforme los preceptos que les puso al darles el sér. El sol alumbra cada dia, y la luna y las estrellas cada noche, porque Él les mandó que alumbrasen; el agua moja porque Él le dió propiedad de mojar; arde el fuego porque Él le concedió esa virtud de arder. Si desde la eternidad ó ahora mismo (que para Dios es igual) dispone Dios que no me moje el agua á mí aunque ande sobre ella, ó que se detenga su corriente, como sucedió en el Jordan al paso de los hebreos; ó no me abrase el fuego aunque me echen en él, como á los jóvenes de Babilonia; ó se me ponga oscuro el sol sin ser dia de eclipse, como sucedió en la muerte del Redentor, ¿dónde está la filosofía, dónde está el criterio, dónde está el sentido comun del que diga: Dios eso no lo puede hacer?

—Realmente.

—Pues hé aquí lo que dicen los que con aparato científico, ó sin él, dicen que los milagros son imposibles.

—Tuvo razon Rousseau, y con ser incrédulo de primera fila vió más claro en el asunto que la mayor parte de sus discípulos de impiedad.

—A lo menos fué más franco, que en eso de ver y no ver ya sabes tengo mis escrúpulos. Ciegos hay indudablemente como sordos. Pero sordos y ciegos los más lo son de conveniencia. Quedamos, pues, en que no son imposibles los milagros.

—Vamos á la segunda pregunta: ¿Ha habido jamás milagros? Mejor hubiera sido empezar por esta cuestion que por la anterior, dado que si logramos probar que hubo milagros quedaba ya por lo mismo probada su posibilidad segun aquello de los viejos escolásticos: *De actu ad potentiam valet consequentia.*

—¡Fuego con los latinajos, aunque parezcan en verso!

—Significa, y no te alborotes, que si ha existido una cosa, bien se puede sacar de ahí que tal cosa es posible.

—¡Valiente perogrullada y verdad de puño cerrado!

—Pero que viene aquí muy á pelo. Mas vamos al cuento: ¿ha habido milagros? Los católicos decimos que sí, y citamos muchos: los incrédulos dicen que no, y los niegan todos.

—Aquí de su estribillo de siempre: ¿Hechos! ¡Hechos! Positivismo puro.

—Claro que sí. Tenemos por de contado como más autorizados los milagros referidos por el Evangelio y sobre todo la Resurreccion del Salvador.

—Con ese que quede probado, hay bastante para que lo queden todos. Pero ellos lo niegan.

—Cuesta poco negar á roso y velloso. Lo importante seria probar que se niega con razon para negar. Los milagros de Jesucristo tienen, como ha dicho magníficamente un moderno apologista, tres clases de testimonios en su favor: el de sus amigos; el de sus enemigos; el del mundo entero.

—¡Friolera!

—Ni más ni menos. Tiene en primer lugar el testimonio de sus amigos.

—¡Otra de Pero-grullo! Claro está que éstos no lo habian de negar.

—Cierto, si no les hubiese ido nada en el lance. Pero les iba en ello la vida. Es decir, morian si no negaban: y no obstante murieron por no negar. ¿Qué les costaba á los Apóstoles decir: Cristo no ha resucitado; y con eso salvaban

el pellejo y la vida? No obstante persistieron en afirmar tal resurreccion y murieron por sostenerla. ¿Te parece de confianza el testimonio de quien muere por sostener lo que atestigua? ¿Te parece ya perogrullada el testimonio de los amigos?

—Confieso que tiene su fuerza.

—Vamos al de los enemigos. Los tuvo Jesucristo, y tales y tan fieros que no pararon hasta dar con Él en la cruz. Juzga tú si les hubiera venido bien poder desmentir sus milagros. ¿Lo intentaron? Nunca; prueba cierta de que aquellos escribas y fariseos, que eran malvados pero no tontos, vieron claro que los hechos eran demasiado notorios para tratar de oscurecerlos. Claro, ¡como el Señor nunca obró de tapadillo, como ciertos falsos profetas de hoy! Así que, lejos de negarlos, hacian hincapié en ellos para resolver su muerte. Reunidos estaban en congreso en Jerusalen, y el Evangelista nos ha conservado unas breves frases de su cavilosa deliberacion. «¿Qué hacemos? decian. Mirad que este hombre hace muchos milagros.» *Quid facimus, quia hic homo multa signa facit?* Y cuando supieron la maravilla sin igual de su gloriosa resurreccion, no la negaron ¡ca! trataron sólo de echar tierra al asunto, como se dice hoy... y se hace infinitas veces. ¿Y cómo? con el mismo recurso que se emplea hoy para tales tapujos y niñerías. Con el dinero. «Ofrecieron, dice, dinero á los guardas, y les dijeron: Decid que estando vosotros dormidos vinieron los discípulos y os robaron el cadáver.» ¡Valiente tribunal, exclama donosamente san Agustin, que cita testigos dormidos! Tenemos, pues, que con su propia declaracion y con su propia conducta abonan los milagros de Cristo sus enemigos más declarados. Vamos al testimonio del universo entero.

—¡Gran testigo y que merece ser escuchado con alguna atencion!

—Pues sí, señor; todo el universo—menos los incréculos, como se supone,—declara que son ciertos los milagros de Jesucristo.

—¿Dónde y cómo?

—Por todas partes y con el siguiente raciocinio que no tiene escape. El mundo era pagano y hoy es cristiano: no creia en Cristo-Dios y hoy cree en Él. ¿Cómo se ha hecho el

cambio? ¿Con milagros ó sin milagros? Si lo primero, ya me concedes que los milagros son ciertos: si lo segundo, esa conversion sin saber cómo y sin saber por qué es el milagro mayor de todos, y por de contado tenemos ese que no es flojo.

—¡Graciosa es la salida!

—No es mia, sino de san Agustin, y es como suya. En efecto. Si Cristo no obró milagros, ni resucitó, ¿por qué creyeron en Él los primeros cristianos? ¿por qué murieron por Él tantos mártires? ¿qué locura se apoderó entonces del género humano que le moviese á dejar sus antiguos hábitos y conveniencias, para seguir la ley de un Judío oscuro que ninguna prueba daba de sus extrañas enseñanzas? ¿Creerias tú á un advenedizo reformador, quien sin qué ni para qué, te viniese á sacar de tus casillas? Yo te digo francamente que no. No me conformaria á reconocerle por Dios ó por enviado suyo, si no me mostraba antes muy claras las credenciales. El mundo creyó en Jesucristo y le reconoció por Dios porque le presentó las suyas. Y las credenciales de Jesucristo fueron los milagros. Así lo dijo Él mismo á los discípulos de Juan, que le preguntaban quién era. «Decidle lo que habeis visto, respondió: los ciegos ven por mi palabra; los sordos oyen; los cojos andan; los muertos resucitan.» Como si dijera: «Soy Dios, y ahí está el sello de mi divinidad para atestiguarlo: los milagros.» Creyó, pues, el mundo porque los vió, y por esto te he citado como el más poderoso de todos los testimonios este último, que en realidad merecia ser colocado el primero: el de todo el universo.

—Bravo, bien. Convencido dejaré con eso á quien me toque la cuestion de los milagros de Cristo... Pero... eso es allá de tiempos muy antiguos. ¿Por qué no hay milagros hoy, que cierto no vendrian mal para alumbrar á tanto incrédulo corto de vista?

—Si hay ó no hay en el dia de hoy milagros, cuestion es que no podemos resolver en este momento, porque no cabria en el presente librito lo que sobre eso hay que decir, que es mucho y bueno.

—Quedamos, pues, en que otro dia...

—Se tocará sin falta esa tecla, y no se hará esperar.

XV.

¡NO ME HABLE V. DEL PAPA!



POR qué no, amigo mio? Precisamente cuando hoy todo el mundo habla de él, cuando amigos y enemigos no aciertan á quitarse esta palabra de la boca, ¿no habias de querer tú enterarte algo de eso siquiera para estar al corriente de lo que más que nunca ha venido á ser en nuestros dias cuestion de actualidad? Vaya, que me parece se te va pasando un poco el mal humor y vas entrando en ganas de conocer algo tambien de este punto.

¿Has visto tú jamás que hubiese compañía de soldados sin capitan, ó asociacion de cualquier clase sin presidente, ó simplemente hato de veinte y cinco ovejas sin pastor? ¿Has visto nave que debiese seguir un curso cualquiera sin piloto agarrado al timon; ó carruaje de dos ó de cuatro ruedas sin mayoral atento al manejo de las riendas? No has visto eso en tu vida, ni lo verás, y á quien se le ocurriese introducir en el mundo tales novedades llamaríasle loco ó majadero sin pararte en barras. Y sin embargo... hé aquí lo que pretenden ni más ni menos los que encuentran de sobra en el Catolicismo la persona del Papa y la institucion que personifica, que es el Pontificado. Vienen á extrañarse de lo que en todo órden de cosas es precisamente lo más natural; de que un ejército lleve caudillo, de que una asociacion empiece por nombrarse un presidente, de que un rebaño tenga un pastor, de que una nave no se eche á la mar sin piloto al gobernalle, de que un carruaje no se arriesgue á dejar galopar su tiro sin el cuidado de un mayoral. ¡Válgame Dios si son raros esos señores incrédulos! Si á Dios, para dar una muestra más de su poder, le hubiese ocurrido constituir su Iglesia, reservándose para sí exclusivamente la direccion invisible y visible de ella, sin ponerle otra autoridad que acá abajo representase la suya, claro está que hubiera podido

hacerlo por medio de un contínuo milagro, que cierto no debiera detenerse en tan poco la Omnipotencia divina. Pero entonces hubieran llamado esos señores monstruosa la obra de Jesucristo; entonces los apologistas católicos nos hubiéramos tenido que desentrañar para probarles que cuando Dios lo hizo de tal modo, bien hecho debe de estar, y que no en balde se comparó Él mismo al alfarero, que teniendo barro á mano amasa y modela como quiere el jarro, cántaro ó plato que se propone fabricar. Ahora al revés; quiso Dios en la constitucion divina de su Iglesia guardar cierta forma análoga á la de las sociedades humanas: quiso que constase de miembros que obedeciesen y de Cabeza visible que gobernase; de discípulos para aprender y de maestros para enseñar; señalando á cada cual sus atribuciones; haciendo, en una palabra, que lo sobrenatural tomase para acomodarse á nuestra flaqueza las formas y modo de ser de lo natural; y cate V. á los señores incrédulos alborotados y escandalizados, gritando por ahí con todos sus pulmones: ¡Absurdo! ¡Absurdo!

Díganme Vds., señores mios, ¿podria saberse cómo han de andar en adelante las cosas de Dios para que sean á gusto de sus señorías?

Hay Papa, pues, amigo lector; hay Papa, y le hay por la sencilla razon de que debe haberlo.

Dios, que fundó la Iglesia del modo que quiso, la fundó de este modo y no de otro, es decir, con Papa ó Jefe supremo á la cabeza. Pedro fué el primer Papa. Escucha lo que dijo á Pedro: *Yo te digo que eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.* Y más tarde: *Yo rogaré por tí para que no sufra menoscabo tu fe; tú de vez en cuando confirma en ella á tus hermanos.* Y éstos, es decir, sus compañeros los demás Apóstoles, lo comprendieron asimismo, y consideraron siempre á Pedro como á su jefe, y le dieron en todos sus actos la primacía, y le dejaron que resolviese en toda cuestion importante, y nunca obraron sin la vénia de su autoridad. Y los primeros cristianos lo reconocieron tambien de la misma manera, y obedecieron siempre á uno á quien consideraron como maestro de todos y representante de Cristo; y así tras de Pedro eligieron á Lino, y tras de Lino á Cleto, y

tras de Cleto á otro... y así hasta Leon XIII, formándose de esta suerte una cadena de Papas que nunca faltó en el Catolicismo desde Cristo hasta hoy. Y escucha ahora y dime: ¿quiénes pudieron conocer las instrucciones de Jesucristo tocante al gobierno de su Iglesia mejor que estos primeros cristianos, que podemos decir las habian oido de su propia boca? Pues si antes les pareció que habia de haber Papa (y en tanto se lo pareció que siempre eligieron uno que lo fuese), señal cierta y verdadera de que así se lo habia enseñado el mismo Salvador. ¿Y será bueno que salga muchos siglos despues un protestante ó un incrédulo, que lo mismo da, y se empeñe y se emperre en que no ha de haber Papa en la Iglesia, cuando Jesucristo y los Apóstoles y diez y nueve siglos de cristianos le dicen que ha de haber? ¿Qué testimonio puede ser más imparcial y más competente?

Pero, ¿qué digo? ¡Si precisamente son las sectas enemigas de la Iglesia las primeras en reconocer esta verdad! Todas truenan y vociferan contra el Papa, es verdad. Pero bien mirado, lo primero que hacen todos ellos al levantarse contra el Pontífice de Roma, es arrojarse en brazos de otro cualquiera á quien revisten de la misma autoridad ó parecida. Sí, señor; ¡abajo el Papa! dicen los infelices; pero no advierten que, si son luteranos, se han creado otro papa que se llama Lutero; si son calvinistas, otro papa que se llama Calvino; si son anglicanos, otro papa que se llamó un dia Enrique VIII y se llama hoy la reina Victoria, que con todo y ser mujer les decreta los dogmas de fe y les da fallo en toda cuestion religiosa. Al modo que dijo Voltaire que si no hubiese Dios seria preciso inventarlo, así ellos, al desentenderse del Pontífice romano, sucesor de san Pedro, Vicario de Cristo y Jefe legítimo de la Iglesia católica, se han visto precisados á inventarse un Papa para su uso particular, y le han condecorado á su modo con todos los atributos que nosotros reconocemos únicamente en el verdadero.

Ha de haber Papa, pues. ¿Y quién lo dice? En primer lugar el mismo Jesucristo, que dió esa autoridad á san Pedro; en segundo lugar los mismos fieles de todos los siglos, que la han reconocido y acatado en sus sucesores; en tercer lugar la misma razon natural, el solo sentido comun, que nos

dicen que no puede haber grey sin pastor, ni ejército sin jefe, ni escuela sin maestro, y la Iglesia es todo eso, rebaño, ejército y escuela; y en cuarto y último lugar, lo declaran los mismos protestantes en el hecho de nombrarse para sí un jefe que les presida, un juez que falle sus contiendas, un pastor supremo que les dirija, en una palabra, que haga con ellos y sea para ellos lo que para nosotros el Vicario de Jesucristo.

Indicadas están, pues, con eso las atribuciones que hemos de reconocer en el Papa; nacen del oficio mismo que desempeña en la Iglesia de Dios.

La Iglesia es una sola; por lo mismo ha de tener un solo Jefe supremo, por lo mismo el Papa debe ser universal. Su jurisdiccion se extiende á los fieles todos de las cinco partes del mundo.

Por lo mismo, no hay verdadera Iglesia de Dios sino donde se reconoce por único representante suyo al Papa. Y está fuera de ella y fuera de camino de salvacion cualquier chico ó grande, sabio ó rudo, rey ó vasallo que se declare independiente de esta suprema autoridad.

La Iglesia es además una sociedad ó asociacion perfecta. De consiguiente, su Jefe ó presidente goza de todas las atribuciones que tiene todo presidente en toda asociacion, es decir, de dirigirla, gobernarla, corregir las faltas de sus individuos, castigar á los rebeldes aplicándoles la ley, admitir nuevos miembros, perdonar á los arrepentidos y expulsar de su seno á los contumaces. Esto y no más es lo que hace el Papa en la Iglesia católica cuando decreta, legisla, amenaza, absuelve ó excomulga. Hace espiritualmente y al por mayor lo que materialmente y en menor escala hace cualquier cabeza ó presidente de cualquier pequeña sociedad á que pertenezcas.

La Iglesia, finalmente, es una escuela, y su Jefe no sólo tiene en ella carácter de presidente, sino de maestro. En la Iglesia se profesan tales ó cuales doctrinas, y estas doctrinas ha de determinar cuáles han de ser, una autoridad que sepa de cierto y sin temor de equivocarse cuáles son las falsas y cuáles las verdaderas. Los protestantes é incrédulos dicen que eso ha de determinarlo cada uno. Pues entonces, cuan-

do á Juan le ocurra que la verdad es tal, y á Anton, al revés, le ocurra que no es tal sino cual, ¿quién ha de sacarles de apuro, si no hay una autoridad cierta que lo sepa de cierto y que de cierto lo diga? Pues bien; nosotros los católicos creemos que hay una, es la del Papa, y por esto le llamamos *infalible*, es decir, aseguramos que en punto á doctrinas de religion la enseñanza suya es siempre la verdadera. ¿Entiendes ahora lo de la infalibilidad de que tantas veces has oido blasfemar á los impíos? Pues eso es y no más. Tambien ellos creen en una infalibilidad; sólo que quitándola al Papa, representante de Dios, la otorgan á sus respetables personas: no creen infalible á la Cabeza de la Iglesia, pero se creen infalibles á sí propios. Yo, á la verdad, aunque no fuese eso dogma de fe, estaria más bien por la primera que por la segunda.

Ahora comprenderás, pues, que la frase: ¡No me hable V. del Papa! si quieres ser, como no lo dudo, cristiano de veras, no tiene piés ni cabeza. Has venido á decir en sustancia: creo en la Religion, pero no admito la piedra fundamental de ella; creo en la Iglesia católica, pero no como Cristo la fundó, sino como yo desceara arreglarla, es decir, sin cabeza; creo en la verdad, pero la verdad debe ser lo que me parezca á mí, no lo que me enseña el Maestro designado por Dios para enseñarla. Y cada vez que haciendo alarde de creer en Dios y hasta de amar y venerar á la Vírgen, y hasta de ir á Misa y celebrar las fiestas de los Santos, te alborotas no obstante cuando te hablan del Papa y te ries de esto ó te incomodas, cometes, amiguito mio, una inconsecuencia garrafal, porque con eso, con Dios, con la Vírgen, con los Santos, con la Misa y con todo lo demás que te pueda hacer venerar la costumbre ó la conviccion, no eres católico, ni pizca ni miaja, si no acatas al Papa. Eres tan gentil y tan pagano como cualquier pobre salvaje de Oceanía que nunca haya visto la cruz ni oido mentarla en su vida. Y desengáñate; por gentil y pagano te condenará Dios en el dia de la cuenta, si te obstinas en desconocer la autoridad que ha puesto Él en la tierra para los verdaderos cristianos.

Ama, pues, al Papa como representacion visible de Cristo Dios sobre la tierra; escucha sus enseñanzas como escucha-

rias las del Salvador que en carne mortal te hablase; obedece sin vacilacion, sin pérfidos distingos su autoridad. Mira al protestantismo dividido en tantas sectas casi como individuos, merced á la falta de ese centro de unidad que en el Papa tenemos nostros. Acata y reverencia esa mano paternal extendida siempre para bendecir y para alzarse suplicante á Dios por las necesidades del mundo. La antigüedad gentil no conoció ministerio público como ese, tan digno de la universal veneracion y de la simpatía de todos los corazones honrados. La historia, tan pródiga en alabanzas para los héroes de la guerra, que han sido en el fondo las grandes calamidades del género humano, no habla de los Papas en ese sentido. Menciona en cambio las letras protegidas, la civilizacion salvada, las artes glorificadas, el nombre de Dios llevado á remotos paises, el derecho de los pueblos amparado contra las demasías del poder orgulloso, el poder público ennoblecido en cambio y como santificado por la consagracion que le daba á los ojos de los súbditos aureola divina. Esos, esos son los borrones de la historia del Pontificado, esos los que le hacen odioso á la incredulidad. No se le quiere perdonar su gloria y los beneficios otorgados al género humano. Ahi está el secreto de las violentas declamaciones, de las rabiosas invectivas. ¡Gran cosa es tener al lado del tributo de admiracion de los buenos, ese no menos elocuente tributo del odio feroz de los malvados! ¡Gran cosa es tener contra si en todo el mundo á los que en todo él están contra la virtud y contra Dios!

Así se encuentra hoy dia en Europa la autoridad del Papa. Sea ésta para ti, que de imparcial te precias, su mayor recomendacion.

XVI.

PADRE NUESTRO, AVE MARÍA Y GLORIA.

AY hombres ¡desgraciados! para quienes la Religion es apenas otra cosa que una de las muchas tonterías dignas sólo de ocupar la atencion de las mujeres y de los niños. Suelen los tales apellidarse con mucha formalidad librepensadores y despreocupados; blasonan á todas horas de cierta superioridad suya sobre el vulgo de las gentes; viven ellos solos en una region de luz, mientras nosotros ¡pobres de nosotros! vegetamos sumidos en las tinieblas del más denso oscurantismo. Ya se ve; tomamos por lo sério cosas tan tontas como Dios, alma, eternidad; damos tanta importancia á cuestiones que tienen tan poca, que... al fin, lector los creyentes, aunque tuviéramos el genio de Balmes y de Bossuet, seríamos siempre unos pobres peleles sin discurso ni sentido comun. Eso sí, no les pregunteis á ellos sobre las cuestiones de Religion que afectan resolver con tan magistral desparpajo: ni cinco minutos de su vida han gastado en estudiarlas; ríense de ellas, y tienen esto por sublime filosofía, cuando no es sino supina y vergonzosa ignorancia. *Sabios* así os los encontrais á un dos por tres en cada encrucijada. Por ellos sin duda se dijo en la Escritura que el número de los *necios* es infinito.

Uno de éstos, caballerete pisaverde y barbilindo, galanteador incansable y voto de competencia en la zarzuela y en el toreo, hubo de terciar hace pocos dias delante de mí en una conversacion sobre materias religiosas. Citaba una buena señora por casualidad no sé qué sobre un *Padre nuestro, Ave María* y *Gloria,* y soltó ruidosamente la carcajada el filósofo novel, y dando al olvido hasta la buena educacion del colegio: «*¡Padre nuestro, Ave María* y *Gloria!* exclamó; ¡hé aquí lo que es la Religion; la más sosa de las rutinas! ¡Desde que la primera vieja empezó á ensartar una

tras otra éstas tres cosas, ya nadie supo moverse de ahí!» Y volvió á reir sonoramente, y arreglóse coquetamente el lazo del corbatin, y paseó sobre los circunstantes una triunfante mirada.

No soy amigo de polémicas religiosas, sobre todo en la frívola conversacion familiar; raras veces se aprovecha en ella la saliva que se pierde y el pulmon que se gasta. Pero no puedo prescindir casi siempre de aplicar un mediano tapabocas á quien tenga la poca crianza de abrir la suya insultando las creencias de los demás.

—V., caballero, le dije con calma, ha nombrado la palabra *rutina*, y supongo sabrá por de contado lo que quiere decir, sin necesidad de preguntárselo al Diccionario.

—Toma que sí, respondió satisfecho el interpelado: rutina... rutina... ¿quién no lo sabe?

—Pues yo pido que me lo explique V., si no lo há por enojo.

—Rutina es ó debe de ser, si no me equivoco... hacer siempre las cosas de la misma manera.

—Pues no es tal, y V. se equivoca miserablemente. ¿Cree V. que es rutina el que ande V. siempre sobre dos piés en lugar de andar alguna vez sobre cuatro?

Una carcajada general resonó en el grupo de las señoras, y el *sabio* quedó desconcertado.

—Luego, prosegui yo, no es rutina hacer siempre las cosas del mismo modo, cuando hay una razon para seguir haciéndolas así. Luego el que una cosa se repita idénticamente por siglos de siglos, cuando pueda presentar para ello sus razones, no es grosera rutina, como V. ha dicho, sino laudable perseverancia. De donde saco dos consecuencias preciosísimas y oportunas sobre toda ponderacion. Primera. Que V. habló por hablar, y sin conocer el significado de la palabrilla que citaba, y con la cual pretendia ponernos en ridículo. Segunda. Que la Religion católica que profesamos no es rutina ni cosa que lo parezca, porque aunque recomiende siempre las mismas prácticas, tiene para cada una de ellas, hasta para las más minuciosas, razones elevadísimas que conocen los que tienen la buena voluntad de escudriñarlas.

—¡Muy bien! exclamó riendo el pisaverde para disimular la confusion de la derrota; pero á lo menos no me negaréis que en el caso presente del *Padre nuestro, Ave Maria* y *Gloria* (y aquí volvió á reir estrepitosamente) ha de ser muy difícil encontrar las elevadísimas razones que con tanto énfasis habeis citado.

—Algo de eso diria yo, y áun en letras de molde, si pudiese dar cima á un librico de pocas páginas que en el cerebro me anda bullendo con el título de *Filosofía de las devociones populares*. Pero hasta que venga ese dia no tengo reparo en anticipar sobre el punto que á V. ha hecho tan maldita gracia algunas explicaciones, haciéndole ver la profunda razon teológica por la cual, del mismo modo que la soga va tras el caldero, van siempre el *Ave María* tras el *Padre nuestro*, y el *Gloria* tras los dos cerrando la marcha. Y otra vez prometo dejar á V. mudo, si no convencido. ¿Acepta V. el envite?

—Sea enhorabuena.

—Voy, pues, al caso. Las tres palabras de que ha hecho V. tan necia burla comprenden nada menos que la parte más esencial del Catolicismo, despues del sacrificio de la Misa y de los Sacramentos, cual es la oracion, y son la fórmula más completa y acabada de ella. Toda la sabiduría de los más eminentes teólogos no hubiera acertado á prescribir un medio más sencillo y más completo de orar que el que encontró el pueblo cristiano uniendo al *Padre nuestro* el *Ave María*, y despues de los dos el *Gloria Patri*.

¿Sabe V. qué es el *Padre nuestro?* Es el memorial dictado por el mismo Jesucristo en persona, que lo dejó como en borrador á sus discípulos, para que de allí lo copiásemos todos cuantas veces tuviésemos que dirigirnos en demanda de algo al Padre celestial. La primera dificultad que aqueja al lugareño que ha de presentar á una autoridad elevada una súplica cualquiera, es el modo de expresarla. Por esto la costumbre ha puesto en práctica ciertas fórmulas de pedir que, con ligeros cambios, sirven para todos los casos. Por esto se dice al atribulado en tales apuros: «Ponga V. una solicitud ó memorial.» Y si por su rudeza no sabe como empezar, no falta por allí un oficial caritativo que le to-

me la pluma de las manos y se lo endilgue en un dos por tres, y le diga luego: «Ea, firme V. ahora aquí al pié, y asunto concluido.»

El ejemplo es vulgar y ordinario, pero exactísimo. Somos delante de Dios mucho menos que rudos lugareños ante el gobernador de la provincia, y con todo y sentir mucho nuestras necesidades, no acertamos con el remedio que hemos de pedir por ellas, ni aunque lo acertáramos sabriamos tal vez pedirlo. Cristo, ministro y como secretario de Dios-Padre, y enviado por El para instruirnos, vió esta necesidad, y nos dijo un dia (*Matth.* VI, 9): *Mirad de qué modo habeis de pedir: Padre nuestro que estais en los cielos*, etc. Y dictó el *Padre nuestro*. Y desengáñase V., caballero; al memorial cuyo borrador nos puso Cristo en las manos no le falta punto ni coma. Comprende todas las necesidades, empezando por las del alma, siguiendo por las del cuerpo, y acabando con aquel tan expresivo *Líbranos de mal* que lo dice todo. Y es brevísimo como ha de serlo todo memorial, que, como V. sabe, despues del *Ilmo.* ó *Excmo. Sr.* hasta lo de *Gracia que espera*, etc., no ha de contener más que lo sustancial de la súplica. Aquí el *Ilmo. Sr.*, el encabezamiento, lo forman aquellas palabras *Padre nuestro que estais en los cielos*, y la conclusion la constituye aquel *Amen* que añadimos, y que significa, segun el Catecismo, *Así sea*, y que no es más que aquello de *Gracia que espera obtener del buen corazon*, etc., etc. ¿Le parece á V. que no es así, caballero?

—Verdaderamente no está mal traida la comparacion. Ajusta perfectamente. Pero ¿y el *Ave María?* ¿Forma tambien parte del memorial?

—¡Ah, no, caballero, no! el memorial dictado por Cristo es completo, y no necesita apéndices. El *Ave María* no forma parte del memorial. Es, digámoslo así, la carta de recomendacion.

—¡Oiga! ¿Pues tambien se usan empeños allá en el cielo como en las antesalas de los ministros y ministrillos de acá abajo? ¿Pueden tambien por allá las faldas y las caras bonitas?

—Téngase V., caballero, y no sea irreverente con lo que no conoce. Tambien pueden en el cielo los empeños y las

faldas y las... no diré las caras bonitas... pero sí las almas justas, que tienen más poder ante Dios que el que pueden tener ante un hombre todas las buenas caras habidas y por haber. Tambien valen en el cielo las cartas de recomendacion, porque el dogma católico las admite con el nombre de *intercesion*, aunque rabien los protestantes. Y cabalmente la doctrina católica nos dice que hay allí cerca del trono de Dios una Mujer; ¡vea V., mujer habia de ser! una Mujer, digo, á quien los Angeles de parte de Dios llamaron ya en este mundo llena de gracia, y á quien nosotros reconocemos llena de gloria, de poder y de majestad. Es Madre del Rey, y con esto está dicho todo. Y es además de una hermosura incomparable, en su alma más aún que en su cuerpo. Y por ser tal puede mucho y muchísimo, y una palabrilla suya, vamos al decir, un gesto solo, un movimiento del corazon bastan para arrancar del trono de Dios la merced que suplicamos. Por esto nos asimos á su manto (vea V. lo de las faldas), y despues de firmado el memorial consabido, unimos á él otro memorialito á la Madre del Rey, para que apoye al primero, y si conviene lo presente ella misma en persona. Por esto, despues de dirigirla algunos saludos (V. diria tal vez *piropos*), le decimos *Ruega por nosotros pecadores*: atienda V. bien, *ruega*, es decir, recomienda, apoya, haz valer tu empeño. En suma, lo dicho, una verdadera carta de recomendacion, un empeño como cualquier otro.

—¡Cáspita con el teologuillo de tocador! ¿Y está eso conforme con lo que le enseñaron á V. en el aula y con lo que dicen los rancios santos Padres?

—Tan conforme, caballero, que no lo puede estar más. No me espanta el dictado de teólogo de tocador que V. acaba de encajarme. Tambien el tocador de las damas y de los pisaverdes necesita su poco ó mucho de teología, como lo necesitan tambien los callejones y plazuelas, y los desvanes y buhardillas del arrabal. Persona que vale cien veces más que yo, y áun mil, me recomendaba á mí, cuando andaba metido en disertaciones escolásticas y bárbaros silogismos, el estudio de la teología de tocador. Con que ya ve V.; no es para V. el honor de haber inventado tal palabrilla.

—Corriente. Pero ¿y lo del *Gloria?* ¡Ese latinajo que nadie sabe pronunciar y pocos entienden! ¿A qué le viene á la oracion esa especie de *Laus Deo* tan gótico y tan extravagante?

—Pues ahí verá V. El *Padre nuestro* es el memorial. El *Ave María* es la recomendacion. El *Gloria Patri* viene á ser la direccion ó el sobrescrito.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Tambien eso? Muy traida por los cabellos va pareciéndome ya la semejanza, por mucha que sea la habilidad de V.

—Favor que V. me dispensa, caballero... pero le aseguro que no la ha de hallar traida por los cabellos, sino muy natural. ¿Cuál es el término final de toda oracion y de toda obra buena para un católico? No es precisamente alcanzar la gracia suplicada; es la gloria de Dios por medio de la consecucion de aquella gracia. La gloria de Dios es el fin supremo de todo, así en el órden natural como en el sobrenatural. Por ella fueron criados cielos, tierra, ángeles, hombres, cuerpos y almas. Lo que á ella no se dirige es esencialmente defectuoso. El que desease la mayor y más elevada suma de heróicas virtudes, si no dirigiese implícita ó explícitamente este deseo para gloria de Dios no seria un santo, sino un satánico egoista. Hasta el deseo de salvar nuestras almas debe estar subordinado á este fin único y supremo; que sea para gloria de Dios. Por esto aquel lema bendito de un gran Santo y de una gran Sociedad religiosa: *Ad majorem Dei gloriam: A la mayor gloria de Dios*, es más elocuente y dice más que cien libros. Si la gloria de Dios ha de ser, pues, el fin de todo, con mayor razon debe ser el fin de la oracion. A esta debe dirigirse toda. Bueno es, pues, consignarlo despues de ella, y como si dijésemos, añadir en el sobre del memorial que, acompañado de la recomendacion de María, enviamos á Dios esta *direccion:* «Todo lo que acabo de pedir es para la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo:» *Gloria Patri et Filio*, etc. ¿Comprende V.? Esto significa. Y hasta las viejas lo saben, aunque no lo sepan ahora algunos jóvenes.

Calló mi interlocutor.

En adelante observéle más cauto cada vez que en mi presencia se hablaba de Religion.

XVII.

¿Y CÓMO NO HAY AHORA MILAGROS?


QUIÉN te ha dicho á tí, como cosa tan asegurada, que ahora no los hay? Pues yo te digo que nunca han faltado milagros en la Iglesia de Dios, ni faltan hoy, ni faltarán hasta el fin de los siglos. ¿Estás? Y pues de esto hacen su principal caballo de batalla muchos que niegan el poder de Dios para hacerlos, y creen que para citar obras milagrosas es preciso irlas á buscar en la Biblia tan sólo, ó en viejas historias de Santos y en crónicas de conventos, aquí voy á probarte yo, como dos y tres son cinco, que hoy, en mitad del siglo décimonono, en el medio dia de sus luces y en el foco mismo de su tan decantada ilustracion, hay milagros con todas sus campanillas y con todo su retintin, ni más ni menos que los que citamos de la Edad media y del principio del Cristianismo.

Pero ante todo una observacion.

Hay ahora menos milagros que en los primeros siglos de la fe, y es regular que así suceda. Al árbol que se acaba de plantar lo favorece el jardinero con más abundante riego, hasta que echó profundas raíces. Cuando llegó á ser ya tronco corpulento y de frondosa copa, bástanle las ordinarias lluvias, sin necesidad de que se le esté atendiendo todos los dias, como en los de su reciente plantacion. Hé aquí de que modo se portó Dios con su Iglesia en lo que toca á los milagros.

Al plantarla y poco despues de plantada, desplegó á los ojos del mundo un verdadero lujo de milagros; mejor, fué aquella su existencia un milagro continuado. Así convenia para llamar sobre ella la atencion del mundo y dar á los hombres señales tan evidentes de su divinidad, que con ellas solas tuviesen bastante ya para decidirse en favor de la nueva ley. Jesucristo obró milagros á cada paso; los Apóstoles

los prodigaron por todas partes donde predicaban su doctrina; los primeros apologistas los citan á cada instante en sus defensas del Cristianismo, los echan en rostro á sus contradictores, y hacen de ellos poderoso argumento en favor de la fe. Pero, pasan los siglos, hállase ya extendida por todo el mundo la nueva ley, y de consiguiente ya acreditada ante la generalidad de las gentes, y entonces... no cesan los milagros, pero sí disminuye su número y aparecen sólo de vez en cuando, para atestiguar que no ha perdido todavía su poder la mano de Dios para obrarlos. Exactamente como en el ejemplo indicado.

Pero vengamos á los tiempos modernos. En los últimos siglos, como en todos, se han canonizado Santos, y sabes tú que en el proceso de canonizacion se exigen como muestra de santidad, entre otras cosas, algunos milagros que se hayan verificado mediante la invocacion del Santo que se va á canonizar. Y no vayais á creer que los expedientes de canonizacion sean cosa así de bóbilis bóbilis ó de pura forma como tantos otros de ciertas oficinas de por ahí. Cada uno de estos procesos es obra de años y un verdadero prodigio de crítica y de paciencia en averiguacion de todo lo relativo á la vida y hechos del personaje á quien se ha de canonizar. No sé si has oido referir lo de aquel sabio protestante, que hallándose en casa de un Cardenal, vió sobre la mesa un legajo que era parte de un expediente de canonizacion en que dicho Cardenal debia informar, y para lo cual lo estaba estudiando. Empezó á hojearlo por curiosidad el protestante, y acabó por leerlo por completo, diciendo al concluir: «Pues, señor, si todos los milagros de vuestros Santos fuesen tan justificados como los que constan en este expediente, no tendria yo dificultad en admitirlos como verdaderos. —¡Ay! amigo mio, replicóle sonriendo el Cardenal; precisamente la canonizacion de este venerable no se llevará á cabo, por no resultar aún debidamente justificados los milagros que se alegan en este expediente.» Así procede la Curia romana, y cuando ella admite como auténtico un hecho milagroso, puedes estar muy cierto de que no hay tribunal alguno en la tierra que en la averiguacion de un hecho haya llevado más allá su escrupulosidad. Pues bien. Cada siglo se han ca-

nonizado algunos Santos, y cada canonizacion de éstos ha sido apoyada en algunos milagros claros, ciertos, irrefragables. Mira, pues, qué puedes alegar contra tan poderoso testimonio.

Pero ¡válgame Dios! ¡si no hay necesidad de ir á hojear los voluminosos fólios de los procesos de canonizacion! No hay reino alguno que no haya tenido modernamente alguno ó algunos Santos, y no conserve recuerdo vivo de varios de sus milagros. Aquí mismo donde escribo, en Barcelona, es fresca la memoria del beato Oriol, beneficiado de la iglesia del Pino, y se conserva noticia exacta de los milagros que andaba obrando ciento ochenta años atrás el buen Clérigo á cada paso. La tradicion conserva los nombres de las personas que con ellos se vieron favorecidas, y los lugares donde se verificaron. Pública era la manera con que curaba las enfermedades en la capilla del Sacramento de la citada iglesia, imponiendo la mano sobre los enfermos, ó tocándolos con agua bendita, y rezando la antifona *Super ægros*, etc. Y áun despues de su muerte constan autorizados con todas las formalidades legales y facultativas las curaciones de Ignacia Masdeu, Catalina Manal y María Sala, alcanzadas por la invocacion del Bienaventurado. Estos tres últimos figuran en el expediente de beatificacion. O desmentir, pues, la historia y sus fuentes más auténticas, cuales son la tradicion oral, los públicos monumentos y los documentos legalizados y depositados en los mismos archivos civiles, ó confesar que todavía en los tiempos modernos siguen como en los antiguos verificándose algunos milagros.

Y cuenta que lo que del siglo pasado y de Barcelona cito en la persona de José Oriol, puede citarlo cada provincia y cada nacion de alguno de sus hijos, de los cuales conserva recuerdos frescos y de indubitable autenticidad áun á los ojos de la crítica humana más exigente. Ginebra tiene san Francisco de Sales, Italia san Alfonso María de Ligorio, Francia san Vicente de Paul, la India san Francisco Javier, por no citar sino los nombres más conocidos. Negar, pues, los milagros modernos sólo puede hacerlo quien desconozca por completo la historia moderna, ó tenga bastante audacia y *sans façon* para desentenderse de ella.

Público es el milagro que se verifica cada año en Madrid con la sangre del mártir san Pantaleon, que se guarda allí en una botellita. La sangre está de ordinario seca en ella y ocupando la parte más baja de la redoma. Mas cada año al llegar la fiesta del Santo, que cae en 27 de Julio, se la ve subir, subir, como el mercurio del termómetro, y tomar de nuevo la consistencia líquida, el color rosado y la frescura natural, llenando casi todo el espacio del recipiente, hasta pasada la fiesta, que vuelve á su estado normal, para repetirse el prodigio un año despues. Y cuenta que esto pasa en el altar á vista de todo el mundo, sin que precedan operaciones químicas ni secretas manipulaciones. Y por cierto que en el año 1878 desafiaba un periódico católico madrileño á otro impío á cerciorarse de la verdad del caso, lo cual le era tan fácil. Y ¿sabes lo que hizo el impío? Calló y no habló más del asunto.

Análoga maravilla sucede áun hoy dia en la catedral de Nápoles con la sangre del mártir san Genaro, repitiéndose aquel prodigio cada vez que se pone la botellita que la contiene frente el relicario que encierra la cabeza del Santo. Y por cierto que nunca se verifica esto sin gran solemnidad, asistencia del Cabildo, gritos y sollozos de todo el pueblo y presencia de notarios para dar fe del suceso. A eso debe san Genaro su inmensa popularidad en aquella ciudad, hasta entre los revolucionarios. Con que ¿se hacen ó no se hacen áun hoy milagros?

¿No has oido hablar de Lourdes y de lo que pasa allí de unos cuantos años acá? Puede que aún ignores todo eso, porque la impiedad es ciega y sorda de conveniencia. Hay, pues, en Lourdes, poblacion de los Pirineos franceses, es decir, á pocas leguas de nuestra patria, una gruta, y al pié de ella una fuente. En esta gruta y junto á esta fuente tuvo lugar el año 1858 una aparicion y muchas de María inmaculada á la jovencita Bernarda Soubirous, que há poco vivia para contarlo. ¿Te ries? Ríete lo que quieras, mas es el caso que Obispos y Prefectos de departamento, y el Ministro en persona, y hasta el Papa tomaron cartas en el asunto cuando aconteció, y despues de mucho exámen y mucha disputa tuvieron que dar crédito á la muchacha Bernarda en las apariciones

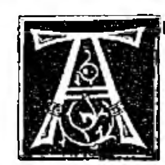
que les referia de la Madre de Dios. La incredulidad necia y la incredulidad sábia, es decir, la que blasfema en los clubs y la que blasfema en las academias, sonreia como tú, amigo mio, sonries ahora; pero por mi parte debo asegurarte que así la incredulidad necia como la incredulidad sábia han acabado por enmudecer. Y está claro. Como que la Madre de Dios para hacerlos enmudecer ha puesto ante sus ojos, para prueba sin réplica de su milagrosa aparicion, una cadena de nuevos milagros que se repiten cada dia, y para cerciorarse de los cuales no se necesita más que ir, ver y tocar. En efecto. De repente se le ha empezado á notar al agua de la fuentecilla dicha, que segun dictámen de los químicos no tiene cualidad alguna mineral que la distinga de las demás aguas comunes, una virtud tan particular, que bebiéndola, ó bañándose en ella con devocion, muchos enfermos curan de repente de sus dolencias, echan al aire las muletas, y al pozo las medicinas; y los que un dia antes fuéron allá en camilla, ó en brazos de sus amigos, vuelven un dia despues á su casa por su pié, alabando á Dios y proclamando en alta voz que, sí, señor, todavía hay milagros en el mundo, y que para mayor vergüenza suceden en Francia, á las barbas de la incredulidad en pleno siglo décimonono. Y recuerdo haber leido que un católico de buen humor, para hacer callar de una vez á los periodistas impíos que se empeñaban aún en negar lo que todos ven, tuvo la ocurrencia de invitarles á depositar diez mil francos en poder de un notario público, diciendo que tambien los depositaria él, y tomando al azar uno de los milagros reconocidos de Lourdes, y sometido al fallo de una academia facultativa, los perderia el católico si la academia daba una explicacion natural del caso; ó los perderia el contrincante impío si la academia reconocia en el hecho carácter sobrenatural. ¿Sabes qué hizo el periodismo baladron ante tan singular desafío? Callarse como un muerto, y santas Pascuas.

No quiero citarte aquí ninguno de tales milagros. Si eres hombre de buena fe, ó siquiera curioso, te tomarás la pena de leer algo de lo que se ha escrito de veinte años acá sobre la materia, especialmente la obrita de Segur: *Maravillas de Lourdes*, ó la de Lasserre: *Nuestra Señora de Lourdes*, sobre todo la última de este autor: *El milagro del 12 de Setiembre de 1877*.

Hay milagros, pues, amigo mio; los hay aún en estos tiempos, y lo sabe quien se toma la pena de leer los libros ó periódicos en que se refieren. Ya se ve, tú andas muy atrasado de eso, porque es claro, nunca se trae tal conversacion en los lugares que frecuentas, ni se lee en el diario á qué estás suscrito. Sois muy hombres los despreocupados. Os figurais que no hay más mundo que el que os rodea en vuestros casinos, clubs ó tertulias anticatólicas. Y creeis con la mayor inocencia que no tiene importancia más que lo que allí la tiene. Y creyendo así caminar á la delantera de toda ilustracion y progreso, vivís, amigos mios, en ignorancia garrafal y supina de todo aquello que quieren que ignoreis los falsos maestros, á cuya influencia vivís supeditados. Hay milagros, sí, lector, y estoy por decirte que hoy vuelve á tener la Iglesia de Dios un verdadero lujo de milagros, por la misma razon que al principio te indiqué; es decir, porque hoy vuelve á necesitarlos. La herejía del siglo es el naturalismo, la negacion del órden sobrenatural, y hé aquí que Dios para confundirla hace que en medio de Europa se presenten á la luz del dia hechos como los de la Saleta y Lourdes, verdaderos alardes de sobrenaturalismo que se dejan examinar, se dejan discutir, para dejar en todos terrenos vencedora y triunfante la doctrina católica. Hay milagros, amigo mio; y así como al que negase que hay sol bastaria hacerle abrir los ojos, así al que niegue el milagro bastará hacerle abrir los suyos sobre los que sin cesar despliega la Providencia ante su vista. Y si aun despues de esto asegura que él no los ve, ¿qué se le ha de decir sino que es tan ciego como aquel que en mitad del dia claro no ve la luz del sol?

XVIII.

YO NO CREO SINO LO QUE COMPRENDO.



RROGANTE hombrada, amigo mio, y que por sí sola te coloca á la altura de... lo más ignorante y majadero que existe bajo del sol. ¿Te sorprende la respuesta? Pues óyeme un cuento que te voy á contar, y acabarás por hallarle muy á pelo, por más que te pique.

Érase un bruto de aldea, tan tosco y tan animal, y tan groseramente desconfiado como suelen serlo los ignorantes, que á cuanto se le referia, fuese cual fuese la persona que se lo refiriese, á poco que sobrepujase la cosa sus mezquinas entendederas, contestaba siempre muy desdeñoso y satisfecho: «No, señor, no; á mí no me la pegan; yo no creo más que lo que veo.» Así, cuando por vez primera se vieron en España ferrocarriles, hablábase en todas partes de lo extraordinario de la invencion, de su rapidez, comodidad y baratura; leiase la relacion de los festejos con que fué inaugurado el primer trayecto de Barcelona á Mataró, y se trasladaron muchos de la aldea de nuestro hombre á la capital sólo para ver la novedad, y volvieron á casa haciéndose lenguas de ella... «¡Ca! ¡Ca! repetia meneando la cabeza nuestro Sancho Panza, no me la pegan á mí. Eso no puede ser. Yo no creo más que lo que veo.» Y cuando poco tiempo despues tuvo precision de ir á la ciudad, y vió con sus propios ojos el tren arrastrado por la locomotora, tampoco pudo dársele á entender que hubiese allí fuego ni vapor que obrasen la maravilla. Sonreiase él con aire de satisfaccion, compadecia á los circunstantes, y rascándose la oreja repetia de regreso á su lugar: «¡Bah! ¡Bah! Lo que es á mí no me la han de pegar. Yo no creo más que lo que veo. Esto anda, es verdad; pero los caballos van dentro.» Y así sucedia siempre en cuantas cosas oia referir, particularmente de lejanos países.

Así que para él no hubo Exposicion de París, ni guerra de Africa, ni caida de Napoleon, ni Concilio Vaticano, ni nada de cuanto ha alborotado al mundo de veinte ó treinta años acá. Nuestro patán fía únicamente en sus ojos y en sus manos, y lo que no palpa ó no ve, no existe para él en el número de las cosas criadas. Y no hay que darle vueltas, ni ponderarle autoridad de personas ó de periódicos. Duro de mollera y cabezudo de condicion, no dará él su brazo á torcer por nada de este mundo, y morirá creyendo únicamente en la infalibilidad de sus ojos y murmurando para sí su estribillo de siempre: «Desengáñense, señores; á mí no me la han de pegar. Yo no creo más que lo que veo.» Y nadie ni á tiros le sacará de aquí.

¿No es verdad, amigo mio, que es bruto y majadero el tal individuo? ¿No es verdad que le dirás al punto: ¡Oiga acá, señor patán! ¿por ventura la vista de V. es tan universal que pueda darse cuenta de todo lo que existe? ¿Con qué por la sencilla razon de que V. no ve más allá de sus narices ha de ser cierto, indudable, que no hay cosa alguna más allá de ellas? Váyase enhoramala y trate únicamente con los de su condicion que puedan aguantar sus patochadas. Los hombres de seso y razon se fian de los ojos ajenos y de los conocimientos ajenos tanto por lo menos como de los propios, porque la verdad es que si los demás pueden errar ó pueden engañarme, no soy yo de otra pasta, y puedo como ellos caer en error y engañarme á mí mismo. De consiguiente la frase ó muletilla «yo no creo más que lo que veo,» es una solemne necedad propia sólo de imbéciles ó botarates.

Y estaria bien contestado todo esto, amigo mio; pero quisiera yo que eso mismo contestases á quien te saliese con la cancioncilla tan en uso hoy dia entre personas que se creen á sí propias de lo más culto é ilustrado. Y es la que frecuentemente oirás á propósito de los misterios de nuestra fe. «Yo, dicen ellos muy pagados de sí mismos, no creo sino lo que comprendo.» ¡Bravo! ¡Bien, por vida de los siete sabios! El lugareño del cuento no creia sino lo que veian sus ojos; estos ciudadanos ilustrados no creen sino lo que comprende su caletre. ¡Y cuidado si muestran con eso tenerle estupendo y descomunal! Vamos, pues, á ver si vale esta

frase de los segundos lo mismo que la de aquel primero, y cuál de ellas prueba mayor cortedad y más romo entendimiento.

Por de contado ¿hay ó no hay cosas que, así como no pueden verlas los ojos, así no puede comprenderlas la inteligencia más perspicaz?

¡Toma si las hay! y sin subirse á las nubes, de tejas abajo, es decir, sin movernos de lo más terrestre y humano que nos rodea, tenemos á cada paso objetos que son absolutamente un misterio para nosotros y para todos, sin que por esto le haya ocurrido á nadie el mal gusto ó la tontería de negarlos.

Yo y tú, amigo mio, hemos ido poco ó mucho á las clases de física, y de catedráticos muy sabios hemos oido que la ciencia, á cada paso que da, tropieza con el misterio. ¿Sabes qué es la luz? Una cosa tan clara para los ojos como oscura para el entendimiento. Un misterio. ¿Sabes qué es el calórico? Conocemos algo sus efectos principales, pero de su naturaleza íntima hasta hoy nadie ha dado razon. Otro misterio. ¿Sabes qué es la electricidad? Veo sus maravillas, conozco alguna de sus leyes; tocante á su esencia íntima, lo mismo sabe el primer miembro del Instituto de Francia que el más atrasado chicuelo de la doctrina. Pero... ¿á qué acudir á los grandes problemas de la ciencia? Este trigo que ves germinar; esta flor que miras trocarse en fruto, y luego en semilla, y luego en planta, y despues otra vez en flor, para pasar sucesivamente otra vez por todas estas transformaciones; el ala de esta mosca que vuela; la pata de esta hormiga que pisas; este átomo de polvo que revolotea en medio del rayo de sol; este alimento que introduces en tu estómago y que se convierte en cuerpo tuyo y sangre tuya por medio de una transubstanciacion tan rápida como maravillosa; eso que cada dia ves, que cada dia palpas, ¿lo crees ó no lo crees? Sí, lo crees, puesto que de ello hablas, y en ello te ocupas, y de ello vives, y con ello cuentas. Pero ¿lo comprendes? ¡Ah! Ese es otro cantar, me dices sonriendo. Más aún, ¿lo comprende la ciencia, lo comprenden los físicos y químicos más afamados? Ellos mismos me dicen que no, y fuerza me es creer que no lo dicen por humildad. Algo más que tú saben

de cada cosa de estas, claro está; pero es lo cierto que á poco trecho hallan un punto donde les falta el camino en sus investigaciones, y empieza el abismo de la oscuridad. A pesar suyo vense entonces obligados á exclamar con un sabio de nota, aunque nada religioso: «Toda ciencia se ve forzada á detenerse ante el misterio, y á terminar con un acto de fe.»

Dime, pues; si hay en lo humano, en lo que ves y tocas, tales oscuridades que no puedes comprender, porque le falta luz á tu entendimiento para comprenderlas, ¿qué mucho las haya en lo divino, en lo sobrenatural, en lo que Dios mismo ha empezado por colocar fuera del alcance de tus manos y de tus ojos? Aquí la sinrazon del incrédulo llega á los límites de la más estúpida necedad. Conozco que no puedo comprender el ala de una mosca, ni cómo funciona, ni cómo vive este animal, ¿y quiero de todos modos comprender la vida misteriosa de Dios en sus tres divinas Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo? Presuncion es esta digna del manicomio. No comprendo la naturaleza íntima de ese aire que me rodea, de esa luz que me alumbra, de ese fuego que me calienta, y ¿quiero (sí señor, lo quiero, y si no, no lo creo), quiero que se me expliquen al alcance de mi comprension las cosas, v. gr., del cielo y del infierno, que son algo más elevadas? ¡Bah! ¡Bah! ¿Y qué Dios fuera ese y qué cosas las suyas si todo Él y todas sus cosas debiesen caber enteras y sin limitacion en mis mezquinas entendederas, en las que no acaba de poder entrar el ala de una mosca? Este argumento no tiene vuelta de hoja. O mi entendimiento es tan grande que puede abarcar á Dios, ó Dios es tan chico que puede ser abarcado por mi entendimiento. Es así que mi entendimiento es tan chico, tan chiquitito, áun el de los mayores sabios, que se ve obligado á detenerse ante la mayor parte de los fenómenos de la naturaleza: luego ¡válgame Dios! el que dice en serio «yo no creo sino lo que comprendo,» es al fin un pobre diablo que realmente comprende muy poco, más poco aún de lo que al infeliz se le figura comprender.

Tiene, pues, misterios la Religion, amigo mio; y el tenerlos no es razon para desecharla, como no es razon para des-

echar la ciencia el que tambien los tenga esta señora. Sí, ambos los tienen, así la Religion como la ciencia; y por lo mismo no merecen de los hombres pensadores el desprecio, sino el respeto. Sólo los majaderos tienen por norma despreciar lo que no entienden. Y así como de la ciencia, áun no comprendiendo todo lo de ella, estudias gozoso lo que puedes comprender, y acatas silencioso lo que no puedes, así de la Religion agradece á Dios lo que de ella sabes, porque áun eso no sabrias si Él no te lo hubiese enseñado, y acata respetuoso lo que no sabes por habértelo Él escondido. Un dia lo sabrás, si tienes la dicha de salir de esos crepúsculos y penumbras de acá al mediodía claro de la eternidad feliz, en que se descorrerán los velos y cesarán las oscuridades. Cree entre tanto al testimonio de Dios, como crees al testimonio de los hombres en mil y mil cosas que no por venirte por ese conducto dejas de mirar como muy ciertas y verdaderas. Escúchame una observacion. ¿Crees tú firmemente que eres hijo de tal ó cual, que son tu padre y tu madre? En tanto lo crees, que fundas en eso todos tus derechos á la herencia de ellos y al uso de su apellido. Y ¿cómo lo sabes? Por la autoridad de ellos que te lo han dicho y de los documentos públicos que te lo acreditan. Conste, pues, que no lo sabes por tí mismo, sino por el crédito que prestas á personas que te merecen confianza. Conste, pues, que en materia tan importante y trascendental nada sabrias si no hubieses empezado por un acto de fe, siquiera natural. ¿Y qué son sino actos de fe humana los que prestamos cada vez que para el discernimiento de un negocio, para la salud de nuestro cuerpo, para nuestro adelanto científico, nos entregamos á ciegas, atados de piés y manos como se dice, á la autoridad de un hombre á quien empezamos por *creer* en la verdad de lo que le place enseñarnos? ¿Cómo se empieza á ser sastre ó zapatero sino empezando por *creer* de buena fe el aprendiz al maestro de su oficio, que le manda practicar operaciones que por de pronto aquel ignora muchas veces á qué conducen? ¿Cómo se empieza á saber historia, y cómo se acaba de aprenderla, sino aceptando datos, monumentos, escritos, á quienes hemos de *creer*, so pena de no poder dar un paso en nuestras investigaciones? ¿Y cómo nos curamos en nuestras enfer-

medades sino abandonándonos confiados á un tratamiento, á una operacion, cuyos motivos ignoramos, es decir, creyendo? ¡Lástima grande que *el acto de fe*, que es nuestro procedimiento comun y usual en todo lo más ordinario de la vida material y científica, sólo lo encontremos absurdo y humillante cuando se nos exige para la Religion, que es donde la misma razon nos dice que más lo necesitamos!

Dime ahora, así en confianza, amigo mio: ¿Qué frase es más necia: la de «Yo no creo sino lo que veo,» ó la de «Yo no creo sino lo que comprendo?» Más claro. ¿Quién es más tonto en este mundo de tonterías: el lugareño que rehusa hacerse cargo de lo que no han visto sus ojos, que tan pocas cosas han visto, ó el ilustrado que niega sistemáticamente lo que no comprende su razon, sólo porque ésta, que tan corta es, no lo comprende?

Examínalo tú entre tanto, que voy yo con el favor de Dios á prepararte otro librejo.

XIX.

¿Y ESO DE LA BULA?

Hablemos tambien de *eso* de la Bula, *amigo mio*, y no me arredra el que te la hagan llamar con tal desprecio tus inveteradas preocupaciones. ¿Qué respetan hoy la incredulidad y la ignorancia? No es extraño, pues, que sufra tambien la Bula las recias arremetidas de los que en su insensato orgullo osan tomárselas hasta contra Dios. Veamos, pues, qué es la Bula, y presentemos luego como un manojito ó ramillete de las principales sandeces y necedades que se suelen aducir contra ella en son de poderosísimos argumentos, poniendo al lado la fácil contestacion que puede darles el más sencillo trabajador.

—¿Qué es, pues, la Bula?

—Es una concesion que la Iglesia ha otorgado á los fieles de España, en virtud de la cual les dispensa en ciertos dias de la obligacion de abstenerse de carnes, impuesta por ley general, añadiéndoles además algunas indulgencias y gracias espirituales de que mediante dicha Bula pueden aprovecharse y que en la misma constan.

—¿Puede la Iglesia conceder aquella dispensa y estas gracias?

—No puede negarlo quien sepa que la Iglesia tiene absoluta potestad legislativa en asuntos espirituales, y que en tal potestad entra, no sólo el derecho de imponer la ley de las abstinencias, sino el de dispensar de ellas, como, cuando, y en la forma que la Iglesia estimare conveniente. Tocante á la concesion de indulgencias y demás gracias, sabido es que á eso se refiere la potestad de atar y desatar que la Iglesia ha recibido de Jesucristo.

—¿De suerte que la Iglesia puede imponer á los fieles las obras de penitencia y mortificacion que juzgue convenientes,

y juntamente puede, despues de haberlas impuesto, dispensar de alguna ó algunas de ellas?

—Sí, señor, eso puede. Y si eso no pudiese, no seria Iglesia, no seria autoridad suprema espiritual, no seria heredera y representante ejecutiva de la jurisdiccion que tiene Jesucristo sobre nuestras almas.

—¿Y por qué impone la Iglesia tales mortificaciones?

En primer lugar, porque puede y quiere. Para un católico esta es la más concluyente razon, supuesto que sabe que cuando la Iglesia manda como tal, siempre manda bien. En segundo lugar, por varios motivos que tiene y que no debe ocultar. La autoridad de la tierra tiene derecho para imponer multas á los que delinquen en la ley humana: así la Iglesia tiene facultad de imponer penitencias, ó sean castigos espirituales, á los que quebrantan la ley divina. Y como en esto todos faltamos, de aquí que para todos sea obligatoria la penitencia. Quien tal hace, que tal pague: esta es la ley. Y quien rehuse pagar aquí por medio de la penitencia sus deudas, pagará en el otro mundo con más graves costas y perjuicios. Pero la mortificacion que impone la Iglesia, no sólo es castigo de las faltas cometidas, sino que es medida preventiva para evitar muchas otras. La autoridad de la tierra puede, por ejemplo, dictar ciertas reglas de policía é higiene civil, que no son otra cosa que mortificaciones (y algunas veces no pequeñas) para conservar la salubridad pública y evitar lamentables catástrofes. Así habrás visto que en determinados casos prohibe la autoridad la venta de ciertos alimentos, y los arranca de los puestos del mercado; otras veces prescribe ciertas medidas en las calles, personas y edificios, y el vecindario viene obligado á observarlas, guste ó no guste, cueste ó no cueste. Pues bien: lo que hace algunas veces la autoridad temporal para la salud de los cuerpos, lo hace la autoridad espiritual para la salvacion de las almas. La mortificacion y el ejercicio de la penitencia y de la piedad son la policía saludable, la higiene espiritual con que procura la Iglesia nuestro bienestar y saneamiento moral, como con aquellas otras procura la autoridad civil nuestro bienestar físico. ¿No es esto claro como la luz? Aquí tienes, pues, la razon de las mortificaciones cristianas.

—Comprendo. Pero ¿qué tiene que ver eso con la Bula?

—A eso íbamos. La Bula significa la dispensa que la Iglesia tiene á bien concederte de alguna ó algunas de aquellas mortificaciones, y que *para que conste* te la da por escrito, así como por escrito te da el Estado el Diploma para ejercer una profesion, el título que te hace propietario, el pergamino que te hace conde ó marqués.

—¿De suerte que con un papel puedo comer carne, y sin el papel no?

—Es cierto, ciertísimo, como con un papel puedo ejercer la abogacía ó la medicina, con un papel soy brigadier ó general, con un papel soy propietario, con un papel puedo cazar ó viajar ó casarme, y sin el tal papel ó papeles nada puedo hacer de todas estas cosas. Lo que hay es que la tal facultad no se me da por el papel, sino por lo que en el papel se contiene, esto es, por la autorizacion ó permiso que en él me viene consignado. Esto es la Bula, y nada más. Tú que este reparo me presentas, ¿te has tomado jamás la paciencia de leer la Bula? ¿no? Pues allí está contenido todo esto y muchas otras cosas más, y bueno fuera que empezaras por no hablar sino de lo que entiendes.

—Lo que hay es que la Bula se compra por unos reales, y ¡toda la sublime teología del asunto debe de estar ahí! negocio como cualquier otro.

—Disparate, amigo mío, como cualquier otro, dirías mejor. No se pagan dos ni tres reales por la Bula, sino que se toma la Bula para acreditar que se han pagado, lo cual es muy distinto y cambia por completo el aspecto de la cuestion. La Iglesia ha dicho: Permito á los fieles de España comer carne en tales ó cuales dias que les tengo prohibidos, á condicion de que dén tal ó cual limosna que les quiero sustituir. En menos palabras. A los que quieran aprovecharse de este privilegio les conmuto la obra buena abstinencia en la obra buena limosna. Y como certificacion de que aceptan esta conmutacion y han dado esta limosna, pondrán su nombre al pié de una cédula que les entregaré. Tal es el lenguaje de la Iglesia. Tal es la santa Bula. Tal es el carácter de la cantidad que al recibirla se paga. ¿Qué puede oponer á eso la crítica imparcial?

—Está muy bien dada la explicacion, lo cual no quita que sea muy expuesto á malas interpretaciones eso de que pagando se pueda comer carne ciertos dias, y no pagando no se pueda comer.

—Los incrédulos como tú son, amigo mio, muy aprensivos y tienen (para hallar tachas en la Religion se entiende) una susceptibilidad tan exquisita, que por poco se les podria llamar monjitas escrupulosas. ¿Con que pagando se puede comer carne, y no pagando no? Pues oye y confúndete. En la mayoría de los casos se puede comer sin pagar, exactamente como si se pagase. Lo cual echa por tierra la acusacion de codiciosa é interesada que se quiere lanzar con aquella indirecta al rostro de la Iglesia católica. Sí, señor, en la mayoría de los casos se tiene el privilegio de la Bula sin gastar un céntimo. ¿Cuándo? me gritan sorprendidos una porcion de atolondrados. En todos los casos de pobreza, amigo; casos que la Iglesia extiende de un modo tan lato, que para ella son pobres todos los que viven sólo de su jornal; casos que por lo mismo son innumerables, constituyen la mayoría. De suerte que tras tanto chillar y alborotar porque la Iglesia *vende* por unos reales el privilegio de comer carne ciertos dias, salimos al fin con que á la mayoría inmensa de los fieles les vende ese privilegio... por un *Padre nuestro* y una *Ave María* á la intencion del Papa cada dia que tenga deseo de usar de él. ¡Voto á brios! ¡Si es codiciosa y avarienta la Iglesia católica! ¡Oye, pues, y aprende lo que no sabes, incrédulo ignoranton! La Iglesia concede á las clases acomodadas, que son las menos, la consabida dispensa, mediante la obra buena de una limosna anual tasada por ella misma, segun la condicion ó fortuna; limosna que cada dia gastas tú en la cosa más baladí: y á las clases pobres, es decir (y digámoslo en sério), casi á todo el mundo, se lo concede mediante la obra buena de una oracion. Es verdad que á tí, amigo mio, tan cuesta arriba se te hace dar una limosna como rezar una oracion. ¿No es verdad? Punto en boca, pues, y deja á los hijos de la Iglesia que se entiendan ellos con su Madre, como ella desea y sabe, que de su bondad y desinterés no se quejarán.

—Sin embargo, eso del dinero... ¿No valdria más quitarle á la impiedad esa ocasion de crítica?

—No, no valdria más. Si valiese más, ya lo habria hecho la Iglesia, que sabe de sus cosas y de las nuestras más que tú. Poco le costaria cambiar esto de una plumada, pues pertenece á la disciplina, que se puede variar. Cuando hasta hoy no lo hizo, señal es de que cree que no lo debe hacer. Esta es la razon de las razones para quien sea católico de verdad. Mas para darte gusto á ti que, segun te explicas, pareces católico de *pega*, voy á apuntarte una indicacion que tal vez te haga alguna fuerza. Precisamente los racionalistas andais á todas horas vociferando contra el misticismo de ciertas prácticas piadosas, que, segun vosotros, no sirven de provecho alguno al prójimo, en socorrer al cual pareceis á veces hacer consistir toda vuestra religion. Pues bien. En lo de la Bula, la Iglesia conmuta la abstinencia, que es obra de la cual os burlais, en esotra obra que á todas horas andais panegirizando, la limosna. Sí, señor. ¿No deseábais positivismo, beneficencia, bien á la humanidad y todas esas cosas más allá de las cuales no alcanza más vuestro miope naturalismo? No hableis, pues, contra la Bula, pues las limosnas que por sus privilegios se dan van al culto de Dios una parte, descargando algo al Estado de la obligacion que pesa sobre él de atender á esta deuda sagrada: á la reparacion de templos otra, es decir, á la conservacion de una porcion de edificios, muchos de los cuales son verdaderos monumentos del arte; y, por fin, una tercera á hospitales y casas de beneficencia, donde se convierte en caldo, medicinas, pan, vestidos, instruccion, consuelo y demás auxilios para el hijo del pueblo necesitado. De suerte que las maldecidas limosnas de la santa Bula salen de los fieles católicos del pueblo español, y vuelven á ese pueblo español en la forma que te acabo de referir. De eso no llega un cuarto á Roma. El Papa, que otorga al pueblo español la dispensa, no saca de ella un solo real, ni lo saca el Obispo que hace la promulgacion en su diócesis, ni el Párroco que la hace en su localidad. Las manos del Cura juegan muy limpio en esto como en todo. ¿Puede decirse lo mismo de otras manos que no son las del pobre Cura?

—En resumidas cuentas...

—Sí, señor, en resumidas cuentas hay aquí lo siguiente: Que no saben lo que se pescan los que blasfeman contra la

Bula. Que la Iglesia, que ha puesto á los fieles ciertas mortificaciones corporales durante el año, puede dispensar de ellas como y cuando y en la forma que crea conveniente. Que mediante la santa Bula dispensa de algunas en ciertos dias, conmutándolas para los ricos en una limosna, tasada allí mismo segun su haber; para los pobres en una oracion. Que por ricos entiende la Iglesia los que no necesitan de su jornal diario para vivir, y por pobres los que lo necesitan: clasificacion que no puede ser más indulgente. Que tales limosnas, el que las debe dar, acredita haberlas dado, firmando el diploma y prestando á la vez un acto de fe y acatamiento á la jurisdiccion de la Iglesia que con esto reconoce. Que los fondos llamados de Cruzada tienen hoy, terminada la necesidad primera que les dió nombre, un destino muy conocido y que no sale de España. Que los Curas no tienen en eso ni un céntimo para sí, ni lo tienen los Obispos, ni lo tiene el Papa. Añadamos por remate y contera que los Curas han de pagar como los demás fieles la limosna general de que se trata, más otra especial propia de su estado y que nadie paga más que ellos. De modo que por ser Curas pagan doble que el seglar, sin que les valga la consideracion de pobres, aunque algunos de ellos lo sean como ratas.

—¡Hombre! Se queda uno lelo oyendo á los cuarenta años cosas tan nuevas y peregrinas.

—Viejas son, amigo mio, aunque te las haga nuevas tu completo desconocimiento de lo que más debieras saber. ¿Qué conocerá en este mundo quien empieza por no conocer su Religion? Y con todo ¡oh insolencia! ¡oh temeridad! se empeña el mismo que no la conoce en hablar á roso y velloso de ella, y en atacarla y en hacer coro con bobadas y majaderías á sus enemigos!

XX.

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD.

HÉ aquí tres palabras que parecen modernas, cuando no son sino muy antiguas; se las ha disfrazado de revolucionarias, cuando en el fondo son únicamente cristianas; se las ha llamado con énfasis el dogma nuevo, cuando en realidad fueron siempre la base y la esencia del dogma viejo.

Muy antes de que la Revolucion adornase con ellas su famoso triángulo, las habia ya leido el mundo entero en los tres brazos del árbol de la santa Cruz. Porque en esto, como en tantas otras novedades del siglo, no hay progreso, conquista, invencion, ni otra alguna de las mil zarandajas que se nos vienen ponderando todos los dias; hay pura y simplemente una falsificacion.

El diablo, ha dicho con gráfica frase un gran Padre de la Iglesia, es la mona de Dios, *simia Dei;* por lo mismo las obras satánicas son siempre un remedo, una parodia de las obras divinas. ¿No les oís á sus corifeos llamarse á sí propios redentores de la humanidad? ¿No les veis tan huecos con lo que llaman su mision, su sacerdocio? ¿No os han hecho reir á carcajadas los calificativos de sagrada, de santa, de sacrosanta con que condecoran al punto la más infeliz de sus diabluras? Parodia, vil parodia.

Volviendo, pues, á mi primer tema, es lo cierto que el primero que declaró libres, iguales y hermanos á los hombres fué Jesucristo, y no sólo los declaró tales, sino que con su ejemplo y con sus leyes les enseñó á serlo de veras, con lo cual vean mis lectores si es ó no cosa legítimamente suya el lema de libertad, igualdad y fraternidad.

Hé aquí lo que con toscas y mal trabadas razones, pero con gran fondo de verdad y de buen sentido, decíame pocos

dias há un hijo del pueblo, Anton, amigo mio, católico de corazon y trabajador por más señas. Era sábado aquel dia, y venia mi hombre de su fábrica, es decir, de la de su amo, contento y satisfecho con el jornal de la semana que acababa de cobrar; súcias aún las manos, y grasienta la blusa de recio algodon azul; sereno el semblante, en que se reflejaba la serenidad de la conciencia; alta la frente y firme el andar, como quien no tiene de qué avergonzarse. Emparejé con él, porque has de saber, oh lector, que me honro con tales amistades, y en seguida fué rodando la conversacion sobre los asuntos del dia, ¿quién no se ocupa en ellos? hasta venir á caer en las palabras que habian de darme pié para este librejo.

—Claro, señor mio, claro, me decia el buen trabajador, arqueando las cejas y acariciando repetidas veces su bigote y perilla, negros como el azabache. No temen á Dios, ni observan su ley, ni aman á sus prójimos; ¿cómo han de ser libres? ¿cómo han de ser iguales? ¿cómo han de ser hermanos? Ignorante soy y no alcanzan muy hondo mis pobres filosofías; pero sólo con tener un poquito de lo de aquí y de lo de aquí,—y con la mano señalaba respectivamente la frente y el corazon,—he caido en la cuenta de que únicamente con el Catolicismo puedo poseer la libertad, igualdad y fraternidad que tantos andan por ahí buscando, sin lograr más que romperse los cascos y, lo que es peor, perder el alma tras ellas.

Porque ahí donde V. me ve, amigo mio, prosiguió el honrado Anton, soy el hombre más libre de la tierra. ¿Se rie V.? Pues sepa que lo digo con toda formalidad. El Catolicismo me ha enseñado á acatar la ley humana, cuando no se opone á la divina, no como capricho ó voluntad de un hombre, sino como ordenacion divina. Por esto cuando obedezco á una autoridad terrena, llámese alcalde, rey ó república federal, tengo la altivez de creer que no obedezco á hombre mortal, sino al mismo Dios. Y si me manda cosa que se oponga á lo que manda Dios,—ó su Iglesia, que para mí es lo mismo,—tengo la altivez de negarle mi obediencia, aunque arriesgue en ello la vida. Desafío á que se me enseñe otra libertad más noble é independiente que esa que me en-

seña el Catolicismo. Además, como sé que la ley de Dios no sólo me obliga en lo exterior, sino que alcanza hasta los actos más secretos de mi conciencia, pongo el mayor cuidado en no faltar en lo más mínimo, ni áun con un mal deseo. Por donde — y aquí entra lo bueno — hago siempre lo que quiero, oiga V.: hago siempre lo que quiero, porque nunca quiero más que lo que debo, y cumplo siempre mi soberana voluntad, porque cuido siempre que mi soberana voluntad no se aparte nunca punto ni coma de la voluntad de Dios. Dígame V. ahora, señor mio, ¿quién tiene más derecho que yo para echar la gorra al aire y gritar con todos mis pulmones: ¡Viva la libertad!

—Cierto, repuse; y habeis expresado á vuestro modo lo mismo que ya en la antigüedad dijo un cierto filósofo, de cuyo nombre no me acuerdo: «La verdadera libertad consiste en ser esclavo de las leyes.» Si el tal hubiese sido católico y no un pobre gentil, hubiera cambiado un poquitillo la frase, y hubiera dicho: en ser esclavo de la ley de Dios. ¡Cáspita que teneis razon!

—Pues, por lo que toca á la igualdad, continuó mi amigo, tengo no sé si le llame el orgullo de creerme igual á los más altos, sin que esto me impida la humildad de creerme igual á los más bajos; porque profeso la máxima cristiana de que ante Dios todos somos iguales. La corteza es lo que aquí nos distingue un poco; la corteza exterior hace de aquel un magnate y del otro un mendigo; pero mi fe me enseña que las almas son todas de una misma jerarquía, sin que valga más la del sabio que la del rudo, ni menos la del obrero que la del emperador. En el juicio de Dios no habrá otra distincion que la de buenos y malos, y allí tiene magnífica aplicacion aquello hoy tan flamante y tan democrático de que cada uno es hijo de sus obras. Y áun tengo para mí—y creo no voy descaminado—que á los pobres se nos han de guardar algunas consideraciones que tal vez no se guarden á los poderosos; porque, francamente, al ver que Cristo nace pobre en un portal, y trabaja pobre como yo en un taller, y muere pobre más que yo en una cruz, se me figura que allá en el fondo de su Corazon bondadosísimo debe de guardar todavía en favor de los pobres y de la pobreza muy especia-

les simpatías. No sé quién ha dicho que los pobres son la aristocracia del Cristianismo. Casi, casi me siento orgulloso de pertenecer á clase tan privilegiada. De todos modos es lo cierto que la Iglesia no me dió á mí otro Bautismo que al noble, ni al pié del altar se me dan otro Cuerpo y Sangre de Cristo que los que se dan á mi vecino opulento. Mi mujer y yo hemos recibido igual bendicion nupcial que la que reciben los príncipes; y cuando nos acercamos á los piés del sacerdote para confesar nuestras culpas, á los reyes y á nosotros nos pone la Iglesia en la boca las mismas palabras de humilde acusacion: Yo pecador, yo pecadora.

Y en cuanto á lo de la fraternidad, aquí sí ¡vive Dios! que siento subírseme toda la sangre á la cabeza. ¡Fraternidad! ¡Fraternidad! ¿Y qué derecho teneis vosotros, les digo, para tomar en boca esta palabra? ¿Qué haceis por vuestros hermanos? ¿Qué hospitales habeis alzado? ¿Qué hospicios manteneis con vuestras limosnas? ¿Qué pobres visitais? ¿En qué pasais vuestros domingos: en el café, ó en la casa del enfermo? ¿A qué sociedades benéficas perteneceis? ¿Sois de la Caridad cristiana, ó de san Vicente de Paul? ¿Cuánto suman al fin del año vuestras limosnas? ¡Infelices! ¡Para aliviar una pública calamidad, no sabeis acudir á otro expediente que al de un baile ó una corrida de toros en beneficio de las víctimas! ¡Hasta para hacer bien á los necesitados habeis menester el estímulo de la diversion! Bien haceis en llamar á eso filantropía, que es palabra pagana. Nuestra fraternidad, que es la del Catolicismo, tiene un nombre más hermoso, porque es hijo del Corazon de Jesús; se llama caridad. Y por caridad no nos divertimos, sino que nos privamos de diversiones y nos imponemos sacrificios y arriesgamos hasta la propia vida. Y esto se hace todos los dias entre los hijos de nuestra santa Religion, porque sólo en ella se enseña y se practica la verdadera fraternidad. Decidme, sino, ¿á dónde acuden los pobres á pedir limosna: á la puerta de vuestros clubs, ó á la puerta de nuestras iglesias?

Cuando entro en vuestros clubs no veo más que retratos de personajes sangrientos que, segun decís, han sido redentores del pueblo, pero que segun me enseña la historia no fueron más que opresores ó exterminadores de él. Grandes

generales que condujeron á la muerte á miles de hermanos suyos; poderosos gobernantes que en su vida se dignaron fijar los ojos en él pobre pueblo que pisaban con sus botas; propagandistas rabiosos que encendieron en el mundo todas las malas pasiones y dejaron reguero de fuego y llanto por donde pasaron. Esos son los héroes de la fraternidad á la moda. Entro en nuestras iglesias, y en cada altar contemplo héroes de otra clase, que tienen mejor derecho que aquellos á la pública estimacion. Este era hijo de un noble, y lo dejó todo para servir á los apestados; el otro dió su patrimonio para redimir á los cautivos; aquel tuvo á gran gloria llamarse esclavo de los esclavos, y pasó toda su vida en las mazmorras para consolarlos; éste se hizo padre de millares de niños huérfanos que salvó de la muerte y de la desmoralizacion; quien la dió por abrir escuelas públicas de muchachos callejeros, y fundó para eso una Orden; quien se fijó en los agonizantes, y pasó toda su vida junto al lecho de los moribundos. Y todos lo hicieron sin ostentacion, sin vano alarde, sin pretender que se les tuviese en algo tanta abnegacion, pobres, oscuros, sin gloria humana; al revés, sufriendo quizá por sostener su empeño las mayores persecuciones. ¿Conoceis á estos héroes? Se llaman Francisco de Regis, Vicente de Paul, Pedro Claver, José de Calasanz, Camilo de Lelis, Pedro Nolasco, etc. Y tenemos á centenares de ellos. ¡Esta es nuestra fraternidad! ¿No es mejor que la vuestra?—

No hubiera acabado tan presto sus razones mi compañero trabajador, segun el tono de firme conviccion con que se expresaba, ni me cansara yo de oirlas, si no hubiésemos llegado ambos á una encrucijada, en que fué preciso separarnos. Calle arriba venia subiendo en tropel una turba de mozalbetes, cuyos cantares obscenos, que salpicaban de horribles blasfemias, me obligaron á abreviar la despedida. Estrechéle calurosamente la callosa mano á aquel hijo del jornal, bajo cuyo vulgar aspecto se ocultaba un verdadero filósofo, porque era un buen cristiano. Doblé presuroso la esquina, huyendo de la algazara escandalosa que se aproximaba. Era aquello la libertad, igualdad y fraternidad, tales cuales las enseñan al pobre pueblo mentirosos apóstoles que á sabiendas le ciegan y extravian para el logro de sus fines.

«¡Qué lástima! hube de exclamar para mí. ¿Por qué no han de comprender todos los trabajadores, como mi amigo Anton, en qué consiste la verdadera libertad, la verdadera igualdad y la verdadera fraternidad?»

Tú, lector, quien quiera que seas, habrás oido tambien más de dos veces las consabidas palabritas, y sobre ellas habrás oído fundar no sé qué pomposos ideales de bienestar social que á boca llena prometen al pobre pueblo sus falsos amigos. No te fies de ellas, como no sea en el sentido en que te las acabo de exponer. Son trampa de Satanás y máscara de horribles delirios. Tal libertad es la peor esclavitud, tal igualdad es el peor de los monopolios, tal fraternidad no lo es sino al estilo de la de Cain. Cree en Dios, respeta la ley, y ama á tu prójimo: hé aquí lo único que puede hacerte y te hará libre, grande y verdaderamente soberano. Quien por hacerte tal empiece por predicarte la negacion de Dios, el desprecio de su Iglesia y el odio á la sociedad, te engaña, y sólo quiere el miserable vivir y medrar á tus expensas. Nunca tales predicaciones han dado una hora de paz á tu alma, ni un pedazo de pan á tu familia, ni te han hecho bienquisto de tus conciudadanos, ni te han consolado en la afliccion, ni dado alientos en la desgracia. En cambio han dejado sangrienta huella de crímenes por todas partes donde han pasado, y han lanzado en los horrores de la desesperacion á miles de hermanos tuyos que sin ellas hubieran sido tal vez siempre pobres, es verdad, pero siempre honrados y felices en medio de su pobreza. ¡Huye del club donde se perora sobre este tema! ¡Deja el periódico que lo trae por divisa, ó lo recomienda en sus artículos! ¡Desconfia del que te la venga á soplar á los oidos, para hacerte cómplice de tenebrosos manejos y lanzarte á sendas desconocidas!

¡Libertad, igualdad, fraternidad! Si no son las que trajo al mundo Jesucristo y perpetúa su santa Iglesia, no son sino reclamo de Luzbel y bandera de los ejércitos del infierno.

XXI.

LA SANTA CUARESMA.

ERES católico, lector? ¿sí ó no? Si no lo eres, no hablo contigo en este dia: suéltame y vete á otro asunto. Mas si lo eres, si algo retienes aún de tu verdadera Religion, si no te has atrevido todavía á renegar de la fe de tu Bautismo, léeme bien, medítame, y luego haz como te dicte tu conciencia católica. Para esto, de tres puntos quiero conversar ahora contigo, reduciéndolos á estas tres preguntas:

¿Qué viene á ser la santa Cuaresma?

¿Qué exige de nosotros?

¿Qué tenemos derecho á esperar nosotros de ella?

¿Qué viene á ser la santa Cuaresma? Nunca tal vez te has hecho en tu vida esta pregunta. Acostumbrado á oir tal palabra y á pasar este tiempo como el restante del año, jamás paraste la atencion en saber por qué razon hay en el decurso de él una temporada que se llame así. Voy á explicártelo tan sencillamente y al mismo tiempo tan exactamente como pueda.

El alma necesita, como el cuerpo, restablecer de vez en cuando sus fuerzas gastadas. El combate de cada dia la trae fatigada, y es necesario alentarla. O bien la indiferencia y la rutina la traen como adormecida, y es necesario despertarla. O bien el contacto con las miserías de la tierra en que vive encenegada la han puesto súcia, y es necesario limpiarla.

Para todo esto es necesario la santa Cuaresma.

Para los dormidos y los descuidados, que necesitan quien les despierte con el trueno de las amenazas de Dios.

Para los desdichados hundidos en el cieno de asquerosas maldades, que necesitan ser purificados.

Para los buenos á quienes el cansancio podria hacer desfallecer, y que necesitan ser sostenidos.

No sé si se me equivoco, pero creo que esto es todo lo que necesita el hombre en cuanto á su espíritu, y creo que á todo esto satisface cumplidamente la santa Cuaresma. Para ello tiene establecidas la Iglesia tres prácticas importantísimas:

La predicacion de la divina palabra.

La confesion de las culpas y la Comunion pascual.

La mortificacion por medio del ayuno y abstinencia.

A estas tres cosas viene obligado durante la Cuaresma todo cristiano que no presente verdadero impedimento. No obstante, me parece que cada una de ellas corresponde de un modo particular á una de las tres clases indicadas.

La predicacion, para sacudir el sueño á los dormidos.

La confesion, para purificar de sus culpas á los súcios.

La mortificacion, para sostener en la virtud á los vacilantes.

Muchos son en este mundo los que andan dormidos, y antes que la muerte les dé un cruel despertar, prefiere la Iglesia despertarlos ella con su voz de madre. Dormidos son los que aquí viven como si debiesen vivir siempre: los fabricantes que no piensan más que en fabricar; los comerciantes que no ven en este mundo más que un centro de operaciones mercantiles; los ambiciosos que no buscan más cielo que el logro de sus sueños de poder; los libertinos, que todo lo reducen á esta palabra, más propia de niños que de hombres, divertirse; la dama cuyo único cuidado es el figurin; el banquero cuya única religion es el alza y baja de los valores públicos; el artesano que no ve más allá de sus herramientas; el sabio orgulloso que no tiene otro ideal que adquirir algunos conocimientos más. Todos éstos y otros muchos que tú sabes, están dormidos, amigo mio, dormidos, como tal vez lo estás tambien tú, y lo peor de todo, dormidos á la misma orilla ó borde de un precipicio espantoso.

Saben que han de morir, es cierto; pero todo el mundo diria que lo ignoran, segun viven tranquilos y confiados. La muerte, que cada dia arranca de su lado á personas llenas de vida, de salud y de ilusiones, llamará un dia á su puerta; y si no tienen otra preparacion para recibirla que los

adelantos fabriles, ó el movimiento comercial, ó el traje de última moda, ó las aventuras del baile de máscaras, dígote, por vida mia, que habrán hecho un bonito negocio.

Ea, díme tú, amigo mio, quien quiera que seas, rico ó pobre, mozo ó viejo, sabio ó rudo: ¿es cierto todo esto, ó no lo es?

Hé aquí, pues, por qué la Iglesia levanta la voz constantemente, pero mucho más en estos dias. Hé aquí por qué desde el miércoles de Ceniza no cesa de gritarte con voz de trueno: ¡Has de morir! ¡Has de ser juzgado! ¡Has de salvarte ó condenarte! ¡El infierno es eterno! Hé aquí por qué salen para todas las parroquias celosos misioneros que repiten todo esto en todos los tonos, así en las capitales como en las aldeas, así á los ricos como á los pobres, así á los sabios como á los rudos. Porque ricos y pobres, sabios y rudos, cortesanos y aldeanos, todos hemos de sufrir igual suerte, igual juicio é igual sentencia.

Hé aquí, pues, la importancia que tiene la santa Cuaresma para los dormidos.

Pero puede que no sólo estés dormido y descuidado, sino que es muy fácil, es casi seguro que seas tambien criminal. Criminal, sí, y no retiro la palabra. El mundo llama solamente criminales á los que roban ó matan. ¡Cuántos crímenes se cometen que el mundo no conoce por tales y que Dios ve en el fondo de cada corazon! Criminal eres si has infringido la ley de Dios ó la de su Iglesia, y estos crímenes no te llevarán á presidio, amigo mio, pero te llevarán al infierno. Para evitarlo es indispensable el arrepentimiento sincero y la confesion. Por esto la Iglesia la ha puesto como obligacion á todos sus hijos en la santa Cuaresma, y si no te confiesas durante ella, preparándote para el cumplimiento pascual, das muestra de que no perteneces á nuestra santa Religion. Sí, esta es la verdad, aunque te sorprenda oirla tan clara. ¿Piensas acaso que para ser individuo de una religion basta llevar su nombre? No, sino que es necesario seguir su ley.

La otra práctica ordenada por la Iglesia en la santa Cuaresma es la mortificacion. La mortificacion es para las almas lo que la sal para los cuerpos; un preservativo y un estimu-

lante. El espíritu necesita que tenga domado el cuerpo para someterlo á su señorío, y por esto la mortificacion de la carne ha sido el primer medio de que se han valido los hombres para dominarse y perfeccionarse. Es al mismo tiempo una expiacion, un castigo; porque si hemos pecado casi siempre por demasiado amor á nuestra comodidad y deleite, justo y corriente es que expiemos esta culpa con una ligera incomodidad y sufrimiento.

Ahí tienes, pues, lo que viene á ser la santa Cuaresma; un tiempo especialmente destinado por la Iglesia católica para la meditacion de las verdades eternas, confesion de las culpas y mortificacion de la carne.

¿Qué exige de tí la Iglesia en la santa Cuaresma? Sencillísimo. Exige que asistas con recogimiento á la predicacion de las verdades divinas; que confieses con humildad los pecados, disponiéndote para el cumplimiento pascual, y que practiques, si puedes, los ayunos y abstinencias. Esto hace todo buen católico en la santa Cuaresma. Si á esto faltas, permíteme que te lo diga, aunque la expresion sea un poco dura: Serás tan católico tú, como yo mahometano.

Se da por algunos poquísima importancia á la predicacion de la divina palabra, y no sé ciertamente por qué motivo. La predicacion popular se ha hecho tan de moda, y se ha creido un medio tan eficaz para la propagacion de toda clase de doctrinas, que hace poco tiempo hasta nuestros enemigos pusieron en cada esquina un predicador. Y era de ver el afan de los bobos para oir á tales predicadores. Pues bien; pueblo querido, déjate de cuentos: tales predicadores no llevarán un átomo de tranquilidad á tu casa, ni un átomo de paz á tu alma. Te harán encender á lo más la sangre en odios violentos contra clases y personas; te volverán iracundo, vengativo y malcontento, y hé aquí todo el resultado. No así la predicacion apostólica. El saludable terror que inspira á los fieles la voz del misionero, ¡cuántas bendiciones deja á los pueblos que han sabido aprovecharse de ella! ¡Cuántas enemistades y rencillas apaciguadas! ¡Cuántas restituciones de cosas hurtadas ó mal adquiridas! ¡Cuántas relaciones infames destruidas! ¡Cuántas honras salvadas! Y esto á juzgar por lo que se ve de fuera, porque si pudiése-

mos examinar el interior, ¡cuánta paz y cuánto consuelo en muchos corazones destrozados antes por el remordimiento! ¡Feliz el pueblo al derredor de cuyo púlpito se agrupan en este tiempo los fieles todos, pendientes de la palabra del ministro de Dios!

Exige tambien la Iglesia en este tiempo que te confieses, y que te confieses bien. No es confesarse postrarse á los piés del confesor, decir cuatro tonterías sin haberte antes examinado, y volverte con indiferencia, sin ninguna resolucion formada, sin ningun plan de nueva vida, sólo para recoger la cédula parroquial y lograr que callen de una vez con ella la madre ó la esposa, que te han estado hurgando quince dias seguidos para que fuéses á cumplir. No; esto no es confesion, sino parodia de ella: con esto podrás engañar á tu confesor, á tu párroco y á tu familia, y tal vez á tí mismo; pero nunca, nunca á Dios, que ve tu mala disposicion y tu indiferencia y tu hipocresía. Confesarse bien es declarar todas las culpas cometidas que recuerdes despues de un regular exámen; dolerse de ellas y resolver no cometerlas otra vez; cumplir finalmente la breve penitencia que por ellas se te imponga. Y esto con sinceridad y llaneza. Lo contrario es un crímen horrendo, es un sacrilegio, y si despues de todo te atreves á recibir la sagrada Comunion, acabas de poner el sello con ello á la condenacion eterna de tu pobre alma.

El ayuno y la abstinencia son tambien prácticas obligatorias en la santa Cuaresma. La segunda obliga desde el uso de razon hasta la muerte, estando en buena salud. El primero desde los veinte y un años cumplidos hasta los sesenta, si las fuerzas no están decaidas. Están dispensadas del ayuno dos clases de personas: los débiles, con consejo antes del médico, y los dedicados á ejercicios penosos y cansados, como los tejedores, labradores y otros. En caso de duda no puedes dispensarte tú solo: únicamente el confesor es quien puede, no dispensarte, sino declararte dispensado. Y el que no ayune, pudiendo, peca mortalmente cada dia. La abstinencia de carnes es obligatoria el miércoles de Ceniza, todos los viernes de Cuaresma y los últimos cuatro dias de la Semana Santa. Y el que falta á la abstinencia, comiendo carne en los dias prohibidos, peca tambien de pecado mor-

tal. Y estos dias citados son de precepto áun para los que tienen Bula de la santa Cruzada. Para los que no tienen la Bula, teniendo recursos para tomarla, son prohibidos todos los dias de Cuaresma desde el miércoles de Ceniza hasta el domingo de Pascua.

¡Cristiano lector! no eres dueño de toda una nacion, ni siquiera de todo un pueblo para obligarlos á esta observancia, pero eres dueño de tu alma, y tal vez de otras almas que dependen de tí. Comprenderás que hablo de tu familia y de tus dependientes. Tienes obligacion estrecha de hacer lo posible para que todos los que de este modo te pertenezcan aprovechen en lo posible el celo de la Iglesia en este tiempo. Míralo bien. Nuestra Madre para llamarte al recogimiento y á la penitencia se ha revestido ella misma del aparato de la más severa tristeza. Preséntase vestida de morado en sus Oficios, obliga á que enmudezcan las dulces armonías del órgano, y en lugar de los festivos *alleluyas* de otras épocas diríase que sólo sabe suspirar plañideros quejidos por tus iniquidades y por el temor de la justicia de Dios. Penétrate de este su espíritu de suave terror y de santa melancolía, que nunca es tan bella una madre como cuando llora.

Aun de bailes y teatros debes privarte en este sagrado tiempo. Observa un apartamiento riguroso de todo esto, á fin de que la disipacion de tu alma no haga un feo contraste con el recogimiento de los verdaderos hijos de la Iglesia. ¿No tienes tú tambien mucho de qué llorar? ¿No hallas en tu alma muchísimo de qué afligirte? Recorre á la luz de la fe y con sinceridad los pliegues de tu corazon, y si te crees despues seguro de toda acusacion, y dispuesto á presentarte en seguida al tribunal justiciero del divino Juez, ríete entonces enhorabuena de la santa Cuaresma y de la Confesion y de los ayunos, y baila, ó canta, ó haz lo que te pareciere mejor. Pero, díme en confianza: Y ¿Dios? ¿Conformará su divino juicio con el tuyo, hijo de tu pereza y de la ceguedad de tus pasiones? Piénsalo bien.

XXII.

MUERTE Y JUICIO.


ABLEMOS hoy...

—¿De qué, señor mio?

—Nada menos que de la muerte, amigo, si no te parece de mal gusto la conversacion.

—¡Sabroso plato, á fe mia!

—Sabroso podrá no serlo, pero saludable y oportuno sí.

—Sea, pues, y vengan responsos y *De profundis*.

—Nada de eso; ni siquiera sermon va á ser lo mio, que no es púlpito ese librejo para que desde él se hable tan alto.

—¿Hablábais, pues, de la muerte?

—Sí, y por de pronto te anticipo, á propósito de ella, una interesante noticia.

—¿Cuál?

—Que tambien tú vas á morir.

—¡Bah! Ni me sorprende, ni me conmueve. Sabido me lo tengo años há como todo hijo de Adan.

—Es verdad; sabido, sí, pero no comprendido ni meditado. Vas á morir, te digo, y supon que añado: Vas á morir dentro cinco años justos y cabales á contar desde hoy, dia de la fecha. ¿No te pareceria ya más sério el recado?

—Algo más sin duda, y no pocas vueltas me haria dar al magin quien me trajese segura y certificada tal intimacion, como se la da el juez á un reo de muerte.

—Pues bien. Haz cuenta que eres tú el tal reo de pena capital. O mejor, figúrate que ves aquí á dos infelices reos de tal pena, á quienes ha de aplicarla por sus delitos la autoridad. Y supon que á los dos se ha notificado ya el terrible fallo. Sólo que al uno se le ha dicho: Serás ejecutado de aquí á veinte y cuatro horas. Y se le ha dicho al otro: Tú lo serás á cualquier hora que resuelva el juez, cuando menos lo pienses. Y figúrate que ves al primero resignado, pronto á dis-

poner sus cosas espirituales y temporales, resuelto, en una palabra, á bien morir. Y que el otro en cambio se está tan alegre y divertido, charlando como un bobo, jugando con los hierros de su cárcel, sin tomar providencia alguna para sí ni para sus hijos, riéndose de su sentencia, sólo porque no quedó fijada la hora de la ejecucion de ella, sino que la dejó el juez incierta aún é indecisa. ¿No le calificarias á éste de necio y de insensato? ¿No procurarias con buenas y eficaces razones persuadirle de la necesidad de ocuparse en más sérios pensamientos? ¿No le dirias: «Pero mirad, buen hombre, que el no haberse fijado hora á la ejecucion no es ventaja para vos, sino desventaja; mirad que á lo menos el otro tiene humananamente seguro aquel plazo de veinte y cuatro horas, y vos ni ese teneis, porque puede antojársele al juez enviaros ahora mismo el verdugo, que sin más preparativos ni ceremonias os despache á la eternidad?»

—Sí, es verdad, todo eso se le deberia decir, y loco fuera si no lo tomase en cuenta.

—Pues bien, tú eres, amigo mio, tú eres el loco y el sin juicio; tú eres y lo son contigo todos los que con tal frescura decis que ya sabeis que habeis de morir, pero que no os da pena eso, que es cosa ya vieja y sabida. Verdaderamente para el mundo que lo está presenciando desde Adan hasta acá, vieja cosa es: nueva, empero, y muy nueva y sin estrenar para cada uno de los vivientes, ninguno de los cuales lo ha de pasar más que una vez. ¡Y se están ahí tan tranquilos la mayor parte de ellos sabiendo que han de morir, sólo porque ignoran ¡vea V.! la hora y el minuto! Y ahí verás. No lo estarian si esto supiesen; antes se les veria andar mustios y cabizbajos, sin decidirse á empresa alguna, sin hallar alegría en ninguna diversion, sin que les interesase nada de lo que acá abajo ocurriese. Andarian contando y descontando meses y semanas y dias, calculando la mayor ó menor proximidad del plazo fatal! ¡Y eso que de todos modos sabrian que hasta cumplirse él tienen asegurada la existencia! Ahora no. No la tienen asegurada para cinco años, ni para dos, ni siquiera para un mes, ni para una semana, ni para una hora; saben cierto que podemos todos morir, por ejemplo, yo antes que acabe de trazar esta línea empezada, y tú

antes que la hayas acabado de leer; saben que del mismo modo que está expuesta la vida de un soldado en medio de un campo donde se cruzan en todas direcciones las balas, así está pendiente de un hilo nuestra vida en medio de este mundo, donde no hay un átomo dentro y fuera de nosotros que no nos traiga un gérmen de muerte; eso saben, y no sólo por la fe (ya que tienen en poco esa certeza), sino por la ciencia, y sobre todo por la experiencia, que se lo anda repitiendo al rededor todos los dias; eso saben, y no obstante... díme por Dios, amigo mio, ¿se viviria de otro modo si se supiese que nunca se ha de morir?

—¡Ah! no, por cierto. La verdad es que se piensa muy poco en eso.

—Pero la verdad es que debiera pensarse muy mucho, y que muy otros andaríamos si en eso pensásemos algun tanto. Y no seria triste la vida, no, aunque la ocupásemos algo más en tan sérios pensamientos, sino al revés más serena y más despreocupada. Ni dejarian de cultivarse las ciencias, ni de moverse el comercio, ni de trabajar las artes y la industria; sólo, sí, que no se daria á esas cosas de acá importancia exclusiva ó exagerada, como se la dan neciamente ahora tantísimos desventurados. Mira sino los grandes héroes del Catolicismo que han vivido siempre con la vista fija en la muerte, para hacer de ese pensamiento el regulador de la vida. No me dirás hayan sido todos frailes ó anacoretas. Mira si les ha impedido ese pensamiento ser, segun su estado y profesion, ó inspirados artistas, ó elocuentes escritores, ó valerosos guerreros, ó hábiles hombres de Estado. Al revés, antes les ayudó. Porque el miserable apego á la pequeñez de la vida, eso empequeñece el corazon del hombre, eso le vuelve ruin, mezquino, egoista. El pensamiento grandioso de la muerte y de la eternidad, éste le engrandece y le sublima, éste le hace señor de sí mismo, obligándole á ordenar segun ley su conducta; éste le hace independiente de los demás, enseñándole á mirar como nada todo poder y grandeza meramente humanos; éste le inspira abnegacion para cualquier sacrificio, bien sea en aras de la fe, de la patria, de la ciencia ó de la caridad. Más elevados caracteres ha formado la contemplacion de la ceniza y de la calavera, que todas las máximas de los filósofos y de los políticos.

Pero vamos á otra cosa.

El pensamiento de la muerte, tan sério como es y tan fecundo en elevadas consideraciones, puede ser no obstante, segun como se le tome, del todo estéril, y áun, áun... altamente desmoralizador.

—¡Hombre! ¡hombre!

—Ni más ni menos.

—Explicaos, que por de pronto me suena á herejía vuestra proposicion.

—No es sino muy profundamente verdadera y cristiana. La muerte puede considerarse, ó simplemente como el fin de la vida presente, ó juntamente como principio de la de más allá. Lo primero es sólo el pensamiento incompleto. Hablar de la muerte del hombre, sin tener en cuenta más que su separacion de este mundo y la corrupcion de su cuerpo, es la idea materialista: así hablamos de la muerte del caballo ó del perrito faldero. Hablar de la muerte del hombre, parándose principalmente en lo que viene tras ella, en lo que con ella se inaugura, más que en lo que con ella se acaba, esta es la idea cristiana completa, y por tanto única verdadera y provechosa. Esta noche tan lóbrega del morir tiene, como la otra noche de acá abajo, dos crepúsculos, por decirlo así: el crepúsculo vespertino y el crepúsculo matutino, ó por decirlo mejor, siguiendo la comparacion, tiene su tarde y su aurora. La tarde es la triste despedida que con ella se da al mundo, á los deudos, á los amigos, á la dulce patria, á todo lo que acá forma nuestro encanto. La aurora es el principio que desde ella se da á la eternidad, que por ella nos abre sus puertas y nos muestra presentes, por vez primera, sus tremendas realidades. Ahora bien. De esas dos caras que tiene el asunto del morir, una que mira acá, otra que mira allá; de esos dos crepúsculos que tiene esta noche, uno con que termina la tarde, otro con que empieza un nuevo dia, atienden por lo comun los mundanos exclusivamente al primero, y por tanto no sólo no sacan del pensamiento de la muerte el provecho que debieran, sino que al revés, lo vuelven en incentivo mayor de sus pasiones, y en excusa y disculpa de sus mismos excesos.

—Empiezo á columbrar la razon.

—Si, y de esta suerte verás que no falta quien se exhorte á sí propio á gozar de la vida, dando por toda razon su misma brevedad: puesto, dicen ellos, que es flor que rápidamente pasa, conviene no desaprovecharla. Así nos pinta el libro de la Sabiduría á los libertinos de los tiempos bíblicos excitándose á ahogar en placeres la existencia, puesto que es tan corta. Así habla el paganismo antiguo por medio de sus poetas sensualistas, principalmente de Horacio. Así discurre el paganismo moderno, que tiene en nuestra literatura y en nuestras costumbres tantos representantes.

—Y no negaréis que discurren muy bien bajo su punto de vista.

—Es claro, porque si morir es acabar del todo, tonto es quien no se da priesa á saborear algo siquiera, mientras dure eso que tan presto se va á acabar. El hombre que no cree en la otra vida está muy en su razon procurando sacar el partido posible de ésta, apropiándose por cualquier medio, lícito ó no, el mejor asiento en el banquete; haciendo suya la mejor tajada del plato, oprimiendo al más débil, si así lo necesita para sus planes; riéndose de la justicia, de la virtud, de la generosidad y de todas estas cosas como de otras tantás simplezas. Si no hay más que lo de acá, tiene razon el socialismo procurando acabar con lo que llama el monopolio de los ricos; tiene razon el intrigante en hundir con cualquier maña ó trampa al rival que le estorba; tiene razon el ofendido ó desairado en vengar su afrenta ó quitar el obstáculo con el veneno ó con el puñal. Para todos estos el pensamiento «¡He de morir!» trae consigo como lógico y natural este otro: «¡Pues, viva la libertad y viva yo!»

—Exacto, exacto. Afortunadamente son pocos los que de veras creen que acabe todo con la muerte, aunque sean muchos los que por hacer del despreocupado, ó por acallar el remordimiento, aparenten creerlo. Hay, repito, pocos materialistas de veras.

—Indudablemente. Y, si hubiese muchos, llegaria á ser imposible hasta la vida social. Lo que hay, sí, es un número innumerable de desventurados que, sabiendo y creyendo que hay despues de la muerte otra vida, viven y hablan y obran como si efectivamente no la hubiese. Materialistas de convic-

cion, poquísimos: materialistas de conducta, la generalidad. Importa, pues, añadir al pensamiento de la muerte el de la cuenta inexorable que sigue detrás. Morir algo es, pero no mucho: ser juzgado es algo más, lo es todo. Caliente permanecerá todavía mi cadáver en la cama donde dió la última boqueada, resonarán aún en torno de él los primeros sollozos del deudo ó del amigo, y otra escena muy diferente y muy más terrible se habrá representado ya en aquel propio instante entre Dios y yo. La vida que se me entregó al nacer como un capital que administrase; la vida, esto es, ese conjunto de condiciones físicas y morales con que he verificado en la tierra mi breve viaje; la vida, es decir, mis potencias y sentidos, mis talentos y mis fuerzas, mi salud, mi educacion, mis riquezas, mis relaciones, las luces de la gracia y de la ciencia, mi posicion en el mundo, mi valer, mi influencia, el poder de mi voz y el de mi ejemplo; la palabra que dije y la otra que callé, el deseo que abrigó mi corazon, el propósito cumplido ó frustrado, todo mi sér, en una palabra, con todo lo que le acompaña y le hace susceptible de elogio ó de censura, todo habrá pasado en un momento ante el ojo escudriñador de Dios, que me lo dió, digo mal, que me lo prestó únicamente para el bien, con la condicion estricta de devolvérselo un dia debidamente usufructuado. Todo será pesado en aquella balanza finísima, cuyos pesos tan distintos son de los que se usan en el mundo; cuyo fiel nunca engaña, porque no le mueve la pasion, ni le entorpece el respeto humano, ni le soborna la dádiva, ni le detiene el miedo. ¡Oh si juzgásemos de los hombres y de las cosas, no segun el vano parecer de la moda, ó la antojadiza corriente de la opinion pública, ó los desvariados juicios de la menguada inteligencia humana, sino segun las inmutables reglas de derecho que han de servir de norma á este justísimo tribunal, y que han de ser los considerandos de aquella única definitiva sentencia! ¡Oh sábia filosofía la que sobre tan seguro patron nos enseñase á modelar nuestras acciones! Así y sólo así podemos ser salvos. Y dirás ahora que podamos contentarnos con menos que eso: ¡salvar el alma!!!

XXIII.

INFIERNO Y GLORIA.

MUY de mal gusto va á parecerles hoy nuestra conversacion á las gentes del dia.

—Vos diréis. ¿Y por qué?

—¡Toma! porque va á versar toda ella sobre un asunto que sólo imaginarlo de lejos ó citarlo de pasada las horripila y espeluzna.

—¿Y es?

—El infierno, hombre, el infierno. ¿No es verdad que se necesita algun valor para imprimir esta palabra así cruda y sin atenuantes en un folleto, ó para sacarla á relucir en cualquier decente conversacion? ¿No es verdad que no me lo perdonarán muchos de mis lectores, y que dirán para sus adentros que es tema ese que sólo se tolera allá en el púlpito en el librillo de piedad?

—Cierto, cierto.

—Y no obstante, ¡quién me diera hacerla oir á menudo en todas las concurrencias, hacerla vibrar hasta en medio de nuestros alegres espectáculos, poder lanzarla como aterrador *memento* en la animada y bulliciosa sociedad que puebla nuestros casinos y Bolsas y Parlamentos! ¡No fuéran tantos al infierno á sufrir eternamente sus tormentos, si fueran algunos más acá los atacados de nervios por oir sus descripciones!

—Es verdad, y tengo para mí que de predicarse muy poco en nuestro siglo, por no sé qué falsa delicadeza, estos asuntos, le viene en gran parte á la sociedad de hoy su lamentable descuido é indiferencia.

—La misma observacion me he hecho repetidas veces, y creo á la verdad que libros y discursos sobre el juicio y el infierno le fueran á nuestro pueblo mucho más provechosos

que tantos y tantos como andan por ahí, tan ponderados como estériles.

—Pero, vamos á nuestro asunto, ¿qué os parece: hay infierno?

—Me manda creerlo la fe, me convence de sus sólidos fundamentos la razon, me lo enseña como natural y lógico el solo buen sentido. Por de contado el género humano en masa reconoció siempre su existencia.

—Pero... ¿y los incrédulos que tan tenazmente lo niegan?

—¡Ay! ¡amigo mio! Los incrédulos son parte muy interesada en el asunto, y ofrecen de consiguiente testimonio sospechoso y nada imparcial.

—Explicaos, hombre, por Dios.

—Clarito, clarito, aunque tú lo sabes mejor que yo. Que todo el mundo, es decir, todas las religiones, si este nombre se puede dar hasta á las falsas, todos los legisladores, todos los filósofos, todos los que algo valen y algo pesan en la historia de la humanidad hayan enseñado, reconocido y confesado que tenian por cierta despues de la presente otra vida, donde los buenos hallan eterna recompensa y los malvados eterno castigo; que todas estas gentes digan esto, y lo escriban en sus libros, y lo perpetúen en sus monumentos, y lo simbolicen en sus ceremonias, ¿de dónde les puede haber venido? ¿De su capricho? Pues entonces es muy raro un capricho que lo han tenido á la vez todos los hombres de todos los pueblos, de todos los siglos. ¿De cálculo ó conveniencia? No comprendo cuál se les puede seguir de profesar una doctrina que de todo puede tener menos de cómoda. ¿De preocupacion? Pero ¿qué preocupacion es esta en que caen todos, y más y más cuanto más sabios y más honrados y de más buen sentido? Si es hija esta idea de la supersticion, ¿cómo no la tienen solamente mujeres y niños? Si la han sacado de su magin los neos y los Curas, ¿cómo no se cita el dia famoso en que empezaron á publicar tan brava novedad? ¿Será que sólo de cosa tan importante haya quedado desconocido el inventor? Extraño fuera á fe.

—Pero ¿por qué razon no decis lo mismo de los incrédulos que niegan esta verdad?

—Porque los incrédulos, con mantenerse en su negativa

contra ese testimonio universal y desinteresado, no hacen más que seguir la corriente natural, que les lleva á deshacerse de todo aquello que les puede mortificar ó poner trabas á sus culpables desahogos. Porque si fuera muy extraño que al género humano en masa le hubiese ocurrido inventar la creencia en el infierno sólo por darse malos ratos, no lo es poco ni mucho que á los impíos les haya ocurrido sacudírsela de encima sólo para quitárselos. Porque á eso nos tiene ya acostumbrados la gente de manga ancha, que por no estrecharla un poquito hasta donde manda la ley, prefiere cortar por lo sano y saltar la barrera, negándolo todo de rondon, hasta al mismo Dios. Porque, en suma, si el admitir una verdad lleva consigo el formal compromiso de aceptar las consecuencias, el negarlas todas no trae consigo otra consecuencia que la muy cómoda de poder cada cual despacharse á su gusto, sin frenos que detengan, ni consideraciones que estorben. Así se observa que nunca se acuerda nadie de negar el infierno hasta que empieza á convencerse de que va derechito á él. Y seamos francos, amigo mio, si pudiésemos verle á cada incrédulo la procesion que le anda por dentro, hallaríamos, ó yo me equivoco, que si mucho niega el infeliz y mucho reniega, es porque, como vulgarmente se dice..., no las tiene todas consigo.

—¿Con que acabaréis por decir que vienen á resumirse en puro miedo todas esas bravatas?

—No son otra cosa la mayor parte de las veces que el deseo de alejar de la imaginacion una idea importuna, lo cual, si no es miedo, se le parece no poco.

—Por lo cual, ¿qué consejos les diérais vos en conclusion á estos desdichados?

—Muy breves y muy prácticos por cierto, y de facilísimo cumplir. Procuren en todo no merecer el infierno, aléjense decididamente de los caminos que á él conducen, y de seguro no les vendrá tentacion de poner en duda su existencia. Honrar á Dios, obedecer su ley, respetar y amar á su Iglesia, ser delicado y puntual con el prójimo, hé aquí una receta con la cual verán satisfechas sus dudas y contestados todos sus argumentos los que no saben acomodarse á ese terrible cuanto segurísimo dogma de nuestra Religion. ¿He dicho algo?

—¡Vaya! Habeis dado en el *quid* de la cuestion.

—Veamos ahora el reverso de la medalla. No hay sólo infierno, hay tambien cielo. Hay para los justos y arrepentidos eterna recompensa. Hay tambien despues de los sufrimientos de acá paz, gloria y felicidad.

Oye, amigo mio. ¿No es verdad que son éstas hermosísimas palabras, pero que por desgracia, por lo que toca al presente, únicamente en palabras se quedan? Y no obstante, ¿en qué pecho no alienta el deseo vivísimo de lo que significan? ¡Y tan indispensables le parecen á nuestro pobre sér, que hasta llegamos á juzgar imposible la existencia sin ellas!

—Muy cierto es; pero no adivino qué consecuencias vais á sacar de esta observacion psicológica, á propósito del cielo.

—Saco la consecuencia de que si existe invariablemente en nuestro corazon ese deseo hambriento de felicidad, una de dos, ó es deseo que nunca tendrá su satisfaccion, ó es deseo que la tendrá en alguna parte.

—Exactamente, no hay medio en esta disyuntiva.

—Y sigo luego raciocinando. Si nunca ha de verse satisfecho ese deseo, acuso desde el momento de tiránico y cruel al Autor de mi sér, que clavó esta necesidad en el fondo de mi corazon sólo para atormentarme con ella; que me dió presentimientos falsos, á que no corresponde realidad alguna; que á sabiendas hizo nacer en mi hambre, sin haber criado el alimento propio para acallármela, y me dió sed, sin criar bebida con que pudiese apagarla. Y díme: ¿puedo sin blasfemia decir esto de Dios? ¿no fuera menor absurdo negar su existencia?

—Cierto. Antes que suponer un Dios mónstruo, la misma razon natural me aconsejaria no creer en Él. Y mónstruo fuera si me hubiera dado al criarme, instintos, deseos, presentimientos de felicidad verdadera, sólo para hacerme con ellos más desgraciado.

—Luego, si siento en mí esos deseos y presentimientos de felicidad, ésta ha de existir para mí en una parte ó en otra.

—Evidente; del mismo modo que, si tengo ojos, he de concluir que ha de haber luz en alguna parte para estos ojos; si tengo oidos, ha de existir sonido para estos oidos. Porque ridículo hubiera sido criar ojos y no criar luego luz para

ellos, ú oidos y no criar luego para ellos sonidos. Del mismo modo hubiera sido monstruoso criar corazon que necesita la felicidad, y no haber puesto al mismo tiempo en alguna parte la felicidad que ese corazon necesita. Son cosas estas correlativas; la una existe sólo á condicion de que exista tambien la otra: una á otra se suponen y completan.

—Perfectamente. Demos un paso más. Si, pues, la felicidad, á que me siento sin cesar invenciblemente atraido y como forzado, existe en alguna parte, ó será en este mundo, ó en el otro.

—Indudablemente, pues tampoco hay medio entre esos extremos.

—Es así que no existe en este mundo...

—No insistais: concedida sin disputa esta proposicion. Y si es falsa, salga el hombre completamente feliz á desmentirla. No fué dichoso Salomon en medio de sus riquezas y saber, ni lo fueron los Alejandros y Césares en medio de sus conquistas, ni lo ha sido jamás el hombre más dado á deleites en medio de la mayor hartura de ellos. Es cosa la felicidad que la conocemos todos de oidas; á lo más se nos figura verla alguna vez en casa del vecino, como á él se le antoja quizá que la tenemos en nuestra casa. Pero tenerla en realidad, falso, falso, falso. Salga el afortunado que pueda decir á boca llena: «Yo, yo soy completamente feliz, sin necesidad que me aflija, ni temor que me asuste, ni recelo que me perturbe, ni deseo no satisfecho que me inquiete.» No existe en este mundo la felicidad.

Luego existe esta felicidad en el otro, que es precisamente lo que enseña el Catecismo cristiano, cuando nos enseña que Dios recompensa á los buenos con la gloria del cielo, así como castiga á los malos con las penas eternas del infierno. Hé aquí cómo la razon natural, el buen sentido, el propio instinto, andan acordes completamente con las divinas enseñanzas de la Revelacion.

—Nadie habrá que pueda en buena lógica negar el rigor de esta consecuencia.

—Hay cielo, pues, amigo mio; hay cielo, y no has de mirar esta palabra únicamente como propia para llamar la atencion de mujeres y chiquillos, sino como única digna de fijar el eterno destino del alma racional.

Hay cielo, es decir, seré feliz, eternamente feliz, si no pongo voluntariamente obstáculo á la consecucion de este fin que Dios le ha señalado al hombre, y al cual tiende éste por tendencia suya natural, como tiende el ave á volar, y el acero al iman, y el cuerpo á su centro de gravedad.

Hay cielo, y aquella es mi patria, aquella es mi herencia, para allá nací, allá iré, si yo mismo no me degrado, si yo mismo no me desheredo, renegando de la condicion de hijo de un Padre celestial.

Hay cielo, y ¿qué pensamiento mejor para engrandecer todos mis demás pensamientos, para inclinarme á hollar con nobleza todo lo deleznable de acá, para hacerme superior á todas sus vicitudes y miserias?

Hay cielo, y es para mí; hay cielo, y me dan seguridad de él las divinas promesas; hay cielo, ¿qué puede importarme, pues, todo lo de la tierra?

Hay cielo, es decir, hay esa felicidad á que aspira dia y noche mi corazon; existe, y puedo conseguirla y la conseguiré infaliblemente y con la ayuda de Dios, si quiero...

Pero ¡oh palabra que he soltado sin advertir y que es la fundamental en el asunto! ¿Quiero?

—Es verdad que en ella debe de estar todo el meollo de la cuestion.

—Ahí está, en efecto, toda ella. Guardemos para otro opúsculo este delicado interrogante.

XXIV.

QUERER ES PODER.

UERTE, juicio, infierno y gloria: hé aquí el programa único importantísimo del cristiano que quiere obrar como tal, y como tal salvar su alma. Mas lo que ante todo conviene (contando con la gracia divina, que esta no falta nunca) es *querer;* que si esa condicion falta, cierto está muy de sobra todo lo demás.

—Verdad: pero ¿hay por ventura quien no quiera decididamente morir bien y obtener en el supremo Tribunal favorable sentencia, y por ende salvar su alma?

—¡Ay! amigo mio, pregunta al revés si hay quien quiera de veras, y dando en derredor una ojeada, puede que te vuelvas á ti propio esta tristísima contestacion: ¡Casi nadie quiere!

—En efecto, así debe de ser, si por *querer* se entiende lo que acá en los negocios humanos entendemos todos los dias.

—Claro, claro; y sino, repara cómo se quiere entre las gentes del mundo lo que de veras se quiere. ¡Cómo pasa en claro las noches el sabio que quiere hacerse con un nombre en la ciencia! ¡Cómo se afana sediento y acongojado el ambicioso que quiere entronizarse él, desbancando á sus rivales! ¡Cómo consume su juventud, sus fuerzas, su vida, el comerciante activo que quiere reunir un respetable capital! Nada omite cada uno de éstos, nada perdona, nada escasea; mortificacion, sudores, sacrificios, abnegacion, bajezas. Cansa á los amigos, importuna á los poderosos, busca á cualquier precio favor y recomendaciones. Todo le parece poco, ¡cá! todo le parece nada. En el objeto anhelado tiene fija siempre la imaginacion, en él piensa velando y sueña durmiendo, á él lo subordina todo, por él vive. Así decimos fre-

cuentemente : Este hombre vive únicamente para la ciencia; aquel otro vive tan sólo para la política ó para el interés. ¡ Gran Dios ! esto es querer de veras, esto es querer con formalidad, como debe querer el hombre que sabe lo que quiere : ¿ qué son lo demás sino veleidades de niño ? Dime ahora por tu vida, amigo mio, ¿se quieren así la buena muerte y la feliz sentencia y la eterna salvacion? ¿Se quieren así con ese querer firme, decidido, varonil; con ese querer que emplea todos los medios y rompe con todos los obstáculos? ¿No se quiere así, amigo mio? Pues entonces has de concluir que no se quiere en modo alguno.

—Muy á pelo cae aquí la respuesta de un gran Santo que, preguntado por un mundano cómo alcanzaria la salvacion de su alma, respondióle con esta sola palabra: Queriendo.

—Queramos, pues; que si queremos nosotros, querrá tambien Dios, cuya gracia nunca falta en lo necesario, ni le es negada jamás á quien hace de su parte lo que le toca. Saquemos del terreno de la teoría y de la generalidad esta idea, y apliquémosla á la vida real, práctica y cotidiana de cada uno. Dirijámonos de vez en cuando estas severas preguntas: ¿Quiero? Y si quiero, ¿dónde están las obras con que quiero? Y si no tengo tales obras, ¿en qué fundo mi insensata seguridad y mi necia confianza? Esperar se me manda, pero apoyado en la gracia de Dios, méritos de Jesucristo y buenas obras mias. Mias, ¿oiste? Mias, no ajenas, han de ser tales obras; mias han de ser, que no se me ha de dar de balde la gloria, sino que con el trabajo *mio* la he de alcanzar yo. Que no la ha ganado para mí Jesucristo para abonar mi pereza, sino al revés, para que con mi actividad me haga yo como propios sus merecimientos. Lo contrario seria el error protestante.

—A propósito he reflexionado mil veces que hay entre los católicos no pocos protestantes prácticos que si no creen con Martin Lutero que la fe sola sin necesidad de las obras los ha de salvar, parecen por lo menos ajustar su conducta á este error.

—Cierto, y de tales luteranos inconscientes anda lleno el mundo, y tal vez lo hayamos sido nosotros en más de una ocasion. «No soy impío, dice álguien muy satisfecho de sus

convicciones: creo, soy hombre de religion.» ¡Infeliz! ¿Acaso no cree tambien Satanás en el infierno, sin dejar por esto de ser enemigo de Dios y eternamente reprobado? ¿Basta por ventura saber la ley y estar convencido de ella para acreditarse de buen ciudadano? Practicarla importa. Mucho son las convicciones, pero no son más que la mitad. Convicciones y acciones, eso constituye el cristiano perfecto. Y un refran vulgar de los más conocidos declara terminantemente esta verdad, que áun en lo humano enseña el solo buen sentido: Obras son amores, que no buenas razones.

—Más autorizadamente lo dejó escrito el mismo Salvador cuando dijo: «No todo el que anda diciendo: ¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, sino solamente el que practique la voluntad de mi Padre.» Y el Catecismo en su primera página, á la pregunta: «¿Cómo se alcanza la gloria del cielo?» responde categóricamente: «Siendo bautizado, y creyendo y practicando la doctrina cristiana.»

—Esta es la verdad. ¡Práctica! ¡práctica! Por falta de convicciones dicen por ahi anda tan fuera de sus quicios el mundo. Tengo yo para mí que es aún más por falta de prácticas. No falta tanto quien crea, como quien de veras practique lo que dice creer. Practiquemos todos lo que por ahi alardeamos creer, y está salvado el mundo.

—¡Querer! ¡Querer de veras! decís vos, ¿y creísteis haber con eso allanado y hecho fáciles los caminos del cielo?

—Hombre, no: llanos y fáciles nunca, que no he de ser yo, á fe mia, quien vaya á enmendarle la plana al Espíritu Santo, que en un Salmo los llamó *vias duras*, caminos ásperos.

—Gracias á Dios que sois franco. Porque si bien en el querer, ayudado de la gracia, estriba todo el negocio de que se trata, ¡ahí son grano de anís los obstáculos que de todas partes á ese buen querer se oponen! ¡la guerra sin treguas que da á todas horas el mundo! ¡el grito feroz de las pasiones rebeldes! ¡el natural cansancio y desaliento que debe de producir en todo corazon de carne frágil esa constante, esa eterna contradiccion, tenaz, desapiadada!

—¡Ay, amigo mio! ¿Hablas de obstáculos, de guerra, de contradiccion? Precisamente ahí está la fineza del querer, y

mal se acreditaria este de firme y de verdadero, si no estuviese probado en aquella piedra de toque. La recompensa eterna se llama en las Escrituras victoria, y no merece nombre de tal la que no se alcanza tras reñido combate. Y dijo por eso el divino Salvador: «A viva fuerza se logra el reino de los cielos, y los que á sí mismos se hacen fuerza, éstos lo arrebatan.»

—Duro de roer se les hará este verbo *arrebatar* á los que soñaron alguna vez poder ir tan bonitamente al cielo en coche, como vulgarmente se dice, y no en son de rebato, como indica el Señor.

—A bien que, por muy duro que se les haga á los tales el oirlo, no se le hizo blando á nuestro divino Maestro el enseñarlo, como lo enseñó, con el ejemplo. Despues del cual, como si no bastase todavía para que abriesen el ojo los consabidos amigos del viajar cómodo y regalon, preguntaba muy sériamente á los discípulos de Emaús: «¿No fué acaso conveniente que padeciese Cristo y *así* entrase en su gloria?»

—¡Cuidado si traerá cola aquel *así*, segun le habeis cargado el acento!

—Cierto que la trae, como que significa en sustancia que ni en este mundo ni en el otro se llega á Semana de Pascua sin pasar antes por Semana de Pasion.

—¿Pasion dijísteis? Por de contado, no andan por ahí pocos Iscariotes y Fariseos y Pilatos y canalla revuelta aullando *tolle, tolle,* y *crucifige.*

—De todo hay en la viña del Señor, y tiene la pasion del buen cristiano todo eso y otras cosas mil que tuvo allá en sus dias la de nuestro divino Jesús.

Y tienen sus servidores hoy horas crueles de tristeza y agonía, parecidas á aquellas tan amargas del huerto de Getsemaní.

Y reciben como Él besos de paz de falsos amigos.

Y vense públicamente abofeteados y escarnecidos con aquel insolente *sic respondes Pontifici* del criado vil, y oyen en torno acusaciones y gritos de muerte, y reciben azotes, salivas y corona de espinas.

Y son puestos en la picota del ridículo, como Cristo en la

cruz, y padecen allí muchas veces sequedad de corazon, tinieblas horribles y hasta tal vez el aparente desamparo del Padre celestial.

Y miran triunfantes y henchidos de gozo, gloriosos y satisfechos, á los enemigos de la verdad, y oyen sus insultantes risotadas, y sus sangrientos sarcasmos, y aquel «¡Ved, se llama amigo de Dios! ¡venga su Dios á librarle de nuestras manos!»

Y juntamente con esas amarguras de fuera siente dentro de sí el cristiano, por fervoroso que sea, el embate récio de alborotadas pasiones que rugen como fieras, y las ha de domeñar y tener de contínuo encadenadas, con indecible trabajo y ansiedad amarguísima; mientras andan los del mundo al parecer alegres y divertidos gozando á sus anchas, no siguiendo más ley que la de su gusto.

Decid, ahora, ¿no es ésta verdadera pasion por más que no sean siempre visibles en ella el Calvario, la cruz y los verdugos? Empiece, pues, á poner rostro sereno á todo eso quien á Dios quisiere servir. Estos son los gajes de esta milicia; estos los combates que en ella se libran. Donde es bandera la cruz resígnese el soldado leal á que la hora menos pensada salga crucificado.

—Implacable estais en vuestras observaciones. Segun esto, ¿no habrá para la salvacion otra puerta que la del martirio? Medrados andamos...

—Acertásteis con la palabra; es la única que expresa completamente la idea. Mártires hemos de ser todos; los que no con martirio de sangre y fuego, al menos con martirio de tribulacion y de vida mortificada. Posible será que no haya juez visible que nos dicte sentencia, ó verdugo de carne y hueso que nos ponga al caballete ó nos rasgue á azotes las espaldas; empero si eso no hay, ha de haber por precision quien nos condene en el tribunal acerbísimo de la opinion pública; quien nos hiera en la fama, que es herida cruel; quien nos azote con dicterios y calumnias; quien nos eche de sí como cosa despreciable y de asco; quien nos haga pasar horas dolorosas lastimando nuestros más delicados sentimientos. Mártires cuyos procesos y nombres consten en la historia son relativamente pocos, aunque ésta dé cuenta de

algunos millones. Mártires del corazon, cuyos sufrimientos por Dios sólo Él conoce, lo son todos los justos del cielo, no exceptuando á la Reina de ellos, que se llama y es Reina de los Mártires sin haber derramado gota de sangre. Ni cabe ser santo de otra manera. Al camino de la cruz ha llamado el profundo autor de *La Imitacion* camino real, y suyas son estas palabras, compendio y epilogo de esta doctrina:

«Anda por donde quieras, busca lo que quisieres, no hallarás más excelente camino ni más seguro que el camino de la santa cruz.

«Dispon y ordena todas las cosas segun tu querer y entender, pero al fin hallarás que siempre has de sufrir algo ó de grado ó por fuerza, y así siempre tendrás cruz.»

—¿Quereis decir, en definitiva, que no salvarán los méritos de la cruz de Cristo más que á los que hubieren arrimado un poquito el hombro á ella?

—Esta es la ley general, y quien á ella no se acomodare, búsquese para su uso un Dios que no haya muerto crucificado. En definitiva: Queriendo de este modo es como de veras se quiere. Y queriendo de veras ayuda Dios, y en este sentido *Querer es poder*.

XXV.

ESOS CURAS... ¡LOS HAY TAN MALOS!

IENES razon, amigo mio, tienes razon; y si empezamos tú y yo á extendernos sobre el asunto te diré cosas tales que te dejen con un palmo de boca abierta. Sé picardías de ellos que te habian de admirar si empezase á contarlas. Claro, ¡como soy de familia! Aún no habia en el mundo otros curas que los primeros doce que escogió por su propia mano el divino Salvador, y uno de ellos le salió tan malo y tan remalo, que le hizo traicion y le vendió á sus enemigos ¡pásmate! el dia mismo de su ordenacion y primera Misa. Tú adivinas su nombre, que ha pasado á ser el de todos los traidores. ¡Dolorosa verdad! ¡Judas Iscariote fué un cura!

Despues de él los ha tenido la Iglesia de Dios, que le han dado frecuentes disgustos y han armado contra ella cismas, escándalos y herejías. Nestorio y Arrio fueron curas. Lutero en los siglos modernos lo fué tambien. Jansenio, uno de los peores herejes, gastó sotana y corona. Y hasta hoy no han faltado de esta clase quienes ó con su actitud rebelde ó con sus costumbres malas han escandalizado á los poco firmes en la fe y han llenado de regocijo á nuestros enemigos. ¿Qué quieres? Es condicion de las cosas humanas averiarse algun tanto en ocasiones, y de los hombres se sacan los sacerdotes y no de los ángeles, y hombres quedan despues de la ordenacion, y no les transforma ésta en su esencial naturaleza. Se me figura que si el Salvador permitió que hubiese en su reducido apostolado, es decir, entre sus doce primeros sacerdotes, un sacerdote malo, fué para que nadie tuviese despues en los siglos siguientes motivo de escandalizarse y alborotar el cotarro cuando presenciase alguna que otra vez semejantes flaquezas.

Y no obstante... se escandaliza el mundo y clama y vo-

cea cuando se sabe una de esas miserías de un ministro del altar, y se toma pié de ahí para acusar á la Iglesia católica y á la clase en general por el delito ó la debilidad de uno ó algunos; delito ó debilidad que la misma Iglesia reprueba y condena y castiga.

¡Y mira tú lo que son las cosas! cuando tal acontece, no son los buenos y los fieles y los escrupulosos quienes gritan y patean indignados. No; éstos lamentan en silencio el escándalo, y ruegan á Dios por el remedio, y si les toca corrigen al delincuente con rigorosa severidad. Los que claman y vociferan son precisamente los que menos parece debieran hacerlo; los que menos horrorizarse debieran del vicio, por ser los que viven más familiarizados con él; los que no temen á Dios, ni guardan su ley, ni se andan en repulgos en materia de honestidad: los redactores de periódicos perversos; los autores de novelas obscenas y de dramas sin pudor; todos éstos hacen del piadoso y del mogigato y del intransigente, y prorumpen en aspavientos y muestran alarmas de niña candorosa cada vez que un infeliz ministro de la Religion tiene la desgracia de caer en una miseria. Y la publican en todas sus gacetillas, y la adornan con glosas y comentarios, y la aderezan con todas las salsas del buen humor y de la malicia, y lamentando el escándalo, son ellos los que lo derraman por todas partes desde el salon hasta el taller, desde el gabinete diplomático hasta la buhardilla. ¡Oh qué celo muestran entonces esos enemigos de la fe! ¡Oh qué delicadeza de conciencia sacan esos despreocupados! ¡Oh qué interés se toman por el buen nombre de la clase sacerdotal esos sus constantes difamadores!

Díme, amigo mio, y seas franco é imparcial: ¿no te van pareciendo más que sospechosos ese celo, esa delicadeza y esa oficiosidad en tales personas?

Pero vamos... no hagamos caso de esta reflexion, por más que sea muy importante y esclarezca mucho la cuestion presente. Hay sacerdotes malos, sí, señor; los hubo desde el principio del Cristianismo, y los ha habido despues, y los habrá probablemente hasta el dia del juicio. No falta quien crea que el Anticristo, último azote de la Iglesia y último lazo de seduccion para los hijos de ella, ha de ser

un mal sacerdote. Todo esto es verdad... pero ¿qué se saca de ahí? ¿Que no se debe respetar ni obedecer al sacerdote digno de respeto y obediencia? ¿Que se puede ser enemigo jurado de la clase sacerdotal? Broma parece, amigo mio, que haya quien en sério sostenga tales disparates. Y no obstante hay quien los sostiene, sí, señor, porque de los hombres es propio el disparatar, nó de las piedras ó de las bestias. Escucha, pues. El que te diga: *Esos curas... ¡los hay tan malos!* y saque de ahí que no se debe fiar de ellos, puede seguir aplicando este su ridículo criterio á todas las clases y profesiones sociales, y verá lo que le sale.

Esos militares... ¡los hay tan malos! luego no es bueno que haya ejército que mantenga el órden y defienda el honor de la patria.

Esos médicos y abogados... ¡los hay tan malos! luego no debe haber quien cuide enfermos ó defienda la verdad en los tribunales.

Esos zapateros, sastres y carpinteros... ¡los hay tan malos! luego debe declararse guerra sin cuartel á quien haga zapatos ó corte un traje ó componga una mesa.

Y extendiéndolo más podria llegar hasta decirse: Esos hombres y mujeres... ¡los hay tan malos y malas! luego no he de fiarme de ningun hombre ni mujer, y áun lo más acertado fuera pedir sencillamente la supresion del género humano.

¿Verdad que es necia manera de discurrir? No obstante, así discurre cada dia la impiedad, y se tiene la infeliz por muy sábia. No impediré yo que discurra en tonto y hable en necio el enemigo del clero siempre que le dé la gana de hacer arma contra él de la falta de uno de sus individuos; pero el tonto y el mentecato serás tú, amigo mio, si no estás en guardia contra tan galana manera de embaucarte, y te dejas engatusar y robar el precioso tesoro de la fe con tan groseras artimañas.

Como presumo que eres pobre trabajador, no te sucederá muy á menudo encontrarte en tus bolsillos con gran cantidad de monedas de oro ó plata. Pero si por casualidad has cobrado algun dia una suma regular y te han hecho el triste regalo de endosarte con las piezas buenas una de mal cariz

ó descaradamente falsa, cierto que te ha dolido el percance y has echado á mil diablos y noramalas al que de buena ó mala fe te hizo tan flaco servicio. Pero apuesto, amigo mio, que nunca fuiste tan tonto que, al ver la moneda falsa, echases irritado á la calle todas las otras de buena ley, y jurases y perjurases que nunca en tu vida habias de recibir de nadie moneda alguna... porque una vez te engañaron miserablemente con aquella. Apuesto que nunca has obrado así. Lo que sí apuesto es que llamarias loco y bobo de siete suelas á quien de tal modo se portase.

Pues óyeme bien, que voy á aplicarte el cuento. El sacerdote malo es la moneda falsa que alguna vez se mezcla con la verdadera. Y así como no habria moneda falsa si no la hubiese de buena ley, y así como conoces la falsedad de aquella comparándola con el peso y marca de ésta, asi no habria sacerdotes malos si no los hubiese buenos, y precisamente conoces los malos por la diferencia que hay entre la conducta y las ideas de estos y la de los buenos. «Si todos fuesen como el tal ó el cual,» te oigo decir, y hé aquí el término de comparacion de que te vales, así para aquilatar el mérito de unos como para juzgar el demérito de los demás.

Obra, pues, en el trato con los ministros del altar, como obras con la moneda, y perdóneme Dios la semejanza. Busca los buenos y ámalos, y ténles el respeto y la consideracion que merecen, y sírvete de ellos para tus necesidades del alma, como buscas la buena moneda y la aprecias en lo que vale y te sirves de ella para tus negocios ó necesidad. Pero si topas alguna vez con un sacerdote indigno, ó te hablan de él, ó lees historias suyas en los periódicos anticatólicos, alza los ojos al cielo y díte á tí propio sin vacilar: «Alabado sea Dios. Al fin gran cosa es la moneda buena, aunque alguna vez el diablo, que es el gran monedero falso, ponga en circulacion alguna que otra de ruin metal.»

Los curas malos, cuando por desgracia los hay, son una prueba de la verdad de la Religion tanto ó más que los mismos curas buenos. ¿Te ries, amigo mio? Pues no me burlo yo, ni es cosa de burlas lo que aquí te voy á desarrollar. Escúchame otro poquito, y te vas á convencer.

Cuando hay un cura malo ó simplemente poco ejemplar, ¿en qué se lo conoceis tú y los demás que le andais notando y murmurando? ¡Toma! se lo conoceis en que no vive conforme debe vivir, en que comete acciones que no debe cometer, en que se permite ideas ó libertades que á él no se le pueden tolerar. Luego, con notar que es mala la conducta de aquel cura porque no está conforme á la ley que profesa, declaras abiertamente que tienes por buena aquella ley. De lo contrario, si no fuese buena aquella ley, no seria malo cualquier individuo por el solo hecho de no ajustarse á ella. Es raciocinio claro y que no tiene escape. De consiguiente, cuando los periódicos malos te vienen contando picardías de tal ó cual cura, falsas ó verdaderas, estás muy en tu lugar respondiendo para tus adentros, ó en alta voz si la cosa se lee en corrillo de amigos: «Alto ahí, que si este hombre es malo por no cumplir su ley, precisamente su ley debe ser muy buena cuando el no cumplirla es lo que le hace malo. Dejemos, pues, en paz al cura de carne y hueso, que, si ha faltado, sus cuentas rendirá ante el tribunal justiciero de Dios, y sigamos amando á la Iglesia, que precisamente condena todo esto que nosotros condenamos en este infeliz. Sólo que la Iglesia lo condena y reprueba en odio al pecado, que es cosa muy puesta en razon, y los acusadores de curas suelen hacerlo en odio al pecador y al no pecador, aunque por otro lado dén sobradas muestras de que con el pecado transigirían muy fácilmente.» Así has de contestar, amigo mio, y quedas en terreno tan firme, que no te sacan de él ni te baten los enemigos, aunque no acaben de contar picardías de curas y frailes hasta el fin de los siglos.

Y al fin, amigo mio, si hay en el clero sus deslices y miserias, ¿quien tiene la peor culpa sino esa misma Revolucion que en horas se le muestra tan rigurosamente acusadora? Hombres somos, como te he dicho, y no Angeles; vivimos como los demás mortales en esa atmósfera de corrupcion y de libertinaje, que más ó menos envenena todos los corazones. El cura es por otra parte objeto preferente de los ataques de la impiedad, que quiere tenerle á su servicio y le arma á todas horas mil lazos y emboscadas. ¡Cómo se le adula á un infeliz sacerdote cuando se le ve en injusta desave-

nencia con sus superiores! ¡Cómo se le empuja por la pendiente de la rebelion para que no pare hasta el fondo de la apostasía! ¡Cómo se le halaga de mil maneras para que se decida á hacer traicion á sus más santos deberes! ¡Todo se le perdona, todo se le aplaude si se le ve en disposicion de pasarse al enemigo! ¡Ah! Esta es por lo comun la historia de las apostasías que de vez en cuando entristecen á la Iglesia de Dios. Y ¿á quién culpará la Revolucion de los desórdenes falsos ó reales del clero? ¿No ha sido la primera ella en desearle corrompido?

Tú, amigo mio, cuando alguno de estos casos viniere por desgracia á llamarte la atencion, ruega á Dios por el infeliz causante del escándalo y por los que le han impelido á él, y tranquiliza tu corazon y afírmate en la fe con las precedentes reflexiones.

Toma del clero lo mucho bueno que puedes admirar en él, y deja y olvida lo poco malo que la humana fragilidad ha mezclado entre sus individuos. La historia antigua y áun la contemporánea, que citan los nombres de algunos desdichados que deshonran su hábito y su clase con sus miserias, tienen por suerte nombres mil esclarecidos y gloriosos que el clero puede presentar en superabundante compensacion. No hay obra ó institucion de caridad y de mejoramiento social en que un sacerdote no haya llevado la iniciativa. Todavía conoce cada ciudad, cada pueblo, el nombre de alguno ó algunos de esos ministros de la Religion, modelos de sencillez evangélica, austeridad de costumbres, vida consagrada á Dios y á la práctica de toda obra buena. Todavia el nombre que aman más y bendicen con mayor efusion los pobres es el nombre de algun sacerdote. La impiedad sólo parece conocer al clero por sus excepciones desgraciadas. Seas tú en eso abeja que busca las flores, no mosca vil que sólo siente predileccion por las inmundicias. Y cuando te digan: Esos curas... ¡los hay tan malos! responde sin vacilar: Es verdad, pero tambien lo es que de esos curas... ¡los hay tan buenos!

XXVI.

BUENO SÍ, PERO NO BEATO.



AMOS á cuentas, amigo mio; bueno quieres serlo, eso sí; lo que únicamente no quieres ser, ó por lo menos que se te llame, es beato. Ese dictado es atroz hoy dia; para evitarlo harias cualquier cosa, más que fuese la peor de las barrabasadas. Para que no te lo echen en cara llegarias hasta á ser traidor á Dios.—¡No tanto! me dices alborotado.—Calma, amigo, calma, y puede que lleguemos á entendernos tú y yo, por poco que empecemos á explicarnos con alguna franqueza.

Bueno quieres ser. Y pregunto yo: ¿Quién hay que eso no quiera? ¿Quién hay que desvergonzadamente piense y diga que no quiere ser bueno, ó, lo que es lo mismo, que quiere ser malo? Tal mónstruo de perversidad está aún por nacer. Hasta los más criminales, hasta los ladrones y asesinos tiénense por buenos á su modo y manera. Lo único que hay es que no quieren ser buenos como se debe serlo; pero en cuanto á que se les llame y se les tenga por tales... ¡fuego de Dios! llámale malvado á uno de ellos; ya sentirás el trancazo ó cosa peor que se te viene encima en pago de la atroz injuria.

Quedamos, pues, en que no has dicho gran cosa, amigo mio, cuando has dicho que querias ser bueno. Has dicho lo que todos, y santas pascuas. Con esto solo no logras elevarte gran cosa del nivel de lo más ruin y perdido de la sociedad. No te sales de la línea general. Has afirmado, pues, como gran sentencia, ni más ni menos que una tonteria.

Tiene más lances lo que has añadido despues: no quiero ser beato. Esta sentencia tuya, necia como es, no es tuya; la has aprendido en el café de boca de tus compinches, que todos desean, como tú, ser buenos, pero no beatos, y la han sacado ellos del periódico á que están suscritos y que suele

ilustrar al pueblo soberano con máximas de este jaez. Quizá no sabes aún todo lo que significa, y me propongo yo explicártelo algun tanto. Préstame atencion.

Bueno hemos dicho que queria serlo todo el mundo, pero como en todo hay su más y su menos, lo hay asimismo en eso de la bondad. Sucede, pues, que en lo de buenos, cada uno quisiera que lo fuesen los demás en el grado en que él lo es, y no más ni menos. El que es bueno del número dos, quisiera que todos lo fuesen de aquella talla, sin que nadie llegase á número tres, y mucho menos á quince ó veinte ó más allá. Así que cuando aquel infeliz ve á otro que le sobrepuja y excede, conoce que el otro es mejor que él, y por no confesar que él se halla en condicion inferior, jura y perjura que él es quien se ha puesto en lo justo y razonable, y que el otro es quien cayó en exageracion y se propasó de los verdaderos límites de la cosa. El que está verbigracia, en el número tres, lo dice del que está en el número cuatro y sucesivos; el que está en el número diez lo asegura del que está en los números superiores á él. Sólo sí se advierte que nadie es tan propenso á ver exagerados á los demás como el que está más bajito: quien ocupa los números más altos de la escala suele ya, por mucho que sea la natural flaqueza, no declamar tanto contra la ajena superioridad. Esta observacion es exactísima y derrama mucha luz sobre el asunto.

Pero... basta de matemáticas, que dijo el otro, y vengamos á la aplicacion de la fórmula. Todos son buenos en este mundo, es verdad; pero observa una cosa: todos llaman beatos y fanáticos y neos y ultramontanos (esta es la palabrilla hoy de moda) á los que calzan de bondad un número siquiera más alto que ellos.

D. Fulano de tal no cree en Dios ni en la otra vida; es honrado, esto sí, porque no estuvo jamás en presidio; pero no le vengan á él con Dios, alma, cielo, infierno ni demás zarandajas. Él es bueno; los que creen esas cosas son únicamente los beatos.

D. Zutano de cual no es ateo ni materialista, es decir, cree en Dios y en su alma, pero prácticas religiosas, Dios las dé. Blasfema como un moro, no oye Misa, ni reza oraciones, ni frecuenta Sacramentos. Él se llama de los buenos; lo único

que no quiere ser es beato, como las beatísimas su suegra y su mujer.

D. Mengano de X. va á Misa los dias de guardar y comulga una vez al año por Pascua florida. Esta es toda su religion. No sabe de Cuarenta horas, ni de jubileos, ni de novenas, ni de indulgencias. Todo su catolicismo está reducido para él á la Misa lo más corta posible cada fiesta, á las doce por más señas, y á recoger del confesor que más pronto le saque de apuros, la consabida cédula parroquial. Lo demás, dice él muy tranquilo y satisfecho, son cosas de beatos.

D. Perico de los Palotes, ¡vea V.! en todo cree menos en el *Syllabus* y en la Bula de la Santa Cruzada. Enciende cirios á san Anton bendito, da por las ánimas, reza cada dia *Padre nuestros* y *Ave Marías*, asiste á Misa muy á menudo y tiene su nombre en las principales Cofradías de la localidad. Sólo se le han atragantado á D. Perico las dos cosas referidas, el *Syllabus* y la Bula. Católico, y buen católico, lo quiere ser. Lo que no quiere ser el buen señor es beato como los que toman Bula, ni ultramontano como los que acatan el *Syllabus*.

D. Justo de R., finalmente, es católico como se debe ser; cree *todo* lo que cree la Iglesia; condena *todo* lo que ella condena; practica *todo* lo que ella prescribe; evita *todo* lo que ella aborrece; acepta con amor *todo* lo que ella recomienda; no le hace ascos el apodo de beato con que le honran los ilustrados de la ciudad; piensa que se debe ser tal para ser bueno de veras, y se honra y se gloría de él como pudiera del mejor título de Castilla que le pudiese añadir el rey á su apellido.

Haz ahora aquí por tu cuenta una observacion. Cada uno de los cinco personajes típicos que te he sacado en galería llamará de seguro beato al que le va en pos, cuando en realidad no lo es ni merece este título más que el que cierra la marcha. El ateo llama beato al que simplemente cree en Dios, aunque no tenga otra religion alguna; éste llama beato al que va á Misa cada domingo, aunque no practique otro acto alguno de religion; éste último llama beato al que ve frecuentar novenas y Cuarenta horas, aunque por otro lado le sobren al infeliz mil y mil preocupaciones de católico-liberal; éste,

finalmente, no dejará de beato y neo al cristiano perfecto que cumple bien, y del modo debido, sin espantarse por apodo más ó menos que le echen á cuestas. De donde se sigue que cada cual tiene por beato al que ve más bueno que él, y más beato cuanto le ve más bueno, y sólo completamente beato, cuando le observa completamente bueno. Díme ahora: ¿no son aquí el mismo mundo y los mismos mundanos quienes nos dan la interpretacion más cabal y exacta de estas palabras? ¿No es curioso ver como la célebre fórmula *Bueno sí, pero no beato,* resulta una solemne necedad y contrasentido, desde el momento en que el mismo lenguaje de los malos no va graduando á nadie de *beato*, sino á medida que le va viendo más *bueno?*

Recientemente acabo de leer que un periódico radical francés llama beato ¿á quién piensas? ¿A Leon XIII? ¿á Luis Veuillot? No, sino al impío, al impiísimo Renan, que en un libro blasfemo ha negado á Cristo su divinidad y ha hecho la apología de Judas Iscariote. Pues á éste le ha llamado beato el radicalismo francés. ¿Sabes por qué? Porque el desventurado Renan, á pesar de todo, no ha querido todavía declararse ateo, y admite aún en sus libros blasfemos un Dios criador. A ése se ha llamado beato.

Síguese de ahí, no sólo que la palabra beato nada significa ó significa tan sólo un grado de perversidad menor que la que tiene el que la aplica á otro, sino que es de tal naturaleza, que por vueltas que le dés, es imposible que escapes de ella. Esta es la consecuencia más práctica que debes sacar de lo dicho hasta aquí. Sí, amigo mio; neo serás, y beato y ultramontano, por más que vayas amenguando de religion hasta tocar á los últimos grados de la escala. Como no te resuelvas por el franco y descarado ateismo, como no adoptes por divisa el famoso «¡guerra á Dios!» siempre tendrás quien te moteje con aquel dictado. Beato te llamarán sin remision con sólo que te vean poner un pié en la iglesia; beato te llamarán aunque no reces, ni comulgues, ni oigas Misa, ni tomes Bula, ni acates al Papa, con sólo que te vean hacer un acto cualquiera que poco ó mucho, de cerca ó de lejos, huela á Religion. Así anda el mundo de hoy.

Y, á la verdad, no sé por qué te ha de poner tan en punta

los pelos ese apodo. Hoy se blasona muy mucho de ser hombre independiente, consecuente y firme en sus convicciones. De veras te digo que el hombre que cree que es cosa buena la Religion, y no obstante deja de practicarla cómo y cuándo conviene por el ruin temorcillo de que le van á llamar beato hombres que valen menos que él, ese tal no es independiente, ni consecuente, ni muestra tener firmeza alguna de conviccion. Es un infeliz que, por más que tenga talla de hombre, no pasa de criatura. Que no consiste el ser hombre en el solo hecho de traer unas cuantas docenas de pelos en la barba, sino en tener un cierto carácter resuelto y formal que le haga á uno respetable á sus propios ojos y á los de los demás. Tener una religion y tenerla por verdadera, y en consecuencia por buena, y salirse luego con que no se practican tales ó cuales actos de ella sólo por miedo á que te llamen lo que eres y verdaderamente quieres ser, esto es, fiel católico (que la palabra beato no significa al fin otra cosa), es, amigo mio, una niñada y nada más. En cualquier otro ramo que no fuese religion, te sacaria eso los colores al rostro. En política nadie se avergüenza de que le llamen con el nombre de su partido; en carrera nadie se avergüenza de su profesion, aunque tenga la más humilde. Sólo en religion ha de haber esa miseria de que no la quieran sacar pública y descubierta en la frente muchos y muchísimos que la aman en el fondo de su corazon. La frase *bueno sí, pero no beato*, no significa ordinariamente más que esa miserable cobardía.

Alguna vez se expresa tambien con ella el deseo de no ser tenido por malo é impío, no obstante de que se tienen completamente olvidados los deberes prácticos de la Religion. Entonces esta frase no es la de los cobardes, es la de los indiferentes. Les pesa á estos infelices la carga (que suponen pesadísima y no lo es) de los deberes religiosos y las privaciones que impone la Religion, y como, no obstante, no quieren pasar por impíos ni enemigos de ella, piensan quedar justificados á los ojos del mundo con llamar á todo aquello que ellos no practican beatería, y creer, ó aparentar creer, que con sola cierta honradez natural pueden ya darse por buenos en toda la extension de la palabra. Más claro. Si en

el primer sentido la frase que sacamos hoy á pública vergüenza es máscara de cobardes, en éste lo es de libertinos, ó cuando menos de perezosos y descuidados. Es un medio, como cualquier otro, para acallar (si se pudiese) el aguijon del remordimiento cuando hurga ahí dentro importuno y acusador. «Ya soy bueno, se exclama entonces, lo demás son beaterías.» Excelente salida si se contentase con ella en su dia el supremo Juez, que no se contentará. No se salvará nadie sólo con no ser ladron y asesino; para salvarse es indispensable la profesion práctica de la verdadera Religion. Y sólo se practica la verdadera Religion cuando se practica completa, con sus beaterías y todo, sí, señor, porque beaterías son á los ojos del mundo los actos más esenciales de ella.

Beatería se llama por la impiedad la educacion cristiana de la niñez, el rezo en familia, el libro devoto, la asociacion piadosa. Beatería llaman al confesarse y comulgar. Beatería á la devocion á la Vírgen y á los Santos, tan conforme á la recta razon y á las más dulces inclinaciones del corazon humano. Beatería al respeto al sacerdote, y á la obediencia al Prelado, y á la sumision á la Iglesia en general. Beatería al interesarse por la suerte del Papa y por su libertad y legítima independencia. De suerte que para tales gentes es beatería todo lo que pertenece á la Religion, y no se puede en su concepto dejar de ser beato sino prescindiendo por completo de toda práctica cristiana. En el fondo esta es la verdad.

Créeme, pues, mi buen amigo; resígnate con paciencia al vocablo en cuestion y apechuga con él, que cierto mil otros hay más feos y deshonrosos. Por beato has de pasar á los ojos de los malos si quieres en definitiva ser hombre de bien. Dichoso tú si consigues morir como tal y si puedes como tal aguardar la final sentencia.

XXVII.

HONRADO, Y ESTO BASTA.

ALTO, alto, amigo mio; segun como se entienda eso de la honradez, y segun para lo que se quiera que baste. Me explicaré.

Corren por esos mundos de Dios dos diccionarios, uno á tenor de la moral cristiana, otro á tenor de la moral falsa, llamada universal. ¿De qué diccionario te sirves tú para apreciar y fijar el significado de las palabras en tu conversacion? Pongámonos antes de acuerdo sobre este punto importante, del cual arranca toda la cuestion que tú y yo vamos á tratar en estos momentos.

El diccionario segun la ley de Dios ó moral cristiana, define la honradez, el cumplimiento de todas las obligaciones que tiene el hombre para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes.

El diccionario segun la moral universal ó mundana, entiende por honradez un modo de portarse el hombre en sociedad, por el que nada tenga que ver con él la justicia humana, ó mejor dicho el Código penal.

Ya comprendes que de esas dos significaciones de la palabra honradez, la primera hila mucho más delgado que la segunda.

Aquella se extiende á todos los actos del hombre asi internos como externos, así religiosos como naturales y civiles, así públicos como de carácter particular. Es la honradez completa, que abraza y comprende al hombre completo, en todo el conjunto de sus relaciones y de sus deberes, y por tanto es la única verdadera honradez.

La segunda trae más ancha la manga. Por de contado excluye de su círculo de deberes todos los relativos á Dios. Luego elimina tambien los que se refieren á actos puramente internos, sobre los cuales no puede ejercer accion alguna

la justicia humana. Y finalmente, de los mismos actos exteriores no tiene en cuenta más que los que son exigibles y por lo tanto justiciables y penables por la ley civil, ó á lo más por el fallo de la opinion pública, que tampoco es tribunal muy escrupuloso. Dicho se está, pues, que la tal honradez se contenta con muy poca cosa, es decir, con la muy poca que basta para que no le lleven al tal ciudadano honrado á la horca ó al presidio. Esta es la honradez puramente exterior y humana, incompleta, y por lo mismo falsa.

Traslademonos del terreno de las nociones teóricas al más llano y vulgar de las aplicaciones prácticas.

Ambas clases de honradez tienen en el mundo ejemplos muy conocidos.

El hombre honrado segun la ley de Dios, conoce lo que debe á su Criador, y le adora y acata, y obedece su ley y cree su palabra revelada, y es dócil y sumiso á su fe. Es, de consiguiente, buen cristiano. Como sabe que nada se esconde á los ojos vigilantisimos del que le ha de juzgar, vigila él á su vez, no sólo sobre su cuerpo, sí que sobre su corazon y su pensamiento, refrenándolos cuando se propasan, y volviéndolos á buen camino si por acaso llegasen á extraviársele. Obra la justicia, cumple con su prójimo lo que por ella le debe y lo que le debe por ley de caridad, y más que el temor de la ley humana, le contiene y corrige la ley divina, á cuyo inflexible tribunal sabe que tarde ó temprano ha de comparecer. Goza de lo presente en cuanto es lícito, y algunas veces se abstiene por voluntad áun de lo permitido. Lo que la ley de Dios le declara vedado, lo mira como tal, castíguelo ó no el juez del distrito, sépalo ó no lo sepa la vecindad.

¿Conoces tú alguno de esos hombres, honrados de esa manera? No suelen abundar, es verdad, y menos en los sitios alegres que tú frecuentas; pero los hay, gracias á Dios, áun en medio de la corrupcion presente; los hay y los ha habido en todos los siglos, y los habrá hasta la consumacion de ellos. Los más principales y conocidos los va apuntando la Iglesia en un glorioso registro suyo, y los propone á la pública veneracion, y les llama santos, es decir, perfectos. Pero, además de esta categoria superior, hay de ellos en to-

dos los países y en todas las clases sociales, en mayor ó menor grado de perfeccion, con lunar más ó lunar menos, formando el núcleo y alma de la Iglesia universal con la denominacion usual y popular de *buenos cristianos*.

La otra honradez, ó sea la del mundo, ¡oh! esta tiene numerosísimos representantes en todo país, en todo clima, en toda clase social. Honrados de esta manera se los encuentra uno por desgracia en todas partes.

Hay, por ejemplo, el padre de familias, honrado, esto sí, pero que da poca importancia, poquísima, á que su hijo le salga hecho un truhan por falta de buena educacion y por sobra de malos ejemplos.

El otro es honrado tambien, pero eso no le ha de privar ¡caramba! el tener sus distracciones, — así se llaman por los demás honrados á la moda ciertos graves escándalos, — distracciones con las cuales no puede transigir un buen padre, ni un buen esposo, ni un buen soltero. Honrado es, ¿quién lo duda? pero de una honradez tal que trae apestada á toda la vecindad.

¿Cómo enriqueció tan presto D. Fulano? Nadie vaya á poner en duda su honradez; pero se sabe de buena tinta que no pierde ocasion de hacer un negocio redondo, aunque éste no sea de los más limpios, que digamos; y que en una administracion ó empleo que tuvo á su cargo, sacó de manos puercas (como se dice) casi todo lo que constituye hoy su magnífico capital.

¡Cuán honrado caballero es aquel que ven Vds. pavonearse en el paseo y hombrearse en los salones! Honrado es, pero todas sus fincas, la hacienda A, la quinta B, el molino C, las casas X fueron de la Iglesia, á quien se lo tomó la Revolucion un dia sin el consentimiento de ella, habiéndolos comprado por cuatro cuartos, casi de balde, en cierta subasta nuestro honradísimo D. Fulano de Tal. Y por señas que desde entonces no puede oir hablar de demagogia blanca, ni negra, ni azul, y se va haciendo cada dia más hombre de órden y más conservador.

Pepe es honradísimo, nadie puede ponerle tachas á la integridad de su honor ni á la limpieza de su camisa. Pero prácticas religiosas, en su vida las conoció. Ni reza, ni asiste

al templo, ni da limosna, ni piensa en Dios, ni le da cuidado la otra vida. Es de buena pasta y dicen las gentes: «Fuera de que no está por cosas de iglesia... por lo demás es muchacho muy honrado.» Si en esto sólo consiste la honradez, digo yo: Tan honrado es Pepe como mi perrito faldero, que á nadie muerde ni tiene mala voluntad.

Ejemplos como estos bien los pudiéramos sacar á docenas y áun á millares. Todo el mundo es honrado con tal que se lo dejen ser á su gusto. Con que sobre este punto poco ó nada tenemos ya que discutir.

A la luz de estas nociones examinemos ahora, amigo mio, tu famosísimo axioma: Honrado se debe ser, y esto basta.

¿Para qué quieres que baste la honradez? ¿Para no arrastrar grillete en Ceuta ó en Tarragona? ¿Para no bailar sin ganas en la horca, ó hacer visajes y muecas en el banquillo del garrote vil? Pues para esto basta una honradez que consista en no robar ni matar, ó en hacerlo al menos de modo que no se sepa.

¿Quieres que te baste para no tener mal concepto en el mundo, para no ser mal mirado por las gentes, para poder alternar decorosamente en el trato social? Tampoco para eso se necesitan muchos primores y perfiles de honradez. Con sólo tener una honradez así á grandes rasgos, con sólo que no se sepan de tí villanías gordas, con sólo que en tus mismas calaveradas y vicios guardes lo que se llaman conveniencias sociales, es decir, ciertas buenas formas áun en la maldad, tienes bastante para vivir como hombre de bien al uso del dia, porque la sociedad, amigo mio, es poco exigente.

¿Pero quieres que te baste para agradar á Dios, para cumplir bien con tus prójimos, para tranquilidad perfecta de tu conciencia, para seguridad de tu salvacion, que en definitiva ese es el único negocio importante del hombre? Pues entonces la frase «honrado, y esto basta» no la debes tomar en el sentido vago y poco escrupuloso que le da el diccionario del mundo, sino en el sentido preciso y exacto que le da el diccionario de la ley de Dios. Su equivalente debe ser: Buen cristiano de fe y de obras, y esto basta.

Y de esta suerte la frase dice verdad, y puede descansar en

ella con todo aplomo y seguridad tu conciencia. No es un mero comodin para acallar algo los remordimientos y evadirse del cumplimiento de los más sérios deberes; es la fórmula exacta y completa de una vida recta y provechosamente empleada, vida que (salvas las debilidades inherentes á nuestra mísera condicion) pueda ser presentada un dia ante el supremo Juez de vivos y muertos, segura de encontrar recompensa. Ser honrado de este modo sí que basta para lo que debe bastar, que es para asegurar los eternos destinos del alma inmortal. Todo lo que esto no sea, es, amigo mio, música y broma, y nada más.

Habrás observado como se paga el siglo actual de hermosas palabras, sin parar mientes en que represente ó no ideas muy insignificantes, cuando no completamente opuestas á lo que se les quiere hacer significar. De estas palabras máscaras podríamos citar aquí unas cuantas que son las que hacen el gasto hoy en toda conversacion culta é ilustrada á la moda, y todas las hallaríamos hueras y de ninguna sustancia. Son el gran recurso de que se suelen valer los malvados listos para contentar á los malvados tontos, y seducir y pescar á otra porcion que sin ser malvados les sirven á ellos como poderosos auxiliares. Más de la mitad del estrago que han hecho los modernos regeneradores de pueblos en la presente sociedad lo han hecho con tales palabrotadas. Y una de ellas —no lo dudes, es la de honradez. Todos los vicios y atentados se han parapetado tras ella, ha sido verdadera barricada desde la cual se ha hecho incesante fuego á la Religion. Cuando un hombre se ha podido llamar y ser apellidado de los demás *hombre honrado*, se ha creido con derecho á que se le perdonasen todos los crímenes y fechorías. Es enemigo de la Religion... pero es honrado. Vierte las ideas más insensatas y antisociales, pero lo hace de buena fe...: es honrado. De suerte, amigo mio, que un certificado de honradez lo puede hoy sacar todo el mundo. Y dime tú ahora, así en confianza, ¿les fiarias tú á toda esa cáfila de honrados la bolsa, la casa ó la educacion de tus hijos? Conste, pues, que ni á tí mismo te satisface del todo esa honradez tan cacareada; conste que la frase: «Honrado, y esto basta,» ni siquiera te basta á tí cuando tratas de tomar mozo de servicio ó de buscar ma-

rido para tu hija. ¿Y quieres que baste para que se dé por satisfecho Dios? ¿Y quieres que se contente con ello la Religion?

¡Vaya, amigo! que no tomas así de bóbilis bóbilis la moneda cuando á la mano te viene, sino que á buena luz la examinas, te enteras de su sonido y peso con detencion, y si esto no basta á sacarte de dudas, apelas al testimonio del que sabe más que tú y tiene voto decisivo en la materia. Pesa y examina asimismo las palabras, y más que otra alguna la que acaba de ser asunto del librito de hoy. Y cuando por ti solo no salgas del paso, acude á la Iglesia, piedra de toque á que no resiste ninguna falsificacion. Sólo así te evitarás acá y en otra parte inmensos perjuicios.

Esos pobres honrados del mundo van á encontrarse con que su honradez no les ha de impedir estar á la izquierda del soberano Juez en él tremendo juicio. Al examinarse en la celestial cancillería el sello de sus pasaportes y certificados de limpieza, asegúrote yo, á fe de amigo, que les será todo eso papel mojado. No quieras tú, amigo mio, presentarte tan mal despachado á las oficinas de la eternidad. Sé bueno como quieren Dios y su Iglesia que lo seas, y nó como te lo aconsejan el mundo, demonio y carne, que son ¡vive Dios! moralistas harto desacreditados para que se les pueda tomar por seguros consejeros. No querrás tú, de seguro, haberte guiado por sus consejos en la hora de la muerte.

—¡Cáscaras! ¡Si tienes bemoles el asunto!

—¡Quiera Dios, amigo mio, no hayas de saberlo un dia por terrible experiencia! ¡Quiera Dios conozcas entonces que de algo te aprovechó la lectura de este librito!

XXVIII.

DIOS NO SE METE EN ESO.



s esta la cantinela con que responde á todas mis observaciones un mi amigo, listo, franco y corriente en todo lo que Vds. quieran, pero á la verdad... en Religion un tantico descuidado y olvidadizo.

—Juanito, que no fué V. ayer á Misa con ser dia de obligacion.

—Vaya, padre capellan, que no soy monja y Dios no se mete en esas frioleras.

—Por Dios, Juan, que la palabra que soltó V. ayer tarde en aquel corrillo de compinches no fué decente ni cristiana.

—¿Esas tenemos? ¿que no se le puede permitir á la juventud un chiste verde ó colorado? No sea V. aprensivo, que en esas tonterías no se mete Dios.

—No comprendo, Juanito, cómo tiene en su librería esos autores malditos, enemigos jurados de la verdad y de la sana moral. ¡Y aquellos cuadros que acaba V. de colocar en el comedor! ¿Y la estatua aquella del jardin? Apuesto en cambio á que no ha cumplido V. todavía con el precepto pascual, ni guarda abstinencias, ni reza poco ni mucho, ni...

—¡Bah! ¡bah! ¡Y con qué requilorios y zarandajas me va saliendo ahora vuesa paternidad! ¿Si creerá vuesa merced que nací para capuchino? Vaya, déjeme en paz, mi buen curita con humos de inquisidor, que ya sé yo que Dios no se mete en tantas menudencias.

—¡Cáspita con el D. Juan de mis pecados! ¿Pues no me dirá su merced con toda la ilustracion moderna de que es acabado ejemplar, en qué cosas se mete Dios si en nada de eso se mete?

—Voy á decírselo á V., mi buen capellan, que, aunque no sacada de las aulas, tengo yo tambien sobre esto mi poca ó

mucha teología. Creo en Dios, como V. sabe bien; pues el ateismo me ha parecido siempre, de todos los desvarios del humano caletre, el más tonto y el más animal. Nunca he oido de labios de un ateo una razon que valga dos cuartos. En cambio el argumento fundamental en pro de la existencia de Dios, eso de que el mundo existe y funciona su máquina, y que álguien le debió de criar y debe aún hoy de estar dándole cuerda... eso, sencillo y tosco como es, no lo desmiente el más pintado. Reconozco tambien, además de la existencia del Sér supremo, su sapientisima providencia, la veo en el órden de todo lo criado, exacta en todos sus movimientos como el más concertado reloj; la reconozco en los grandes sucesos de la historia, presidiendo á sus variadas evoluciones, armonizando siempre con el libre albedrio del hombre los medios mil con que conduce á sus misteriosos destinos la marcha de la humanidad. Tengo de Dios esa idea grande, majestuosa, sublime, que se aprende contemplándole en el gran espectáculo de la naturaleza y en el estudio de los problemas sociales. Pero, francamente, la rancia moral de Vds., amigo mio, y su teología, buena sola para chiquillos y beatas, empequeñece la idea del Supremo Hacedor, achica su grandiosa imágen para acomodarla al reducido marco de las inteligencias mezquinas y apocadas. El Dios que habla en el trueno, y hace brillar su mirada en el rayo, y hace sentir su mano en las grandes catástrofes que deciden de la suerte de los imperios, viene á resultar tamañito, y chiquitin y casi ridículo, cuando me lo pintan sus libros de V. entretenido en examinar si se fija mi imaginacion en eso ó en lo de más allá, si voy ó no voy á Misa mañana, que es dia de ella, ó si comi carne ó pescado ayer, que traia vigilia el calendario. Lo dicho, amigo mio: tenga V. de la Divinidad concepto más elevado. Se lo diré en latin, por ser más del gusto de V.: *Aquila non capit muscas.*—

Dejéle navegar viento en popa á mi apreciabilísimo D. Juanito por el mar de sus nuevas y flamantes disertaciones teológicas, y en cuanto dió señales de haber concluido su brillante perorata,—Vaya, le dije, mi buen amigo, que se va saliendo V. todo un Víctor Hugo ó un Emilio Castelar, segun lo que habla V. á la alta escuela! Pues, sépase, amigo, que

con ser yo un pobre cura de por ahí, les doy á mis chiquillos de la doctrina, y á mis beatas, como las llama V., idea más grandiosa y elevada de Dios que la soñada por V. en esos raptos y éxtasis poéticos que tanto se parecen á poéticos disparates. Óigame V. algunos minutos mi prosa pedestre y casera, y apelo luego á su buena fe y regular buen sentido.

Me dice V. que Dios no se para en lo pequeño y ruin de acá abajo, ó sea en las miserias personales de cada uno de nosotros, y que su elevada atencion sólo se fija en los grandes fenómenos de la naturaleza y en los trascendentales acontecimientos de la historia. Eso que es grande le parece á V. realmente digno de la grandeza de Dios: lo demás se le figura á V. que le empequeñece y achica en nuestro concepto. En sustancia ¿ha venido V. diciéndome eso ó no?

—Justo y cabal.

—Pues aquí entro yo, y digo que tiene V. de Dios una idea muy ruin y mezquina cuando mide su inteligencia y poder únicamente por la inteligencia y poder de V., suponiendo que puede haber para Dios esa diferencia de grande y pequeño, que sólo existe en realidad para nosotros, y que en ninguna manera existe para Él. Sí, señor: están tan altos, tan altos el poder y la sabiduría de Dios, que para Él lo mismo son grano de mostaza las catástrofes de los imperios más famosos, que el resbalon que he dado yo esta mañana al salir á la calle; lo mismo interesa su soberana atencion el volcan ardiente que sepulta en cuatro bocanadas dos ó tres ciudades, que la caida de una hoja que hace rodar por el suelo la brisa otoñal. Esas diferencias de más pequeño ó más grande sólo existen en relacion con nuestro mezquino modo de ver las cosas. Para la inteligencia infinita es microscópico cuanto existe, y la diferencia que hallan nuestros ojos entre un suceso que interesa á toda una nacion y el otro que afecta á un solo individuo, habida razon de la desproporcion inmensa en que están con respecto á Dios, podemos decir que se halla nivelada por el mismo rasero. Aun acá nosotros, cuando miramos un paisaje desde extraordinaria altura, vemos desaparecer en cierto modo la desigualdad de las montañas, pareciéndonos que se alzan todas á un mismo nivel, ó mejor que no se alzan poco ni mucho de la plana superficie del horizon-

te. Hé aquí una débil imágen de lo que es todo lo criado, así en el órden físico como en el moral, á los ojos de Dios. Soy yo, pues, y es conmigo el Catecismo quienes tenemos de Dios una idea nobilísima grandiosa y elevada. Es V. quien la tiene mezquina y hasta cursi, si se me tolera la expresion.

De lo que saco, amigo mio, una aplicacion práctica que va derecha á la muletilla que tan frecuentemente le oigo á V. para justificar, ó excusar siquiera sus culpables negligencias. A cada paso se le oye decir á propósito de cualquier falta en que se le atrapa: «¡Bah! Dios no se mete en eso.» Pues óigalo V., amigo mio, y guárdelo como axioma de infalible verdad, aunque algo amargue su paladar. Dios se mete en todo, y no hay cosa chica ni grande (segun las distinguimos nosotros) que escape á su jurisdiccion. Es Dios de las naciones y de los individuos, de las almas y de los cuerpos, de los astros del cielo y de los más ocultos pececillos de la mar. Así como ha legislado sobre el órden de las estaciones y sobre el curso de los planetas, ha legislado sobre el vuelo del mosquito que zumba en el aire y sobre la imperceptible respiracion del gusanillo vil que aplasto con mis piés. Y en el órden moral vela sobre los grandes crímenes de los reyes y de los pueblos, como sondea el pensamiento culpable, el mal deseo, la perversa aficion que se anidan en el más oscuro retiro del más olvidado y desconocido de los mortales. Porque es infinito, porque es inmenso, porque es omnipotente y omnisciente, no le escapa, ni la más disimulada direccion de mi pupila hácia un objeto bueno ó malo en que me plazca fijarla, ni la sílaba á medias pronunciada, que sólo escucha el amigo en cuyo seno la voy á depositar, ni el movimiento más recóndito de cualquier pasion mia de la que apenas me doy cuenta yo mismo en el secretísimo santuario de mi conciencia. Así es Dios, así es su suprema inspeccion sobre sus criaturas, así es la grandeza de su majestad, ante quien dicen los Libros sagrados están patentes y al descubierto todas las cosas.

Dios se mete, pues, en todo, amigo mio; y si fuese posible probar que en algo no se mete, valdria más creer que no se mete en nada, qne no hacer depender los objetos que ocupan su soberana atencion de la pequeñez de nuestras mez-

quinas clasificaciones. Todo se refleja en el clarísimo cristal de su infinita inteligencia, ó es Dios un vano fantasma, solitario allá en la region de las nubes, sin cuidado alguno por el mundo que crió, sin sancion alguna de premio ó de castigo para el órden moral que por Él fué establecido. Un Dios así, no creo, Juanito, que entre tampoco en su brillante teología de V. ¿No es verdad, amigo mio?

—Cierto, cierto. Pero la verdad es que lo que enseña V., padre cura, á ser verdad, trae muy metida en cintura á la humana conciencia! ¡Y yo que me las pinté siempre de muy liberal y de muy celoso de mi particular autonomía!

—La verdad es, mi buen amigo, que esas decantada libertad liberal, soberanía popular, autonomía individual, y otras palabrotadas que tan revuelto han traido el mundo moderno de un siglo acá son otras tantas herejías é insensateces, que ni en buena filosofía cristiana, ni en buen sentido comun, se pueden sostener más que por ilusos ó por malvados. No hay átomo en el hombre que no dependa de Dios, ni escondrijo el más oculto y repuesto en el fondo de su conciencia que no esté sujeto á su escrutadora mirada. La frase «Dios no se mete en eso,» aplicada aunque sea á lo más insignificante en el órden moral, es ridícula y necia además de ser blasfema.

—Pues aseguro á V. que está muy en boga.

—Lo comprendo perfectamente, porque es muy cómoda, y permite al individuo andar, y moverse, y solazarse con gentil desembarazo. Pero, por Dios, amigo Juanito, esas circunstancias de comodidad y holgura pídaselas V. á su sastre para su levita ó pantalon, ó á su zapatero para sus elegantes botitos: nó al moralista ni al legislador para sus reglas de conducta. En moral y en religion no se busca lo cómodo y lo holgado, sino lo justo y lo verdadero. Precisamente, regla de moral que no apriete algo no es posible encontrarla, por vueltas que se le dé al asunto. La ley es siempre una limitacion de la libertad humana, y toda limitacion arguye necesariamente cierta esclavitud, á la que de buen ó mal grado hay que someterse.

Si deplorable es la conducta de los indiferentes ó descuidados que pretenden justificar su desidia y flojedad con el so-

corrido comodin de que Dios no se mete en sus cosas, sígue-se de ahí lo recomendable que es bajo todos conceptos el procedimiento contrario, que en la vida espiritual se conoce con la tan expresiva fórmula, *tener presencia de Dios*. Aun para los que no aspiran á las cumbres más altas de la perfeccion cristiana, áun para los llamados á vivir sencillamente en el plan terreno de la vida buena, ordinaria y comun, es este á buen seguro el documento de mayor importancia.

Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,

dice con enérgica sencillez y profunda filosofía una de nuestras antiguas coplas populares, y efectivamente es difícil decir más en menos palabras. Porque quien considere á todas horas que le está mirando Dios, que no le pierde de vista su ojo perspicacísimo, que no se para Él en la superficie y en el exterior de nuestro rostro como los hombres, á quienes es tan fácil engañar con estudiados disimulos, sino que ahonda dentro, muy adentro hasta lo último del corazon: quien eso crea como debe creer por la fe y por la razon, y quien eso reflexione de vez en cuando atentamente, ¿cómo puede permitirle á su pié ó á su mano, á su lengua ó á su ojo, á su imaginacion ó á su corazon, movimiento alguno que no esté muy conforme y ajustado? Que si la presencia de un amigo ó de un extraño basta para que siquiera mientras andamos delante de ellos procedamos con cierto cuidado y nos abstengamos de ciertas franquezas y libertades, ¿cómo no hemos de andar muy compuestos y remirados, sabiendo que tenemos al lado siempre y en perpétua observacion tal soberano testigo de vista? Y más si se atiende que no es solamente testigo que debe un dia prestar declaracion en favor ó en contra de nosotros, sino que es el mismo Juez que nos ha de hacer dentro pocos años (que muchos no pueden ser) severa y rigurosa justicia. ¡Ay, amigo mio! que la frasecilla «Dios no se mete en eso» resulta muy ruin y muy baladí, y muy poco tranquilizadora al frente de esta otra grave é imponente como la eternidad: «¡Lo ve todo Dios que me ha de juzgar!»

XXIX.

¿PARA QUÉ NECESITO YO SACRAMENTOS?



IERTO: no los necesitas para enriquecer, engordar ó darte lo que se llama una real vida. Al revés, para divertirte, y ganar sin escrúpulos mucho dinero, y darle al cuerpo animal todo regalo y satisfaccion, te lo aseguro á fe de hombre formal, preciso te será burlarte algun tanto de tales niñerías, como quizá las has llamado más de una vez. Sin Sacramentos, y sin Religion, y sin Dios, ni cosa que lo valga, se puede ser millonario como el que más, tener repleto el estómago, sano y rubicundo el color, y alegre y divertida la existencia.

Sólo que ya comprenderás tú que, cuando hablamos los católicos de la necesidad de los santos Sacramentos, no nos referimos á esas conveniencias y ventajas del cuerpo y de la fortuna, sino á los más elevados intereses del alma, de la moral, de la conciencia, de la vida futura, es decir, de todas estas otras cosillas sobre que versa principal y esencialmente el negocio de la salvacion eterna, y que son precisamente las que tú y muchos otros soleis tener medianamente olvidadas.

—Pues, por lo que á mí hace, habeis de saber, señor mio, que no me toca poco ni mucho la satírica invectiva con que habeis dado principio á vuestro sermon. Nunca fui tan bobo que necesitase saber que la Confesion y la Comunion, ni engordan, ni enriquecen, ni hacen cosa alguna de las que, sólo por puro placer de divertiros y soltar la vena del buen humor habeis querido echarme en cara. Lo que sí digo, y de esos trece no me apeais vos ni el Padre Santo de Roma, lo que digo, sí, es que se puede ser muy bueno, y muy moral, y muy honrado, y muy de buena conciencia, sin ese confesar y comulgar continuos, de los cuales quiere hacerlo depender todo el Catolicismo. Tan bueno soy como el mejor de mi calle ó de mi barrio, sin que necesite poco ni mucho

esa pejiguera de irle á contar cada semana ó cada mes mis cosas al Padre confesor, é irme á poner luego en fila con los beatos en la barandilla del altar de la Comunion.

—Está bien, amigo mio, y sólo me permitirás aquí unas preguntitas, y serás tan amable, que me vas á dar á todas ellas cumplida respuesta. Vaya, pues: ¿Eres católico?

—Con toda el alma; pero no fanático.

—Fanático tampoco quiero serlo yo, ni quiere Dios ni el Papa que lo sea ninguno de los hijos de la Iglesia, porque fanático quiere decir: el que está tenaz y testarudo en una falsa creencia. Yo sólo quiero que tengas con toda conviccion creencias verdaderas. Vuelvo, pues, á preguntar: ¿Eres católico? ¿Sí ó no?

—Vamos, no hay para qué negarlo. Sí, señor.

—De consiguiente, admitirás como bueno, provechoso y obligatorio todo lo que enseña como tal la Iglesia católica.

—¡Hombre! ¡Hombre!

—¡Qué hombre ni mujer! ¿sí ó no?

—Vaya con Dios; sí, sí, no tengo reparo en soltar prendas.

—Cogido estás, pues, sin remision. Si admites como bueno, provechoso y obligatorio lo que como bueno, provechoso y obligatorio enseña la Iglesia católica, obligado estás á reconocer que es bueno, provechoso y algunas veces obligatorio el uso de los santos Sacramentos, pues la Iglesia, en textos que espero no me obligarás á citar, los declara cosa buena, provechosa y en muchos casos obligatoria. ¿Qué tienes que oponer á mi argumentacion?

—Nada, amigo; que es concluyente y no deja salida.

—Espero, pues, que si eres católico como dices, no hablarás en adelante de los santos Sacramentos con el tono de mofa y desden con que ahora mismo lo acabas de hacer.

—Está bien. Respeto la enseñanza de la Iglesia y comprendo que es necio y disparatado querer saber de las cosas de ella más que ella misma, de quien todos las han de aprender. Pero vamos, sed franco siquiera por esta vez y convendréis conmigo (aquí para entre los dos) que ese contínuo confesarse y comulgar de los devotos de profesion, más huele á rutina que á verdadero espíritu de sólida é ilustrada piedad. Comprendo que un hombre se confiese y co-

mulgue para bien morir ó en trances apurados por el estilo. Pero me da lástima, por no decir enojo, ese enjambre de beatos pegados siempre como lapas al confesonario. ¡Habrá gansos!

—¡Vaya, amigo! ¡que no parece sino que eres tú quien ha de apechugar con la no escasa fatiga de oir á esos pobres en confesion! Muy indignado te veo con la gente devota. Por cierto que nunca te escuché tal lenguaje contra los concurrentes asíduos al teatro ó al café. Y cuidado que suele ser mayor la concurrencia de aficionados á tales sitios que á los piés del confesor, y piérdense allí algunas más horas, y olvídanse algunas más obligaciones, y sácanse muy diferentes resultados. Pero en fin; áun en este terreno admito la discusion, y voy sencillamente á contestar á tus no sé si las llame inocentadas ó impertinencias.

Es doctrina constante de la Iglesia y regla de piedad, no ilustrada ni por ilustrar como dices tú, sino maciza y sólidamente cristiana, que nada ejerce sobre nosotros accion tan directa y eficaz como el uso frecuente y digno de la santa Comunion. Quiso el Salvador dejarse á sí mismo en este Sacramento, no para quedarse guardado y como cerrado con cien llaves en la soledad de nuestros sagrarios, sino para dársenos en franca y continua comunicacion. Pudiendo escoger cien y cien materias para el admirable misterio de la transustanciacion, no quiso sino emplear las más comunes, cuales son las que forman nuestros más usuales alimento y bebida. Muestra esto que la divina Eucaristía esencial y primariamente se instituyó, no para ser expuesta y adorada, sino para ser recibida. Este fué indudablemente, además del sacrificio, el fin esencialísimo de su institucion. Y así vemos que la primera palabra que á sus Apóstoles dice el Señor en la Cena despues de tan maravillosa operacion, no es «Mirad y adorad,» sino «Tomad y comed: *Accipite et manducate*.»

Nunca lo entendió de otro modo el Catolicismo. La Comunion era diaria para la mayoría de los fieles en los primeros siglos del Cristianismo, más fervosos que los presentes y, con perdon sea dicho, más ilustrados. Generalmente nunca celebraba el sacerdote que no participasen de su Comunion los asistentes. Una secta tenaz y porfiada que acaba de morir casi en nuestros dias bajo los anatemas del supremo

Pastor, el jansenismo, padre de muchos de los actuales errores, predicó con falso celo contra la frecuente Comunion, rodeando de tales dificultades este amoroso Sacramento, que su recepcion se hiciese poco menos que imposible á la criatura humana, para quien, no para los Angeles, fué instituido. ¡Diabólica invencion, digna de la perversidad sagaz de aquella secta maldita! Pero la Iglesia condenó tales errores y tan hipócritas respetos. Y hoy, como en todos los siglos, sigue enseñando ella, y predicando sus ministros, y aconsejando los directores de almas, que es lícita y santa, y provechosa y para muchos indispensable la frecuente Comunion. Supongo no serás tú, amigo mio, quien en este punto te hagas ahora del timorato y del escrupuloso, y lleves la contraria.

—No, por cierto; que en nada me quisiera oponer á lo que la Iglesia enseña como de fe.

—Perfectamente. Si es, pues, práctica muy recomendable la de la santa Comunion frecuente, esto trae, para los fieles que deseen seguirla, la necesidad de confesarse tambien a menudo. Hé aqui, pues, por qué ordinariamente se confiesan cada semana los sacerdotes, las religiosas ó en general todas aquellas personas que, siguiendo el espíritu de la Iglesia, desean recibir con alguna frecuencia la santa Comunion. Y si alguno lo hiciese por rutina como tú dices, y no por espíritu de verdadera piedad como quiere la Iglesia, cúlpese á aquel, no á ésta, del abuso que se comete, que eso nada tiene que ver con lo que estamos tratando aqui.

Pero áun tú, amigo mio, áun tú que, segun todas las trazas, distas mucho de aspirar á vida perfecta y piadosa; áun tú que, segun práctica de muchos, quieres para salvarte el *minimum* posible de religion; tú que en asunto de tanta importancia, para el cual nunca son demasiados los requisitos de seguridad, te contentas desgraciadamente con aquello poquísimo que basta para que todo el mundo no te dé ya en vida por irremediablemente condenado; tú tambien, pobre amigo mio, por ilustrado que seas, ó sin ilustrar, necesitas del remedio frecuente de los santos Sacramentos. Tambien tú eres hombre, digo, me parece á mí, y eres frágil, y caes á menudo, y necesitas mano que te levante, luz que te guie, fuerza que te sostenga, consuelo que te endulce mil y mil

amarguras del corazon á que estás de contínuo expuesto. Y todo esto se va á buscar y se encuentra en el uso conforme de los santos Sacramentos. Uso conforme he dicho, porque es claro que no darán tales resultados los Sacramentos, si los recibes como tú sueles tal vez cada Cuaresma, por mera formalidad, sin interior disposicion alguna, sin ninguna de las condiciones que enseña como debidas la santa Iglesia y el mismo buen sentido. Tú quizá nunca has encontrado en tales medios de santificacion más que horrendos sacrilegios. ¡Pobre amigo mio! ¡Has quizá escupido la mano benévola que te alargaba Dios por medio de su ministro, en vez de besarla y estrechársela amorosamente! ¡Has verificado un simulacro y una parodia de Confesion y una profanacion de la Comunion, más que una buena Confesion y Comunion propiamente dichas! Comprendo tu desden por el confesonario y tus rechiflas contra los que ves asiduos en frecuentarlo bien! ¡Comprendo que te sea enojoso formar en fila con ellos en la barandilla de la santa Comunion! ¡Lo mismo le pasaba á Judas el traidor con sus hermanos del apostolado; tambien traia torva y enojada su faz en medio de aquella dulcísima Cena en que por vez primera se daba el Salvador á sus fieles amigos. ¡Ah, infeliz! ¡Cuida no le semejes en el desastroso fin, como al parecer tienes empeño en asemejarte á él en tales principios!

Sucede con la Confesion y Comunion lo que con las ciencias humanas. Los más ignorantes son los que creen tener menos necesidad de estudiarlas, y admíranse de que haya quien se queme las cejas y se llene de arrugas la frente para adelantar en ellas. Se les figura á muchos de esos rudos que fuera de su sencillo deletrear ya no hay más que saber en el mundo. Así pasa con muchos cristianos en materias de religion. Como conocen y practican poquísimo de ella, todo lo que es conocimiento y práctica superior lo califican de fanatismo y beatería. Cabalmente no se empieza á conocer algo la Religion sino cuando se ha ahondado bastante en sus interioridades. Y eso, no por medio de libros, sino por medio de práctica interior, porque la Religion es ciencia práctica; y no la conoce más quien más la estudia, sino quien más y con mayor humildad la practica. Quien rara vez se confiesa

apenas halla de qué confesarse; créese el infeliz tener de sí propio un conocimiento completo, y como no ve nada en su conciencia, juzga que nada tiene de criminal ó defectuoso. Pero repara que el no ver, puede ser ó porque realmente no haya cosa que ver, ó porque esté á oscuras el que desea verla. Así sucede á los tales. Miran su conciencia y nada ven; no porque nada haya allí, sino porque miran sin luz. Por esto acontece que aquellos mismos que nada veian y nada hallaban de qué confesarse cuando se confesaban poco, encuentran siempre de qué, cuando dan en confesarse más á menudo. ¡Ah! es que abriendo de par en par las puertas del corazon á Dios, entra en él como un rayo del sol de la divina gracia que alumbra hasta el último de aquellos secretos escondrijos, y entonces ¡oh, cuán pasmado queda el cristiano encontrando allí tantas y tantísimas suciedades! Allí el olvido de los más sagrados deberes con Dios y con el prójimo; allí los pensamientos impuros y los malos deseos abrigados tal vez con detenida y criminal complacencia; allí la torpeza y escándalo en el hablar, mirar y tocar; allí el poco cuidado de la familia; allí la poca delicadeza en los negocios contra lo que previene el séptimo mandamiento, porque hay muchos modos de robar que no se llaman robo y lo son; allí la fama del prójimo manchada ó tiznada; allí los rencores y mal encubiertas venganzas; allí el desprecio de las cosas santas, y el odio á la Religion, y la difamacion de sus ministros; allí el olvido sistemático de los preceptos de la Iglesia tocante á ayunos y abstinencias; allí... pero ¿qué, amigo mio? ¿Será caso ahora de que te dicte yo aquí tu confesion general ó por lo menos el exámen de conciencia?

—Es verdad.

—Basta, pues; discurre así, y sobre todo desea confesarte bien, y para eso confiésate á menudo. Verás como nunca más se te escapa de los labios la palabra poco cristiana, por no decir blasfema, que ha dado pié á este rato de conversacion.

XXX.

DIOS QUIERE EL CORAZON.


OMA! pues es claro que lo quiere, y primero que otra cosa alguna; y lo mismo quieres tú de tus amigos y servidores, y nadie, que yo sepa, pasa por menos. Y todo acto externo, que no anduviese acompañado del corazon, seria por esto solo mera ficcion é hipocresía. Conste, pues, que es verdaderísima verdad y fuera de toda duda que, sí, señor, Dios quiere el corazon. Pero tú, amigo mio, quieres decir otra cosa con esta frasecilla que el mundo poco devoto te ha enseñado á pronunciar y que tú repites tal vez inconscientemente. Tú quieres decir con ella que Dios *sólo* quiere el corazon, y que no quiere del hombre otra cosa alguna grande ni chica, lo cual, y perdóname, amigo mio, es un disparate mayúsculo, es una barbaridad.

Vaya, escucha un rato.

Tiene Dios derecho absoluto sobre todo nuestro sér, porque de todo Él es autor, conservador, redentor, y ha de ser un dia glorificador. Es decir que somos de Dios toditos enteros, y no en parte solamente. Suyo es el corazon como la cabeza, el cuerpo como el alma, los órganos internos como los externos, sin que molécula alguna ni pelo alguno, por insignificantes que sean, puedan alegar derecho alguno de independencia.

Si, pues, todo lo nuestro es de Dios, con todo ello debemos servirle y prestarle homenaje. Por esto la Religion, que es el modo ordenado por el mismo Dios para rendirle estos homenajes y servicios, tiene prescritos dos clases de actos, unos interiores y otros exteriores. Con la diferencia de que los interiores pueden alguna vez prestarse solos; los exteriores siempre han de prestarse acompañados de su correspondiente acto interior. Porque el acto interior por sí solo vale

ya mucho, es excelentísimo; pero el exterior por sí solo, sin el interior, quedaria reducido á vana formalidad ó mera ceremonia. De consiguiente, en la verdadera Religion se dan casos en que basta emplear en obsequio de Dios el corazon; hay empero otros en que se exige tomen parte en este homenaje los miembros exteriores.

Demos un paso más. ¿Por qué esta necesidad de actos exteriores en la Religion? Aparte de la fundamental que te he indicado, esto es, la de que todo el hombre es de Dios y de consiguiente Dios por todo el hombre debe ser servido, hay otra de carácter humano y social, pero no de poca importancia. El hombre no es un sér aislado que no tenga relaciones más que con Dios y consigo mismo. Si así fuese, tal vez Dios no le exigiria con tanto rigor el homenaje de sus actos exteriores, tal vez se contentaria Su Divina Majestad con verle sus buenos sentimientos en el fondo de su corazon, y daríase con esto por contento y satisfecho. Pero el hombre es un sér esencialmente social, así que en los actos religiosos debe á veces obrar, no sólo como simple individuo, sí que como miembro de la colectividad general de que forma parte. Por esto la Religion, además de ser un deber íntimo de cada hombre en particular, es un deber de la sociedad entera que con ella reconoce su sujecion á Dios, y le rinde adoracion, y le presta vasallaje. Ahora bien. En la sociedad no hay lazo alguno que nos una, ni deber que podamos cumplir colectivamente, sino por medio de actos exteriores. Por esto las mismas leyes humanas han procurado dar cierta forma exterior á los actos más importantes de la vida civil, sujetando los actos jurídicos, como por ejemplo la toma de posesion, á ceremonias y actos corporales que se puedan certificar, revistiendo de ciertas fórmulas solemnes el juramento, por ejemplo, la investidura de ciertos títulos, el ejercicio de ciertas funciones, etc., etc. Es, pues, muy conforme á la razon, lejos de ser extraño á ella, el que algunos deberes religiosos sean tambien externos á la vez que internos, como interno y externo es el hombre que los ha de practicar, é interno á la vez y externo el fin para que se practican. El género humano en masa lo ha comprendido y practicado así desde el sacrificio de Abel hasta los ritos su-

persticiosos con que hoy dia venera á su ídolo el más desconocido salvaje de la Oceania. Tal ha sido el parecer de todos los hombres de todos los siglos, de todos los climas y de todos los cultos, siendo muy extraño que el incrédulo, en odio á la verdadera fe, se crea dispensado de esta formal y terminante prescripcion del sentido comun.

Pero ¡ca! ¡qué ha de ser extraño! no es que se pape tales absurdos el hombre sin Religion; lo que hace es tomarlos en boca, sin creerlos, para autorizar y justificar en algun modo el total olvido de sus deberes, en que vive sumido. ¡Dios quiere el corazon! dice él, y cree con esto dar á entender que ahí en el fondo de su corazon ama mucho á Dios, le agradece muchísimo sus beneficios, le pide á todas horas perdon de sus pecados, le ruega con el mayor fervor por sus necesidades. Lo ciertísimo y segurísimo es que ese desdichado, que quiere servir á Dios únicamente con el corazon, nunca siente en su corazon pensamiento alguno de Dios, ni cosa que lo parezca.

Es la verdad, y como eres muy dueño de pedirme pruebas, te las voy á dar á renglon seguido, tales que te dejen sin duda sobre el particular.

Está el hombre construido de tal manera, es tal la trabazon misteriosa que existe entre su alma y su cuerpo, que es de todo punto imposible, á no mediar grandes, continuados y violentísimos esfuerzos, que lo que nos pasa en el corazon no se traduzca inmediatamente en hechos exteriores. El amor, el odio, la esperanza, la desesperacion, la incertidumbre, el deseo, la alegría, el mal humor, el agradecimiento, la dignidad ofendida, sentimientos son puramente internos que no se experimentan en el brazo, en el pié, ni en los ojos, sino únicamente en el fondo del corazon. No obstante, ¿hay álguien poseido de cualquiera de ellos, que, á no ejercer gran violencia sobre sí propio, no los traiga como transparentados en el rostro y manifiestos en cada uno de sus movimientos? En tanto es así, que tales estados del ánimo, en el hombre que obra naturalmente y sin ficcion, se los conoce y adivina el más lerdo, y áun disfrazándose aquel y componiéndose mucho para disimularlos, se necesita muy poca perspicacia para descubrírselos. Ahora bien. Si esto pasa

tratándose de los sentimientos más comunes de la vida, ¿no pasará asimismo tratándose del sentimiento religioso, que es el más profundo de todos, el más eficaz, el de índole más expansiva? El hombre que de veras sirva á Dios con el corazon, ¿podrá en modo alguno disimularlo en todas la série de su vida? La llama que allá en el fondo dice él tener viva y ardiente, ¿podrá no comunicar cierto ardor á todas sus palabras, gestos y acciones? Ser de veras fervoroso en el fondo del alma y presentar constantemente en el exterior todas las trazas y rasgos de la impiedad y de la indiferencia ¿es posible? ¿No seria esta una hipocresía de maldad, mucho más difícil de sostener y llevar á cabo que la más refinada hipocresía de virtud?

Fija ahora los ojos en esos hombres que blasonan á todas horas de servir á Dios *con el corazon* y se rien de las prácticas exteriores del Catolicismo, que tienen ellos por bobadas y niñerías; por poco observador que seas, verás muy luego que nada más olvidado y apartado y enemigo de Dios que ese corazon en el cual pretenden tenerle erigido tan extraño y curioso altar. *Dios quiere el corazon,* dicen; *á Dios le basta el corazon,* repiten; y blasfeman de Dios sus labios, se burlan de Dios en sus conversaciones, no temen á Dios en sus negocios, se les da un pito de la ley de Dios en sus placeres, no se acuerdan de que haya Dios en ninguno de los actos de su vida. Precisamente el pensamiento de Dios, cuando de veras domina en el corazon, da gravedad á las palabras, elevacion y grandeza á las ideas, cierta compostura y modestia al trato: un hombre lleno de Dios, ó que tenga de su amor una leve chispa siquiera, no puede ser frívolo, deshonesto, duro con el pobre, codicioso, egoista, amigo sólo de su interés. El pensamiento de Dios en el fondo del alma es como un rayo de vivísima luz que ilumina con sus resplandores á todo el compuesto humano, aunque se la quiera tener escondida en lo más secreto de él. Y esos hombres que dicen tener entregado su corazon á Dios, viven en el mundo en su vida privada, en su trato social, en sus negocios y placeres, como ateos prácticos del mayor calibre. ¡Habrá singularidad! ¡Rareza como esta!

Tú podrás creer en ella si gustas, amigo lector; yo soy

menos inocenton y no quiero me la peguen tan fervorosos caballeros. A semejanza de muchas otras frases que se han inventado y generalizado adrede para dar á entender con ellas cosa enteramente contraria de lo que significan, pertenece la que forma el título de este librejo al vocabulario usual de los enemigos de Dios ó de los que le son poco amigos, no al de los firmes y decididos creyentes y religiosos de corazon. Quien de veras ama y sirve á Dios, no esconde este su amor y veneracion tras muros y pantallas, sino que se goza en traerlo patente á la luz del sol, para ejemplo de sus hermanos y gloria del mismo soberano Sér á quien sirve y adora. La frase *Dios quiere el corazon* es, pues, máscara y nada más.

Sirve á Dios, amigo lector, con el corazon siempre, eso sí, pero luego y juntamente con todo lo demás que te ha dado Él para su servicio. Sírvele con todos los miembros, que es indudable le puedes dar gloria con todos. Y áun el mismo corazon, para encenderse y avivarse, necesita del auxilio de los medios exteriores, para que le ayuden á sentir y amar. El culto externo y las prácticas más minuciosas han sido todas dispuestas para este objeto. Al corazon se le mueve y se le excita con lo que se reza, con lo que se canta, con lo que se presenta pintado ó esculpido ante los ojos, con la armonía del órgano y de la orquesta, con el alegre ó lúgubre son de las campanas, con la majestad de los suntuosos templos, con el brillo y riqueza de los ornamentos. Todo esto son medios para mover el corazon, y sin ellos muchas veces estaria éste tibio, indiferente, aletargado. Somos así, amigo mio, somos así, y no hay que exigirle á la humana naturaleza que sea como Dios no quiso que fuese. Tú mismo en los dias de fiesta cívica ó de alborozo patriótico has de acudir á tales medios exteriores para mostrar tu entusiasmo ó para excitar el de los demás, sin que por esto desconozcamos que el tal sentimiento es cosa principalmente del corazon. ¿Cómo te atreverias, pues, á condenar en la Iglesia el proceder lógico y natural que sigues tú en los más usuales acontecimientos de la vida?

Dios quiere el corazon, es verdad; pero quiere que frecuentes los santos Sacramentos para limpiar y mantener

puro tu corazon; quiere que leas libros buenos y oigas la palabra divina para tener advertido é instruido en su ley santa tu corazon; quiere que le reces á menundo, y oigas la santa Misa, y asistas á las funciones del culto, para que no viva distraido únicamente en los afanes del negocio ó del placer tu corazon; quiere que dés limosna á los pobres y á la Iglesia para que acredites con estos sacrificios la generosidad de tu corazon; quiere que te impongas mortificaciones y privaciones para precaver ciertos extravíos y refrenar ciertas libertades á que te lleva tu corazon. Sí, señor; y todo esto lo quiere Dios porque quiere tu corazon.

Tambien lo quieren el mundo, demonio y carne, y mira para logrártelo ¡cuántos lazos tienden! ¡cuánta pompa despliegan! ¡cuán dulcemente te arrullan los oidos! ¡cuánta ilusion hacen pasar por delante de tus ojos! Y ¡con cuántos desvelos, sudores y fatigas trabajas tú para contentar á esos malditos enemigos que no desean sino pescar tu corazon! ¡Ah! ¡Si bien comprendieses lo que en otro sentido significa ese *Dios quiere el corazon* que tú empleas sólo como paliativo de tus descuidos y negligencias! Le darias entonces de veras á Dios tu corazon, y dándoselo de veras, dariasle á la par palabras, pasos, acciones, toda tu vida, todo tu sér, todos tus intereses, todo lo que puedes, vales y significas, todo por su gloria y servicio, todo por Él, con Él y segun Él, que eso es amar como quiere Él ser amado, eso es servir como pide Él ser servido, esto debiera significar cristiana y filosóficamente, no mundana é impiamente, la frase tantas veces repetida: *Dios quiere el corazon*.

XXXI.

¡TODOS SOMOS IGUALES!

Todos somos iguales! Sí, señor, y es cosa clara, muy clara. ¿Acaso no somos todos hijos de un mismo padre? ¿Por qué, pues, esta ignominiosa distincion entre ricos y pobres, entre amos y criados, entre propietarios é inquilinos? ¿No hay aquí una atroz injusticia? ¿No pide todo esto un pronto remedio ó cuando no pronta venganza? ¡Viva, pues, la reforma social!»

Así, amigo mio, trabajador, habrás oido ó leido mil veveces, que para el caso es igual. Y habrás creido hallar un no sé qué de razonable y equitativo en estas declamaciones; porque, eso sí, nuestra pícara imaginacion encuentra siempre justas y corrientes las cosas más disparatadas, como en poco ó en mucho halaguen la vanidad ó el amor propio. Es esta la ventaja del socialismo, que declarándose en apariencia en favor de los más contra los menos, tiene ya hasta cierto punto asegurado el voto de la mayoría, á la cual adula y promete libertad, y goces sin fin, y maravillosos ensanches de conciencia. Con tal programa y supuesta la educacion irreligiosa ó indiferentista que se ha dado años há al pobre pueblo, á ciencia y paciencia de quien debia impedirlo, y á pesar de la eterna protesta de quien desde el principio supo preverlo, no es de maravillar haya crecido como la espuma el cáncer socialista, sino que lo muy raro y milagroso es no nos tenga ya á todos devorados, como tal vez merecemos. Mas dejemos para otro dia más de vagar, filosóficas y quejumbrosas consideraciones, y vámonos derechitos á la historia que ha de formar el asunto del presente librejo.

Aquellas primeras frases y subsiguiente viva, y otros que me callo por abreviar, formaban el epílogo con que en un mugriento café cerraba su acostumbrada perorata uno de esos apóstoles flamantes que desde la Revolucion acá le han

nacido para su desdicha al pueblo soberano. Y la turba aplaudia frenéticamente, mezclando á los vivas las palmadas, y acompañando las últimas con sendos sorbos de ron; porque la interesante discusion se tenia, como es uso y costumbre, al rededor de las botellas.

Y seguia vomitando disparates y bocanadas de humo el apóstol del pueblo, y seguia el berrear de su exaltado auditorio, y seguian los vivas y el palmoteo.

Uno solo permanecia silencioso, sin tomar parte en aquel grosero cotarro. Fijos los ojos en el diablo predicador, apenas si con ligero fruncimiento de sus cejas y labios daba á conocer, ora el más desdeñoso desprecio, ora la indignacion más concentrada. Era un hijo del pueblo; modesta chaqueta, hongo menestral, manos encallecidas en el oficio, tez curtida por las inclemencias. Por cuarta vez acababa de resonar el ahumado salon con el palmotear de los concurrentes, pues que por cuarta vez acababa de dar fin el fogoso orador á uno de sus más pomposos periodos con la frase de gran efecto: ¡Todos somos iguales!

—Oiga V., compadre, interpeló de repente el obrero hasta entonces silencioso. ¿Y en qué somos iguales?

—¡Bien! ¡Bien! ¡Qué hable el neo! prorumpió alborotado el concurso en son de mofa. ¡Qué hable! ¡Qué hable!

—Sí, amigos mios, sí; voy á hablar, aunque con manos y lengua menos sueltas de lo que lo acaba de hacer vuestro falso amigo, pero tal vez con algo más de razon y sentido comun. ¿Qué somos iguales, dice? ¡Vaya! no seais inocentes; ó mejor, no seais majaderos. No somos iguales, ni lo podemos ser. Doy una ojeada á la redonda y me hallo en todas partes con la desigualdad, y cierto no impuesta por los hombres ni ordenada por las leyes, sino nacida por sí propia sin que nadie la alcance á remediar. ¿Somos iguales en edad? No, porque hay viejos y jóvenes. ¿Somos iguales en salud? No, porque hay sanos y achacosos. ¿Somos iguales en fuerza corporal? No, porque hay quien no puede levantar con ambos brazos un peso que levanto yo con sólo un dedo. ¿Somos iguales en talento? ¡Válgame Dios! Y ¿por qué he de compararme yo, que nunca pude pasar de deletrear mal que bien el manuscrito, con los que componen li-

bros, espetan discursos y escriben comedias? ¿Somos iguales en ganas de trabajar? No, ciertamente, porque hay quien gusta de tomar el sol en invierno y el fresco en verano, y hay al revés quien suda el quilo en verano y en invierno para arrancar de la tierra ó de la fábrica un pedazo de pan. ¿Somos por fin iguales en conducta? ¡Vaya en gracia! ¿Acaso no existen por ahi pilletes y calaveras, y no existen hombres de bien? Conste, pues, y no me hagan cansar más, que no somos iguales.

—Muy bien, repuso uno de los circunstantes; pero el señor quiso decirnos que en rigor debíamos serlo todos en riquezas y posicion social.

—Sí, eso dije y á eso me atengo, volvió á gritar con voz estentórea el embaucador; eso dije, ó por lo menos eso quise decir. ¿Por qué han de arrastrar coche unos, cuando pisan otros el lodo de la calle con sus piés descalzos? ¿Por qué ha de levantarse la casucha del mendigo ante el palacio del millonario? ¿Por qué ha de haber quien pase llorando toda la vida, cuando hay quien la pasa toda riendo? A eso iba yo. O todos pobres, ó todos ricos. Que se pase el rasero por la superficie social. ¡Todos iguales!

Volviendo á resonar los bravos y las palmadas, y volvió á pedir la palabra el juicioso menestral.

—Calma, calma, amigos mios, que el caballero que os quiere hacer felices discurre como un adoquin. ¿De qué proviene la mayor riqueza? Claro está. Proviene de tener más ó menos medios para adquirirla. ¿Y cuáles son estos medios? Muchos hay, pero los más usuales son mejor salud, mejor ingenio, mejores fuerzas, mayor aplicacion y buena conducta, y hasta si quereis, hablando como se suele, mayor fortuna y buena suerte. ¿No es verdad, camaradas?

—Sí, sí, respondieron á coro los del corrillo, apurando otra vez las copas.

—Pues bien, escuchad ahora otro poco, que por vida de Barrabás, ó yo no sé lo que me pesco, ó vais á entrar inmediatamente en razon. Querer igualdad en riquezas, sin haber obtenido antes igualdad en los medios de adquirirlas, es una locura. Es querer un imposible. Oidme una comparacion. Los cuerpos de la naturaleza tienen distinto peso se-

gun su sustancia. El plomo pesa más que la piedra, la piedra más que la madera, la madera más que el corcho, el corcho más que la pluma. ¿Estamos?

—Sí, pero ¿á dónde diablos vais con tan extraña comparanza?

—Al asunto en derechura. Tomad un pedazo de plomo, otro de piedra otro de madera, otro de corcho y otro de pluma. Arrojadlos al agua. ¿Llegarán todos al fondo á un mismo tiempo?

—Claro que no.

—Por supuesto, y pretenderlo fuera necedad. Cuando al plomo llegue á tocar el fondo ó suelo del estanque, la piedra habrá llegado á la mitad de su camino, la madera y el corcho se quedarán sobrenadando á flor de agua, la pluma puede que ni llegue á tocarla, porque lo probable es que se la lleve el aire.

—Bien, ¿pero qué sacais de aquí para nuestro caso?

—Calma, amigos, por Dios, que ahora voy á sacar la aplicacion del cuento. Así pasa en la sociedad, ni más ni menos. No somos todos de igual peso ó medida, ni en lo corporal, ni en lo intelectual, ni en lo moral. Hay quien en alguna de estas cosas ó en todas juntas vale por diez; hay quien vale por cinco; hay quien ni á eso llega y vale no más por dos; hay quien apenas pasa de uno; hay quien no llega á medio; hasta hay quien vale lo que un cero á la izquierda, es decir, purísimo nada. Así que en todo, pero muy en particular en la adquisicion de bienes de fortuna, que es el punto que tratamos aquí, hablando por regla general, quien más vale más puede, y quien más puede más medra. Querer que el débil, el tonto ó el perezoso ocupen en la sociedad igual nivel que el fuerte, el sabio ó el diligente, es querer que en un estanque de agua ocupen igual nivel el plomo, la piedra, la madera, el corcho y la pluma. Con que vamos, señores, ¿he dicho algo? ¿Ajusta ó no ajusta la comparacion?

—¡Cierto! ¡Cierto! exclamaron á coro los bulliciosos compinches, y el apóstol de mentiras empezó á buscar con los ojos la puerta de la calle para escurrir el bulto, temeroso sin duda de un mal fin de fiesta.

—Sí, señores, prosiguió el hombre de la chaqueta: de donde concluyo que los que nos prometen la igualdad social, ó llámense comunistas y socialistas, ó son necios que no saben lo que se pescan, ó malvados que quieren encaramarse sobre nuestras espaldas. Vamos á ver. Tú, Juan, que eres buen albañil y desempeñas á maravilla cualquier trabajo delicado, ¿te resignarias á ganar lo mismo que Perico tu aprendiz, que sólo sirve para echar remiendos de poco más ó menos?

Tú, Francisco, acreditado oficial zapatero, que vistes el pié de elegantísima seda á las damas más tiesas de la capital, ¿quieres que te igualemos en jornal al remendon de la portería de ahí en frente, que echa mal ó bien tacones y medias suelas? Vaya, amigos mios, que el pueblo soberano á quien tal se diese á entender seria muy majadero. ¿Qué tal?

—¡Bien! ¡Bien! el neo habla como un libro; no se puede negar.

—Déjense de pullas, caramba, y déjenme echar el resto, que voy de prisa. Pues, supongamos que tú, Juan, y tú, Francisco, el uno siempre en el andamio con la llana y el mazo y lo demás, y el otro en su eterno taburete con la lezna y el martillo, trabajando, no diré como negros, que es mala comparacion, sino como buenos menestrales, habeis logrado á fuerza de sudores y economías reunir un fondo tal cual, y que á lo mejor os casais como Dios manda con mujercitas de bien, que las hay por ahí á docenas; y con lo que ganais vosotros y ahorran ellas, que para eso se pintan solas las mujeres buenas, vas tú, Francisco, montando tu tienda zapateril que es un primor, y tú Juan, te conviertes de jornalero en empresario, y tomas obras por tu cuenta y riesgo, y realizais ambos cada dia más pingües ganancias limpia y honradamente, sin daño del prójimo ni ofensa de Dios... Decidme: ¿hay quién pueda con razon encontrar injusto y malo que seais vosotros así medianamente acomodados ó verdaderamente ricos, sólo porque él no tuvo talento, fuerzas ó diligencia para hacerse lícitamente con igual ó semejante posicion? Y si despues de algunos años, teniendo á vuestro rededor numerosa familia, que es sangre de vuestra

sangre y carne de vuestra carne, haceis lo que debeis dándoles á los hijos carrera y á las hijas buen acomodo, y al morir repartís entre ellos y entre ellas aquello que con el sudor de vuestra frente ó con vuestro ingenio habeis ganado, ¿quién negará que las fincas y rentas que en el testamento les dejeis á vuestros hijos é hijas son suyas, muy suyas, tanto como si ellos mismos las hubiesen adquirido? ¿Será bueno que salga entonces un cualquiera, un zote ó un infeliz que nunca supo más que ganarse el pan de cada dia, ó un calavera derrochador que pasó los mejores años de su vida en bromas y francachelas en vez de dedicarla al trabajo honrado y constante; será bueno, digo, que salga entonces uno de estos, y viéndose pobre porque ó no supo ó no pudo ó no quiso salirse de tal, la emprenda contra vosotros y contra los frutos de vuestro trabajo al grito de ¡Viva la igualdad!—

Bonitamente y sin llamar la atencion habia tomado ya las de villadiego el propagandista revolucionario, temeroso con razon del resultado de su conferencia, tan en buen hora atajada por el simple buen sentido de un pobre trabajador.

Tal es el socialismo con cuyos fantásticos ideales á tantos pobres hijos del pueblo se embauca y embriaga hoy dia, y en nombre de quien á tantos incautos se empuja por el camino del odio á la sociedad y áun de los más horribles atentados. ¡Hijos del pueblo trabajador! ¡Os engañan, os engañan! No, no podemos ser iguales en este mundo, por más que os lo prediquen falsos reformadores. Habrá ricos siempre y habrá pobres, como habrá siempre sanos y enfermos, listos y tontos, fuertes y débiles, diligentes y perezosos, honrados y criminales. La desigualdad social no la extirparéis como no extirpeis la fuente de ella, que no son las leyes humanas, sino la misma naturaleza del hombre, degenerada de su primera perfeccion por el pecado original. Miembros caidos é imperfectos, no podemos formar una sociedad perfecta. Lo único que podemos con el auxilio de la Religion es sacar algunas ventajas relativas de estas mismas imperfecciones. Pero esto requiere más ámplia explicacion.

XXXII.

¡MÁS TRABAJO Y MENOS FIESTAS!



ROPÓNGOME en cuanto salga diputado presentar á las Cortes un proyecto de ley por el que se reforme el catecismo, cuyas primeras preguntas y respuestas deberán redactarse en adelante del modo siguiente:

—Díme, chico: ¿para qué fin fué criado el hombre?

—Para producir en este mundo muchos géneros de seda, lana, algodon y nada más.

—¿Es el hombre un animal racional?

—No, señor, es sencillamente un animal mecánico industrial.

—¿Y á qué fin fué criado el mundo?

—Para la produccion y tráfico de géneros, y pare V. de contar.

No te rias, amigo lector, de este mi extraño exordio, que más bien es cosa que ha de moverte á llorar. No sé si en efecto es posible que hable un dia el catecismo del pueblo de este modo. Lo que sí te puedo asegurar es que tales disparates, si no los enseña aún hoy nuestro catecismo popular, que, gracias á Dios, es todavía católico, apostólico, romano, lo practican ya como dogma de fe y más que si lo fuese innumerables gentes del dia. Cosa es muy de moda entre ciertos economistas que, al estudiar el hombre y sus necesidades, para nada tienen en cuenta á Dios y al alma, frioleras con que hemos contado siempre los rancios y anticuados, por otro nombre católicos. Que se trabaje mucho para que se gane muchísimo y así goce el cuerpo lo más y mejor que pueda, hé aquí el ideal práctico realizado ya en muchas partes, sobre todo en los grandes centros industriales. De aquí que les parezca á esos completamente perdido el tiempo que no se emplea en puro movimiento industrial ó mercantil; de aquí la manía de andarse sumando sin cesar las horas, mi-

nutos y segundos *que se pierden* cada dia festivo, y las docenas de dias festivos *que se pierden* cada año, para deducir por rigoroso cálculo matemático los millones de millones de pesos fuertes que lleva *perdidos* al cabo de un año ó de un siglo la riqueza pública, todo por culpa de esos hábitos de ociosidad y holganza que crea y fomenta en el pueblo nuestra santa Religion, responsable al fin de todos nuestros atrasos. ¿Quién ¡oh lector! no ha oido ó leido mucho de eso por poco que haya vivido en contacto con cierta clase de personas, luz, flor y espuma del siglo actual?

Claro está, pues, que hemos de defender las fiestas como todo lo que con miras tan santas como humanitarias ha establecido la Iglesia católica. No renegamos del trabajo humano, que santo es tambien y lo bendice Dios, y ha hecho de él un deber y un consuelo y hasta un placer para el hombre; mas no por eso hemos de condescender con la impía frase *más trabajo y menos fiestas*, como vociferan algunos; sino abogar, sí, por el trabajo debido y por las fiestas cristianamente observadas, como enseña la Religion.

Si crees en Dios, amigo mio, debes creer que tienes el deber de adorarle y servirle. Debes asimismo reconocer que de todos tus deberes este es el principal, el preferente, al que con más atencion y cuidado debes atender. Exige, pues, el órden que para eso haya dias especiales, y todos los hombres de todos los pueblos, y de todos los cultos, áun de los falsos, han señalado para eso dias que han llamado de fiesta. La tradicion del género humano, hija de la primitiva revelacion, ha fijado para esto el dia séptimo de cada semana, y es admirable la conformidad en que se encuentran por lo que á eso toca los pueblos todos: prueba fehaciente de su orígen comun y del dogma fundamental de la creacion del mundo en seis dias y de su terminacion en el séptimo. Despues la Iglesia, en uso de su derecho sobre las conciencias de sus hijos (que por esto se llaman *suyos*, porque le reconocen este derecho), la Iglesia, digo, ha ordenado que se celebrasen con cesacion de trabajo ciertas fechas gloriosas relativas á la vida de Jesucristo, de María santísima ó de algunos Santos, que ella quiere conservar más vivas en el corazon de los pueblos, tales como el Nacimiento de Nuestro Señor, su manifestacion al mundo gentil ó Epifanía, su Resurreccion, etc., etc.

—Pero, me dirás, para esto basta cualquier dia de los comunes sin necesidad de que se suspendan los trabajos y se pierdan jornales.

—No, amigo mio, no basta, y eso lo sabe la Iglesia y lo sabes tú, me atrevo á decir, más que ella misma. Aun las personas más adictas á Dios, si están regularmente ocupadas, ¿qué rato pueden dedicar á las cosas de Religion en los dias de labor? Gracias que las más fervorosas cercenen algo de sus horas de recreo ó descanso para dedicarse unos momentos á la práctica de algun acto piadoso. Pero los más, la turba inmensa de los que, áun siendo buenos, no están dispuestos á grandes sacrificios, ¿dedicarian un momento á Dios y á su alma si la Religion no hubiese puesto para eso dias especiales? Sin dias festivos no pasaria medio siglo sin que quedase del todo borrado de la faz de una nacion cualquiera todo vestigio de Religion. A bien que por eso se concibe el odio verdaderamente satánico que tiene la impiedad contra las fiestas. Tú mismo, á quien ahora todos los dias parecen buenos para pensar en Dios y en la otra vida, ¿qué horas emplearias de los de labor para aquellos tan sagrados objetos? No seria extraño que dijeses entonces: Pues qué, y ¿cómo quieren que piense en Dios si ni un dia tengo de vagar para eso? Y echarias en cara entonces á la Religion el que no hubiese señalado para eso tiempo especial, ahorrándote la molestia de tener que escogértelo.

Las fiestas tienen otro aspecto interesantísimo: es el aspecto social. Una sociedad compuesta de eternos trabajadores sin tregua ni descanso en sus trabajos, no seria ni culta, ni cómoda, ni bella. El trabajo excesivo embrutece al hombre, como la excesiva holganza. Figúrate un trabajador cualquiera, que nunca, ni un dia, pudiese levantar su cuerpo encorvado siempre sobre aquella materia en que trabaja; que ni un dia solo pudiese lavarse rostro y manos y cambiar el traje asqueroso y entregarse á la expansion, al solaz, al trato de los amigos, á las dulces afecciones de la familia. Figúrate un hombre así, y que todos los hombres fuesen como éste, y que así estuviese constituida la sociedad. La plaga de los hombres metalizados y sin corazon seria entonces general, y no se tardaria en reconocer que no le basta á

un pueblo fabricar muchos productos y venderlos á buen precio para ser culto y civilizado, sino que son menester sanas ideas, buenas costumbres, honrados afectos, vida del alma y del corazon, la cual no es incompatible con la de la industria y del comercio, pero puede ser fácilmente ahogada por ésta, si á ésta se da única y exclusiva importancia.

Mil veces he pensado que si no tuviesen los pueblos cristianos establecida esta ley del descanso del dia festivo, y supiésemos que la tuvieron allá en sus códigos los griegos y romanos, ó se hubiese descubierto recientemente entre los chinos, ó la hubiesen por primera vez planteado entre los norte-americanos Washington ó Franklin, toda esa grey de filósofos á la moda que ahora la encuentran absurda y antieconómica y ruinosa para la industria, sólo porque la ha puesto entre sus leyes el Catolicismo, la verian entonces como el rasgo más admirable del talento de aquellos legisladores, como modelo de alta prevision humanitaria, como el más noble tributo rendido á la dignidad del trabajador. ¡Oh qué elocuentes estarian entonces nuestros filántropos, ponderando las excelencias de una tal ley que no consiente que el hombre sea esclavo de su trabajo más de seis dias seguidos! ¡Cómo se desharian en elogios de aquella civilizacion que así miraba por la vida superior del hombre, obligándole á dar treguas cada semana á sus cansadas tareas para que de vez en cuando levantase la frente al cielo con dignidad y se acordase de que no es bestia ni máquina! ¡Con qué subidas ponderaciones acusarian entonces al Catolicismo de opresor sistemático del pobre, de poco cuidadoso del progreso moral é intelectual! Serian cosa de ver y de leerse los librotes y artículos que sobre eso se escribirian, los proyectos de ley que se presentarian á las Cámaras, los programas de emancipacion obrera que con este motivo andarían por ahí hilvanados. Ahora es la Iglesia quien por suerte se ha anticipado á todos estos deseos, ahora es suyo el honor de haber prohibido á sus hijos el trabajo continuo y sin reposo y por consiguiente brutal, y por eso, porque es católica la ley, porque es del Evangelio, porque es de Cristo y de los Papas, se la encuentra ¡mal pecado! contraria á la civilizacion, perjudicial á la industria y á los intereses del pueblo. ¡Cuántas ve-

ces, casi siempre, á los ojos de la impiedad no tienen de malo y de odioso las cosas católicas más que el ser católicas!

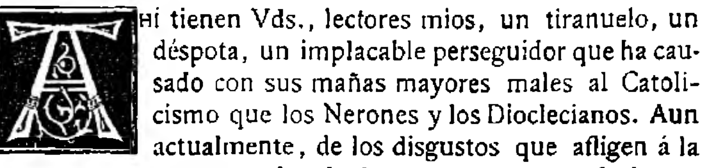
Más trabajo y menos fiestas es, pues, un despropósito de los gordos, que no puede resistir al exámen de la razon iluminada por la fe, ni áun al del simple buen sentido. Más valdria pedir exacta y cristiana observancia de las fiestas, para muchos hoy completamente desconocidas, para otros miserablemente trocadas de dias de Dios en dias de Satanás. Sí, porque no se cumple con la institucion del dia festivo sólo con desembarazarse en él de los ordinarios quehaceres, sino *santificándolo* como con palabra muy expresiva manda la Religion, es decir, empleándolo en obras de piedad y de servicio de Dios y del prójimo, haciendo que descanse en él el cuerpo para que se aproveche de la tregua el espíritu, no para que le sirva á éste de peor ocasion de envilecerse y degradarse. Si no producen las fiestas el fin eminentemente social y civilizador para el cual, despues del religioso, han sido prescritas, cúlpese á la corrupcion de costumbres y á la perversion de ideas que esto han falsificado y torcido como tantas otras cosas. Las emociones corrosivas del baile y del espectáculo inmundo, el ansia febril del juego, el envenenamiento lento por medio del vino y de la lujuria, han sustituido en muchas partes á los goces puros y tranquilos del hogar doméstico, al paseo en familia, á la enseñanza del sacerdote en los oficios de la parroquia, á las honestas expansiones de la amistad, en una palabra, á todo lo que constituye en los pueblos honrados y cristianos la observancia dominical. ¿No es doloroso ver hoy que en los dias del Señor es cuando más vigilante ha de ponerse la policía, más crímenes registra la crónica local, más lágrimas se derraman en las familias?

Tú, pobre amigo mio que me lees, tú que por ser pobre mereces de un modo particular el interés del propagandista católico, haz del dia festivo un objeto de verdadero culto y devocion. Aquel dia no es de tu amo terrenal, ni de tu mayordomo, ni de tu capataz. Es el dia tuyo y de Dios. De nadie más. Dios lo reservó expresamente para sí y para tí; porque con su ley llena de bondad y misericordia quiso que

lo que era honra suya fuese á la par bienestar y honra de tu persona. Vístete aquel dia con tu traje limpio y *de las fiestas*, ya desde el amanecer. Ponerse la ropa del domingo despues de comer, sólo para darse una vuelta al café, es no dar importancia alguna á la parte más principal del dia de Dios, que es la mañana. Vístete, digo, y acude al templo; oye tu misa como es obligacion; recibe los santos Sacramentos cuando lo demande el estado de tu alma ó lo grande de la solemnidad; escucha la voz de tu pastor, que te dirá desde el púlpito ó desde el pié del altar cosas que te conviene no traer olvidadas. Lleva allá á tu mujer y á tus hijos, que le gusta á Dios verte á sus piés con la familia presidida por tí, á quien Él ha constituido tronco y jefe de ella. Come aquel dia y solázate si puedes, con algun mayor gasto. Una peseta que gastes con los tuyos en el seno del hogar te será más provechosa y bien empleada que un real que eches á perder en el café ó taberna entre los viciosos y atolondrados. Lee algo en casa, que despues del pan y del vino nada en lo humano enaltece y honra tanto la casa del trabajador como cuatro libros bien escogidos. Acude otra vez por la tarde ó al anochecer, despues del paseo, á la iglesia si se celebra allí funcion. Y aunque no se celebre, no pases delante de su fachada sin entrarte cinco minutos allí á rezarle tu visita á Cristo sacramentado, que te ama y te desea y te espera. Sacarás del Sagrario luz en las dudas, consuelo en los trabajos, estimacion propia, serenidad en la conciencia, honrada vida y dichosa muerte. Volverás el lunes á tu tarea con nuevo ardor y aguardarás el próximo domingo ó fiesta con nueva alegría. Ya sé que no se hace así en el mundo de hoy, pero por eso es el mundo de hoy profundamente desventurado. Escucha el hondo ¡ay! que sale hoy de las entrañas del pueblo. Es el castigo de los réprobos con que ya en vida castiga Dios á los apóstatas de su ley, á los profanadores de sus fiestas.

XXXIII.

¡QUÉ DIRÁN!



AHí tienen Vds., lectores mios, un tiranuelo, un déspota, un implacable perseguidor que ha causado con sus mañas mayores males al Catolicismo que los Nerones y los Dioclecianos. Aun actualmente, de los disgustos que afligen á la Iglesia de Dios y que todos deploramos, estoy por decir que más de la mitad y la mitad de la otra mitad se deben al poder de ese constante enemigo de toda cosa buena: el maldito *qué dirán*.

El *qué dirán* es el temor pueril, necio, ridículo que nos impide hacer una buena accion ó nos induce á cometer otra mala, sólo por consideracion á lo que pueda luego murmurarse de nosotros. El *qué dirán* es un fantasma que las más de las veces nosotros mismos nos forjamos y que con todo y ser vano fantasma nos aterra, nos sujeta, nos esclaviza indignamente. La cobardía ha sido siempre cosa muy vil, pero es vilísima cuando se tiene ante enemigos débiles y despreciables, y el *qué dirán* es uno de tales enemigos. Si reina y gobierna, si nos liga y avasalla, no es por su poder y fortaleza, sino por nuestra miserable poquedad de ánimo.

Reina y gobierna, he dicho; ¡cuán exacta es esta frase! No son los malvados tantos como representan, ni son los buenos tan pocos como aparece á primera vista; pero ¡ay! gran parte de los buenos hace causa comun con los malos, procura hablar y obrar, ó aparentar que obra como ellos, porque si no, *¿qué dirán?* Y el maldito *qué dirán* hace figurar como invencibles las fuerzas del mal, que sin él serian á todas horas vencidas.

¡Qué dirán! exclama en su interior un jóven de educacion católica, y por aquella sublime razon forma coro con los enemigos de su fe, y oye sin protesta sus groseras blasfemias y sus inmundas obscenidades.

¡Qué dirán! piensa el propietario ó capitalista honrado, y se convierte en servil adulador de los mismos que en su concepto matan las creencias, minan las costumbres, profanan la familia y tienen en riesgo constante la propiedad.

¡Qué dirán! Y la mujer honesta y la niña de buen corazon no se atreven á salir en público ni á presentarse en sociedad, si no visten con libertad y el desahogo de las mujeres infames.

¡Qué dirán! ¡y por esto hallan suscritores los periódicos dictados por el diablo; electores los candidatos hostiles á la Iglesia; concurrentes los teatros donde se baila y se representa á costa de la vergüenza y del decoro público; aplausos los personajes revolucionarios; buena cara y condescendencia y tolerancia y amistad todo lo que de parte de los buenos no debiera encontrar más que retraimiento absoluto, ya que no hay valor para hacerle en todos terrenos guerra sin tregua ni cuartel!

¡Y el *qué dirán*, que tantas bajezas hace cometer, cuántas buenas acciones impide! Aun entre personas de religion, de fe y hasta de piedad, ¡cuánta apostasía y deslealtad por un simple *qué dirán!*

D. Honorato asistia antes á las funciones religiosas y se honraba con servir varios empleos de su parroquia. Hoy no ha abandonado su fe, pero excusa las prácticas de ella. Don Honorato, dígame por favor, ¿por qué?—Hombre, ¡qué dirán de mí! ¡Van á llamarme neo...!

¿Por qué no saluda reverentemente á la casa de Dios, quitándose el sombrero al pasar delante de su puerta, mi amigo D. Florencio? Pobrecillo, no es que no sea católico; bien quisiera él *en su interior*, el triunfo de la Iglesia y la humillacion de sus enemigos, pero... es jóven, viste con esmero, frecuenta la buena sociedad, *¿qué dirán* de él los amiguitos del casino si le sorprenden con el sombrero en la mano saludando la casa de su Dios? Llamaránle beato... y eso es horrible, ¿no es verdad, amigo mio? Verdaderamente es horrible la cortesía con Dios.

Aquel padre de familia procura con el mayor celo la conservacion de las costumbres cristianas en la suya. En casa se reza la accion de gracias despues de comer, porque el hom-

bre, racional y cristiano, no ha de parecerse al bruto animal que se harta de bellota sin agradecérselo al árbol que se la da. Tambien se reza el Rosario y demás oraciones á última hora, pues no es cosa de que los hombres se acuesten como los perros sin encomendarse á Dios. Sólo algunas veces se suspenden durante el año estas piadosas prácticas. ¿Qué poderoso motivo puede justificar esta suspension? ¡Ah! Oidlo, por mi vida. Hay huésped en casa, y el tal huésped es algo despreocupado, y no le da el naipe por cosas de Religion. ¿*Qué dirá* el forastero si en su presencia se dan gracias á Dios y se reza el Rosario de María? Déjese por hoy. Para evitar lo *qué dirá* el forastero, la familia católica aquel dia procurará parecer incrédula.

¡*Qué diran!* Para evitar el *qué dirán* no rezo en la calle el popular y español *Angelus* cuando á ello me invita la campana: doblo la primera esquina para no doblar la rodilla cuando la voz del sacerdote me advierte la proximidad del santísimo Viático que se viene por mi camino: en el templo me coloco como un guarda-canton sin atender á la Misa, ni sacar de mi faltriquera ¡líbreme Dios! un devocionario: esquivo en la conversacion el nombre santísimo de Dios, porque es cosa de mal gusto, etc., etc., etc., y todo por el *qué dirán*, á fin de que no se diga que soy lo que soy, es decir, católico, honrado y buen cristiano, y á fin de que se pueda creer que soy lo que no soy, es decir, ateo, incrédulo, hombre sin Religion.

¿No es esta tal vez tu historia, amigo lector? ¡Qué contradiccion! ¡Qué bajeza!

Si el temor pueril, el vano respeto al *qué dirán* es siempre una bajeza indigna de un corazon bien puesto y santamente altivo, en nuestros dias *reviste* (es palabra de moda) todos los caracteres de una verdadera traicion.

Sabido es que ciertas faltas levísimas y casi disimuladas en tiempo de paz, las castiga el código militar con severidad inexorable en tiempo de guerra. Las circunstancias, en efecto, hacen grave lo que en otras pudiera parecer muy leve, y hé aquí lo que en nuestro caso acontece.

Frente de nosotros tenemos un poderoso ejército que anuncia sin rebozo el plan de destruirnos y aniquilarnos. Su le-

ma infernal es: ¡Guerra á Dios! sus huestes numerosísimas, sus recursos inmensos. El ataque se repite cada dia y cada hora; es un combate sin tregua, desesperado. Se nos dispara de frente, por los flancos y por retaguardia; se nos mina el terreno bajo los piés; se nos tienden astutas asechanzas. Hay quien se llama amigo nuestro para combatirnos mejor; hay quien falsifica nuestra divisa para engañarnos procurando introducirse en nuestras filas, para más á su salvo sembrar el desórden en ellas.

Con condiciones tan desfavorables hacemos nuestra penosa marcha, agrupados en *cuadro*, con nuestro jefe el Papa en el centro, nuestra bandera inmortal ondeante sobre nuestras cabezas, nuestros capitanes los obispos y sacerdotes, firme cada cual al frente de su compañía. La voz principal que á todas horas se oye entre el estruendo de la batalla es la de ¡Union! ¡union! ¡compactos! ¡no desbandarse! Efectivamente. Casi toda la táctica de nuestra defensa debe ser la de mantenernos sólidamente agrupados.

Pues bien. El católico que por un necio *qué dirán* abandona las prácticas de su Religion, ó se muestra condescendiente con sus adversarios, es un miserable que frente á frente del enemigo rehusa blandir el arma que se le ha entregado para la defensa de sus hermanos; es un cobarde que vuelve el rostro apenas suenan los primeros tiros; es un traidor que podria creerse pagado por el enemigo para sembrar el desaliento entre los leales.

Hablemos ya sin alegorías. ¿Somos ó no somos católicos? ¿Tenemos ó no tenemos obligacion de ostentar nuestra fe? ¿Hemos ó no hemos jurado conservarla áun á costa de la vida? Nadie que no acepte estos sagrados compromisos puede llamarse católico. Y dias pueden venir en que sea indispensable arrostrar, no sólo la risita venenosa de los burlones, sino áun el ceño airado de los furiosos. Dias pueden venir en que deba despreciarse, no sólo el *¿qué dirán?* sino áun el *¿qué harán?* que es pregunta un poco más séria. Y si nos hemos acostumbrado á temblar y á retraernos y rendirnos ante las palabras, ¿cómo sabrémos mantenernos impávidos ante las obras?

¡Qué dirán! Y ¿no habeis imaginado nunca *qué dirán* de

vuestra conducta los buenos? ¡Dar tanta importancia a la chufleta de un haragan ó de un perdido, y dar tan poca á las merecidas reconvenciones de los hombres de bien!

¡Qué dirán! Y ¡no habeis imaginado jamás *qué dirá* Cristo-Dios cuando parezca en su tremendo tribunal el católico vergonzante que ha desmayado, ha huido, ha hecho traicion á su fe, sólo porque.. ¡pasmaos, valientes! sólo porque sus enemigos se han burlado de él!!! Si no podeis aguantar las *burlas* de los hombres, ¿cómo aguantaréis, desdichados, las *veras* de Dios?

Consecuencia indeclinable de lo que llevo apuntado es la siguiente afirmacion, que no tengo reparo en dejar consignada, aunque en la forma le parezca á algun *delicado* sobradamente dura. La primera virtud social de un católico de nuestros dias debe ser el descaro. Si, señor. Los católicos hemos de serlo descaradamente. Aquel á quien faltare este precioso adverbio, retírese si puede de nuestro siglo. No sirve para católico de hoy.

Ya sé que andan por ahí una clase de católicos cuyos estudios y cavilaciones son encontrar lo que podríamos llamar la piedra filosofal que les haria dichosos. Esta piedra filosofal, este anhelado secreto, este problema en cuya resolucion pierden la cabeza y tal vez el alma los individuos en cuestion, puede plantearse con la siguiente fórmula: Dadas las condiciones especiales de nuestro siglo, y dadas las condiciones esenciales y eternas del Catolicismo, hallar el medio de ser católico sin parecerlo. Ahí tienen Vds. el gran problema de la época actual.

Es tan bochornoso oirse apostrofar un dia y otro dia con los dictados de *rancio, oscurantista, enemigo de las luces, fanático, preocupado*, que ¡válgame Dios! se apuran todos los recursos, se toman todas las precauciones, se adoptan todos los disfraces para no merecerlos. De aquí las posiciones equívocas, las frases ambiguas, las protestas de ilustracion y de tolerancia, el respeto á la opinion, las salvedades y las restricciones y los distingos. No se tiene el valor de recibir por Cristo la vil bofetada ó el salivazo inmundo. No se tiene el descaro de la fe, aunque tal vez se tenga la conviccion de la misma. Y ríanse Vds. de la fe que no es descarada; estén

persuadidos de que procurará ser por lo menos fe con dos caras.

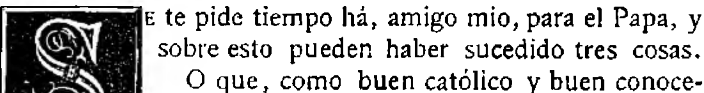
Descaro, pues; sí, descaro. ¿No veis cómo en todos tiempos fué esta la primera virtud de los insignes soldados del Catolicismo? ¿No veis con qué descaro se presenta Pedro á las autoridades de su nacion para decirles: «Me habeis prohibido hablar de Jesús; pues bien: voy á hablar de Él, porque debo obedecer antes á Dios que á vosotros?» ¿No veis con qué descaro suben débiles mujeres á los tribunales de justicia, y lanzan al rostro de un tirano la firme profesion de Catolicismo que ha de conducirlas á la hoguera? ¿No habeis oido hablar del descaro de una niña de trece años, llamada Eulalia, subiéndosele á las barbas al mismo gobernador Daciano? Y nadie la tachó de descarada, sino que todos celebramos aún por heroína á la modestísima muchacha.

¡Seas católico, pues, amigo mio, y séaslo en todas partes: en el hogar doméstico, en la plaza pública, en el despacho de los negocios, en el uso de los derechos políticos, en el goce de las mismas profanas diversiones! Seas católico lo mismo entre amigos que entre adversarios: seas católico contestando á la carcajada impía con otra carcajada mayor; que más ridículo, mil veces más, es el fanatismo de la impiedad, que lo que se quiere satirizar en nosotros con el nombre de fanatismo religioso. Acepta cualquier mote que por ser católico se te dirija, como título de gloria, como blason de familia, como certificado y ejecutoria, que acreditará ante Dios y ante el mundo la verdadera alcurnia de tu catolicismo sin mezcla. Y si el mote vil hiere tu honor y con él lo más delicado de tu corazon, recuerda que al fin somos soldados, y que no hay para un soldado mejor hoja de servicios que las cicatrices de su pecho.

El famoso *¿qué importa?* tan propio de la altivez y bizarría españolas, sea tu respuesta de siempre al vergonzoso *¿qué dirán?* de los débiles y apocados.

XXXIV.

¡DAD AL PAPA!



Se te pide tiempo há, amigo mio, para el Papa, y sobre esto pueden haber sucedido tres cosas.

O que, como buen católico y buen conocedor de la suprema necesidad que se trata de remediar, hayas abierto tu bolsa, chica ó grande, y le hayas dado al Vicario de Dios lo que te ha inspirado tu generosidad ó te han permitido tus facultades.

O bien, que distraido en tus ocupaciones y negocios no hayas advertido las razones poderosísimas en nombre de las que se te pide esta limosna, y asi hayas sido flojo y remiso en darla, no por tacañería ó dureza de corazon, que casi nunca es duro ni tacaño el español, sino sólo por no haber dado al asunto la importancia verdadera que tiene.

O bien, finalmente, que imbuido en las máximas de la moderna impiedad, y preocupado como tantos otros infelices por lo que sin cesar propala la prensa anticatólica contra el Pontificado, hayas negado groseramente á tu Padre esa limosnita que en nombre suyo te piden sus amigos, y áun hayas soltado quizás la lengua en expresiones injuriosas, irritado contra quien ¡oh desvergüenza! la ha tenido de pedirte dinero para una obra buena.

Por esto me ha ocurrido endosarte hoy el presente librito, que tiene por lo mismo tres fines, y espera lograrlos con el auxilio de Dios.

Estimularte á la continuacion de la obra buena de socorrer al Papa, si eres ya del número de sus amigos y favorecedores.

Despertar en tí el celo y amor por esa caridad tan hermosa, si hasta hoy, por no haberla conocido bastante, no has hecho por el Papa lo que hacen todos los buenos como tú.

Desvanecer tus ridículas preocupaciones y vencer la dureza de tu corazon, si por alguno de estos motivos has sido

hasta aquí hostil á esa gloriosa propaganda y te has negado á contribuir, como católico, á ella.

¿Por qué se pide para el Papa? ¡Toma! claro está. Porque lo necesita, desde que sus enemigos le han quitado los medios con que antes contaba para ejercer su elevado ministerio. No se pide para su vida y vestido materiales, que para eso le basta con poquísimo á nuestro muy amado Jefe. No es él como los poderosos de la tierra, que suelen necesitar millones y millones sólo para su persona. El Papa vive en el Vaticano como tú en tu casa y yo en la mia, y mucho más económicamente quizá. Su gasto diario no pasa, segun dicen, de unos pocos reales. Viste sencillamente, como han podido ver los que han tenido el consuelo de ser por él recibidos, y duerme en lecho comun como los simples sacerdotes. ¿Por qué necesita, pues, el Papa las limosnas de todo el mundo? Muy sencillo: porque el gran cargo que ejerce de Jefe universal de la Iglesia de Dios no lo puede ejercer sin grandes gastos, y para estos grandes gastos necesita dinero, y este dinero no lo puede obtener hoy más que de la caridad de sus hijos. La gobernacion espiritual de todo el mundo exige numerosísimo personal, que como es de carne y hueso, necesita comer para vivir, y de consiguiente necesita algun sueldo para comer. Todo esto es evidente y natural. El gobierno de la más pequeña parroquia necesita un regular presupuesto; una diócesis lo necesita ya más crecido. ¿Qué tal habrá de ser el presupuesto de este Párroco y de este Obispo que tiene por parroquia y por obispado suyos á todas las naciones del globo? Con las cinco partes de él necesita tener activas relaciones: á muchas debe enviar y mantener embajadores; á otras debe mandar numerosas colonias de misioneros, para lo cual ha de costear larguísimos viajes y proporcionar continua asistencia. Gran número de Obispos (hasta de naciones europeas donde es perseguido el Catolicismo) necesitan de la limosna del Papa, áun para hacerse con las más modestas insignias de su dignidad y para desempeñarla con mediano decoro. Además, el Papa mismo necesita poder dar cuando conviene para auxilio de pueblos afligidos por públicas calamidades, como son pestes, inundaciones, terremotos, etc. Sabido es que

la bolsa del Papa es la primera en acudir con real largueza á tales apuros. Y ¿quién será capaz de enumerar aquí á cuánto y cuánto acude el Papa con su limosna? Se ha dicho, con razon, que el pueblo no le da nada que muy luego no vuelva á él.

Ahora bien. ¿De dónde ha de sacar el Papa recursos para tantas y tan graves urgencias? Los módicos tributos que le pagaban sus súbditos de los Estados Pontificios los cobran ahora cien veces doblados sus usurpadores. La Hacienda pontificia no puede ya acuñar moneda ni emitir papel, como hacia antes en uso de su independiente soberanía. Es verdad que sus propios enemigos le ofrecen una pension anual, pero á cambio de esta pension, que sabe Dios cómo seria pagada, le exigen ¡mal pecado! que reconozca como buenas las iniquidades cometidas. Y esto, amigo mio, no lo haria yo, ni lo harias tú, ni lo quiere hacer el Papa. Sufrir con mansedumbre el ultraje, se puede hacer; vender la conciencia, jamás. El Papa no lo hará. ¿Qué le resta, pues? Despojado de sus derechos de rey, no le queda sino alargar á sus hijos la mano de mendigo. Es oficio humilde, cierto; pero que no deshonra. Y ¿habrá católico que esto oiga y esto sepa, y se atreva á negar á su Padre una caridad que éste declara haber de menester? Católico podria llamarse el tal; nó serlo. Al Papa en su augusta indigencia le han socorrido hasta protestantes, guiados sólo por un sentimiento de compasion natural y de humana honradez. ¿Habria católico que tuviese en eso las entrañas más duras que los mismos que no son de su religion? Medita tú este punto, y veas en consecuencia lo que te toca hacer.

¿Qué se te pide para el Papa? No grandes cantidades, no el doce ó el diez y ocho ó el veinte por ciento de tus rentas, que tal vez te exigen como contribucion los Gobiernos de la tierra, y que quieras ó no quieras has de pagar, so pena de que te embarguen la finca. Tu rey espiritual no te pide esos cuantiosos tributos, sino lo que en frase tan modesta como exacta se ha llamado *el Dinero de san Pedro*, es decir, una insignificante moneda semanal ó mensual como la que das tal vez al pobre desconocido que llama á tu puerta. Dos cuartos cada semana que le diesen al Papa todos los que se

llaman sus hijos, bastarian á formarle un patrimonio con el cual pudiese atender con algun desahogo á sus más apremiantes necesidades. ¡Dos cuartos cada semana! ¡ya ves si es exígua la cantidad! ¡Dos cuartos que los alargas piadosamente á cualquier pobrecito ciego ó lisiado! ¡Dos cuartos que los gastas muchas veces sin qué, ni para qué, en un capricho, en una tontería, quizá en un pecadillo venial de gula ó de vanidad! ¡Dos cuartos! Es verdad que es floja la contribucion que se pide para el erario del Vicario de Dios. ¡Vergüenza para quien se la niegue!

Haz cualquier rato un breve exámen de tus gastos diarios ó semanales, y verás como pueden dar dos cuartos al Papa, áun aquellos que más pobres son y más necesitan del ahorro para ir tirando. ¡Dichoso quien pueda y quiera dar: no dos cuartos, sino dos duros ó doscientos ó dos mil. No faltan todavía, gracias á Dios, ricos generosos que de vez en cuando se portan como tales y dan al Papa tan cuantiosos donativos y al mundo egoisto tan brillantes ejemplos de piedad filial! ¡Dichosos ellos! ¡Dichosos ellos! La bendicion del Vicario de Cristo les acompañará en vida y en muerte. Pero no menos dichoso tú, si das de tu pobreza lo que te dicte tu buen corazon. Tú, pobre jornalero; tú, labrador agobiado de atrasos; tú doncella humilde; tú, cuitado menestral; tú, piadoso soldado; tú, apurada madre de familias; tú, niño de buen corazon; tú, niña que tienes tantos juguetes, ¡oidme por Dios! Dos cuartitos al Papa cada semana ó cada mes, dos cuartitos al menos, aunque sea quitándolo de la boca, ó del vestido, ó del fumar ó del juguete! ¡Dos cuartitos al Papa que tiene necesidad y los pide á sus hijos! ¡Dos cuartitos á nuestro Padre de quien tanto orgullo tenemos en llamarnos súbditos leales hasta morir! ¡Dos cuartitos al Padre, á quien han saqueado los malos, á quien han robado los impíos, á quien han querido reducir por medio de la pobreza á que nos abandone y abandone la causa de Dios! ¡Dos cuartitos á quien todo lo que sufre y llora, lo sufre y llora por nosotros! ¡Dos cuartitos siquiera para que no pueda decir jamás la Revolucion que tambien nosotros hemos abandonado á nuestro Padre!

No sé, ciertamente, como se podrá presentar al tribunal

de Dios aquel católico que se haya hecho duro de corazon ante esta aflictiva situacion del Pontificado. No quisiera yo hallarme en tan sério compromiso. Haber ido al café cada dia y al teatro cada noche ó cada fiesta, haber tenido quizás coches y caballos, y perros, y quintas, y criados en abundanaia; haber vestido ricos trajes, comido raros platos, habitado suntuosas viviendas; haber gastado en eso miles de miles de duros, y haberme llamado católico, y no haber tenido un tanto mensual ó semanal que dar al Papa para sosten del Catolicismo, me parece pleito de mal defender áun ante la divina misericordia, que es misericordiosísima. Y lo mismo dirémos de quienes se hallen en más bajo nivel. Haber tenido para tantas otras mil cosillas como se ofrecen cada dia, y haber negado una pieza de dos cuartos al Papa, que lo pedia con tanta humildad, me parece muy difícil de que se halle á ello excusa ó atenuante en el supremo juicio. Consúltelo cada cual con su corazon. Vea en la hora de la muerte si le consolará mucho haber dicho «No quiero» á esa voz que hoy dia llama á su puerta pidiendo «una limosna para el Papa en nombre de Dios.» Piénselo bien cada uno, piénselo bien.

¿En qué forma conviene más practicar esta caridad por el Papa?

A esta pregunta contestaré con mucha brevedad.

Cada diócesis tiene un Obispo, y éste en casi todas las de España ha organizado Juntas para facilitar la cuestacion por el Papa pobre. Secúndese, pues, la iniciativa del Prelado, y atiéndase á su pastoral indicacion.

Además en cada poblacion importante hay alguna Sociedad ó periódico católico que tiene abierta suscricion para el Dinero del Papa. Afiliarse á tal Sociedad ó enviar á tal periódico la limosna, es cosa facilísima.

La asociacion es para todo lo bueno el medio mejor. Agrúpense en coros las que deseen hacer algo por el Papa. Una de ellas recoja cada semana de las demás la cantidad que se hayan fijado, y cuide de enviarla al centro parroquial ó diocesano, ó al periódico católico que más circulacion tenga en la localidad.

La limosna periódica, es decir, de un tanto cada semana ó cada mes, es mejor, aunque sea escasa, que la que una so-

la vez se da, aunque sea más subida. Lo importante es formarle al Papa una renta fija regular, y esto sólo se puede conseguir con cuotas determinadas y periódicas.

La limosna que se anuncia en pública suscricion acompañada del nombre del donante, es mejor que la anónima y desconocida, á no ser que aquello se hiciese por motivos de vanagloria, que nunca debe hacerse. Cuando se publica el nombre con recto fin se convierte tal limosna en preciosísimo acto de fe, obra de edificacion y provechoso buen ejemplo.

Sé de algun colegio en que han organizado los niños el Dinero de san Pedro cediendo al Papa una de sus meriendas cada semana, con permiso de sus padres y del director.

En otras casas de educacion las niñas hacen alguna labor curiosa en horas de asueto, y luego la rifan y mandan al Papa el producto.

De alguna Comunidad de España que cobra del Estado, hemos oido decir que ha cedido al Papa un dia cada mes de su asignacion, á pesar de tenerla muy mermada por atrasos y descuentos.

Varios sacerdotes ejemplarisimos hay que, á pesar de la general penuria, ceden cada mes al Papa la limosna de una celebracion.

De un trabajador me consta que tiene ofrecidos al Papa dos cigarrillos que por él se abstiene de fumar cada dia, y cuyo importe le envia cada mes desde que conoció la necesidad de su Supremo Pastor.

Un fabricante tuvo la idea de nombrar al Papa jornalero honorario de su fábrica y darle cada sábado el pago semanal, como si realmente hubiese trabajado en ella. En efecto: no es poco lo que trabaja el Papa por los fabricantes y sus fábricas sin que tal vez ellos lo adviertan.

¡Pueblo español! ¡Eres en medio de tu abatimiento y decadencia el más hidalgo y generoso del mundo! No lo desmentirá tu proceder en esta ocasion. ¡Da al Papa de tu pobreza si eres pobre! ¡Da al Papa de tu riqueza si eres rico! ¡Al Papa en nombre de Dios!

XXXV.

PERO ¿DE VERAS OS PARECE QUE HEMOS DE RESUCITAR?



ÓMO si me lo parece, amigo mio? No me lo parece, sino que lo tengo por indiscutible verdad, una de las más importantes que enseña la fe cristiana; dogma revelado que profesamos los católicos todos y que declaramos cuando en las últimas palabras del *Credo* decimos: *Creo... en la resurreccion de la carne y en la vida perdurable.* Sí, yo y tú y todos, buenos y malos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, hemos de resucitar al fin de los siglos; hemos de levantarnos del polvo y corrupcion de nuestras sepulturas, en verdadera carne y huesos como andamos hoy, volviéndose á unir á ellos nuestra alma, que ya sabes no se entierra con el cuerpo, por más que digan otra cosa y aparenten creer los infelices materialistas. Sí, resucitarémos, ó mejor, nos resucitará Dios. Y de eso tiene Él empeñada palabra muy séria y muy formal en varios lugares de la Sagrada Escritura.

—Podeis bien ahorraros el trabajo de citarlos, porque los recuerdo perfectamente. Pero, la verdad es que á la recta razon se le hace muy duro creer todo eso, y yo quisiera veros un poco en ese terreno que á mí y á muchos nos satisface más.

—Perfectamente, amigo mio: aunque á un buen católico le satisface mil veces más una declaracion de Dios y de su Iglesia que todas las razones habidas y por haber, no tengo inconveniente ni lo tiene ella en bajar á ese terreno, donde como en todos tiene de antemano asegurada la victoria. Ya sabes lo que se dice, que «á un buen pagador no le duelen prendas.» Escucha una historia que te voy á contar.

Hace ya algunos años, era todavía simple estudiante, y hube de verme un dia en la dolorosa necesidad de acompañar hasta la última morada á uno de mis amigos, muerto en temprana edad. Era numeroso el cortejo, y se despidió, segun estilo, á la puerta del fúnebre recinto; pero los más alle-

gados no nos dimos allí por despedidos, sino que quisimos presenciar hasta lo último el acto de la inhumacion. Tres ó cuatro de los más íntimos de la familia rodeábamos el ataud que iba á encerrarse en uno de los nichos que en inmensas hileras forman calles y barrios en el vasto Campo santo de Barcelona. El sepulturero andaba ocupado en la operacion previa de quitar del nicho las tablas de otro ataud depositado allí diez ó doce años antes, arrimando á un lado, como se usa, los huesos mondos y secos del antiguo huésped, para hacerle plaza al recien llegado. Contemplábamos meditabundos esta lúgubre faena los allí reunidos, cuando uno de los presentes, jóven cursante de medicina, segun supe despues, tomando en sus manos uno de los huesos pelados que se le habia caido de las manos al sepulturero, acercóseme y me dijo con aire de quien caza muy largo: «Pero, señor, V. que sabrá esas cosas, ¿de veras le parece que *eso* ha de resucitar?»

Miráronnos los circunstantes, con sorpresa todos; con indignacion alguno, al oir profanado el lugar de la muerte con bravatas de incredulidad; con curiosidad los más, aguardando la contestacion que diera yo al imprudente provocador.

Era preciso contestar á tan brusca como inoportuna interpelacion, y contesté.

—Sí, señor, le dije con calma y aplomo. Creo firmemente que *eso* ha de resucitar.

—Pues á mí se me hace difícil comprender cómo puede hacerse el milagro.

—Milagro dice V., y dice bien, pues por de contado se supone que obra como esa no ha de ser natural, sino milagrosa. Y porque es milagro es no solo difícil sino imposible de explicar á satisfaccion, porque lo superior á las leyes ordinarias no es capaz de comprenderlo la pobre razon humana.

—Entonces admitis buenamente el absurdo. ¡Lo sabiamos!

—Ya pareció la palabrita, ¡válgame Dios! No, hombre, no. Lo oscuro, habrá querido decir V. tal vez por equivocacion. Lo oscuro, sí; lo absurdo, no. El teorema más claro de geometría es absolutamente oscuro para el rústico patan, que no está á la altura de aquellos conocimientos, al paso que es verdad clarísima para V. que los posee. Lo cual prueba que quel teorema es en sí clarísimo y evidente, y que su oscu-

ridad mayor ó menor no está en él, sino en los alcances más ó menos cortos de quien ha de comprenderlo. Así algunas verdades de la fe son oscuras é incomprensibles para el hombre, que es aquí en comparacion de ellas mucho menos, infinitamente menos, que un rústico patan en comparacion de los problemas de geometría. Evidentes lo son para Dios, que las conoce por completo, y clarísimas seránlo para nosotros en el cielo, cuando á favor de la luz de la gloria se nos habrá mejorado la potencia intelectual.

—¡Hombre! como con un lente se alarga la vista, querrá V. decir!

—Sí, señor, como con un lente, aunque V. haya sacado por burla la comparacion. No es sino muy exacta. Que el corto de vista no alcance á ver los objetos á distancia, no prueba que ellos no existan, sino que al infeliz no le llega la vista hasta allá. Dénle un lente apropiado á su necesidad, y los verá perfectamente. Así, amigo mio, el que V. ni yo no comprendamos esas cosas, no es razon para deducir que no sean ciertas; lo que hay, sí, es que no llega allá nuestro ojo humano, y hay que esperar lo ayude Dios con los lentes, sí, señor, con los lentes de la eternidad, mientras por de pronto nos da fe de lo que no vemos la autoridad de la Revelacion, que es su propia palabra.

—Pero la verdad es, prosiguió mi interlocutor, que ahí en este asunto de la resurreccion de los muertos es donde se hace más difícil prestarle á Dios ese crédito á oscuras, esa fe que les exige á los católicos la Religion.

—Al revés, amigo mio, al revés, y eso me prueba que ha dedicado V. en toda su vida muy pocos minutos á reflexionar sobre estas materias. Si hay misterio alguno que se presente fácil á la humana inteligencia, es precisamente ese. Casi de puro claro dejaría de ser misterio. Óigame V. y falle luego sin pasion.

¿No es Dios quien ha construido nuestros cuerpos y ha unido á ellos nuestras almas? Importa poco el medio: háyalo hecho Él mismo como en el primer hombre, ó por mediacion de otros como á los restantes, procedemos de Él y cabe siempre decir que somos obra de sus manos. Si, pues, Él nos ha construido una vez, ¿no podrá acaso reconstruirnos otra, y

ciento y mil? ¿Qué dice á esto la razon humana? La razon humana debe decir que sí.

Es V. arquitecto, y procede á la restauracion de un precioso monumento que por los años se vino abajo. Recoge V. una á una las piezas de sillería que andan por allí esparcidas,—esto lo ha visto hacer V. pocos años atrás en Barcelona con una de sus iglesias;—las numera V. para reconocer su órden, vuelve V. á emplazar los cimientos, alza V. de nuevo las paredes, traba V. de nuevo los arcos, cierra V. de nuevo las bóvedas, y cate V. un edificio muerto y resucitado. Y lo que hace en sus obras chicas ó grandes la criatura, ¿no podrá hacerlo con la obra de su poder infinito el Criador?

Advierta V. que convienen los químicos en que la materia no se aniquila al destruirse un cuerpo; no hace más que transformarse. De los átomos que componen el cuerpo de ese amigo nuestro que vamos á sepultar (piedras numeradas de ese edificio que ha querido demoler Dios para reconstruirlo en su dia), de esos átomos, digo, que componen ese cuerpo, ni uno solo se perderá; permanecerán en el mundo sin aniquilarse, hasta el dia en que, á una señal del supremo Arquitecto, vuelvan á reunirse en la forma y organizacion que tuvieron ayer. La voluntad de Dios hará que se le junte el alma á ese conjunto de átomos otra vez reunidos en la forma que tuvieron, y mi hombre se pondrá en pié como V. y yo en esos momentos. ¿Puede ó no puede hacer esto la omnipotencia de Dios?

Duda V. de la resurreccion de los muertos, y ahora mismo y siempre de contínuo está V. resucitando. Sí, caballero; segun enseñan las más adelantadas teorías fisiológicas, el hombre es un sér que sin cesar está renovándose, de suerte que su carne de hoy no es ya en rigor su carne de ayer; de suerte que no hay en mí molécula alguna de las que habia un tiempo atrás; de modo que contínuamente está V. muriendo y contínuamente resucitando, ya que continuamente deja V. de ser lo que fué y va empezando á ser lo que no ha sido. Por donde los antiguos filósofos que sabian de muchas cosas, y de estas sobre todo, más que nosotros, decian ya en los tiempos de Maricastaña que *conservatio est continuata creatio: la conservacion es una continuada creacion.* Lo cual

aplicado á nuestro asunto podríamos muy bien modificar diciendo, que la conservacion del sér orgánico es una continua reparacion de una contínua destruccion, es decir, es una contínua resurreccion de una muerte tambien contínua. Pues bien. Lo que por los medios comunes y naturales anda haciendo con cada uno de nosotros á todas horas, y como á la larga, la mano de Dios, ¿no podrá hacerlo un dia con medios extraordinarios y sobrenaturales con todos juntos y en un momento dado?.

Asi le contesté á mi interlocutor, y enmudeció el guapo. ¡Vaya, que la incredulidad se atasca en muy poca cosa! ¡Si creerá que no tiene Dios más poder del que cabe en sus flojas entendederas! «Dios, dice, no puede resucitar los muertos, porque yo no comprendo como eso se pueda hacer.» Callad, tontos, callad, que con eso no haceis más que poner en evidencia lo profundo de vuestra tontería. Si esto fuese cierto, deberíamos empezar por negar todo lo que pasa áun en el órden natural, supuesto que de eso tampoco entendeis jota por muy sabios y por muy ilustrados que os pinteis. Es falso que nazcan hombres en el mundo, porque ni vosotros ni nadie llegó á comprender jamás el misteriosísimo misterio de la generacion. Es falso que produzcan trigo los campos, porque nadie, que yo sepa, por afamado naturalista que sea, ha sabido darme razon de como germinan las plantas. Es falso que pienses tú y te muevas, y comas y hables, porque la verdad es que el secreto último de esas tus operaciones, de la union de tu alma con tu cuerpo, de la influencia mútua del uno en el otro, son problemas cuya explicacion está aún por descubrirse, y es probable que tardará. De todas las cosas de este mundo visible y tangible sabemos el *qué*, pero ignoramos el *cómo*, asi que se trata de ahondar algo en su íntimo sér; ¿y no será insensato, de puro presuntuoso, quien presuma que ha de conocer á fondo todo el *cómo* de las cosas del órden superior? ¿no es insufrible fatuidad decirle á Dios: Yo no creo que Tú, omnipotencia infinita, puedas hacer tal cosa, porque yo, miserable corto de vista, no alcanzo á vislumbrar *cómo* la vas á poder hacer?

Sí, resucitarás, amigo lector, y todos los que, como aquel mi contrincante del cementerio, nieguen este dogma de fe,

resucitarán tambien á pesar suyo. Resucitarán todos, buenos y malos; los unos para asociar su cuerpo á su eterna felicidad; los otros para hacerlo partícipe de su eterna desventura. El mar y la tierra devolverán aquel dia los cadáveres que fueron sepultados en su seno; la mano de Dios congregará las piezas dispersas de esta máquina, que sólo Él ha podido con su voluntad montar y luego desmontar para más tarde volver á montarla. No ha de ser menos Dios que cualquier mecánico vulgar de los que hacen cada dia tan sencilla operacion. Y volverá tu alma á animar tu cuerpo y á darle calor, vida, habla, pensamiento. Tal es la fe cristiana, tal ha sido la fe de todos los siglos, áun en medio de la gentilidad. El infeliz Job se consolaba del misero estado á que se veia reducido, cubierto de llagas, manando por todas ellas podre y corrupcion, diciendo con el acento de la más firme seguridad: *Creo que vive mi Dios Redentor y que en el dia postrero he de resucitar de la tierra, y otra vez he de verme cubierto de mi piel, y con mi propia carne he de ver á mi Dios. Y he de ser yo mismo quien le veré, y no otro, y han de ser estos mis ojos y no otros los que le han de mirar. Esta esperanza tengo depositada en mi corazon.* (Job. XIX).

Esta ha de ser, amigo mio, tu fe, esta tu seguridad, esta tu inquebrantable esperanza.

XXXVI.

¡CALLA, BLASFEMO!



ALLA, calla, infeliz, cierra esa boca vil con que insultas al cielo, manchas tu alma y escandalizas y echas á perder miserablemente la de tu prójimo! ¡Calla, por compasion, no desafíes más la cólera divina con esa frase asquerosa é infame, que de los cenagales del infierno ha traido al mundo Satanás para arrojarla cada dia, cada hora, cada minuto, por medio de sus desventurados secuaces, al rostro mismo de Dios! ¡Calla, no pronuncies más esa inmunda palabra que sólo el demonio ha podido inventar y enseñarte, para que hicieses ya en esta vida ¡oh infeliz! el aprendizaje de la tarea horrible que has de ejercitar un dia con él en los abismos de la eterna condenacion! No, no ha inventado la blasfemia el hombre; no cabe en el pecho de la humana criatura el horror de tal descubrimiento. De los infiernos brotó, porque allí fué donde se empezó á blasfemar: el ángel caido y condenado fué su inventor. Y ¿no es triste, no es espantoso ver cómo por toda la hermosa faz de nuestras naciones cristianas, hasta de España, de esa bella España, tan querida de Dios y tan colmada de sus bendiciones, se ha extendido como lava abrasadora esa corriente infernal, ese grito, ese aullido de rabia satánica contra el santo nombre de Dios!

Pero, vamos, díme tú, amigo mio, á quien oigo frecuentemente esta frase brutal que no abrasa ya tus labios porque has logrado, á fuerza de blasfemar, hacerlos como insensibles á tal corrosivo. Díme, ¿y por qué has de blasfemar tú? ¿Qué resentimiento particular puedes abrigar contra Dios, que te autorice para ultrajarle de continuo con tan abominable lenguaje? ¿Qué ha hecho Él sino llenarte de beneficios? Ahora mismo, ¿quién te da el aire que mueve tus pulmones, la luz que alumbra tus ojos, el pan que llevas á la boca, la

salud y el bienestar que en tu cuerpo experimentas? Tú no quieres pasar por malvado: un favor que te hagan los hombres, una consideracion que te guarden, una muestra de cariño que te dén, lo agradeces y estimas, y capaz eres de arriesgar la vida por dar una prueba de correspondencia. A tu mujer ó tu madre no sufririas tú que las amenazase un insolente con una mirada siquiera, sin que te airases al punto y le hicieses pagar caro al ofensor su atrevimiento. Asi te portas, y por eso te llaman honrado y hombre cabal. Pero... ¿es posible que sólo Dios, el más leal de los amigos, el más cariñoso de los padres, no te merezca iguales atenciones? Un ultraje á un pordiosero de la calle no se lo harias tú, ni consentirias se le hiciese, ¡y tú lo estás haciendo á todas horas contra la Divina Majestad! Díme, ¿qué razon puede abonar ó siquiera excusar esta tu infame conducta? Con todos te precias de bien educado, con sólo Dios de grosero; con todos de justo, con sólo Dios de mal pagador; con todos de agradecido, con sólo Dios de mónstruo de ingratitud. A quien te hiciera lo que Él hace á todas horas por ti, ¡cómo le servirias y honrarias! Nada te pareceria bastante para mostrarle tu afecto y rendida voluntad. A quien te tratase como tú le tratas á Él, ¿qué venganza te pareceria proporcionada á tal injuria? ¿qué castigo proporcionado á tal maldad?

Examinemos ahora otro punto. Sé que no es este el solo pecado que cometes; pero aunque todos ofenden la infinita bondad de Dios, parece que en los otros es más fácil hallar explicacion, ya que no disculpa. Generalmente pecan los hombres por un interés ó deleite que encuentran en el pecar. Así roba el ladron, ó defrauda el mal amo, porque la codicia los impele á retener para sí aquellos cuartos ajenos que son su tentacion. El deshonesto y el vengativo se procuran un placer á su manera dando suelta á aquellas sus criminales pasiones. Y así por lo comun todos los pecados se cometen por deleite ó por interés. No por esto se pueden cometer, porque no deben buscarse otros deleites ni otros intereses que los lícitos y permitidos; no por esto se pueden cometer, pero esto explica por qué se cometen.

Pero el blasfemo ¡gran Dios! ¿qué gana blasfemando á todas horas contra su Criador? ¿O qué deleite puede encontrar

en echar de su boca tales inmundicias? Este sí que es pecar por pecar, sin motivo alguno, sin pretexto que lo excuse, sin razon, ni mediana, con que se pueda pretender justificarlo. Judas vendió al Maestro por treinta monedas de plata. Su avaricia le cegó. Fué un gran criminal. ¿Qué diríamos de él si, á sangre fria, por sólo el deseo de hacer mal al buen Jesús, le hubiese puesto en manos de los judíos? San Pedro le negó; pero hízolo acobardado por el temor y por el respeto humano. Gran culpa fué la suya. Pero ¿qué tal si hubiese renegado de Él, sin correr peligro alguno, sólo por querer hacerlo, por odio frio y por nada más?

Así eres tú, ¡oh Judas infame! ¡oh más ingrato que Pedro á los favores de tu Dios! Así eres tú, y ese tu pecado es de los que no encontrarán excusa ni atenuante en el supremo tribunal. Allí serás maldito, ya que has pasado la vida en maldecir; allí serás condenado á blasfemar eternamente entre llantos y crugir de dientes, ya que en tu vida no has dejado un momento de escupir veneno y porquería contra tu Padre bondadosísimo. ¡Ea! ¡Aprende bien aquí tu oficio de condenado! ¡es el que habrás de ejercitar, á despecho tuyo, por toda la eternidad!

Pero ya comprendo lo que me vas á decir: «La costumbre, me dices, la costumbre me tiene vencido, y no la puedo sacudir. Conozco que soy un criminal, y no quisiera que fuesen mis hijos mal hablados como yo... pero tengo contraido el vicio, y no me puedo desacostumbrar.»

Mala razon, vana excusa, falso pretexto. No te disculpará ante el tribunal de Dios: no te librará del infierno.

¡Tienes esta costumbre! ¿Y quién te la ha impuesto sino tú mismo? Pues tú mismo (con la gracia de Dios) te la has de quitar. Y si no te la quitas es porque no quieres de veras. A Dios no le engañarás. Si cada blasfemia te costase un dolor de muelas ó un retortijon de tripas, de fijo no blasfemarías la segunda vez, despues de tal resultado. Si un juez de la tierra te amenazase con una pena ó te hiciese pagar un duro sin remision á cada taco que echas por esa boca, fuera la tuya como la del mejor cristiano. Empieza, pues, á temer al pecado como temes los males del cuerpo; empieza á temer el Juez divino como temes á la justicia terrenal. Ya ve-

rás cómo conoces lo malo que haces cada vez que blasfemas, y el daño que acarreas, y el castigo á que expones por ello á tu pobre alma, que un dia ¡no lejano! se ha de presentar á rigoroso juicio.

Óyeme un caso verdadero que tal vez te acabe de convencer.

Tambien creia no poder desacostumbrarse del vicio de blasfemar y soltar juramentos un viejo militar, lleno de años y cicatrices, á quien servia en su enfermedad postrera una de esas Hermanas de la Caridad, que van, como sabes, á cuidar enfermos á domicilio. Teníale ganado con sus excelentes servicios el corazon la buena Hermana, y habíale reducido á las prácticas de piedad que el bravo soldado habia olvidado un tantico, ocupado en sus campañas. Pero en cuanto á quitarse el vicio de blasfemar, no podia el pobre vencer (así decia él) su arraigada costumbre. A cada desapiadado tiron que le daban los nervios, soltaba el viejo mil sapos y culebras de campamento, que á la pobre religiosa la dejaban horrorizada. La caridad ingeniosa sugirióle á la muchacha un medio de corregirle, y fué el que vas á oir.

—General, le dijo, me estais agradecido, y lo conozco, y mil veces me lo habeis dicho. Voy, pues, á pediros un favor.

—Decid, Hermana, decid, así pudiese corresponder con algo á vuestras bondades. ¿Cuál es la peticion?

—Una friolera, General: no soltaréis jamás una blasfemia, por vivos que sean los dolores que os atormenten.

—Imposible, Hermana, imposible. Estoy acostumbrado, y no me puedo vencer.

—Es que no he llegado aún á mi peticion, General; no hice más que sentar el precedente. Como bravo militar sois hombre de honor, y si me dais palabra de honor la cumpliréis.

—No la daré, Hermana, porque no la puedo cumplir.

—Pero ¡por Dios! calma, amigo mio, que no hemos llegado aún á lo bueno. La palabra de honor que daréis será, no de blasfemar, que eso me decís os fuera imposible cumplirlo, sino de darme inmediatamente una peseta para los pobres á cada blasfemia ó juramento que solteis. Que eso lo podréis perfectamente cumplir.

—Convenido, amiga; no os lo puedo negar: pero no llevaré yo mala penitencia.

Y conforme á la palabra de honor empeñada llevábale cada noche la Hermana al buen militar la cuenta de sus blasfemias, que, á razon de cuatro reales una, salíanle al pobre más caras que todos los gastos de la enfermedad. Quiso entrar en explicaciones. Pero la palabra de honor estaba de por medio, y el honor es para un soldado más que la vida. La inflexible Hermana acudia á cobrar todas las noches sus limosnas, sin descontar ochavo. Pero se observó que cada noche cobraba menos, porque el militar, conforme veiá lo caras que le salian, menudeaba menos cada dia sus groseras inconveniencias. Así logró deshacerse poco á poco de un vicio que juzgaba él no poder en modo alguno desarraigar. La noche en que por vez primera le llevó la cuenta en blanco, díjole entre séria y burlona la buena religiosa:

«General, á peseta cada una os han parecido muy caras las blasfemias, y así habeis trabajado por ahorraros ese gasto del presupuesto. Más cara os presentará la cuenta Dios si volveis á ellas, porque cada una os costará una eternidad. Con que... dadme ahora la palabra de honor de no blasfemar ya más, que bien veis se puede cumplir si se quiere. Aquí os devuelvo vuestro dinero, que bien lo habeis menester.»

Aplícate el caso, amigo lector, si tienes la horrible desgracia de ser blasfemo... y ¡por Dios! ¡por su bendita Madre! ¡por tu alma! no blasfemes ya más. Haz un propósito firme de examinar cada dia las veces que has caido en tal pecado, y por cada una rézale á Dios antes de acostarte una oracion, ó dale por cada una á un pobre una limosna. Ya verás cómo por este sencillo ejercicio se te fija algo la atencion en esas porquerías y las vas dejando poco á poco, y llegará dia, por fin, en que tú mismo te horrorices al pensar lo que fuiste y los malos ejemplos que con tu boca blasfema dabas á tu mujer y á tus hijos y á la vecindad.

Y sobre todo, amigo mio, huye, huye como de sitios contagiosos, de los sitios y compañías en que por lo regular se blasfema el santo nombre de Dios. ¿Sabes que en la taberna y en el café (que no es sino taberna con camisa limpia), sabes, digo, que allí se jura y se perjura y se sazona toda con-

versacion con esa horrible salsa de condenados? No pongas, pues, el pié en la taberna, no entres poco ni mucho en el café. ¿Sabes que es aquel mal amigo quien con su lenguaje soez te incita y provoca á proferir iguales palabrotas? abandona el mal amigo, que no lo es tuyo, sino instrumento del demonio para tu perdicion. Si lepra tuviese aquel lugar ó persona, ¿te rozarias con ellos? Pues ¿qué lepra peor que esa de la blasfemia?

Y luego y sobre todo teme á Dios; rézale con frecuencia, así como á su bendita y purísima Madre; piensa en la muerte; atiende al juicio; considera el infierno. Acude al templo á menudo, que allí se alumbra con sus santas influencias el entendimiento, y se alienta el corazon, y se calman las pasiones alborotadas. Para curar tu cuerpo, ¿no adoptas cualquier medicacion por enojosa que te sea? ¿Y no adoptarías esta tan fácil para curar tu pobre alma?

¿Qué no le haces caso á la voz de Dios que por medio de este papel te advierte y te llama á enmienda? ¡Rásgalo entonces, infeliz! que no se ha escrito para los réprobos como tú.

XXXVII.

LO DE LOURDES.



ERÁ todo lo que V. quiera, amigo mio, le decia yo pocos dias atrás á un mi compañero en el wagon de un ferrocarril; pero la verdad es que existe hoy en Lourdes, departamento francés de los Bajos-Pirineos, diócesis de Tarbes, un magnífico Santuario que hace veinticinco años no existia; y corre nacida entre aquellas rocas áridas y peladas una abundosa fuente que hace veinticinco años nadie sospechaba pudiese correr por allí; y se han gastado en construcciones de conventos y hospitales y otras obras religiosas al rededor de aquella Gruta millones de francos, lo cual parece imposible en un país de suyo pobre y apartado de todo centro fabril ó comercial; y ha crecido por mitad la antes ignorada y reducida poblacion, que es hoy ciudad conocida de todo el mundo, cuando antes no sonaba su nombre más que en la comarca; y van allá continuamente viajeros de todos los puntos de Francia y de muchísimos del resto de Europa y de América; y, por fin, encuentran allí infinitos enfermos súbita curacion de gravísimos males con sólo un vaso de aquella agua bebida con devocion, ó un baño de la misma con unas preces á María santísima. Estos son hechos que nadie puede negar, visibles, palpables. Supongo que no le vendrán á V. tentaciones de negarme que existe Lourdes, y que de veinte años acá se ha obrado allí esta transformacion, y que hoy por hoy corre allí esta fuente que antes no corria, y va allá en peregrinacion la mitad del mundo que antes no tenia de eso idea alguna. Eso no me lo va V. á negar. ¿No es verdad?

—Cierto que no, amigo mio; fuera tan ridículo empeñarse en negarlo, como negar que hubo hace poco Exposicion universal en París y Filadelfia, ó que estalló hace pocos

años guerra entre Rusia y Turquía, ó que la hubo despues entre Inglaterra y el Afghanistan. Pero ¿qué saca V. de ahí en favor de la supersticion? ¿Acaso no sabemos lo que pueden preocupaciones?

—Calma, calma, caballero, y no echemos á barato las cuestiones. Me contento con que me conceda V. que tales hechos existen. Pero ahora continúo yo y pregunto. ¿Sabe V. los orígenes de todo esto, es decir, cómo empezó, cómo lo tomó el mundo y qué fallo les dió á esas frioleras la crítica más imparcial?

—No, á la verdad, porque nunca me dió el naipe por leer periódicos ultramontanos ni libros de devocion. ¡A las mujeres con eso!

—Está bien. ¿Con qué á título de libre-pensador falla V. inapelablemente sobre un suceso del cual no tiene idea alguna, y á título de partidario del libre exámen da V. por resuelto en sentido de supersticioso un hecho que no se ha tomado la pena de examinar?

—¿Qué querrá V. decir con esto?

—Nada, que en esta cuestion, como en todas, el Catolicismo ha derrotado ya en primera instancia á la incredulidad, porque la tenemos convicta y confesa de negar sin saber lo que niega, y de haber fallado sin tener conocimiento alguno de lo que sujeta á su ilustrado tribunal. Ilustrado, sí, ¿eh? Reniego yo de tan apagadas luces y de tan oscura ilustracion. Más duchos y remirados andamos los católicos en eso de creer.

—¡Pero hombre! ¿No me he de reir de sus cosas de Vds., y no las he de negar sin exámen, sí, señor, sin exámen, cuando á las primeras de cambio quieren Vds. ya taparnos la boca con el milagro? ¡Vea V. por dónde se descuelga el Catolicismo en mitad nada menos que del siglo décimonono!

—¡Válganos á todos el cielo, santo varon! ¿Quién hay que la gane por la mano á la pobre é infatuada incredulidad en eso de tomar, como se dice, el rábano por las hojas? Véngase acá, bendito de Dios, véngase acá y le pondré en cuatro palabras al corriente de todo eso que es nuestro abecé, y que V. con ser tan sabio y tan ilustrado da muestras

de ignorar. La Iglesia es más examinadora y pensadora que V. en esta materia y en todas. Ve un hecho ó varios que traspasan los límites de lo ordinario y no ofrecen por de pronto explicacion natural. ¿Cree V. que al momento como loca y desatinada echa á correr por esas calles vociferando ¡Milagro! ¡milagro? Más de cuatro años tardó el Obispo de Tarbes en prestar crédito *oficial* á lo que cuatro años hacia veníase contando de público en toda su diócesis y en toda Francia y en todo el mundo. Mire V. si anduvo con piés de plomo el buen Prelado en dar público certificado de verdad á los hechos referidos. Sólo cuando hubieron pasado ellos por todos los tamices y alambiques; cuando para convencerlos de impostura se hubo agotado en vano toda la astucia del Gobierno, toda la cavilosidad de la policía, toda la malignidad de la prensa anticatólica; sólo cuando ni amenazas, ni burlas, ni promesas, ni halagos pudieron hacer que la niña de catorce años, Bernardita Soubirous, dejase de mantenerse firme y entera en la declaracion de lo que habia pasado con ella; sólo cuando repetidas curaciones, declaradas prodigiosas y sobrenaturales por facultativos de nota y académicos de peso, hubieron probado la virtud divina de la fuente que escarbando con sus dedos la tierra hizo brotar la hija del molinero; entonces fué cuando, tras minucioso y prolijo exámen, la Iglesia, por boca del Pastor, admitió como legítimos tales hechos y reconoció en ellos el carácter sobrenatural. La misma impiedad, podemos decir, lo reconoció antes que la Iglesia, desde el momento en que compelida á dar una explicacion, confesó avergonzada y confusa que no podia humanamente darla. ¡Vergüenza para los sabios, mudos de estupor ante una niña que no sabia leer!

Dígame V. ahora, amigo mio; esa explicacion humana que toda la incredulidad no ha podido dar de los hechos de Lourdes, por más que la ha buscado, ¿la tiene V.? Si la tiene, dénosla por caridad. Si no la tiene, búsquela. Averigüe los hechos, pese las razones, infórmese del pro y del contra de la cuestion; pero, por Dios, no resuelva de lleno, sin conocer los antecedentes de lo que se debate, que esto no es católico, ni filosófico, ni siquiera racional. Hay unos hechos que llaman la atencion de todo el mundo. ¿Por qué se la

llaman? Hay un lugar á donde acude en continua y nunca interrumpida procesion el pueblo fiel. ¿Por qué acude allá todo este gentío? Hay infinidad de personas que se dicen maravillosamente curadas con el uso de aquella agua, en la cual el análisis químico no ha sabido encontrar composicion distinta de las otras aguas comunes. ¿Qué se ha de creer de tales curaciones? ¿Quién da fe de ellas? ¿Qué valor tienen las firmas de los médicos que las aseguran? Eso es lo que invito á V. á averiguar.

¿Por qué los incrédulos, en vez de perder el tiempo en aguzar el sarcasmo y el insulto, no acreditan por lo menos su buena fe examinando los hechos y sometiéndolos á juicio contradictorio? ¡Ah! es que los milagros de Lourdes son ya tan numerosos, y muchos de ellos están ya de tal modo comprobados, que el examinarlos equivaldria casi á reconocerlos. Es mucho más cómodo y más conforme con el procedimiento que ha seguido siempre el error, cerrar los ojos y arrojar saliva. Aquellos centenares de muletas y de aparatos ortopédicos que se ven pendientes de la Gruta, son de otros tantos enfermos que han dejado en ella la dolencia que les impedia el libre uso de sus miembros. Allí se han visto de repente funcionar en todo su vigor pulmones que la ciencia declaró deshechos, ojos destruidos, miembros atrofiados y sin vida. Se han visto del mismo modo desaparecer, en presencia de un público numeroso, tumores de gran volúmen, y cicatrizarse llagas, y cerrarse abscesos, y alargarse miembros retraidos. Sobre el testimonio de testigos innumerables tenemos las declaraciones de los mismos médicos en documentos que no han sido ni pueden ser desmentidos. Los dolientes que han sido objeto de los divinos favores por mediacion de la Vírgen de Lourdes han procurado, en interés de la verdad y de las almas, hacer público todo el proceso de su enfermedad y de su curacion.

Un católico francés ha desafiado años hace á toda la impiedad de su país á que pruebe la falsedad de los hechos reconocidos por milagrosos en la informacion episcopal de Tarbes, ó á que dé de ellos explicacion humana. Dicho señor ha depositado diez mil francos en poder de un notario, que señala, y ha invitado por medio de los periódicos á que

se presente prueba contraria á la declaracion episcopal, regalando los diez mil francos á quien ofrezca esta prueba, siempre que se declare aceptable á juicio de cualquier Academia ó Instituto médico francés ó extranjero, que designe la suerte. Ningun incrédulo francés se ha atrevido aún á apostar diez mil francos libre-pensadores contra los diez mil francos católicos del defensor de los milagros de Lourdes. Este guante del Catolicismo no ha sido aún recogido. Ea, ¡guapo! ¿A ver como se gana V. esos diez mil francos, probando, ya que es tan fácil, que lo de Lourdes es pura supersticion?

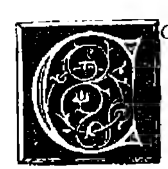
No, no se probará. Lo de Lourdes es el testimonio más visible y elocuente de la verdad del Catolicismo en nuestro siglo impío y descreido. Años hace que la impiedad rehusaba nuestras razones y reclamaba hechos. Nosotros se los presentábamos en nuestra historia magníficos y luminosos. La impiedad nos los rechazaba por antiguos y difíciles, decia ella, de comprobar. Queríalos modernos, á la luz de hoy, sujetos al escalpelo de su propia crítica. Dios, que para condenar á la impiedad quiere absolutamente dejarla sin excusa, ha accedido á sus deseos. Y porque queria hechos, le ha dado hechos; y porque los queria modernos, se los ha dado modernos; y porque los queria ver á la luz del dia, se los ha puesto á la luz del dia, esto es, en mitad de Europa, en Francia, la nacion más crítica y propagandista, la maestra en incredulidad, la que para eso puede ser llamada testigo de mayor excepcion. Pero ¡vea V. lo que son rarezas! Ahora resulta que la impiedad, que deseaba hechos que pudiese ella misma ver y examinar, se niega á ver y examinar los hechos que aquí le ofrece el Catolicismo. Mejor; es lo mismo que declararse anticipadamente vencida. Pero ¿resultan de este modo inútiles tales milagros? No, de ningun modo; porque se robustece con ellos la fe de los buenos creyentes, se alienta su esperanza en el triunfo definitivo de la fe católica, se vigoriza y enardece más su espíritu para seguir luchando sin tregua ni descanso en pro de la verdad combatida. ¡Mirad cómo ha acogido en todas partes el pueblo fiel los prodigios de la Gruta de Lourdes! ¡Mirad qué ir y venir de los pueblos de Europa á ese bendito lugar! ¡Mirad qué nuevos

sentimientos de amor y confianza en la Madre de Dios se han despertado en todos los corazones! ¡Ah! ¡Y tal vez con harto evidente significacion se ha aparecido María allí bajo el título y emblemas de su Concepcion Inmaculada. *¡Yo soy la Inmaculada Concepcion!* ha dicho. Y ¿qué es la Inmaculada Concepcion, además de la realidad del misterio que significa, sino un símbolo el más expresivo de las eternas luchas entre el bien y el mal, en las que definitivamente ha de salir el bien vencedor? ¿Qué significa esa Mujer celestial, que aplasta con su pié la cabeza del dragon, que pugna y forcejea por devorarla, sino la imágen más exacta de la Iglesia de Dios, en guerra siempre con el infierno y siempre triunfante de él? ¿Y qué mejor lema podia presentársele á nuestro siglo de grandes y quizá decisivos combates, que ese que los comprende y representa todos? ¿Y qué prenda mayor podia dársenos hoy á los católicos de segura victoria, que esa que es recuerdo y representacion de la más gloriosa victoria?

Realmente cuando todo eso se considera, va agrandándose, agrandándose el concepto de *lo de Lourdes*, hasta parecernos, como creemos lo es en realidad, una de las más grandes manifestaciones del poder de Dios en favor de su perseguida Iglesia. Lourdes es la intervencion visible del cielo en nuestros actuales combates; visible, decimos, porque la asistencia invisible de Dios para con su Iglesia la tenemos en todos los momentos garantida por divinas promesas. Hoy la tenemos visible y basta abrir los ojos, basta no querer tenerlos obstinadamente cerrados para ver los resplandores de sobrenaturalismo que irradia la santa Gruta de Massabielle. ¡Dichoso quien así lo comprenda y obre en consecuencia! ¡Desventurado quien ante tanta luz siga empeñado en su voluntaria ceguera!

XXXVIII.

¡A VECES HASTA DUDA UNO SI HAY PROVIDENCIA!

ÓMO, amigo mio? ¿Crees en la existencia de Dios criador de todas las cosas, y serias bastante insensato para suponerle indiferente ó incapaz para el gobierno y direccion de ellas? ¿Te habrias por ventura forjado la idea de un Dios de paja ó de carton, como las huecas imágenes de perspectiva, el cual despues de haber sacado de la nada un mundo fuese impotente para ordenarlo y enderezarlo á los fines preconcebidos por su infinita sabiduría? ¿O tan cruel y egoista te le figuras, que despues de haber dado vida á tantos séres, los ha abandonado al azar, quedándose sumido Él en la ociosidad de su eterna bienandanza? Valdria más negar en redondo la existencia del Sér supremo, que suponerle ente ridículo y odioso, como fuera, si no admitiésemos en Él las cualidades de supremo y sapientísimo y bondadosísimo Provisor. Al criar las obras de sus manos propúsose un fin, porque el sabio nunca obra sin Él. Este fin que se propuso puede y quiere conseguirlo. Porque si no quisiese conseguirlo, ¿á qué habérselo propuesto? Y si no pudiese, ¿qué sería de la omnipotencia de ese Dios? Hay, pues, Providencia, amigo mio, es decir, no sólo hay Dios, sino que ese Dios tiene sobre nosotros sus criaturas secreto designio en virtud del cual (y respetando siempre nuestra libertad moral) dirige todas las cosas, que si son muchas veces un misterio para el pobre mortal, no lo son para la claridad de la ciencia infinita, ni lo serán para nosotros cuando nos alumbre la luz de la feliz eternidad. Hay, pues, Providencia, amigo mio, como hay Dios. Esto enseña la razon, esto manda creer la fe, esto resplandece en cada una de las páginas de los Libros santos.

Pero... ya lo comprendo. Tú con esta exclamacion no quisiste negar este dogma de fe, ni menos soltar, como pudiera

parecer, una horrenda blasfemia. Fué éste únicamente un grito de tu corazon oprimido y acongojado. Ya lo sé. El dolor y la desesperacion ciegan y enloquecen el alma. De la misma suerte que se dice ante la traicion de un falso amigo: «¡Vamos, no hay amistad!» ó ante el desacierto del médico se exclama: «¡Vaya, que la medicina es farsa!» á pesar de que se sabe bien que el haber falsos amigos no quita que los haya muy firmes y verdaderos; y que el haberse equivocado un médico, no impide que haya otros que acierten en el tratamiento de las enfermedades; de la misma manera, digo, tu exclamacion contra la Providencia muestra más bien que criminal atrevimiento para negarla, cierta como impaciencia por no comprenderla. Quisieras tú, mi buen amigo, calarle, como se dice, todas sus intenciones á Dios, ó que fuese Él tan condescendiente contigo que te viniese cada semana y cada dia á dar cuenta y razon de por qué hace tales cosas, ó permite tales otras, ó deja pasar como inadvertidas las de más allá. Quisieras tú una como plaza de vocal ó consultor en sus divinos estrados. Y témome aún que cuando allí fueses admitido no te contentarias con menos que con permitirte darle á Su Divina Majestad algun atinado consejillo tocante á la buena marcha y direccion del género humano. ¿Sonries al través de tus llantos, pobre amigo mio? ¿O me preguntas, medio enojado, si me he propuesto burlarme de tí? Pues sepas que todo eso se encierra en el fondo de tu pregunta: esto vienes á decir cuando murmuras de lo que hace ó consiente sobre tí y tus cosas la Sabiduría divina. Sí, reflexiónalo bien, y verás que no te atreves á menos, hablando en plata, que á enmendarle la plana al mismo Dios. Voy, pues, á presentarte aquí unas breves reflexiones que te convenzan de que Dios sabe más que tú en lo de ordenar y dirigir los humanos acontecimientos, y que no es Él quien para hacerlo acertadamente debe conformarse á la pequeñez de tus miras, sino tú quien, para obrar como cristiano y como racional, debes en todo y á todas horas conformarte á los fallos de su soberana voluntad.

No sé, amigo mio, si entiendes en relojería. Yo no entiendo de relojes poco ni mucho, ni me atreví jamás á meter mano en ellos que no fuese para estropearlos. Pues bien, hagamos una suposicion. Figúrate ahora que, ignorante como soy

en esta difícil materia, me tomo la libertad de censurar al hábil mecánico que construyó tu magnífico reloj de repeticion, y que encuentro mal la desigualdad de aquellas piezas y el juego inverso que hacen unas con otras, y tacho á unas de inútiles, á otras de defectuosas, acabando por declarar no obstante que yo, á la verdad, no comprendo tal máquina ni conozco el oficio de cada una de las partes de ella. ¿Qué tal? ¿Qué me contestarias tú y cuantos hubiesen tenido la paciencia de escucharme tales depropósitos? Y sobre todo, ¿qué haria el relojero constructor que me oyese, sino soltar estrepitosamente la carcajada, si ya indignado no me echaba á empellones de su presencia, diciéndome: «Váyase allá el pedante y majadero, que en cosa que confiesa no entender pretende dar lecciones á los que somos maestros consumados?»

Pues mira, amigo mio; la máquina complicadísima que ves en ese mundo, así el físico como el moral: el autor y conservador de ella, como si dijésemos el divino Relojero que la construyó y le está dando cuerda continuamente, es Dios; el pedante y majadero que confiesa no entenderla y que no obstante se queja de su marcha y se atreve á quererla arreglar á su antojo,... te lo diré al oido por no sonrojarte, ese eres tú. La máquina del mundo físico se guia por leyes físicas y constantes que le ha puesto su Constructor, único que puede suspenderlas ó modificarlas en un momento dado por medios y por razones que sólo á Él toca apreciar. Tal suspension ó modificacion constituye lo que se llama un milagro. La máquina del mundo moral, es decir, ese conjunto de acontecimientos que más ó menos dependen de la libre voluntad del hombre, se rige tambien por ciertas leyes, no fijas é invariables, porque el Criador que ha hecho libre á la criatura humana se ha impuesto á sí propio como un cierto compromiso de respetar en todo su libertad, á fin de que fuese ella responsable de sus acciones, y pudiese con razon ser por las mismas castigada ó recompensada. Pero aún sobre esta voluntad del hombre libre y señora, está la voluntad de Dios que, sapientísimo como es, sabe sacar partido de los mismos actos libres de sus criaturas para los fines que tiene preconcebidos.

Hay, pues, que conocer del todo las leyes de la mecánica física para poder meterse á censurar á Dios por la marcha del

mundo físico; y hay que conocer del todo las leyes de la mecánica moral para poder meterse á juzgar á Dios por la marcha del mundo moral. Es así que ni la una ni la otra las conocen más que muy por encima, casi nada, los sabios entre los más sabios dedicados al cultivo de las ciencias físicas y morales: luego es impertinente, es ridículo, querer pedirle sobre eso cuentas á Dios, quejarse de que no vayan las cosas como á uno le parece debieran ir, desesperarse porque no se acaban de entender los secretos resortes de la Providencia.

Es decir, tenemos el caso del reloj, del relojero y del ignorante majagranzas que sin entenderlo se mete á hablar mal de él.

Ejemplos como estos podríamos citar *ad infinitum*. No haré más que apuntar ligeramente otro.

A quien no conoce la música han de parecerle por fuerza rasgos caprichosos y borrones informes aquellos signos tan raros y extravagantes que constituyen una partitura musical. Y sin embargo, es aquella tal vez una magnífica pieza, en que todo está previsto, ordenado, armonizado con talento increíble. No hay allí puntico ni línea, ni perfil que sobren, ni hay borron de aquellos de negra tinta que no ocupe su debido lugar, ó esté más arriba ó más abajo de lo que le corresponde. Es que aquello tiene un órden oculto que conoce quien lo arregló y quien sabe leerlo. Aquel aparente desórden, aquella confusion, aquellos altibajos, constituyen precisamente el órden, el ritmo, la cadencia, el maravilloso tejido de la pieza musical. Así es el mundo: veo embrollados los sucesos, confusos los movimientos, altibajos que sorprenden, aparentes discordancias que sublevan, iniquidades que Dios consiente sin castigo visible, atropellos de la inocencia que al parecer queda sin defensa del mismo cielo... ¡Ay, amigo mio! Es la página ennegrecida, cuyo sentido admirable leerás un dia en la eternidad, cuando conozcas allí el valor de cada una de sus notas, en que hoy no sabes ver más que borrones. Dios lo conoce bien y es Él quien lleva en eso la batuta con precision admirable.

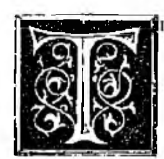
¡Dios consiente y no para siempre! Vuelvo á citarte este hermoso refran, porque en él está toda la filosofía del dogma de la

Providencia en relacion con la existencia del mal moral sobre la tierra. El mundo visible no tiene explicacion más que por medio del invisible, que constituye su segunda parte. Todo drama bien combinado tiene lo que se llama *el enredo*, ó sea la parte en que se va complicando el argumento sin dejar prevista la salida; y tiene lo que se llama *el desenlace*, en el cual recoge el autor los hilos todos de la accion y ofrece desatados sus nudos más importantes. Pues bien. En el drama humano *el enredo* ó complicacion del argumento está aquí en el mundo actual que pasa: *el desenlace* ó solucion de él se halla en la eternidad. Todo lo que aquí se mueve y agita, así lo que orgullosamente desafía al cielo y oprime á la virtud, como lo que gime y llora en aparente abondono, todas esas figuras que nos aterran ó indignan ó mueven á compasion ó interesan nuestra simpatía, todo caerá un dia bajo la jurisdiccion de Dios, como cae ya hoy bajo su incorruptible vigilancia. No se toca cabello de nuestra cabeza que no lo observe Él, ni se lanza un ¡ay! desde lo más hondo del corazon que Él no lo recoja. Contados lleva nuestros pasos, medidas nuestras palabras, registrados nuestros más ocultos pensamientos. Los que os atreveis contra Él ¡temblad! Los que por su causa gemís ¡sufrid! Porque es eterno, es paciente; porque nadie puede escapar á sus plazos, ni hallar salida al círculo en que tiene encerrado su infinito poder á toda criatura. Círculo de hierro para el malvado, círculo de amor para el buen hijo suyo. Somos impacientes los hombres, porque lo corto de nuestra existencia acá en la tierra nos induce á querer pronto, muy pronto, la satisfaccion de nuestros deseos. No seríamos impacientes si, como es debido, fiásemos la satisfaccion de nuestras querellas á los plazos no muy lejanos, pero sí más seguros, de la eternidad. Hemos de ser un dia eternos como Dios, seamos como Él tranquilos aguardadores de la hora de su justicia. Es la presente la hora del hombre, *hæc est hora vestra*, en la cual puede él á su antojo loquear y hacer del soberano y del independiente. La que se viene luego es la hora de Dios, que se reserva Él para obrar entonces como dueño y como juez. Esta será la nuestra, amigo mio, y á la vez la completa y cabal explicacion y justificacion del dogma adorable de la Providencia.

Entre tanto no extrañes la aparente prosperidad del impío, ni el éxito feliz de sus maquinaciones. Aparte de las muchísimas veces con que ya en este mundo recompensa Dios al bueno y castiga al malvado, hay acerca este punto una reflexion de san Agustin, concluyente como todas las suyas. Quiero ponértela aquí por contera del presente librejo. No hay hombre malo, dice en sustancia el profundo Doctor, que no haya hecho en este mundo algun bien; ni hay hombre bueno que no haya hecho en este mundo, poco ó mucho, algun mal. ¿Es exactísimo este precedente? Sí. Pues bien. La justicia de Dios en la otra vida no quiere recompensar el poco bien que en la presente hayan hecho los malvados; ni castigar más que con el purgatorio lo poco ó mucho malo que en la presente vida hayan hecho los buenos. Y no obstante, es evidente que ante su justísima justicia no puede quedar mal alguno por poco que sea, áun en el hombre más virtuoso, sin castigo; ni bien alguno, áun en el hombre más impío, sin recompensa. ¿Qué hace, pues, la justicia de Dios por medio de la sábia economía de la Providencia? A los malos recompensa acá con efímeros bienes el poco bien que hicieron, á los buenos castiga acá con efímeros males y á cuenta siempre de su futuro purgatorio, el poco mal que han de purgar. ¡Ay, pues, del malvado á quien todo sale bien! ¡Qué condenacion tan severa le guarda la divina Justicia! ¡Bien por el justo que aquí sufre con resignacion! Anticipado lleva el saldo de cuentas con Su Divina Majestad.

XXXIX.

¡POBRE DE MÍ... NO TENGO TIEMPO!



E comprendo, amigo mio, te comprendo. Quieres excusar con esta frase lastimera tu olvido completo de las prácticas de Religion, tu ausencia del templo, tu falta de cumplimiento de los preceptos de oir Misa y confesar y comulgar, en fin, tu vida completamente descuidada, perdida para tu alma, atea en la práctica, ni más ni menos que la de los que dicen, claro y redondo, no creer poco ni mucho en Dios ni en la otra vida.

Y no obstante, ¡véase lo que son las cosas! no eres ateo ni materialista, ni quieres pasar tal vez por menos que por cristiano formal, y te indignarias contra quien te negase el dictado y buena reputacion de católico, apostólico, romano.

Vamos á ver, pues, cómo esta frasecica que sacas á relucir muy satisfecho cada vez que se te echan en cara tus imperdonables olvidos, vamos á ver, digo, cómo esta frase infeliz no pasa de ser una miserable excusa, falsa, mentirosa, y de consiguiente de ningun valor para dispensarte de tus obligaciones y para librarte del castigo eterno cuando se llegue la hora de ajustar cuentas con Dios.

¿No tienes tiempo, dices? Pues mira, me empeño en proporcionártelo en abundancia con sola una condicion. La de que me dejes pasar ligera revista sobre el modo como empleas las veinte y cuatro horas que tiene el dia, y descontarte de ellas las que miserablemente echas á perder, si no es áun que las empleas en cosa á todas luces perjudicial y abominable. Me ofrezco á presentarte, como resultado de esta liquidacion, un sobrante de tiempo que te baste con exceso para todas tus más sagradas atenciones, y áun para gastar un rato alegremente con los amigos en cosa que no ofenda á Dios.

Vamos á ver. De aquellos ratos que te pasas charlando de cosas que ni te van, ni te vienen, ni te tocan, ni te importan, ¿cuántos podrias suprimir cada dia que, sumados cada semana y cada mes y cada año, te saldrian representando una notabilísima cantidad de tiempo perdido?

De aquellas horas muertas que consumes quizá en la taberna ó en el café, que no es mejor que ella, paladeando la sabrosa copa ó contemplando perezosamente como se desvanecen en el aire las azuladas espirales de humo de tu rico tabaco ó de tu modesto pitillo, ¿cuánto podrias disminuir cada dia, si ya, como fuera tu deber, no te sientes con animosa decision para del todo dejar de frecuentar tales sitios poco recomendables?

¿A qué no dejas de concurrir al teatro cada fiesta por la noche ó por la tarde, y tal vez más de un dia la semana, y gastas en eso, que llamas tú indispensable desahogo, dos ó tres horas largas de talle y que allí se te pasan como breves minutos?

¿Cuánto gastas en inútiles visitas cada semana ó cada mes, si eres hombre ó mujer de cierta posicion social, ó en bromas y regodeo con los compinches, si eres pobre trabajador?

Prosigue tú mismo este exámen con alguna minuciosidad, y de fijo te quedas pasmado al concluirlo, viendo la gran cantidad de tiempo que se te va cada dia de las manos, sin saber en qué, ó sabiéndolo tal vez, por tu desdicha, demasiado.

¿No tienes tiempo, dices? Escúchame una reflexion. Sucede con el tiempo lo que con el dinero, que parecen hermanos gemelos segun lo parecida que tienen la suerte y la fisonomía. En efecto: tiempo y dinero son cosas de gran valor, y precisamente son las que con más facilidad se tiran por la ventana. Digo, pues, que con el tiempo pasa una cosa parecida á lo que pasa con el dinero. Los que más generosamente lo dan por Dios suelen ser los que menos parecen tenerlo. Las limosnas suelen salir, por experiencia lo sé, más comunmente de la gente pobre ó medianeja, que de los grandes y opulentos capitalistas, lo cual hace pensar cuán profundas son aquellas dos frases del Evangelio: *Beati pau-*

peres: væ vobis divitibus. Pues bien. Voy al caso. Análogo es lo que con el tiempo acontece. Los más ricos de él son los que más escasos de él se muestran, cuando se trata de ofrecerlo á Dios. Los pobrecitos y necesitados suelen ser en esto menos avarientos.

Me asombra la clase de gentes que acude todos los dias á nuestras Misas á primera hora de la mañana. Casi todas ellas pertenecen á la categoría del jornalero y de la sirvienta, que se descuentan del sueño y del descanso aquellos treinta minutos que ofrecen generosamente á su Dios. Como á hurtadillas, haciendo penosísimo sacrificio, dan de su exíguo capital de tiempo aquella media hora á la Religion, en tanto que los desocupados del siglo, á quienes mil veces consume el fastidio de la ociosidad, no hallan jamás tiempo disponible para atender á sus deberes cristianos.

Y observo, por regla general, que son las personas más ocupadas las más dispuestas siempre á toda obra buena, así como las ociosas y desocupadas suelen ser siempre las más irresolutas y perezosas. ¡Ay de quien una vez se dejó entorpecer y como amodorrar en la negligencia y en el descuido! Horrible parálisis moral es esta que les quita á los tales toda actividad y denuedo para obrar su salvacion. Horrible parálisis, repito, mil veces peor que la de los miembros corporales más lisiados y entumecidos.

¿No tienes tiempo, dices? Pues has de buscarlo, amigo mio, cueste ó no cueste, porque si quieres alcanzar de Dios la salvacion de tu alma, con tu trabajo te la has de ganar, y no hay que buscarle al asunto otra salida. Desengáñate: no se da de balde el cielo; ni la misma Vírgen María, ni Santo alguno entró en él por otra puerta que por la del bien obrar. A los mismos Angeles, para confirmarlos en su gracia y bienaventuranza, exigió el Criador mérito de su parte. Los santos Evangelios hablan siempre muy claro sobre el particular. Allí se nos compara á jornaleros á quienes el amo Dios llama al anochecer para pagar un convenido jornal. ¿Cómo, pues, te atreverás á esperar de Dios salario alguno, si has pasado mano sobre mano las horas que te concedió para merecerlo con tu trabajo? Y ¿cuál es este trabajo, único que merecerá el salario del reino celestial, sino el de la vida de-

bidamente ocupada en obras de santificacion y en la práctica de los actos que la Religion prescribe?

Supongamos, pues, que tan ocupado y atareado te traen tu negocio ó tu carrera ó tu oficio, que ni unos minutos al dia te conceden para pagarle de ellos el debido tributo á Dios y mirar por los intereses de tu alma. Supongamos que de veras no tienes tiempo, como dices, para dedicarlo poco ó mucho á la práctica de tu Religion. Pues vives mal, amigo mio, vives mal, muy mal; y serás gran fabricante, gran mercader, sabio literato, activo trabajador... pero eres de veras un mal cristiano... Casi no eres hombre siquiera; casi te vas degradando á la condicion miserable de bestia, pues sólo las bestias son quienes vienen al mundo para únicamente trabajar. Borrico de carga vienes á constituirte, y nada más, aunque de otra cosa blasones. Ya sé que el positivismo moderno no sabe más que ponderar á todas horas la excelencia del trabajo, y le ha llegado á llamar la suprema virtud; pero sé tambien que este concepto brutal del fin del hombre sobre la tierra ¡válgame Dios! no es cristiano ni es racional.

Es preciso, pues, que dés tregua de vez en cuando á tus ocupaciones terrenas, por nobles y decorosas que sean, para hacerle un poco de lugar á la ocupacion del alma, que esa es más sublime que tu cuerpo y tiene todavía más que él imperiosas necesidades á que es fuerza atender.

Débesle rezar cada dia, mañana y noche, tus oraciones á Dios, á la Vírgen y á los Santos, siquiera en tu casa, si de veras no te consiente la ocupacion una visita diaria al templo, que eso fuera lo más regular.

Débesle la observancia y santificacion del dia festivo, desquitándote en él de lo material y terrestre de tus ocupaciones durante la semana con dedicar una buena parte á los actos del culto; á la santa Misa en especial, pues es de riguroso precepto; á la lectura de sanos libros, á la instruccion de tu familia, á las obras de caridad y al honesto esparcimiento.

Débesle la celebracion de las grandes solemnidades cristianas, sembradas por la Iglesia en la carrera del año como hermosos puntos de descanso; distinguiéndolas con aumento de devocion, con la participacion de los santos Sacramen-

tos, con más prolija asistencia á las ceremonias bellísimas con que se solemnizan, con alguna más abundante limosna á los pobrecitos de Nuestro Señor. ¿No es, amigo mio, muy regular que cuando por Pascuas y fiesta mayor regalas tu mesa con más ricos manjares y sacas á la calle traje mas vistoso, le dés tambien á tu alma plato y traje de fiesta por medio de alguna de esas obras buenas extraordinarias, que son su mejor alimento y atavío?

Débesle la visita á la casa del pobre y del enfermo, con la palabra de consuelo en los labios y la limosna en la mano y el cristiano afecto en el corazon, que esa es de las obras de misericordia una de las más gratas á Dios y que más poderoso influjo ejercen en nuestra propia conciencia. Y para hacer esta visita de caridad bien puedes excusar cualquier otra de cumplido ó de pasatiempos, bien puedes acortar un rato tu permanencia en el casino ó en el café, bien puedes ahorrar unos cuartos y unos minutos de los que tan miserablemente derrochas allí en cosa que te es perfectamente inútil, si ya no te es altamente perjudicial.

¿Que no tienes tiempo, dices? ¡Gran Dios! ¡Sólo la Religion y sus prácticas sufren mengua por esa maldita escasez de tiempo en que andan siempre, siempre, los hombres como tú! ¡Sólo en el cumplimiento de los deberes cristianos se conocen tal penuria y necesidad! Mira los sitios de diversion siempre rebosantes de ocupadísimos ciudadanos; mira los paseos y jardines cuajados todo el domingo de apreciables católicos, ocupados en darse mútuamente en espectáculo; mira cualquier saltimbanquis que tienda el paño para sus volteos y equilibrios en mitad de la calle, cuántos mirones encuentra al momento al rededor de su ambulante anfiteatro. Encuentran lectores á miles la novela inmunda y hasta la sosa é insustancial; suscritores los periódicos y periodiquillos y periodicuchos y periodicotes malvados é infames, y hasta los tontos; concurrentes las visitas ridículas y las eternas mesas de billar ó de tresillo; contemplativos de nuevo género los cogines y divanes y las perezosas sábanas; absortos paseantes las horas de limpio sol en invierno y las de delicioso fresco en verano. ¿Para qué no hay público en este mundo ruin? ¿Para cuál de sus majaderías no se halla tiem-

po? ¡Ah! Sólo escasea para Dios. La mitad del género humano y tal vez la mitad de la otra mitad tienen no solamente tiempo de sobra, sino que andan buscando á todas horas recursos con que *matar el tiempo,* y ¿no es deplorable que os salgan luego con que *no tienen tiempo,* así que se lo vayais á pedir para los intereses de su alma y de la eternidad?

¿Que no tienes tiempo, dices? Voy á darte aquí por conclusion una breve receta, con la cual se puede *fabricar tiempo* con suma facilidad. Es probada. La usaron innumerables personas que han hecho y hacen aún por Dios, por el prójimo y por sí mismos, gigantescos trabajos para los cuales parece no debiera bastar vida de cien años. De ella se valieron los grandes Santos que admiras en los altares como prodigios de celo y actividad, así como otros muchos que sin haber llegado á tan alta categoría son no obstante dignos de imitacion por su laboriosa y aprovechada existencia. Se reduce á las siguientes tres máximas:

No dormir más de lo necesario, no divertirse más de lo conveniente, no derrochar en la ociosidad (propiamente dicha) ni un minuto.

¿Quieres drogas que menos cuesten que esas para la composicion del precioso elixir que llamamos tiempo? Aseguróte, á fe de amigo, que sin ir á la tienda te las encontrarás á mano en tu casa siempre que gustes, como no te falte la primera condicion de todas, que viene á ser el dinero con que únicamente se compran, la buena voluntad.

¿Quién tendrá excusa de hallarse sin tiempo teniendo á su disposicion á todas horas tan buena fábrica de él?

XL.

Y ¿POR QUÉ NO HE DE LEER YO TODO LO QUE QUIERO?

Por qué? Por una razon de higiene que entienden hasta las bestias, aunque den pruebas de no entenderla muchos de los hombres ilustrados y despreocupados como vos.

—¿Podríais explicaros sin comparaciones, siempre odiosas?

—No, amigo mio, porque esas comparaciones no me las saco yo de mi magin; sois vosotros mismos, los del dia, los que me las ofreceis á cada paso hechas y derechas, sin dejarme á mí otro mérito que el de copiarlas del natural, que es como si dijéramos, coser y cantar.

—Deciais, pues...

—Decia, sí, que la prohibicion de leer ciertos libros se funda en una razon de higiene que comprenderian hasta las bestias si supiesen leer. Habreis visto que todo animal, una oveja, buey ó cabra, por ejemplo, en mitad de un prado ó monte frondoso, con variedad de yerbas y arbustos, se decide por unos con preferencia á otros, y de algunos no llega á tocar por más que le apriete el hambre. Su natural instinto le advierte cuáles pastos le han de dañar y cuáles le han de ser provechosos. Mostradle á una cabra un ramo de cicuta, no hay cuidado de que le acerque el hocico el prudente animal. Sí, pues, una ley de higiene natural y física obliga al bruto á abstenerse de lo que físicamente le ha de perjudicar, es muy lógico y razonable, y tambien muy natural, que una ley moral obligue al hombre á abstenerse para su corazon é inteligencia de ciertos pastos que moralmente le han de corromper. Al bruto animal se lo dice su instinto, al hombre se lo dice su razon. Y en conformidad con ella se lo ordena al cristiano la santa Iglesia.

—Convenido: tengo, pues, bastante con mi razon para conocer cuál de los libros me pueda convenir y cuál me

pueda dañar: no tengo, pues, necesidad de que me venga la Iglesia á imponerme sus prohibiciones y anatemas. Al animal le basta y le sobra con su instinto, á mí me basta y me sobra con la luz natural.

—No, amigo mio; no os sobra, ni os basta, ni de muy lejos con sola la luz natural, y me explicaré y me comprenderéis perfectamente.

Bástale al bruto su instinto, porque lo conserva íntegro y no degenerado ni oscurecido; ténelo tal cual se lo dió en su formacion el Criador. El hombre no tiene bastante con su razon, porque la tiene oscurecida por el pecado. El bruto no es un sér degenerado, el hombre sí. Por esto el bruto tiene en su propio sér, aunque imperfecto, todos los medios indispensables para el logro de su propio terreno fin; el hombre necesita de ayuda superior para llegar, áun con mil resbalones y tropiezos, al que le está señalado. Por esto la sola razon natural no le sirve al hombre para muchas cosas más que la carabina de Ambrosio, y perdonadme la vulgar ponderacion: por esto le es necesario á la débil razon humana el auxilio de la razon divina, es decir, de la Revelacion, cuyo maestro fué para el mundo Nuestro Señor Jesucristo, y cuya depositaria é intérprete oficial y por ende infalible es la Iglesia católica.

—Sin embargo, es insoportable tiranía que á un hombre barbudo le digan los Curas, como á un niño de teta: Eso puedes leer y eso no.

—Como un niño habeis dicho, amigo mio, y sin pensarlo habeis encontrado la verdadera expresion que hace al caso. Por el presente, como por otros muchos, dijo Cristo: *Si no os haceis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.* ¡Ya veis que no podeis gloriaros vos con el honor de la invencion!

Pero vamos derechamente al asunto, y tratémoslo con toda seriedad, que cierto la merece más de lo que se os figura.

Con qué ¿os parece vejacion y tiranía el que la Iglesia os diga á vos como hijo suyo (que con los que no lo son, es decir, con los no cristianos no se mete para nada nuestra prudente Madre) cuáles son las lecturas que os pueden ha-

cer mal, y os intime severamente que no las podeis leer, ni siquiera retener? Pues, habreis de confesar que ese despotismo y tiranía lo andais ejerciendo vos á todas horas con vuestros hijos y subordinados, y á pesar de todo quereis pasar sin duda por hombre campechano y hasta liberal.

Decidme, ¿dejais entrar á quien quiere en vuestra casa á tratar con vuestros hijos é hijas, sin averiguar antes su procedencia y conducta, y lo que de tal trato y comunicacion puede resultar? No, por cierto: á un desconocido no le dejariais sentar en vuestro hogar en el corro de la familia, pues tal pudiera ser que no os conviniese en modo alguno. ¿Qué haceis, pues, á fuer de prudente y previsor? Os informais, preguntais, inquirís, averiguais, y si el tal no lleva muy limpios antecedentes, le intimais resueltamente la retirada y le dais con la puerta en los ojos sin reparo ni contemplacion. Y en esto sois tan intransigente como un inquisidor. Y vive Dios que obrais perfectamente. ¿Qué fuera del respeto de los hijos, qué del recato de las muchachas, qué de la buena fama de la mujer, qué de la obediencia de los criados, qué finalmente de todo el órden y disciplina de la casa, si cada *quisque* se podia entrar como quisiese en ella, y hablar en ella lo que se le antojase, y aconsejar y persuadir lo que le pareciese, sin que le pudiese ir á la mano con su autoridad preventiva y represiva el padre, que lo puede y debe hacer? ¿Qué tal andaria aquel sagrado recinto de la familia, si hubiese tan desvergonzada libertad que pudiese hacer allí de las suyas el primer tramposo ó calavera ó truhan seductor que la tomase por campo de sus hazañas? No, eso no lo permitiríais vos, ni lo permitiria nadie, áun el más ancho de mangas. Amais á los vuestros, amais vuestra casa, amais vuestro nombre, y todo eso os creeis obligado á defenderlo contra lo que pueda manchar su honor.

Bien está; pero escuchad ahora. El Catolicismo es una Religion, es la única verdadera. Es, pues, una familia, y está montado con todo el organismo y disciplina de tal. En los Evangelios se le llama así frecuentemente, y Nuestro Señor se honra con presentarse en sus parábolas bajo el atributo especial de amo ó padre de familias. Toda la disciplina de la Iglesia es, pues, una como imitacion de la disciplina domés-

tica. El supremo Jefe visible se llama Papa, esto es, Padre; los sacerdotes se llaman presbíteros, que quiere decir ancianos. Los fieles se llaman hijos, y tienen para con el Padre y los ancianos, partícipes y representantes de su autoridad, el triple deber de obediencia, reverencia y asistencia que tienen para con los padres naturales. Ahora bien. ¿Qué hace el Papa, qué hace el Obispo cuando os dicen que tal libro es malo y que en consecuencia no lo podeis leer, y cometeis pecado si lo leeis? Sencillamente lo que haceis vos cuando prohibís la entrada en el hogar doméstico á un hombre que no es de vuestra confianza. Ni más ni menos. ¿Y qué haríais vos si el tal hombre de malos antecedentes se os quisiese entrar á viva fuerza en vuestro hogar? Gritaríais: ¡Al ladron! llamaríais al municipal de la esquina para que os defendiese de la agresion del malvado y diese con él en la alcaldía, si ya, como medida preventiva, no le rompíais de un trancazo la crisma al agresor. ¿Y qué hace la Iglesia cuando pone un libro en el índice de los libros malos, y lo anatematiza y prohibe como tal, más que gritar: ¡Al ladron! ¡al ladron! para que lo conozca por tal y le trate como merece la vecindad? Y cuando invoca el auxilio de los poderes civiles para que impidan la venta del libro malo, y aun para que castiguen al autor y secuestren su obra, ¿qué hace sino llamar al municipal para que la ayude á defender la inviolabilidad del hogar cristiano? ¡Y lástima grande que los poderes públicos se hagan á veces sordos á esa demanda de la Iglesia, á la cual debieran en todo atender y auxiliar! ¡Lástima grande cuando esos poderes se vuelven cómplices del ladron ó del seductor, declarando legal su atentado, protegiéndolo con leyes absurdas, defendiéndolo como víctima infeliz! ¡Oh tiempos miserables en que el poder público escuda en muchas naciones con el manto de la legalidad á lo que debiera proscribir, como si dijéramos: el municipal le guarda la espalda al ratero, el guardia civil le sirve de escolta al salteador! ¡Así en este nuestro mundo culto y civilizado andan trocados los frenos para nuestra perdicion!

Diréis acaso que no es igual la comparacion; que un libro, por malo que sea, no puede ofrecer los peligros que ofrece un hombre ruin en contacto con vuestra familia.

¡Desdichado! ¡Inocente! por no decir cosa peor. Si eso creeis, no conoceis seguramente lo que es un libro, ni el alcance que tienen sus páginas, sanas ó envenenadas. Más de la mitad, y de la mitad de la otra mitad del mal que han hecho y hacen los malvados en el mundo, lo hicieron con estas armas, que son las de más fino temple que se forjan en los arsenales de Satanás. Un mal libro, bien sea de falsas doctrinas ó de corrompidos ejemplos, es peor que un mal amigo, peor que un mal maestro, más temible que el más descarado seductor. A la sordina y callandito va él socavando el corazon, extraviando la inteligencia, pervirtiendo las más claras nociones, familiarizando con la corrupcion, estimulando el apetito, disculpando los excesos ó tal vez justificándolos. Es un veneno lento que se introduce con la golosina de un estilo ó ameno, ó patético, ó festivo, y que cuando se ha tragado y ha empezado á circular con la sangre es difícil de expeler, y causa la muerte, ó por lo menos mortal languidez.

Ved, amigo mio, esa librería, que vos llamais escogida porque os cuesta buenos cuartos y os da fama de ilustrado. Mirad cuántos de esos libros son ladrones domésticos que á mansalva turban la paz de vuestro hogar y os roban á vos y los vuestros las más preciosas joyas del alma. ¿Qué leen en ellos vuestro hijo y vuestra hija que tan bien os los educaron en el colegio? ¡ Ah ! Si un hombre ó una mujer les dijeran á las prendas de vuestro amor lo que les dicen á todas horas esos libros malditos, no tendríais, á fe, paciencia para escucharlos. Ahora, como es un libro el que se lo dice, como es un libro el que se pasa horas y horas conversando al oido con vuestra chica ó con vuestro muchacho, como es un libro el que los trae atontados y revueltos de sentimientos, de ideas, de imaginacion y áun tal vez de temperamento físico, encontrais que no hay en eso inconveniente alguno, y áun tal vez con bonachona complacencia os alegrais de que salgan tan aficionados á leer vuestros hijos é hijas. Y preguntaréis luego quién le va haciendo tan petulante y desvergonzado al moceton, quién la trae tan ensimismada y fantástica á la muchacha, quién les robó la sencillez de la inocencia, la alegria del corazon sano y hasta tal vez los

buenos colores de la salud corporal. ¡ Maldito libro, que ha sido el ladron que habeis llevado vos mismo á vuestra casa! ¡ Maldita novela inmoral, maldito periódico de infamias, maldita poesía corrosiva, maldito tratado de impiedad! ¡Asesino! ¡ Parricida! De esas almas robadas á Dios, de esos corazones perdidos para la virtud, de sus vidas criminales y de sus muertes de réprobo respondereis vos con vuestra propia alma y con vuestra condenacion eterna en el juicio de Dios!

Es, pues, vuestro deber de hombre racional y de cristiano privaros de lo que la Iglesia ha condenado como malo; porque es malo, y os mandan apartaros de lo malo, no sólo la ley de Cristo, sino vuestra propia razon.

Y la Iglesia sabe con seguridad lo que es malo, porque depositaria de la doctrina y de la moral verdaderas, sabe cuáles ideas y documentos y ejemplos se ajustan á ellas, y cuáles se apartan ó las contradicen.

Y por esto y porque la Iglesia tiene recibida de su Fundador autoridad doctrinal infalible, falla ella con seguridad, y es malo lo que dice que lo es, sea cualquiera el talento ó saber de quien diga lo contrario.

Y este fallo de la Iglesia impone al fiel cristiano obligacion bajo pena de pecado mortal, y á veces bajo otras penas. Y el que no obedece á tal prescripcion se hace con esto rebelde, y es peor en cierto sentido que un judío ó infiel.

Y así cuando de un libro os consta por buen conducto que está prohibido, debeis creer que lo es, aunque vos no hayais sabido hallar cosa mala en él: del mismo modo que creeis venenoso un medicamento si os lo dice el químico, porque á él toca saberlo más que á vos.

Y aunque de un libro no sepais sea prohibido, si con todo hallais en él cosa mala, tampoco podeis leerlo, porque si no es prohibido merece serlo, y en conociéndole el veneno lo debeis inmediatamente rechazar.

Unicamente observando con rigor tales reglas, os acreditaréis en esta materia de exacto y cabal cristiano. Si no ¡es lo más cómodo! declaraos de una vez moro ó gentil.

XLI.

ESOS CURAS... POR TODO PIDEN DINERO.



LTO ahí, compadre; que eso es falso de toda falsedad! Innumerables son los servicios que te presta el Cura sin que por ellos te saque de la bolsa un solo maravedí. Es verdad que tú, amigo mio, no cansas mucho, que digamos, al Cura, y áun por disculpar este tu poco trato con él para el cumplimiento de tus deberes, andas diciendo que no puedes, porque los Curas por todo piden dinero. Escúchame unos momentos, y puede que, despues de haberme oido, nunca vuelvas á repetir ésta, que no es más, al fin, que ó calumnia ó necedad.

—Tú vas raras veces á confesar y á comulgar, ó mejor, no has ido tal vez allá hace muchos años.

—Asi, asi.

—Pues bien. El Cura, si lo deseas, te escuchará de balde en su confesonario, y sin pedirte por ello un cuarto te dará, si de veras la deseas, la santa absolucion y despues la sagrada Comunion. Trabajoso ministerio es éste, que en dias dados le consume las fuerzas al pobre confesor, tanto como al jornalero su más pesado jornal. Y no obstante, de balde se te ofrece para ello el Cura, á tí y á todos los que cualquier mañana gusteis de aceptar sus desinteresados servicios; sólo siente él que seais pocos. Es falso, pues, que *esos Curas por todo pidan dinero.*

Pero vamos á otra cosa. Tampoco asistes tal vez á Misa todos los dias, ó siquiera aquellos en que hay para el cristiano esta obligacion.

—Algun dia me pasa por alto, es verdad. ¡Las pícaras ocupaciones!...

—Sea lo que fuere, que eso ya lo pondrá en claro un dia ú otro la justicia de Dios. Es lo cierto que no acudes al tem-

plo siempre que debieras. Díme, pues. ¿Será por que te hayan exigido jamás dos reales ó cuatro de entrada á la puerta de él, como se te exigen á la de otros sitios que yo me sé y en los que entras no obstante muy á menudo, y tan galan y de buen humor? Sabrás decirme ¿cuánto dinero te llevan cada domingo el Cura ó el sacristan por dejarte oir con todo recogimiento una Misa ó un par de ellas, ó media docena, si tanta fuese tu devocion? Yo no sé que se le haya puesto aún á eso tarifa ó arancel. Ya ves, pues, como no es verdad que *esos Curas por todo pidan dinero.*

Que estás enfermo de gravedad ó que lo está uno de tu familia, y al oido y con todas las retóricas del caso se os empieza á insinuar que hay que pensar para el enfermo en algo más que en emplastos y brevajes, porque anda amenazando un desenlace fatal y es preciso hablar de Sacramentos. Se llama al Cura ó á su coadjutor; uno de ellos se presenta inmediatamente, de dia ó de noche, á cualquier hora que lo demande la necesidad. Ya en la antesala no pregunta si será bien ó mal recibido, ni si el mal que aqueja al enfermo es tifus ó viruela ó cosa así que se pueda pegar; pide únicamente se le conduzca junto al paciente. Al llegar allí tienta el vado; sondea, insinúa, exhorta, suda á veces la gota gorda para reducir á buen término al que años há andaba tal vez muy lejos de él; pasa allí largo rato, muy poco divertido por cierto, pues la alcoba de un enfermo de gravedad no suele ser, máxime en ciertas casas, jardin de bien olientes flores, ni teatro de vistosos espectáculos, ni otra cosa alguna que halague la curiosidad ó las narices. Y sale despues consolado y contento si logró aquella alma para Dios.

Díme ahora, ¿te ha sucedido nunca que despues de tales trabajos é incomodidades que se han pasado por uno de los tuyos te enviase el Cura la cuenta de sus honorarios, como te la han enviado, y con mucha justicia, el médico, el boticario ó el sangrador? ¡Quiera Dios que, si fué pobre la casa, no haya áun la mano del Cura tenido que acudir al alivio de la enfermedad con su peseta ó con su duro de limosna, en vez de cobrarla de tí por sus penosos servicios! Con lo cual tienes otro caso en que sale falso aquello de que *los Curas por todo pidan dinero.*

¿Has oido hablar de epidemias? Sí, y mucho, que por desgracia no han faltado en este país en lo que va de siglo. ¿Quién ha jugado en ellas más heróicamente su vida? El Cura. ¿Con qué sueldo ó salario especial? Con ninguno. Señaláronse cada vez, como era justo, dietas extraordinarias para los médicos, farmacéuticos, practicantes y sepultureros. Sólo el Cura afrontó el riesgo únicamente por cumplir su deber. ¿Y sabes cuántos han muerto cada vez víctimas del contagio? El año 20, por la fiebre amarilla sucumbieron más de dos docenas en solo Barcelona. En el último período de la misma epidemia sucumbieron una porcion de ellos como bravos soldados al pié del cañon. ¿Y se aterraron los demás? No, que el vacío de los muertos se llenó con otros, y el de éstos con otros, y así hubiera seguido mientras hubiese quedado uno vivo para ir á morir. Atrévete á decir ahora que sólo por dinero se mueve á servirte el ministro de Dios.

—Es verdad lo que decís, pero para eso cobra buenos sueldos el clero. Bien lo sabe el presupuesto de la nacion.

—¡Válgate Dios por listo, amigo mio! ¡Y cómo tienes tú ocurrencias que valen un Perú! Cierto, cobran los Curas (no todos, sólo los que ocupan plaza oficial), por la sencilla razon de que comen, que, si no cobraran de un punto ú otro, no podrian comer. El mismo Jesús para comer tuvo su bolsa y quien cuidó de ella. Ni en las carnicerías, ni en las tabernas, ni en los puestos de legumbres y verdura he visto jamás un letrero que diga: *Gratis para los Curas*. Con que ya ves que si han de comer, como me parece á mí que no pueden excusarlo, han de comprar, y si han de comprar lo han de pagar, y si lo han de pagar, cobrarlo han de una parte ó de otra, sin remedio ni remision. Pero eso mismo que cobran es una friolera, es una miseria, es á veces una indignidad. Si se pusiese á los empleados del Gobierno al nivel de los Curas en eso de las tan cacareadas pagas, al dia siguiente dejaban sus puestos la mitad y la otra mitad. Esos Canónigos á quienes el pueblo se figura tan ricos no tienen de dotacion lo que un oficial subalterno del ejército. Los Párrocos de más alta nómina tienen menos que los porteros de ciertas secretarías civiles. Los Vicarios no cobran lo que un peon de carretera ó un alguacil de nuestros ayuntamientos. Estos tipos de com-

paracion son exactos. ¡Ya ves si hay vergüenza en hablar de las pagas del clero! Esto sin contar con que lo que á nuestros Curas les da la nacion, cuando no se lo niega, como ha sucedido tantos años seguidos, no es más que un tanto por ciento, muy escaso, de los bienes de esos mismos Curas que les birló años atrás la codicia revolucionaria, bienes que no se han perdido, no, sino que andan hoy muy aprovechados en manos de quien tú sabes y yo me sé. ¿Recuerdas aquella casa? ¿Sabes aquellas viñas? ¿Tienes presentes aquellos bosques y regadíos?

—Entendidos, entendidos. Todos sabemos cómo les lucen estas fincas *ajenas* á ciertos prohombres del dia.

—Basta, pues, y al buen entendedor salud.

—Sin embargo,—y perdonadme si vuelvo á la carga,—á pesar de que no puede negarse que en varias cosas le sirven los Curas al pueblo de balde, no me negaréis que en varias otras saben cobrarse crecidos derechos, que cansan y saquean al infeliz que á ellos ha de acudir. Esos costosos funerales, esos expedientes de las oficinas eclesiásticas, esos derechos de estola y pié de altar...

—Tampoco aquí rehuyo, amigo mio, la discusion. Quiero quedar victorioso en todos los terrenos.

En los servicios que te presta la Iglesia has de distinguir dos clases: unos son indispensables, otros no lo son. Los indispensables los presta á los pobres gratis enteramente, ó sea por amor de Dios, como se dice y como saben muy bien en todas las parroquias los pobres de solemnidad. Y gracias aún que la parroquia no les dé á ellos muchas veces dinero encima despues de haberles servido, como acontece frecuentemente. A los que no son pobres les pide algunas veces una módica retribucion. Pues qué, ¿no es regular que contribuyan al sosten de sus servidores aquellos mismos que de sus servicios se aprovechan?

Respecto á los servicios no indispensables, sube de punto esta razon, y por lo mismo no extrañarás que la Iglesia te exija por ellos alguna mayor paga para sus ministros. Has de enterrar á tu hijo y no te contentas con que le acompañe el Párroco ó su Vicario, sino que deseas asistan otros cuatro ó diez ó veinte sacerdotes á honrar con su presencia el acto

de la sepultura? Pues lo regular es que les retribuyas ese trabajo que ellos prestan en obsequio de tu difunto.

¿No te contentas con una Misa sencilla á que con muy módica limosna pudieras atender, sino que quieres suntuoso aparato fúnebre, campanas, luces, canto, negros tapices, etc.? No te obliga á eso la Religion; te lo permite; pero, pues lo quiere tu gusto, forzoso es que se lo pagues á todos los que haces concurrir á él.

¿Quiéreste casar? y no te place casarte más que con una parienta cercana, para lo cual necesitas te dispense el Romano Pontífice la prohibicion impuesta á ciertos grados de parentesco? Pues para eso hay que instruir expediente alegando los motivos razonables en que fundas la peticion de dispensa, haciendo constar declaraciones de testigos, partidas sacramentales, certificaciones, etc. Y todo eso ha de seguir una tramitacion en oficinas establecidas para el caso. ¿No es, pues, regular que para el despacho de tal expediente se te impongan ciertos derechos á guisa de contribucion? ¿Quién es regular pague los gastos que eso ocasiona sino aquel en cuyo servicio se hacen? ¿Querrias tal vez que sólo por servirte á tí y á los demás como tú, hubiese en Roma y en tu diócesis oficinas bien montadas y bien servidas con su correspondiente personal, y que este personal se estuviese allí trabajando para servirte de balde?

¿Piden los Curas por el culto? ¡Pues eso han de pedir! ¿Acaso se les da de balde la cera, ó tocan de balde los músicos, ó esculpen y pintan de balde los artistas? Si quieres, pues, lucida fiesta á la Vírgen, á san Antonio ó á san José, ¿cómo la va á hacer el pobre Cura si no empieza por pedir para eso á quien le puede dar? Y observa que á eso más contribuye quizá el Cura que otro ninguno. ¡Pobres Curas! ¡Ojalá fuese posible sacar estadística exacta de lo que piden y de lo que dan! Se veria entonces que donde hay algun movimiento religioso la limosna del Cura es la que fué delante de todos en producirlo y fomentarlo y sostenerlo.

¿Y qué dirémos de la beneficencia? ¿Quién puede disputarle al pobre Cura el honroso privilegio de ser él quien toca más de cerca las necesidades y quien suele con más caridad remediarlas? ¡Oh si pudiesen hablar las pocilgas y buhardi-

llas! ¡Oh si pudiesen hacerse públicos los secretos de la casa del jornalero y del menestral! Es verdad que no constan en pública suscricion los donativos del Párroco á sus feligreses necesitados; no dejarán, empero, de hacerse públicos en el tribunal de Dios para condenacion y vergüenza de sus infelices difamadores.

Resultado de todo es que pagas *algo* al Cura en compensacion de lo mucho en que te sirve, casi siempre de balde, unas pocas veces con insignificante retribucion. Con lo cual queda averiguado que no es cierto lo de que *los Curas por todo pidan dinero,* y que es una infamia lo de la *religion del dinero,* frase blasfema con que han querido los protestantes extranjeros venirnos á zaherir á los católicos españoles. La *religion del dinero* es la suya con que quieren embaucarte, amigo mio; esa sí que merece de veras tan feo calificativo. Si vieses lo que sobre eso pasa en los países protestantes, te quedarias asombrado de lo que se da allí á esos apóstoles del error para precio de su malvada propaganda. Los ministros protestantes ingleses tienen dotaciones monstruosas á que no llega aquí ni en ningun país católico el prelado de más alta jerarquía. Ya se ve, ¡cómo aquellos desdichados han de mantener mujer é hijos y todo lo demás! — Mira nuestros sacerdotes; su vida es frugal, su casa sencilla, su traje más que modesto. La condicion del Cura español es comunmente en todas las poblaciones la de la clase menestral, y á menudo la de la menesterosa. Aquí, amigo mio, los Curas son pueblo como tú; de sus filas salieron y en sus filas se han quedado. Conozco sobrinos de obispos y arzobispos que trabajan en los oficios humildes ni más ni menos que tú, y altos prebendados que á pesar de su jerarquía dejan pobres á sus padres y hermanos, sin otra herencia que la de su buen nombre y sus libros. Aquí en España, más que en otro cualquier país del mundo, carece de sentido la acusacion de amigos del dinero que se haga á nuestros Curas. Aquí si el Cura tiene bienes es porque los recibió de su patrimonio de familia. ¡Ojalá que todos tuviesen! ¡así todos tendrian para dar!

XLII.

BELEN Y LA CUESTION SOCIAL.



UESTRO siglo tiene una dificultad que no acierta á resolver, por más que les esté dando á sus pensadores muy malos ratos. Es la eterna cuestion entre ricos y pobres, es la cuestion que entre todas se llama, como por excelencia, *la cuestion social.*

El siglo y sus filósofos se ven en tales apuros porque no cuentan para maldita la cosa con Jesucristo, solucion suprema de todas las dificultades. Nosotros que somos católicos acudamos á esa única solucion, cojamos el pavoroso problema, y vámonos con él á Jesucristo.

¡Jesucristo! Precisamente le tenemos ahí entre nosotros en la mejor disposicion para responder á nuestras dudas. Precisamente celebramos en estos dias su dichosa Navidad, y entre el regocijo del universo y los cantares del cielo le adoramos Niño y pobrecito en un establo ruinoso, envuelto en pobres envolturas; sin cuna, porque yace en un pesebre de bestias. Allá va todo el mundo, allá han ido desde mil ochocientos años atrás todos los siglos, allá han ido pobres, allá se han presentado ricos, los mendigos con sus harapos, los reyes con sus coronas. Allá han ido todos, ¿por qué no hemos de ir nosotros tambien? ¿Por qué no ha de ir tambien nuestro siglo XIX con su abrumadora cuestion entre pobres y ricos, á ver si se la resuelve con una palabra ó con un sollozo este Dios, que es Dios de ricos y pobres?

Vedle. La casa no es tal, sino cueva destrozada y abierta á toda lluvia y á todo viento, y ¡cuidado que la estacion es cruda y la noche destemplada! Y áun así, aquel portalejo no es habitacion propia, sino prestada: menos que prestada, tomada de limosna, despues de groseros desaires é ignominiosos desdenes. El mueblaje es tan ruin como la habita-

cion. Unas pobres pajas, un tosco pesebre, telarañas por toda colgadura, suciedad y miseria por todo adorno. ¿Resta añadir alguna cosa á este cuadro de pobreza? Sí, porque la vecindad, á los acogidos en aquel albergue, les es completamente forastera, el poder público no tarda en convertírseles en perseguidor. Todo cuanto tiene de desconsoladora la miseria se halla allí reunido.

Y no obstante, Cristo Jesús no es pobre por necesidad, sino por eleccion. ¡Qué ha de ser pobre si es el Criador de todas las riquezas, y el Remediador de todas las necesidades! Es Dios y puede formarse un palacio en un momento, del mismo modo que con una palabra formó un mundo. Puede dar á sus miembros entumecidos por el frio lecho mullido y regalado, puede improvisarse corte obsequiosa que atienda á los menores detalles de su comodidad personal, puede rodear á su Madre de cuantas delicias ha imaginado la princesa más caprichosa. Y puede y no lo hace. Luego si no lo hace es porque no quiere. Y no quiere porque así debe de convenir á álguien. Y ¿á quién puede convenir sino á nosotros?

¡Misterio profundo! dirá álguien. Sí, hermano mio, pero no tan profundo que no lo alcance al momento cualquiera que se digne observarlo. Mejor dicho: no es misterio, sino leccion oportunísima. El Dios de ricos y pobres al entrar en el mundo quiere hablar muy alto á ricos y pobres, y habla, sí señor; y en el silencio de esta noche helada, en la soledad de este desquiciado portal, su enseñanza es más elocuente que la de los liceos y academias del mundo que han asombrado á los siglos con sus altas cuestiones, sin haber resuelto aún la cuestion principal.

La solucion que con su ejemplo da el mismo Dios á la gran cuestion actual entre pobres y ricos, es la siguiente:

Supuesto que ha de haber pobres y ha de haber ricos, los dolores de la pobreza deben templarse con la *resignacion cristiana;* los placeres de la riqueza deben templarse con la *moderacion cristiana.* Esta *resignacion* y esta *moderacion* acercarán las distancias que separan el pobre del rico, alzando un poquito al uno y bajando otro poquito al otro, con lo cual, y con la caridad que dé la mano á entrambos, queda-

rán unidos y hermanos los que, aconsejados por solas sus pasiones, se han mirado siempre como enemigos.

Y dadle las vueltas que querais al temeroso problema, no hay otra salida que esta: que sea *resignada* la pobreza, y que sea *moderada* la riqueza.

—Explicad las palabras por Dios. ¿Qué entendeis por *resignacion?* ¿Qué entendeis por *moderacion?*—

Resignacion es una virtud cristiana que sólo la fe puede comunicar, por la cual, aunque podemos practicar los medios para salir ó librarnos de nuestras aflicciones, sin embargo, sometemos con humildad nuestro corazon á ellas sabiendo que es Dios quien las ha ordenado ó las ha permitido.

Oidme, pobres de Jesucristo, y grabad en vuestro corazon estas palabras: no se os prohibe buscar arbitrios con que salir de vuestra pobreza, y mejorar la posicion de vuestros hijos. ¡Ojalá pudiese yo veros á todos dueños de un capital! No es pecado desear ser rico, ni es pecado trabajar honradamente para serlo. Pero es pecado, sí, rabiar dia y noche contra la pobreza, y renegar de Dios que no os ha dado la salud ó la fortuna de vuestro vecino, y odiar al rico, sólo por no poder serlo como él. Es pecado murmurar de la Providencia de Dios, quien, porque es dueño de todo y de todos, da lo que quiere y á quien quiere y del modo que quiere. Es pecado desesperarse y rechinar de dientes contra el Cielo, maldiciendo la necesidad de trabajar para comer, como si el que come sin trabajar se viese por esto sólo libre de trabajos. Es pecado, en una palabra, olvidarse de la resignacion, que no es otra cosa que acomodar nuestra voluntad á la de Dios.

Por donde, óyeme bien, hermano mio pobre, la resignacion no es una mortificacion como tal vez te has figurado. Es una verdadera virtud de conveniencia. Has de padecer sin remedio; ¿qué vale más, padecer rabiando ó padecer consolado? Has de trabajar; ¿qué es más duro, trabajar maldiciendo la necesidad que te obliga á ello ó trabajar alabando á Dios que te ha criado para esta suerte? Ya que hemos de llevar la cruz, llevarla con aire, y así se hará más ligera. La pobreza resignada es más feliz, muchas veces, que la

misma riqueza, y no es raro encontrar pobres, muy pobres en cuya casa reina más tranquilidad que en los palacios. Mi veces lo he oido de los labios de un pobre resignado: «¡Pobre soy, pero... ¡alabado sea Dios!» Hé aquí la resignacion.

Pero el Niño del portal no habla solamente á los pobres. Tambien los ricos dependen de Él y han de ser enseñados por Él, y por Él han de ser rigurosamente juzgados. A los pobres encarga la *resignacion* en el sufrimiento de su pobreza, á los ricos encarga la *moderacion* en el goce de sus riquezas.

Moderacion significa templanza, sobriedad, límite en el uso de los goces de la tierra: significa privarse de esa borrachera de lujo y de diversiones en las cuales se consumen grandes caudales sin utilidad para el rico y con grave escándalo del pobre. No significa guardar el dinero, sino saber gastarlo honrada y cristianamente en el aumento de la Religion, en el consuelo de los necesitados, en la instruccion de los ignorantes, en obras de utilidad pública, en el fomento de las buenas costumbres.

¡Ricos de la tierra! Muchas veces os portais mal, muy mal, y por esto estallan sobre vuestras cabezas todas las iras del cielo y braman bajo vuestros piés todos los volcanes del infierno. Teneis grandes riquezas, y como aquel rico de que nos habla el Evangelio, sentados en vuestro trono de dinero; vivís únicamente para vosotros solos y para los deseos de vuestro cuerpo y para los caprichos de vuestra vanidad. No es vuestro solamente el dinero que teneis, es de Dios, y de consiguiente sólo podeis gastarlo del modo que ha dispuesto Dios. La Religion, la patria y el pobre gimen abrumados de necesidades; ¿á qué ese lujo que os llega á poner en ridículo de puro exagerado? ¿á qué esos espectáculos en los cuales se da á una bailarina en una sola noche lo que bastaria para mantener á una familia una porcion de meses? ¿á qué ese banquetear sin qué ni para qué, convirtiendo el alma humana en esclava vil de la parte más grosera del cuerpo, el estómago?

No obraban así nuestros abuelos, que sabian adular menos á las masas y obrar más y mejor por ellas. Nuestros abuelos tenian teatros menos suntuosos, pero sabian fundar

vastos hospitales, y no sólo fundarlos, sino enriquecerlos con rentas. Es verdad que nosotros sabemos más. Sabemos alzar en cada esquina un garito ó un burdel y gastar tranquilamente en ellos los bienes desamortizados al hospital. Nuestros abuelos hacian menos discursos sobre la suerte de las clases jornaleras, pero sabian mejor el camino de la casa del jornalero enfermo, y alzaban hospicios para sus huérfanos, y legaban dotes para sus hijas. Nuestros abuelos hablaban menos de soberanía popular y de derechos del pueblo, pero vivian en medio de él más que nosotros, y compartian con él sus alegrías y sus tristezas más que nosotros, y eran menos altivos con él que nosotros. Nuestros abuelos en una palabra eran más cristianos, es decir, creian más en Dios, obedecian más á la Iglesia y amaban más á sus hermanos. Hoy para ciertos ricos no hay más Dios que su dinero, ni más religion que su negocio, ni más templo que su fábrica, ni más prójimo que su yo. Hoy para muchos ricos el pobre no es un hermano, es una máquina alquilada á la cual se da cada dia un jornal, como se da cuerda á un reloj, sin amor, sin piedad, sin entrañas. No es esto lo que debe ser la riqueza cristiana.

¡La limosna! ¡Ay Dios mio! ¿Quién da limosna en el dia de hoy? Porque, no es dar limosna arrojar un ochavo á un mendigo para librarnos de su asquerosa presencia. No es dar limosna consignar una partida en una suscricion pública para que luego la trompeteen todas las gacetillas de la ciudad. Dar limosna, oh ricos, es dar vuestro dinero en abundancia si lo teneis en abundancia; es darlo con modestia, sin herir la dignidad personal del que lo recibe; es darlo con la mano y con el corazon, es decir, acercándoos al pobre, interesándoos por él, amándole, consolándole, instruyendole y mejorándole. Dar limosna es ir en busca del necesitado antes que él venga en busca de vosotros, es visitarle en su barraca ó en su buhardilla, es sufrirle aunque os sea repugnante. ¡Qué poco cristianas son estas señoras y qué poco cristianos estos caballeros que ven con placer las asquerosidades de un cancan bailado por una prostituta deshonesta en las tablas de un teatro, y sienten asco y cierran sus ojos y tapan sus narices y claman por la policía urbana

si un mendigo de Cristo, un pobre lisiado, una madre extenuada alargan hácia ellos su mano en la puerta de la iglesia!

¡Ricos de la tierra! oid la voz del Niño de Belen, que es vuestro Dios y será vuestro Juez! Moderacion en todo, moderacion en vuestro lujo, moderacion en vuestras empresas, moderacion en vuestras ganancias, moderacion en vuestros placeres. No querais gozarlo todo, ni ganarlo todo, ni explotarlo todo. Al fin vendrá la muerte, pasito á paso, lenta y silenciosa, á sorprenderos en vuestras casas y en el bullicio de vuestros negocios, y no harán más dulce vuestra agonía mil duros más ó mil duros menos que dejeis á la otra parte de la losa. Y en cambio el buen uso de vuestro dinero, el goce *moderado* de vuestras riquezas puede haceros felices en vida y en eternidad.

¡Ricos y pobres! Escuchad otra cosa y es la última. No en vano la primera página de nuestra sacrosanta Religion, única verdadera, nos muestra un Dios en la miseria y en la persecucion. Si habeis creido poderos formar de este mundo un valle de delicias en lugar de un valle de lágrimas, errásteis la cuenta, y andais soberanamente equivocados. Los pobres sufriréis por vuestra pobreza, y los ricos sufriréis á pesar de vuestra riqueza, y todos creeréis dichoso al vecino, y nadie tendrá la suerte de creerse dichoso á sí propio.

Resignacion, pues, en el llanto cuando acaezca tener que llorar, y *moderacion* en la risa cuando haya ocasion de reir, ya que de risas y llantos se compone al fin nuestra vida. En medio de todos los goces y de todas las penas la fe en Dios, la esperanza en Dios, la caridad segun Dios.

Cada dia se os predican nuevos derechos y se os ofrecen nuevas libertades y se os inventan nuevos progresos. Nuevos á la mañana y viejos ya y desacreditados al anochecer. La palabra de Belen, la voz del Catolicismo es la verdad inmortal siempre antigua y siempre nueva, que nunca envejece y nunca decae, que posee siempre, cuando es obedecida, su maravilloso poder de salvar á los individuos y á los pueblos. Esta permanece eternamente.

¡Ricos y pobres! Con ella seréis hermanos y seréis dichosos en lo que quepa serlo en este mundo. Sin ella ¡ay de la sociedad! ¡ay de vosotros!

XLIII.

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO.



UE estoy en el mundo, es innegable; que para algo estoy en él, lo es tambien.

Porque es evidente. Si las ciencias naturales nada han hallado sin un objeto y sin un fin en la variadísima é innumerable coleccion de séres que pueblan el universo, claro está que el hombre, rey de él, sér de todos los séres visibles, el más noble y el más perfecto, no fué echado al mundo al acaso, ni debe vivir al acaso, ni al acaso ha de morir.

Para saber esto no necesito la teología: me basta el sentido comun. Ahora bien. Supuesto que lo más cierto que sabemos del hombre es que nace, vive y muere, lógico es deducir de aquí que para algo nació, para algo vive y para algo ha de morir.

¿Cuál puede ser ese algo? Aquí de los caletres desvariados de los mortales urdiendo teorías é hilvanando sistemas.

Al sensualista le parece que se nace y se vive únicamente para gozar. Admitámoslo por un momento. Pero díganos entonces el interesado: ¿Y para qué se muere? Claro está que no se muere tambien para gozar, pues nadie halló hasta hoy que el morir fuese cosa medianamente divertida. Tenemos, pues, que *el fin* del sensualista no es tal fin, pues no abarca todos los actos del hombre, supuesto que no entra en él el tan importante que se llama morir.

Parécele al otro que el fin del hombre debe ser el saber. Mas entonces si para saber únicamente se nos puso en el mundo, fué este un fin que el mismo que nos lo señaló púsolo fuera del alcance de la mayoría de los mortales, en lo cual claro está que habría contradiccion. Porque si para eso nos colocó en el mundo, y luego puso eso tan alto, tan alto, que para la generalidad de los hombres fuese inaccesible,

sin disputa, ó quiso miserablemente engañarnos, ó fué Él mismo miserablemente engañado. Porque la ciencia es cosa de pocos, y áun la de estos pocos en tan menguada suele parar, que los más sabios acaban al fin por declarar sin vergüenza que sólo una cosa saben, y es que no saben nada.

No es, pues, el fin del hombre el placer, ni es la ciencia. No es el goce grosero de la materia, ni es el goce más refinado, sí, pero limitado tambien, de la inteligencia.

¿En qué consiste, pues, nuestro fin? ¿A qué estamos en el mundo? ¿A qué se nos puso en él?

Un librico de pocas páginas, pero de mucha sustancia; un librico que saben casi todos los niños y que olvidan con sobrada frecuencia casi todos los hombres; un librico que, con ser muy pequeño, deja pequeños y tamañitos en su comparacion los más grandes y remontados de los filósofos y legisladores, ese librico que se llama *Catecismo* tiene en su primera página una pregunta y una respuesta, en las cuales se propone con franqueza el tremendo problema, y con igual franqueza se resuelve.

«¿Para qué fin, dice, fué criado el hombre?» y responde incontinenti: «Para amar y servir á Dios en esta vida, y verle y gozarle en la otra.»

A muchos hará reir la ocurrencia del que les sale ahora con el *Catecismo*, cuando esperaban sin duda una respuesta sutil, traida allá de las nubes, cuando no es ella sino muy profunda y á la par muy sencilla, y traida del cielo por conducto del Hijo de Dios, que para eso solo se dignó descender de él. Rian en hora buena, pero escuchen. Sí, distraidos y sabiondos, así los que tratais únicamente de divertiros, como los que anhelais únicamente el saber; así los que encenagais vuestra carne en los albañales de la materia, como los que asfixiais vuestro espíritu en las áridas regiones de la vana ciencia sin Dios. Dios, que es el único principio del hombre, ese es su único fin. *Por* Él nació el hombre, *por* Él vive, y *por* Él ha de morir. Es, pues, lógico que tambien *para* Él nació, *para* Él ha de vivir, y *para* Él debe prepararse á la muerte.

Notad las dos preposiciones gramaticales que he subrayado. Aquel *por* es la razon de este *para*. Más claro. Puesto

que *por* Dios somos, síguese de ahí con rigorosa necesidad que únicamente *para* Dios debemos ser. Que si *por* nosotros mismos fuésemos, es decir, si á nosotros mismos debiésemos la existencia, lógico fuera y razonable que *para* nosotros mismos viviésemos. Más sencillo. Podríamos ser nosotros mismos nuestro único fin, cuando fuésemos nosotros mismos nuestro único principio.

Tras esto, ¿no os suena á blasfemia el grito de: Viva la libertad? Pues blasfemia es, y satánica blasfemia. Es el eco del *Non serviam* de Luzbel.

De dos maneras dependo de Dios. De Él porque no salí más que de Él; de Él porque no debo existir más que para Él.

Y como de Él salí todo, para Él debo ser todo, sin que parte alguna de mi sér me sea lícito dirigirla únicamente á mí con exclusion de Él, puesto que ninguna parte de mi sér deja de pertenecer á Él.

Todo, pues, pensamientos, palabras y obras, afectos y deseos, salud y enfermedad, vida y muerte, debe enderezársele á Él, so pena de cometer contra Él hurto, traicion, negra ingratitud y alevosía.

Todos, pues, gobernantes y gobernados, letrados y artesanos, niños y viejos, humildes y potentados, el hombre en cuanto particular y en cuanto ciudadano, la familia y el Estado, el precepto doméstico y la ley pública, deben ser principalmente para Él, y á Él primariamente dirigidos, y á Él en todo subordinados.

—¡Teocracia pura! exclama alarmado un bobo.

—Sí, señor; teocracia pura, ya que le place á V. hablar como D. Hermógenes en griego para mayor claridad. Teocracia pura, mas pura verdad. Teocracia pura, que significa *reinado de Dios*, por si V., señor ilustrado, acaso no lo sabía.

Reinado de Dios en el hombre, reinado de Dios en la sociedad, reinado de Dios en todo, porque de todo, del hombre y de la sociedad, es Dios el único legítimo fin, porque de todo es el único verdader principio.

Nadie podrá negar esto en buena lógica, como no sea empezando por negar la existencia misma del Sér supremo. Por

esto no hay revolucionario alguno que sea consecuente si no parte de esta fundamental negacion.

Pocos son, no obstante, poquísimos los que en este punto tienen el valor de la franqueza; por esto son tan pocos los consecuentes. Lo más comun, porque es lo más cómodo, es, no negar á Dios, sino desentenderse de Él: el ateismo crudo en la vida privada como en la pública es todavía cosa poco decente, y sobre todo poco conservadora. Es de buen tono hoy por hoy (de mañana no sabemos) creer todavía *algo* en Dios, lo suficiente para no faltar á las conveniencias sociales, no tanto empero que llegue á mortificar imponiendo serios compromisos. De esta suerte Dios para muchos católicos viene á ser una especie de rey que reina y no gobierna; más bien símbolo que realidad; mera figura decorativa de cierto órden arquitectónico de cosas; simple coronamiento exterior del edificio, nó piedra angular de él, ni siquiera pilastra central, ni siquiera viga maestra. Déjanle solo allá en la soledad de su palacio de nubes gozar de su felicidad celeste, á condicion de que no perturbe la suya terrena con enojosas é intempestivas exigencias; que dicte á su placer leyes sobre los movimientos de los astros y el curso de las estaciones, pero que no se mezcle para nada en el gobierno de las voluntades ni en la direccion de las costumbres. ¿No oís cada dia por ahí que os dicen con candorosa sencillez, que de todo tiene menos de candorosa y de sencilla: «¡Pues señor! ¿qué tiene que ver la religion v. gr. con la política? Cosas allá de los neos, que todo lo mezclan y confunden para sus fines bastardos.»

Pues bien. Este ateismo solapado, este ateismo vergonzante y *comme il faut*, es el que trae perdida á la sociedad actual: este ateismo que nada niega, pero que tampoco tiene valor para ninguna afirmacion resuelta y decidida; este ateismo que finge horrorizarse de la palabra, y mima y fomenta y acaricia la cosa; este ateismo es la lepra que blandamente nos corroe y suavemente nos devora; este ateismo es el que arrastrará el mundo moderno á desventuras sin ejemplo, si la mano de Dios, misericordiosamente sábia, no acude con prodigios á detenerlo en su desastrosa pendiente. Y todo esto no es en el fondo más que el desconocimiento, ó por

lo menos el olvido y falsificacion de la doctrina *del último fin.*

Una frase que el Cristianismo ha hecho de uso muy vulgar, pero que en sí es muy filosófica, encierra compendiosamente todo el sistema de deberes que impone al hombre y á la sociedad esta doctrina. Tal es la frase, *servir á Dios*. Servir á Dios es la idea naturalmente derivada del *principio y fundamento;* servir á Dios es reconocer prácticamente que Dios existe y que todo existe por y para Dios; servir á Dios es lo opuesto al ateismo práctico y doctrinario que hemos indicado.

Pero la idea *servir á Dios* lleva consigo otra que es hija suya; es decir, servirse de todo lo que no es Dios únicamente para Dios. Porque es claro. Si únicamente Dios *es fin* de todo, todo lo demás con relacion á Él debemos considerarlo únicamente como medio; y hasta lo que es de suyo indiferente, en tanto será bueno en cuanto esté directamente ordenado á aquel fin, y en tanto será malo en cuanto á aquel fin no se ordene. *Servir á Dios* es, pues, en su más genuina y absoluta significacion, *servirnos de todas las cosas* únicamente para gloria de Dios y segun la ley de Dios.

¡Oh! ¡Qué anchos horizontes se abren aquí á la filosofía cristiana! Y luego ¡qué vasto campo á las aplicaciones prácticas!

En filosofía Dios es la razon de todo, el fundamento de todo deber y de todo derecho, el criterio de toda verdad, la norma de toda moral. Aquella division tan trillada de deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes, no es en el fondo tal division; no hay en rigor deberes más que para con Dios, porque si los deberes del hombre para consigo mismo y para con sus semejantes no se identifican con este supremo deber, decidnos ¿cuál es su fundamento?

Y si la idea de *servir á Dios* y de *servirse de todas las cosas para Él y segun Él* no preside implícita ó explícitamente á la conducta de cada uno, la sociedad no pasará de ser una reunion de salvajes más ó menos civilizados, movidos en su conducta, ó por el mero antojo, que es pésimo consejero; ó por el interes egoista, que es peor; ó por el vaiven de las

opiniones dominantes, incierto siempre; ó por el temor servil de la ley humana, que es condicion ignominiosa y miserabilísima.

Haced, por el contrario, que la idea de *servir á Dios y servirse de todo únicamente para Él* presida á nuestros actos internos y externos; ¡qué armonía en la máquina social! ¡qué suavidad en sus movimientos! ¡qué augusta libertad de espíritu en todas sus aspiraciones! ¡cuán noble el mismo acto de obedecer, pensando que al fin á nadie se obedece más que á Dios! ¿Acaso no se ha dicho en este sentido que *servir á Dios es reinar?*

No depende solamente de vosotros, los que esto leeis, establecer en el cuerpo social esta feliz servidumbre de Dios por medio de la direccion de todos los actos públicos, única y exclusivamente para gloria de Él y en conformidad absoluta con sus santas leyes. Debeis, sin embargo, tender á eso, y á eso trabajar con todas vuestras fuerzas, y á eso dirigir vuestras oraciones, para eso utilizar toda vuestra influencia. El reinado social de Dios, tal debe ser la consigna del cristiano en estos tiempos en que la atmósfera de Europa está saturada del odio, ó por lo menos de la indiferencia más criminal hácia ese augusto reinado. Mas lo que sí depende de cada uno de nosotros, es que se realice ó no en nuestra conducta propia. Y en esto es tremenda nuestra responsabilidad. Muy á menudo se nos oye lamentar el que no sean cristianas ciertas leyes, al paso que no nos ocurre deplorar que no lo sea nuestra vida, que es por donde debiera empezar, como más fácil, la extirpacion del abuso.

Sirvamos, pues, á Dios. Talentos, riquezas, posicion, ascendiente moral, la salud, la vida son dones suyos. Ladrones somos de Dios cuando, prevaliéndonos del manejo de estos caudales que Él nos ha confiado, los aplicamos á fines distintos del verdadero único fin superior para el que quiso Él fuesen destinados. Todos los códigos del mundo llaman á eso malversacion, todos lo castigan con severísimas penas. No es menos estrecho en esto el código eterno de Dios, ni su sancion menos terrible.

XLIV.

LO QUE SE VA Y LO QUE SE VIENE.

Lo que inexorablemente se va es el tiempo con todas sus miserias y vanidades; lo que á más andar se viene es, amigo lector, la eternidad con sus terribles incertidumbres.

¿Qué es muerte? ¿Qué significa morir? Significa sencillamente que han de pasar por tí, por tí que eso lees, y de eso dudas, y de eso te burlas, tan espantosas novedades. Burlarte puedes, reir, distraer en placeres y locuras el terrible recuerdo del próximo fin. Mas no te fies del todo. Tal vez á dos pasos de tí anda ya la descarnada para ahogarte con su huesosa mano esas tus risas y carcajadas en la garganta.

Pero vaya en gracia. ¿Lo que se va es únicamente este cuerpo ruin, y lo que se viene es únicamente la inmundicia de su corrupcion?

Así lo quisieras tú, materialista infeliz, y por alcanzar esta total destruccion de tu sér te resignaras gustoso á verte reducido á la vil condicion de las bestias. Así lo quisieras tú, y para engañarte tal vez unos breves momentos con esa ilusion, forjas sistemas, hilvanas teorías, te finges descendiente del mono, ó pruebas de sacudirte al menos la pesadilla del remordimiento con el estúpido «¿quién sabe?» como quien creyese haber conjurado el peligro con sólo taparse los ojos para no ver lo inminente de él.

Óyelo, pues, aunque eso te amargue la vida criminal y disipada; óyelo aunque eso te turbe el dormir, aunque te hiele la sangre de terror, aunque te dé espasmos de rabia. Óyelo. Has de morir; pero no con el consuelo de morir del todo. Has de morir, á pesar tuyo, para lo que amas y gozas; pero has de vivir, á pesar tuyo, para lo que temes y aborreces: has de morir para este mundo en que quisieras ser in-

mortal; pero has de ser inmortal en el otro mundo, para el cual no quisieras serlo en manera alguna.

Esta es la ley, esta es la sentencia. Morirás donde quisieras para siempre estar vivo; vivirás donde quisieras para siempre haber muerto.

Tu modo de plantear la cuestion parece haber sido el siguiente: «Todo para el cuerpo; nada para el alma.» Dios en justo desquite va á volverte la fórmula al revés: «Para el cuerpo la nada del sepulcro, por lo menos hasta la hora terrible de la universal resurreccion; para el alma la plenitud de una vida horrible, pero sin fin, eterna como la vida del mismo Dios.»

Lo que se va, pues, amigo mio, es ese cuerpo que se te cae á pedazos cada dia; lo que se viene en pos es la desventura eterna de esa alma que, quieras no quieras, sientes dentro de tí, y que con blasfemias y sarcasmos no te es dado aniquilar.

Despréndete, pues, algo de lo que se va, para algo ocuparte en lo que se viene, que al fin, créeme, eso es lo único que te ha de aprovechar.

Mira como se te huye de entre las manos esa vida fugaz en que cifras toda tu ilusion; mira cada año, cada oleada del tiempo, cuántos amigos tuyos arrebata de tu lado, cuántos ensueños tuyos desvanece, cuántas arrugas marca en tu rostro, cuántas canas hace nacer en tu cabeza, ayer blonda como de niño ó altiva como de mozo, hoy tal vez marchita y decaida ya, como si la atrajese y llamase á sí con invencible fascinacion la sepultura.

Mira dónde están los que cincuenta años atrás circulaban por esas calles, llenaban esos templos ó teatros, moraban en esas casas, influian en la política, se agitaban en el negocio, hacian, en una palabra, lo mismo mismísimo que haces ahora tú. Mira dónde paran los generales valerosos, las damas reinas de la belleza, los sabios lustre de las academias, los ricos príncipes de la Bolsa.

Muchos ni huella dejaron de su paso sobre la tierra; algunos legaron á la posteridad un nombre vano que el tiempo con su roce va desgastando continuamente de nuestra memoria. ¿Qué queda de ellos? ¡Ah! su alma; alma eterna-

mente feliz si adquirió acá en el mundo méritos para serlo, ó eternamente desventurada si fué criminal y no lo lloró, ó simplemente si vivió descuidada y no se alzó á tiempo de su culpable descuido.

Porque dos cosas pueden perderte, amigo mio, y de aquí no has de salir. El mal que hubieres hecho y de que no te hubieres arrepentido, ó el bien que debias haber hecho y no hayas querido hacer.

Atiende, pues, y ponte al fin en razon. Entre lo que se va y lo que se viene te concede aún hoy la misericordia de Dios unos breves momentos para reflexionar. Momentos son y nada más. No seas ingrato. Detente, y reflexiona.

¿Estás hoy en disposicion de morir con medianas probabilidades de salvarte? ¿No? Arregla, pues, el embrollo de tus cuentas, porque quizá antes de mañana te las van á pedir. ¿Quieres aguardar todavía más largo plazo? No tengo inconveniente, con tal que me digas aquí claro y redondo cuál es el que te tiene prometido Dios; cuál es el pacto que te lleva firmado la muerte. ¡Qué! ¿ninguna de esas garantías puedes presentar? Pues eres loco si no teniéndolas te fias de ellas en cosa de tanta monta.

¿Admitirias tú de un deudor cualquiera un *pagaré* de cincuenta miserables duros con tan inseguras condiciones? ¿Cómo te atreves, pues, á ofrecerle á tu alma tratos tan inciertos, á riesgo de dejarla á la infeliz en los horrores de la más cruel bancarrota?

Escucha por última vez. Lo que se te va, se te va corriendo. Lo que se te viene encima, se te viene á paso de ferrocarril. El infierno, infeliz pecador, está lleno de propósitos indefinidos, de resoluciones para más allá, de lisonjeras esperanzas.

¿Dudas? ¿Aplazas? ¡Desventurado! ¡Ay! que llevas en eso el peor de todos los síntomas de reprobacion!

Pero oigo lo que me dices: «Pues, señor, ¿por quién me ha tomado V.? ¿Soy yo acaso incrédulo?

No es sólo al incrédulo á quien se dirige de continuo la voz de la Iglesia católica para llamarle á cuentas sobre el estado de su alma. Más aún que á éste, que en cierto modo ha dejado de ser hijo suyo desde que abiertamente sacudió el

yugo de su fe, llama la Madre comun á los cristianos que no han dejado todavía de serlo, pero á quienes un mayor ó menor descuido acerca de sus deberes pone en inminente riesgo de perdicion.

Porque, no nos hagamos ilusiones, si es obstáculo radical para la salvacion la incredulidad absoluta, no lo es menos, si bien se considera, la vida á la cual faltan las buenas obras. La fe es el principio de la justificacion, pero las obras son su condicion indispensable. Ni bastará haber sido cristiano por el bautismo, si no se ha sido igualmente cristiano por la conducta. Hasta los demonios en el infierno creen, y eso no les impide estar eternamente condenados. Creer no basta por sí sólo, es además indispensable obrar.

Eso es ser cristiano como debe serlo quien de tal dictado se precie: quien así no lo sea tenga perfectamente entendido que no lo es en modo alguno.

Doy de barato que admitís la doctrina católica toda entera, desde el Símbolo apostólico, que es su más compendiosa profesion, hasta el *Syllabus* de Pio IX y la Constitucion *Dei Filius* del Concilio Vaticano, que constituyen la última palabra de su magnífico desarrollo: que no sois de los católicos ambiguos y mutilados que le han puesto al Espíritu Santo lindes y valladares, fuera de los cuales no le permiten extralimitarse, en vez de ponérselos á su soberana razon, que creen puede en todos casos hombrearse con el mismo Dios y llamarle á juicio para otorgarle ó negarle el real pase: que no os andais á todas horas con distingos y salvedades, con peros y reticencias, síntomas segurísimos de que no es completo el acto de fe, ni sincero, ni humilde, como se le exige al fiel cristiano: sí, señores, supongo por de contado que nada de eso regateais ni escatimais, que á todo decís sí cuando la Iglesia dice sí, y á todo decís no cuando la Iglesia dice no. Está bien. Pero ¿y las obras, amigos mios? ¿y las obras? Deisle ó no le deis importancia á este punto, por él os han de juzgar en definitiva, además de lo que á la fe pertenece.

La vida es una serie de actos con los cuales labramos la tela que en el dia del juicio hemos de presentar al supremo Juez. Hilo á hilo la estamos tejiendo hoy y cada dia; hilo á hilo será escrupulosamente revisada. Tiene Dios para eso un

microscopio al que no escapa la hebra más sutil de cuantas forman el sutilísimo tejido: es la claridad de su infinita sabiduría ante quien se muestran desnudas y al descubierto todas las cosas, en frase de los Libros santos. Ni lo que por insignificante escapa á mi más concentrada atencion, escapará á la de Dios. Todo lo que se comprende bajo las tres genéricas denominaciones de pensar, hablar y obrar; cuanto he hecho ó consentí se hiciese debiendo impedirlo, ó dejé de hacer debiendo hacerlo, todo me será rigurosamente fiscalizado. Se escudriñarán no sólo mis acciones, sino los más secretos móviles de ellas, las que manchó el amor propio, las que afeó la pasion, las que falsificó la mira interesada. Serán reputadas moneda falsa muchísimas piezas que por su color y figura aparecen hoy moneda corriente. Lo malo que hice se sujetará á rigorosa balanza; de lo mismo bueno que hice se descontará quizá gran parte, que sujeto al fiel contraste se verá no ser de buena ley. Liquidacion como aquella no se ha hecho jamás en negocio alguno de la tierra, áun de los que se llevan con mayor exactitud por los más ajustados tribunales de cuentas.

Cual es, pues, tu vida, amigo lector, tal será el resultado que allí te salga en definitiva. ¿Qué has hecho hasta hoy para asegurarte medianas probabilidades (medianas siquiera) de salir bien librado? ¿Qué páginas llevas escritas en el libro en blanco de tu conciencia que al nacer te dió el supremo Autor? ¿Buenas ó malas? ¿Qué partidas ha ido notando allí tu conducta de cada dia, digo mal, de cada momento? ¿Qué sobrepuja en ellas, el debe ó el haber?

Enseña la filosofía que no hay actos humanos indiferentes. Desde que son humanos con las condiciones de tales, son buenos ó son malos, sin que quepa término medio entre serle agradables á Dios ó desagradables. De los primeros se compone tu *haber*, de los segundos tu *debe*. ¿No te sería conveniente darle alguna vez una ojeada al susodicho libro de la conciencia, y averiguar con alguna detencion cómo están tus negocios espirituales y si quedarías ó no declarado en quiebra, caso que hoy mismo te sorprendiese la visita del gran Interventor? Paréceme que sí, amigo mio; paréceme que sí. Ahora bien. Un recogido exámen y una buena confesion

pueden dejarte limpios de un vez, y satisfactoriamente pues tos en regla tan embrollados asuntos.

Por eso te llama la Iglesia (al menos una vez al año) confesar. ¿Es mucho pedirle á un hombre formal el que si quiera una vez al año quiera saber cómo anda su negocio Nadie pasa por menos en lo que se refiere á sus negocios te rrenos: no quieras tú pasar por menos en el trascendentalí simo del cual va á salir ganada ó perdida para ti la eternidad ¡A confesar, pues, amigo mio, á confesar!

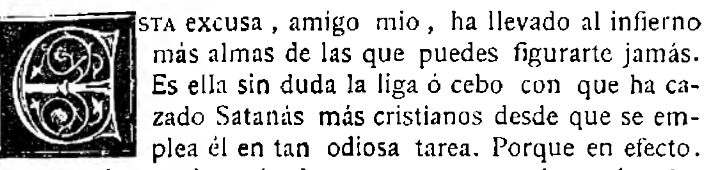
¡Válgame Dios! ¡Y cómo se alegrará tu corazon cuand con toda formalidad y deseo de acierto hayas dado ese pas que sólo para tu consuelo te tiene preceptuado la Religion ¡Cuán desahogadamente se ensanchará tu pecho, cuand sincera y humildemente se lo hayas abierto, todo, todo si reserva á los piés del prudente confesor!

Poco cuesta, amigo mio, y los más grandes pecadores quienes se les hace montaña abrumadora eso de la confesion quedan asombrados despues de lo poco que les costó sali adelante con ella. Es cuestion de buena voluntad y nad más. Ni Dios ni el confesor exigen más de lo que humana mente puedas. *Examinar* con alguna atencion tu vida, co aquella firme y decidida voluntad que aplicas á todo asunt serio; *declarar* al confesor llanamente lo que de este exáme te resulte; *dolerte*, sentir en el alma el agravio hecho á Dio y el perjuicio causado á tu alma; *proponer* como hombr formal la enmienda de lo que has visto malo en tu modo d vivir; *cumplir* finalmente la penitencia ligerisima que te im pondrá el confesor; hé aquí los cinco actos á que se reduc la confesion, y si ellos son buenos y son leales y de buen fe, es excelente la confesion, y pueden bastarte unos minu tos de ella para dejar limpia y perdonada ante Dios toda un vida de pecados.

¿Habria condenado del infierno que dudase un moment en practicar tan fácil obra si con ella se le pudiese librar d su eterna condenacion? ¡Pobre amigo mio! Condenado ere tú mientras vives en pecado mortal. ¿Serias tan insensat que desechases por impiedad ó por pereza, ó tal vez por me ra vergüenza, esa mano que hoy se te alarga ofreciéndote l salvacion?

XLV.

MALO MALO NO LO SOY; OTROS HAY PEORES QUE YO.



STA excusa, amigo mio, ha llevado al infierno más almas de las que puedes figurarte jamás. Es ella sin duda la liga ó cebo con que ha cazado Satanás más cristianos desde que se emplea él en tan odiosa tarea. Porque en efecto. Malos malos, amigo mio, hay pocos que se resignen á serlo; pero ser buenos buenos tampoco hay muchos que se sientan con brios para intentarlo. De donde resulta formado para la mayoría de los mortales un cierto ideal de vida así medianeja, equilibrada y como oscilante entre lo que se llama con franqueza mal vivir y lo que por el contrario se llama vida cristiana. De ahí que procuren la mayor parte de los hombres estacionarse en un cierto *ne quid nimis* que les libre, á su manera, de ser malos decididamente, sin que al mismo tiempo les imponga el terrible y abrumador compromiso de portarse resueltamente como verdaderos buenos.

La cosa es dificilísima de explicar en buena filosofía, pero sumamente fácil de realizarse en la vida práctica, y de ello topamos con curiosos ejemplos á cada paso.

Y no obstante, tal fórmula de composicion es una atroz mentira, y en consecuencia la práctica más ó menos cómoda que en ella se funda no puede menos de ser una contradiccion. Porque no hay modo de dejar de ser malo, como no sea siendo de veras bueno; ni hay modo de ser bueno, si no es dejando de todas veras de ser malo. Y áun para ser malo basta en rigor no querer ser en todo bueno, así como para ser bueno es indispensable no querer ser en nada malo.

¿Cómo se comprende, pues, esa especie de doctrinarismo religioso con el cual, á semejanza de lo que sucede con el doctrinarismo político, juzgan muchísimos hombres de hoy tener por asegurada su salvacion con sólo no ser malos re-

matados, aunque ni Dios, ni su conciencia, ni el fallo de personas sensatas pueda dar por buena su conducta? ¿Có se explica este funestisimo ambigüismo, verdadero catoli mo liberal aplicado á las costumbres, en virtud del cual, ejemplo, se va á misa los dias de guardar, pero no se ayı los dias preceptuados; se cree en la otra vida, pero se h mofa de las indulgencias; se va al sermon ó á la conferer religiosa, pero se acude con igual solicitud al espectác corruptor; se pertenece á las asociaciones piadosas, y se c tribuye con la suscricion al periódico descarado ó de caras, á cuyo sosten no se puede contribuir? ¿Qué signif cion se da á esta palabra catolicismo, palabra que no es v dadera sino cuando es absoluta, y que no obstante tantc tantos restringen, limitan, acomodan á sus hábitos, preo paciones, humanos respetos, ó simplemente meras cor niencias?

Tememos que en el tribunal de Dios el capitulo de car mayor y más acentuado va á ser para muchisimos herma nuestros el de las inconsecuencias. El incrédulo radical ateo bravo van á poder levantar allí la frente con menor v güenza quizá que muchos de nuestros creyentes; no por tengan aquellos linaje alguno de disculpa, sino porque á tos les ha de ser circunstancia agravante de gran pes misma fe recibida, pero no fielmente practicada. A Tiro Sidon les saldrá mejor la cuenta que á esa generacion p ma, podemos decir á este propósito con el Salvador.

Tú, pues, amigo mio, que no quieres ser malo, has de bueno sin remision, si deseas no caer en aquel primer ex mo. Y ser bueno quiere decir, no simplemente ser me malo; sino ser hombre dedicado al bien, empleando en ć vida, este capital de la vida cuyos intereses ganados ó pe dos han de liquidarse luego, muy luego, para ti en la et nidad. Capital en que entra todo, así la robustez del cue como las facultades del alma; así los dones de natural como los de gracia; así la riqueza, el poder, el crédito j sonal, el influjo, las relaciones sociales como los eleva sentimientos, la vasta instruccion, el genio artístico. T esto empleado para el bien, tal como entiende esta pala el Cristianismo, constituye la vida buena y el hombre b

no. Todo esto distraido del bien y gastado en vanidades y fruslerías, en sueños de ambicion, en medros de codicia, en la adquisicion de un vano renombre, en simple adelanto científico ó social sin el pensamiento de Dios que lo vivifique; todo esto así empleado constituye defraudacion, pésima administracion, vida no buena segun Dios, de consiguiente vida mala. Y eso aunque no hayamos robado, ni asesinado, ni injuriado, únicas cosas que entienden por malas algunos; aunque sea dulce y benévolo y filantrópico nuestro natural, únicas cualidades que parece bastan á no pocos para poder llamarse buenos á boca llena. No, no se es bueno sino siéndolo como quiere Dios que lo seamos. Ni se deja de ser malo sólo con que no se llegue al grado de maldad á que llegan comunmente los peores.

El no ser malo á los ojos de los hombres no trae, pues, por consecuencia el ser ya bueno á los ojos de Dios.

Y díme ahora, ¿cuál será la jurisprudencia á cuyo tenor se fallará tu causa dentro pocos años en los divinos estrados: la de los juristas del siglo, segun la cual puede pasar por bueno todo aquel que no sea malo en toda la extension, ó la de la inflexible justicia de Dios, segun la cual dejan únicamente de ser malos los que se han propuesto y han procurado ser buenos en todo el rigor de esta palabra?

Medítalo unos instantes, y ve si por ventura ó por desgracia tambien á tí te trajo hasta hoy engañado aquella seductora fórmula de Satanás.

Me parece que sí, á juzgar por lo que veo en tu conducta usual que, por miedo á que no te la llamen los mundanos beata, no te resulta, amigo mio, siquiera cristiana. Tú no robas ni matas, es verdad; por esto no irás á la horca ni al presidio. Pero se me figura que en lo demás eres algo menos delicado. Honrado te llama la vecindad; pero no bastará te conceda ella este título si no te lo concede Dios. Y para Dios no se es honrado más que siendo lo que se dice *un buen cristiano*. Hay que serlo, pues, amigo mio; si no, nada vienes á ser. Hay que serlo, sí, con los que van á misa y rezan y confiesan y comulgan y ayunan y dan limosna y hacen todas estas cosas de las que te ries tú quizá, y de las que no te reirás de fijo á la hora de la muerte. Que todo lo demás

es, amigo mio, oropel y moneda falsa, moneda que aunq circule como buena en este mundo no tiene curso alguno la eternidad.

Pero vamos á otra reflexion. Supon, amigo lector, q tienes un campo, y deseas, como es natural, sacar de él bu na y abundante cosecha. Y allá por otoño, al tiempo de se brar, cuando más ocupado anda todo el mundo en esta tar te vas tú á la finca, y mirándola con satisfaccion vas pon rando la excelente calidad del terreno, la extension de cabida, lo apropiado del clima; etc., lisonjeándote con perspectiva de los montonazos de grano que te va á dar a por Junio, y lo rica que va á estar con él durante todo el a tu panera. Pero no haces más, y mientras tus vecinos and todos atareados echándole á la tierra su semilla, te conten tú con pasearte arriba y abajo por tu heredad con las man en el bolsillo, regalando siempre la imaginacion con las s bredichas tan lisonjeras esperanzas. Y pasa uno y te dice:

—Con qué, señor, ¿al fin no siembra V. su campo?

—Cállese V. por Dios, y no sea tonto; ya verá V. q buena cosecha vamos á tener.

—Pero, ¿cree V. le va á dar la tierra por su propia virt manojos de espigas como le da yerbas y malezas?

—Vaya, amigo, no sea V. cansado, que todo se anda ¡Cuando le digo que tambien yo voy á segar en su dia co los demás!

—Sí, sí, vaya V. viviendo de gratas ilusiones; allá se dirán.

Y figúrate, amigo mio, que tú, sin dejarte convencer, v pasando, pasando el tiempo de la siembra, y los campos los demás están ya verdeando alegres y lozanos, cuando tuyo no se le ha roto aún el terron. Y que pasan Noviem y Diciembre con sus escarchas y lluvias, y sucédenles En y Febrero y Marzo y luego Abril, y los campos de los de tan hermosos que es una gloria el verlos, y el tuyo siem sin cultivar, aunque tú tan persuadido como siempre de q vas á llevar rica cosecha. Y viénense á la fin Mayo y Jun y están ya primero floridas, y luego granadas, y despues n duras, y de color de oro las espigas de tus vecinos, y tú t co todavia en que, á pesar de tener yermo el campo, la

secha no te ha de faltar. Hasta que al llegar la siega recoge todo el mundo la miés, premio de sus afanes y sudores, y te quedas tú á la luna de Valencia, como decirse suele, y en medio de la rechifla universal. Y lloroso y avergonzado, dices entonces: «Pues, señor, ¿quién lo habia de pensar? ¡Cuando creia yo tener como todos tan asegurada mi cosecha!» Dime, amigo mio, dime así en confianza: ¿no tendrias muy merecidos los dictados de haragan, perdulario y loco de atar, con que te regalase la gente? ¿No serias tú mismo quien á ti propio te los aplicarias con sobrada justicia?

Escucha, pues, ahora, y ten compasion de tu pobre alma, desventurado. No he sido yo quien me he inventado tal comparacion; tiene más alto origen. *Lo que siembre el hombre, eso cogerá*, ha dicho el Salvador en su Evangelio: axioma de sencilla verdad práctica, que el más lerdo conoce como incontestable. Ven ahora y responde. ¿Qué siembras tú para la eternidad? Que algo deseas cosechar es indudable. ¿Qué cosecha, promete, pues, la siembra que le estás poniendo ahora á tu campo? Porque como un campo viene á ser tu alma, y de eso no te dejan dudar las repetidas veces que el Salvador se ha valido de esas semejanzas de siembra, miés, zizaña y otras análogas para explicar lo que á ella pertenece. Este campo te encomendó Dios al nacer para que en él empleases tu actividad hasta el dia de la muerte, que es el de la cosecha. Semilla del cielo te ha traido para que la sembrases en él y no atribuyeses luego á defecto de ella el mal resultado. Tal semilla es la de su divina enseñanza, que debes hacer penetrar en tu corazon, y procurar que allí fructifique. Ni estás solo en las fatigas de este cultivo, que ofrece, como todos, sus dificultades. Te ayuda Él con su gracia poderosísima, como ayuda el cielo los trabajos del labrador con las lluvias tempranas y tardías. Él da vigor á tu mano para que empuñe con vigor y firmeza el arado: ablanda Él con celestiales rocíos la dureza de tu corazon, y lo calienta y vivifica á las horas convenientes con la benéfica influencia de los Sacramentos, que como el sol derrama por do quier la vida y la fecundidad. A todas horas te está advirtiendo qué es lo que debes arrancar de tu campo y qué conservar y cuidar. Ha puesto mayordomos entendidos al frente de todos los que

tienen campo como tú, para que eso les estén á todas horas enseñando y advirtiendo. Con tales ayudas de costa le es fácil á cada cual traer como bello pensil de flores el campo que le confió el Señor.

Pero ¡ah! la negligencia, la imprevision, la perversidad, el loco orgullo son grandes, y á eso se debe el que pocos, muy pocos sean los que á tal empresa se dediquen con el ahinco que fuera menester. Hay quien deja yermo y descuidado su campo sin dársele poco ni mucho de que produzca ó deje de producir. Tal es el desgraciado indiferente. Hay quien deseando obtener buena ó á lo menos regular cosecha, lo espera todo de las lluvias del cielo y de los rayos del sol, sin decidirse á echar en él una gota siquiera de su sudor. Tal es el néciamente confiado. Hay quien sembró y trabajó al principio, pero haciéndosele luego muy pesado el andar á todas horas cavando la tierra y arrancando malezas, dejó que éstas ahogasen y echasen á perder el fruto precioso. Tal es la condicion de muchos que conocemos genéricamente con el nombre de malos cristianos. Otros, por fin, sembraron oportunamente, cultivaron con fe, arrancaron de su corazon lo que de él brotó vicioso, enderezaron cuidadosamente lo imperfecto, y llegaron, por fin, á ver rebosantes sus trojes de méritos para la gloria. Tal es la cosecha que hay que asegurar aquí para entrar con buen pié en la otra vida.

¿A cuál de estos grupos perteneces tú, amigo lector, ya que es fuerza que á uno de ellos pertenezcas irremisiblemente? ¿En qué categoría te coloca el fallo de tu propia conciencia?

Veas de averiguarlo mientras es tiempo aún de sembrar. La hoz del segador está ya afilada para intimarte muy presto que es la hora de la siega. ¡Ay de tí, si tu campo no recoge fruto para el granero de la eternidad!

XLVI.

A VELA Y REMO.

Lucha es la vida del hombre, áun la meramente natural y humana; lucha es toda ella, y sólo incesantemente luchando consigue la criatura racional los fines que le son propios.

Todo progreso, por insignificante que sea, supone innumerables dificultades vencidas, gracias á tenaces y vigorosos esfuerzos. Así realiza sus prodigios la industria, así extiende sus conquistas el comercio, así gana el pan de cada dia el trabajador de cualquier profesion ú oficio. Ni la misma vida intelectual se ve libre de ese penoso tributo. Sólo tras largas vigilias consigue el sabio llegar á ser un poco menos ignorante que el resto de los mortales: cuéstale tal vez al artista crueles torturas del corazon é ignorados dolores del alma el laborioso alumbramiento de los frutos de su ingenio. De modo que en todos los ramos de la actividad humana salen ciertos los versitos aquellos del pagano Horacio, que aprendimos en nuestra niñez:

Qui studet optatam cursu contingere metam
Multa fecit tulitque puer, sudavit et alsit,
Abstinuit venere et vino...

Que traducido á prosa vulgar y pedestre significa: «Mucho habrá de trabajar y sufrir el que desea llegar al fin de sus deseos; deberá padecer frio, calor, abstenerse de placeres.»

Pues digo: si un progreso cualquiera en la vida natural cuesta tales fatigas y trasudores, ¿quién será el bobo que presuma de obtenerlo en el servicio de Dios, cómoda y regalonamente tendido en lecho de rosas? Si en cualquiera de los caminos que recorre el hombre siéntese contrastado por fuertes y misteriosas resistencias que le oponen de una parte las cosas que le rodean, y de otra lo defectuoso y limi-

tado de su propio sér, ¿qué tal será en los caminos de la virtud, de suyo más escabrosos?

Conviene saberlo, pues, y no sólo saberlo, sino traerlo continuamente clavado en la memoria. No se logra el reino de los cielos sin violencia, y sólo los esforzados que se la hacen arriban á poseerlo. Vida virtuosa y cristiana significa cumplimiento de sérios deberes, enfrenamiento de livianos antojos, privacion de lo que muchas veces atrae y encanta, práctica de lo que frecuentemente amarga y escuece. La razon es clara. Tiene el hombre en sí propio dos como movimientos de gravitacion, segun la doble naturaleza de su sér, espiritual á la vez y corpóreo. Siente nobles y elevados impulsos hácia arriba: en este sentido se dijo que su alma es naturalmente cristiana. Siente á la vez poderosísima tendencia hácia abajo: en este sentido se le compara muy á menudo á la bestia. Hay, pues, necesidad de estar continuamente favoreciendo al elemento superior en su nobilísimo movimiento de gravitacion hácia arriba, á la vez que deteniendo al elemento inferior en su grosero movimiento de gravitacion hácia abajo. Y cuenta que en este punto no cabe neutralidad. El equilibrio moral se trastorna con sólo que quiera el hombre permanecer indiferente entre estas opuestas tendencias. No podemos ser de nuestro apetito inferior más que reyes ó esclavos; ni le es posible á nuestra alma otra condicion que la de soberana de veras ó de sierva embrutecida. No estar contrariando de contínuo á la materia vil, es ser por ella indefectiblemente arrastrado á todas las ignominias: no ponerse en todo y por todo de parte del espíritu, es humillarle completamente á las degradantes exigencias del apetito. El ginete sólo es dueño de sí propio y del caballo, cuando oprime á éste con su horcajadura; cuando le pica con sus espuelas la carne hasta sacarlas ensangrentadas; cuando le tiene con mano firme la brida, aunque la muerda el bruto indócil y la cubra de rabioso espumarajo.

Hé aquí sencillamente expuesto lo que en el idioma cristiano se llama mortificacion. Motificacion que, cuando no es sólo preservativo de extravíos posibles, sino expiacion de culpas ya cometidas, se llama penitencia. Mortificacion que se ejerce sobre los sentidos exteriores, sobre las facultades

interiores, sobre las potencias del alma, sobre los afectos y veleidades del corazon, sobre la imaginacion loca y desvariada. Tanto mayor es la excelencia del hombre cuanto lo es el dominio del hombre sobre sí propio; y tanto mayor es el dominio del hombre sobre si propio, cuanto es mayor y más minucioso su espíritu de mortificacion.

¿Habeis observado que todo el secreto de la educacion de un niño consiste en obligarle á ciertas cosas y en privarle de ciertas otras? Hé aquí de qué manera puede ser llamada la mortificacion el secreto de la educacion del alma. Se educa al alma, es decir, se la forma en la virtud, se la acostumbra á ella, se le hace primero posible, luego fácil y despues suavísimo su ejercicio por medio de la mortificacion. «Lo que constituye, ha dicho un moderno autor, la virilidad del hombre no es la razon, ni la imaginacion, ni la memoria, ni la sensibilidad, ni siquiera la reunion de todos estos dones de la naturaleza, sino la firme y decidida voluntad. Ahora bien: si no ejercitamos nuestra voluntad contra nuestros enemigos interiores, sobre todo contra esa tiranía de la pasion que nos arrastra al mal; si nos asustan las dificultades, si retrocedemos delante de la tribulacion, si nos desviamos para no tropezar con el sufrimiento, no fortalecerémos nuestra virilidad, sino que nuestra vida será toda abatimiento y postracion; se nos podrá decir que somos flojos, al igual que se dice de las cuerdas de un instrumento cuando no tienen la necesaria tirantez. El Cristianismo no ha cambiado, y los cristianos que pretenden hacerse para su uso un cristianismo mitigado, un cristianismo con concesiones, un cristianismo sin lucha, y de consiguiente sin victoria de la gracia sobre la naturaleza, no tan sólo permiten que embaracen su marcha hácia Dios muchos pecados veniales, sino que se salen de su camino por el pecado mortal y por hábitos que Jesucristo reprueba.»

Y el sabio autor de la *Imitacion* compendia toda esta doctrina en aquella fórmula tan breve como profunda con que cerró uno de sus más preciosos capítulos: *Tantum proficies, quantum tibi ipsi vim intuleris.* «Tanto saldrás más aprovechado, cuanto más te hagas á tí propio violencia».

Ante estas enseñanzas de la fe, de la filosofía y del buen sentido, ¿qué responderán ciertos cristianos de hoy que no

quieren al parecer salvarse á sí propios, sino que los salve Dios sin cooperacion alguna de parte de ellos, y áun que los lleve allá á la gloria como en mullido coche para ahorrarse hasta el trabajo de levantar los piés?

—Pues qué, exclamará algun atribulado, ¿no la llamó el Señor á su ley yugo suave de llevar y carga ligera? ¿No han ponderado los Santos en lugares mil sus inefables dulzuras y consuelos? Y aún bajo el punto de vista del bienestar sensible, ¿no la prefirieron á la pompa y halago mundanos, muchos de los que por ese camino anduvieron? ¿No hay aquí evidente contradiccion?—

No, amigo mio, no la hay, responderíamos al punto á quien así nos interpelase: no la hay. Ambas cosas son verdad: lo penosísimo de los sacrificios que exige el servicio de Dios, que Él mismo llamó en un salmo *vias duras*, á la vez que lo inefable de sus consuelos y alegrías. Ambas cosas son verdad; pero atiende bien: lo primero se refiere al hombre terreno y aún no descarnado, por decirlo así, de sus groseras aficiones, y bajo el punto de vista de sus solas fuerzas y de sus enemigos domésticos aún no domados; lo segundo se refiere al hombre trocado ya en hombre nuevo, y ayudado y empujado en el camino de la virtud por el soplo suavísimo y refrigerante de la gracia de Dios.

Llegarémos á entendernos, amigo mio, si entramos en una breve y sencilla explicacion. Y aquí verás la razon del título de este librejo.

Por el mar de este mundo hacemos rumbo á las playas de la eternidad feliz en frágil esquife, que es nuestro cuerpo mortal, ruin, pecador y miserable. Quien presuma ser navío de gran porte y de ningun riesgo en su navegacion, equivocado anda, y convénzase de que no tiene de tal más que el pomposo nombre y la vana fantasía. Barquichuelos somos de poco calado, y desvencijados los más, y haciendo agua por todas partes. El que más hace, logra no hundirse dando con una mano continuamente á la bomba para sacar el agua que por rendijas mil le va entrando, y agarrado con la otra, ora al remo, ora al timon, para sortear las dificultades que ofrece á cada momento el derrotero. Cansada es de consiguiente la maniobra,

Pero nuestra barca no boga sólo al remo, es decir, no anda sólo á fuerza de nuestros brazos, que con esos solos, ó no diera un paso, ó diéralo inevitablemente descaminado. Más hace aquí la vela que todo, y claro está que aún no es la vela quien lo hace, sino el airecillo que de arriba viene y la hincha, y con suave impulso lleva á buen término la frágil embarcacion. Este soplo de lo alto, esta brisa amorosa, es la gracia de Dios que nunca falta al hombre, que tiende como debe la vela de su voluntad para recibirla. Soplo de Dios que es en realidad quien más que nosotros mueve la barca, por más que no la mueva sin la cooperacion libre y decidida de nuestro libre albedrío: soplo de Dios, el cual misericordiosamente ha dispuesto, segun frase del Concilio, que se considerase como mérito nuestro áun aquello que es dón soberano de su largueza, con tal que de nuestra parte lo secundemos: soplo de Dios, que no sólo empuja á su final destino la barca que por él se deja suavemente impeler, sí que esclarece toda oscuridad que al rededor enturbie nuestros horizontes, disipa todo fantasma ó ilusion que pueda engañarnos, refresca la frente cansada por el árduo trabajo, alienta el corazon á nuevos sacrificios, y le anticipa á veces, en cierto modo, las delicias de la eternidad feliz. ¡Ah! ¡La gracia de Dios! Ahí está el secreto de los goces de los Santos; ahí el resorte oculto que hace fáciles á la humana flaqueza las empresas más atrevidas; ahí el misterioso iman que casi sin sentirlo lleva con poderosísima atraccion á Dios los corazones que no le oponen tenaz y absoluta resistencia.

Pero ¿cómo se alcanza la gracia de Dios? ¡Ah! ¿Cómo? Mira como se aprovecha el barco de la ventolina que sopla favorable á su rumbo. Abriendo en toda la extension la vela para recibir su impulso, para que la llene el viento y la hinche y le imprima el deseado movimiento. Ofreciendo, pues, el corazon, todo el corazon, á la gracia, presentándoselo francamente abierto, dejándolo llenar todo de ella é impeler á su arbitrio, hé aquí cómo sentirémos en él la operacion suavísima de Dios. El cual no por esto nos quiere dormidos ú ociosos, sino que exige que con vigor demos al remo y al timon y á la bomba, al mismo tiempo que sopla Él con fuerza á la vela, para que sea tambien nuestro el mérito de la

salvacion, y de consiguiente nuestra en todo el rigor de la palabra la recompensa.

¿Vislumbras ahora, amigo mio, por qué se llama penoso y dulce á la vez el ejercicio de la virtud, por qué suda en él con afan el cristiano á la par que se siente regalado con inefables consuelos? ¡Pregúntale al marinero si no sufre y goza juntamente cuando en medio del mar atiende sin descanso á su ruda maniobra, al mismo tiempo que siente volar ligera como pluma por los aires su pesada quilla ayudada por viento feliz! ¡Pregúntale al tal si no alterna con alegres cantares los fatigosos suspiros! ¡Pregúntale si no le salta de entusiasmo el corazon en los apurados trances, cuando gracias á su actividad y al impulso de favorables vientos, ve deshacerse ante sus ojos las enriscadas olas, bordea con buen éxito los más peligrosos escollos, divisa y toca por fin el suelo querido de la patria! ¡Pregúntale si no es esto tambien sufrir mucho y gozar muchísimo á la vez, y tendrás una pálida idea de lo que son para el verdadero cristiano los azares y dolores, y los gozos á la vez y alegrías de su espiritual navegacion!

Satis suaviter equitat quem gratia Dei portat, dice á propósito de esto el sabio autor de la *Imitacion*, á quien hay que recurrir siempre que se deseen fórmulas adecuadas en tales asuntos.

Tú, amigo mio, que al volver á Dios te sientes quizá embarazado con las primeras dificultades; que experimentas más vivo que nadie dentro de tí y al rededor de tí el fiero embate de toda suerte de enemigos; que tal vez confuso y desalentado tiemblas, vacilas y estás á pique ya de retroceder cobardemente: ¡adelante! ¡échate animoso al mar, extiende franca y resueltamente tu vela, empuña con vigor el remo... y deja lo restante á Dios, que cuidará de llevar á puerto seguro tu zozobrante barquilla!

¡A vela y remo, amigo mio, á vela y remo hasta tocar la playa suspirada de la feliz eternidad!

XLVII.

¡LAS FIESTAS! ¡LAS FIESTAS!



as fiestas! ¡Las fiestas! Este es el grito de los católicos en Italia, en Bélgica, en Francia y tambien por suerte en nuestra España. ¡Las fiestas! ¡La observancia de las fiestas! Diríase que por instinto se ha visto en esta sola palabra todo un programa de regeneracion social y un preservativo de grandes catástrofes. En la angustiosa intranquilidad en que nos hallamos, en presencia de la disolucion y de la anarquía que nos rodea, ante el pavoroso abismo al cual nos sentimos sin cesar empujados, una voz misteriosa parece haber hablado á nuestros oidos esta sola palabra: ¡Las fiestas!

Sí, y con muchísima razon.

Porque ¿qué son las fiestas cristianas? Son á la vez un tributo que pagamos á la gloria de Dios y á la dignidad del hombre. A la gloria de Dios, en cuanto son dias destinados para su culto; á la dignidad del hombre, en cuanto son dias destinados para su descanso.

¡Y cabalmente los dos grandes males sociales de nuestra época son de una parte el desconocimiento de la gloria de Dios, y por otra el desconocimiento de la verdadera dignidad humana!

Nadie apenas observa el dia del Señor. Ningun oficio ni profesion ha querido quedarse atrás en ese desprecio universal de la honra divina. El comerciante en grande abre su despacho, embala sus géneros, y hace sus envíos en domingo como en otro dia cualquiera; el tendero lo aguarda con especialidad para medir y cortar más varas de tela; el fabricante obliga á muchos de sus dependientes á asistir al taller hasta el medio dia de la fiesta; el labrador cava en él, y siembra, y siega, y trilla sin el menor remordimiento. Hasta

la tarde apenas varía la fisonomía de nuestras grandes poblaciones. Por la tarde cesa el trabajo, pero empieza la diversion. ¿Dónde está, pues, el dia de Dios? ¿En qué ha venido á parar la fiesta cristiana?

Espantosa es esta profanacion pública, pero lo es más por la indiferencia y hasta por la complacencia con que se hacen reos de ella muchos católicos. Son católicos, sí, señor, y pisotean á sangre fria uno de los más severos preceptos del Catolicismo. Diríase que son católicos todos los dias menos el domingo, como si para este dia santo reservasen sus más escandalosos alardes de impiedad. Son católicos, y se horrorizarán de una blasfemia que salga de los labios de sus dependientes, mientras consienten ú ordenan esotra blasfemia práctica cada domingo.

El descanso del dia festivo, tan severamente mandado por la Religion, tiene el fin principal de que se destine completo á Dios un dia de la semana para su glorificacion y alabanza. Pero este fin incluye á la vez otro que es de dignidad para el hombre, es decir, el de que se destine un dia para el espíritu inmortal, así como los seis restantes están destinados á la materia perecedera. A nadie cabrá duda alguna sobre la importancia del primero de estos dos fines. Dios tenía derecho á exigir un dia para sí: lo exigió; es preciso cedérselo. Quien se lo niega, ó desconoce la absoluta soberanía de Dios sobre sus criaturas, ó desconoce el deber que tienen éstas de respetar y obedecer esta soberanía. Por esto el dia festivo se llama dia del Señor; es dia suyo, y nadie puede quitárselo sin hacerse reo de robo sacrílego.

Por lo que toca al segundo, no hallaré yo tan bien dispuestos á algunos de mis lectores. Decirles que la observancia del dia festivo es cuestion de gloria para Dios, lo concederán sin dificultad; que sea, empero, tambien cuestion de dignidad para el hombre, no les parecerá tan convincente. Voy á demostrárselo.

Observad una cosa. El trabajo humano, moderado y convenientemente distribuido, eleva al hombre, da robustez á su cuerpo y jovialidad á su espíritu; le libra del contagio de los vicios inherentes á la ociosidad; le hace más llevadera y más alegre la vida; le distrae de enojosos pensamientos. De

suerte que el trabajo no sólo es indispensable para vivir, sino que lo es más aún para vivir felizmente. Pero si esto sucede con el trabajo moderado y convenientemente distribuido, sucede al revés con el trabajo exagerado y sin interrupcion. Si aquel eleva, este embrutece; si aquel serena el corazon, este le oprime; si aquel moraliza, este hace olvidar todos los deberes. Mirad á estos infelices á quienes una ciega codicia hace traspasar las leyes de la moderacion en este punto. Sin afecciones de patria ni de familia, sin acto alguno religioso, sin gozo alguno que endulce su vida, sin expansion y sin alegría, siempre el rostro pegado al terron, ó á la máquina, ó á la herramienta, verdaderas bestias reducidas tan sólo á trabajar y comer, indiferentes á todo lo que no sea ganar algunos reales más; se les ve ásperos en su trato, huraños en su fisonomía, duros si han de mandar, rebeldes si han de obedecer, materializados, esclavos infelices á quienes sólo el color del rostro distingue de los negros que viven en esta miserable condicion.

Y si esto tuvo importancia en todo tiempo, ¿cuánto más la tiene en los actuales? Los adelantos de las artes han perfeccionado por una parte el trabajo humano, haciéndolo más fácil y menos pesado; pero por otra le han dado un carácter tan mecánico, por decirlo así, tan poco personal, que el hombre, en una porcion de industrias, apenas viene á ser más que una parte integrante de la máquina á la cual está adherido. Hay aquí menos empleo de fuerzas, es verdad, y esto es muy plausible; pero hay tambien menos empleo de inteligencia, y esto es menos noble. Razon de más para que se interrumpan de vez en cuando tales trabajos y se permita al cuerpo un descanso que dé lugar á las elevadas ocupaciones del espíritu.

Por esta razon los que sacrifican el dia festivo en aras de su codicia, obligando á sus trabajadores ó dependientes al trabajo prohibido por la Iglesia, son culpables, no sólo de crímen de lesa honra divina, sino tambien de crímen de lesa humanidad. No, mil veces no. Al hombre puede pagársele con un jornal convenido el esfuerzo de sus brazos ó el sudor de su frente, pero no puede exigírsele que venda por unos miserables reales la dignidad de su alma y su nobleza

de hombre racional. Esta es la vil explotacion del hombre contra la cual debieran clamar todo el dia los que se llaman amigos de las clases obreras; esta es la voz que debiera hacerse oir en todos los tonos á los amos de tiendas y talleres; esta es la que debiera ser base y fundamento de una Internacional católica que pusiese coto á tan negra tiranía. No es lícito explotar de este modo al pobre, ultrajando al mismo tiempo á Dios. El dia festivo debe ser dia inviolable.

He soltado una palabra atrevida que habrá escandalizado tal vez á algunos espíritus apocados. He hablado de Internacional católica, y no vacilo en repetir la expresion. Nada tiene que ver esta Internacional, lector amantísimo, con la demagogia negra ó blanca que á todas horas nos echan en cara cierta clase de periódicos. Para alcanzar en gran parte la observancia debida de los dias festivos, la Internacional católica que imagino yo seria la cosa más inofensiva y más legal, y más pacífica y más cristiana, y al mismo tiempo... te lo aseguro de veras, la más eficaz.

Nadie se asuste. El maldito petróleo no entrará poco ni mucho en mi receta. El Catolicismo no recomienda tales ingredientes.

Podríase formar para esto, y se ha formado ya en algunos puntos, una federacion ó liga de católicos, decididos á practicar y hacer practicar la observancia del descanso dominical.

He dicho, practicar y hacer practicar; y ahora cambio un poco esta última expresion, que aún me parece poco fuerte, y digo, *practicar y obligar á practicar*.

Lo primero es fácil. ¿Qué razon principal detiene á nuestros católicos (tenderos y comerciantes sobre todo) para que no cierren en el domingo sus establecimientos? Claro está. La de que si es uno solo ó son muy pocos los que descansen, estos van á quedar lamentablemente perjudicados en sus intereses, pues mientras ellos cumplirán la ley de Dios, harán su buen agosto los otros menos escrupulosos. No es gran razon esta razon de codicia, pero pasémosla por poderosa. Reúnanse, pues, los que sean de una misma profesion, avénganse á descansar todos el dia festivo, impónganse á sí propios una buena multa en caso de infraccion, y

queda arreglado el asunto, sin perjuicio de los intereses de nadie, con grande aumento de los intereses de Dios y de la moral, y con no poca complacencia de los mismos amos y dependientes, á quienes no ha de pesar de fijo eso de poder contar de vez en cuando con un dia libre, enteramente libre de la cadena del despacho y del mostrador. Seria ésta una ganga para todos. ¿Es una verdad ó no?

Si esto es muy llano, no lo parecerá tanto lo segundo. No obstante, para mí lo es más que lo primero, y á esto doy con más propiedad el nombre de *Internacional católica*, destinada á obligar á que se guarde el dia festivo.

—¿Cómo?

—Copiando para el bien los procedimientos que la otra Internacional aplica para sus diabólicos fines.

—Pero esto es maquiavélico. El fin no justifica los medios.

—Cierto, cuando los medios necesitan quien los justifique. Pero los medios que yo voy á proponer no son malos en sí, por más que para malos fines los emplee la secta antisocial y atea. El procedimiento que voy á recomendar es como la espada, arma mala en manos de un asesino, arma noble y legítima en manos de un defensor de la Religion y de la patria.

—Pues bien; sacadme de dudas, ¿cuál es?

—Pues bien; sabedlo, y no os escandaliceis: es la *huelga*.

—Explicaos, explicaos, por Dios, que de eso al petróleo no hay dos pasos de distancia.

—Sí, amigo mio, sí; me explicaré, y veréis que distan tanto entre sí como el cielo de la tierra. Escuchadme bien.

Los católicos firmes, y decididos, y determinados á hacer algo por nuestra Religion somos aún muchos, ¿no es verdad? Sobre todo si este *algo* no cuesta grandes sacrificios, ¿hé? Sí, somos muchos aún, y si no lo creemos así, es porque no nos tomamos la pena de contarnos. Además, los católicos, que somos muchos aún, gracias á Dios, somos tambien consumidores, es decir, que gastamos como todo el mundo nuestros buenos cuartos en las tiendas y comercios, pues necesitamos tela para nuestros vestidos, adornos para nuestras casas y templos, calzado para nuestros piés, sombrero ó gorra para nuestra cabeza, etc., etc. Ahora bien.

Nosotros los católicos podríamos y deberíamos reunirnos en liga ó federacion, no sólo para no trabajar ni vender en dia festivo, sí que igualmente para no comprar por valor de un céntimo en tal dia, y aún más, para obligarnos á no dar un céntimo de ganancia á los que supiésemos que no lo observan como nosotros. Lo dicho. Declararnos en verdadera huelga con respecto á los profanadores del dia del Señor. Os lo aseguro. La codicia les indujo á violar la Religion, la misma codicia les obligaria, mal de su grado, á respetar su mandamiento.

Caso práctico. Soy elegante, ó no lo soy, y necesito como cada hijo de vecino un pantalon ó una chaqueta. Hay á dos puertas de mi casa un sastre, de quien sé que trabaja todos los dias festivos y obliga á trabajar á sus dependientes. No pondré mis piés en el bazar de este sastre. Lo prometo y lo cumpliré. Será mi sastre aquel otro que se avino á formar parte de nuestra federacion, y se comprometió á observar rigurosamente el dia festivo.

¿Quién puede poner tacha á mi conducta en este caso? Quito mi proteccion, que es muy libre, á un conculcador de mi Religion, y se la otorgo á otro que me ha prometido respetarla. Soy justo, y la huelga en que me declaro contra el profanador es muy lícita, muy pacífica, muy legal y nada expuesta á perturbaciones del órden.

Ahora bien. Generalizad este procedimiento tan sencillo. Suponed formada una sociedad de algunos miles de católicos en una poblacion, acordes todos en no dar cada uno ni un céntimo de ganancia á quien no se abstenga del trabajo en dia festivo, é imaginad el efecto magnífico de esta huelga católica general. Las señoras, que tanto dan que hacer á la modista; las señoras, por regla general más piadosas, vean qué santos efectos produciria una medida de esta naturaleza para castigar a la modista profanadora, y alentar á la modista cristiana. Discúrralo cada uno, desde el humilde menestral que necesita alpargatas, hasta el refinado caballerete que gasta charol; discúrranlo ante Dios, y si son católicos de veras, díganme en conclusion, puesta la mano en el pecho: ¿No es posible emplear este remedio? ¿No es fácil? Consúltelo cada cual con su conciencia.

XLVIII.

TOLERANTES É INTOLERANTES.

ESTAS palabritas lees todos los dias, y con ellas te han aturdido quizá y engañado más de una vez. Quiero que las conozcas de cerca, y por eso ahí te he compuesto sobre ellas un tomito de los de mi pobre cosecha. Pero... vengamos al caso y basta de introduccion.

Entiéndese por *tolerancia religiosa*, en el lenguaje moderno, la libertad que concede la ley á los ciudadanos para que profese cada uno la religion verdadera ó falsa que mejor le acomodare.

Suele hoy la ley partir del falso principio de que todas las religiones son iguales; de que el hombre, como tal, no tiene obligacion rigurosa de abrazar ésta, ni desechar aquélla; de que el ciudadano es *libre* para seguirlas todas ó no seguir ninguna, y que de consiguiente la ley debe reconocerle esta libertad, este derecho al mal y al error, porque propiamente la ley no sabe á punto fijo lo que es verdad ni lo que es error. Partiendo de este principio, la tolerancia religiosa es anticatólica, es impía, es absurda, es el escepticismo y el ateismo en toda su repugnante desnudez. Esta es la tolerancia revolucionaria.

Esta llamada tolerancia pondera con huecas palabrotadas la libertad del hombre, los derechos del pensamiento, los fueros de la conciencia humana, pero ¡ay de tí si por desgracia llegas á hacer uso de esta libertad, de estos derechos, de este fuero, en oposicion á los intereses de la revolucion! Sobre tí todos los insultos, sobre tí todas las mordazas; gran generosidad será la suya si te perdona la vida.

Suplícote, pueblo honrado y leal, que fijes bien tu atencion en estos preliminares, que luego te haré ver demostrados por la recta razon y acreditados por la historia y la ex-

periencia. Díme entre tanto, cómo podemos entendernos los católicos y los revolucionarios en punto á libertad y á tolerancia.

Dicen ellos: No se sabe á punto fijo lo que es verdad y lo que es error en religion.

Decimos nosotros: Despues de la revelacion de Cristo-Dios y del establecimiento de su Iglesia, sabemos de un modo cierto, seguro é infalible dónde está la verdad y dónde el error.

Dicen ellos: El pensamiento del hombre es libre como el ave en el aire.

Decimos nosotros: No hay tal libertad del pensamiento. La verdad conocida es obligatoria.

Dicen ellos por boca de un orador impío: Hay derecho para todo, hasta para el mal.

Decimos nosotros acordes con todo el género humano: No hay derecho más que para el bien.

Y á lo que dicen ellos, llaman tolerancia, y á lo que decimos nosotros llaman intolerancia.

Pues bien; aquí tienes ya desbrozado el campo y puestos en claro los términos de la cuestion.

Pero... sigamos adelante.

¿Tolerante la revolucion? ¿Ella, cuyo primer grito es siempre: ¡Abajo lo existente! es decir, abajo lo que se nos opone, aunque en esto vaya comprendido lo más sagrado, familia, propiedad, Dios? ¿Ella que, no satisfecha con deshacerse de sus víctimas, deshonra su nombre, falsifica la historia, ultraja el pasado, y para acabar con todo lo que pudiera servirla de acusador se afana en romper la tradicion, y en borrar de la faz de la tierra los monumentos que la conservan? ¿Tolerante ella, que es la más tiránica, la más egoista, la más exclusiva?

No, por Dios, no digais eso; no lo es, ni lo ha sido nunca, ni puede serlo. Decidme sino; ¿cuándo, en qué ocasion ha fiado el demonio revolucionario su triunfo á la sola propaganda de sus infernales ideas? ¿Cuándo no las ayudó eficazmente con el puñal y con el incendio? ¿Cuándo discutió con calma? Oid su primer grito por boca de Voltaire: ¡Aplastad, aplastad al Infame! Y este Infame ¡horror! era Jesucristo,

nuestro dulcísimo Jesucristo. Mirad la hermosa Francia: el símbolo de la tolerancia revolucionaria en aquel desventurado país fué ¿sabeis cuál? la guillotina. Mirad la católica España. Cien monasterios joyas del arte, cien bibliotecas depósito del saber de los siglos, todo, todo ardió en pocas horas, regado con la sangre de mil víctimas: lo que perdonó el fuego, arrasólo luego sin piedad la piqueta, ó hízolo volar la pólvora. Todo esto se hizo en obsequio á la tolerancia revolucionaria. Mirad á la infeliz Italia. Diez mil católicos sucumben en Castelfidardo asesinados por sesenta mil patriotas sin declaracion de guerra. Más tarde los cañones revolucionarios baten los muros de la Ciudad eterna, y lanzan sus bombas sacrílegas hasta el asilo del Pontífice-Rey. No os asombreis: son los medios morales de la revolucion; es la tolerancia revolucionaria.

¿Sabeis lo que es una pobre monja? ¿Imaginais qué peligros puede ofrecer para la seguridad del Estado y para la tranquilidad de los que comen á costa de él aquella pobrecita hija del pueblo, que sólo apeteció vivir y morir olvidada, que traspasó el umbral del claustro sólo para hallar en él un lugar de soledad, de oracion y de sacrificio? ¿Comprendeis qué terribles conspiraciones pueden urdirse al través de las rejas del locutorio, ó bajo las solitarias arcadas del templo, ó á la luz de la lámpara temblorosa del altar? Aunque un convento no fuese, como lo es, un lugar de inocencia, de santidad, de perfeccion, siempre seria un retiro de ciudadanas libres, tan libres y tan ciudadanas como el más entusiasta y encandilado patriota: aunque no fuese todo esto y mucho más que podria decirse en su alabanza, ¿habria razon para suponerlo perjudicial, enemigo del bienestar del pueblo, reñido con las luces y la civilizacion? No por cierto, y no obstante la tolerancia revolucionaria achaca todo eso á la santa mansion de las religiosas; la ataca con cualquier pretexto; la expropia; lanza á la calle, confundidas con las rameras, á sus tristes moradoras, que son de peor condicion todavía, porque á aquellas nadie las insulta; saca su nombre y fama á la pública vergüenza en novelas sin pudor y en espectáculos venenosos. ¿Comprendeis ese odio feroz, esa rabia satánica? ¿Sabeis cómo se llama? Tiene un nombre propio y muy conocido. Llámase tolerancia revolucionaria.

¿Sabeis lo que es un obispo en la Iglesia de Dios? ¿Habei meditado sobre la mision de un hombre á quien Dios constituye centinela en medio de su pueblo y al cual ha dicho «Vigila, y ¡ay de ti si callas cuando es necesario hablar!» Pues bien. Llega un dia en que cunde el error, y ese hombre destinado por Dios para hablar, cumple su mision: habla. Llega un dia en que el error, amparándose de una forma legal, se hace por lo mismo más peligroso; se llama, po ejemplo, matrimonio civil, y dice el poder: «Los unido con solo el acto civil son legítimamente casados;» y ha d responder el Prelado: «No son casados sino los que han recibido la bendicion de la Iglesia. El matrimonio civil por s solo es una fornicacion, condenada por el sexto mandamiento.» ¡Tú que tal dijiste! Levántase airada la revolucion a oir la valerosa réplica de la verdad, recoge la pastoral, á lo tribunales el Obispo perturbador de las conciencias, la multa, la deportacion, las iras populares. ¡Santo Dios! ¿y par qué tanto barullo? ¿No es libre la emision del pensamiento ¿No está consignada la tolerancia como una de las más preciadas conquistas del siglo? ¡Ah, cándido lector! Y ¿qué e la tolerancia de la Revolucion sino todo eso? ¿qué es sino l mordaza para la verdad y el látigo para las espaldas de su defensores?

Se acusa en cambio á los *buenos* católicos de intolerantes ¿Sabeis por qué? Porque en cuestiones de Religion nunc transigen con sus enemigos; porque dicen unánimemente s cuando ella dice *sí*, y *no* cuando ella dice *no*; porque llama error á lo que ella condena como error, y maldad á lo qu ella prohibe como maldad; porque afirman claramente qu no puede haber fusion legítima entre cosas tan opuestas como Dios y el diablo, lo blanco y lo negro, el bien y el mal la Iglesia y la revolucion. Porque adoptan como divisa aquella sentencia eterna del Salvador: *El que no está conmigo est contra Mí*; y porque consiguientes á ella tienen la franquez de llamar enemigos de la fe á los que militan en un camp en todo opuesto á ella. Vayan ejemplos.

El Papa es el primer intolerante en el sentir de los ilustrados del dia, porque es el que habla más claro y el que grit más récio. Síguenle los obispos y el clero en general, por-

que solícitos y cuidadosos son eco viviente de toda palabra que sale del Vaticano. Pero si hay por desgracia algun clérigo de manga ancha que se ria de su Pastor, y abandone su traje, y olvide su breviario, y frecuente las tertulias de cierto color, y escandalice al pueblo con el espectáculo de una vida relajada y seglar, ¡oh! ¡oh! ¡oh! aquel deja de ser en aquel mismo punto intolerante, aquel es hombre del siglo, flor y nata de la civilizacion, es hombre de tolerancia.

Entre el clero gozan fama especial de intolerantes (pero intolerantes de un modo bárbaro y atroz) los frailes y Jesuitas. ¡Oh los Jesuitas! Para los revolucionarios citar un jesuita es citar un verdadero mónstruo de intolerancia. Y no obstante ¡qué contradicciones! El jesuita se abre paso en todas partes, hácese un lugar respetable en todos los círculos, conquístase las simpatías de los niños, de los jóvenes, de los viejos, atrae muchedumbre al rededor de sí en todos los púlpitos. Jovial, sereno, ilustrado, hombre de sociedad, ¿quién adivinaria que bajo aquellas formas atentas, corteses y delicadas se esconde una cosa tan fea y tan antipática como la intolerancia? Pues, sí, señores, en efecto: no hay en toda la Iglesia de Dios, despues del Papa y de los obispos, hombres más intolerantes que los Jesuitas. Séales por ello enhorabuena.

Despues de ellos y del clero en general gozan santa y merecida fama de intolerancia, á juicio de la Revolucion, los escritores católicos, es decir, aquellos seglares de fe y de valeroso corazon que abrazados á la bandera cristiana luchan cada dia y cada hora en la prensa por sus creencias ultrajadas, por la honra de Dios escarnecida, por los derechos de la Iglesia hollados. Oid á la prensa revolucionaria. Un periodista católico que tiene alma y brio para gritar *alto* y *atrás* á toda idea no católica; un periodista que en política, en economía, en legislacion ó en ciencia proclama el reinado supremo de Cristo, los fueros de su Iglesia, la supremacía del Evangelio, ¡ah! es un intolerante reaccionario, y no merece se discuta con él. La prensa revolucionaria para infamarle, buscando el nombre más asqueroso, más ruin y más bochornoso del Diccionario, llamará á los tales periodistas como llamó á algunos de los principales de Europa no hace mucho

tiempo; ¿sabes cómo? Jesuitas de sotana corta. ¡Bien por ellos y por el apodo! A tanta honra aspiramos.

Finalmente, á juicio de la revolucion son intolerantes todos los que á juicio de la Iglesia cumplen con su deber. Ejemplos. Es intolerante el jóven que rompe las amistades y el trato con un compañero suyo que acaba de declararse contrario con sus creencias; el padre que rasga la página venenosa, ó lasciva, que fraudulentamente se introdujo en su hogar; el lector que por ningun precio admite en su biblioteca el libro que la Iglesia ha condenado; la mamá y la hija que se niegan á concurrir al teatro en que se insulta á la Religion ó á sus ministros; el ciudadano que consiente en perder su pan y su empleo antes que prestar un juramento indigno; el suscritor que retira airado la suscricion á tal ó cual papel público el dia en que le ve complaciente con la iniquidad; la muchacha que planta á su galan sólo por haber averiguado que el mocito no va á Misa; el elegante que deja de ser parroquiano de su sastre únicamente porque le vió trabajar en dia festivo; el soldado que no jura, el arriero que no blasfema, el empleado que no roba, el estudiante que comulga, la niña que ayuna...

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué grupo de intolerantes me va citando vuesa merced! Segun eso ¿será intolerante toda la gente de bien?

—Exactamente, ó lo que es lo mismo, es intolerante toda la gente que no tolera el mal.

—Y ésta debe de ser malhumorada, austera, feroz... razon tendrán los revolucionarios.

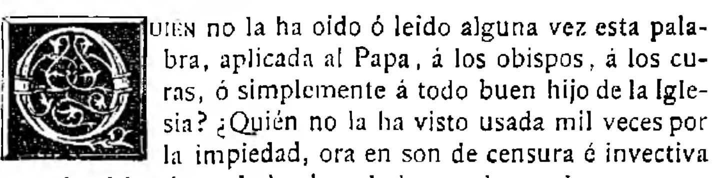
—Al contrario, amigo mio, la experiencia enseña que es la más paciente, la más afable, la más mansa. El Papa, el gran intolerante, es un prodigio de dulzura y de bondad, y así por su órden los demás. El clérigo más austero para sí suele ser el más generoso para con el prójimo. De los seglares no digo nada. Lo mismo.

—Pues ¿cómo los llama intolerantes la Revolucion?

—¡Toma! porque no quieren ni pueden *tolerarla* á ella. Y ¿quién duda que en esto tiene razon?

XLIX.

TERQUEDADES CATÓLICAS.



UIEN no la ha oido ó leido alguna vez esta palabra, aplicada al Papa, á los obispos, á los curas, ó simplemente á todo buen hijo de la Iglesia? ¿Quién no la ha visto usada mil veces por la impiedad, ora en son de censura é invectiva cuando el impío es de la clase de los crudos y desenmascarados, ora en son de compasion cuando el impío es de los solapados y mogigatos? Porque han de saber Vds. que tambien hay impíos á lo místico, como hay lobos con piel de oveja. ¿Quién finalmente no oyó decir mil veces á ciertas gentes: «Está visto; el Papa es un *terco* en no transigir con los hechos consumados; el clero es un *terco* en no poner buena cara á las conquistas de la civilizacion; los neos son unos *tercos* enemigos de todo progreso?» Pues, señor, cayóme en gracia tiempo há la palabrilla, y sobre ella quiero echarles hoy á mis solícitos lectores mi reducido librejo.

Que los católicos, desde el Papa inclusive hasta inclusive el último sacristan de aldea, tenemos como herencia de familia nuestras terquedades, es innegable verdad que no podemos disimular, ni queremos, ni hay para qué. De casta nos viene, y punto redondo. Jesucristo, Hijo de Dios vivo, llevó azotadas las espaldas y traspasados piés y manos pura y simplemente por sostener con inconcebible terquedad su carácter de Hijo de Dios y el derecho que le asistia para predicar su celestial doctrina, que no debió sentárseles bien á unos cuantos caballeros particulares de Jerusalen que disponian de la cosa pública. Jesucristo fué acusado de perturbador del órden, de alborotador de las conciencias, de enemigo de la legalidad existente, lo cual trae involuntariamente á la memoria una de dos: ó que los fariseos de entonces eran gente muy adelantada y al nivel ya de todos los progresos revolu-

cionarios de nuestro siglo, ó que los fariseos de hoy son gente muy trasnochada y rancia que nada nuevo ha sabido inventar contra Cristo desde aquella fecha. Como quiera que sea, lo cierto es que nuestro divino Jesús, con todo y ser tan graves y tan sentadas y tan legales estas acusaciones, mantúvose en sus trece, y por terco é intransigente lo pagó con la vida.

¿Y los Apóstoles? ¡Válganme aquí los sabios todos del Sanhedrin! ¡A cuántos dimes y virétes no dió lugar su pasmosa terquedad!

—¡Que no habeis de predicar á Cristo resucitado!

—Eso predicarémos una vez y tres más, mientras nos quede lengua para hacerlo.

—¡Que os lo prohibimos con prohibicion formal! *(præcipiendo præcepimus vobis)!*

—Hemos de obedecer primero á Dios que á los hombres.

—¡Al palo con ellos! ¡Que se les administren cuarenta azotes por barba!

—Vaya con Dios. Ni por esas. Azotados quedarémos, pero no mudos ni renegados.

Y tercos á más y mejor, y protestando que no habian de callar por paliza más ó menos, es lo cierto que dejaron herido de muerte al judaismo en el corazon, es decir, en su propia capital Jerusalen, y floreciente allí mismo la fe cristiana.

Y el infierno, derrotado en esta primera escaramuza, ensanchó, como se diria hoy, su campo de operaciones, y trasladó la batalla al vasto imperio romano, en donde contaba con medios de accion algo más resueltos y poderosos que en la capital de la pequeña y arrinconada Judea. Habia allí emperadores cuyo solo fruncir de cejas era sentencia de muerte para cualquier desdichado; leyes *ad hoc* confeccionadas para proteger la libertad del error, ahogando de paso la libertad de la verdad; ejércitos orgullosos con la conquista del mundo á quien tenian aherrojado; una sociedad, en fin, blanda, condescendiente, indulgente con toda corrupcion y todo extravío, al paso que feroz, intolerante hasta lo sumo con todo lo sano, íntegro y honrado. En una palabra. Al contemplar nuestra sociedad de hoy y nuestras legislaciones y nuestros gobiernos europeos, se ve que á marchas forzadas andamos

acercándonos al ideal de aquella sociedad, de aquellas leyes y de aquellos gobernantes.

Pues bien. Aquella fué para el naciente Cristianismo la segunda batalla, y con tan desventajosas condiciones tuvo que aceptarla. La terquedad sublime de aquellos fervorosos creyentes mereció la victoria, y la obtuvieron, ó mejor, la compraron con torrentes de sangre generosa.

¡Qué satánica dureza en los tiranos y verdugos! Pero en cambio ¡qué heróica terquedad en las gloriosas víctimas! Descubierta la creencia cristiana de uno de esos invictos atletas, y delatada al feroz tribunal, el discípulo de Cristo era conducido ante los magistrados públicos, y el interrogatorio á que se le sujetaba, y las respuestas con que á él satisfacía el interrogado, eran casi siempre iguales. Bien fuese tierno niño ó débil anciano, gallardo mozo ó delicada doncella ó respetable madre de familias, en cualquiera de estas tan varias condiciones la respuesta del Mártir era invariablemente la misma.

—¡Reniega de tu fe! ¡Adora nuestros dioses!

—¡Soy cristiano!

—Si accedes, te colmarémos de honores; si rehusas, te despedazarémos á puros suplicios!

—¡Soy cristiano!

—Abrirémos á azotes tus carnes; abrasarémos con planchas tus costados; derramarémos sobre tus heridas aceite y plomo hirvientes; triturarémos con piedras tus muelas y quijadas; introducirémos en tus uñas cañas agudas; te asarémos en parrillas á fuego lento...

—¡Soy cristiano!

—Verás el oprobio de tus hijas y la deshonra de tus canas; te seguirá al suplicio un cortejo de víctimas, prendas escogidas de tu corazon, que una palabra tuya puede perder ó hacer felices.

—¡Soy cristiano!

—¿Eres cristiano? ¡Verdugos, ejecutad el horrible programa! al caballete, á los garfios, á las tenazas candentes, á los leones...

—¡Soy cristiano! ¡Soy cristiano! ¡Soy cristiano!

Y millones de hijos de la fe mueren durante tres siglos,

¡durante trescientos años! con ese grito en los labios, y su sangre corre á rios, regando como lluvia fecunda todas las regiones del mundo. Y cuando la Providencia, valiéndose de la espada vencedora de Constantino, interviene en el gigantesco combate para terminarlo en favor de la Iglesia, el mundo se contempla con sorpresa ya casi enteramente cristiano. La sublime *terquedad* de tres ó cuatro generaciones de mártires habia obrado el prodigio.

Y así siguiendo siglo por siglo la historia de la Iglesia, todas las páginas de ella andan llenas de nuestras incomprensibles terquedades. Ya es Gregorio VII que en lucha formidable con todo un emperador de Alemania muere abrumado de padecimientos, repitiendo empero en su agonía las siguientes palabras, compendio de una dilatada vida de borrascas y de combates: *He amado la justicia y he aborrecido la iniquidad; por esto muero en el destierro.* O bien son Anselmo de Cantorbery y Estanislao de Cracovia, obispos, quienes derraman su sangre por sostener con invencible fortaleza la supremacía de su báculo pontifical y la libertad del ministerio eclesiástico. Porque no se crea que sea cosa nueva en el mundo eso de que un ministro como Bismark, ó cuatro tiranuelos como los de otras partes, hagan á sabiendas una ley contraria á los derechos eternos de la Iglesia, y opriman luego á la Iglesia por la convincente razon de que no quiere reconocer como buena la perversa ley. En otras ocasiones lo hemos dicho, y quisiéramos no se olvidase. El infierno es siempre el mismo; y á pesar del innegable talento de Satanás, sus persecuciones giran siempre dentro de un mismo círculo vicioso, en el cual se repiten los mismos procedimientos, las mismas excusas y hasta las frases mismas. A bien que la Iglesia les opone constantemente el mismo baluarte de su eterna terquedad, y váyase lo uno por lo otro. No hay para qué preguntar cómo se responde á un poderoso cuando exige de un buen católico algo incompatible con la conciencia. El *Non licet* del Bautista y el *Non possumus* del Papa están colocados á uno y otro extremo de la historia de la verdad, como para mostrar á los hijos de ella el molde con que se forman los héroes y la peña donde se estrellan los tiranos. ¡Morir antes que transigir!

—¡Morir antes que transigir! Dura nos parece la frase. Nosotros que habíamos creido que la verdad y el bien eran más que otra cosa alguna blandos y acomodaticios, adaptables á todas las situaciones de la vida, aptos para plegarse á todas las circunstancias...

—Pues anduviste, amigo mio, soberanamente equivocado si tal pudiste imaginar. Entre nosotros la verdad se llama *dogma*, y el bien se llama *obligacion*, y ambas palabras no seré yo quien niegue que suenan á algo muy duro, muy inflexible, muy intransigente. Si así no fuesen, ¿en qué se distinguiria el dogma de una opinion, y la obligacion de un vano antojo? Transigencia ó transaccion puede admitirse buenamente en punto á intereses; en lo que atañe á cuestiones de conciencia, transaccion equivale casi siempre á traicion. Se comprende que si tú me debes una cantidad transija yo contigo rebajándote la mitad de la deuda para obtener seguro el cobro de la otra mitad. Lo que no se comprende es que afirmando tú, por ejemplo, que la nieve es negra y afirmando yo que es blanca, transijamos la cuestion conviniendo los dos en que no es blanca ni negra, sino gris, haciendo que si antes uno solo de nosotros negaba la verdad, ahora seamos los dos quienes neguemos el sentido comun. A esto se exponen los amigos de transigir. Asi son los que por no parecer *tercos* en la defensa de la verdad clara y desnuda, transigen con sus adversarios admitiendo una quisicosa extraña que sea verdad y se parezca todo lo posible al error, ó bien sea error conservando todas las apariencias de la verdad. Así son los que no atreviéndose á presentarse con el dictado de católicos, seco, limpio y escueto, procuran formarse un catolicismo para su uso particular, admitiendo las palabras con adjetivos y epítetos que tiendan á hacerla menos áceda á los paladares estragados, como cuando se los llaman amantes del catolicismo, pero del catolicismo no ultramontano, del catolicismo tolerante, del catolicismo ilustrado y demás palabrería de este jaez. ¡Pobres gentes! ¡Todo por no confesarse amigos del único catolicismo verdadero: el catolicismo católico! Y no te rias del pleonasmo aparente de estas palabras. Es necesario expresarse así, tan desconcertado anda hasta el idioma.

De esto, pues, se nos acusa, y eso se nos tilda como una de nuestras peores terquedades. Y cuando en todo lo demás son alabados la consecuencia y los consecuentes, sólo en religion, á título de no sé qué condescendencias con el espíritu del siglo, se nos quisiera inconsecuentes. ¡No por Dios! Llamadnos intransigentes; no nos asusta la palabra: llamadnos tercos á más y mejor; no nos deshonra. Modificarémos nuestra fe cuando se cambie Dios ó se modifique el Evangelio, ó varien las condiciones fundamentales de su divina Iglesia.

No es al Catolicismo á quien toca conciliarse con nadie; á las leyes, á las costumbres, á las instituciones modernas toca reconciliarse con él. En las catacumbas volverá á reunir á sus fieles si necesario fuese, antes que permitirles doblar la rodilla ante ídolos de cualquier clase que sean; y si morir pudiese él, que es inmortal, moriria como han muerto en el decurso de diez y ocho siglos todos sus verdaderos discípulos, con esta palabra en los labios, símbolo de la conviccion arraigada en los corazones: *Frangi, non flecti!* ¡Morir antes que transigir!

¿No es verdad, querido lector, que son raras y por extremo curiosas nuestras sublimes terquedades!

L.

¡NO, NO PREVALECERÁN!

Si, Yo te lo digo; tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas ó poder del infierno no prevalecerán contra ella.

Hé aquí la palabra formal, solemne, decisiva, con que inauguró Cristo Dios mil ochocientos años atrás su Iglesia. Examinémoslas con alguna atencion. Tan conocidas como son de los católicos todos, tengo para mí que son todavía pocos los que se han fijado en la verdadera importancia de su significacion.

Atiéndese de ordinario únicamente á la promesa de la perpetuidad y de las victorias de la Iglesia y del Pontificado, sin tomar en cuenta que antes que victorias se han pronosticado batallas; antes que triunfo, persecucion. Sólo asi se comprende que muchas almas débiles anden á todas horas como escandalizadas y vacilantes ante el espectáculo de la guerra que de todas partes levanta el infierno contra la verdad. Paréceme que se peca aquí por poca fe ó por ligereza indisculpable. No se ha prometido al Catolicismo la tranquilidad que muchos se figuran, no el esplendor de una preponderancia por nadie combatida. No; precisamente en las mismas palabras que hemos citado, al asegurarse la inmovilidad eterna de la verdad, se consigna muy claramente que el infierno ha de luchar contra ella con desesperados esfuerzos. Así, pues, la Iglesia no fuera la verdad y el bien, si no tuviera contra sí la conjuracion permanente de todas las pasiones y de todos los errores, es decir, de la mentira y del mal.

La historia de las luchas de la verdad ofrece siempre una observacion que los hechos contemporáneos han acabado de poner de relieve. Notadlo. La Revolucion es enemiga de todo culto religioso. Es atea en el sentido más exacto de la palabra. Ante su filosofía son igualmente absurdos el culto ver-

dadero de Jesucristo y el falso de Mahoma, el Evangelio rectamente interpretado segun la Iglesia, ó el Evangelio segun los caprichos del libre exámen. A todos hace gala de escupir con igual desprecio. Sin embargo, todo el mundo puede observar que su conducta es muy otra. Hace gala de despreciar á todos los cultos, pero no persigue sino al católico. ¡Ni una palabra de ira que deshonre á los ministros protestantes en estas obras y peroratas en que rebosa la ferocidad contra el sacerdote de la Iglesia romana! De suerte que los que en teoría son enemigos jurados de toda religion positiva, en la práctica no son enemigos más que del Catolicismo.

Cuando los horribles sucesos de la *Commune*, una dama protestante se manifestaba triste de que ninguno de los pastores de su secta hubiese merecido ser víctima de la fiereza de los demagogos. ¡Ah! ¿Sabeis qué es esto? Es el signo de la verdad manifestado por el privilegio de la persecucion. Cuando se dice en alta voz: ¡Guerra á toda religion positiva! se repite en voz baja: ¡Guerra solo al Catolicismo, porque esta es la única religion positiva! Cuando se declama contra las influencias religiosas, no se alarmen los protestantes, los mahometanos y los budhistas; los declamadores saben de sobra que no hay otra influencia religiosa más que la influencia católica. Hasta el lema feroz de ¡Guerra á Dios! que con escándalo del mismo infierno ha resonado alguna vez en nuestra patria, entendedlo bien, incautos, no costará ni un minuto de zozobra á los que no adoren á Dios en el seno de la comunion católica, apostólica, romana. Sólo nosotros somos los comprendidos en este satánico ultraje, porque la impiedad sabe muy bien que sólo guerreando contra Cristo y su Iglesia se guerrea contra Dios. Por esto caen nuestros templos y no los de nuestros enemigos, por esto son inmolados nuestros sacerdotes y no los discípulos de Lutero, por esto es objeto de saña universal el Papado y no lo es el jefe de la comunion rusa ó anglicana, á pesar de que pretenden tener análoga autoridad espiritual. En nosotros reconocen Satanás y la Revolucion á su eterno enemigo; en los demás, llámense como se llamen, no ven más que objetos de desprecio, ó á lo más aliados dignos de alguna consideracion por los servicios que pueden prestarles contra el verdadero

enemigo comun y formal que somos nosotros. Repitámoslo otra vez; el odio de los perversos y de los corrompidos en nadie se ceba sino en nosotros; el diablo, que es malvado, pero que no es necio, sabe bien cuáles son sus enemigos de burlas y cuáles sus enemigos de veras. Por esto sus secuaces nos tratan como se trata á los enemigos formales, con persecucion verdaderamente formal.

¡Ah! ¡Cómo ensanchan el corazon y lo levantan estas consideraciones! La sociedad pagana todo lo toleraba en su seno; dioses absurdos, emperadores mónstruos, poderosos envilecidos, ricos opresores, masas abyectas y desgraciadas; en medio de aquel vasto lodazal sólo una cosa ofendia sus ojos, sólo un poder no tenia derecho á ser tolerado; era el poder de la verdad. Por esto Neron era adorado como semidios en el Capitolio, y Pedro era ajusticiado como criminal en la cárcel Mamertina. Hoy con estar tan distantes de aquellos tiempos, los nuestros empiezan á presentar no obstante con ellos espantosas analogías. El mundo actual es indulgente, tolerante con todo error; profesa el principio de que han de ser respetados todos los derechos hasta el derecho al mal; y el derecho al mal obtiene en efecto ese horrible respeto. Sólo una cosa es objeto de las desconfianzas y prevenciones de los Gobiernos, de las trabas de la legislacion, de los rencores de los clubs, de las asechanzas de la diplomacia; sólo con una cosa no se puede ser tolerante ni condescendiente; esta cosa atroz, pavorosa, es la influencia reaccionaria, el mónstruo del poder clerical, Roma, la teocracia, el jesuitismo, diversos apodos oscuros de una cosa que tiene su apellido claro como el sol: la Iglesia católica. ¡Animo! No os espanteis: esto nos honra: es el signo de la verdad, su privilegio inalienable que no la permitirá jamás confundirse con las falsificaciones. El privilegio de la persecucion: *Signum cui contradicetur*.

Quien se sintiere desalentado ante el inmenso combate con que de todas partes se nos abruma, alce los ojos al cielo y recuerde estas eternas palabras que nunca serán desmentidas. Dios parece haberlas dejado como en testamento á su Iglesia, y la historia se ha encargado de ponerlas en evidencia. *Non prævalebunt!* ¡Nada podrán! Contra esta *piedra* co-

locada por Cristo Dios ha martillado constantemente el infierno. Siempre ha saltado á pedazos el martillo sin lograr arrancar de su inmortal asiento á la *piedra* inconmovible, antes proporcionándole con su eterno odio la señal más acabada de su divinidad. La Iglesia es, pues, obra de Dios, Ella es quien lo dice, y el infierno es quien lo prueba. ¡Martillad, martillad aquí con afan incansable, desventurados pigmeos de nuestro siglo! ¡Mirad como nos reimos de vuestros insensatos esfuerzos!

—Pero... señor (salta aquí un lector impaciente), ¡se hace tan largo de esperar ese triunfo de la Iglesia! ¿Quién lo verá? Entre persecuciones hemos nacido: ¿será cosa ya de perder toda esperanza de que gocemos antes de morir la suspirada paz? Tales quejas y exclamaciones las he oido mil veces de algunos de vosotros, queridos lectores, y me he consolado con ellas, admirándolas como testimonio de vuestra fe y de vuestros ardorosos deseos. Las he oido mil veces y más y más enérgicas á medida que arreciaba más y más cada dia la tempestad revolucionaria; pero, perdonadme que os lo diga, si en vuestros labios me han parecido testimonios de fe y de viva esperanza, en ciertos otros me han parecido signos visibles de duda ó de desaliento. Si á vosotros os admiré, á los úlimos les he compadecido. Realmente es excusable, hasta cierto punto, el decaimiento de algunos corazones. ¡Es tan amarga la tribulacion! ¡Es tan cruel el combate! ¡son tantas las fuerzas del mal! ¡Es tan cerrada la noche que nos envuelve! ¡Tarda tanto, tanto, tanto en clarear por un punto ú otro la suspirada aurora!

¿Quereis que de nuevo os prometa el triunfo de la verdad y la derrota de sus enemigos? Ociosa repeticion, cuando teneis la palabra del Salvador que os ha dicho clara y terminantemente: *Estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos. En el mundo tendréis persecucion, pero confiad, Yo he vencido al mundo.* ¿Creeis la palabra del Evangelio? ¿Sois cristianos? ¿Vale algo para vosotros la autoridad de Cristo? ¿Creeis que puede volver atrás su palabra solemnemente empeñada? Nó, porque tambien escrito está y firmado por su mano: *Los cielos y la tierra pasarán, pero mi palabra no faltará.*

—Cierto. Estamos con vos, y ni un momento hemos dudado de la certeza infalible de tan augustas palabras. La historia nos las ha confirmado mil veces. Sabemos que la vida de la Iglesia sobre el mundo es vida de lucha. Ridículo sería prometer victorias si no debiesen antes suponerse combates. Pero... al presente ¡es tan largo este combate! ¡tardan tanto estas victorias!—

Vamos, amigo mio; voy á poneros el dedo en la llaga. ¿Con que, no es falta de fe ni de esperanza lo que sentís, sino sobra de impaciencia? Muy natural lo encuentro: es fineza del amor el ser impaciente. Pero decidme. ¿Con qué medida medís vos los plazos que Dios señala para sus promesas? ¿Con la suya ó con la vuestra? ¿A qué llamais duracion y á qué tardanza?

Me explicaré. Se os hace tardío el triunfo de la Iglesia hoy combatida, ¿por qué? Porque medís la duracion de sus combates por la duracion de vuestra propia existencia. Un siglo de tribulacion para la Iglesia os parece interminable á vos, que no podeis prometeros veinte años de vida. Pero considerad que no habeis de reducir á este punto de vista estrecho y mezquino la gran cuestion de que se trata. Recordad que la existencia prometida á la Iglesia se compone de largos siglos, como la vuestra de breves años, y que cien años de lucha para ella ocuparán apenas un capítulo de su gloriosa historia. Recordad que mil ochocientos años antes de aparecer vos sobre este teatro de sus combates habia ella rendido ya á millares los enemigos, y que aún mucho tiempo despues de que hayais desaparecido vos, sin que nadie note vuestra ausencia, seguirá ella combatiendo y venciendo á nuevos adversarios. Reflexionad que la historia del mundo tiene ya muchas páginas escritas, sin las que quedan aún en blanco, y que en las innumerables páginas de este libro, vuestra existencia á duras penas llenará una línea, y ¿seréis tan vanidoso que querais que dentro de esta línea vuestra quepa el inmenso drama que Dios ha destinado para llenar todos los tiempos? Parad mientes en lo que sois, ave de paso que no hace más que cruzar rápidamente el aire sin dejar huella en el, ¿y presumiréis de abarcar durante los momentos de vuestro vuelo fugaz los destinos de la obra de Dios,

que no ha de desaparecer sino con el mundo y áun para sobrevivirle en el cielo? Si comparais con vuestra marcha, que es la de un torbellino precipitado, el paso majestuoso de la Iglesia, concibo que lo encontreis tardío. Comparad esta tardanza con la inmovilidad y fijeza de la eternidad de Dios, y os parecerá que vuela. ¿Sabeis por qué es paciente Dios? Porque es eterno. ¿Sabeis por qué sois vos impaciente? Porque sois fugaz. Nunca se le hace tarde á Él, que es dueño del tesoro de los siglos. Todo se os hace lento á vos, pobre criatura que no podeis contar con cinco minutos seguros.

Aplicad estas reflexiones: «¡Cuánto tarda el triunfo de la Iglesia! Diez, doce, veinte años há lo estamos esperando, y nunca... Dios se ha dormido. *Quare obdormis, Domine?* Otro año tal vez...» ¡Infeliz! ¿Es la eternidad de Dios, es la perpetuidad de su Iglesia quien ha de amoldarse á vuestras pequeñas ojeadas y á vuestros cortos plazos, ó sois vos quien debiérais engrandeceros, alentaros, extendiendo vuestras esperanzas por toda la anchura del horizonte que aquellos eternos objetos os ofrecen?

Si dispusiese Dios que tres ó cuatro generaciones de perseguidores sucediesen todavía á los actuales y azotasen todos con su látigo el rostro amado de nuestra Madre inmortal, ¿qué seria todo esto para los grandiosos destinos de ella? Viviríais vos y tras vos cuatro generaciones de hijos vuestros, devorando el ultraje de vuestra fe y luchando con sus enemigos, y moriríais despues, llorando por no haber podido ver la victoria; pero no por esto dejaria de seguir adelante la Iglesia con igual seguridad de conseguirla.

Escuchadme por última vez. La Iglesia atravesó á su entrada en el mundo un período de sangre que fué como el primer ensayo del infierno contra ella. Este período, á la distancia desde que lo miramos los cristianos de hoy, no nos parece más que un breve prólogo de cuanto debia suceder despues. ¿Y sabeis cuánto duró este prólogo sangriento que nos parece tan breve? Trescientos años dia por dia. ¿Y os parece largo el conflicto en que ha puesto á la Iglesia la moderna impiedad?

LI.

¿RELIGION? ¡Á LOS CURAS CON ESE EMBROLLO!



A escena pasa en un café. Seis jóvenes del trueno, copa en mano y cigarro en boca, disputan sobre Religion, echando cada cual á competencia su parecer sobre tan vidriosa materia. En una cosa convienen todos, en que es antigualla de mal gusto y próxima á desaparecer, impropia de la juventud y del siglo, la más eficaz para hacer enojosa la vida, supersticion de viejas, negocio de Curas hambrientos y qué sé yo cuántas otras cosas más.

—Señores, dijo por fin el que hacia veces de presidente en aquella divertida asamblea; queda terminado este fastidioso incidente y se pasa á la órden del dia; hablemos del baile de ayer.

—¡Bravo! ¡bien! exclamaron á coro los camaradas palmoteando con entusiasmo. ¡Pues tiene razon! ¡á los Curas con ese embrollo.

Sério y meditabundo habia escuchado en una mesa inmediata la conversacion ó batahola descrita otro mozalvete apenas salido de la adolescencia. Vestia con atildado primor y cuidaba con delicia de pollo novicio los asomos de bigote que sombreaban apenas, más bien que cubrian, su labio superior. Acercóse risueño á la bulliciosa comitiva y díjoles saludando con despejo:

—¿Se permite, caballeros, una palabra?

—Cuantas quiera, amigo; repuso la turba, muy distante de sospechar el objeto de la interpelacion.

—Se ha echado á los Curas ese embrollo de la Religion, y yo que no soy Cura ni tengo vocacion ni facha de tal, vengo á sacar la cara por ella.

Enmudecieron los seis y miraron de piés á cabeza al aparecido.

—Vaya en gracia, dijo por fin el más desvergonzado, empiece el sermon.

—Que no será tal, repuso el desconocido, sino breve perorata de un dependiente de comercio, acostumbrado más que á frecuentar clases, á medir varas de tela en el mostrador.

—¿Esas tenemos? Acabe, acabe luego el hermano neo y conviértanos á toda prisa de nuestra mala vida y déjenos en paz.

—Pues digo, compadres y amigos mios, que ese embrollo de la Religion, como decian hace poco Vds., debe de ser un embrollo de todos los diablos.

—De fijo.

—Ciertamente; porque si fuera cosa de poco más ó menos y que á nadie le importase un bledo, nadie á buen seguro se ocuparia en ella. Y Vds. mismos por lo visto la miran con algun interés, porque hace poco gastaron en despacharse contra ella no poco pulmon y saliva.

—Es verdad, pero insistiendo en que ninguna persona formal debe hacer caso de semejantes tonterías.

—Lo cual Vds. mismos estaban contradiciendo con su ejemplo, pues tres cuartos de hora han estado, ó poco menos, ocupadísimos en este asunto. A no ser que no se tengan Vds. por gente formal, lo cual no es de suponer.

—¡Caballerito!

—Soy moro de paz, y retiro la frase si pudo parecer ofensiva. No hacia más que sacar aplicaciones prácticas de lo sentado por Vds. Pero volvamos á la cuestion. Tenemos que ese embrollo de la Religion trae preocupados no sólo á los Curas y viejas, sino á los jóvenes ilustrados, flor y nata de los salones, como Vds. deben de ser. Solamente que los primeros y algunos más andan ocupados en seguirla y profesarla, y Vds., amigos mios, en ridiculizarla y combatirla.

—Es verdad.

—Lo cual prueba que á todos, á todos merece ese embrollo algun rato de atencion, á unos para practicarla y defenderla, á otros para procurar por todos los medios su desprestigio. Ahora bien. ¿Quieren Vds. oirme una palabrita más, sin enviarme padrinos á pedir satisfaccion por la injuria?

porque hago saber á Vds. que soy mal tirador de florete ó de pistola.

—Chistoso está el sacristan; diga esa palabrita que tanto nos ha de escocer.

—Es que tal vez les haga á Vds. saltar del asiento.

—Suéltela, caracoles, de una vez y no sea cansado y remolon.

—Pues digo, señores, que nosotros hablamos á todas horas de Religion porque la amamos. Vds. ¡y óiganme bien! Vds. hablan de ella á todas horas porque ahí les pica.

Una bomba que hubiese estallado de repente en medio del salon no hubiera producido en los seis atolondrados el efecto de esta palabra lanzada á sus rostros por el imberbe con firmeza y conviccion, pero tambien con calma y serenidad imperturbables. Levantáronse instantáneamente los seis como si una chispa eléctrica hubiera hecho estremecer sus nervios, y sin duda por respeto al sagrado del lugar y á los fueros de la discusion no volaron al aire en direccion al novel orador copas y botellas. Cerrados los puños y encandilados los ojos, gritaban á la vez como energúmenos. A bien que entre sus apóstrofes é invectivas se dejaba oir clara y valerosa la voz del apologista popular, que sonriendo les contemplaba, hasta lograr de nuevo imponérseles y obtener un poco de silencio.

—Sí, señores, lo dicho, la detestan Vds. y la blasfeman á todas horas á la Religion porque les pica, sí, señores, porque les pica. Y díganme á la verdad, señoritos mios, ¿dónde ha de rascarse y lamerse cada cual sino donde le pica? Y eso de la Religion, continuó, les pica á Vds., señores incrédulos, de muchas maneras. ¡Vaya! ¿tambien eso quieren Vds. saberlo? Pues tambien se lo diré, y aguanten, que luego á sus anchas se podrán desquitar.

Les pica á Vds. en primer lugar, porque es el rejalgar que sin cesar les roe las tripas. Quisieran Vds. vivir á su antojo, sin Dios y sin ley, y la Religion les acosa á todas horas con estas palabras: ¡Hay Dios! ¡Hay ley! Palabras que bien se pueden despreciar, pero que no se logra hacer enmudecer. Son la gota de hiel que se les mezcla á Vds. en todas sus criminales satisfacciones; son la nube fatídica que enturbia

sin cesar sus más despejados horizontes. ¡Hay Dios! ¡Hay ley! Y lo que tras esto sigue y que á ningun hombre de razon se le puede ocultar. ¡Si hay ley es para que sea rigurosamente observada! ¡Si hay Dios es para que haga justicia tarde ó temprano contra sus infractores! Verdad que es duro trance tener que aguantar sin tregua ni reposo este fantasma incansable que les persigue, no poderse sacudir nunca de encima esa negra pesadilla que les agobia. Dios y la Religion, que son el consuelo de nuestra vida, son el tirano implacable de la de Vds., y la misma razon que tenemos nosotros para amarlos entrañablemente, la tienen Vds., dada su especial situacion, para entrañablemente aborrecerlos. Hé aqui, pues, porque mohinos y mal humorados echan muy enhoramala á los Curas y á las viejas ese embrollo de Dios y de la Religion. Claro, claro. Porque les molesta y nada más. Rásquense, pues, si les pica ahi.

Algo les debe de picar tambien (y perdonen) el contraste que ofrecen los buenos creyentes con el que suelen ofrecer Vds., señores mios, que tienen á gran honra no contarse en esta grey. Ya se ve: ellos, los que de veras lo son, modestos, llanos y sencillotes; Vds. picados de vanidad y arrogancia, llenos de humos y fantasía. Ellos castos y limpios en sus costumbres; Vds. libres y retozones y revolviéndose como en su elemento en la inmundicia. Ellos caritativos y afanosos por aliviarle al prójimo cualquier necesidad; Vds. egoistas y regalones sin tomar ni darse cuidado más que por sus conveniencias y placeres. Ellos tranquilos y resignados en la hora de la tribulacion, porque saben que nada les acontece que sea sin permision de Dios; Vds. rabiosos y desesperados y dándose á todos los diablos por cualquier friolera que contradiga sus soberbios antojos. Ellos sin miedo á la muerte ante la perspectiva de una dicha sin fin que les guarda su Padre que está en los cielos; Vds. sin otro horizonte que las incertidumbres del escepticismo ó el vacio de la nada ó el remordimiento de una próxima cuenta final, que quieras no quieras, se ha de pedir y se ha de dar. ¡Ah, caballeros! Aun bajo el punto de vista de la sola humana conveniencia y del solo bienestar es más cómodo ser cristiano que ser despreocupado. Más de cuatro veces he dado en pensar

que la mitad de los rencores que se tienen contra los fieles discípulos del Evangelio son pura envidia y nada más. ¿Habré puesto el dedo en la llaga, señores mios? Pues, llévenlo en paciencia y déjenme continuar.

No les pica menos, señores mios, la Religion por lo que les desespera su invencible é inviolable intransigencia. Todo se doblega menos ella á los humanos caprichos. Las instituciones más firmes llegan á ser de flexible alambre, dóciles á cierta clase de insinuaciones, ductiles y amoldables á la recomendacion ó á la exigencia. El oro las corrompe, el halago las ablanda, la audacia las intimida. La Religion es piedra de granito contra la que se estrellan sin remedio los que se empeñan en dar de cabeza contra ella. Ni la modifican corrientes políticas, ni la atenúan respetos humanos, ni la harán decir una cosa por otra promesas ni amenazas. Sus ministros, flacos pueden ser alguna vez; ella es dura como una peña. Como la dictó al mundo Jesucristo, eso es y nada más. No se da pena porque guste ó no guste, porque cuadre ó no cuadre, porque repugne ó no repugne á intereses del momento. Es inmutable porque es eterna. Los sucesos y las ideas todas del mundo, son los que deben subir á ponerse de acuerdo con ella, no ella quien deba jamás bajar de su pedestal á ponerse de acuerdo con nadie. Si algo con ella choca, señal cierta que ese algo que choca con ella anda fuera de su natural carril. Por esto sostenemos hoy, y es la verdad, que Vds. y la mayor parte del mundo actual andan miserablemente descarrilados.

Tambien les pica por fin á Vds., ¡pero atrozmente! lo segura que anda la Religion de su propia inmortalidad. Lo dice siglos há, y siglos há que lo prueba. A semejanza de aquel filósofo que contra los sofistas demostraba el movimiento moviéndose; así ella contra los impíos de todos los siglos demuestra la seguridad de su vida viviendo. La quisieron enterrar en el siglo primero, y en el segundo, y en el tercero, y en el cuarto, y en todos hasta el actual, y ella, tan fresca y tan llena de salud, sin decidirse jamás á morir. Voltaire y los filosofastros del siglo pasado habian extendido en toda regla su partida de defuncion. Ni por esas, murieron los oficiosos sepultureros y ella siempre en pié. Caballeritos,

récia cosa es, pero ese embrollo de Curas y viejas lleva trazas de durar hasta hacerse pesado de sobra. ¿Verdad que sí? Y no es que no se procure acelerar la muerte á ese moribundo de siempre, dándole toda clase de mala vida. ¡Ahí es nada lo que se le molesta y atropella! ¡Ahi es grano de ánís lo que se le procura sitiar por hambre y sed, negándole hasta si posible fuere el aire para la respiracion. Pero ¡ca! Todo en vano. Uno tras otro van desfilando sus enemigos y opresores, y uno tras otro se hunden en el abismo de la eternidad, y ella... esa vieja ruina, siempre desmoronándose y nunca acabándose de desmoronar! ese achacoso enfermo, siempre moribundo y nunca acabándose de morir! Se comprende, señores mios, que les cause á Vds. murria y desazon ese empeño que tiene de vivir lo que todos Vds. esperan ver muerto á cada minuto. Pero, ¿cómo ha de ser? Pique ó no pique, es preciso acostumbrarse á la molestia, y á quien le pique que se rasque, como enseña siglos há un caritativo refran. He dicho, señores; y vean si se ofrece otra cosa de particular.—

Y cogió su sombrero y saludó con desenvoltura, y dando media vuelta salióse gallardamente del café. Largo rato siguió todavía comentándose en él aquella singular ocurrencia. Todos fueron de parecer que el muchacho prometia ser ultramontano de cuenta, pero nadie dejó de confesar en sus adentros que hasta los ultramontanos suelen tambien más de cuatro veces tener razon.

LII.

¿CÓMO PUEDE SER LO DE LA EUCARISTÍA?



É aquí que lo mismo estaba pensando yo dias atrás, querido lector, y asegúrote, á fe de hombre formal, que no me dió maldita la pena el no poder contestarme satisfactoriamente. ¡Está ya uno tan habituado á ver y creer cosas muy verdaderas, y que no obstante nadie puede comprender ni menos explicar cómo sean! Y no me refiero precisamente á los misterios de la fe, sino áun á cosas de por ahí, que vemos con nuestros ojos y palpamos con nuestras manos todos los dias. Ahí tienes ¿qué ejemplo quieres que te cite? el de una cosa cualquiera, una mosca ó un mosquito ó mi propia persona, que los veo vivir y funcionar todos los dias, sin que hasta hoy haya habido quien me sepa decir el *cómo* de esta su vida y movimientos.

¡El *cómo!* ¿Te parece que es poco pedirles á las cosas el *cómo?* Mucho es que la ciencia, á fuerza de tanteos y despues de mil tropiezos, logre decirnos algo de lo que ellas son. ¡Pero explicar *cómo* son! Aún están por nacer los sabios, y áun están por organizarse las academias que sepan tanto. Ni en física, ni en química, ni en geología, ni en mineralogía, ni en medicina, ni en otro cualquier ramo de las ciencias de observacion se ha logrado por los más eminentes ingenios adivinar el *cómo* de la mayor parte de los fenómenos. Lo que pasa se ve casi siempre, *cómo* pasa se conjetura alguna vez y se yerra ciento, porque se ignora casi siempre.

¡Ahí es nada, pues, la presuncion infantil de los que ignorándolo casi todo en lo que atañe *al cómo* de las cosas humanas, se alborotan y emberrinchan y sueltan necias blasfemias, porque no se les explica á su talante y á la medida de sus cortas entenderas *el cómo* de las cosas de Dios! ¡Chiquillos que piden la luna y lloran y se enfadan porque no se les da!

Se pregunta con irreverente curiosidad el *cómo* del augusto y sacrosanto misterio de nuestros altares. ¡Sea para siempre alabada y adorada tal maravilla de amor, ante la cual sólo le toca al débil mortal inclinar sumisa la frente acatando la omnipotencia divina, y rendir fervoroso el corazon, agradeciendo rasgo tan inefable de bondad y misericordia infinitas! ¡Sea para siempre bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar!

Pero, ¿qué? ¿ha creido acaso el incrédulo que íbamos á huir el cuerpo á la discusion y que pretendíamos con actos de fe esquivar sus insolentes preguntas? No permita Dios que demos jamás á nuestros pobres enemigos ocasion de cantar tan fáciles victorias. Vamos, pues, derechos al grano de la cuestion.

Enseña la fe católica, acorde con las santas Escrituras y tradicion perpétua de todos los siglos cristianos, que Cristo Nuestro Señor instituyó en la última Cena, horas antes de morir, el Sacramento de la Eucaristía, en el cual por virtud y eficacia de las palabras de la consagracion que pronunció Él, y dió poder para pronunciar válidamente á solos sus herederos en el sacerdocio, el pan sobre el cual debidamente se pronuncian se convierte en Cuerpo verdadero de Cristo, y el vino sobre el cual debidamente se pronuncian se convierte en su Sangre preciosísima. El pan consagrado no es, pues, ya pan, ni el vino consagrado es ya vino; conservan de eso nada más que las apariencias accidentales de color, olor y sabor, pero no la sustancia esencial, que esa ha quedado completamente cambiada. Este cambio se llama en la doctrina católica *transustanciacion*.

Hé aquí el *qué* de la cosa. Me lo asegura Cristo en persona en repetidos lugares de las santas Escrituras; me lo manda creer la Iglesia, instituida maestra mia por el mismo Dios. Razones suficientes, suficientísimas para que yo crea con todo mi entendimiento y voluntad, aunque no lo vea con mis ojos materiales. Que áun en lo humano no siempre necesito ver las cosas para creer que existen. Muchas más son las que creo sin haberlas visto jamás ni tener probabilidad de verlas en mi vida. Estoy dispuesto á jurar que hay Pekin y San Petersburgo, y no obstante estoy seguro de morir sin haber

visto ninguna de estas ciudades. Estoy dispuesto á jurar que hubo siglos atrás Julio César y años atras Napoleon, y no obstante nunca traté de cerca ni de lejos ni conocí siquiera de vista á tales caballeros. Conste, pues, que son muchísimas, infinitas las cosas que sin verlas ni poderlas ver las creo no obstante, porque me dan fe de ellas personas fidedignas. Pues bien. Como para mí es persona muy fidedigna la del Hijo de Dios, que ni puede equivocarse Él, ni á mí puede engañarme, obro muy cuerdamente y muy razonablemente y muy filosóficamente creyendo el misterio de la santa Eucaristía, porque me lo tiene dicho Él. Sólo me toca ahora averiguar si realmente Él me lo ha dicho. Pero esta es puramente cuestion de crítica histórica que puedo resolver con sólo abrir las Escrituras, ó más breve aún, mirando si existe esta creencia en el depósito de creencias que la Iglesia tiene por inviolable y constante tradicion recibidas de su Fundador. Procedimiento rigurosamente filosófico y científico contra el que no sabemos qué puede oponer la lógica más sutil y perfilada.

Te veo, empero, amigo mio, arrugar el entrecejo y refunfuñar entre dientes.

—Admitamos que así sea. Pero ¿*cómo* puede ser?

—Terco eres, amigo mio, y machacon como niño curioso.

—¿Cómo puede ser? repito.

—Siendo.

—Pero ¿de qué modo?

—Del modo que sabe y puede Dios.

—Pero ¿de qué modo sabe y puede Dios?

—De un modo y de mil modos que yo no sé, ni puedo saber, si Él no me los explica. Y da la casualidad de que Él hasta la fecha no ha querido explicarlos.

—Tambien es fuerte caso.

—Todo lo que quieras, pero es así. Y andas errado si presumes que la revelacion la ha dado Dios al mundo para satisfacer con ella vanos antojos y curiosidades de niño mal criado. Del seno de su Padre trajo Dios á los hombres las verdades que estimó conveniente enseñarles para su direccion y salvacion, y ningunas más. Creyentes nos quiso, no

temerarios escudriñadores. Dictó como Maestro lo que bien le pareció de sus tesoros de sabiduría sin límites; no pretendió sujetarse como discípulo á nuestros insolentes interrogatorios. Eso hay, ni más ni menos. Sólo conformándose á eso se es católico de verdad y punto en boca.

Pero ¡vaya! Si tampoco es tan absolutamente cerrado el horizonte de la fe que no lo alumbren por todos lados mil rayos de luz, á favor de la cual, si no se logra ver claro y radiante el *cómo* de la cuestion, que eso lo verémos en el cielo, se entrevé á lo menos algo de su posibilidad, lo bastante para que se le pueda contestar al incrédulo que nos llama á cuentas acerca de nuestra fe. Sí, las maravillas de la Eucaristía son posibles, porque en ti ¡oh caro lector! las estás experimentando á todas horas. ¿Te parece eso paradoja? Pues, oye bien, que te voy á hacer fijar en cosas en que tal vez no has reparado aún. El pan y el vino se convierte cada dia en cuerpo y sangre tuyos, por el misterio de la digestion y de la asimilacion, que es en su línea un misterio como cualquier otro. De qué modo se hace esto no lo sabes tú, ni lo sabe médico alguno, lo cual no impide que todos lo creamos perfectamente. Por esta verdadera transustanciacion las sustancias de pan y de vino se te cambian en sustancias de carne y sangre de tu cuerpo. ¡Oh portento y maravilla! ¿Qué importa que en el tuyo se haga por medios naturales y en el de Cristo por un medio sobrenatural? Lo natural y lo sobrenatural no se distinguen muchas veces, por lo que á nosotros toca, más que en sernos lo primero más usual y acostumbrado, y lo segundo más nuevo y extraordinario. Si lo milagroso aconteciese cada dia, dejaria de serlo en la comun estimacion de los hombres. Si lo natural aconteciese sólo raras veces y de un modo desacostumbrado, á esto llamaríamos milagroso. Lo natural no es más fácil con relacion al poder divino que lo sobrenatural: ni lo sobrenatural es más dificultoso que lo natural. Ante la accion de Dios todas las cosas tienen igual grado de factibilidad; las nociones al parecer contradictorias de hecho comun y de hecho milagroso, sólo son tales en relacion con la suma cortedad de nuestros alcances. Igual poder divino se necesita para hacer que funcione tu estómago y tenga eficacia para convertir en carne y

sangre tuyos el pan y vino que tragas, que para hacer que tengan eficacia las palabras de la consagracion en boca de un sacerdote para trocarlos en Cuerpo y Sangre del Salvador. El hecho es análogo, por más que el procedimiento sea distinto. Lo que ves con tus ojos te es garantia, pues, de la posibilidad de lo que con ellos no puedes ver. ¿Cómo te atreverás, pues, á negar que pueda verificar la Omnipotencia divina de un modo suyo especial aquello propio que actualmente está verificando en tí de otro modo distinto, que no te es menos desconocido?

Cree, pues, amigo mio; y no sólo cree, sí que tambien reverencia y adora. Humilla tu frente y rinde tu corazon ante la Hostia y el Cáliz consagrados, bajo cuyos accidentes de pan y vino ha querido el Redentor, para consuelo tuyo, comunicarte enteros su Cuerpo y Sangre, alma y divinidad.

Misterio de fe llama la Iglesia á este Sacramento (*misterium fidei*). La razon me dice que es posible. La fe me enseña que es verdadero. La razon me dice que Dios, que convierte el alimento que yo cómo en carne mia y sangre mia, puede á su vez convertir con su palabra poderosa el pan y el vino en Carne suya y Sangre suya. ¿Por qué, pues, habria de negar lo que la fe me enseña, sólo por la necia razon de no comprenderlo, cuando tantas cosas están pasando todos los dias en mí que jamás me será dado comprender?

Misterio de fe, sí, pero tambien misterio de amor y de sumo consuelo. Ninguno de los que con tan elevado sentido propone la fe cristiana le interesa tanto al humano corazon. ¿Quién al divisar en el fondo semioscuro de nuestras iglesias la solitaria lámpara que dia y noche vela allí ante el sagrado Tabernáculo no ha sentido conmoverse todas sus fibras, llenársele de respeto y de sentimientos de adoracion el pecho y experimentar sensiblemente (si se nos permite la frase) la presencia augusta de nuestro Dios en aquella Hostia santa? ¡Oh, cuán poco cuesta entonces el acto de fe áun á los menos devotos corazones! ¡Oh, cómo se desvanecen las dudas y se allanan las dificultades y se truecan en inefable tributo de amorosa confianza! ¡Cuán cierto es que hay cosas que más satisfactoriamente sabe resolvérselas y explicárselas el corazon con aquella particular intuicion suya que la cabeza

con todos sus primores y sutilezas de raciocinio! ¡Ama, amigo mio, ama y adora y reverencia y sirve, y conocerás entonces muy á gusto tuyo cuán fácil y cuán suave y cuán deleitoso es creer! Empieza por hincar la rodilla y por hundir la frente, y verás cómo y con qué inefables claridades se te hace patente al través de tu humildad este misterio del amor de todo un Dios.

¡Sea para siempre y por todos los hombres bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar! ¡Bendito seais, Señor, mil veces y millones de veces por esta inefable maravilla de vuestro amor! Vos lo dijísteis y verdad es, Vos lo enseñásteis y no andamos engañados. *Tomad y comed, este es mi Cuerpo; tomad y bebed, esta es mi Sangre. Haced esto, cada vez que lo hiciéreis, en memoria de Mí... El que come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en Mí y Yo en él. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; el que comiere de este Pan vivirá vida eterna... Así, pues, cualquiera que comiere indignamente este Pan ó bebiere indignamente de este Cáliz, será reo de haber profanado el Cuerpo y Sangre del Señor. Haga, pues, antes el hombre prueba ó exámen de sí mismo, y coma así de este Pan y beba de este Cáliz. Porque el que come ó bebe indignamente, come y bebe su propia sentencia de condenacion, por no hacer diferencia entre el manjar ordinario y el Cuerpo del Señor.*

Estas son palabras, oh cristiano lector, de los Libros santos. Así hablan de este misterio en diferentes lugares. Ningun otro ha sido revelado en las Sagradas Escrituras con mayor claridad. Sean ellas las que pongan como el sello último á tu fidelidad á este augusto Sacramento.

LIII.

LOS FRAILES HOLGAZANES.



UIERA yo ó no quiera, el caso es que muy á menudo he de encontrarme de manos á boca en mis paseos con aquel D. Cosme de mis pecados, con quien hice entablar relaciones á mis lectores en uno de los librejos que les tengo dados tiempo atrás. Y como da la casualidad que el tal don Cosme (achaque comun de todos los hombres poco religiosos) lo primero que suscita en todas partes es polémica sobre Religion, de ahí que á poco más de andados cincuenta pasos, estábamos ya los dos metidos hasta las narices en formal y animada disputa.

El tema de ella era un suelto de cierto periódico que mi contrincante traia aún revuelto entre las manos, y en el que se daba cuenta de la instalacion de un convento de frailes en no sé qué localidad de esta provincia. «¿Ve V., me decia mohino y malhumorado el buen señor, ve V. por dónde salen ahora esos benditos con sus hábitos y conventos? ¡Cómo si estuviesen para eso los tiempos actuales! Brazos necesitamos para trabajar, no parásitos holgazanes.»

Salté como picado de víbora al oir esta palabreja grosera, que nadie menos que mi D. Cosme podia pronunciar. Porque este caballero, como tantos otros, no es de los que se distinguen, vamos al decir, en ninguno de los ramos de la actividad humana. Vive de sus rentas, gastándolas todas, como la mayor parte de los de su clase, en el regalo de su importante persona. Duerme sobre mullida cama sus ocho horas diarias; las demás consume perezosamente en la más perfecta ociosidad. Nada le deben las artes, como no sea la culinaria; ni las letras, como no sean las que en sus debidos plazos cuida de tenerle cobradas su procurador.

—¡Señor mio! le dije con algun calor, ha soltado V. una

palabra que no debió y me apresuro á recogerla. Con qué ¿esos frailes, de que hablábamos hace poco, no son más para V. que un hato de holgazanes?

—Si se ha de juzgar por la apariencia...

—Dejémonos de apariencias y vamos á la realidad. ¿Ha visto V. jamás los adentros de un convento ó monasterio ó casa así?

—¡Hombre! ¿Y quién me mete á mí en tales laberintos?

—Pues debiera V. meterse algo, ya que no por curiosidad, siquiera para hablar en razon ó por lo menos con conocimiento de causa. Así suelen ser la mitad y casi toda la otra mitad de los que hablan mal de conventos. No los han visto más que en las mentirosas tablas del teatro ó en las entregas ilustradas á real. No se han tomado la molestia de llamar una sola vez á la humilde portería de uno de tales edificios ó de atisbar á lo menos por el ojo de su cerradura, que ese fuera el medio más expedito de saber la verdad. Así se comprende que viviendo los frailes entre nosotros como vive todo el mundo, se tengan de ellos por algunos infelices como V. ideas tan ridículas y menguadas, como pudieran tenerlas los chinos ó los habitantes del Mogol.

¿Holgazanes, ha dicho V.? Pues escuche unas breves observaciones cuya exactitud no podrá negar.

Las casas religiosas son, en primer lugar, las del mundo en que más se madruga y menos se habla. Consecuencia infalible ha de ser la de que en ellas es donde más se trabaja. Dos ó tres horas sigue aún roncando una parte del mundo á pierna suelta, cuando la campana despierta al religioso y le obliga á dejar su fementido jergon. Sin contar los varios que rompen en dos mitades la noche para acudir á un rezo sumamente mortificado, todos se levantan en verano al romper el dia y en invierno horas antes de salir el sol. Ni áun el jornalero más atado á su fábrica se les anticipa. Vea V. si esos benditos frailes son holgazanes de un modo particular.

La charla, que es la que (en siglos parlamentarios sobre todo) roba á los mortales más tesoros de tiempo, está vedada rigurosamente en las casas de religion. Hay en ellas hora especial para hablar, y las demás se calla á no ser que medie necesidad absoluta. En horas de silencio, que son las

más del dia, es grato recorrer los claustros ó corredores de un convento observante y ejemplar. Viven allí cuarenta, cincuenta ó setenta hombres, muchos de ellos jóvenes en toda la lozanía de la edad. Y no obstante resuenan los pasos bajo las calladas bóvedas; hasta la respiracion se deja oir en ellas, tan absoluto es el silencio que allí impone la obediencia. Ni comiendo se habla, á pesar de lo natural que parece en la mesa tan acostumbrada expansion. En la mesa se lee, y siempre cosa de piedad ó de ciencia. Por causa de fiesta ó suceso extraordinario se dispensa alguna vez, rara vez al año, la lectura, y se permite la conversacion. Pues bien. Son unos holgazanes extraños esos que por no perder tiempo ni siquiera se permiten hablar cuando de eso les viene gana. Es una holgazanería por todo extremo original.

Hay en muchas casas religiosas en la portería interior de ellas una tablilla ó lista parecida á la que tienen las fondas y hoteles conteniendo el nombre de sus huéspedes. Allí suelen estar señaladas las ocupaciones en que anda á cada momento cada religioso. Entremos. Llame V. al portero y pida por el Padre A.

—Acaba de salir para auxiliar á un moribundo, dice mirando la tablilla.

—¿Y el Padre B.?

—No ha dejado aún la iglesia. Allí me lo tienen toda la mañana de Dios en su confesonario.

—¿Y el Padre N.?

—¡Oh! éste sí que tardará en volver. Le han enviado los Superiores á no sé qué pueblos de por ahí á predicar una Mision con otros dos compañeros, que son cada cual un águila para su oficio.

—¿Y los Padres P. y R.?

—Estos todo el dia enterrados en su biblioteca, de donde no salen más que para comer y dormir. Figúrese V. que hasta del coro se les ha dispensado para que mejor pudiesen dedicarse á sus estudios! Pues es claro, ¡cómo han de ser ellos los que enseñen á la juventud de nuestros cursos!...

—Pero ¡vaya! díganos por fin el hermano portero, ¿no se puede ver á religioso alguno de esta comunidad?

—A todos, señor mio, si lo reclama algun servicio que

puedan prestar. Si es para dar consejo en un caso árduo, ahí está el Padre tal, que lo hace de mil amores; si para consolar á alguna familia atribulada, ahí tiene V. al Padre cual, que tiene para esto el mejor corazon y unas buenas razones que ya, ya. Para enfermos, no hay como Padre Fulano ó Padre Zutano. Para enreditos de conciencia el que he citado á Vds. y que se gasta casi todo el dia en desembrollarlos. Hasta para los chiquillos hay aquí un Padrecito encargado del Catecismo, que todos los pillastres del pueblo se van tras él.—

Esto es, amigo D. Cosme, un convento ó monasterio ó casa regular de cualquier nombre, vistos de cerca y sin los anteojos de la preocupacion. ¿Holgazanes los frailes? No, que no son ellos quienes pueblan los casinos y cafés; no son ellos los que palmotean ó silban cada noche en el teatro á los histriones y bailarinas; no son ellos los que forman los eternos corrillos de la plaza, de la acera y de la tertulia. Siempre he observado que tales hombres andan por las calles aprisa, aprisa y con aire de ocupacion. A la puerta del magnate se llama con recelo y se guarda antesala y no se entra tal vez sino mediante empeño. A la del sabio ó del rico nadie se atreve para no distraerle de sus estudios ó para no perturbarle en sus placeres. Al hábito del religioso se agarran todos con una franqueza y libertad que serian irreverentes si no fuesen ellas el rasgo más característico del apostolado cristiano. El pobre religioso bien puede ser eminente en ciencia, grave por la autoridad de sus cargos, ilustre por el apellido que llevó en el siglo; es siempre el hombre de todo el mundo, y todo el mundo tiene derecho á él para pararle en mitad de la calle ó para llamarle al recibidor ó á la sacristía. La dama encumbrada y la criada lugareña, el perfilado lechuguino ó el viejecito mendigo ó el chicuelo de la doctrina, todos pueden besar con igual libertad aquella su mano, todos pueden pedirle con igual franqueza un consejo ó un consuelo. Hé aquí por que es este un holgazan que siempre tiene que hacer, á pesar de lo cual tiene siempre tiempo para todas las cosas.

¡Oh amigo D. Cosme! Si en el mundo todo y en todos sus ramos y facultades dominase como regla primera de economía política esa que vos llamais holgazanería de los con-

ventos, ¡cuántos productos más daria cada año al mercado la industria! ¡cántos capitales más formaria el comercio! ¡cuántos libros más publicaria la ciencia! ¡cuánta ilustracion más fuera la del pobre pueblo! Y en cambio ¡cuántos vicios menos tendria la juventud! ¡cuántas causas criminales menos la Audiencia!

¡Los frailes holgazanes! ¡Sublime holgazanería la que ha llenado de libros las bibliotecas, de héroes de la caridad los hospitales, de Santos los altares! El hábito de esos holgazanes, ese distintivo de pereza é inutilidad es el que honra los retratos de sabios como Alberto Magno, Tomás de Aquino, Suarez, Mariana y Feijoo; el de escritores como Luis de Granada, Luis de Leon, Juan de la Cruz y P. Isla; el de bienhechores de la humanidad como Juan de Dios, Bartolomé de las Gasas, Vicente de Paul y Pedro Claver; el de los inventores célebres como Bacon, Schwartz, Kircher, Despina, Secchi y otros mil que en todos los ramos de la ciencia natural te cita á cada paso la historia. Así en todos los caminos del saber y de las grandes empresas topamos al momento con el fraile holgazan que ha madrugado para recorrerlos antes que nosotros. Y eso, amigo D. Cosme, no lo niegan más que los ignorantes que no lo saben, ó los malvados que quieren desmentir la verdad.

¡Los frailes holgazanes! ¡Valiente palabrotada para echada en rostro de los que en todos tiempos ha reconocido la Iglesia como sus más incansables apóstoles, la civilizacion como sus más laboriosos obreros, la ciencia como sus cultivadores más ilustres, la humanidad como sus bienhechores más desinteresados!

La generacion incrédula y charlatana, que llama centros de holgazaneria á las casas de religion, ni fuerzas tiene para hojear los libros que de ellas salieron, ni aliento para restaurar las joyas de arquitectura que ellos alzaron, ni abnegacion ni espíritu para imitar de lejos los rasgos de caridad y heroismo que en ellas fueron pan de cada dia. No les escandaliza, no, á los enemigos de los religiosos esta su tan cacareada apatía, lo que sí les espanta es su prodigiosa actividad. Témenlos como teme con razon el enemigo á los cuerpos de tropas más escogidos: ahí está el secreto de esta

consigna general de burla y difamacion que contra los Institutos regulares ha dado la francmasonería. El filosofismo lo echó de ver muy bien ya desde el siglo pasado, y lo dejó consignado en sus documentos auténticos con elocuente claridad. Federico de Prusia escribia á Voltaire en 24 de Marzo de 1767: «No está reservado á las armas destruir *al Infame* (así llamaban aquellos demonios á Nuestro Señor Jesucristo); Él perecerá por el brazo de la verdad y por las seducciones del interés. He reparado, y otros como yo, que en los lugares donde hay más conventos está el pueblo más ciegamente adicto á la *supersticion*. Ello es cierto, que si se logra destruir estos asilos del *fanatismo*, el pueblo se volverá indiferente y tibio por lo relativo á estos objetos, que en el dia son de su veneracion. Se debe tratar de destruir los conventos, ó á lo menos de disminuir su número.»

¿Qué tal? Esta cita de autor tan abonado vale un Perú. No se odia á los frailes por ociosos, sino por muy activos; no se les expulsa por inútiles, sino porque son los más firmes apoyos del *fanatismo* y de la *supersticion*, es decir, de la única religion verdadera. Los que buenamente rehusen creer nuestras palabras, ¿podrán no admitir en todo su valor estas tan decisivas de los mismos corifeos de la impiedad?

¡Oh D. Cosme, y los que como V. hablan, escriben y disparatan! ¡Nó quisiera, á fe, os diese el cielo más dura penitencia por vuestro pecado, que la de tener que seguirles un mes, tan sólo un mes, el paso que llevan en todos sus actos esos benditos frailes tan ociosos, tan regalones y tan holgazanes! ¡A costa vuestra probaríais entonces á qué saben ese regalo, ociosidad y holgazanería!

LIV.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

HOMBRE! ¡Magnífico caseron el que acaba de asomar de repente por el declive de aquella ladera! ¿Será indudablemente propiedad de una de las más antiguas familias del pais?

—¡Ca! no señor. El tal edificio se conoce todavía en la comarca con el nombre de *El Convento*, y sus actuales poseedores son gente allá de la capital, absolutamente desconocida por ahi, y sin otras relaciones en esta tierra que las indispensables para sacar de ella todo lo que puedan por medio de procurador.

—¡Pues vaya? me picó la curiosidad. ¿Con qué fué *convento* esta granja allá por los años de Maricastaña? ¿Y se puede saber á qué clase de frailes perteneció?

—A decir verdad, no fué *convento* el tal edificio, sino monasterio; ni fueron frailes los que en él habitaron, sino monjes Bernardos; pero el pueblo llama convento á toda casa de comunidad claustral, y frailes á todos los que gastan hábito de religion.

—¡Bien! Llámele V. hache. Convento ó monasterio, lo mismo da para nuestro caso. ¿Con qué deciais que era de Bernardos la tal comunidad?

—Sí, señor, y si quisiéramos acercarnos algo á sus viejas tapias y fachada, puede que al través de los revoques y disfraces á la moderna con que se le ha procurado desfigurar todavía os fuera fácil descubrir mucho y muchísimo de su natural fisonomía. Sobre todo la iglesia, que con sus ojivas y ventanales y escudos es al presente la mejor bodega que visitan en veinte leguas á la redonda los tratantes en vinos que recorren este país. Porque eso sí; famosos cosecheros como el amo de este cortijo no se conocen por ahí.

—¿Y cómo y cuándo cedieron los frailes, digo los monjes,

á este caballero particular su viejo monasterio, y su iglesia sobre todo, para tan profano destino?

—¡Pardiez! ¡Y mucho que les fueron á consultar la voluntad á los benditos frailes para echarlos de ahí á tizonazos y puñalada limpia, cuando lo del año 35!

—¿Con que la cosa se hizo aquí como en otras partes por aquellos dias de funesta recordacion?

—Muy claro, señor, y en breves palabras quedará explicado el caso. Enemigos no los tenian aquí los frailes, ni se les hubiera tocado un pelo de la ropa por nadie del país, en el que vivian con completa seguridad. Pero un dia empezaron á llegar horribles noticias de la capital. Los principales conventos habian ardido allí no se sabe cómo, y sus moradores habian sido cazados y degollados como fieras á través del incendio. Aquí los principales del pueblo nos presentamos acto continuo al Padre Abad para darle toda clase de seguridades con respeto á la actitud de la comarca. Pero á bien que echámos la cuenta sin la huéspeda. Porque á los dos ó tres dias un destacamento de fuerzas irregulares llegadas de la capital con órdenes misteriosas invadió el pueblo, y entre insultos y atropellos á todo el mundo intimó al Padre Abad y monjes la órden superior de desocupar el edificio sin dilacion, sin plazos cortos ni largos, apoyando la intima con sendos fusilazos y amenazas de muerte á quien se atreviese á chistar ó no corriese listo. Escapó por donde pudo cada cual y ocupó la fuerza el edificio, en el cual á las pocas horas no quedaba un clavo por saquear; porque aquellos condenados y otros que en pos de ellos vinieron de la capital cargaban con todo lo que podian, y rompian á tiros y sablazos lo que no podian robar. Fué aquello una desolacion que nos hizo á todos llorar á lágrima viva.

—Pero ¿y el Gobierno? ¿y la Autoridad?

—Ya verá V. Cuando los que mandaban en la capital advirtieron el caso, es decir, quince dias ó tres semanas despues, mandaron despachos al alcalde de este lugar en que se le decia bonitamente: «Que pues los frailes habian sido echados por el pueblo, bien echados estaban, que al fin eran los únicos enemigos de su felicidad. Que en cuanto al convento quedaba bajo la responsabilidad de dicho alcalde con todas

sus tierras y pertenencias, todo lo cual habia pasado á ser propiedad del Estado.» Confieso que nadie del pueblo pudo entender eso de que la propiedad de uno pasara á ser tan fácilmente propiedad de otro, sólo porque á aquel primero le atacasen un dia bandidos más ó menos autorizados ó sin autorizar. Pero lo cierto es que á los pocos meses se dijo y áun se leyó en el *Boletin* que aquel convento y sus tierras lo sacaban todo públicamente á subastar, y pocos dias despues se supo lo habia adquirido en la subasta un D. Fulano de tal. Y por señas que fué negocio redondo el que hizo este caballero; pues todo el caserío que V. ve con las tierras que lo rodean desde lo alto de la sierra hasta el rio que ve V. allá lejos, no le costaron al comprador más que una peseta columnaria ó sean cinco reales. Ni un ochavo más.

—¡Bromas aparte, compadre!

—Ni más ni menos, señor; y va V. á verlo claro, como me lo contó á mí de vuelta de uno de sus viajes á la capital el secretario del pueblo, que es de lo más liberal que se conoce, y el único poco amigo de frailes que por entonces teníamos aquí. Contaba, pues, el dicho secretario, que á la tal subasta pocos concurrieron; primero porque las gentes de bien le tenian repugnancia á la tal compra, y segundo porque andaban por allí en torno del público subastador ciertos pajarracos de mal agüero que alejaban del negocio á cuantos convenia tener alejados de él. Añadia que el tipo de la subasta se colocó por todas estas razones tan bajo, que no llegaba á la mitad del valor públicamente reconocido de la finca; y que además para facilitar la compra se admitia el pago á plazos por anualidades, la primera de las cuales no debia satisfacerse hasta seis meses despues que estuviese en completa posesion de ella el comprador. Y como esta finca que ahora es viña, era entonces bosque magnífico en buena parte de su extension, ¿qué hizo el aprovechado comprador? empezó una tala general á los ocho dias, y con el producto de la madera y leña que vendió pagó todo el precio de su compra (con rebaja notable que se le hizo además por pagar al contado), resultando al liquidar que vino á costarle todo esto una miserable peseta columnaria de su bolsillo, y áun hay quien dice que ni esa le costó. Con que ya ve V. si fué bra-

vo negocio el que con el convento de los frailes hizo aquel señor, gran patriota, segun decian por ahí.

—Verdaderamente se lo dieron como de balde. Pero de fijo ha sido para toda la comarca un beneficio el cambio de poseedor. Porque ya se ve; los frailes eran gente allá atrasada y rancia, que poco ó nada podian hacer por vuestro bienestar.

—¡Ay, señor mio! ¡y qué buena tecla ha tocado V. y cuán buenas cosas podrian decirse sobre esto á quien las quisiese escuchar! Lo que V. acaba de apuntar tambien recuerdo habérselo oido yo mil veces al secretario del pueblo, cuando á raiz de aquellos famosos acontecimientos se empeñaba él en convencernos á nosotros, pobres labriegos, de que todo aquello vendria á parar á la postre en nuestro bien. Y he de confesar mi pecado. Sin habérseme quitado el horror á aquella que yo tuve siempre por abominable iniquidad, tambien yo llegué á persuadirme alguna vez de que por lo que toca á nuestro bienestar material toda aquella trifulca no habia de perjudicarnos. Pero aseguro á V. que buen chasco nos hemos llevado. Seré breve, señor mio, si todavía persiste V. en que le complete mi relacion.

—Decid, decid, amigo mio.

—Pues, señor, el monasterio era el señor de la comarca, porque fundado hace muchos siglos en el centro de ella cuando era todo yermo y despoblado, tenia el derecho que, segun creo, se llama de primera ocupacion. A tenor de él se habian hecho aquí desde remotos siglos todos los establecimientos de tierras que el monasterio cedia algunas veces por un pequeño cánon ó censo enfitéutico, y otras en simple arrendamiento ó aparcería. Los censos venian á ser, por exíguos, puramente nominales ú honorarios; los arrendamientos, tasados allá en remotísimos tiempos, eran insignificantes. Además el monasterio no era exigente en los pagos. Que este año por sequía, que el otro por el pedrisco, que el de más allá por excesivas lluvias, que ya por enfermedades, ya por guerras no se podia pagar al caer los plazos de san Juan y de Navidad; á nadie se estrujaba por esto como se le viese de buena fe. Leña la tomaban del bosque todos los pobres mediante un simple papel. Más aún, se rebajaban los arrendamientos los años de mala cosecha, y los graneros del con-

vento anticipaban al colono granos para la siembra, si de esto tenia necesidad. Todavía más, al dos ó al tres por ciento y bajo mera palabra de hombre honrado prestaba á sus colonos el monasterio cantidades para la compra de aperos de labranza, ganado, dotes de hijas, etc., etc.

—Lo que llamamos hoy bancos agrícolas y que se nos quiere presentar como novedad.

—Sí, señor, y además se tenia allí escuela siempre abierta para nuestros hijos, y se enseñaba en ella á leer y escribir, contar, música y latin, con lo cual traia empezada su carrera todo aquel que queria, si los monjes le conocian con alguna disposicion para ser algo más que rudo trabajador. Más de cuatro hombres de letras ha tenido el pueblo en tiempos antiguos, que hoy no los volverá á tener, porque ya á los chicos no se les puede dar aquí otra instruccion que la del abecé. Y no digo nada de lo que influia en el pueblo y en toda la comarca el monasterio por sus consejos (que habia hombres de seso allí para dárselos al más pintado), por su asistencia espiritual, por su brillante culto, por sus limosnas al pobre, por su hospitalidad, por sus altas relaciones con lo más granado de la nacion, de todo lo cual sacaba siempre toda clase de bienes nuestra comarca.

—Verdaderamente, amigo mio, las cosas no deben de pasar hoy así.

—¡Válgame Dios! santo varon. Lo primero que hizo el nuevo poseedor, así que se hubo instalado en la finca, fué llamarnos á todos los censalistas, parceros y arrendatarios para presentarnos la figura muy séria de un señor procurador, con quien debíamos en adelante arreglar nuestras cuentas. Hasta los atrasos pendientes con los frailes desde muy antes de su expulsion, hasta eso nos exigió el tal señor. Al primer semestre dobló los arrendamientos, porque, decia él, los frailes no sabian hacer producir las tierras y él queria extirpar del país la holgazanería, que era su peor calamidad. Y desde entonces á quien se descuida le da el despido sin que valgan lágrimas. Testigos varios de mis vecinos, que han tenido que abandonar su mísero pegujal que venian labrando de padres á hijos desde no se cuantos cientos años atrás. Al diez y al doce y al veinte por ciento se prestan cuartos,

mediante fianza ó hipoteca formal: sino idos con la mujer y con los hijos á mendigar, que el amo no quiere holgazanes en su cortijo. Al dueño de estas tierras se le ve poco por ahí, porque al fin dice que somos un hato de brutos por ilustrar, y que él bien se está con sus amigos en la ciudad. Pero, eso sí, el acalde se nombra casi siempre por su influencia, y cuando hay elecciones, desdichado quien no vote conforme manda *el amo*, que bien seguro está el infeliz de que lo pasará mal. Y á todo esto hay que añadir que con todo lo que ha pasado se ha desmoralizado la gente que es una lástima. Los pobres especialmente parecen dejados de la mano de Dios, desde que vinieron años atrás ciertos prójimos á predicar por esas esquinas y encrucijadas y les enseñaron que los ricos eran los peores enemigos del pueblo, y que asi como cuarenta y tantos años atrás se habia echado del país á los frailes, ahora se habia de hacer igual con los ricos, y que el caso era probarlo á la primera ocasion. ¡Ya puede V. figurarse cómo lo tomó la gente, que además no sabe pizca de catecismo, ni va á Misa, ni escucha al Cura, ni conoce más que ejemplos como los que le están dando años há los ricos como *el del convento*.

—Bravo, amigo; ¿sabeis que me acabais de dar un rato de los buenos con vuestra animada relacion?

—Señor, es lo que dice por ahí todo el que tiene ojos en la cara. Ni quito ni pongo coma.

—¡Amargas verdades! ¡Cuán á costa suya las va aprendiendo el pobre pueblo español.

LV.

¡SE VA Á ESPANTAR EL ENFERMO SI LE HABLAN DE SACRAMENTOS!

BUENO: perfectamente: que se condene vuestro enfermo sin espantarse, si os parece mejor.

—¡Jesús! ¡Líbrenos Dios!

—Pues bien, es preciso que llame al sacerdote y arregle con él las cuentas de su conciencia, si á eso no se quiere exponer.

—Pero, ¡y si se espanta!

—Pero, ¡y si se condena!

—Decidme: ¿no es recia cosa tener que darle á mi esposo este mal trago de que claramente comprenda que va á morir?

—Decidme vos tambien: ¿no es terrible cosa ver como se dirige con los ojos vendados este vuestro esposo hácia un precipicio espantoso en el cual sin remedio se va á despeñar?

—Comprendo; mas ¿quién, amándole como le amo yo, tiene valor para causarle impresion semejante?

—Es verdad; pero ¿quién, amándole como le amais vos, puede consentir á sangre fria que tan sin preparacion alguna se eche él de bruces en el espantoso abismo de la eternidad?

—Es que ¡caramba! ¿sabeis vos, por ventura, si está en pecado mortal?

—No, por cierto, pero escuchad: ¿sabeis vos acaso si está en gracia de Dios?

—Y ¿quién os dice que esta palabrilla de Sacramentos que le voy á decir al oido no le cause una impresion tal, que le agrave la enfermedad y apresure su muerte? Por nada de este mundo quisiera yo cargar con tal remordimiento.

—Y ¿quién os dice á vos que ese silencio vuestro y esta vana contemplacion no los ha de pagar dentro poco el enfermo con la condenacion eterna? ¿Os parece flojo remordimiento el que con esto echais sobre vuestra conciencia?—

Tales diálogos se tienen y tales angustias se pasan, amigo lector, en varias casas del dia cuando á un individuo de ellas, puesto en peligro de muerte por grave enfermedad, se le ha de hacer la indicacion de que reciba los santos Sacramentos. De familias católicas hablo, y á estas solas me dirijo hoy, porque en las que no son católicas no suceden nunca tales escenas ni se sostienen tales altercados. En estas muere cada uno como el diablo mejor le da á entender, sin tener en cuenta para nada el alma ni la eternidad. De tales infelices se ve la muerte como se ve la del perro ó del caballo. Nadie compadece en ellos más que los dolores físicos que afligen su cuerpo. No se suele pasar más allá. Pero en las familias en que no se ha perdido del todo la fe, por más que algo se haya entibiado, hay en estos casos amarguras indecibles, vacilaciones crueles. Lucha la razon cristiana que manda procurar la mayor seguridad posible para el alma del enfermo, con la humana prudencia ó la sensibilidad carnal que rehuye afligirle con la idea de que va á morir. ¡Y cuántas veces ¡ay! ese linaje de amor mal entendido habrá hecho que sean eternamente desventuradas en el infierno, almas pecadoras á quienes la palabra verdaderamente amiga de un buen cristiano habria proporcionado en aquel trance los medios de salvacion. ¡ Cuántos infelices maldecirán por toda la eternidad ese inhumano cariño que les negó una tabla salvadora en su naufragio, sólo por no decirles al oido: «Mira, hijo mio, que se te hunde el barco, agárrate a la tabla, que vas á naufragar!» ¡Cuántos por no morir espantados arderán eternamente condenados !

Pero decidme, ¿es verdad que se espanten tanto los enfermos cuando, en la hora de la muerte, se les habla de confesion? A mí me parece más bien aprension de los sanos que otra cosa alguna. He presenciado de cerca muchos de esos casos, y casi siempre he notado más impresion en la familia que en el verdadero paciente á quien tal noticia se acaba de comunicar. Como se empleen en eso las formas prudentes y suavizadas, que no prohibe, sino antes aconseja, la caridad cristiana, he visto á enfermos, nada fervorosos en estado de salud, aceptar la proposicion de que se les administren los santos Sacramentos, no sólo sin terror, sino con verdadero

consuelo. Desengañémonos. No se siente ni se discurre en grave enfermedad como en los momentos ordinarios de la vida. El corazon del enfermo, salvo en raras excepciones, está muy otro cuando le rodean las incertidumbres de una dolencia grave, que cuando en plena salud le sonreia todo y se sentia él, en su ilusion, fuerte y vigoroso hasta para habérselas con Dios. El alma, ha dicho Tertuliano, es naturalmente cristiana, y á medida que se va alejando de ella la mentira del mundo, se reconoce más y más acentuada en ella, esta que llamarémos su natural cristiandad. ¡Pobres enfermos! Se les juzga falsamente por los hábitos y antecedentes de su vida, cuando de ordinario es tan trocada la situacion de su espíritu, que una palabra hábil y cristiana que se les dijese hallaria inmediatamente eco en ellos y produciria las más generosas resoluciones. ¡Hablad, por Dios, en estos casos! ¡Hablad! Pero hablad con el acento del alma, con la elocuencia de la fe, no con frias fórmulas aprendidas. El terreno está blando quizá, más blando de lo que hace presumir su aparente superficie. ¡Hablad de Dios, de su misericordia infinita, de los consuelos con que aún acá recompensa el arrepentimiento! ¡Cuántas veces un ¡ay! que sale del profundo de aquel corazon entristecido os revelará que la dureza no era más que exterior, y que sólo necesitais romperla con cierta discrecion para dar con la secreta vena de las lágrimas purificadoras que han de lavarla y fecundizarla! Repito que la grave dificultad que en tales casos hay que vencer más la ofrece la familia que el mismo paciente. ¡Malditas preocupaciones carnales que se interponen entre Dios y el alma, que tal vez no tiene otro obstáculo que éste para efectuar su reconciliacion!

Oid, amigos mios, oid bien y haceos cargo de las razones que voy á someter á vuestra consideracion.

¿Temeis espantar al pobre enfermo indicándole la conveniencia de que se prepare con los santos Sacramentos ante la perspectiva de un funesto desenlace que pudiera tener la enfermedad? Está bien. Pero, decidme: ¿por qué no guardais igual consideracion ó regla de humana prudencia cuando se trata de otro requisito, en que no le va al pobre enfermo la suerte de su alma, sino en que va á vosotros el aprovecharos

ó no de su herencia? Comprenderéis perfectamente que hablo del testamento. ¡El testamento! ¡Oh! ¡cuánto y cuánto da que pensar esta cuestion á los hijos ó sobrinos del paciente, si éste por su desdicha tuvo en vida algunos cuartos de que poder disponer en la última hora! Allí son los cabildeos y negociaciones, allí las llamadas é indirectas, allí el rodearle todos al infeliz como quien le pone apretado cerco á una plaza codiciada. ¡Que haga testamento, por Dios! ¡Que no muera sin hacer testamento! ¡Que al menor síntoma fatal se llame aprisa y corriendo al notario y testigos para que de un modo ó de otro le saquen al enfermo su última voluntad! Y cuidado si es cosa triste hacer testamento. Todas las frases de él expresan la idea de separacion, de abandono, de renuncia completa de aquellos bienes que se poseyeron hasta entonces con tanto amor. Hacer testamento en el lecho de muerte es una como anticipada posesion que se da á los deudos y amigos de lo que constituyó hasta entonces el patrimonio propio. «Mando á fulano tal finca; mando á zutano tal renta, mando á mengano tal joya:» ¡oh tristísimo reparto el que ya en vida hace aquel desgraciado! He visto varias veces hacer testamento en la última hora, y siempre he mirado este acto como el preliminar más doloroso de la sepultura.

Y sin embargo, ¿quién vacila en decirle claro al padre ó al marido que es preciso decidirse á llenar esta formalidad, si de no hacerse se pierde un mezquino interés? No he visto jamás, desde que ando en esos asuntos, caso alguno en que, conviniendo á la familia, haya dejado de hacer testamento el enfermo por no haber habido quien se atreviese á proponérselo. Claro está. ¡Como de no hacerlo se expone uno tal vez á perder la herencia del desdichado! Que pierda él su alma muriendo en pecado mortal, es cosa á que se resignan fácilmente sus hijos y amigos, y por eso no le quieren espantar. Pero que por no espantarle se queden ellos sin patrimonio... ¡Oh! hasta tanto no suele llegar el cariño filial. Se rodeará, pues, el lecho del moribundo; se le entablará con mil rodeos y exordios la proposicion; se le presentará ante los ojos la figura séria y escueta del notario; se le harán inexorablemente las preguntas de ordenanza, que no pueden ser más amar-

gas, y se le hará que diga hasta el punto en qué desea ser sepultado y qué honores desea para su cadáver y qué sufragios para su alma, esto quizá hasta se le regateará; se pondrán tal vez á discusion en su propia presencia los derechos y merecimientos de cada uno, preludiándose ya ante sus propios ojos, vidriados por la agonía, disensiones y rencores que han de estallar por los malditos cuartos así que dé el infeliz la última boqueada; llorarán los unos y gimotearán los otros, alegarán todos sus afectos y servicios, hasta que se le pondrá al desventurado la pluma en la mano para que firme entre congojas y trasudores aquella renuncia de todos sus bienes, que viene á ser como firmarse él mismo su propia cédula de defuncion.

¡Oh! así se otorgan mil veces los testamentos en la última hora: otorgadlo, amigos mios, en plena salud si quereis ahorraros para entonces tan enojosa tarea. Pero decidme, ¿quién por buen hijo que sea, por buen nieto ó por amante esposa deja de meter en tales aprietos al padre, al abuelo ó al marido, si á costa de ellos ha de quedar asegurada, no el alma del que se va á la eternidad, sino la posicion del que se queda aquí una temporada más á gozar de sus despojos?

¡Oh hijos! ¡oh esposa! ¡oh parientes todos! No exigiré que por cariño al enfermo á quien amais, dejeis de asegurar en lo posible vuestro propio porvenir con esta tristísima pero indispensable formalidad legal. Pero ¡por Dios! si amais, no mireis solamente por vuestra posicion material, mirad por la posicion eterna del pobrecito enfermo que os lo da todo, os lo abandona todo, pero que de ningun modo podeis consentir muera como un bruto animal! ¡Ya que exigís que disponga de sus bienes, haced que disponga tambien de su pobre alma, y que la deje en manos de Dios arrepentida y reconciliada! ¡Mirad que es hombre y no bestia, mirad que es cristiano y no gentil, mirad que lleva sobre su frente el sello del bautismo, mirad que no en vano consta como hijo de la Iglesia en el registro de la parroquia! No permitais que muera sin la bendicion de esta buena Madre, única que tiene consuelos para hora tan lúgubre, única que da la mano cuando nadie puede ya darla, hasta la tumba y más allá, hasta la misma eternidad. ¡Diréis que no piensa él que vaya á morir!

Pues, peor para su alma, mil veces peor que se encuentre así de repente, con sus crímenes y todo, en manos de Dios vivo, sin haber podido articular una palabra pidiéndole perdon, sin haber podido enviarle de su pecho un suspiro de arrepentimiento.

¡No sabe que va á morir! Es decir, está á orillas del precipicio eterno y no sabe que va á caer en él! ¡Traidores! ¡asesinos! por tales os tendria el mundo si viendo á un prójimo vuestro en tan inminente peligro de despeñarse no le gritáseis: ¡Alerta! ¡alerta! con todas las fuerzas de vuestro pulmon. ¡Traidores! ¡asesinos! ¡Se condena tal vez aquella alma pecadora, y tanto como sus culpas le abre el infierno vuestro silencio criminal! ¡Responderéis de ella en la presencia de Dios, como si vosotros mismos la hubiéseis hundido con vuestras propias manos en los profundos abismos! ¡La sangre de Abel clamaba desde la tierra venganza contra el fratricida Cain; el alma de vuestro prójimo la pedirá contra vosotros desde los horrores de su desventura. ¡Traidores á los santos deberes dè la sangre ó de la amistad! ¡Asesinos de aquella alma á la cual arrebatais tal vez la eterna bienaventuranza! Terrible será vuestra responsabilidad en la presencia de Dios.

LVI.

LA LIBRERÍA DE MI AMIGO.



E acaba de casar mi amigo Eusebio y ha puesto casa con todos los requisitos que exigen la moda de hoy y la buena sociedad á que pertenecen los novios. Convidóme hace dos dias á que se la fuése á ver, y accediendo á sus deseos, hijos de antigua y leal y probada amistad, me decidí á pasar allá y á permanecer una tarde en su compañía. Una á una me fué mostrando Eusebio las mil y una zarandajas que constituyen hoy el complicado tren de una casa montada *à la dernier:* los espléndidos tapices y cortinajes, las mullidas y matizadas alfombras, los divanes y sofás, los candelabros y relojes de sobremesa, las camas soberbiamente aderezadas, los pupitres y maqueada sillería, las cónsolas y espejos, y por final y epílogo la joyería preciosísima con que el galante esposo se ha creido en el caso de tener que enjaezar á la buenísima de su mujer.

—Poco caso harás tú, me dijo Eusebio, de todas esas frivolidades y niñerías; pero, amigo, el mundo es mundo y no las podemos excusar los que nos vemos en la necesidad de alternar con él.

—Cierto, repuse yo con equívoca sonrisa de quien no dice sí ni dice nó á esta frase, á la cual se podian bien poner notas y apéndices.

—Pero ¡vaya! tambien es recia cosa, interrumpió con fino gracejo Anita, la jóven desposada. Precisamente, Eusebio, no le has mostrado aún á este señor lo que sin duda miraria él con alguna mayor aficion que nuestros dijes y colgajos.

—Pues, ¡no me ocurre! replicó Eusebio.

—Tu librería, hombre, tu librería, repuso ella sonriendo; porque ha de saber, señor mio, que Eusebio, aunque no sea muchacho de letras, les tiene á los buenos libros un cariño

capaz hasta de darle mal rato á su propia mujer, si por desdicha fuese de condicion algo celosa.

—¡Verdad! contestó Eusebio. He adquirido una porcion de libros y los considero como los mejores amigos y los más gratos recuerdos de mi juventud. Dedico á leer los más de mis ocios, que no son muchos, y entiendo que la soledad acompañada de un buen autor es uno de los más gratos placeres del espíritu, superior sin comparacion al de otras más ruidosas diversiones. Los libros, hé aquí lo que constituye lo que llamo yo mi selecta sociedad. Pero ¿qué diantres? entremos ahí en el gabinete un momento y tú mismo te enterarás.

—¡Qué me place! exclamé; y al extremo de un largirucho corredor me abrió mi amigo la consabida pieza suya de estudio en que estaba la librería.

Entrámos, y no pudo menos de sorprenderme con grata impresion el copioso caudal de libros que bellamente encuadernados y en pulida estantería de caoba tenia allí coleccionados el muchacho.

—¡Vaya, Eusebio, le dije, que eso tiene honores de verdadera biblioteca! Como sea tan aventajada la calidad como es importante la cantidad, sepas que tienes ahí un tesoro que te envidio de veras.

—¡Calidad! Tú dirás, amigo mio, me dijo Eusebio; al fin eres juez más competente que yo. Por mi parte sólo te diré que he procurado reunir aquí cuanto con más visos de imparcialidad han venido anunciando estos últimos años nuestros diarios.—

Frunci con cierta significativa expresion el entrecejo, porque mientras Eusebio con la mayor buena fe me decia estas últimas palabras, me habia convencido ya con una ojeada de que no era muy de confianza gran parte de aquella curiosa coleccion de que se mostraba el pobre tan satisfecho.

—Con franqueza, Eusebio, debo decirte que has gastado aquí un cuantioso dineral, bien que no, tal vez, con el acierto que pudieras, á haberte fiado menos de toda clase de prospectos y periódicos.

—Comprendo, repúsome él con ingenuidad; á tus aficiones y costumbres severas cuadran más bien obras de cierta

gravedad, que aquí, es cierto, no abundan. A bien que, hazte cargo de que no es esta librería de clérigo, como la tuya debe de ser por precision.

—Es verdad, Eusebio, y por esto no se me hizo extraño no ver en ella *Breviarios*, ni *Sumas teológicas*, ni *Tratados de predicacion*: pero es tambien indudable que ya que no librería de clérigo, debe ser por lo menos librería de cristiano.

—¡Cáspita! ¡Es que no pasaría por menos!

—Pues tu librería, Eusebio, por desgracia no lo es.

—¡Vaya! Escrupuloso me pareces en demasía, y en el siglo que nos ha cabido en suerte no es posible, amigo mio, tanto rigor. Obras infames de esas á las que todo hombre honrado cierra con asco la puerta de su hogar no las encontrarás en esos estantes. Te lo aseguro, y ya sabes que soy católico de corazon como fueron mis padres y como, mediante Dios, han de ser mis hijos.

—Es cierto, Eusebio, y sería injusticia manifiesta poner en duda la sinceridad de tu profesion de fe. Pero la anarquía intelectual presente, de tal suerte ha hecho perder á todos la brújula de navegar, que no es raro encontrarse á cada paso con católicos firmes, firmísimos como tú en su conviccion, y no obstante lamentablemente desorientados y extraviados en estas materias. Tú eres de eso ejemplo viviente, amigo mio. Católico eres y te horroriza la idea de que otra cosa pueda decirse de tí. Y no obstante... tu librería... ¿quieres que te lo diga con la franqueza á que me da derecho la amistad?

—¡Hombre! ¡pues no faltaba más!

—Gracias, Eusebio: pues bien, te lo diré sin rodeos ni garambainas. Católico eres como el más fervoroso, pero tu librería es la de un libre-pensador.

—¡Caracoles!

—Ni más ni menos. Como suena. Y si me lo consientes, con un rápido escrutinio de tus libros te lo voy á dejar demostrado.

—Sea. A la buena de Dios.—

Abrí de par en par las vidrieras que cerraban la lujosa librería de Eusebio, y echando mano al primer tomazo en fólio que lucia en los estantes bajos su dorada encuadernacion, topé con los números coleccionados de una famosa *Ilustra-*

cion. Los dos soberbios grabados que me salieron al abrirla eran el uno copia de un cuadro famoso en que la desnudez de las figuras llegaba al último grado de obscenidad, y el otro la reproduccion del lienzo inmortal en que pintó Murillo su sublime *Concepcion*.

—Ahí tienes, díjele sin vacilar, el primer ejemplo de lo que te estaba diciendo. Esta *Ilustracion*, así en lo artístico como en lo literario y doctrinal, es puramente racionalista. Con igual desenfado pondrá ante tus ojos las inmundicias de la mitología pagana ó del realismo contemporáneo, que los grandes asuntos de la historia y de la Religion. Muchas de sus páginas ilustradas son verdaderas infamias que mañana te horrorizará ver en manos de tus hijos, si te los concede Dios. El texto es en muchos números debido á plumas franca y paladinamente anticristianas. Ahí tienes la firma de C. al pié de un artículo crítico: este otro filosófico lleva la de S., ambos maestros en blasfemias, más que en crítica y filosofía.—

Dejé el tomo en su lugar y eché mano á otro de menores dimensiones que figuraba en la segunda fila.

—Novelas de R... ¡Válgate Dios! exclamé sacudiéndole la ligera capa de polvo á obra tan de moda hoy dia. Los tipos más asquerosos del mercado lujurioso de París; la sátira constante del matrimonio y de la autoridad de los padres; la emancipacion de los hijos y de la mujer predicada como aceptable sistema; el escepticismo pregonado y ponderado como única filosofía; la tísis de la prostituta, idealizada; pasiones viles dramatizadas; en ridículo el pudor conyugal, y por fin el suicidio enaltecido y realzado con todos los colores del heroismo... Por tu vida, Eusebio, que no se me antojan lecciones prácticas de moralidad para la formacion de un buen ciudadano, ni de un buen esposo, ni de un buen padre, ni de unos buenos hijos, ni de medianos católicos las que se encierran en los presentes librotes.

Mas, prosigamos. Estas que figuran ahí como *Historias* y que quieren serlo, *de los Papas* una, *de la Inquisicion* otra, *de los Conventos* la de más allá, son pura y simplemente falsificaciones que tienen tanto de historia como yo de militar y tú de capuchino. No aprenderás historia en ellas sino odio

contra la Religion. Forman parte de eso que con tanto acierto ha llamado un autor moderno «conspiracion permanente contra la verdad.» Las publica la francmasonería, las enaltece ella y las propaga por medio de sus órganos en la prensa. Es ella ¿no lo sabias? quien las introduce chiticallando en las casas de los católicos incautos como tú.

Este *Manual de ciencias físicas* rebosa materialismo por todos sus poros. En él aprenderán tus hijos que su padre y su madre son descendientes en línea recta del mono ó del orangutan. Ya ves si te conviene, Eusebio, el que te tracen un dia tus descendientes tan honrosa genealogía.

¡Cáspita con las *Poesías de P...* que me encuentro ahí en un rincon, al lado de la *Imitacion de Cristo* por más señas! Son venenosas, amigo mio, y vierte cada verso de ellas azucarado corrosivo, al que es imposible resista con su frecuente lectura el más sano corazon. En ellas se aprende á dudar de Dios, á maldecir la vida, á despreciar á la mujer, á revolcarse en los charcos del sensualismo más infame.

Aquel grueso volúmen en cuyo dorso leo *Discursos de N...*, es un buen centon ó catecismo de doctrina liberal, que, como sabes, está condenada formalmente por la Iglesia y constituye, en cierto modo, la herejía del presente siglo.

No sé qué te diga de este *Diccionario enciclopédico* que llena toda la fila del estante superior, sino que es campo ecléctico donde crecen confundidos en variedad monstruosa el trigo y la zizaña; es abigarrado conjunto de verdades y mentiras en revuelta confusion. Lo bueno que hay en él no neutraliza lo mucho malo, antes bien tiene el gravísimo inconveniente de servirle como de recomendacion para los lectores desprevenidos. Mucho de lo malo que circula hoy entre nosotros en libros y periódicos lo hace muy á su salvo por medio de tal pasaporte.

Al llegar aquí interrumpióme el buen Esebio, diciéndome muy sério y formal:

—Vamos claros, amigo mio; ¿con qué por lo visto será cosa de que no pueda tener librería un hombre como yo?

—¿Que si puedes tener libros? Yo me empeñaría en probarte, si para eso estuviese hoy más de vagar, que no sólo puedes, sino que debes en conciencia de buen católico que

eres y de buen padre de familia que deseas ser. Sólo que escucha una rareza, pero muy rara, muy rara, que precisamente debe de serlo mucho cuando á la mayor parte de las gentes del dia se les hace tan nueva. Óyela y no te asombres. La librería de un católico debe ser católica. ¿Con qué derecho te llamas hombre de religion, si en eso no se te conoce?

—Es que hay que estar al corriente de la literatura, de las ciencias, del movimiento industrial...

—Comprendo, pero esta mala razon no la sueltes, Eusebio, delante de persona medianamente ilustrada, porque... no te haria favor. Hay en el mundo literatura católica, historia católica, ciencias naturales católicas, filosofía católica, periodismo católico. Lo desconocen sólo los ignorantes. Nada tenemos que envidiar á la ciencia y literatura racionalistas, sino la boga infernal que obtienen, gracias en parte á la complicidad de muchos buenos como tú, que en eso se suman con los malvados. ¿He dicho algo, Eusebio?

—Grandísima verdad.

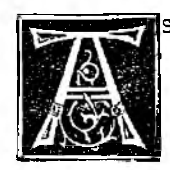
—Óyela, pues, entera para concluir. ¿Has visto jamás en la casa de un impío libros de religion? No, por cierto. Odio les tiene él como á veneno, y á escondidas han de leerlos hasta su mujer y sus hijas si por fortuna no participan de su impiedad. Seamos, pues, amigo mio, intolerantes con el error como lo son los impíos con la verdad. Aprendamos siquiera eso de nuestros enemigos.—

¡Ay! á cuántos católicos como Eusebio les convendria una visita así y un regular escrutinio en su librería!

LVII.

CORAZONES PARTIDOS.

Corazones partidos
yo no los quiero,
que cuando doy el mio,
lo doy entero.



si dice una de las más famosas coplas de nuestra tierra, y cierto no hay alma de veras española que no simpatice con ella y no abunde en su hidalgo parecer. No son vicios frecuentes en nuestra raza la ruindad y la tacañería. Amamos ó aborrecemos, pero á toda vela y sin mezquinos regateos. En ningun otro pueblo del mundo son cosa más ordinaria y comun el desprendimiento hasta la prodigalidad, y el sacrificio hasta la abnegacion. Tiene razon la desenfadada coplilla.

Por lo mismo se concibe menos aquí que en otras partes un defecto muy frecuente en otros países, y que con mengua de nuestro bizarro carácter español va tomando tambien entre nosotros cédula de vecindad. Es el de que se tenga partidito, muy bien partidito el corazon entre Dios y sus enemigos: es el de que á toda costa y por medio de sutilísimas composiciones y transacciones se evite romper abiertamente con ninguno de los dos rivales, esforzándose al revés para tener de un modo ó de otro contentos á ambos: es el de buscar á todo trance una postura cómoda, un modo especial de manejarse y brujulear, y de navegar como entre dos aguas, con el cual el más cristiano pueda á ratos parecer tambien mundano, y á su vez el mundano figurar algo tambien, si es preciso, entre los buenos cristianos. El siglo es agitado y revuelto, y se le ve caminar decididamente á un deslinde final, pero entre tanto, mientras esto no se acaba de verificar, mientras andamos barajados en tropel y confusion los cató-

licos por ejemplo y los revolucionarios, los amigos de la Iglesia en todo y los amigos de ella solamente en aquello que acomoda, hay una porcion de individuos, ó no bastante decididos para arrostrar el *que dirán*, ó demasiadamente hábiles para querer explotar las ventajas de los dos campos sin experimentar disgustos en ninguno. Y los tales hanse forjado allá para su uso y regalo una religion de conveniencia, con la cual restringiendo un poco de acá y ensanchando otro poco de allá, procuran salir lo mejor que pueden de ese barullo presente, como mejor, no Dios, sino el diablo les dé á entender.

Procuran no ser tan católicos que se les pueda llamar neos ó ultramontanos; pero ni serlo tan poco, tan poco, que se les pueda tildar de impíos.

Creen lo que el Papa enseña, ó á lo menos no lo niegan abiertamente; pero admiten y excusan cosas mil que el Papa condena y que los enemigos del Papa aplauden á rabiar.

Un periódico equilibrista, benévolo y componedor, que les dé Santo del dia y Cuarenta Horas, y luego cuadros al vivo y can-can todo en una página; que con la misma minuciosidad les dé cuenta de las porquerías del Carnaval que de las funciones de desagravios que á Dios se hacen por esas mismas porquerías; que lo mismo inserte la apostólica pastoral del Obispo que el insidioso reclamo del club ó del comité librecultista; que igualmente prodigue flores é incienso al Papa solitario y aprisionado en el Vaticano, que á sus opresores y carceleros triunfando y regodeándose, como en casa propia, en el usurpado Quirinal; que en idéntica columna anuncie la obra sana y ortodoxa que puede leer todo fiel cristiano, que la inmoral ó herética que ningun fiel cristiano, sin especial licencia, puede leer; un periódico así es su delicia y su consuelo, es su oráculo infalible, es su Biblia, es el supremo bellísimo ideal de lo que á su entender debe ser hoy el Catolicismo, blando, condescendiente, conciliador, no terco, inquisitorial é intransigente como el que predican allá los neos para sus fines particulares.

Sus ideas son, pues, como su periódico: cuando son blancas tiran siempre algo á negras; cuando son negras tiran siempre algo á blancas. O más bien ofrecen continuamente

los cambiantes y las indecisas medias tintas del tornasol. Este, sabido es que parece de un color ó de otro segun como le da la luz ó conforme la distinta posicion del que lo mira.

Y si así son sus ideas, excusado es decir lo que ha de ser su conducta.

La familia es cristiana y romperá lanzas con quien pública ó privadamente ponga en duda su cristiandad. Pero los libros de la librería son la mitad de ellos reprobados por la Iglesia, y los cuadros del salon y las estatuas del jardin inmundas desnudeces del paganismo.

Se va á misa los dias de guardar y tal vez tambien algunos de los no mandados. Pero se va al teatro cada noche, aunque la funcion sea procaz y desenvuelta, como la mayor parte de las que se usan hoy dia; aunque cada verso del drama ó cada personaje de él sean un insulto ó una befa á la Iglesia de Dios.

Como se tiene en el guardaropa traje serio y grave para actos religiosos, y se tiene traje más ligero y regocijado para bailes y comedias, así se tienen al parecer dos almas ó dos conciencias, para calzarse una ú otra segun el caso. Así se practican alternativamente dos clases de moral ó se usan dos clases de lenguaje y de acciones.

¡Si las hubiéseis visto esta mañana á la fulanita y á su mamá en la solemne Comunion general! Baja y compungida la faz, caido sobre la frente el modesto velo, negro y sencillo el vestido, cruzadas ante el pecho ambas manos, y apretado sobre él el libro ó el rosario, lento y acompasado el andar, recogida la actitud, eran la viva imágen del austero pudor femenil y de la modestia cristiana. Sus labios se entreabrian de vez en cuando sólo para dar salida á la ardiente jaculatoria, centella desprendida del encendido volcan de aquellas almas fervorosas; si se alzaban sus ojos era sólo para fijarse como extáticos en la devotísima imágen del Salvador y de su Madre Inmaculada. ¡Dichosas madre é hija en quienes se admira tan raro conjunto de piedad y de sólidas virtudes!

Pero ¡quiá! Curioso y entrometido como soy, me asomo por la noche á la cortina del salon en que se da lucido sarao,

y no acabo de volver de mi estupor. ¡Por vida de las once mil! Son la mamá y su hija las reinas de la alegre fiesta: son las mismas, mismísimas, que en el templo me han conmovido esta mañana con su mística compostura. Vacilo y me fijo en el caso con más atencion; pero no, no puedo dudar. Ella, la jovencita con traje libre y espaldas más que medianamente desnudas, desenvuelta, chispeante, locuaz, entre flores y gasas, en brazos de galanes que se disputan de ella los favores de un wals ó de una tanda de rigodones. La otra, la respetable mamá, majestuosamente sentada, hueca y ya casi mareada con los parabienes mil que recibe por los triunfos de su pimpollo gentil. Al rededor de ambas una atmósfera de voluptuosidad y sensualismo que cala hasta los huesos y las entrañas, pinturas que no se pueden mirar sin rubor, música que llega al alma, ora tiernamente apasionada, ora febril y embriagadora; dichos *alegres* que se llaman así por no llamarse impúdicos, ojos que se buscan, manos que se encuentran, talles que se estrechan, rostros que casi se juntan... ¡Oh! ¡oh! ¡Basta! ¡basta! ¡Pero qué! si escandaliza la pintura, ¿cuánto más escandalosa no ha de ser la realidad? Y sin embargo, ved. Todos los allí reunidos son católicos, los dueños de la casa más que nadie: ¿cómo no, si se celebra tal vez dicho profanísimo bailoteo en celebridad del Santo de la señora, ó quizá ¡oh compasivos corazones! para una obra de caridad? Todos son católicos, miradlo bien; la señora de allá lejos pertenece á la conferencia de san Vicente de Paul, ¡y les da tan buenos consejos de modestia y de sencillez á los pobres que visita! La del otro lado comulga cada semana y pertenece por lo menos á media docena de cofradías ó cosa así.

Y por este estilo vayan Vds. siguiéndoles los pasos á una gran porcion de católicos y católicas del siglo actual, y hallarán rarezas tan extrañas y fenomenales, que el mismo diablo su autor dudo las llegue á entender.

Vaya, pués, señores y señoras de mi alma, sepamos al fin á quien se engaña ó de quien se hace burla aquí! Servir á dos señores se dijo ya de antiguo que no podia ser, á pesar de lo cual se empeña vuestra habilidad en sacar en este punto mentiroso al Evangelio. Os convenceis fácilmente de que

entre la ley de él y vuestro gusto todo se puede tan sencillamente arreglar y transigir. Está bien, pero lo dificilillo es que logreis del mismo modo convencer á Dios. Del diablo sois todos enteros áun cuando sólo en parte querais ser de este maldito dueño; no sois de Dios en todo ni en parte cuando de Él no quereis ser absolutamente y en todo. Nada tienen de comun Dios y el diablo, para que os empeñeis en hacerles formar una como sociedad ó alianza para la explotacion por igual de vuestra alma. Cuando á los dos quereis contentar con vuestros al parecer equitativos repartos, no haceis más que provocarle á Dios á asco y desden y hacerle soltar al diablo la carcajada por veros ya entre sus redes. Mejor os fuera tal vez en ocasiones ser criminales del todo, que pretender ser así criminales á medias. Entonces os llamaria recio quizá el remordimiento, gran despertador de conciencias culpables: hoy ni este recurso le queda quizá á la vuestra, con tales engaños adormecida ó aletargada.

¡ Católicos, amigos del catolicismo á ratos, y á ratos amigos de sus enemigos! Dios no admite con sus servidores esos contratos de aparcería ó esas trabas de rey constitucional. Rey es, no mercader ó negociante que se contente con un tanto por ciento. Reinar quiere sobre todo con verdadera y absoluta soberanía, única digna de Dios. Es absurda, pues, vuestra actitud, por bien discurrida que parezca á vuestra personal conveniencia.

Pero más aún que absurda es vil. Soldados sois y habeis jurado una bandera, á ella debeis toda vuestra actividad, todas vuestras fuerzas, toda vuestra salud, toda vuestra sangre, toda vuestra vida. Desleales sois por el mero hecho de no dar todo eso por ella. Ahora bien. ¡Qué nombre merecerá el que áun todo eso pongais de vez en cuando al servicio de la bandera contraria! ¡ Qué nombre merecerá sino el de villana traicion! Anda todo el mundo en armas contra Dios y contra su Cristo, ¿y á vosotros, soldados de Dios y de su Cristo, os place formar cuando bien os parezca en fila con los de su enemigo? Mirad que vuestro nombre de católicos en este caso no os recomienda, sino que os condena. Al desertor nada le compromete tanto como su propio uniforme. ¡Desertores de la causa de Dios! El sello del Bautismo que traeis indeleble-

mente impreso en el alma y que ni en el infierno se os borrará, ese será el sello de vuestra condenacion.

Trabajais además inútilmente aun para los fines que pretendeis en este mundo. Quereis vivir con un pié en cada campo y no echais de ver que esa es posicion incómoda y por demás embarazosa, sin contar con lo que tiene de poco sólida y nada consistente. No se está firme si no se está sobre una misma base con ambos piés. Lo contrario son equilibrios de volatin, que un momento duran y sorprenden, pero que constantemente no se pueden sostener. Católicos quereis ser por ejemplo, y liberales. A nadie engañais ya por fortuna. Los verdaderos católicos no os tienen más que por falsos católicos, y los revolucionarios tampoco os creen verdaderos amigos suyos. Por cristianos quereis pasar y por mundanos. ¡Tontería! Ante los verdaderos cristianos no seréis tenidos por cristianos de veras, ni ante los mundanos seréis otra cosa más que inconsecuentes *beatos*.

Católicos pazguatos y acomodaticios por temor ó debilidad, ¿no veis acaso como les estais haciendo con eso á los enemigos vuestros y de vuestro Dios el mejor servicio que acertaran ellos á pediros? Figurais en cien ocasiones como verdaderos soldados del mal, y autorizais que se os sume con ellos porque con ellos os agrupais. ¿Qué haceis con esto sino hacerle orgulloso con su grueso número al ejército de Satanás, al paso que infundís entre los buenos el desaliento por los claros y vacíos que dejais en nuestras filas? ¡Cobardes! ¡Miserables! ¿Con quiénes quereis que os sume el terrible Juez en el dia aquel del general ajuste de cuentas? ¿Con quiénes, decid, con ellos ó con nosotros? Empezad á examinar con quienes apareceis más frecuentemente sumados en vida, y temed que por vuestra desventura y justo castigo no aparezcais así sumados en la eternidad.

LVIII.

¡QUÉ IGLESIAS Y CONVENTOS! ESCUELAS Y TALLERES NECESITAMOS.


s verdad, y el mundo ha sido un necio y un mentecato en no reconocerlo hasta aquí. Muchas escuelas y nada más, para que el hombre-mono salga muy ilustrado. Muchos talleres y nada más, para que trabaje sin cesar la bestia humana y gane mucho, mucho dinero, y goce mucho, muchísimo, hasta que la echen á pudrirse como burro muerto en un cañaveral. ¡Magnífico! La fórmula es completa, y no se necesita más que aplicarla para que sea el mundo feliz. Que el hombre sea honrado ó inmoral, es cosa de poco más ó menos; que lleve reprimidas sus pasiones ó las deje retozar y encabritarse por esos prados á rienda suelta, es asunto de menor cuantía; que sea creyente ó ateo, que guarde ó no guarde otros mandamientos que los que le dicte su soberana voluntad, ¿qué importa eso? ¡Bah! Teniendo muchas letras, aunque sólo sea para disparatar muchísimo, ya tienen el entendimiento y el corazon cuanto han menester. Como no paren las máquinas y no dejen de humear las chimeneas, ya no hay que pedirle otras lindezas á la civilizacion.

¡Oh sabios! ¡oh ilustrados! ¡oh siglo décimonono! ¡Hay cosas mil que no las enseña la escuela, por sábia que sea; hay necesidades mil que no las satisface la industria, por muchos que sean sus adelantos! O más bien dicho. Además de las escuelas de leer y de escribir y de contar, es necesaria otra escuela superior que enseñe á bien creer y á bien obrar. Y esta es la iglesia, y no hay otra. Y además de los talleres en que se trabaja para ganar dinero y mantener y cubrir el cuerpo, son necesarios otros talleres en que se fabriquen virtudes para ennoblecer el alma, y sostenerle la vida al mismo cuerpo social. Y los principales de estos talleres son los conventos.

Son, pues, necesarios los templos y los conventos, tan necesarios por lo menos como las escuelas y los talleres, y no digo más, amigos mios, y tengamos la fiesta en paz.

No aborrece el Catolicismo las escuelas ni los talleres, sino que los ama y los bendice y los protege y los fomenta. Lo primero que establecen nuestros misioneros donde quiera que plantan su cruz de palo, es un altar: pero lo segundo es siempre una escuela, y tras la escuela inmediatamente una granja ó taller. Leed nuestras revistas de *Misiones* (tal vez no las conoceis ni por el forro, á pesar de lo muy leidos y escribidos que sois), y os podréis convencer de esta verdad. La divisa del predicador de la fe es, además del crucifijo, el libro, tras el libro y el crucifijo, el azadon ó la lanzadera. Antes que en Europa se conociesen ni de nombre las ideas económicas que á tantos traen hoy ufanos y desvanecidos, las sabia ya mejor y las aplicaba en más recto sentido la Iglesia en todas partes donde logró hacer sentir su valioso influjo. Y hoy mismo la mayor parte de las congregaciones religiosas fundadas por ella en los tiempos modernos, se dedican á la enseñanza, y la mayor parte de los institutos benéficos que ella inspira tienen por objeto la proteccion y alivio de los hijos del taller. Sólo, pues, los necios ó los malvados pueden acusar al Catolicismo de ser enemigo de la escuela y del taller. Sólo los necios ó los malvados. Nadie más.

Pero la Iglesia, pensando sábiamente, enseña que ni las escuelas ni los talleres bastan ellos solos para hacer felices á los pueblos, por la sencilla razon de que no bastan para hacerlos honrados y cristianos. No, no bastan.

No basta en primer lugar la escuela. La escuela, amigo mio, hará que tu niño sepa muy bien leer y escribir, pero si este leer y este escribir los emplea tu hijo para la corrupcion propia y de los demás, tu hijo será doblemente perverso. La instruccion es buena como es buena una espada en manos de un generoso y leal soldado, pero es mala como es malo un puñal en manos de un asesino ó de un bravucon. Más claro. No basta que le pongas en las manos á tu niño esta tajante espada de la instruccion; es preciso que le enseñes cómo y en qué sentido ha de valerse de ella. Si le ha de servir la lectura para que lea no más que impiedades y por-

querías, ó si le ha de servir la pluma sólo para que las escriba y propague, mil veces más le valiera á él, á su familia y á la sociedad, que el tal niño no supiera nunca leer ni escribir. Dejemos, pues, de ponderar insensatamente las ventajas absolutas de la instruccion por sí sola: dejemos este tema á los apóstoles de la enseñanza laica y obligatoria, que ya saben ellos bien de dónde vienen y á dónde van con esta infernal bandera. ¡Viva la escuela! sí, pero al lado de la iglesia. ¡Viva la instruccion! sí, pero en compañía de la Religion. ¡Guerra á la ignorancia! sí, pero no para que en su lugar se asienten la corrupcion y la pillería, que son peores mil veces que la peor ignorancia. Siendo ignorante se puede ser todavía muy hombre de bien y muy buen ciudadano. Siendo falsamente ilustrado y perversamente instruido no se puede ser sino un bárbaro de la civilizacion. Los mónstruos de la *Commune* se ha hecho notar mil veces que eran todos hombres de carrera, y algunos hasta artistas muy distinguidos. La ignorancia es un mal, pero sólo es un mal relativo. La falsa ciencia en cambio es un mal absoluto, es el peor de todos los males. Haya, pues, muchas escuelas, sí, fundemos todas las que podamos; el catecismo señala entre las obras de misericordia la de enseñar al que no sabe, y los católicos no se duermen, gracias á Dios, por lo que toca á este ramo de propaganda. Pero lo primero es lo primero. Y lo primero no es el saber leer bien, sino el saber vivir bien, y las muchas letras no son las que han de hacer feliz al hombre y salvar su alma, sino las muchas buenas obras. Y si alguno por estas verdades, que son de sentido comun y de sana filosofía, me llama oscurantista y apagaluces é ignoranton, está muy bien y hónrome con estos apodos.

Tampoco basta el taller. Bueno es que un pueblo tenga numerosas fábricas y que éstas multipliquen sin cesar sus productos y derramen por todas partes la abundancia y es bienestar material. ¡Viva la industria! Mas tened cuidadol Bueno es tener hermosa capa que me abrigue y caliente. pero, segun como me envolvais con ella, puede que no m; sirva más que de estorbo para cosas más importantes; puee de que hasta con ella llegueis á ahogarme si tanto me envolveis. La industria, el movimiento comercial, los adelanto-

fabriles, buenos son, como es buena en invierno una buena capa; pero si con ella envolveis de tal suerte al pobre pueblo, que no vea más que eso, ni sepa más que eso, ni se interese más que por eso, no le calentais, no le abrigais, no haceis más que asfixiarle. Le impedís su indispensable respiracion, que es la del alma. ¡En cuántos centros industriales y comerciales se asfixia y languidece y finalmente muere el pobre pueblo en medio de su abundancia por no haberse tenido en cuenta esta verdad! Importa trabajar, pero no todas las horas, porque ha de haberlas para el descanso, para el alimento y para la familia. Importa trabajar, pero no todos los dias, porque ha de haberlos exclusivamente para el alma y para Dios. Por esto es necesario que con los edificios industriales alternen los edificios religiosos; que la chimenea no pretenda reinar sola, sino que admita en su compañía al simpático campanario; que tenga el cuerpo centros de vida fabril dónde ganar su pan, y que tenga el alma centros de vida religiosa dónde acordarse de Dios y ganar su cielo. Un pueblo todo conventos seria un gran monasterio, y no todos los hombres tienen ni conviene que tengan esa vocacion: pero un pueblo todo máquinas no más, no será al fin y al cabo otra cosa que un pueblo-máquina, y este ya se ve que no es gran ideal. No solamente no será pueblo de cristianos, sino que llegará á perder la condicion de pueblo de hombres libres, para pasar á ser rebaño de embrutecidos esclavos. Si, del mismo modo que la vida material necesita fábricas, la vida moral necesita conventos. Y la nacion que más tenga de unos y de otros en armonioso concierto esa será la más feliz, esa será la más civilizada.

¿Iglesias y conventos os alarman? Decid, amigos mios, decid por vida vuestra, ¿qué pueden temer de ellos la escuela y el taller? ¿Será menos ilustrado vuestro hijo si además del maestro que le enseña cada dia el alfabeto y las cuatro reglas de la aritmética, tiene otro que le enseña cada domingo los misterios de la fe y los mandamientos de la ley de Dios? ¿No es tambien una escuela cada iglesia, no es una cátedra cada púlpito? Se comprende que la encuentre de más, y áun que la aborrezca, el bullanguero del club que para sus fines desea alejados de la iglesia á los que quiere

seducir. Tambien desea el lobo ver apartada del pastor á la ovejuela infeliz en la que quiere hincar el diente. Pero tú, padre de familia; tú, amo sensato; tú, hombre de autoridad, tú, amigo mio, ¿qué interés puedes tener en que no vayan tus hijos ó tus subordinados á esa escuela de honradez, de moralidad y de respeto, que es la iglesia? ¿Qué te puede perjudicar que las haya á cada paso y que se llenen todos los domingos? ¿Qué perderá la paz de tu casa en que tú y tus hijos y tus criados oigais allí cada dia festivo la palabra de Dios? ¿Qué perderá en eso tu hacienda? ¡Insensato! Alejándote de ella, hablando con desprecio de ella, hostilizándola á ella, te has puesto al lado de tus peores enemigos. Ya te lo empieza á enseñar claramente una muy dura experiencia. ¡Basta con la escuela! has dicho tal vez, ¿para qué necesitamos tantas iglesias? Ya quedas servido, ya ves desierta ó quizá demolida la iglesia. Pero, mira bien. De la escuela inspirada por Satanás, en vez de serlo por el Cura, te va saliendo tu castigo. Esos que claman «guerra á la propiedad;» esos que escriben «ni Dios ni amo;» esos que vociferan «liquidacion social y reparto de bienes;» esos que te tienen en continua ansiedad y zozobra; esos mil y mil que como furiosa legion parece haber abortado el infierno sobre la tierra, no salieron, no, del infierno, ¡oh falso conservador! salieron de tus propias manos. Les dabas vida cuando decias necio é infatuado: «¡Qué iglesias y conventos! Escuelas y talleres necesitamos, y nada más.» Y cuando hacias gala de mortificar á tu pobre Cura-párroco; cuando con palabras y con obras ayudabas á la desamortizacion de sus bienes; cuando por tí y tus amigos eran lanzados los frailes de su convento y te apropiabas tú las mejores fincas de él, entonces sembrabas tú, tú mismo, las semillas de esa cosecha infernal que ahora te amedrenta y horroriza. Perdido anda el mundo, pero examina bien cómo y por dónde se perdió. Amenazador se presenta el socialismo, pero averigua quién fué el que puso los huevos para esa cria de víboras. Bambolean tu casa y tu fábrica, pero hazme el favor de decirme quién les ha minado sus cimientos y quién les ha quitado sus pilares y estribos. La Iglesia y el convento son los estribos principales de la casa y de la fábrica. Ahora bien. Vacilan la casa y la

fábrica, ¿qué es lo que aconseja el sentido comun? Restaurar ó reconstruir los estribos que antes la apoyaban. La ruina no está aún consumada; el edificio social, bien que cuarteado, permanece todavía en pié; por todos lados asoman nuevos enemigos que anuncian claro y sin rebozo el propósito de derribarlo y sepultarte á tí bajo sus ruinas: es la hora de ponerse en defensa, acude á ella si te quieres salvar. Iglesias y conventos faltan como diques para contener la nueva irrupcion, como muros para amparar la plaza amenazada, como robustos contrafuertes para sostener el edificio combatido.

Las iglesias y los conventos salvaron al mundo de la ruina cuando la civilizacion antigua espiró al empuje de los bárbaros del Norte; iglesias y conventos le salvarán hoy de esos bárbaros mil veces más feroces, que él mismo ha criado en su propio seno.

¡Cuán bien lo saben los enemigos del órden social! ¡Cuán acertada dirigen su puntería! Esto sólo debiera bastar para que todos los hombres que tienen algo que perder se hiciesen cautos y avisados. ¡Oh desdichados! Al echar en olvido los intereses del alma y del cielo, el demonio os ha cegado hasta el punto de que llegáseis á desconocer áun vuestro propio interés terrenal. Más que fusiles y cañones, más que policía y guardia civil os han de salvar el convento y la iglesia que habeis perseguido. La verdadera fuerza, tanto para el bien como para el mal, está más bien en los corazones que en los brazos. Corazones sin Dios y podridos de vicio, ¡qué grande ejército para el mal! Corazones honrados y cristianos, ¡qué poderosa salvaguardia para el bien! Estableced, pues, criaderos de buenos corazones si quereis dar fuerza al bien y ahogar con la abundancia de él la abundancia del mal. Estos son las iglesias y conventos.

¡Iglesias y conventos! Hé ahi lo primero que ataca la revolucion social. Señal que es lo que principalmente le estorba para la consumacion de sus horribles intentos.

LIX.

VAMOS ANDANDO.


É aquí una frase que repetimos frecuentemente y que deberia helarle la sangre en las venas de puro terror á una buena parte del género humano, si se parase algunos momentos á considerarla. A bien que maldito si hay quien en este pícaro mundo se pare á considerar cosa alguna, como no sea, por desgracia, de las que no importan un bledo, que estas demasiado cierto es que nos suelen merecer mucha consideracion.

—¿Qué tal, D. Antonio?

—Bien, D. Juan; vamos andando.—

Y tras este breve diálogo se quedan tan frescos y campechanos mis interlocutores como si nada tuviese la cosa de particular.

¡Vamos andando! Pues ¡cuidado si tiene meollo y sustancia la palabreja! ¡Cuidado si son pocas y de interés las preguntas á que da lugar!

¡Vamos andando!

¿Y á dónde?

¿Y á qué?

¿Y cómo?

¿Y hasta cuándo?

Mas ante todo: ¿es cierto que andamos?

Ciertísimo, y sino ¿á qué vendria el dicho tan usual y corriente á que nos referimos? Es el instinto natural quien nos lo pone en los labios; es el grito espontáneo que nos sale del corazon.

Y nos lo acredita la misma experiencia.

Andamos, y sin parar. Muchos de nosotros allá nos hemos dejado ya lejos muy lejos, los risueños panoramas de la niñez, y las encantadas florestas de la adolescencia, y los ver-

des prados de la lozana juventud. Mire cada cual en pos de sí, y diga luego con franqueza si lleva ó no regular trecho de camino recorrido. Luego es cierto, pese á quien pese, que esta vida es simplemente un viaje, y no de recreo, como al principio pudiera parecer.

Partimos cuando nacemos,
Andamos mientras vivimos,
Y allegamos
Al tiempo que fenecemos.

Y ¿á dónde se anda?

Por de contado se anda á morir, que eso lo vemos y lo palpamos todos los dias. Pero la muerte, que parece ser lo último, tiene en pos de sí muchas otras cosillas. Morir no es concluir; morir es empezar. El ignorante que por vez primera viese un tren de pasajeros meterse rápido en la negra abertura de un prolongado túnel, creería, en su inexperiencia, que se hundia todo aquello en las entrañas de la tierra para no parecer ya más. Sin embargo, el viajero que está en el secreto de la invencion déjase confiadamente devorar por aquella oscurísima boca. Sabe que el túnel tiene otra salida y que tras breves segundos de lobreguez brillarán ante sus ojos nuevos horizontes, iluminados por espléndido sol. La vida es el tren que á toda máquina nos lleva en este viaje. La muerte es el túnel en cuya pavorosa entrada, queramos ó no queramos, hemos de penetrar. La salida del túnel es la eternidad que á la otra parte nos aguarda, sonriente ó amenazadora, segun lo bien ó mal despachados que traiga sus negocios al llegar allá el viajero. Con que resulta cierto que no sólo vamos andando, sino que vamos andando hácia la eternidad.

¿Y á qué?

A sufrir minucioso registro del equipaje, pues no pasa en tal aduana un hilo de contrabando: á que se vise escrupulosamente toda nuestra documentacion por quien tiene para eso perenne é implacable tribunal: á que se ponga en claro y se saque á la luz del dia cuanto acá se ocultó entre enredos y trampantojos: á que temblantes y desnudos aguardemos allí todos los mortales nuestro merecido, sin que le val-

gan ni al rey su corona, ni al bravo su espada, ni al sabio su borla doctoral, ni á la dama su hermosura, ni al rico su millon. A eso vamos andando y á nada más.

¿Y cómo vamos andando?

En tren *express*, disparados, á gran velocidad; dejándonos atrás en nuestra rápida carrera cuanto un momento nos encantó los ojos ó cautivó el corazon; sin saber si está cerca ó lejos el abismo que ha de engullirnos, aunque con presentimiento cierto de que no puede tardar. Uno á uno van abandonándonos los amigos; uno á uno se nos escapan como de entre las manos los dias y los años; una á una se van desvaneciendo nuestras más queridas ilusiones, como en la veloz marcha del tren pasan fugaces por delante de la ventanilla del vagon árboles, hombres, casas y paisajes. La mano de Dios, que al nacer nos lanzó á tan rápida carrera, sigue empujándonos sin cesar, y no hay medio de que conceda aquí un momento de descanso. ¡Adelante! ¡adelante! grita á nuestras espaldas con imperiosa voz. Y no gritará ¡alto! más que una vez sola, pero ésta será para siempre.

¿Y hasta cuándo se ha de andar?

Hasta que se deje oir este ¡alto! aterrador. Y ni un instante menos, ni un instante más. Fuerza será entonces apearse, guste ó no guste la molestia. Con pena se apeará quien en su viaje no haya buscado más que la comodidad y el regalo de su importante persona. Con tranquilidad bajará al anden quien se haya acostumbrado á no mirarse más que como pasajero, indiferente á todo lo que no sea llegar á su debido destino.

Con que vamos andando ¿eh?

Sí, señor: y por cierto que el siglo presente, que con tanto afan busca y perfecciona los medios rápidos de viajar, no debiera olvidar, como por desgracia olvida, este viaje rapidísimo que vamos todos haciendo, mal que nos pese. Poco importa todo lo demás: que quien en eso acierta en todo acierta; quien eso equivoca pierde sin remedio la partida.

Vamos andando, pues, y cuide no descarrilar quien hasta aquí hubiere andado derecho, y procure volver luego al carril quien hasta el presente hubiere andado más ó menos descarrilado. Aún es tiempo hoy; puede que no lo sea mañana.

Y á la verdad, lance muy serio es este de que se trata, pues no hay, que sepamos, cosa más séria que el morir... como no sea la otra que á todos nos aguarda despues de la muerte.

Nos hemos familiarizado con la idea de la muerte por lo muy á menudo que la vemos en nuestros semejantes, y ya rara vez esta palabra nos causa profunda impresion. Y es desdicha para nosotros que así suceda, pues tal hábito y familiaridad nos privan del manantial de fecundísimas enseñanzas que en sí contiene tan elocuente espectáculo. Empero, si hemos podido por desgracia familiarizarnos con la idea y el espectáculo de la muerte, hasta el punto de que se nos haya hecho ella como la cosa más casera y usual, no así hemos logrado familiarizarnos con la experiencia propia de ella, por la sencilla razon de que cada uno de nosotros no muere más que una sola vez. Y así, si por desgracia nos parece cosa de poco más ó menos, el ver morir á nuestros semejantes, porque el hábito nos tiene ya embotada para eso la sensibilidad, no será igual el caso cuando se trate de que seamos nosotros los que pasemos realmente por trance tan apretado.

¡Muy posible es ¡ay! que entonces se le haga muy de nuevas el morir á quien en toda su vida ni un pensamiento dedicó á lance tan serio y que forzosamente en plazo no lejano le ha de acaecer! Por donde muy claro se ve que el grito constante de la Religion, ¡has de morir! ¡has de morir! por duro que se les haga oirlo á los díscolos ó disipados, es más que otra cosa un grito de entrañable amor. Es el grito de espanto que da la madre que de repente ve á su hijo oscilante al borde de un abismo al tenderle azorada la mano para evitar que caiga precipitado en él.

Veamos entre tanto cuán rápidamente corta cada dia la hoz de la muerte vidas y más vidas que no se creian menos seguras que la nuestra, y que tal vez, tal vez no andaban menos descuidadas. Ayer, por decirlo así, inaugurábamos año y mirábamos con cierto horror el número de víctimas conocidas que nos dejaba en saldo el año anterior. Y apenas ha dado un paso el tiempo, y ya otras y otras ha derribado á nuestra derecha y á nuestra izquierda. Crece y crece sin cesar el lúgubre catálogo, y no se puede hojear cada mañana

el periódico sin que tropiecen diariamente nuestros ojos con un nuevo despojo de la muerte, con una nueva ruina humana, de la cual en breve ni el recuerdo ha de quedar.

¿Y acaso nosotros ¡oh locura! hemos de ser eternos? ¿Y no será el mayor de los desvaríos pensar y hablar y obrar como si por divino rescripto se nos hubiese asegurado con todas las formalidades un privilegio de inmortalidad? ¿Y no es así como se piensa y se habla y se obra en este mundo, áun por muchos en todo lo demás acreditados de prudentes y previsores? ¿No justifica muy de sobra todo esto el aviso que nos da continuamente la Iglesia de Dios?

Sobre tal primera piedra quiere ella edificar en nosotros todo el edificio espiritual, cuyo glorioso remate y coronamiento han de ser las inefables alegrías del cielo. El pensamiento de la muerte por fundamento y punto de partida. El ideal sublime de la eterna resurreccion por norte y objetivo. Hé aquí, pues, un programa completo que estamos invitados á recorrer todos los cristianos.

Díme ahora, lector, aquí á solas, aquí donde no nos oye más que Dios: díme con la mano puesta sobre el corazon, ¿cómo vives y cómo andas tú? ¿Eres tambien tú de los que con un estúpido ¡vamos andando! contestan á todas las reflexiones y sueltan todas las dificultades? ¿Eres tambien tú de los que viven neciamente, como si nunca hubiesen de morir? Escucha, pues, la palabra de amigo que al oido te voy á decir; es secreto de confianza: no lo digas á nadie, pero aprovéchate de él por lo que te pudiere valer. Óyeme bien: tú tambien morirás. ¡Raro descubrimiento! me respondes soltando la carcajada. ¡Ah, infeliz! Raro, no, es verdad; pero olvidado y despreciado, sí. Pero por ese olvido y desprecio en que se tiene la muerte se va llenando de infelices condenados el abismo de la eternidad. Muchos menos fueran allá, si muchos menos se riesen de eso con tan desatentada risa como acabas tú de hacerlo. Rie, pues, rie como un loco ó como un tonto; ya verás en qué llantos páran tus risas, cuando te las venga á ahogar en la garganta la mano de la muerte.

Pero no, amigo mio; no, por tu vida; no, por tu alma; no, por tu salvacion! No te rias, no, que no deben ser asun-

to de broma esas tremendas verdades, sino de profunda y reflexiva meditacion. En vísperas de emprender un largo y arriesgado viaje, arregla todo hombre medianamente previsor sus negocios, y procura asegurarse en lo posible contra las más pequeñas contingencias. ¿Y tú para este viaje no quieres tomar providencia alguna?

Mira que de los escarmentados salen los avisados, dice el refran; pero aquí para mayor desdicha es imposible el escarmiento, como no sea en cabeza ajena. Sí, porque no se muere más que una vez. Si otra siquiera se pudiese repetir el ensayo, ¡ah! no lo erraría, no, uno solo de los que se estrellan en él. Pero ¡no hay remedio! Es necesario morir, y una vez sola, y ésta definitiva. No cabe despues de morir volverlo á probar, ni pedir al divino Acreedor próroga del plazo, ni ablandarle con protestas y promesas. Todo esto es posible hoy, será imposible mañana. En cuanto suene la primera campanada de la hora fatal, ¡ya es tarde! clamará una espantosa voz desde el seno de la eternidad. ¡Ya es tarde! ¡Ha pasado ya la hora del hombre! ¡Ha llegado por fin la hora de Dios!

Esa es tu hora, amigo mio, la presente, la que hoy tienes á tu disposicion. Aprovéchala, si no quieres eternamente llorar tu descuido. Aquella otra no es la hora tuya, es la hora de tu divino Juez. No confíes en ella, porque se la ha reservado Él únicamente para su justicia. Hoy, pues, hoy; sin demora, sin tardanza, sin aguardar mañana; hoy, hoy mismo, da una ojeada á tu alma, descubre su estado al confesor, y asegura de una vez tu suerte definitiva.

¡El pensamiento de la muerte! ¡Ah! ¡Feliz quien sólidamente edificare sobre tan maciza piedra angular! No serán defraudadas sus esperanzas de una resurreccion verdadera, acá para la gracia si en pecado anda y desea salir de él: allá para la gloria sin fin si tenaz y perseverante prosigue, mediante el divino favor, el buen camino emprendido.

LX.

LOS POCOS Y LOS MUCHOS.



IRÁ alguno que son pocos los que emplean su vida en las obras de la Religion y en el cultivo de su alma, en comparacion de los muchísimos, innumerables, que la dedican toda al regalo y conveniencia, al placer, al negocio ó á la ambicion, á lo que se llama, en una palabra, servicio del mundo en oposicion á lo que se entiende por servicio de Dios. Lo cual es innegable verdad, y no serémos nosotros quien trate de regateársela á nuestros contradictores.

Sí, amigos mios, sí; concedámoslo: son muchos más, muchísimos más los seguidores del mundo que los de la ley cristiana; muchos más los que atienden á los gustos y caprichos del hombre-bestia, que tal es el hombre por su cuerpo, que á las elevadas aspiraciones del hombre-ángel, que tal es por su espíritu; muchos más en consecuencia los que pueblan y animan los lugares de diversion, que los que frecuentan las iglesias y visitan la casa del pobre ó el hospital; muchos más los que comen carne en los dias prohibidos y se rien del ayuno cuaresmal, que los que fielmente se abstienen y guardan en todo esto la prescripcion canónica. Sí, tiene más amigos el diablo que Dios; más lectores el periódico malo ó ambiguo que el sano é intransigente; más aficionados el placer que la mortificacion; más devotos el pasatiempo y la broma que la meditacion y el recogimiento. Tan francos serémos en este particular, que vamos á compendiarlo todo en una frase atrevida y que sin duda se lo parecerá sobrado á muchos timoratos y asustadizos. Sí, puesta la cuestion hoy dia entre Nuestro Señor Jesucristo y Satanás en el terreno del sufragio universal, áun sin las tretas y amaños á que se presta tan fácilmente el procedimiento, perderia irremisiblemente el pleito Nuestro Señor Jesucristo. Por voto

de mayoría, si por las costumbres hemos de juzgar, sería sin remedio derogado el Evangelio y votada lisa y llanamente la descristianizacion del género humano. Cristo no tendria hoy mejor fortuna que en el memorable plebiscito de Jerusalen. Barrabás, aquel su antagonista vil, con ser homicida y ladron público, le llevaria de ventaja algunos milloncitos de votos en cualquiera nacion de la que aún hoy dia se llaman cristianas. Duro de confesar es esto, más por desgracia exactísimo.

Pero bien, ¿y qué? ¿Vino acaso Nuestro Señor al mundo aclamado por sufragio universal? Al predicar su divina ley, al imponerla como bajada del cielo, ¿cuidó poco ni mucho de que la aceptasen ó dejasen de aceptarla las mayorías de la tierra? ¿Basó su dogma divino en la farsa de la soberanía popular y de la voluntad de las masas, ó dijo, al revés, repetidas veces en son de absoluta é infalible autoridad: *Ego autem dico vobis?* ¿Qué significa, pues, el que sean los menos los fieles cristianos, sino que precisamente por esto mismo tienen garantía segurísima de que ellos son los que tienen razon?

Sí, porque contra lo que enseña el absurdo moderno de que el parecer de la mayoría es criterio de verdad, enseña más bien el Cristianismo, acorde con el buen sentido, que la razon está más comunmente de parte de las minorías. Y por lo que toca á nuestro caso, divinas sentencias abonan esta proposicion, á todas luces incontrovertible. *Muchos son los llamados y pocos los escogidos.* (Matth. XX, 16). *Entrad por la puerta estrecha, porque la puerta ancha y el camino espacioso son los que conducen á la perdicion, y son muchos los que entran por él. ¡Oh qué angosta es la puerta y cuán estrecha la senda que conduce á la vida eterna! ¡Y qué pocos son los que atinan con ella!* (Matth. VII, 13 y 14). Lo cual es clarísimo y contundente, y no admite atenuacion. Volvemos, pues, á insistir en lo mismo. ¿Somos pocos? ¿Sois muchísimos? Perfectamente bien. Esto prueba, dados los textos precedentes, que estamos nosotros en lo firme y que andais vosotros en lo falso. Y no cabe aquí otra argumentacion ni procede mejor consecuencia. Sí, amigos mios, los del grupo de los más: extraviados andais y descaminados. O mintió la supre-

ma Verdad, ó vais derechitos, derechitos al derrumbadero. Sí, amigos mios, los del grupo de los menos: buen rumbo es el vuestro, y por ahí es por donde se llega á buen fin. ¡Adelante y no desmayar!

La voz mansísima de la verdad apenas se deja oir en este mundo, ahogada, aturrullada por el atronador vocerío de la mentira, que parece tener, hoy sobre todo, el monopolio de la boga y de la publicidad. El gemido de la oracion suena eficaz y siempre escuchado en los cielos; pero acá abajo no se le oye, ni parece siquiera existir, entre los mil y mil ahullidos de blasfemia que levanta la impiedad á su rededor. El dinero que se emplea en el bien apenas se divisa, escondido entre las sombras de la modestia, cuando el que anda al servicio del mal hace gala de un absoluto predominio, y triunfa y gallea ostentando su poder en fastuosas empresas. La caridad verdadera, callandito y sin ruidos, hace su limosna espiritual y corporal, á hurto de aplausos y miradas que ofenden su delicado pudor; mientras la falsa, que ha inventado para su uso el siglo, asorda el mundo con la trompetería de sus fiestas, y baila y canta y rie y pasma á los bobos en el esplendor babilónico de sus filantrópicas bacanales. Bien está, bien está. Pero decidme. ¿Qué consecuencia se puede sacar de todo eso? Que somos nosotros los menos y que sois vosotros los más. No es gran cosa, que digamos, el descubrimiento. Mas vuelvo ahora á preguntar: ¿Quiénes estarán á la derecha en el divino tribunal y quiénes á la izquierda? ¿A quiénes se llamará al fin y á la postre benditos de Dios Padre, y á quiénes malditos con inexorable maldicion? ¿A los menos ó á los más? Por mi parte al bando de los menos me atengo, amigo lector, y con ellos quiero ser contado en aquella terrible division y definitivo recuento. Y para ser contado allá con los menos, no quiero en modo alguno ser contado acá con los más. En esto he de cifrar, no mi orgullo, que me lo prohibe Dios, sino mi dignidad de hombre racional y cristiano y mi seguridad de salvacion eterna. No me arredrará el insensato clamoreo de los que juzgan neciamente valer mucho, sólo porque muchos son; sabiendo que aquí, como en otras muchas cosas, andan en razon inversa el número y la calidad. Escrito en caracteres

de fuego leeré constantemente ante mis ojos este doble lema: aliento me será en mis desmayos, advertencia saludable en mis desconciertos y tropiezos. ¡Bien por los menos! ¡Ay de los más!

—Pero ¿cómo son tan pocos los salvados? ¿cómo son tantos, por desdicha, los perdidos? ¿No hay bastante con esto para que andemos con eterna zozobra en el corazon?—

Razon teneis, amigos mios, y por esto en el asunto de salvar el alma vale la pena de fijar algo la atencion. Es necesario asegurar bien la puntería si no se quiere errar el tiro por toda una eternidad. Cuéntase—y es leyenda popularizada por el drama y la novela modernos—que un antiguo tirano sujetó á un héroe al trance cruel de salvar su vida con la condicion de que atravesase desde larga distancia una manzana colocada sobre la cabeza de su propio hijo. Y añade la tradicion, que realmente Guillermo Tell salió bien de la durísima prueba á que se vieron sometidos de consuno su ternura de buen padre y su destreza de buen tirador, dando con la flecha en la mitad exacta de tan arriesgado blanco, sin que en lo más mínimo resultase herido el hijo de sus entrañas. Por mucha, empero, que fuese la habilidad del patriota suizo, por repetidos ensayos á que hubiese sujetado su arco y su puño para que no le hiciesen traicion en tan atrevida puntería, es lo cierto que al tomarla para lanzar el dardo debió de estremecérsele el corazon, temblarle la mano y anublársele los ojos de angustia y horror ante la contingencia posible de un desenlace fatal para sus más tiernos afectos.

—Pero ¿á qué, me dirá alguno, nos salís hoy en medio de vuestros ascetismos con tan romántica historia? ¿A qué mezclar ese tan manoseado episodio de novela con las reflexiones cristianas que corresponden á este lugar?—

Voy al caso, amigos mios, y os convenceréis muy luego de que no es tan ajena al nuestro la referida historia, leyenda, fábula, ó como quiera llamarla un crítico escrupuloso.

No se me puede quitar, en efecto, de la cabeza, que es cada uno de nosotros una especie de Guillermo Tell, y que cada uno de nosotros trae al nacer encomendada la realizacion de una hazaña no menos arriesgada que la del antiguo

montañés de los cantones helvéticos. Nacemos para morir. He dicho mal, y me apresuro á corregir la frase. Nacemos para bien morir. Nadie habrá que ponga en duda la verdad de esta afirmacion categórica. Este es todo el negocio del hombre, á esto se endereza toda la vida, á este blanco hay que estar dirigiendo constantemente la mira. Acertar en eso es acertar en todo; errar aquí es perderse con irremediable ruina.

Ahora bien. Para acertar en ese blanco no se le ha dado á cada uno más que un tiro. Noveles en el manejo del arma, ó maestros en él, sólo una vez se nos permite disparar. Si el tiro erramos esta sola vez, perdidos para siempre; si esta sola vez lo acertamos, para siempre salvados. El blanco á que hemos de dar está, no sobre la cabeza de nuestro propio hijo, como el que se le puso á Guillermo Tell, sino sobra nuestra propia alma. Una levísima desviacion del arma, un imperceptible error del pulso, una engañadora ilusion de los ojos, pueden hacer que hundamos esta nuestra prenda inmortal en los horrores de una condenacion sin fin. Jugamos en este albur algo más que la vida de acá; jugamos la salvacion eterna. Véase, pues, si es ó no cuestion de vida ó muerte la que entre manos traemos y la que por nosotros mismos, siempre con superior auxilio, nos vemos obligados á resolver.

El lado más terrible de la cuestion es, como acabo de decir, que el disparo no se puede hacer más que una sola vez. En cambio, el lado ventajoso de ella está en que puede emplear cada cual en tomar bien la puntería, para disparar con acierto, todo el tiempo que le plazca, dias, meses, años, la vida entera. No cuenta la leyenda de Tell si á éste se le dió largo plazo ó corto para tomar bien la suya; lo que sí puede presumirse es que poco ó mucho que se le concediese no se le pasaria desaprovechado al infeliz. De la misma suerte se nos anda diciendo á todas horas por la Religion, que tomemos muy bien la nuestra, y que nunca creamos excesiva toda diligencia para asegurar lo certero de ella, si no queremos errar miserablemente. Pero ¡oh gran Dios! ¡oh insensatez humana! La mayor parte de los hombres no sólo olvidan esta regla fundamental de todo el arte de tirar al blanco,

que consiste en apuntar con precision; sino que con un género de sin igual locura cree que es posible acertar sin tomarse siquiera la pena de apuntar poco ni mucho, y que tirando al aire, al azar, dé donde diere, tambien hay seguridad de no errar el tiro, por más que otra cosa digan los que parecen no tener en este mundo otro empeño que el de hacer pasar la vida del prójimo en continuas alarmas y sobresaltos.

No seas de éstos, amigo lector, ¡por tu alma! no seas de éstos si no quieres quedar en tu última última hora terriblemente escarmentado. Todo el secreto de dar en el blanco está en tener bien tomada la puntería. Tómala desde hoy para ese trance delicadísimo del morir, que si, áun mirándolo mucho, es posible errarlo, ¿qué tal ha de sucederle á quien se jacta de no poner en eso diligencia alguna? Apunta á bien morir, y déjate de bromas que se te pueden volver muy pesadas.

¿A qué apuntas hoy dia, ó más claro y sin alegorías, á qué diriges tu pensar, hablar y obrar en esta vida, plazo brevísimo de preparacion para la eternidad definitiva? ¿A un glorioso renombre de sabio? Nobilísima ambicion si te conduce á la única ciencia positiva, que es la de saber morir en regla. ¿A la adquisicion de una brillante fortuna? Buenas son las riquezas si con ellas se consigue comprar la felicidad de aquella hora postrera. ¿A ocupar en el mundo un puesto elevado? No me opongo, con tal que lo hagas servir de escalon para el más elevado de todos, que es el del cielo, y no te sirva al revés de roca Tarpeya para precipitarte de más alto á los abismos de la condenacion. Bueno es todo eso, excelente, como no te haga desviar la puntería del blanco aquel á que debes traerla constantemente dirigida y á que debes procurar te ayude todo cuanto pienses, hables y obres en este mundo.

Que si en aquel momento supremo das en el blanco de bien morir, tuyos son la victoria de esta vida y el galardon de la eternidad. Pero como un poco, muy poco, lo yerres, ¿qué remedio le quedará ¡oh infeliz! á tu irreparable desdicha?

LXI.

GANAR PARA LA VEJEZ.

Este suele ser el supremo afan de los hombres en el ejercicio de sus artes é industrias; á eso enderezan todos sus cálculos; en eso dan por bien empleados todos sus anhelos y fatigas. No es precisamente el proporcionarse el goce de hoy lo que les trae de continuo atareados; lo de mañana es lo que más les preocupa. Con la idea de labrarse lo que se llama un porvenir, se hacen muy llevaderos los cansancios de la vida, y ténense por pasables las privaciones más enojosas. Tan natural le es al hombre este espíritu de prevision, que tiende á asegurarle contra las contingencias de un futuro incierto, que ya en la más tierna edad se le ve desarrollarse en el niño, y no le deja en la edad madura, y le acompaña hasta la última senectud. El chicuelo deposita cada domingo en su alcancía de barro la pieza de dos reales ó de dos cuartos que le da su madre, con la esperanza de encontrarse formado un dia al quebrarla un cierto capital. El jóven trabajador lleva cada semana á la Caja de ahorros el sobrante de su salario con la mira puesta en planes que un dia se propone realizar. El mismo viejo caduco, áun en sus postreros años, economiza para un porvenir que ya no puede ser otro que la tumba. Los pródigos y derrochadores son en todas partes una excepcion. Todos miramos con pavor, ó por lo menos con desconfianza, el tiempo venidero, y para prevenir en algun modo sus incertidumbres nos afanamos hoy, nos privamos, nos martirizamos tal vez; cayendo muchos hasta en el absurdo de sacrificar para el goce de un bienestar eventual y muy problemático la posesion de un bienestar presente á que fuera más regular atender, rodeándose de incomodidades y pesadumbres ciertas y reales por puro miedo de otras inciertas y sólo posibles con que les abruma la imaginacion rece-

losa. Es esta la historia del hombre, es esta el alma de todos los humanos negocios y el secreto resorte de toda esa actividad febril y comercial en que hierve el mundo.

No reprobamos, antes bien aplaudimos, en sus verdaderos límites, esta que puede llegar á calificarse de virtud moral, con el nombre de prevision. Los Libros santos nos la recomiendan con el ejemplo de la industriosa hormiga, y hora fuera ya de que los economistas sin Dios hiciesen á nuestra santa fe la justicia de reconocer y confesar, que no es ella la que abona el descuido y la pereza, áun en los negocios temporales del buen cristiano. Pero quisiéramos, sí, que no se redujesen á eso la industria y actividad del siglo; quisiéramosle nosotros más positivista aún y más calculador de lo que le desean nuestros adversarios. No se nos puede borrar del entendimiento aquel *Negotiamini dum venio* del Evangelio de Cristo nuestro Señor, ni se nos quitan de la vista aquellas sus tan significativas parábolas de minas, dracmas y talentos, en que tan al vivo nos dejó pintada en estilo mercantil cuál debe ser la cristiana solicitud por los negocios y ganancias del alma. Y por último viénensenos de continuo á la memoria aquella sentida queja y reprension con que nos echa en rostro la apatía de nuestra conducta en este punto, cuando nos dice severamente que los hijos del siglo son más diligentes en sus negocios del cuerpo, que en los del alma los hijos de la fe. Quisiéramos por eso á todo buen cristiano muy negociante, muy mercader, muy dado á logros y ganancias, como único medio de evitarle en la hora final del ajuste de cuentas los horrores de una desastrosa bancarota. Por eso se nos figura que nos canta la Iglesia en uno de sus Evangelios aquel formal aviso: «Atesorad riquezas para el cielo, donde no las consume la polilla, ni las roban ladrones.» Y aquel otro no menos expresivo: «Trabajad mientras teneis luz, antes que os sobrecoja la noche. Porque vendrá muy luego la noche en que no podréis ya trabajar.»

¿Qué significa, pues, ganar para la vejez? Significa, amigo mio, que eres pésimo hombre de negocios si en los tuyos no atiendes á otra cosa que á tu presente, que es la actual vida, olvidándote asegurar el porvenir, que es la eternidad. Desmientes tu crédito de buen calculista y hábil comerciante,

si á eso no atiendes con preferencia. Te portas como un niño sin táctica alguna mercantil, comiendo y regalándote el dia de hoy, sin fijar un momento los ojos en el mañana que te aguarda y que puede ser para tí un abismo. Trabaja, pues, con actividad, ahorra, procura ir reuniendo á toda costa buen capital; pon á ganancia segura estos tus intereses espirituales, que, te lo advierto, pronto, muy pronto vas á encontrarte sin otros. El oro y la plata, y los billetes de banco, y las acciones á buen tipo de cotizacion, y las fincas y sus réditos, todo se te va á desvanecer como humo entre las manos en cuanto pase sobre ello el soplo helado de la muerte, de la que no puedes escapar. Si capitales de otro género no tienes en caja, pobre vas á ser en tu vejez, y pobre de solemnidad.

¡Niño incauto é imprevisor! que niño eres, amigo mio, muchísimas veces, aunque tengas barbas y peines canas; ¡niño incauto é imprevisor! No pases dia sin que le eches á tu alcancía de barro alguna obra buena con que te puedas remediar en el apuro. Cuando te la quiebre á tus ojos la mano inexorable del justísimo Juez, ¡ténlo por cierto! no encontrarás en ella más que lo que en ella hubieres venido de dia en dia depositando: si mucho, mucho; si poco, poco; si nada, nada. ¡Niño incauto é imprevisor! desdichada va á ser entonces la suerte postrera de quien no supo ó no quiso en su tiempo hábil labrarse un medianejo porvenir. ¡El dolorido ¡ay! del desengaño será inconsolable por toda la eternidad!

Pero ¡cuidado! que no basta atesorar, sino que es necesario que sea moneda de buena ley la que recojas y guardes.

Gracioso chasco se llevaria á fe, el muchacho que depositando cada semana su pieza de dos cuartos ó de dos reales en su alcancía, se hallase al quebrarla con que todo su caudal era de piezas de plomo ó de laton, sin valor alguno en la plaza, y que de consiguiente sus imaginadas riquezas habian parado en pura ilusion. Ni lo fuera menos el de aquel banquero ó comerciante que creyendo de buena fe guardar en su caja muy bien cerrados y vigilados grandes paquetes de billetes de banco, se encontrase al fin, á la hora de un pago apremiante, con que tales papeles, que él creyó moneda corriente, no eran más que trampa con que le engañó un

diestro falsificador, es decir, poco menos que papel de estraza para envoltorios.

Así se me figura mil veces el desengaño, no gracioso, sino terribilísimo que van á llevarse ciertas gentes á quienes el mundo llamó siempre buenas y á quienes hizo tal vez llegar á creer que á su modo lo eran, y que sin embargo no lo son; como no son buenas las pesetas de plomo ó de estaño, por más que parezcan de plata; ó los billetes falsificados, por más que tengan á primera vista todos los rasgos y sellos y firmas de los de ley. Porque si atendemos á las condiciones indispensables que ha de tener segun la fe toda obra humana para ser buena y merecedora del cielo, no tardarémos en convencernos de que mucho, muchísimo de lo que en el mercado del mundo pasa y circula como legítimo metal, cuando se le sujete á la piedra de toque del juicio de Dios, no se encontrará que sea más que talco ó similor.

Es el caso que el mundo, enemigo de Dios y afanoso por hacerle en todo la competencia, así como procura tener una ciencia suya y arte suyo y leyes suyas, tambien tiene la inaudita pretension de querer presentar virtudes suyas; y como le es imposible presentarlas verdaderas, porque el mundo (en el sentido que da la Religion á esta palabra) es esencialmente maldad y corrupcion, de ahí que se vea precisado á hacer pasar por tales, cosas mil que son, ó grandes vicios tal vez, ó por lo menos actos de puro naturalismo, ajenos por completo á lo que esencialmente debe entrañar para ser verdadera la virtud cristiana.

Vean Vds., sino, como se pregonan hoy por el mundo una caridad, una justicia, unos sentimientos religiosos, una honradez, en suma, que no son en modo alguno los que por suyos enseña y reconoce Jesucristo, sino cosa enteramente opuesta. Y vemos todos los dias una porcion de honradísimos sujetos, muy honrados y muy hombres de bien y muy incapaces de hacer mal á nadie, y que no obstante ¡duro es, pero ciertísimo! si mueren en tales condiciones no han de ser reputados en el divino tribunal más que como leña seca muy á propósito para arder eternamente en los infiernos. Porque es evidente el raciocinio. Dios no admitirá como dignos del premio suyo más que las obras hechas conforme al

molde suyo y que lleven el sello é imágen de su Hijo divino, es decir, las obras cristianizadas por su principio, quo debe ser la gracia de Cristo; por su forma, que debe ser la sujecion á la ley de Cristo, y por su fin, que debe implícita ó explícitamente ser la gloria de Cristo. Tres condiciones que vienen á ser lo que para la moneda el peso, la calidad del metal y el sello de la acuñacion. Es lo único que pasa en la aduana del cielo, es lo único por lo que en aquella mesa de cambios se da gloria, es lo único por lo que son reconocidos y no rechazados como ilegítimos los valores que presente cada cual. La obra humana no puede aspirar á la recompensa de Cristo más que á condicion de ser cristiana, como la moneda no puede ser admitida por la ley más que á condicion de ser legal. Es, pues, pagano todo lo que no es cristiano, como es moneda ilegítima toda la que no es legítima. Y como el paganismo, por el mero hecho de ser tal, está excluido del reino de los cielos, así como la moneda falsa, por el mero hecho de ser tal, no está admitida en la circulacion de la plaza, síguese de ahí, por inexorable consecuencia, que los meramente buenos y honrados y caritativos y justos, segun el mundo, es decir, que no lo son segun Dios y la revelacion de su Hijo Jesucristo, no son más que leña seca, buena únicamente para arder donde dejamos referido.

Las aplicaciones personales que de ahí nacen son infinitas y las tiene cada cual al ojo, y por lo mismo se las puede cada cual hacer por su cuenta y riesgo con toda minuciosidad. El naturalismo es la universal herejía de los tiempos presentes, que así como en filosofía se llama racionalismo, y en derecho público liberalismo, así en costumbres se condecora con los pomposos relumbrones de moral independiente unas veces, ó de moral universal otras, ó con el más casero y familiar de honradez y hombría de bien sin preocupaciones. Y los tales honrados y hombres de bien pueden ser ateos, peores en este concepto que el mismo demonio; porque el demonio, á pesar suyo cree en Dios y le reconoce en medio de sus odios sempiternos. Y los tales honrados y hombres de bien suelen no tener práctica alguna de religion, peores en esto que el infeliz idólatra, que al fin rinde un culto cualquiera, por absurdo que sea, á lo que á él se le antoja divi-

nidad. Y los tales honrados y hombres de bien viven y mueren sin elemento alguno de órden sobrenatural; sin savia alguna del tronco divino, del cual sólo pueden salvarse los que sean ramas vivas; sin relacion alguna con el cuerpo místico de que es cabeza Cristo, del cual sólo los miembros verdaderos tienen derecho á la salvacion eterna.

Los tales honrados y hombres de bien, por ser su honradez y hombría de bien meramente naturales y humanas, tienen un cierto derecho innegable ¡oh! eso sí, innegable, á recompensas naturales y humanas; pero no más allá. Como son legalmente honrados, al menos á lo que de público se saba de ellos, no irán á la horca ni al presidio: como son amables y simpáticos, tendrán aplausos y amigos en vida, y hasta en muerte famosas necrologías y gacetillas en los periódicos; podrá ser que hasta alcancen mármoles y bronces y epitafios y discursos. Todo esto se lo concederá el mundo á manos llenas, pues suyos han sido, y han seguido su ley, y han obrado sin dirigir más alto la puntería. Pero el cielo no lo alcanzarán, porque el cielo no puede concederlo el mundo. El cielo ha de concederlo Dios, y Dios no lo concede más que á los suyos, y ellos no han sido de Dios.

Todo lo cual no es más que un aspecto de los muchos que tiene aquella severa fórmula del Salvador, una de las más llenas de profundos conceptos: *El que no está conmigo, está contra Mí; el que conmigo no recoge, desparrama*. Que tambien podría expresarse así: El que no tiene la verdadera moneda de Cristo, es sólo rico de moneda falsa; y por tanto ¡pobre infeliz si en el dia del arqueo no halla en su caja otra cosa con que contar!

LXII.

PONCIO PILATOS.



E cuantos personajes intervienen en la dolorosa historia de la Pasion del Señor, ninguno inspira tan encontrados sentimientos como el que he puesto por título al frente de estas líneas. No se sabe en definitiva si considerarlo como verdugo ó como víctima, pues participa de ambos caracteres; ni se resuelve el corazon á odiarlo del todo, ni á compadecerlo del todo, como quiera que en él se hallan motivos á la vez para el odio y para la compasion. Estudiémosle, y puede que de su estudio saquemos provechosas enseñanzas.

Tres rasgos principales constituyen, por decirlo así, la fisonomía moral del desdichado gobernador de Jerusalen en los dias críticos de la Pasion del Salvador. Las circunstancias exigian para su puesto un hombre de firmeza, y Pilatos era la misma debilidad; un hombre independiente, y Pilatos era esclavo de respetos humanos; un hombre de justicia, y Pilatos nunca pretendió ser más que un hombre de conciliacion. Así salió ello. Analicemos su conducta, y verémos confirmadas estas indicaciones.

Nunca fué Pilatos enemigo del Salvador. No se lee de él que tomase parte en los cabildeos del Sanedrin para preparar su ruina; la tradicion nos lo pinta al revés como admirador de sus prendas personales y de sus milagros. No promovió la tempestad; levantósele al pié de su tribunal, sin que él la buscase; de seguro procurara á cualquier precio desentenderse de ella, y mirar, como se dice, los toros desde barrera, si su posicion oficial no le hubiese obligado á tomar en la funcion una parte activa. Imágen de él son tantos *hombres de bien* de nuestros dias: no persiguen á la verdad, pero tampoco toman cartas por ella; creen que lo sumo de la prudencia consiste en una cierta neutralidad que les haga bien

vistos, así de los amigos como de los enemigos; lo demás fuera ¡líbrenos Dios! exponerse á graves riesgos, ponerse en evidencia, comprometerse. ¡Infelices! Pero comentarios á parte, y sigamos nuestro estudio histórico.

La neutralidad, áun humanamente hablando, no es siempre el mejor sistema. Pilatos pudo vivir en ella más ó menos tiempo, pero un dia la marea subió, subió, y tanto subió que llegó hasta el atrio de su palacio y fué preciso decidirse. Los enemigos de Jesús instaban, el pueblo seducido bramaba de rabia á sus piés... terribles sacudimientos debió de experimentar aquel corazon vacilante al verse precisado á salir por fin de su cómodo retraimiento. La neutralidad convirtióse entonces en debilidad, como le sucede siempre á todo neutral, á quien las circunstancias llegan á colocar en tales apreturas. Débil, sí, se mostró, y débil hasta el punto de llegar á ser ridículo, todavía más que criminal. Miradle. Sabe que el móvil de las acusaciones contra Jesús es pura envidia; sabe que los autores de tales acusaciones son tan cobardes como malvados; sabe que una palabra suya dicha al oido á un centurion y á veinte y cinco soldados de su guardia romana le basta para desembarazarse de aquella turba de majaderos y charlatanes; sabe que Jesús es inocente y acaba de recibir sobre esto de su mujer un misterioso recado; y sin embargo, cuando todo pende de un *nó* de sus labios, no pronuncia este *nó*, que fuera lo más sencillo y lo más cómodo sobre ser lo más justo, sino que se echa á discurrir vanos expedientes para siquiera alargar un asunto que no se atreve á resolver. Por esto envia el reo á Herodes; por esto le azota; por esto le saca al balcon; por esto le pone en paralelo con Barrabás; por esto le sentencia á muerte; eso sí... lavándose siempre las manos... inútil ceremonia que acaba de poner de relieve su debilidad en lucha con sus propios remordimientos. ¡Miserable! Y ¿quién es, hubiera podido decírsele, ese Anás, quién ese Caifás, quién ese pueblo envilecido bajo la dominacion extranjera, para llegar á *imponerse* á un gobernador, representante nada menos que de la majestad del Senado y pueblo romano? No prosigais preguntándoselo á Pilatos, lectores mios, que es pleito perdido, y la cosa para él no tiene ya compostura; pero recordad, sí, que la

época presente es época tambien de grandes debilidades; que no es la fuerza de los enemigos la que tiene agobiada á nuestra santa Religion, sino la flaqueza de ciertos amigos; no el descaro de las malas ideas, sino la falta de cristiano descaro de los que profesan las buenas; no los reiterados ataques de los que combaten, sino la flojedad, la neutralidad, el vano *qué dirán* de los que debiéramos defender.

He escrito una palabra, y ella explica tal vez más que otra alguna el secreto de las debilidades de Pilatos; el *qué dirán*. A los fariseos les pareció tan eficaz este argumento, que fué el principal de que se valieron para hacer sucumbir á sus exigencias al atortolado gobernador. *Si sueltas á Jesús*, le dijeron, *no eres amigo del César*. Forzoso es confesar que aquellos viles leguleyos pusieron, como se dice, el dedo en la llaga. En efecto. ¿Qué dirá el César? Hé aquí un argumento sin réplica para un espíritu débil como el de Poncio Pilatos. «Dirá que no soy ministro celoso de su dignidad, que por mi incuria se altera el órden en la provincia que me tiene confiada; dirá tal vez que me he dejado seducir como tantos por el prestigio de la nueva doctrina; dirá...» pero en fin, échese V. á discurrir lo que puede imaginar un infeliz receloso del *qué dirán*, y temeroso además de perder á consecuencia de él su empleo, su preponderancia, su concepto de ilustrado, el favor del príncipe ó del pueblo. ¡Válgame Dios! ¡Y cómo es esta tambien la historia de hoy! ¿No es tal vez la tuya, amigo lector?

El carácter dominante en los débiles y esclavos del respeto humano es el de ser en todo conciliadores. No creais que aborrezcan la verdad, no; tampoco Pilatos aborrecia á Cristo. Desean sólo no ser aborrecidos por causa de ella. Por esto tienen sonrisas complacientes para el error que quizá detestan en el fondo de su conciencia, como las tenia Pilatos para con aquel pueblo ebrio, de quien salió á tomar consejo desde el balcon. Quisieran, por esto, que el error y la verdad viviesen amigos, hermanos, sin reñir sangrientas batallas, sin despedazarse con fieras invectivas, acordes ambos en respetar los fueros del pensamiento libre. El error, dicen, no debe ser perseguidor, y esto en él por espíritu de ilustracion y de tolerancia. Tampoco, añaden, debe ser perseguidora la

verdad, y esto en ella por espíritu de caridad cristiana. Nada de asperezas, nada de intransigencias, nada de actitudes claras y definidas. En todo, el equilibrio, el justo medio, el *nequid nimis* así para el bien como para el mal. Huid las exageraciones, el celo indiscreto, las intemperancias. El furor, la falta absoluta de consideraciones, el despecho y los dicterios guárdense únicamente para quienes en su polémica no se avengan á seguir ese meloso procedimiento de temperamentos y transacciones. ¡Duro con éstos!

¡Vive Dios, amigo lector, que Pilatos fué maestro en tales mañas, y no le valieron! Al fin hubo de resolverse por Cristo ó por Barrabás. Su conducta con la revolucion de entonces puede compendiarse en los siguientes términos:

—Dános á Jesús; crucifícale!

—No puedo; es inocente.

—Tenemos una ley, y segun ella debe morir.

—¡Ah! es cierto, primero la legalidad; pero... podríamos contentarnos con azotarle.

—Quita de ahí, crucificado le queremos!

—Bien, es digno de muerte, teneis razon... pero lo indultaré por razon de la Pascua.

—No queremos indulto para Él, sino para Barrabás. ¡Crucifícale!

—Pero... amigos mios... es inocente, ya lo veis, ¿qué mal ha hecho?

—¡Vaya un cuento! La legalidad, la opinion pública, el mejor servicio del César, la razon de Estado...

—Por Dios, hijos... ¿no basta con el destrozo que se ha hecho en su persona? *Ecce Homo,* vedle ahí...

—Nada; si no lo haces, *¿qué dirá* de tí el César? Caerás de su favor... ¡Reaccionario!

—Sea, crucificadle, pero... ya lo veis... me lavo las manos... soy inocente de la sangre de este Justo...

Y el Justo es entregado por un *amigo* en poder de los enemigos. ¿Por qué? Simplemente por condescendencia... por amor á la conciliacion.

Traslademos ahora igual escena á otro escenario, es decir, á la Europa de nuestro siglo; vistamos á la moderna los personajes, y sea el uno la Revolucion europea, sea el otro el católico conciliador.

—¡Abajo el Catolicismo!

—No, amigos mios; no, hijitos, no... los derechos del pensamiento libre, esto sí, ¡siempre! mas no abajo el Catolicismo. ¿Por qué? ¿no teneis bastante con el derecho de atacarlo?

—*Tolle, tolle*, ¡abajo el Catolicismo!

—Bien, teneis razon hasta cierto punto; suprimirémos los monasterios; el fraile no es cosa del dia, las necesidades de la época, el espíritu moderno, los apuros de la Hacienda...

—¡Abajo el Catolicismo! *Crucifige eum!*

—¿Tendréis bastante con la desamortizacion? Quitarémosle al altar su lámpara, al clérigo su prebenda, á la monja su dote, al pobre del hospital su caldo..., acudid á la subasta..., os darémos parte del rico botin.

—¡Ni por esas! *Crucifige! crucifige!*

—Os lo aseguramos bajo palabra de hombres honrados. La teocracia se hundió para siempre; sí, señor, el clero á su sacristía, la religion sólo en el templo, nada de influencia clerical en los negocios públicos, nada de espíritu teológico en la legislacion... secularizarémos la enseñanza... nada ya de universidades pontificias...

—¡No basta! ¡abajo todo! *Crucifigatur!*

—Pero calma, hijos, por Dios; ¿no se ha andado bastante aún? El Papa ya no es rey temporal, ni debe serlo: pasó su tiempo: el Catolicismo apenas tiene ya intervencion oficial en la marcha de las sociedades modernas. ¿Qué os falta? ¿Can-can todas las noches? ¿Libertad de cultos? ¿Matrimonio civil? Tomadlos, y dejadnos en paz, pero respetad el culto de nuestros padres... eso sí... juntos, juntitos vivirémos todos en amigable consorcio; reinen enhorabuena la tolerancia, la ilustracion, el progreso de las luces... el derecho nuevo... las corrientes modernas... igualdad para todos... el Estado libre...

—¡Basta, basta! ¡Todo ó nada! ¡Cállese el neo! ¡Guerra á Dios! ¡Dios es el mal! ¡Viva la liquidacion social!!! ¡Nada de lo existente! ¡Ni reyes, ni ricos, ni Papa, ni Dios!!!

. . . .

¡Pobre Pilatos! ¡Cuán atrás te van dejando tus aprovechados imitadores! De debilidad en debilidad, de condescenden-

cia en condescendencia, pusiste á Jesús, á tu amigo, al inocente, al Justo, en cruz entre dos ladrones! ¡Óyelo! La execracion de los siglos no anatematiza por el deicidio á Judas, ni á Anás, ni á Caifás, ni á la plebe amotinada, sino á tí: *Passus sub Pontio Pilato.* Así lo repite diez y nueve siglos há el Símbolo cristiano. Lo mismo que tú han dado los tuyos en Europa el tristísimo espectáculo que vió un dia Jerusalen. ¿Quién no lo ha visto en todas partes? De concesion en concesion, de distingo en distingo, han acabado por concederle ¡gran favor! al Catolicismo, azotado, robado y crucificado, un lugar entre dos ladrones, es decir, un derecho igual al de las sectas de Satanás, cuando no el privilegio de la persecucion como en Prusia, y el homenaje burlesco de la caña y de la corona de espinas, como al Papa ante sus *humildes hijos* de la Italia regenerada!

¡Te conocemos, raza infeliz! ¡Te conocemos, heredera del desdichado gobernador romano de Judea, heredera de su espantoso crímen, heredera ante la historia y ante el juicio de Dios de su inmensa responsabilidad! ¡Ya lo ves! ¡Tambien, gracias á tí, del Catolicismo en el presente siglo se dirá: *Passus sub Pontio Pilato!*

¡Amigo mio lector! ¿No te conoces á tí propio en este feo retrato? Cuando por tu comodidad ó respeto humano procuras vivir con un pié en el campo de Dios y otro en el de sus enemigos; cuando asistes por la mañana á la iglesia y por la noche al espectáculo inmoral; cuando lees hoy tu piadoso devocionario y un dia despues la novela de malas costumbres; cuando te llamas católico, apostólico, romano, y pretendes al mismo tiempo ser liberal, sabiendo que el liberalismo es opuesto radicalmente al Catolicismo; cuando por fin andas buscando en todas estas cosas un modo cómodo y fácil de servir juntamente á Dios y al mundo, demonio y carne, ¿no te dice á voz en grito la conciencia que no eres en eso más que un remedo ó copia vil de Poncio Pilatos?

¡Ah! ¡miserable y falso componedor! ¡No te ha de valer el lavarte las manos para que deje de condenarte el soberano Juez!

LXIII.

¡MIRA QUE TE MIRA DIOS!


i supieras de cierto que cuando más solo estás tú en tu aposento te anda mirando desde el ojo de la cerradura de tu puerta un espía que no te pierde de vista, dime en confianza, ¿te creerias libre y asegurado para hacer allí en tu habitacion lo que te diese la gana? No, en verdad, sino que ajustarias tus acciones y porte exterior, de suerte que nada tuviese con que sonrojarte aquel importuno vigilante.

Ven acá, pues, hombre inconsiderado y ligero, ven acá y respóndeme á lo que te quiero preguntar.

—¿Crees que hay Dios?

—Sí, y de todo corazon.

—¿Cres que está en todas partes?

—Sí, porque así me lo enseña la Religion y la filosofía.

—¿Crees, pues, que todo lo ve, todo lo oye y todo lo penetra?

—Sí, porque no en vano dice con profundo buen sentido la sagrada Escritura: *¿Aquel que ha hecho el ojo no verá? ¿Aquel que crió el oido no habrá de oir?*

—¿Cómo, pues, te las compones en tu imaginacion para creerte, ni un minuto siquiera, solo, libre, independiente y tantas otras cosas como á todas horas te surgiere tu orgullo ayudado por la astucia de Satanás? ¿Solo, y no te pierde un minuto de vista el ojo vigilante de Dios? ¿Libre, y este Dios, que á todas horas te vigila, ve si cumples ó no su soberana voluntad? ¿Independiente, y este Dios que sin cesar está fiscalizando tus más ocultos pensamientos, este Dios en definitiva es el que te ha de juzgar?

Mira si puedes llevar más á lo sumo la sinrazon.

Ocultos pensamientos he dicho, y sobre este punto llamo

de un modo particular tu atencion de hombre sesudo y razonador. Quiérote aquí filósofo y nada más.

Si en tu aposento te estuviese mirando contínuamente un amigo por el ojo de la cerradura, podrias á pesar de toda su sagacidad traerle frecuentemente engañado. Veria, es verdad, lo que hacen tus manos ó á donde se dirigen tus piés, ó cual es la expresion de tu rostro. Pero no pasaría más allá. Podrias hacerle muy bien creer que estás orando, y no hacer tal sino estarte deleitando en perversos pensamientos. Podrias hacerle creer que estás afligido, y tener no obstante en tus adentros el alma muy alegre y divertida. Y así podria equivocarse completamente acerca de tí tu contínuo fiscal por astuto que fuese, que cada dia les sucede á los más astutos engañarse por completo juzgando á los hombres y mujeres sólo por lo que muestran en su exterior.

¿No te ha sucedido más de cuatro veces? A mí más de cuatrocientas, por lo menos.

¡Válgame el cielo! No le suceden tales equivocaciones al divino Fiscal, que á todas horas y en todas partes lleva como clavada su vista sobre tí. No le engañarás con apariencias devotas, ni le seducirás con halagüeñas palabras, ni le causarás poca ni mucha ilusion con estudiados ademanes. Al través de tu cuerpo, que es muchas veces no más que una máscara, ve Él la realidad de tu alma, y lo que allí ve Él es la suprema y única realidad. «Lo que eres á los ojos de Dios, eso eres y nada más,» decia un Santo con profundísima verdad. Aquel mal deseo que tú mismo apenas empiezas á columbrar en el fondo oscuro de tu corazon, ya lo ha sorprendido Dios. Aquel disimulado rencor que nadie ha leido en tu rostro, Dios lo está leyendo sin luz en el más oculto escondrijo de tu conciencia. Aquellas culpables divagaciones con que se complace tu imaginacion en objetos criminales ó peligrosos, las va siguiendo una tras otra por todos sus rodeos este espía tenaz é incansable, y no les pierde un momento la pista, y por ellas te convencerá de deshonesto y sensual, si tu modestia y pudor no son más que disfraz de sucios pensamientos. Desengáñate, ocúltate donde quieras, atranca puertas, cierra ventanas, mata la luz, pídele al mismo sol que huya y te deje envuelto en perpétua noche... nó, no se eclipsa jamás

el ojo clarísimo de Dios, ni le puedes interponer entre Él y tu corazon biombo ni pantalla. Desnudo vives delante de Él y desnudo te está haciendo ya desde esta vida el juicio con que un dia te ha de sentenciar.

Oye un caso.

Tentábale á un gran santo cierta perversa mujer é inducíale á cometer una mala accion. Quiso el varon de Dios aprovechar la ocasion de convertir aquella alma pecadora, y le dijo con prontitud: «Está bien; consiento en lo que me dices, pero ha de ser donde no me vea nadie.» Creyó haber triunfado la desdichada, y andábale proponiendo lugares donde encontraria completa soledad. Ninguno de ellos satisfacia al religiosísimo varon; en todos temia le habrian de ver. Hasta que recorridos todos los sitios y llegando á uno en que no era posible penetrase ojo humano, propúsoselo como del todo asegurado la mujer tentadora. «¡Pues qué! exclamó entonces con voz de trueno el fiel cristiano; ¿crees, por ventura, desgraciada, que aquí no me verá Dios?» Y causóle tanta impresion á la mala mujer esta brusca salida, que, dice la historia, se convirtió á vida mejor y fué hasta su muerte modelo de honestidad y penitencia.

Que tanto puede aún en almas corrompidas esta tremenda consideracion.

Aplica el caso, que no es cuento sino histórica verdad, y más que histórica, de todos los dias. Sí, amigo mio, peca cuanto quieras con tal que lo hagas donde no te vea Dios. Se te da licencia con esta condicion para toda corrupcion y desenfreno. Para que aceches la inocencia, para que defraudes al desvalido, para que oprimas al que nada puede contra ti, para que maquines á la sordina toda clase de picardías y gatuperios. Para que profanes la santidad de tu estado y de tu vínculo con ilícitos tratos, para que deleites tu corrompido corazon en vergonzosas páginas, para que sea todo él un muladar de asquerosos entretenimientos. Todo, todo se te concede, para todo se te da carta blanca, con esta sola condicion: que no te vea Dios, como no te ve tu esposa, ó tu amigo, ó tu padre, ó tu director. Que puedas tenerle á Aquel engañado como á estos engañas; que te valgan delante de Él tus hipócritas exterioridades como tal vez ante el mundo logras hacerlas valer. Todo se te abona con esta sencillísima condicion.

¡Miserable! ¿Crees por ventura que la vas á alcanzar?

Tienen ciertos niños miedosos singular manera de figurarse que se ocultan y que nadie les observa. Tápanse con ambas manos los ojos y creen buenamente que nadie les ve á ellos, sólo porque ellos han sabido colocarse en aquella cierta oscuridad. Así les pasa á los pobres incrédulos y pecadores, á quienes no sin causa llama siempre niños, aunque tengan cien años, la sagrada Escritura. Cuando los necios se han tapado los propias ojos para no ver, hácense buenamente la ilusion de que ya no puede verles el mismo Dios. Cúbrense con sus pasiones los ojos y dicen: «¡No me ve Dios!» ¡Niños! ¡Pobres niños condenados á eterna é insensata niñez! A fuerza de sofismas procurais oscurecer la clara lumbre de la inteligencia, ojo del alma que ha dado Dios á todo hombre que viene á este mundo. Lograis oscurecerla, y cuando estais ya medio ciegos exclamais con toda tranquilidad: «Pues ya se ve: ¡no hay Dios! ó por lo menos, ¿qué tiene que ver con nosotros Dios?» Hundís vuestro corazon en el cieno de todos los vicios: lo embruteceis con toda clase de inmundos desahogos, y cuando lo teneis ya encenagado y embrutecido, cuando los negros vapores que se levantan de ese charco de podredumbre os anublan hasta la misma claridad superior del alma, ciegos y desatentados no acertais ya más que á palpar groseramente lo que os ofrece el sentido, y decís entonces con humos de sabionda filosofía: «¡Soy libre! ¿Quién ha de ponerle trabas, á la soberanía de mi razon ó á la audacia de mis apetitos?»

¡Desventurados! decís no hay sol porque teneis cataratas en los ojos, mientras él con majestad pasea y derrama á torrentes su luz sobre todo el horizonte!

Aprended, aprended á ver en todas partes á Dios, que en todas está y desde todas ejerce sobre vosotros su jurisdiccion y soberanía.

«Mira que te mira Dios:» hé aquí un dicho popular que encierra él solo más filosofía práctica que cuanto se haya escrito para gobierno del mundo en libros y periódicos. Quien lo hiciere norte de su vida y balanza de su conducta, seguro está de no padecer equivocacion ó extravío.

Brújula lleva con él muy exacta que á buen término le ha de conducir.

Grábalo, amigo lector, en tu corazon y en tu entendimiento con caracteres de fuego, y no consientas que las pasiones te lo borren jamás de allá. Será para tu alma el mejor freno á la vez y el mejor consuelo.

¡Me mira Dios! Gran ocasion de recelo ha de ser para el que se siente tentado á cometer una fechoría, saber que anda sobre aviso la justicia, que está advertido el juez, que le tienen ya tomadas todas las salidas los de la policía. ¿Qué famoso ladron, por mucho que fuese su descaro ó su arrojo, se lanzaria á cometer un crímen con estas condiciones? ¿No seria tildado de insensata temeridad? Pues esta es la tuya cuando, sabiendo que Dios te mira, te atreves no obstante á ofender á Dios.

¡Me mira Dios! Gran estímulo fuera para un valeroso soldado saber que le está mirando su rey mientras pelea él denodadamente contra toda clase de enemigos. ¡Cuán seguro no andaria de ser brillantemente recompensado! ¡Qué nuevo ardor no sentiria para lanzarse á las más arriesgadas empresas! ¿Qué consideraciones le detendrian para no ser de los primeros en subir al asalto y no retroceder jamás? Pues hé aquí los motivos que han de acabar de hacerte á tí esforzado y pundonoroso en las luchas mil que por la gloria de Dios y salvacion de tu alma has de sostener en este mundo pecador. Sé animoso, sé héroe; por Dios y por tu alma contesta briosamente al fuego que de todas partes se hace contra tí; resiste impávido, ataca decidido; te está contemplando con afan el mismo que te ha de coronar.

¡Me mira Dios! Ríome del mundo y de sus vanas apreciaciones y de sus injustificadas preferencias. El mundo es un necio que no se paga más que de la exterior corteza de las cosas; salvada la apariencia, todo está para él salvado. Aténgome á Dios que mira y escudriña lo interior. Podrá ser mal interpretada una accion mia, calumniadas mis intenciones, mal agradecidos mis sacrificios, ¿qué me importan los fallos de ese ridículo tribunal? Me mira Dios, y eso me basta para que aguarde con toda tranquilidad mi sentencia.

¡Me mira Dios! Hé aquí un tema que debiera sérnoslo de constantes meditaciones. La presencia de Dios me rodea como el agua rodea por todas partes al pez que surca las pro-

fundidades del mar; me penetra como el aire que entra por todos mis poros y constituye mi propia respiracion y vida: vivo en El, aliento en El, muévome en El, existo, en una palabra, en El, con El y por El. ¿Quién será capaz de romper ese lazo íntimo de amor que me liga á mi Criador, si yo con horrible rebeldía no me empeño en sacudirlo?

¡Oh Señor! ¡Oh Dios! ¡Oh Salvador mio y mi Bien y único Sér de todo mi sér! ¡Téngaos presente á todas horas en mi entendimiento, en mi voluntad y en mis afectos, para que ni un momento solo viva, entienda, quiera ó ame sino por Vos y segun Vos!

LXIV.

EL SANTO ROSARIO.

L Rosario! ¿Hay cosa más vulgar? ¿Qué se puede decir sobre él que no se le haya ocurrido ya á todo el mundo? Y sin embargo puede que sean pocos los que se hayan parado á examinar detenidamente el qué y el cómo y el porqué de esa devocion que rezan todos los dias, y de esa cadenilla con granos engarzados de diez en diez que traen en el bolsillo. ¿Acaso no es frecuente que lo que más familiarmente usamos y tratamos es lo que menos á fondo hemos cuidado de estudiar?

Mil veces se ha hecho observar que el santo Rosario es una fórmula de oracion en que están como entretejidos el rezo y la meditacion: el rezo por medio de los *Padre nuestros, Ave Marías* y *Glorias,* que se repiten por decenas; la meditacion por medio del paso ó misterio que se propone en cada decena á la consideracion del cristiano.

Esto solo recomienda ya de buenas á primeras esta devocion, porque ¿qué cosa hay más excelente que la meditacion, principalmente de la vida de Cristo y de su Madre santísima? ¡y qué rezo hay más precioso que el de las oraciones dichas, en cuyas breves frases, todas de excelso origen, se encierra el meollo y sustancia de cuanto puedan decir los libros más elocuentes?

Mas hay aún otra consideracion, y es la siguiente.

¿Qué rezaria la gran masa del pueblo fiel si no tuviese tan á mano esa tan familiar devocion del santo Rosario? Una devocion para la clase general del pueblo debe ser sencilla, breve, llana de entender y fácil de practicar, adaptada á grandes y á pequeños, que ni á aquellos parezca vulgar, ni á éstos incomprensible. Estoy discurriendo qué fórmula de oraciones se podria inventar que á una satisfaciese tantas ne-

cesidades, y no me ocurre que se pueda inventar otra que la que está ya inventada. El santo Rosario.

Porque vamos al caso. Decirle á la generalidad de los fieles: «medita y contempla,» es cosa muy vaga y que pocos querrán practicar. Largos ratos de silenciosa oracion mental son poco á propósito para la mayoría de las gentes que suelen vivir atareadas y distraidas entre los mil ruidos y desazones del mundo. Y, no obstante, es cierto que no puede haber perfecto cristiano sin su poca ó mucha meditacion. El santo Rosario allana esta dificultad, dando como desmenuzada y hecha partijas de fácil masticacion la materia de las más elevadas contemplaciones. A sorbos, como quien dice, le va dando al espíritu este celestial alimento. Envuelta en la fácil comida de la oracion vocal le da sin advertirlo la otra más sutil de la oracion mental y consideracion, para que la traguen así, casi sin pensarlo, hasta los más desganados. Querer persuadirles á ciertas personas que dediquen veinte minutos á la contemplacion de una verdad cualquiera, será pretender lo imposible. Dársela en cinco ó quince tomas con el intermedio y afectuoso acompañamiento de unas breves oraciones vocales es cosa ya más hacedera y con la cual se puede llegar á conseguir igual resultado. En efecto. El que ha rezado bien una parte del santo Rosario, es decir, con la debida reflexion sobre cada misterio, puede decir con toda seguridad que ha hecho un buen rato de oracion mental y de piadosa contemplacion.

Pues, por lo que toca á la misma oracion vocal, ¿hay medio por ventura de hacerla más fácil y más sabrosa? ¿Qué le diréis al pueblo? ¿Lee? No, porque, ó no sabe leer, ó aunque sepa se podrá decir á muchos aquello que al tesorero de la reina de Etiopía decia un apóstol: «¿Entiendes lo que lees?» Que es lo que exactamente nos ocurre muchas veces cuando vemos á ciertas pobres gentes en la iglesia deletreando penosamente su lujoso devocionario, máxime cuando está escrito en lengua para ellas forastera. Pues bien. Hé aquí un devocionario que todo el mundo puede usar aunque no haya ido á la escuela; que los más pobres pueden comprar, porque no cuesta un real; que los más cortos pueden entender, porque consta de palabras tan llanas como las que cualquier madre

hace entender á su hijo chiquito; devocionario que no cansa la vista del anciano; ni necesita luz del dia ó artificial para ser leido; que pueden cómodamente practicar el enfermo en su cama, el viajante en su vagon, el soldado en su hora de reten ó de centinela, el labrador en su campo, el obrero en su taller, la muchacha haciendo su cocina ó su costura. Discurrid lo que querais, dadle vueltas á vuestro más agudo ingenio, no hallaréis práctica más práctica que ésta ni que más se avenga á todas las clases, á todos los tiempos y á todas las situaciones de la vida.

Pero el ser llana y sencilla para los más ¿no la hará despreciable para los entendimientos y corazones privilegiados? No, porque en medio de su sencillez, que comprenden hasta los más pequeñuelos, tiene abismos insondables de sabiduría que no acabarán nunca de agotar las más elevadas inteligencias. Una sola palabra de una sola de las peticiones de un solo *Padre nuestro* puede ser suficiente materia de meditacion por largas horas al más grande de los filósofos; cada misterio de la vida del Salvador y de su Madre tiene tantos y tan variados aspectos y da lugar á tantas y tan sutiles consideraciones, que no acabará con ellos el genio más encumbrado, sino que las irá encontrando cada dia más nuevas y sorprendentes, cuanto más las analice y desmenuce. Ahonde, pues, aquí el más vigoroso talento y siga sin cesar ahondando, que como firme y humildemente trabaje, hallará, en cada pozo de estos, venas sin fin de agua viva, y no les tocará jamás el fondo á tales oceanos de verdad.

¿Y podemos asimismo sostener que sea el Rosario devocion sabrosísima? ¡A cuántos no parece sino muy fastidiosa por sus monótonas repeticiones!

Pues claro está que se lo ha de parecer á quien no se entretenga en saborear de ella más que la corteza, sin llegar á hincarle el diente por medio de una viva atencion. La fruta más azucarada parecerá sosa á quien de este modo la aplique á su necio paladar. Romped la cáscara; saboread la sustancia interior; exprimidle el jugo: ya encontraréis allí lo que es bueno. Hablemos ya sin figuras. ¿Qué no os deleita el rezo del Rosario? Cierto es, ¡como que no lo rezan sino maquinalmente vuestros labios y no lo acompaña el corazon! Pa-

san por ellos sus amorosas frases sin hacer más que ligeramente rozar su superficie, y en confuso y precipitado tropel salen como desbordados, *Misterios, Padre nuestros, Ave Marías* y *Gloria Patris;* vuestra boca más que pronunciarlos los sacude y arroja de sí como el enfermo la ingrata medicina, á la que sólo procura despachar con la mayor brevedad posible. Decid, ¿es así como paladeais los manjares en que deseais recrear vuestra glotonería? ¿Es así como le buscais á vuestras golosinas el apetecido dulzor? No, sino que lentamente las mascais, las entreteneis, las disolveis en vuestra saliva, y así les encontrais todo su deleite. Seguid análogo procedimiento espiritual para las cosas del espíritu, y me lo diréis despues. Así goza cada vez más el alma la belleza de un cuadro mirándolo y remirándolo; así el hechizo de un poema leyéndolo y releyéndolo; así la magia de un trozo de música escuchándolo y volviéndolo á escuchar.

¡La repeticion! Poco muestra conocer al hombre quien le haga cargos al santo Rosario porque consista todo él en fórmulas repetidas. El lenguaje de todo apasionado sentimiento no sabe expresarse sino por medio de la repeticion: los que de veras se quieren jamás se contentaron con decírselo una sola vez. La repeticion es el único recurso, que le queda al alma humana para acomodar á aquella cierta infinidad suya y de que participan sus sentimientos la pobreza relativa de sus recursos para desahogarlos. La doblada y redoblada y cien doblada expresion de una misma protesta de afecto es lo único que nos consuela en cierta manera de la cortedad de nuestras frases para expresarlo como deseáramos y no podemos.

¿Se hallaría acaso dificultad en la contemplacion de los misterios? Pero ¿qué? ¿No es cierto que son los más conocidos y tratados de todo el mundo cristiano, explicados en todos los tonos, representadós en todas las formas del arte, familiares al pueblo como la más casera de sus escenas domésticas? ¿á quién le ha de costar esfuerzo alguno, chico ó grande, colocarse con la imaginacion por un momento, por ejemplo, en medio del hermoso grupo del portal de Belen, ó en el lastimero del huerto de Getsemaní ó del Calvario, ó en el gloriosísimo de la Resurreccion ó Ascension á los cielos?

¿A quién ha de ser difícil figurarse en su presencia las personas que lo componen, como las ha visto mil veces en cuadros, altares ó estampas, y penetrarse de sus sentimientos y recoger sus lecciones y rezar luego, como ante ellas, la respectiva decena?

Rezad el Rosario, amigos mios, y rezadlo siempre y cada dia. Volved á la santa costumbre de rezarlo en familia los que por descuido ó por pereza ó por vergüenza ¡ que haya, mal pecado, vergüenza hasta de eso! la hayais dejado perder en vuestro hogar. Pero rezadlo bien. Para rezarlo como se debe os daré una breve receta de dos solas palabras: atencion é intencion.

Atencion. Significa que se atienda en él á lo que se hace y á lo que se dice; que no se interrumpa con inútiles paradas; que no se mezcle con palabras impertinentes; que se diga con los labios y con el corazon, acompañando la modestia de los ojos y el recogimiento de toda la persona. Que se mire esta devocion como un rato de audiencia que nos concede Dios, ó de grata conversacion que ofrecemos á la sagrada Familia.

Intencion. No hagais obra alguna de estas sin ponerle antes una intencion fija que le sirva de blanco: no hacerlo asi es disparar al aire. La fija intencion es la que más favorece la atencion. Antes de empezar á rezar preguntaos un momento: ¿para qué voy yo á rezar? ¿á quién dirijo mi rezo? ¿qué pretendo alcanzar con él? Y procurad responder á eso, no solamente con intenciones vagas y generales de hacer bien, dar gloria á Dios, etc., sino con la de lograr algo más determinado y concreto, un favor para vos ó la familia, la conversion de un pecador tal ó cual, el consuelo ó buena muerte de un enfermo, el sufragio por un alma, el éxito de un negocio ó empresa, etc. O bien el remedio de alguna de las graves necesidades de la Iglesia, como la libertad del Papa, la confusion de las sectas, la propagacion de la fe, el buen espíritu del clero, la reforma de las leyes, etc. ¡Cuidado si hubo cosas que pedir en todos tiempos y si las hay en este siglo muy en particular! Y poneos delante cada dia una de estas intenciones, y tomadla por blanco antes de disparar vuestra arma, y repetidla interiormente á cada *Gloria Patri,*

á fin de que no se os desvie la puntería. Y acordaos con fe de aquel *Llamad y se os abrirá* del Evangelio, y creed y confiad que con cada *Padre nuestro* y *Ave María* le dais una récia aldabada al Corazon del mismo Dios, que ha prometido no hacerse el sordo á quien así le fuere á llamar con santa importunidad.

Rezad, vuelvo á insistir, rezad el santo Rosario, y rezadlo siempre y rezadlo bien. Rezadlo, si andais afligidos, para consolaros; si tentados, para resistir; si desalentados, para cobrar bríos; si con fortuna próspera, para equilibraros en la debida moderacion y templanza. Colgad junto á vuestro lecho esta insignia de piedad, para que se vea que allí se ha echado á reposar un cristiano bajo los pliegues de su bandera: izadla en el lugar más visible del doméstico hogar, allí donde en hermoso grupo se reune cada noche la familia, á fin de que sea como la señal para todo el mundo de que en aquella casa reina y es servido Cristo Dios. ¡Que os acompañe siempre en vida y lo oigais murmurar por vuestros amigos á vuestro oido en la hora de la muerte, y os sea recomendacion y eficacísimo empeño en el divino tribunal!

¡Que lo sea para mí, pobre pecador, si con estas breves reflexiones he logrado que haya en adelante uno más que rece devotamente el santo Rosario!

LXV.

PERO ¿HAY DE VERAS PURGATORIO?

i, amigo mio; y tanto, que ó no hay purgatorio ó no hay Dios.

—¡Extraña disyuntiva!

—Ni más ni menos; como suena.

—Vamos á ver: desarrollad un poco vuestra argumentacion.

—Voy á hacerlo muy sencillamente. ¿Creeis en la existencia de Dios?

—Sí, francamente: que á tanto como al ateismo no llega mi despreocupacion.

—Por consecuencia ¿creeis en un Dios justo?

—Claro, pues si no fuera justo ya no fuera perfecto, y si no fuera la perfeccion misma ya no fuera Dios.

—Bravísimo: contestais como un libro. Mas decid. Este Dios justo, para serlo ha de dar á cada cual su merecido: ¿no es verdad?

—Cierto, porque en eso está la justicia, en que se dé á cada cual lo que le toca: premio al bueno y castigo al criminal.

—Muy bien; y tanto es así, que en eso funda la razon humana (además de saberlo por la Revelacion) la existencia de los premios y castigos de la otra vida, ó sea, hablando en cristiano, la existencia del cielo y del infierno.

—Todo esto es verdadero, pero permitidme os diga que no sé á dónde vais á parar con tales preámbulos. Que haya cielo ó infierno se concibe al fin como muy propio de la divina justicia, que por ser tal es evidente que no puede dejar sin castigo tanta maldad como reina triunfante en el mundo, ó sin premio tanta virtud como vive en él avergonzada y tal vez oprimida. Que, pues, no hay tales premios ó castigos en esta vida, los ha de haber en la otra es lógico y natural, ó no hay justicia ni siquiera en Dios, lo cual es absurdo sobre ser blasfemo. Pero no acierto á ver de donde sale la necesidad

de ese estado intermedio al que se llama por los católicos purgatorio, y mil veces me he inclinado á creer que es creencia menos fundada, ó tal vez simple supersticion que abominan muy justamente los protestantes.

—Perfectamente, amigo. Ahora me daréis igual permiso para que entre yo y con igual holgura desenvuelva mi demostracion.

—La aguardo.

—¿Queda explicada suficientemente la justicia de Dios con que haya en la otra vida premios para el justo que muere en gracia de Dios y castigos para el criminal que muere en su pecado?

—Yo entiendo que sí.

—Dispensad, amigo: yo entiendo que no. Quedaria explicada la justicia de Dios con tales castigos *absolutos* y con tales premios *absolutos*, si los hombres muriesen siempre *absolutamente* buenos ó *absolutamente* malos. Más claro. No habria necesidad de un estado intermedio si en la conducta de los hombres no hubiese tambien matices ó intermedios.

—A fe que no os acabo de comprender.

—Me explicaré. ¿Creeis que todo hombre ó mujer que muere, muere perfectamente bueno ó rematadamente malo? ¿Vuestra madre, por ejemplo, que murió años atrás, era al morir pura como un ángel del cielo ó malvada como un réprobo del infierno?

—No, por Dios; que infinitos hay que no son del todo buenos sin que por eso lleguen á ser del todo malos. Buena era mi madre, pero...

—Este *pero* resuelve toda la dificultad. Porque decid: Esos que mueren sin ser del todo buenos, si mueren así, ¿han de ir de corrida al cielo? ¿Y esos que no llegan á ser del todo malos, han de ser lanzados de rondon al infierno? ¿Habria de esta suerte justicia en Dios?

—Comprendo á donde va el argumento.

—Pues está claro. Hay almas que al salir de esta vida no son todo lo puras que se requiere para disfrutar acto continuo de Dios, que sólo admite á su lado almas sin mancha. ¿Las condenaréis á penas eternas por este estado de relativa imperfeccion en que se encuentran? Es, pues, necesario un

lugar de castigos relativamente leves donde se paguen y se extingan las deudas leves, y este lugar es el que enseña el Catolicismo con el nombre de *purgatorio,* que significa sitio de purificacion. Y lo enseñan las sagradas Escrituras en distintos lugares, y lo han creido en todos los siglos los fieles, y lo manda creer formalmente la Iglesia en su profesion de fe ordenada por el Concilio Tridentino.

—Pero, decid: ¿esta desigualdad de castigos, exigida (es claro) por la desigualdad de las conciencias al presentarse delante de Dios, no podria existir sin necesidad de admitir el purgatorio?

—¿Cómo?

—Suponiendo que las penas del infierno son más ó menos leves ó graves segun las culpas graves ó leves del alma á quien Dios quiere castigar allí. Así se salva la justicia divina sin necesidad de admitir esa quisicosa del purgatorio, y cae por tierra vuestra argumentacion.

—¡Válgaos Dios, amigo mio! Voy á contestaros cumplidamente. Estas penas del infierno que quisiérais vos graduar segun las faltas, ó se suponen penas eternas ó temporales. Si son eternas, no pueden, por ligeras que sean, ser castigo de culpas leves, porque cualquier castigo, por pequeño que sea, sale gravísimo si se le aplica por toda la eternidad; y aunque no hubiese más en él que la eterna privacion de la gloria, esto solo constituiria castigo desproporcionado á las leves faltas y deudas de que aquí se trata. Si se supone que á faltas leves no se aplicarán en el infierno penas eternas y sí tan sólo temporales, entonces ya tenemos el purgatorio tal como lo enseña la Iglesia, sin más que cambiarle el nombre. En tanto es así que algunos santos Padres han llegado á suponer que el purgatorio es el mismo lugar y el mismo fuego del infierno, salva la eterna duracion. Con que ya veis, admitid el dogma del purgatorio tal como lo propone el Catolicismo, y no querais, por vida vuestra, enmendarle la plana á Dios.

Demos un paso más.

Os he presentado este dogma como basado en la infinita justicia de Dios. Ahora advierto que más bien debí ofrecéroslo fundado en su infinita misericordia.

—Os comprendo menos.

—Vais á comprenderme luego sin dificultad. Suponed que no hay tal lugar intermedio entre el cielo y el infierno.

—Admitida la suposicion.

—Consecuencia primera. Si esta suposicion se admite, no hay modo apenas de que llegue á gozar de Dios alguno de los mortales. ¿Cómo, en efecto, es posible (moralmente hablando) vivir y morir de tal suerte que ni una sola de las manchas del mundo haya empañado la limpieza de nuestra alma? Si sólo los enteramente limpios se han de salvar, si no hay medio de limpiarse ó purificarse despues de esta vida, ¿cuál es la suerte de los que mueren cada dia en estado de mayor ó menor reato? Tenemos, pues, que sin el purgatorio seria poco menos que insensatez confiar en la salvacion. El purgatorio es el que me da la seguridad de que, sean cuales fueren mis faltas y deudas, como no muera en pecado mortal, quédame aún despues de esta vida tiempo de expiacion y purificacion. Es una como próroga de plazos que le concede el Acreedor divino á su atrasado deudor.

—Ciertísimo. Viene á ser un suplemento á la cortedad de la vida.

—Exacto, y por tanto bondad pura de Dios, pura misericordia.

—Es realmente un aspecto nuevo de la cuestion.

—Consecuencia segunda. Suponed que no hay purgatorio. ¡En qué cruel incertidumbre no nos deja la muerte acerca la suerte definitiva de las personas queridas que hemos visto morir. Ha muerto mi madre ó mi hermano. No eran criminales, es verdad, pero tampoco carecian de innumerables faltas: que en poco ó en mucho quebrantamos todos la ley de Dios. Negligencias culpables, vanas condescendencias, necios respetos humanos, poca conformidad, reprensibles extremos á que conduce la pasion, etc., etc. Han muerto así, con tales cuentas pendientes ante Su Divina Majestad. No serán admitidos al goce de Dios sino los que completamente las han saldado, *usque ad novissimum quadrantem*, que dice el Evangelio; hasta un céntimo. Si no hay lugar despues de la muerte para tales saldos, el error protestante me obliga á creer que mi padre ó mi hermano se han eternamente perdi-

do! No así creyendo en el purgatorio. Con él ni de los más endurecidos criminales debo desconfiar. Un solo movimiento del corazon en el último instante pudo reconciliarlos con Dios, un acto interior de amoroso arrepentimiento, un ferviente deseo de confesion. Lo demás lo pagarán tal vez en el purgatorio. Así discurre el fiel católico apoyado en la suavísima doctrina de la expiacion y purificacion despues de la muerte. Decid ahora; sobre ser la más conforme á razon, ¿cuál es la más acomodada á los humanos sentimientos, la doctrina protestante que niega el purgatorio ó la católica, que me manda creer en él? ¿Con cuál de las dos resultan más perfectamente equilibrados, digámoslo así, los derechos de la justicia de Dios con los de su infinita misericordia? Resolvedme, si podeis, de un modo más concluyente el problema, y os concedo el triunfo en esta discusion.

¿Pero qué? Si hasta los mismos protestantes empiezan á conocer hoy dia este lado flaco de su sistema. Escuchemos su voto, que es el mejor.

«La mayor parte de los que mueren, dice el protestante Hase, son demasiado buenos para el infierno, pero no es menos cierto que son demasiado malos para el cielo. Se debe, pues, rotundamente confesar que respecto á esto existe cierta oscuridad en la doctrina protestante.» (Hase. *Polémica protestante*, 1864).

«Ninguna alma, dice el protestante Marteusen, ha alcanzado el estado de consumacion perfecta cuando abandona este mundo; por lo cual es preciso admitir un estado intermediario en donde el alma acaba de purificarse para el juicio final. Aunque se haya rechazado la doctrina católica acerca del purgatorio, sin embargo tiene alguna cosa de verdad.» (Marteusen. *Dogmática*).

En una consulta de la Iglesia evangélica de Silesia (Breslau, 1862) se confirma terminantemente que los antiguos teólogos protestantes no condenaron más que las oraciones solemnes y públicas por los muertos, pero que jamás prohibieron á los fieles rogar por los miembros difuntos de sus familias.

En la apología de la Confesion de Ausburgo (párrafo 33) se lee: «Sabemos que los antiguos han hablado de la oracion por los difuntos, y nosotros no la impedimos.»

Burnet, obispo protestante de Salzburgo, afirma que hasta el tiempo de Eduardo VI, hijo y sucesor de Enrique VIII, recomendaban los anglicanos las almas de los difuntos á la infinita misericordia de Dios.

El mismo protestante Grocio asegura, que era universal entre los judíos la costumbre de orar por los muertos, y Leibnitz, protestante tambien, admite igualmente un estado de expiacion despues de la muerte y recomienda la oracion en sufragio de los difuntos.

Pero ¡qué más, amigo mio! desde que desgraciadamente hay protestantes, casi todos extranjeros, en algunas ciudades de España, es cosa fácil averguar y ver como celebran ellos sus entierros. Ahora bien. Veréis que al dar sepultura á uno de sus sectarios, el llamado pastor saca su libro y reza sus salmos y dirige sus preces al cielo. ¿Por quién ora aquel hereje si su secta le manda creer que no hay purgatorio? Porque si no hay purgatorio, es decir, si aquella alma por quien ora está ya para siempre en el cielo ó para siempre en el infierno, es evidente que ninguna oracion le ha de aprovechar. ¿Qué tal?

—Es gracioso, en efecto.

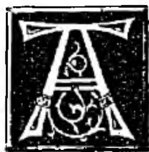
—Creed, pues, amigo mio, en el purgatorio como mandan creer, no los curas y los frailes, sino Cristo y su Iglesia. Y pedid luego á Dios os conceda la dicha de pasar algun tiempo (el menos posible) allá.

—¿Y nada me decís de los sufragios?

—En esto no podemos ya ocuparnos hoy, y será preciso dejarlo para el opúsculo siguiente.

LXVI.

CARIÑO MÁS ALLÁ DE LA TUMBA.


COSTÚMBRANSE ponderar un firme amor ó una acendrada amistad, diciendo que son amor ó amistad hasta la tumba. No se contenta con tan poca cosa la Religion en el amor que manda nos tengamos mútuamente los que nos llamamos hijos suyos. Más allá de la muerte y más allá de la tumba quiere que se extienda nuestro amor; que sobreviva á nuestros mortales despojos; que sea inmortal como nuestras almas; que las acompañe hasta la eternidad.

Y no es sólo un amor parecido á vago recuerdo el que manda se conserven unos á otros sus hijos, sino que ordena se amen con algo más que con estériles afectos ó dulces memorias. Amor de obras ha de ser, amor eficaz, amor positivo, amor con que realmente se ayude y se socorra y se consuele al que amamos, y con el cual quedemos á la vez grandemente consolados y complacidos los mismos que con él ayudamos y atendemos á nuestro amigo que murió.

Tal es el hermosísimo dogma cristiano de los sufragios por las almas del purgatorio.

Ria cuanto quiera la impiedad; enójese cuanto le plazca con nosotros el racionalismo protestante; la Iglesia católica enseña muy bien, y enseña acorde con el sentimiento más íntimo de todo el género humano, cuando dice que es santo y saludable rogar por los difuntos para que se vean más pronto libres de las penas del purgatorio.

Del mismo corazon humano nace un poderoso argumento en favor de esta verdad. Donde quiera que hay hombres hay exequias instituidas para el entierro de sus restos mortales. Y en todas estas exequias el rito principal es la plegaria, no por los restos inanimados del difunto, que esos ya se sabe que no la han menester, sino por su porcion inmortal, por su alma, de la cual se tiene en todos los cultos el presenti-

miento natural (natural, reparadlo bien) de que sobrevive al cuerpo y necesita ser auxiliada por las oraciones de los vivos. Recorred todos los países, examinad las costumbres de todos los pueblos, desde el más civilizado hasta el más salvaje. En todos se celebran funerales, y en todos consisten éstos principalmente en rogar por el muerto. En este mismo sentido hablan todos los cantos fúnebres, todos los epitafios. ¿Quién les ha dictado á todos los hombres de todos los climas y de todos los cultos esta tan uniforme creencia? La misma naturaleza, el sentir íntimo de cada individuo, el propio grito del corazon. Y en filosofía se enseña que lo que con tales caracteres se revela en el hombre, no es convencional, no es arbitrario, no es impuesto por leyes ó adoptado por caprichosas conveniencias, sino que es dictámen innato de la razon natural, emanado directamente de Dios su autor. Luego, aunque otras demostraciones no hubiese, bastara esta sola para que se debiese creer en la utilidad y eficacia de las oraciones por los difuntos. Y por lo mismo no reproducimos aquí los textos de la sagrada Escritura en que se apoya esta verdad, y la maravillosa conformidad de todos los Padres de la Iglesia en enseñarla.

—Está bien, dirá alguno, pero á mí se me figura que no es sino la codicia la que pone en los labios de los predicadores católicos la constante exhortacion de que se *haga bien* por los difuntos. Porque claro está: como los Curas viven de eso, al fin en favor de eso han de abogar.—

—No tiene, que digamos, gran fondo de sabiduría esta objecion, pero la admitimos porque es de las más vulgares y usuales. Con una sola palabra quedará desvanecida.

¿Qué enseña la Iglesia, qué predican los Curas cuando dicen que se debe *hacer bien* por las almas de los difuntos?

—¡Toma! (me responderás) lo que quieren es que se les lleve dinero para misas y funerales. Ahí está el *quid*.

—Pues yo te aseguro, amigo mio, seas quien fueres, que nada sabes de la presente cuestion, ó hablas simplemente por pura manía de calumniar. ¿Cuándo y cómo ha enseñado la Iglesia y han predicado los Curas que se debe por precision dar dinero á nadie para ofrecer sufragios por las almas del purgatorio? Aprovecha por ellas todo lo que tiene carác-

ter de obra buena: por esto á los sufragios por los difuntos se ha llamado *hacer bien*, que es la frase más comprensiva de todas, supuesto que abraza todo lo bueno. Nunca se ha dicho que sólo con misas se puede ayudar á las almas del purgatorio. Quien tal dijere seria condenado por la Iglesia sin remision. Las misas son un sufragio que se puede ofrecer por las almas, pero no único, ni indispensable. ¿Qué cuartos te cuesta confesar y comulgar? ¿Qué reales se pagan por rezar bien una ó dos ó tres partes del santo Rosario? ¿A quién se ha de dar dinero por ayunar ó mortificarse de cualquier otra manera? Si visitas á un pobre y le socorres, ofreciendo este acto por un difunto, sufragio es; si perdonas con la misma intencion una injuria, sufragio es; si tienes por igual motivo un rato de buena lectura ó media hora de meditacion, sufragio es. Si oyes una misa ó media docena, aunque no le dés al sacerdote limosna alguna para que aplique á intencion tuya el fruto principal, tambien hay en ella sufragio de que puedes tú disponer. Un movimiento del corazon á Dios, un acto de paciencia en la enfermedad ó en la persecucion, una sencilla jaculatoria, un rezo cualquiera, son ciertamente sufragios de gran valor y no cuestan un céntimo, que yo sepa. Y no solamente tienen valor de sufragio en pro del alma ó almas por quienes los ofreces, sino que te traen á tí mismo grandes ventajas, pues te sirven de mérito para el cielo, fomentan tu piedad, mejoran tus costumbres y te llenan de singulares consuelos.

Ya ves cuantas y cuantas cosas puedes hacer por las almas del purgatorio sin tener que alargarle una mala peseta al Cura de tu lugar. Ya ves como pueden muy bien los predicadores hablar continuamente de purgatorio y de sufragios, sin que se tenga de pensar que hablan así por puro deseo de llenar su bolson. Hora fuera ya de que los que para poner dificultades á los dogmas católicos se valen de tales armas, empezasen por saber de qué se las han. Y hora fuera ya tambien de que empezasen á conocer claramente á tales impugnadores de tres al cuarto, los mil y un bobos que tan fácilmente les prestan atencion. ¿No es recia cosa (y sea dicho de paso) que para dejar bien convencido á un hombre de verdades tan fundamentales y universales, que el propio instin-

to natural manda creer, hayamos de desplegar los apologistas católicos todo el aparato de argumentos que suministra la ciencia, y que luego baste tal vez la rechifla de un botarate para hacer vacilar la creencia de un hombre de bien?—

¡Cuán simpática, además, se presenta al corazon esta doctrina católica sobre el purgatorio y los sufragios con que pueden ser por nosotros auxiliadas las almas detenidas en él! *Cariño más allá de la tumba,* he llamado á los sufragios ofrecidos por los difuntos, y aún me parece no haber acertado con la expresion. No sé cómo calificar esta amorosa y tiernísima comunicacion que establece la fe cristiana entre nosotros y nuestros hermanos de la eternidad. Por ella continúan sin romperse ni aflojarse los lazos de afecto que en vida unieron con misterioso nudo los corazones; amo y soy amado al través de los horrores y negrura del sepulcro; tiendo hácia allá mi mano para favorecer, y sé que hay quien se consuela y ayuda con mis favores. Dios, Dios mismo se ha hecho intermediario y confidente de esas dulcísimas comunicaciones entre la madre y sus hijos, entre el esposo y la esposa, entre el amigo y el amigo. Dios, Dios mismo se constituye conductor invisible de esas tiernas correspondencias. Jamás imaginó la fabulosa poesía de los paganos idea tan bella: tales encantos estaban reservados á la sola verdad.

Tú que lo niegas y lo befas, como tu maestro Voltaire, sin otro argumento que una desdeñosa sonrisa, vé á preguntarlo á los corazones heridos por la pérdida de un sér tiernamente amado. Allí te responderán. Hay verdades que más bien se ven con el corazon que con la inteligencia, y más fácilmente se prueban con un ¡ay! del primero que con cien silogismos de la segunda. A este número pertenece ciertamente la verdad que tratamos aquí. No hay labio que ante un cadáver no murmure instintivamente una plegaria; es el argumento del corazon que se impone á los sofismas y cavilaciones del más extraviado. Se ven en el mundo de hoy cosas rarísimas sobre el particular. Don Fulano de tal es incrédulo de bombo y campanillas y ha hablado y escrito mucho en ateneos y periódicos contra la fe de Dios y las supersticiones de los Curas. Muéresele una hija, y aquel valenton ya no se resigna á creer que su hija no fué más que un pedazo

de carne que se echa á pudrir y nada más. El *Padre nuestro*, que nuestro gran hombre no habia rezado desde su primera Comunion, acude entonces á sus labios evocado por la fuerza del dolor, y el piadoso ¡Dios la haya perdonado! sale de ellos como pudiera del más rancio cristiano. Los que por nuestro ministerio somos llamados á presenciar ciertas escenas, vemos de estos casos con mucha frecuencia. ¿Qué hay aquí? Sencillamente el grito del alma que se sobrepone á las preocupaciones del sectario. ¡Ojalá el mundo con sus ruidos y la vanidad, la necia vanidad con sus vergonzosos respetos humanos, no ahogasen muy luego esos interiores acentos del alma naturalmente cristiana!

Tú, lector amigo, hazte del piadoso recuerdo de las almas del purgatorio, no una simple devocion, sino una como obligacion severísima. El dar auxilio á los difuntos entra en el número de las obras de misericordia prescritas por la ley de Dios y que en ciertas ocasiones obligan en conciencia. Levantar en el cementerio ostentosos mausoleos, colgar allí cintas y coronas, escribir pomposos y tal vez mentirosos epitafios, puedes ahorrarlo muy bien. No sale favorecida con esto el alma del difunto, sino ridículamente satisfecha la vanidad del vivo. Ocasion fuera de que se gastase alguna mayor seriedad en sitio tan serio como es el lugar de la muerte. En vez de todo esto ruega, y le irá mejor á tu difunto y tambien á tu conciencia y á tu fama de hombre formal y cristiano. Llevar la frivolidad y las competencias del lujo al recinto de la muerte es hacer de la memoria de los que fueron un simple juguete de nuestra fatuidad. Ruega, amigo mio, y sabrás por experiencia cuanto le son más propios á tu situacion los rezos, que los mármoles y bronces y que todas las cintas y colgajos de la quincallería.

La Religion además de encargar el rezo constante por los difuntos como hace ella, sin olvidarlo jamás, en todos sus actos, tiene dia propio y especial dedicado á su solemne conmemoracion. Dia en que sollozan desde sus altas torres las campanas, en que se visten de negro los altares, en que multiplica el sacerdote el santo Sacrificio. En tal dia se abren de par en par los cementerios y resuena en sus silenciosas calles el movimiento de los que acuden á aquel fúnebre lugar.

No tomes eso á broma, no hagas de tal dia ocasion de profano pasatiempo, no vayas á turbar con criminal algazara la santidad de aquel sitio consagrado por las bendiciones de la Iglesia. La sola curiosidad mundanal tiene allí visos de sacrilegio ó por lo menos de profanacion. Saca siempre de allí dos lecciones tremendas que todo cristiano debiera traer de contínuo grabadas en su imaginacion.

Primera. La de que no se tardará mucho tiempo sin que tu cuerpo orgulloso vaya allá á hacer compañía á aquellos otros, que poco antes se sintieron rebosantes de vida y salud y locas ilusiones como tú. Que Dios lo ha escrito sobre tu frente y se cumplirá: *Polvo eres y polvo te has de volver*.

Segunda. La de que un dia necesitará tu alma infeliz esas oraciones que ahora te pide solícita la Iglesia por tus hermanos. Si con ellos ha sido duro tu corazon, la justicia divina permitirá te traten los demás con igual merecida dureza. Que no en vano ha dicho en el Evangelio el Señor: *Con igual medida con que midiéreis se os medirá*.

¡A ver, despues de todo esto, como no te resuelves desde hoy á ser más amigo de las almas del purgatorio!

LXVII.

CELESTIAL COMPAÑERO.



ACE notar nuestro popular y cristiano Fernan Caballero que el pueblo español, allí donde por fortuna conserva todavía sus características costumbres, tiene una cierta y especial manera de saludar. Y es que suele decir al que encuentra en un camino: ¡Dios os guarde y á la compañía! aunque el individuo á quien se dirige el saludo ande solo y sin otro que le sirva de compañero. Y añade, que si preguntais á uno de nuestros católicos rancios á qué compañía se refiere el saludo mencionado, os dirá al punto como extrañándose de vuestra extrañeza: «Pues, señor, ¿no sabeis que cada uno trae consigo á todas horas la del Angel de la Guarda?»

En efecto, amigo lector, hé aquí el celestial compañero de que me ha ocurrido hablarte bien ó mal en el dia de hoy. Celestial compañero á quien tú no ves, es claro; porque las cosas del mundo invisible no se ven con los ojos de la cara, sino con los ojos del alma, que son los propios y adecuados para esta vision.

Y sobre este punto, echemos antes un parrafito tú y yo, á modo de preliminar.

El mundo invisible es tan real y cierto, amigo mio, como el mundo que se ve. Sólo los necios hacen gala de no creer más que lo que ven y tocan; por esto merecen dictado de necios, por mucha humana ciencia que tengan, todos los incrédulos y racionalistas. Son unos pobrecitos desdichados que se conocen cortos de vista, porque confiesan la cortedad de su razon, pero que á pesar de reconocer esta cortedad de su razon afirman y juran, ¡insensatos! que nada absolutamente hay más allá de ese poquito poquito que ellos aciertan confusamente y entre nieblas á vislumbrar. Por esto comprenderás cuán indeciblemente fátuo se hace un hombre por sabio que sea, reconociendo que apenas ve más allá de

sus narices, como se suele decir, y pretendiendo no obstante saber de cierto que más allá de sus narices no hay otra cosa que ver, ni áun con el anteojo.

Hay, pues, un mundo de seres invisibles al igual de este mundo de seres visibles que nos rodea. Así como el mundo visible se ve con los dos ojos de la cara corporal, así los seres del mundo invisible se ven con los ojos del alma, que son los instrumentos apropiados para verlos. Estos dos ojos del alma son la razon y la fe, ó sea el conocimiento natural y el conocimiento sobrenatural. Unos se ven con este ojo de la razon, y así se constituye la ciencia que en gran parte se ocupa de seres inmateriales y por tanto invisibles; á otros no llega ni áun este ojo intelectual por estar á más distancia, y estos se ven con la ayuda del otro que es el de la fe.

Ahora bien. A este mundo invisible y superior cuyos seres sólo pueden ser conocidos por el ojo superior del alma, que es el alumbrado por la luz de la fe, pertenece este sér real, verdadero, positivo, que se llama el Angel de la Guarda.

Enseña la fe cristiana, y es pecado grave no creerlo, que Dios ha destinado á cada alma que viene á este mundo un Angel para su direccion y custodia. Es de fe y debes creerlo, como crees en la santísima Trinidad, en la Encarnacion de Jesucristo, en la Concepcion sin mancha de María y en todas las otras verdades que pertenecen al dogma cristiano. Insisto en esto, para que no vayas á figurarte que esta es creencia piadosa de mujeres y místicos y nada más. No, es verdad revelada, y faltaria gravemente quien la pusiese en duda, y se saldria de la Iglesia quien la negase de un modo formal.

Es, pues, divinamente cierta la existencia á tu lado de un sér nobilísimo, enviado por Dios para protegerte y asistirte; sér que sin perjuicio de su eterna felicidad, con la vista clara de Dios, que no puede perder ni un instante, vive no obstante perennemente asociado á tí, como formando en cierto modo parte de tu propia persona: que anda si tú andas; se detiene si tú te detienes; oye tu conversacion; lee con sutil perspicacia tus ocultos pensamientos; observa tus más menudas acciones; asiste á las escenas más íntimas de tu vida; vela junto á tu lecho de descanso, ó de enfermedad ó de

muerte; no te deja, en una palabra, desde el primer instante de tu animacion en el seno materno hasta el postrer suspiro de tu agonía. Más aún, al abandonar tus todavía calientes despojos esa porcion inmortal, síguela él hasta el juicio y no da por terminada su mision hasta que, tras la final sentencia, la ha visto, ó hundirse en las espantosas profundidades del infierno, ó subirse á los goces del paraíso, ó ser entregada por plazo más ó menos largo á las purificadoras llamas del purgatorio. Y áun allí enseñan algunos que consuela al alma, sino la real compañía del Angel de la Guarda, al menos su eficaz oracion y su intercesion poderosísima. Esto creemos todos los buenos cristianos, y esto indudablemente crees tú sin vacilacion ni repugnancia alguna. ¿A qué, sino, llamarte católico, y andar á todas horas blasonando de tal?

Esto crees, es verdad; pero sobre esto permíteme te pregunte como sobre tantas otras cosas: ¿Crees bien lo que crees? Es decir, ¿tienes de eso la íntima persuasion, la conviccion práctica que se debe tener de todas las cosas ciertas, reales y prácticas? Si así es, tendrás no sólo fe en la verdad del Angel de la Guarda, sino que tendrás además cariño á su persona, confianza en su proteccion, agradecimiento á sus contínuos beneficios, saludable temor á su tenaz é incesante vigilancia. A eso se dirige con preferencia el presente librejo.

Ante todo debes tenerle cariño. No hay amigo en el mundo más digno de llamarse tal, ni que mejor desempeñe para contigo los deberes de una fidelísima amistad. Desde que recibe el encargo divino de andar á tu lado, lo cumple como cumplen los Angeles la voluntad de Dios, es decir inviolablemente. Te ama, en su debida proporcion, como ama á Dios, porque ve en tí un alma de Dios. Despues de Dios, eres tú la cosa más íntimamente suya; puedes llamarle tu Angel, puede él llamarte cosa suya, su alma. De tal suerte ha enlazado Dios estas dos existencias, que las ha hecho inseparables hasta que el definitivo destino de una de las dos determine ó su eterna separacion por la condenacion de la una, ó nueva union en los cielos por el goce de la misma gloria. ¿A quién, pues, deberás más fina amistad ó más sincero afecto?

Débesle tambien el homenaje de una segura confianza. Se cuenta con el poderío de un embajador, segun es el poderío del rey que le envia. A ese le envia allá de su corte el mismo Dios, y le envia á esta principalísima mision de proteger á un súbdito suyo que navega en su cuerpo de barro mortal acá entre los arrecifes y escollos del mundo. Es, pues, poderosísimo protector. A todas horas te alarga su mano: basta que imprudente no la desdeñes por el gusto de hacerte el libre y el independiente. A todas horas te cubre con su escudo; basta que por arrojarte á caprichosas aventuras no te pongas á tí propio en descubierto. Le temen todos tus enemigos, áun los más fieros y enconados: ninguno te hará daño si tú quieres ser defendido. Medios mil tiene y secretos resortes con que ponerte sobre aviso y dirigirte cariñosas y tal vez severas advertencias; puede sugerirte piadosos pensamientos en tus desmayos; hacerte oir un grito de ¡ alerta ! en el momento crítico de una tentacion; atormentarte con remordimientos en mitad de tus devaneos y locuras. Es tal vez el hilo conductor de los más eficaces movimientos de la gracia. Culpa tuya será si te obstinas en cerrar voluntariamente los oidos á esta voz amiga, ó si dejas de acudir á ella por olvido ó desconfianza.

Por tantos y tan continuados beneficios débesle singular agradecimiento. Tobías, que mereció gozar visible esta compañía por algunos dias creyéndola de hombre mortal, no juzgaba deber corresponderle con menos que con darle la mitad de su hacienda. Ni con toda ella contentarias á tu Angel, que anhela de tí otro más noble tributo. Sirve por amor, y con amor desea ser correspondido. Amale, pues, y profésale particularísima devocion. Salúdale con breve pero afectuosa súplica al despertar y al acostarte; recurre á su auxilio en los momentos críticos de la vida; no olvides pedírselo al poner mano en cualquier empresa, al empezar un viaje, al dar principio á tu cotidiana labor, al sentirte cansado ó desalentado por cualesquiera dificultades. Cuenta, en una palabra, con él, como se cuenta con el mejor amigo, y agradécele á él sus favores como se agradecen los más importantes que cualquiera te puede hacer.

Teme finalmente su continua vigilancia. Es un testigo de

vista que ni un momento deja de espiar tus más insignificantes acciones. El libro aquel de tu *debe* y *haber* con que un dia serás infaliblemente juzgado, puedes figurarte que él lo lleva por encargo del supremo Juez para en su dia entregárselo, y con él los considerandos de tu final sentencia. Imagínate, pues, á tu lado este severo fiscal tomándote á todas horas riguroso inventario. La obra buena ó mala que ejecutas, la palabra santa ó indigna que sueltas, el pensamiento honrado ó infame que concibes, el deseo más ó menos puro que nace en tu corazon, quedan inmediatamente apuntados en las hojas de este libro de memorias, para de él no borrarse jamás. Jamás, ¿lo oyes bien? Jamás. El arrepentimiento cristiano hará que te sean perdonadas las partidas desfavorables, así como el morir en pecado mortal hará que no te aprovechen las ventajosas; pero en cuanto á borrarse, eso no; escritas estarán por toda la eternidad. Son las hojas de tu proceso, y quedan eternamente en los archivos de Dios.

Ahora bien, cuando sientas en ti el aguijon del pecado que te incita á cometerlo, recuerda al punto: «¡Ay, que de eso me va á tomar nota el Angel de la Guarda!» Al revés, cuando te sientas con pocas fuerzas para hacer un sacrificio costoso, que al fin si no costasen poco ó mucho no fueran ya de mérito alguno los sacrificios, anímate con esta exclamacion: «¡Vaya! hagamos este pequeño esfuerzo más, que todo eso nos apuntará el Angel de la Guarda en el capítulo de las obras buenas.» Y verás despues de eso cuán animoso te encuentras para el bien, y cuán cauto y precavido para no caer en el mal. Aun para los mismos actos comunes de piedad y caridad, para tus rezos, para tus sacramentos, para tus limosnas, para tus palabras de consuelo al pobre, para tus visitas al enfermo, ¡cuán eficaz despertador será la idea de que vas amontonando con eso partidas sobre partidas, todas favorables á tu causa en el registro que te lleva el compañero celestial!

Puede, por fin, el Angel de la Guarda servirte de mensajero y portador de mil tiernas y amorosas confidencias. Una buena señora, ausente durante muchos años de su queridísimo hijo, profesaba especial devocion al Angel de la Guar-

da de éste, y le encargaba todos los dias cuanto deseaba decir, y no podia, al hijo de sus entrañas. Suplicábale le sugiriese tal pensamiento, le advirtiese de tal peligro, ó le inspirase horror á tal persona, ó simplemente le pusiese en el corazon deseo de escribirla más frecuentemente á ella. Y áun á veces interesaba á su propio Angel para que se pusiese por intercesor para con el Angel de su hijo y facilitase así el logro de sus anhelos. Y decia la tal señora que casi siempre le daba excelentes resultados esta tiernísima devocion.

¡Ea, pues! ¡Al bendito Angel de nuestra Guarda, al celestial compañero que nos ha sido enviado por Dios para que con él crucemos más seguros el desierto de la vida, tengámosle especial amor!

LXVIII.

NI FE SIN OBRAS, NI OBRAS SIN FE.

Esta es la fórmula verdadera del verdadero catolicismo. Pregunta la doctrina cristiana: «¿Cómo se alcanza la gloria del cielo?» Y contesta: «Con el santo Bautismo y *creyendo* y *practicando* la doctrina cristiana.» Se vive, pues, cristianamente sólo de esta manera, creyendo y practicando. Es decir, con fe de cristiano y con obras de cristiano. Ni basta fe sin obras buenas, ni bastan obras buenas sin fe.

No lo predican así dos clases de enemigos que hoy más que nunca asestan sus tiros contra la Iglesia de Cristo y trabajan en el mundo por cuenta de Satanás.

Dice el protestantismo: «Basta la fe sin necesidad de obras ni de sacramentos. Cree y serás salvo sin necesidad de otro mérito alguno, que todos los ganó Cristo por ti.»

Y sale por el lado opuesto el racionalismo disfrazado de honradez y hombría de bien, y dice: «¿Creer? ¡Ca! Déjense Vds. de cuentos. No hacer mal á nadie y hacer bien á todos, esta es la única religion.»

Hé aquí dos pareceres, opuestos al parecer, y de los cuales el uno diríase refutacion del otro. Y sin embargo, en el fondo disparan sus tiros contra una misma cosa. El protestante, asegurando que sólo es necesaria la fe, y el racionalista, falso hombre de bien, asegurando que sólo son necesarias las obras, yerran ambos por la mitad: porque ni la fe sola basta, ni las obras solas bastan, sino que, segun enseña la verdadera religion cristiana, la fe debe completarse con las obras, y las obras deben estar basadas sobre el fundamento de la fe.

Dicen los protestantes: «Basta creer: no hay necesidad de obra alguna para procurarnos méritos porque todos nos los ganó Jesucristo.» Grosera mentira, bien que encubierta y disfrazada con una hermosa sombra de verdad. Jesucristo nos

ganó con su Sangre divina el derecho á la gloria, pero á condicion de que cada uno de nosotros hiciese propios los méritos de Él por medio, no de la fe sola, sino de la fe y de las buenas obras. De lo contrario el cielo se nos daria de balde y como regalado, cuando no es asi sino que se nos manda ganarlo á punta de lanza y á costa de nuestro trabajo.

¿Quieres de esto abundantes testimonios? Pues la Biblia nos los ofrece á cada paso, y cierto es cosa de extrañar no los sepan ver los protestantes que á todas horas la traen entre manos. Hé aquí los más notables.

Si el impío hiciere penitencia de sus pecados y guardare mis mandamientos y obrare segun ley y justicia, vivirá y no sufrirá la muerte eterna. Así habla Dios á su pueblo por medio de Ezequías.

Jesucristo, al referir en su Evangelio la sentencia final que dará Dios Padre á los buenos y á los malos, la funda no en que hayan creido ó dejado de creer, que esto se da por supuesto, sino en lo bueno que obraron ó dejaron de obrar. Así dirá á los justos: *Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesion del reino celestial... porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era peregrino y me hospedásteis, estaba desnudo y me cubrísteis, enfermo y me visitásteis, encarcelado y vinisteis á verme.* (Matth. xxv, 35, 36). Y al revés, funda la sentencia de los malos en no haber cumplido estas obras de misericordia.

Jesucristo, al preguntarle un jóven qué debia hacer para salvarse, le contestó sencillamente: *Si quieres entrar en el cielo guarda los mandamientos.* (Matth. xix, 17).

Ahora bien, los mandamientos pertenecen á lo que se ha de obrar, como el símbolo pertenece á lo que se ha de creer. Luego no solamente es preciso creer, sino que además es preciso obrar.

Ved lo que escribe san Pablo á los romanos (II, 13): *No serán reputados justos ante Dios solamente los que oyeren ó supieren su ley, sino los cumplidores de ella.*

Y el apóstol san Jaime oid lo que asegura en otra Epístola (II, 24): *Por las obras se justifica el hombre y no por la fe tan sólo... porque la fe sin las obras es fe muerta.*

El mismo san Pablo añade en otro lugar (*I Corinth.* XIII,

v. 2): *Si tuviese tanta fe que trasladase de un sitio á otro las montañas y no tuviese caridad* (que pertenece á las buenas obras) *nada soy.*

¡Creer tan sólo! Oye lo que dice san Jaime: *Tambien creen los demonios y tiemblan.* (Jacob. II, 19).

Esto, amigo lector, es decisivo.

¿Qué nos dicen la razon natural y el mismo sentido comun? Lo mismo. Escucha bien. Si la fe sin las obras basta, será indiferente que las obras sean buenas ó malas, porque en rigor no habrá esta distincion entre malas y buenas. Cómo crea mucho el hombre, tiene carta blanca para todo, ¡viva la libertad! Que robe ó haga limosna, que alabe á Dios ó le blasfeme, que guarde fidelidad en el matrimonio ó cometa mil adulterios, que sea puro como san Luis ó lujurioso como Tiberio, todo es igual, todo le sale á cuenta del mismo modo. Procure creer mucho en Cristo: nada más se exige de él. Dime ahora, ¿no es esto barrenar toda moral, destruir toda religion, hacer servir á Cristo Dios de cómplice y encubridor de todas las fechorías? ¿Es posible con esto honradez alguna? ¿Es posible la misma civil sociedad? ¿Para esto ha prometido Dios un cielo y amenazado con un infierno? ¿Para esto ha intimado que pediria severísima cuenta no sólo de las acciones, sino de las palabras, hasta de las ociosas, y hasta de los más ocultos pensamientos? ¿Para esto ha dicho que acusaria de fornicario hasta al que con mal fin pusiese solamente los ojos en una mujer? ¿Para esto ha prometido recompensas hasta al que diese un vaso de agua fresca en su nombre? ¿Quién falta aquí á la verdad, quién miente aquí? ¿Cristo ó Lutero? ¿El Evangelio ó los protestantes?

Me parece no se necesita más para que vea cualquiera como no basta creer solamente para ser bueno y salvarse, como predican los luteranos, sino que es preciso creer y practicar, tener fe y obras, como enseñan Cristo y la Iglesia católica.

Vayamos ahora á los otros del dia, á los que sólo tienen por buenas las obras y dicen que para nada aprovecha la fe. Dicen ellos: «Importa poco tener esta ó la otra creencia, ó no tener ninguna. Lo que importa es ser hombre de bien. No hacer mal á nadie y hacer bien á todos, esta es la mejor religion.»

Falso, falso, falso. Diabólico error como el otro, y tal vez más perjudicial. No basta la fe sin las obras, pero tampoco bastan las obras sin la fe. La fe está mandada en todas las páginas de la sagrada Escritura, como condicion indispensable y primordial para la salvacion. Oye bien.

Dijo el Salvador á sus Apóstoles al enviarlos á todo el mundo (Marc. XVI, 15): *Predicad el Evangelio á toda criatura; quien creyere será salvo; quien no creyere se condenará.* ¿Puede darse lenguaje más terminante?

Id, é instruid á todas las gentes, les dijo segun san Mateo (*Matth.* XXVIII, 19, 20), *bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á guardar todas las cosas que os he mandado.* Y en estas cosas se contienen no sólo preceptos que cumplir, sino tambien creencias que profesar.

El primer precepto del Decálogo contiene la obligacion de *Amarás á tu Dios y Señor y á Él solo servirás*. ¿Es, pues, indiferente creer en esta ó aquella religion? ¿Es indiferente ser idólatra ó cristiano, ser católico ó judío?

¿A qué vino nuestro divino Salvador al mundo? Aparte de la obra inefable de la Redencion vino á enseñar.

¿Y qué enseñó? Enseñó dogmas y preceptos. Dogmas para que fuesen creidos; preceptos para que fuesen practicados.

—¿Se ha de creer, pues?

—Sí.

—¿Y qué se ha de creer?

—Todo lo que enseñó Cristo y sigue enseñando la Iglesia, heredera de su autoridad.

—¿Y no vale lo mismo dar un pedazo de pan al pobre porque sí, ó dárselo porque lo manda Jesucristo?

—No, no vale lo mismo.

—¿Por qué razon?

—Porque en lo primero no hay más que un acto de beneficencia material del hombre por amor del hombre, y en lo segundo hay un acto de caridad moral y teológica, es decir, del hombre por amor de Dios.

—¿Y el que hace obras buenas haciendo alarde de incredulidad y sólo por su buen natural, peca?

—Peca, no por estas obras que en sí no son pecados, sino por su pecado de incredulidad. Además dichas obras, por buenas que en sí sean, como no son más que humanamente buenas, no sirven al hombre para ganarle el cielo, porque para merecer premio divino han de ser buenas divinamente.

—¿Y cómo se consigue esto?

—Sólo se consigue poniéndoles el sello de Cristo Hijo de Dios, es decir, haciéndolas por la fe en Él y por la esperanza en Él, y por el amor á Él. Más claro. El reino de Cristo es recompensa sólo para las obras hechas segun Cristo, y sólo son obras hechas segun Cristo las que se hacen con el espíritu de Cristo.

—Y, pues, ¿qué serán las obras de beneficencia hechas por tantos que no tienen religion?

—Son obras de pobres paganos que á lo más tendrán cierta recompensa en esta vida, pero que ninguna relacion tienen con el premio sobrenatural ó sea la eterna salvacion.—

He aquí, amigo mio, condensado en este breve dialoguito lo que debes católica y razonablemente pensar sobre esta materia de tantos hombres de bien, que con todo y ser tenidos por tales en el mundo, serán ¡ay! rechazados como réprobos en el tremendo tribunal.

Creer es poner el fundamento del edificio, obrar es colocar las paredes y techumbre de él. Sin paredes y techumbre no hay edificio, por muy bien asentados que estén los cimientos; pero sin cimiento claros está que ni paredes ni techumbre se han de sostener.

Me rio de esta fe estéril, que ningun fruto de piedad produce; hasta en lo humano se dice que obras son amores y no buenas razones. Corazon que no traduce en hechos lo que cree y lo que ama, no cree ni ama sino de burlas. No basta decir *creo* y quedarse luego tan satisfecho como si nada más quedase por hacer. No, no se siguen de esta manera las banderas de los reyes de la tierra, ni se ha de seguir de esta manera la del Rey celestial. El soldado que por defender su bandera se contentase con decir «creo en ella, soy adicto á ella,» y no acudiese con el valor de su brazo á luchar por

ella, no pasaria de ser un majadero bravucon. Creer conviene ante todo, está claro, pero creer para obrar.

Pero me rio más aún de los que piensan que se puede ser bueno haciendo tan sólo algunas obras exteriores porque sí, sin ningun superior estímulo que las mueva, sin ningun fin de órden más elevado que las ennoblezca. ¡Ah! ¡Pocas y frias serán esas acciones que salgan de un corazon que no las ha caldeado con el fuego de una firme creencia! Aun en lo humano las grandes acciones no son hijas sino de grandes convicciones, y sólo obra mucho quien mucho cree. Nunca se han obrado grandes hazañas en nombre de una bandera anónima. Nunca se ha movido el corazon por entusiasmo alguno sino se lo ha dado alguna idea firmemente profesada. ¿Y se quiere que las obras de la Religion y de la caridad, la guarda de las virtudes, el enfrenamiento de las pasiones, la castidad sin quiebras, el perdon de los enemigos (que todas estas son grandes y costosas hazañas), se hagan sin el poderoso aliento de grandes ideas en el corazon? Enseñadme un hombre verdaderamente virtuoso fuera de la Religion y os doy un ojo de la cara. No; es mentira; los grandes sacrificios que exige la austera ley del deber no se hacen sino mirando al cielo, donde han de ser juzgados. No hay de Dios abajo gloria alguna que merezca ser su recompensa, ni hay de Dios abajo poder alguno con cuyo temor se pueda evitar su infraccion.

LXIX.

LA SANTA INQUISICION.

SÓLO dos clases de enemigos tiene *el santo tribunal de la Inquisicion:* los malvados y los ignorantes.

Los primeros aborrecen la Inquisicion, como aborrecen todas las cosas buenas. Como Satanás, su padre y maestro, viven de aborrecer. Los segundos hablan casi siempre sin saber de qué se las hán. Leyeron algo malo en su juventud, y á pesar de que la Iglesia les decia que aquello era malo, á ellos les parecia que algo debia tener de verdad cuando alguien se tomaba la pena de escribirlo é imprimirlo. En el teatro presenciaron escenas terroríficas de frailes y encapuchados, vieron arder braseros, y crugir tenazas, y pasar ante sus ojos ruedas de navajas, y gemir en negros calabozos mil y mil interesantes víctimas del despotismo clerical. Y luego les dijeron al oido: «Ya ves, asi trataban los frailes á los que querian perder.» Sin más raciocinios se han formado casi todos los juicios del dia contra el desdichado Tribunal.

Mas como los malvados son muchos y los ignorantes son todavía muchísimos más, entre las declamaciones interesadas de unos y el inocente horrorizarse de otros, se ha ido formando sobre este punto tal y tan densa nube de preocupaciones, que ya es como milagro de Dios encontrar quien vea claro en esta materia; y el nombre de la Inquisicion, que tanto y tan finamente amaron (amaron, sí) nuestros mayores, ha venido á ser hoy para gran número de sus descendientes, horripilante palabra que les pone los pelos en punta sólo oirla pronunciar.

La santa Inquisicion española (ya que á ésta se alude siempre que se trata esta cuestion) sólo necesita ser conocida. Presentarla como es ó como fué en realidad es su mejor defensa. A esto solo me voy á concretar.

Era la santa Inquisicion un tribunal especial para juzgar los delitos que se cometian contra la Religion. Todo el mundo sabe lo que son tribunales especiales. Hay tribunales especiales para delitos de imprenta, los hay para el ejército y marina, los hay para comercio y cuentas públicas. La razon es clara. Hay ciertos asuntos especiales que para juzgarlos necesitan jueces dotados de conocimientos especiales. Mal juzgará un letrado meramente civil ciertas cosas del fuero militar; mal discernirá un juez solamente militar una complicada cuestion de intereses comerciales. Así que la jurisprudencia aconseja para ramos especiales la creacion de tribunales especiales. Hé aquí porque cuando en España el Estado tenia religion, que, por más que digan, ya no la tiene años há, habia instituido un tribunal especial para delitos de Religion. Y como en delitos de Religion los jueces más competentes no son los militares, ni los comerciantes, ni los simples abogados, de ahí que para conocer en causas de índole religiosa se nombraban jueces competentes, es decir, religiosos sabios en la materia sobre que habian de dar su fallo, únicos que con toda seguridad podian discernir lo verdadero de lo falso en este particular.

—Pero, me dirás, ¿hay delitos contra Religion?

—¿Y quién lo duda? O no los hay contra ley alguna, ó los ha de haber contra la ley de Dios.

—Mas los delitos contra la ley de Dios pertenecen sólo al fuero interior de la conciencia. Dios únicamente los puede juzgar, Dios solo los castigará.

—Es verdad, si no han salido del recinto interior de la conciencia; pero si se han manifestado con hechos externos, pertenecen al fuero externo y caen bajo la jurisdiccion de la ley externa religiosa y social.

—¡Es que nadie puede obligarme á ser cristiano!

—Si no lo has sido nunca, no; pero si lo eres se te puede obligar á que con hechos ó con doctrinas no perturbes la asociacion religiosa de que formas parte.

—¿Y por qué se han de meter los hombres en si profeso ó no doctrinas falsas?

—Si las profesas sólo en tu interior, y para tí solo, claro que no se han de meter ni pueden; pero si te haces propa-

gandista de ellas, pueden y deben los jefes de la Religion y del Estado meterse contigo. ¿Es delito ó no la falsificacion de la moneda? ¿Es criminal ó no la adulteracion de los alimentos? ¿Es digna de castigo ó no la suplantacion de una firma? Pues en un Estado católico, católicamente regido y católicamente legislado, la predicacion del error es la falsificacion, la adulteracion, la suplantacion de la verdad. Y como un Estado así organizado reconoce la obligacion de defender la pureza de la verdad, reconoce por lo mismo el deber de castigar á los falsificadores de ella, cuales son los propaladores de malas doctrinas y de perversos ejemplos.

Hoy no se cree así, porque el liberalismo enseña lo contrario; pero el liberalismo no es la doctrina católica: es una moderna herejía la más opuesta á la verdadera fe.

Consta, pues, claro, que hay delitos contra la Religion, y que el Estado y la Iglesia pueden y deben perseguir y castigar judicialmente estos delitos. Todos ellos pueden reducirse á dos grupos, es á saber: la herejía, ó sea la publicacion de falsas doctrinas, y el escándalo público, ó sean los actos contrarios á la moral y que inducen al prójimo á faltar á ella.

¿Cómo perseguia tales delitos la Inquisicion?

Los perseguia del mismo modo que persigue hoy el juzgado civil los delitos ordinarios. Ni más ni menos. Si alguna diferencia habia entre la Inquisicion y los tribunales civiles, era que la Inquisicion procedia con mayor blandura, con más consideraciones para el acusado, y con mayor ilustracion para juzgar los delitos. Bastará para esto tener en cuenta las siguientes consideraciones que nadie podrá desmentir.

1.° Antes de entrar en el ejercicio de sus funciones, y áun de vez en cuando, ofrecia *plazos de gracia* la Inquisicion, y el que durante ellos se declaraba culpable, era absolutamente perdonado. ¿Qué tribunal hay en la tierra al cual baste presentarse para obtener perdon?

2.° Para proceder contra un culpable eran necesarias tres denuncias. Una ó dos no bastaban. Las denuncias por anónimo eran rechazadas. ¿Qué tribunal gasta hoy tantos escrúpulos para prender á un ladron?

3.° No se dictaba auto de prision sino cuando las prue-

bas eran tales que bastaban para dar definitiva sentencia. El delito habia de estar probado por cinco testigos. ¿Los tribunales y alcaldes de hoy necesitan tantos requisitos para encarcelar?

4.° El auto de prision debia estar decretado por unanimidad de los que formaban el tribunal. Un solo voto discorde bastaba para impedir el encarcelamiento. ¿Está hoy más garantida la seguridad individual?

5.° El acusado que confesaba inmediatamente su culpa y prometia enmienda de ella, ó probaba que habia faltado por ignorancia, era inmediatamente absuelto con ligerisima penitencia. ¿Aprovecha hoy á los criminales el confesar su delito? No, sino que eso es lo que los lleva al presidio ó al garrote.

6.° Los testigos que el acusado podia probar fuesen enemigos suyos, no eran escuchados en el proceso. ¿Se hila hoy tan delgado por ciertos tribunales?

7.° Las cárceles más cómodas de España eran las de la Inquisicion, más que las de los Ayuntamientos, más que las de los distritos, más que las de las Audiencias. El preso en ellas se podia creer simplemente arrestado en casa particular. Si era casado podia asistirle su mujer; si tenia criados podia ser servido por ellos. La Inquisicion costeaba toda la manutencion de sus presos, no con un rancho vil y miserable, sino con racion de convento, con trato igual al de un religioso. La asistencia médica era igual. Aun hoy la mitad de las cárceles de España ganarian muchisimo si lograsen ponerse al nivel de las de la antigua Inquisicion.

8.° Todos los tribunales del mundo aplicaban en aquella época el tormento como medio de averiguacion. La Inquisicion no lo aplicaba sino rarisima vez, exigiendo para decretarlo condiciones tales que lo hiciesen dificilísimo. Un médico debia autorizar el acto á fin de que se suspendiese en cuanto perjudicase á la salud del reo, y sólo podia aplicarse una vez. Al contrario, los tribunales civiles podian repetirlo cuantas veces creyesen conveniente. La Inquisicion fué el primer tribunal del mundo que suprimió el tormento. En Francia, Alemania, Inglaterra, los protestantes aplicaban aún el tormento en sus tribunales, cuando ya se habia perdido la memoria de él en los de la Inquisicion.

9.° Cuando el delito del reo resultaba evidente, la Inquisicion lo declaraba culpable, y lo entregaba al brazo seglar, es decir, á la justicia ordinaria de la nacion, la cual á tenor de sus leyes aplicaba la sentencia. Las penas eran las comunes en aquella época para los demás crímenes. Si hubiese Inquisicion hoy, serian las de hoy. En este punto la Inquisicion nada inventó.

Ya que no sea posible incluir en uno de estos opúsculos cuanto pudiera decirse en defensa de la santa Inquisicion, hé aquí varios dichos imparciales de escritores célebres (varios de ellos no católicos), que te harán alguna autoridad.

De Martinet: «La Inquisicion ofrece los dos caracteres distintivos de un gobierno civilizado: quitar al crimen los medios de extenderse, para que haya menos culpables que castigar; y proporcionar las penas á los delitos no haciendo caer todo el peso de la ley sino sobre las cabezas incorregibles.» *(Solucion de grandes problemas)*.

De César Cantú: «La Inquisicion salvó á muchisimos que habrian sido condenados por los tribunales seglares.» *(La Reforma en Italia)*.

De Hefelé: «La Inquisicion mereció siempre las simpatías del pueblo y áun alcanzó verdadera popularidad.» *(El cardenal Jimenez)*.

De Manresa y Sanchez (liberal): «La Inquisicion era un tribunal respetado y querido por todo el país, y universalmente aclamado por la opinion pública.» *(Historia legal de España)*.

De Leopoldo Ranke (protestante): «El español estaba orgulloso de la Inquisicion y áun se envanecia de ella como de una gloria nacional.» *(Historia del Papado)*.

De Bourgoin (liberal): «Confesaré para rendir homenaje á la verdad, que la Inquisicion española podrá ser citada áun en nuestros dias como modelo de equidad.» *(Cuadro de la España moderna)*.

De Valera (liberal): «La Inquisicion de España casi era benigna y filantrópica comparada con lo que en aquella época hacian tribunales, Gobiernos y pueblos.» *(Discurso en la Academia)*.

De Voltaire: «Es necesario ser muy tonto para calumniar

á la Inquisicion y para buscar en la mentira pretextos con que hacerla odiosa.» *(Ensayo sobre las costumbres)*.

De Menendez Pelayo: «Nunca se escribió más y mejor en España que en esos dos siglos de la Inquisicion.» *(Heterodoxos españoles)*.

De Cánovas del Castillo (liberal): «Los españoles más sabios decian, y con razon, que para mantener la unidad religiosa en España era necesario sostener y proteger el tribunal de la Inquisicion. *(Discurso en las Cortes, 1878)*.

Con estas ligeras indicaciones no hemos querido más que estimular un poco tu curiosidad para que entres en deseos de más ámplias lecturas. Puedes hacerlas en los siguientes autores, que te darán la cuestion imparcial y magistralmente tratada.

García Rodrigo: *Historia verdadera de la Inquisicion*. (Tres tomos. Madrid, 1877).

Orti y Lara: *La Inquisicion*. (Un tomo. Madrid, 1877).

Menendez Pelayo: *Historia de los Heterodoxos españoles*. (Tomo II, capítulos últimos. Madrid, 1880).

Barenys y Casas: *La Inquisicion fotografiada*. (Opúsculo de pocas páginas, pero rico de datos. Barcelona, 1880).

Alvarado: *El filósofo rancio*. (Reimpresion de Barcelona, 1880).

Hefelé: *El cardenal Jimenez de Cisneros*. Obra de mérito, aunque en algunas apreciaciones poco exacta. (Un tomo. Barcelona, 1868).

Cuando hayas leido alguna de estas obras podrás hablar como gustes de la *Inquisicion*.

LXX.

¿LOS CURAS? ¡BAH! SON HOMBRES COMO NOSOTROS.

EN acá, desdichado mofador, que no sabes lo que te pescas. ¿Quisieras tú por ventura que los Curas fuesen hombres de raza distinta, expresamente traida para eso del cielo, ó sacada por extrañeza de allá de las profundidades de la tierra?

¡Son hombres como nosotros! Pues qué, ¿han de ser ángeles del cielo?

Pero vaya, discurramos sobre eso sosegadamente y en santa calma, aunque tiene cosas la impiedad moderna capaces de hacérsela perder al mismísimo Job. Nada tan comun como oirles á ciertas personas la salida del tono que sirve de título á este libro. Le hablais á uno de los tales de cualquier materia de religion, de doctrina, de piedad, de Sacramentos, de indulgencias, y os sale al punto con ese poderoso argumento que, ya se ve, tumba de espaldas al teólogo más pintado: «Bien, ya lo sé, lo predican los Curas. Pero los Curas son hombres como nosotros.» De modo que lo que parece deducirse de esta original manera de raciocinar es, que si no fuesen hombres como nosotros podrian quizá tener alguna razon en lo que enseñan, pero que siendo hombres como nosotros ya por fuerza han de ser impostores, malvados, indignos de que se les preste crédito ó confianza. Equivale á decir: «Son hombres como nosotros, y ¿quién les hace caso á hombres como nosotros?» Lo cual le hace poquísimo favor al Cura, pero menos favor le hace aún al que así le desprecia.

Por donde se verá cuán injustamente procede el pobre pueblo al aceptar como verdades indiscutibles tales despropósitos, con que le aparta del buen camino la incredulidad; por cuanto con ellos no sólo le enseña á despreciar lo que es

más alto que él, sino que le enseña á hacerse á sí propio despreciable.

Pero, vamos ya derechamente á nuestro asunto.

No, mil veces no, cristianos ó incrédulos; el sacerdote de Dios no es hombre como vosotros: tiene cuerpo y alma como vosotros, necesidades como vosotros, achaques como vosotros, pasiones como vosotros, y hasta, si me apurais, pecados como vosotros, y tal vez más que algunos de vosotros.

Y sin embargo, oidlo bien, no es hombre como vosotros.

Nace como vosotros, vive y crece como vosotros, come y bebe y duerme como vosotros, enferma y muere como vosotros, será juzgado y tal vez condenado aún con más rigor que vosotros.

Y sin embargo, vuelvo á repetir, no es hombre como vosotros.

Vive entre vosotros, trae un apellido y es hijo de tal hombre y de tal mujer como vosotros, vale muchas veces por su talento ó por su virtud menos que vosotros; si le quitais su traje y corona nadie le distinguirá exteriormente de cualquiera de vosotros.

Y no obstante, ¡qué diantre! no es hombre como vosotros.

Y no sólo no es como vosotros, sino que es esencialmente distinto de vosotros, inmensamente superior á vosotros, superior áun á los que teneis más rango de cuna que él, más dinero que él, más ciencia que él, más virtudes que él.

No es como vosotros, sino muy superior á vosotros, aunque sea él el más pobrecito y olvidado Cura de una aldea ó lugarejo, y aunque seais vosotros altivos monarcas, poderosos banqueros, capitanes ilustres, sabios distinguidos, santos de los que obran milagros.

Sí, en cierto sentido, hasta los Santos del cielo son menores que él, hasta los Angeles y Arcángeles, hasta ¡oh sublime pero exacta ponderacion! hasta la Reina de ellos y poderosísima Madre de Dios y dulcísima Madre nuestra María, es menos que el más ínfimo sacerdote. Porque es cierto que María santísima, con ser Madre de Dios, no puede darme la absolucion de un pecado, y un sacerdote sí. Algo, pues,

tiene de excelencia el carácter sacerdotal que no lo tienen los Santos, ni los Angeles del cielo, ni la misma Madre de Dios.

Y ¿saldréis luego diciendo que el Cura es ni más ni menos que hombre como vosotros?

Pero bajemos á un órden de consideraciones más llano y más práctico que el anterior.

Si el soldado mirando á sus jefes, ó el ciudadano mirando á sus magistrados, pretendiesen tenerlos en poco por la razon muy necia de que los tales son hombres de carne y huesos ni más ni menos que los otros, asegúrote yo que no se llevarian mala penitencia. Y no obstante es cierto que el general con su faja y todo, y el juez con su birrete y toga, no dejan de ser hombres como los demás; sólo que son hombres que mandan á otros hombres, y que en virtud de cierta autoridad que tienen sobre ellos se hacen de ellos obedecer y acatar, y á quien les niegue acatamiento y obediencia le pueden bonitamente prender y darle un mal rato. Y es muy justo y está muy puesto en razon, y así lo tienen establecido las repúblicas como las monarquías desde que el mundo es mundo y están reunidos los hombres en sociedad. Y ¿por qué tal derecho de un hombre sobre los otros hombres, si es al fin un hombre como los demás? Pues ahí verá V. Porque á pesar de ser hombre como los demás, tiene en sí algo que no tienen los demás. ¿Qué tiene? Muy sencillamente, tiene la representacion de la autoridad. ¿Quién se la ha dado? El que legítimamente gobierna aquella sociedad, llámale rey, llámale Roque, llámale emperador, llámale presidente de república federal.

Ven, pues, acá y escucha tú que te niegas á creer y á obedecer al Cura por la sublime razon de pié de banco, de que al fin el Cura es un hombre como tú. El Cura, sí, es un hombre como tú, pero tiene sobre tí la representacion no del rey ni del presidente de la república, sino del mismo Jesucristo, hijo de Dios vivo y fundador y cabeza invisible, pero viva, de nuestra sacrosanta Religion. El Cura es ministro de Dios, y el ministro no tiene autoridad propia, pero tiene toda la que su jefe ha delegado en él. El Cura como ministro de Dios tiene, de consiguiente, toda la autoridad que en su persona ha delegado Dios.

¿Cuál es ésta? La de enseñar y declarar en su nombre los dogmas y preceptos por Dios revelados, la de administrar sus Sacramentos á los fieles, dirigirlos con sus consejos, corregirlos con sus amonestaciones y con sus castigos, emplear en una palabra los medios todos para seguir realizando mision idéntica á la que vino á iniciar en el mundo el mismo Hijo de Dios. Porque has de saber que la mision de Cristo Dios para con los hombres en parte quedó consumada, en parte sólo iniciada. Quedó consumada en lo que se refiere á la redencion y á la satisfaccion completa por el agravio inferido al Padre celestial. Quedó solamente iniciada en lo que mira á la salvacion individual de cada uno de los hombres. Esta no la quiso consumar por sí propio Jesucristo, ésta quiso la consumasen por su cuenta y en su nombre los sacerdotes. A ellos, pues, y á nadie más, ni áun al mismo Jesucristo, has de acudir si quieres ver realizados en tí los fines de la divina Redencion. Del mismo modo que un príncipe ó presidente no despacha por sí propio los asuntos de los ciudadanos, y si quiere que vayan á que se los despache el ministro del ramo correspondiente, así ni el mismo Dios te dará gracia, ni te concederá perdon, ni te aplicará sus méritos, si pudiendo no acudes á quien ha puesto El en su lugar.

Dicen por ejemplo algunos necios: «Yo no me confieso más que con Dios; no quiero hacerlo con un Cura, que es un hombre como yo.» ¡Desdichado! Es lo mismo que si el ciudadano para el despacho de un negocio suyo dijese orgullosamente: «Pues, señor, yo no me entiendo con el juez ó con el gobernador ó con el ministro, que son ciudadanos como yo. Yo no me entiendo más que con el rey en persona.» ¿Quién le haria caso á ese animal?

Repara una observacion.

El ser los sacerdotes hombres como los demás, con la sola diferencia de tener sobre los demás la representacion y autoridad de Dios, es al fin un medio delicadísimo de la divina Providencia para hacer más accesible á los hombres todos el divino ministerio. ¿Quién se atreveria á acercarse á un sacerdote si no fuese un hombre como los demás? ¿De qué les serviria á los pobres pueblos un ministro de Dios, al cual no pudiesen llegarse francos y confiados con la misma fami-

liaridad con que se llegan á un padre ó á un amigo? Para aproximar en cierto modo la infinita distancia que separa al Criador de la criatura era indispensable un medio de franca y expedita comunicacion. Hé aquí la mision del sacerdote, hé aquí lo que es el Cura. Por él se comunica Dios á los hombres, por él se comunican los hombres con Dios. Colocado como en posicion media entre ambos *(inter vestibulum et altare)*, ante Dios tiene la representacion de los hombres para exponerle sus necesidades, pedirle perdon por sus culpas, reparar sus injurias, ofrecerle sacrificios, impetrar sus favores: al paso que ante los hombres tiene la representacion de Dios para dictar su ley, interpretarla, aplicarla á los casos particulares, amenazar con sus castigos, administrar sus Sacramentos, prodigar sus consuelos. Podria formularse esta doble representacion diciendo, que colocado el sacerdote en el santuario, de cara al altar es para con Dios el representante del pueblo, de cara al pueblo es para con el pueblo el representante de Dios.

Así se concibe que el sacerdote deba por cierta necesidad ser hombre como los demás, para realizar entre Dios y los hombres y entre los hombres y Dios esta sublime mediacion. Este doble carácter del sacerdote viene á ser un reflejo del doble carácter del Verbo divino en su Encarnacion, tipo del verdadero sacerdocio. Sí, reparadlo bien. Tan lejos está de perjudicarle al carácter elevadísimo del sacerdote eso de que sea hombre como vosotros, que el mismo Unigénito de Dios, al querer bajar á la tierra para realizar su mision de primero y universal sacerdote, creyó conveniente empezar por hacerse hombre como nosotros. San Pablo lo dice con soberana magnificencia en aquella su grandiosa Epístola á los Hebreos. «No tomó, dice, al encarnarse la naturaleza de los Angeles, sino la carne y sangre de Abrahan. Por lo cual debió en todo asemejarse á sus hermanos, á fin de ser un sacerdote misericordioso.» Convino, pues, que el que era puro Dios se hiciese tambien verdadero hombre como nosotros, para ejercer con nosotros su divino sacerdocio, ¿y tienen ahora ciertos hombres la infeliz ocurrencia de lamentar que sean hombres como ellos los sacerdotes, continuadores de este sacerdocio del Hijo de Dios?

¡Son hombres como nosotros! Esta desdeñosa frasecilla que se suele proferir por burla y desprecio, tiene sin embargo una aplicacion buena, y yo quisiera que vosotros, lectores mios, la recordáseis en mas de una ocasion. ¿Sabeis cuándo? Cuando el Cura, á pesar de su altísima dignidad, cae en alguna de las miserias en que cae frecuentemente todo hijo de Adan. Cuando se le ve al genio suyo alguna rareza, cuando se le nota en la conducta algun lunar, cuando se le observa algun grave ó leve defecto. Entonces, entonces es el caso de decir de él con la compasion de la caridad: «¡Válganos Dios! ¡Si el pobre es un hombre como nosotros!»

Pero véase lo que son las cosas en este mundo prevaricador. Cuando se habla de la autoridad del Cura se hace desprecio de él, porque ¡ya se ve! es un hombre como nosotros. Mas cuando se trata de murmurarle y difamarle ¡ah! entonces se olvida que es un hombre como nosotros, entonces se aparenta creer que ha de ser un ángel del cielo ó tal vez más. ¡Qué celo de fariseos tienen hoy dia los sectarios de la incredulidad!

Vaya, hermanos impíos; ni tanto ni tan poco, como dice el modismo popular. Ni habeis de exigir que sea el pobre Cura ángel del cielo, porque no lo es ni lo puede ser; ni le habeis de despreciar como hombre igual á vosotros, porque es un poquito más, mucho más, muchísimo más. De él ha dicho la eterna Verdad: «Quien á él le escucha á Mí me escucha; quien á él le desprecia á Mí me desprecia.»

Alerta, pues, con despreciar la autoridad del más pobre Cura. En su persona despreciais á Dios.

LXXI.

CUENTAS GALANAS.



E llaman *cuentas galanas* las de todo aquel que echa cálculos al aire; que se engaña á sí propio con risueñas esperanzas que no sabe si se realizarán; que vive de ilusiones y se satisface con ellas cual si fuesen positivas y macizas realidades.

Es muy aficionado el pobre mortal á echarse en brazos de la ilusion y á entusiasmarse con cualquier cosa que medianamente le halague. En ningun asunto empero le acontece tan fácilmente eso de echar *cuentas galanas* como en el importantísimo de su eterna salvacion. Todo el mundo quiere salvar su alma: hombre deseoso de condenarse eternamente no se ha visto jamás. Podrá con más ó menos apariencia de serenidad negar el infierno; pero decir: «Sé que hay un infierno y yo deseo ir allá,» eso no lo he oido jamás, con haber oido en este insensato siglo muchísimas locuras y barbaridades.

No obstante, aunque nadie quiere ir al infierno, una gran parte del mundo va derechamente á él. ¿Cómo se explica esta contradiccion? Sencillamente, por una de esas *cuentas galanas* de que hablábamos poco há. Por hacerse todo pecador la cuenta galana de que, si hoy vive mal con su Dios, un dia vivirá mejor, ó siquiera en la hora de la muerte procurará una reconciliacion y la alcanzará.

—Me convertiré, dice áun el más desastrado criminal.

—Pero bien ¿y cuándo?

—Un dia.

Y aguardando este dia, que no es hoy, ni es mañana, ni pasado mañana, ni de aquí á un año, ni de aquí á diez; aguardando este dia vago, indeterminado, indefinido, se va consolando el hombre y engañando y adormeciendo... y

llega entre tanto la muerte y le hunde ¡zas! en el abismo de la eterna perdicion.

¡Bien dicen ¡gran Dios! que el infierno está lleno todo él de propósitos para el dia despues!

Tú eres tal vez, oh incauto lector, uno de estos que vives al presente muy mal, sin buenas obras, sin temor de Dios, sin un pensamiento para la otra vida, y no obstante crees que un dia ú otro te vas á convertir: ¿no es verdad? Pues bien. Oye lo que te digo. Echando plazos de esta manera, no te convertirás, y morirás en pecado mortal, y arderás en el infierno por toda la eternidad. ¿Por qué? Escúchame un rato con mediana atencion.

Aplazando para *un dia* tu conversion, empiezas á fundar tu propósito, si este nombre merece, sobre una base falsa. Edificas al aire, quieres sacar intereses de un capital que no tienes, haces estribar tu proyecto sobre una mera ilusion. *Un dia*, dices. ¿Y quién tiene este dia, no diré asegurado, pero ni siquiera prometido como probable? Al revés. Lo que se te ha dicho es que este dia no se te concederá. ¿No has leido en el Evangelio que el Hijo de Dios asegura que la muerte vendrá *como un ladron*, que se presentará *á la hora menos pensada*, que debemos velar porque no sabemos á qué hora ha de sorprendernos? Ahora, pues. Entre tu Dios, que te declara que no vas á tener dia seguro, y tu falsa imaginacion, que te hace esperar que lo tendrás, ¿á quién has de creer? ¿á tu locura ó al Hijo de Dios?

El tiempo presente le tienes ahora en tu poder; el pasado no le tienes ya; el porvenir no le tienes todavía. De consiguiente, con el pasado no puedes contar; con el que está por venir tampoco; sólo puedes razonablemente contar con el tiempo presente. Pues bien. Admira aquí lo sublime de tu necedad. Del tiempo presente, que es el único que tienes, no te quieres valer; en cambio, del tiempo futuro, que no sabes si tendrás, de ese sí que te quieres valer á toda costa. ¿Hay majadería igual?

¿Cómo procedes en tus negocios? Creo, á fe, que no procedes de esta manera. No desprecias la ganancia cierta de hoy, contando con la que tal vez alcanzarás mañana. Y haces bien, porque dejar lo cierto por lo dudoso es irracional manera de negociar.

Hay en nuestra hermosa lengua un refran muy vulgar que lo expresa con gráfica exactitud. «Más vale, dice, pájaro en mano que ciento volando.» Oye, pues, loco; reflexiona bien, insensato. El dia que hoy te concede Dios es el pájaro del refran, que le tienes en la mano: los otros que sueñas para el porvenir son los ciento que van volando por los aires, muy lindos y muy guapos, eso si, pero que no sabes aún si los alcanzarás. ¿Y qué te importa vayan volando á cientos y á miles por esos aires si no los tienes á tu disposicion? Cuenta con lo que tienes, trabaja sobre lo que posees, seas siquiera en eso positivista y no tan novelero y soñador.

Desprecias el tiempo presente, que es cierto, y lo fias todo al tiempo futuro, que es incierto; pero aún no está aquí toda tu sinrazon. Para volver á Dios no basta tener tiempo, es indispensable su divina gracia. Para reconciliarse dos que son enemigos es preciso el movimiento de los dos, es preciso que el ofendido acepte al ofensor. Y entre Dios y el alma tiene más lugar todavía este doble movimiento, ya que ni moverse podria el alma en direccion á Dios, si Este con su gracia, como con manso viento, no la ayudase á vencer las resistencias. Supongamos, pues, que por mucho que lo aplaces no se te hace tarde; que tienes tiempo de sobra; que de eso tienes completa seguridad. ¿Puedes tener igual seguridad de la gracia de Dios? ¡Ca! Mucho menos, muchísimo menos. Es la gracia de Dios una como ténue brisa que sopla cómo y cuándo y dónde quiere, y no al capricho de tu voluntad. Cuando sopla favorable este airecillo sutil es cuestion de desplegar al momento la vela y hacerse á la mar aprovechando la coyuntura. No hay marino tan bobo que, si le hincha hoy el viento las velas en la direccion que necesita, deje de aprovecharlo, diciendo que tambien otro dia volverá á soplar.

Mas hablemos ya sin alegorías. La gracia de Dios te convida hoy al perdon y te complaces en desairarla. ¿Cómo tienes vergüenza para esperar que mañana la llamarás tú á ella y no quedarás desairado? Llama Dios á tu puerta, ábresela sin demora, no le hagas esperar. Si de allí se separa cansado, puede que le llames despues con desesperacion y en justo castigo no se digne escucharte. ¿Te parece dura la

amenaza? No la invento yo, sino que la encuentro terrible y pavorosa en las sagradas Escrituras. *Estuve llamando,* dice el Señor, *y vosotros no respondisteis; alargué mi mano y ninguno se dió por entendido; menospreciásteis todos mis consejos y ningun caso hicisteis de mis reprensiones; yo tambien miraré con risa vuestra perdicion y me mofaré de vosotros cuando os sobrevenga lo que temiais. Cuando de improviso os asalte la calamidad, y la muerte se os arroje encima como un torbellino, cuando os acometa la tribulacion y la angustia, entonces me invocarán los impios y no los oiré, madrugarán á buscarme y no me hallarán.* (Prov. 1, 24-28).

No sé, amigo mio, si se hallan en todos los Libros santos palabras de más espantosa execracion.

Y cuidado que si la razon se detiene á examinarlas no tardará en hallarlas muy sólidamente justificadas.

Decirle á Dios: «No quiero por ahora convertirme, un dia me convertiré,» es hacerle una descarada burla al más hermoso de sus atributos, cual es su infinita misericordia. Es querer hacer de esta misma misericordia el editor responsable de toda iniquidad; es volverle contra nuestro bondadosísimo Juez sus propias bondades. Es una ingratitud tal, que se comprende no la sufra su amantísimo Corazon.

Tal vez te atreves á alegar por última excusa la de que de un modo ú otro á la hora de la muerte te convertirás.

¡Ah! ¡La hora de la muerte! ¡Hora falaz y traidora, á cuántos ha engañado! No hay hora menos propicia para la conversion, no la hay más inoportuna, no la hay que ofrezca más inconvenientes y dificultades, ¿y precisamente aquella has de escoger? ¿Entre todas buscas la peor? ¿Entre todas prefieres la menos ventajosa?

No sé si has visto morir á nadie, aunque parece que no, segun te muestras atrasado en esta materia. Bien se conoce por tus palabras que no sabes qué cosa es morir. Si hoy no estás para convertirte, ¿estarás para eso en la hora de la muerte? Entonces, entre las congojas y mareos de la agonía, entre los dolores mil del cuerpo enfermo, entre la turbacion del espíritu y de los sentidos, con ojos que casi ya no ven, con oidos que casi ya no oyen, con lengua que no hace ya más que tartamudear, afligido por el llanto de la familia,

agobiado por todos lados, ¿entonces podrás hacer bien una cosa que tanta calma, tanta serenidad y tanto pulso requiere, como es una buena confesion? Si ahora en buena salud y en perfecto conocimiento te arredra emprender esta obra, ¿te será fácil entonces cuando ya casi no eres de este mundo? ¿Y no te engañarás entonces como se engañan tantos infelices, creyendo no está tan cercano su último fin? ¿Y no te ayudarán á engañarte los tuyos por un falso y mal entendido amor? ¡La hora de la muerte, dices! ¿Y quién tendrá valor para decirte que estás en la hora de la muerte? Vamos á ver: ¿quién se atreverá de los tuyos á hacerte esta solemne intimacion? ¡Ay, que á la mitad de los que se condenan los condena, más que la justicia de Dios, su falsa confianza en vida, y el falso cariño de su familia en la hora de la muerte!

Cada vez que veo administrar los últimos Sacramentos á un moribundo cuya vida no fué como debia, me pregunto con horror si tal vez aquellos últimos Sacramentos son los últimos sacrilegios. Bien hace la santa Iglesia de Dios en proporcionárselos á todo el que los pida, como no medie evidente indisposicion. Vale más en hora tan crítica exponer á nulidad el acto sacramental, que al moribundo á eterna ruina por falta de auxilios convenientes. Mas á mí se me antoja que tales auxilios no son frecuentemente más que tablas y cabos de cuerda que se lanzan desde la orilla á un náufrago que se ahoga, por ver si agarrándose á ellos logra sobrenadar. Se le tiran para que se agarre, pero ¿se agarrará? ¿Se ha agarrado cuando da su postrer suspiro? ¡Ah! Este es el terrible secreto de Dios.

Ya ves, pues, en qué pones tu confianza aplazando tu conversion. En un tiempo que no tienes seguro; en una gracia de Dios de la que te gozas hoy en hacerte indigno; de unos últimos Sacramentos que no sabes si recibirás, y si recibirás bien.

Escucha una última palabra. Guardando para no sé que dia tu conversion, juegas tu alma á una suerte espantosa. De una cántara en que son negros todos los números, y sólo unos pocos muy pocos son blancos, vas á sacar tú un número y vas á sacar una sola vez. Si sacas negro te pierdes, si

blanco te salvas. ¿Sacarás blanco? Este es el azar terrible á que juegas, no tu fortuna ó tu vida, sino tu alma y tu eternidad.

En tu mano está desde hoy hacerte favorables todos los números y asegurar que el que saques no sea de perdicion. ¿Cómo? Escucha al Apóstol: *Procurad,* dice, *por medio de las buenas obras hacer cierta vuestra vocacion y eleccion.* ¿Oyes? Por medio de las buenas obras, y la primera de todas ellas es ponerte en gracia de Dios por medio de una buena confesion y no aplazarlo para el dia despues. ¡Cuántos condenados quisieran haberlo hecho así, y el no haberlo hecho lo lloran hoy con todos los horrores de la desesperacion!

LXXII.

EL SECRETO DE BIEN MORIR.



ARA sacar número blanco en esta terrible lotería del bien ó del mal morir á que jugamos todos nuestra eterna salvacion, sé yo un secreto muy precioso, infalible, probado, que á nadie ha engañado jamás y que tampoco á ti te engañará, amigo lector, si lo aprendes y lo pones en práctica. Y porque te quiero como hermano y no deseo cosa para mí que no la quiera para ti de igual manera, voy á descubrírtelo aquí á solas, entre tú y yo, con toda confianza. Escucha bien y apúntalo en tu cartera, ó mejor, grábalo en tu corazon, para que de él no se borre jamás.

El secreto de bien morir está todo en bien vivir.

—¡Soberbia vulgaridad! exclamas soltando á todo trapo la carcajada.

—Perfectamente, amigo mio, lo cual no impide que sea solemnísima verdad.

—Claro está, pero gran secreto que lo sabe todo el mundo.

—Pues todo el mundo hace como si no lo supiese, y lo disimula perfectamente.—

Todos, en efecto, oh lector, quieren bien morir, pero nadie ó muy pocos quieren bien vivir, que es el único medio seguro de llegar á una buena muerte. Que es como si dijéramos: «Todos quieren ir á la América, pero nadie quiere embarcarse en los barcos que hacen rumbo allá; todos quieren pasar á Francia, pero todos huyen tanto como pueden de los caminos que conducen á aquella frontera.» ¡Bien dijo quien aseguró que era el hombre todo él pura inconsecuencia!

Tomando uno que otro billete no es seguro sacar el premio de la rifa: pero es sí muy seguro, que sin tomar billete

alguno no sacarás el premio jamás. Esta es verdad, no de elevada filosofía, sino de simple experiencia y sentido comun. Caso lastimoso es empero que ni la experiencia ni el sentido comun parecen servirnos para maldita la cosa, cuando se trata de nuestra alma y de su eterna salvacion. Nada queremos aquí por las vias propias y naturales, nada por el recto y ordinario carril; todo lo deseamos milagroso y extraordinario. Y el milagro no es cosa de todos los dias. Cierto es que álguien ha curado alguna vez sin médicos ni medicinas; pero lo regular es que las enfermedades se curen con una prudente medicacion. Alguna vez se ha adquirido cuantiosa fortuna sin grandes sudores; pero lo usual es que no lo gane sino quien lo sude muy bien. Cosa que mucho vale, mucho ha de costar. La ciencia, el poder, la riqueza, la buena salud no se suelen lograr sin grandes sacrificios, que por algo dice el refran: «No se cogen truchas á bragas enjutas.» ¿Y se habia de dar de balde y regalado el reino de los cielos? ¿Y se habia de alcanzar sin sacrificio alguno la eterna felicidad? ¿Y no habia de necesitar estudio ó diligencia alguna el arte de bien morir? Pues ahí verá V. El arte de bien morir, por ser la cosa más importante de todas, tambien algun aprendizaje necesita, pues se consigue sólo con el bien vivir.

—¿Qué se entiende por bien vivir?

—Vivir como manda la ley de Dios.

—¿Y á qué se reduce la ley de Dios?

—A los preceptos del Decálogo, á los de la Iglesia y á las obligaciones del estado de cada cual.

—¿Y si por desgracia tropezare uno y cayere durante el camino?

—Levantarse al punto y dolerse mucho de la caida y volver á andar con cuidado de no volver á caer.

—¿Y si se presentan dificultades?

—Vencerlas.

—¿Y si se siente uno débil y mal inclinado?

—Buscar en Dios fuerza para contrapesar la debilidad y mala inclinacion.

—¿Y es seguro que Dios la dará?

—Es seguro que al que hace lo que de su parte está, Dios no le niega su gracia.

—¿Cómo se alcanza dicha gracia de Dios?

—Por medio de la oracion y de los Sacramentos.

—¿Y es este el secreto de bien morir?

—Infalible, y no hay otro.

—Decidme ahora: ¿juzgais que son muchos los que mueren mal?

—Sí, porque son harto pocos los que viven bien.

—Mas tambien se dan casos de grandes pecadores que despues de perversa y atropellada vida han logrado muerte feliz.

—Son excepciones rarísimas, que por lo mismo que son excepciones y rarísimas confirman la regla general. Tambien se han dado casos de hombres que se han caido de lo alto de una torre y no se han hecho mal; pero lo regular es que queden estrellados en el empedrado. Tambien se han dado casos de hombres que han bebido gran cantidad de veneno y han logrado arrojarlo sin morir; mas lo comun es que el envenenado reviente muy luego por la fuerza de su veneno.

—¿Y aquel ladron que se convirtió en el Calvario junto á la cruz del Salvador?

—Oye lo que dijo de él un santo Padre: «Uno hubo como éste para que nadie, por malo que sea, desespere del todo: mas fué uno solo para que nadie se fie de eso para adquirir una falsa seguridad.»

—De todos modos...

—De todos modos lo ordinario y lo general es el proverbio latino: *Qualis vita, finis ita.* O en castellano: *Cual la vida, tal la muerte,* y pare V. de contar.—

La buena vida es el secreto infalible para alcanzar buena muerte, y en cambio el pensamiento frecuente de la muerte es el secreto infalible para llevar buena vida. No en vano todos los Santos, que son más filósofos de lo que el mundo cree, tienen por libro principal la pelada calavera. En ella se aprende lo que ningun libro de la tierra puede tan maravillosamente enseñar.

Que lo del cuerpo es nada; que lo del alma lo es todo.

Que poco vale lo miserable de acá; que sólo interesa lo que ha de venir luego y durarnos para siempre.

Que son humo las riquezas, humo la ciencia sin Dios, humo la posicion social, humo los terrenos amores, humo la gala y hermosura, vanidad de vanidades y todo vanidad.

Que sobre todos los cálculos de la humana prudencia, y sobre todas las sentencias de la más profunda sabiduria está aquello tan llano y tan sencillo, pero tan contundente, de nuestro divino Salvador: *¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?*

Que por vueltas que se le dén al problema, el resultado siempre es igual y lógico y matemático: Si me pierdo yo, perdido todo: si yo me salvo, todo se salvó.

Para acertar, pues, el secreto de bien morir, aprende, oh lector, desde ahora el secreto de bien vivir; y el medio más seguro de bien vivir es que todas las cosas hagas, todos los planes traces, todas las dificultades resuelvas teniendo presente que has de morir.

Y no solamente que has de morir, sino que vas á morir, que estás muriendo ya, que llevas encima tu propio cadáver, y que poco á poco vas entrándolo tú mismo en la sepultura.

El dia que pasó, el negocio que has terminado, la labor que has hecho, el goce que disfrutaste ayer, la fiesta que has celebrado hoy, son como partes de tu propio sér que has visto morir ya, y que ante tus propios ojos han dejado de existir.

Hace algunos años eras niño, ayer eras jóven; aquel niño y aquel jóven no existen ya: eres tú que has muerto á aquella niñez y á aquella juventud: vienen ellas á ser partes de tu vida que sin sentirlo tú se te han hundido en la sepultura.

¡Cuántas cosas has amado y acariciado en este mundo que no existen ya más que en tu recuerdo! ¡Cuántos amigos! ¡Cuántos deudos! ¡Eran como parte de tu propio sér! Tal vez ni creias posible sin ellos la existencia. Han muerto. Son ellos es verdad los que han muerto, mas ¿no es cierto que con ellos has visto desaparecer tú las más bellas flores de tu corazon? ¿Qué eres, pues, á la mitad de tu vida sino un triste cadáver á medio enterrar?

Aprende aqui en los desengaños de la vida el secreto de llevarla santa y cristiana, y en la vida santa y cristiana el se-

creto de la muerte feliz y preciosa que deseas tener. Muriendo cada dia se aprende á vivir como Dios manda, y viviendo como Dios manda se consigue morir como se debe para la salvacion.

Vivir como si no se debiese morir nunca es camino seguro de condenacion; vivir cada dia como si aquel dia se debiese morir es norma segura para no quedar engañado en aquel trance terrible.

Levántate por la mañana como si estuvieses seguro de que no has de llegar al anochecer; acuéstate por la noche como si creyeses que no ha de amanecer para ti el dia siguiente.

¿No te causa terror la muerte repentina? ¿No te estremeces al leer que fulano cayó como herido de un rayo en mitad de la calle, zutano fué alevosamente asesinado al volver una esquina, al otro le encontraron muerto en el lecho á la hora de despertar? Horrible es, en efecto, vivir sin pensar en morir, y encontrarse de súbito con todas sus culpas y pecados temblante y avergonzado en presencia del supremo Juez. Mas oye para tu consuelo una reflexion. Sólo á un hombre le está prometido no morir de muerte repentina; esto es, á aquel que anda á todas horas pensando en ella.

Se han imaginado sociedades de seguros sobre la vida: propongo á los que deseen bien morir, una como garantía de seguridad para la muerte. Mueran cada dia en su corazon, y le habrán ganado por la mano á la muerte en eso de darles una sorpresa.

Dice el Señor: *Si supiese un hombre á qué hora le va á robar el ladron, por cierto que muy vigilante estaria, y no consentiria que á ciencia y paciencia suya le estuviesen forzando y agujereando la casa.* Despierta, pues, y pon atento oido: el astuto ladron anda ya forcejando tu cerradura, te mina el terreno bajo los piés, y de un momento á otro te va á dar el asalto. ¡Que cuando todo lo tuyo te robe, y te deje de todo pobre y desnudo y saqueado, logres á lo menos haber puesto en seguro tu alma, que es la única joya de verdadero valor!

¿Expondrias á tan azarosas contingencias tu fortuna? Pues ¿por qué expones tu alma? Si la pierdes, ¿con qué tesoros la redimirás?

Procura ser en esto buen calculista, tú que tan sabios cálculos sabes echar para que no se pierdan algunos céntimos en el negocio. Y pues la Iglesia te ofrece para este cálculo tiempo más apropiado que nunca, aprovéchalo ¡infeliz! que tal vez nunca lo volverás á tener.

Este es el tiempo en que acabas de entrar, el tiempo santo cuaresmal. Por eso te pone al empezar la ceniza en la frente, para que el recuerdo de la muerte te enseñe á bien vivir, y para que la práctica de una buena vida te consiga la gracia de una santa muerte y dichosa eternidad.

LXXIII.

¡ETERNIDAD! ¡ETERNIDAD!



OMPARADA con la dilatadísima serie de años y siglos que cuenta de fecha el género humano, ¿qué es la vida más larga del más envejecido mortal? Breve rato y nada más. Es como el vuelo de un insecto en la inmensidad de los aires, es como el cruzar de una hormiguita por el trecho de una larga carretera. Es, no un capítulo de un voluminoso tomo, ni siquiera una página de él, sino una palabra de las muchas, una sílaba, una letra, un punto casi imperceptible.

En el vasto horizonte de la historia se destacan algunas vidas de hombres célebres; y estas vidas se destacan, no por lo que tuvieron de largas, sino por la fama que en pos de sí dejaron. Alejandro Magno, del cual se habla y se escribe más de veinte siglos há, llegó á ocupar realmente en el libro de la historia aún no el brevísimo espacio de cuarenta años. ¿Qué fué, pues, su existencia real en el mundo, á parte de la otra existencia puramente ideal que le ha dado nuestra fantasía? Un grano de arena en el desierto, una gota de agua en el mar, el rápido vuelo de una fugaz mariposilla en el inconmensurable espacio.

Venga ahora acá el más locamente enamorado de la vida presente, y díganos por caridad. Si eso es la vida de un hombre, por grande que se le llame, comparada solamente con los seis mil años que cuenta la especie humana, ¿qué será ella comparada con los siglos y siglos y siglos sin fin que constituyen la eternidad? Aquí no sabemos ya qué palabras emplear para expresar una proporcion cualquiera, porque

realmente no hay entre el brevísimo plazo que se llama vida del hombre y el plazo infinito de la eternidad clase alguna de relacion proporcional sobre que establecer un cálculo. Si decimos que es un grano de arena en el desierto, menos es; si que una gotica de agua en todos los mares conocidos, todavía menos es; si que un átomo de los que revolotean dentro un rayo de sol, es menos todavía. No puede decirse que sea nada, porque en realidad es algo; y apenas puede decirse que es algo, porque en realidad es casi nada. Y no obstante, de este algo, que es casi nada, depende lo que es más que todo, porque es el único todo. De la vida presente, que es un rato apenas, depende la vida futura, cuya duracion no tiene otros límites que la duracion del mismo Dios.

Vámonos á lo llano y popular, que aunque mil veces usado, es en esta materia lo más elocuente y racional. ¿Qué es la eternidad? Es todo lo que le resta vivir al hombre despues de este breve rato de estar acá en el mundo, por el cual no hace más que pasar. Es una duracion tan larga é ilimitada, que no hay números para expesarla ni imaginacion para concebirla.

Si cada mil años se sacase una gota del mar y de los rios, ¿cuánto tardarian en verse secos los rios y el mar? No lo acertamos á comprender, pero sí podemos decir que áun entonces no se habria acabado la eternidad.

Si cada millon de años (cada millon) se quitase un grano de polvo de la masa del globo, ¿cuánto tardaria en verse destruida la forma toda del globo? No lo sabemos, pero sí que áun entonces no habria acabado la eternidad.

Haced una suma con todos los guarismos que hay dispersos en todos los libros, y multiplicad esta suma por ella misma tantas cuantas veces quepa en todo el papel que se conoce en todo el mundo. El resultado total de esta fabulosa multiplicacion no dará todavía exacta idea de la eternidad.

Amontonad millones de años sobre millones de años, fingid millones de siglos sobre millones de siglos; repetid este cálculo millones de veces... no habréis dado aún con la fórmula que representa la duracion completa de la eternidad.

Vivir siempre, siempre, siempre. No morir nunca, nunca, nunca. Fijad de hito en hito vuestra mirada en este siempre

y en este nunca, y tal vez por un momento llegaréis á sentir con toda su grandeza el peso de esta consideracion.

Si fuese esta una mera cuestion de filosofía ó de cálculo, todavía llegaria á causarnos cierto asombro y pavor su majestad y grandeza. Mas da el caso que no es esta una mera cuestion filosófica ó matemática, sino algo más. Es una cuestion práctica y de consecuencias inmediatas y tangibles para cada uno de nosotros. Es una cuestion más personal para cada uno, que cualquiera otra de las que nos preocupan y aturden en este mundo embaucador. Nada hay tan personal y tan propio y tan mio como mi propio *yo*. Pues bien. Lo que llamo vida presente no es más que el *yo* viviendo en este mundo: lo que llamo vida futura no es más que el *yo* viviendo por toda la eternidad. De consiguiente, la cuestion de la eternidad es toda la cuestion de mi propio *yo*. Todo lo que de ella se dice y se escribe he de pasarlo *yo*. No vale aquí como en el servicio militar redencion en metálico ó sustitucion personal. *Yo* que ahora vivo un rato la vida presente, *yo* mismo me he de encontrar despues de este breve rato en la vida de la eternidad. *Yo* que esto leo; *yo* que esto pienso; *yo* que esto me paro á reflexionar; *yo*, y no otro por mí; *yo* lo tocaré con mis manos: *yo* lo veré con mis ojos: *yo* con mis oidos lo habré de oir. Y aunque ahora lo niegue, aunque ahora me burle, no dependerá su existencia de mis burlas ó de mi negacion. Esto existe, y *yo* por mi propia experiencia lo habré de saber.

Mira ahora, amigo mio, si hay cosa en el muudo, sea cual fuere, que tenga la importancia que eso tiene. ¡Y tan poca importancia que se le da! Gran mal es perder la fortuna, pero aún lo es más perder la honra: gran mal es perder la honra, pero aún lo es más para la generalidad perder la vida: gran mal es perder la vida, pero ¿hay otro mal peor? Sí, amigo mio. Peor mal es perder el alma por toda la eternidad. La fortuna se puede ganar otra vez: la honra ó fama se pueden rehabilitar: la vida presente al fin ya se sabe que un dia ú otro se ha de acabar, y salvarla hoy no es más que aplazar su pérdida para unos cuantos dias más adelante. Pero perder el alma es perderlo todo: y es perderlo para siempre: y es perderlo sin esperanza de remedio ó reparacion. Es un

juego al que venimos todos obligados á jugar: pero es un juego al que no se nos permite jugar más que una vez: es un juego en el cual hay que arriesgar en una sola apuesta todos los intereses. Si ganamos la partida, todo ganado y para siempre ganado: si perdemos la partida, todo perdido y para siempre perdido. Todo y para siempre. Repite y medita bien esta expresion. Todo y para siempre. Todo y para siempre. Esto es la eternidad.

¿Qué es ganar la eternidad? Es ser en ella para siempre dichoso, con plenitud de gozo y felicidad.

¿Qué es perder la eternidad? Es ser en ella para siempre desventurado, con plenitud de horror y de amargura.

La eternidad ganada y para siempre feliz se llama *cielo:* la eternidad perdida y para siempre desventurada, se llama *infierno.*

Cielo ó infierno son, pues, mi destino final, y de este desfiladero en que me ha colocado la justicia de Dios es imposible escapar.

Yo, pues (con el auxilio suyo), me he de ganar el cielo, ó *yo* por el abuso de mi libertad me he de ganar el infierno.

Yo, yo mismo, y no otro en mi lugar. Ni otro lo gozará por mí, ni otro lo sufrirá por mí. De consiguiente, ni otro lo ha de ganar por mí, ni otro lo perderá por mí. *Yo, yo* mismo me lo he de ganar ó me lo he de perder.

¿Cómo me lo he ganar? Con la gracia de Dios y méritos de Jesucristo, y creyendo y practicando fielmente la ley cristiana.

¿Cómo me lo he de perder? Despreciando la gracia de Dios y méritos de Jesucristo, y no creyendo y no practicando fielmente la ley cristiana.

¿Y cuándo me lo he de ganar ó perder? Ahora y no despues de la muerte, que entonces es tiempo no de obrar sino de recoger el fruto bueno ó malo de lo obrado: ahora y no mañana, que el ahora lo tengo seguro y el mañana nadie me lo puede asegurar.

¡Eternidad! ¡Eternidad! Esta palabra debiera estar escrita en todas las paredes, en los frontispicios de todos los monumentos, en las encrucijadas de todos los caminos, en las portadas de todos los libros. Esta debiera ser la idea culminante

de todo y el fin principal de todo y la regla maestra de todo. Vamos á ver. ¿Qué hace el que no hace lo que hace por la eternidad? ¿Qué edifica el que sobre esta roca no edifica? ¿Qué luz guia al que no anda guiado por esta luz?

¡Eternidad! ¡Eternidad! Con el pensamiento de la eternidad desaparecen como las sombras de la noche iluminadas por el fulgor del sol todas las mentiras y preocupaciones y necedades de que está llena nuestra vida miserable. Con el pensamiento de la eternidad, como con fina piedra de toque, es facilísimo reducir todas las cosas á su justo valor. ¿Aprovecha eso para la eternidad? Gran cosa es. ¿No sirve para la eternidad? Poca cosa es. ¿Se opone al logro de la feliz eternidad? Malísima cosa es. Guiaos por este criterio y no erraréis. Es brújula que no engaña jamás.

¡Eternidad! ¡Eternidad! significa ser dentro poco tiempo para siempre salvado ó para siempre condenado. Significa perpétua felicidad ó perpétua desventura.

Y esto durante esta vida me lo he yo mismo de decidir. Ahora mismo me lo estoy tal vez decidiendo ya. En este mismo instante, con leer este libro, con seguirle ó despreciarle, estoy haciéndome *yo* mismo mi eternidad.

Si de mí depende eso, como realmente depende de mí, ¡cuán justamente me castigará eternamente Dios, si este su aviso no lo he querido aprovechar!

Ahora es tiempo, hermano mio, ahora es tiempo, que despues no lo será. Dime, ¿no tienes tú necesidad de dedicar cada dia unos minutos siquiera á este saludable pensamiento? ¿Qué te importa ser rico comerciante si tras esto no has sabido hacer el único negocio que te ha de hacer feliz para siempre? ¿Qué te importa ser sabio, si en esto discurres (ó no discurres) como el más rudo patan?

La eternidad lo es todo: lo presente es nada. Mira ahora los cálculos que haces tú: en vez de sacrificar ó por lo menos subordinar lo que es nada á lo que es todo, subordinas y sacrificas lo que es todo á lo que es nada. ¿Comprendes si esta es necia manera de discurrir?

Aunque mil años durase la vida, valdria la pena de pasarla cristiana y morigerada para lograr con ella dichoso fin y dichosa eternidad. Pues, atiende, insensato soñador: no dura

mil años, no, ni siquiera quinientos, ni siquiera doscientos, ni siquiera ciento. Tal vez te encuentras ya á más de la mitad, tal vez tocas ya á los límites de tu viaje.

Nacido ayer, te advierten ya que mañana vas á morir. ¿Y aún por tan poca cosa arriesgas tu suerte definitiva?

¡Oh necio pecador! aunque por otra cosa no fuese, por necio merecieras la eterna condenacion.

LXXIV.

HIGIENE ESPIRITUAL.

TODOS somos, por lo regular, muy delicados y quisquillosos en lo que atañe á nuestra salud corporal, y si nos duele el estómago, ó nos tiran los nervios ó sentimos mareada la cabeza, acudimos prontamente al médico ó curandero para que le echen un remiendo á nuestra flaca humanidad. ¡Lástima que con ser el alma de muy más noble condicion que el cuerpo no tengamos para con ella igual ánsia y solicitud!

Porque son muchos, muchisimos, los que la traen á todas horas caida y enfermiza, sin por eso procurarle á la infeliz reparo alguno que la pueda aliviar. Y tú tal vez eres de esos, amigo mio; tal vez la tienes á tu pobre alma, si ya no podrida y purulenta por mil asquerosas llagas, quizá por lo menos endeble y achacosa y dando por su misma debilidad continuos traspiés.

Ya sabes que en estos casos lo que para el cuerpo se suele prescribir, más bien que cualquier específico determinado, es un buen tratamiento higiénico, es decir, un sistema general de vida que, conforme á ciertas reglas, vaya de continuo sosteniendo y áun mejorando la naturaleza, previniendo los peligros, reparando las quiebras, apuntalando, por decirlo así, por cuanto tiempo se pueda, el edificio que tantas causas contribuyen de continuo á gastar y enflaquecer. Hé aquí, pues, por qué llamo *Higiene espiritual* á esta coleccion de reglitas sencillas y caseras para conservar tu alma en gracia de Dios, que esa es su verdadera vida, y prevenir los riesgos del pecado, que esa es su verdadera muerte ó por lo menos mortal enfermedad.

Buena alimentacion. Lo primero que se suele aconsejar á quien desee conservar sano y entero su cuerpo, es que le dé la alimentacion conveniente. No de platos precisamente deliciosos y regalados, que esos suelen ser por lo general los más ocasionados á indigestion; sino de manjares sólidos, sencillos, nutritivos, sustanciosos, que, sin cargar mucho el estómago, den al temperamento todo su vigor y mantengan á la sangre en toda su pureza.

Vén acá ahora, y dime: ¿qué le das á tu alma por toda alimentacion? Tal vez veneno expresamente compuesto por tus enemigos para echarla á perder. Malos libros y periódicos, malas diversiones, escándalo diario. En este caso haces ni más ni menos que si á tu cuerpo le dieses arsénico ó cosa así. No sólo no quieres tu salud espiritual, sino que eres un verdadero suicida.

Quizá no llegas á tanto: quizá sin tomarte lo que propiamente es veneno, apeteces solamente manjares de mal provecho, ó flojos, ó indigestos, ó que encienden los humores, ó que sencillamente no te hacen ningun bien. Y eso sólo porque son dulces á tu goloso paladar. Así viven la mayor parte de las gentes del dia. Su conciencia la tienen, por decirlo así, en su paladar: por éste juzgan de lo que les conviene ó perjudica para su salvacion. Como una cosa guste, ya se admite sin otro exámen: como amargue algo, ya se rehusa sin remision. ¡Válgame Dios! ¡Así va saliendo de enteca y medio tísica la gente del dia! No, no, amigo mio: para tu alma, como para tu cuerpo, han de ser los alimentos sanos y sustanciosos y apropiados. La ley de Dios, que refrena los apetitos del sensualismo; la piedad, que es el mejor calmante de sus ardores; los santos Sacramentos, que son el depurativo y confortativo esencial de nuestros corazones. Así se vive bien, y así se medra y así se llega á templar con temple de acero el espíritu más delicado.

Privacion y mortificacion. Todos los excesos son perjudiciales, dicen los higienistas, y por eso la verdadera vida higiénica es un conjunto de privaciones, enojosas alguna vez, pero siempre saludables. No sé despues de esto por qué las gentes del siglo hallan tan absurda para la vida del alma esa sublime palabra que se llama en el lenguaje cristiano *morti-*

ficacion. Consiste precisamente en no vivir al antojo de cada dia; en no darle al cuerpo lo que le place sino lo que le conviene; en cercenar lo que daña; en aplicar hasta el fuego, si conviene, á la gangrena; en cortar, si es preciso, una parte del miembro dañado para salvar lo demás. No puede vivir en buena salud corporal el hombre que no se conforma en privarse de muchas cosas. Así no puede vivir moralmente sana el alma mortificada. Mortificacion en la vista para que no mire lo que no ha de mirar; en los oidos para que no escuche lo que no ha de escuchar; en la lengua para que no diga lo que no ha de decir; en los piés para que no vaya á donde no debe ir; en las manos para que no las extienda á lo que debe respetar. Y si á pesar suyo siente el hombre poderoso impulso á un exceso cualquiera, castiguese á sí propio, permita que le aten recio; como el que anda en delirio permite y áun agradece que le sujeten por fuerza los enfermeros para que no se precipite ó maltrate. Vendas espirituales que aten, cauterio que abrase la carne podrida, lanceta que abra salida á los malos humores y que hasta corte y saje sin piedad, ¿qué otra cosa viene á ser lo que en la clínica religiosa se llama penitencia y mortificacion?

Aires puros y bien oxigenados. La respiracion es la más importante de las funciones vitales del cuerpo humano, y un aire puro y sano y con suficiente cantidad de oxígeno es el que se necesita para que los pulmones respiren del modo regular. Por eso una buena atmósfera es tan esencial para la salud. Por eso es tan perjudicial vivir en atmósfera viciada. Tan viciada puede estar que llegue á causar asfixia y muerte.

¿En qué atmósfera moral obligas tú á vivir á tu pobre alma? ¿Qué aires la rodean? ¿Qué vapores corrompidos la fuerzas á respirar? ¡Ah! Ya no extraño la tengas constantemente desmejorada, pálida, desmayada, en continua desgana, sin brios ni alientos para obra alguna de vigor. Ya lo veo: es la influencia de la atmósfera pestilencial en que vives, del aire malsano que respiras, de la viciada respiracion con que de continuo te estás asfixiando. Tus tratos y amistades, tus relaciones y visitas, tus bromas y conversaciones, todo, todo lo que de dia y de noche respira tu alma es co-

rrompido y corruptor. Muda de aires si quieres mejorar, sino morirás lentamente envenenado. Y si en aires malos has por fuerza de vivir, procura constantemente traer contigo desinfectantes. No los hay mejores que los del temor de Dios y de la frecuente confesion y comunion. Sal á respirar con frecuencia aires más puros; el domingo por lo menos acude á la iglesia, que en ningun otro sitio respira el alma mejor; trata á menudo con personas espirituales: no hay contraveneno mejor para neutralizar el de los malos ejemplos que por fuerza tengamos que presenciar. Aire, aire para el alma; pero aire sano, aire puro, aire saturado de fe y de oracion, oxígeno sobrenatural, sin el cual perecen las almas, sin que haya otra cosa que las pueda salvar.

Saludable ejercicio. Lo recomiendan todos los médicos sin excepcion. El cuerpo se entumece si no se le mueve á menudo. La sensibilidad se embota si no se la ejercita de un modo regular. La vida enteramente poltrona y sedentaria es gérmen de todas las enfermedades. «Salga V. á paseo, os dirán á cada paso los médicos, procúrese V. ocupacion.» ¿Quién no sabe cuanto se recomienda hoy dia para el desarrollo de los jóvenes y áun de hombres de alguna edad la gimnástica?

Razon tienen, pues, los higienistas del alma en decir que es el orígen de todos los vicios la ociosidad, como el no moverse suele serlo para el cuerpo de muchas enfermedades. Trabajar algo siempre, es para el espíritu remedio seguro contra la tentacion. «Procura, decia un Padre antiguo, que el diablo te encuentre á todas horas ocupado.» Hombre ocioso es por necesidad soldado rendido. La tierra baldía se llena al punto de yerbas y malezas; así el corazon humano cuando no se le tiene en continua y provechosa actividad. Si quieres vivir sano del alma no estés ocioso jamás. El ejercicio de la caridad con tus prójimos te ofrecerá diaria y nobilísima ocupacion si otra no tienes. Estudia, trabaja, reza, socorre, ayuda al bien; todo menos estarte mano sobre mano; como plaza sin muro, abierta cada minuto á los asaltos de Satanás. El trabajo regular no gasta las fuerzas, sino que las multiplica. Te harás inútil hasta para lo necesario, si no te ejercitas de continuo en obras buenas por tu libre volun-

tad. No digas nunca: «No quiero hacer más que lo que tengo obligacion.» Seria este el modo cierto de que acabases por no creerte obligado á cosa alguna.

No despreciar las cosas pequeñas. No me gustan, á fe, los maniáticos y aprensivos, pero menos me gustan aún los en demasía confiados. La mayor parte de las enfermedades se evitarian sino se despreciasen ciertos síntomas precursores de ellas. Por no cuidar y curar lo que en sí es leve, sucédeles á muchos verse luego agobiados con dolencia mortal. Así pasa con las almas, y muchas arden en el infierno por esta maldita falta de aprension. Al mal como al bien no se va sino por grados. Primero es acostumbrarse al pecado venial, luego viene el vivir sin pena en el pecado mortal, y por fin el morir en él y ser eternamente condenado. Corrige lo poco, si quieres no hacerte despues incorregible para lo mucho. Por causa de la gotera, se viene á hundir poco á poco la casa entera. Cuando un tren se descarrila, primero no hizo más que desviarse del rail aún no el grueso de un dedo; despues fué el tumbar y precipitarse con sangriento estrago desde lo alto del terraplen. Así pasa con los hombres. Empiezan por descarrilarse una línea; acaban por tumbarse de bruces en el derrumbadero. No hay pecado que no sea de gran cuantía si por él ha de empezar á precipitarse tu alma en la condenacion.

Acude al médico siempre que sea menester. No seas vano y presuntuoso en querer dirigirte por ti solo, porque este es el modo seguro de disparatar. Hasta los médicos más eminentes llaman, cuando andan enfermos, á otro médico que les tome el pulso y les recete y les cure. ¡Cuánto menos podrá excusarse de él quien no tenga en eso adquirido conocimiento alguno ni experiencia! Ea, pues; ya sabes el médico de tu alma quién es y á dónde se le va á consultar para toda clase de achaques espirituales. El sacerdote. Dios te lo ha puesto para que tome de vez en cuando tu pulso, sondee tus llagas, oiga tu explicacion, y despues de ese reconocimiento te recete y áun aplique eficacísima medicina. ¿Te sientes malucho, amigo mio? Acude al médico de esos que más confianza te inspire, acude sin dilacion, háblale con franqueza, sométete á su tratamiento, y verás como se te

alivia el malestar. El confesonario es el lugar de estas espirituales consultas, y el tabernáculo de Cristo sacramentado es el vaso preciosísimo que encierra el más escogido confortativo. ¡No sé, válgame Dios, porque ha de haber tanta pereza y tanto horror al dulcísimo Sacramento de la Penitencia! ¡Al médico los enfermos! ¡A confesar los pecadores, que todos lo somos y por eso todos nos hemos de confesar! Se confiesa el mismo confesor con otro hermano suyo, porque á sí mismo ni el mismo Obispo ni el mismo Papa se pueden absolver. Se confiesa, pues, el Obispo y se confiesa el Papa, ¿y tú, pobre amigo mio, te avergonzarias de la confesion? Mira que no hay remedio como éste para las enfermedades que ya se tienen, ni hay preservativo mejor para las que puedan venir. Si eres malo, te has confesar para ser bueno; si eres bueno, para no llegar á ser malo. De todos modos, si has de salvarte no puedes prescindir de la confesion.

Se me figura, amigo, que con estos seis consejitos de espiritual higiene tendrias casi lo bastante, si bien los observases, para asegurar muchísimo la salud de tu pobre alma ó devolvérsela si la ha perdido ya. Haz prueba de este modo de vivir, siquiera una temporada, y me lo dirás despues.

LXXV.

MARÍA, MADRE DE DIOS.

Mucho ama nuestro pueblo á la Virgen santísima y mucho la venera. Bajo mil títulos y denominaciones, en pintorescas ermitas como en ostentosas basílicas, con el culto sencillo del corazon como con los más elevados arranques de la poesía, á María reconoce por su primer objeto de amor despues de Dios. De Ella, como de Este, puédese muy bien decir, que están cielos y tierra llenos de su gloria.

Sin embargo, hay quien en nuestro pueblo conoce todavía poco á la Madre de Dios. Presiente su grandeza con un movimiento instintivo del corazon, y esto le basta para quererla con todo cariño. Mas ¡ay! ¡que á tiempos hemos llegado en que no basta saber mucho amar, sino que es preciso saber defender muy bien lo que se ama! ¡Caso nuevo en nuestra España! Tiene en ella enemigos públicos y privados hasta la Madre de Dios. Aquí donde hasta los más desgarrados bandoleros y asesinos no podian dejar de saludar á la imágen de María, si por casualidad se encontraban con ella en el camino de sus maldades; aquí donde llevaban el escapulario de María y ofrecian ex-votos á María hasta los más perdidos en sus costumbres; aquí donde la fe en María y el amor á María habian llegado á hacerse como distintivos de nuestra raza y no se debilitaban en ningun trance de la vida y eran para la mayor parte consoladora esperanza de conversion en la muerte; aquí ¡gran Dios! ha osado la incredulidad blasfemar de este culto, aquí el inmundo espiritismo se ha atrevido á llamarle supersticion, aquí el necio protestantismo se ha atrevido á calificarlo de idolatría!

¡Ay, pueblo español! ¿Ves como no basta hoy amar lo que siempre has amado, sino que es preciso saberlo explicar y defender? Lee, pues, atento estas breves reflexiones, y ten-

drás con ellas con que tapar la boca á los viles enemigos de la Madre de Dios.

Reconocemos los católicos en María un objeto digno de nuestra particular *veneracion* sobre todos los demás que la fe nos propone, hecha sólo excepcion del mismo Dios.

Reconocemos además en María un poder especialísimo de *proteccion*, superior al de todos los demás Santos del cielo, exceptuando tambien solamente el mismo Dios.

¿Por qué todo esto? ¿Por qué la creemos digna de esta especial *veneracion*? ¿Por qué esperamos de Ella esta especial *proteccion*?

Pura y sencillamente por lo que dice el título de este librito. Porque María es Madre de Dios.

Veámoslo.

Es dogma, y el primero de la fe cristiana, que el Hijo de Dios ó sea la segunda Persona de la santísima Trinidad, para redimir y salvar al hombre quiso hacerse hombre como él y tomar carne y alma humanas, es decir, perfecta Humanidad, lo cual se llama el sacrosanto y amorosísimo misterio de la Encarnacion.

Esta Humanidad de que quiso revestirse el Hijo de Dios no la quiso Él crear de nuevo como creó en el principio del mundo á Adan, sino que quiso tomarla de mujer, bien que por modo maravilloso y de singular pureza, á fin de que de esta manera se pudiese decir con verdad, no sólo que tomaba carne, sino que tomaba carne nuestra; no sólo que se hacia hombre, sino que se hacia verdadero hermano carnal del hombre; no sólo que nacia de mujer, sino que era real y verdaderamente descendiente como nosotros del primer hombre y de la primera mujer.

Cuál sea la dignidad de la naturaleza humana honrada de esta suerte con haberla hecho naturaleza suya el mismo Dios, no hay términos con que ponderarlo. Pero cuál sea la dignidad de la Mujer por cuyo medio y en cuyo seno y de cuya masa material tomó el Hijo de Dios esta naturaleza humana que hizo suya, ¡oh! aquí no hay siquiera concepto de entendimiento ó de imaginacion con que comprenderlo.

Repite y vuelve á repetir, medita y vuelve á meditar lo que pesa y lo que significa esta sola palabra: una Mujer ha

llevado en sus entrañas hecho hijo suyo al mismo Dios: una Mujer ha dado carne y sangre de la suya para formarle un cuerpo al Hijo de Dios: una Mujer ha tenido la honra sin igual de que la llamase madre, madre suya, la boca del mismo Dios. Pues bien. Esta mujer fué María. María, dice el Evangelio con sublime sencillez, María, de la cual ha nacido Jesús; María, Madre de Dios.

Despues de esto fuerza es que resulte pálido y descolorido cuanto se diga. ¿Que María tuvo todo el lleno de las gracias celestiales? No es extraño, porque la crió el Padre eterno para que fuese Madre del Hijo de Dios. ¿Que fué concebida sin sombra de pecado original? Lógico fuera suponerlo, aunque la fe no lo mandase creer, porque no pudo ser manchada un solo momento la que nació sólo para ser Madre de Dios. ¿Que fué su vida dechado de toda virtud, cumbre de toda perfeccion, luna llena de todos los resplandores del órden sobrenatural? Ocioso es discurrirlo, porque no puede suponerse otra cosa de quien llevó en sus entrañas y alimentó á sus pechos y trajo en sus brazos al Hijo de Dios. ¿Que no hay en el cielo trono como el suyo, que le rinden homenaje todas las jerarquías angélicas, que la llaman su Reina todos los Santos? ¡Bah! Ha de ser precisamente así, por cuanto de ninguno de ellos es tan elevada la categoría como de la Madre del Rey de los cielos, del Hijo de Dios.

Y repara, amigo mio, una cosa. Es Madre de Dios María, y es Madre de Dios más que de sus hijos las demás madres. La maternidad suya la comparten las madres terrenas con el padre terreno y natural. María, cuya activa concepcion fué obra exclusiva del Espíritu Santo, no la comparte con padre humano. De consiguiente el Hijo suyo no reconoce otro orígen humano que ella; de consiguiente es más hijo suyo este hijo que lo son todos los demás hijos de las demás madres. Si alguna puede, pues, con más expresiva propiedad llamarse madre y la más madre de todas, es María Madre de Dios.

Ni tendria razon quien opusiese que María no es Madre de Dios porque no le ha dado á su Hijo más que el sér de hombre y no el de Dios que tiene desde la eternidad. No, tampoco en eso habria sombra de razon. Tampoco las madres hu-

manas dan á sus hijos más que la parte corporal, y no obstante se llaman y son realmente madres del cuerpo y del alma de sus hijos, aunque el alma no se la hayan dado ellas, sino inmediatamente el poder de Dios. Así María es Madre verdadera de Jesucristo Dios, porque aunque no le haya dado más que el sér de hombre, el sér de hombre está inseparablemente unido en este compuesto personal con el sér de Dios. Pues, como dice muy gráficamente el Símbolo Atanasiano explicando este dogma, así como el alma racional y el cuerpo forman un hombre, asi la divinidad y la humanidad constituyen una sola persona en Cristo. El compuesto que nació de María es Dios: luego lógicamente (y áun fisiológicamente) María es verdadera Madre de Dios.

¿Cómo debe, pues, ser venerada María? Respuesta sencilla é incontestable: Como lo que es, como Madre de Dios.

¿Y tienen fundamento los incrédulos, espiritistas y protestantes en acusarnos de idolatría porque dicen que adoramos á la Vírgen santísima? No, no tienen razon, porque nosotros no la adoramos, sino que la veneramos, lo cual dista mucho de ser igual. Adoracion es el culto supremo y único debido á solo Dios. Veneracion es el culto de amor y respeto tributado á cualquier persona ó cosa que lo merezca. A no ser que se quiera entender por adoracion el acto material de aplicar á un objeto el beso de los labios, lo cual impropiamente se llama adorar *(ad os)*, y esto lo hacemos con cualquier imágen y hasta con un retrato cualquiera ó recuerdo. Pero lo que teológicamente se entiende por adoracion, eso no lo tributamos los católicos más que á la Divinidad. Veneracion sí, y ésta la damos á la Vírgen, á los Angeles, á los Santos, á sus reliquias é imágenes, y hasta á los objetos que les pertenecieron.

La veneracion la damos civilmente hasta á los hombres ilustres, y á sus madres por razon de ellos. ¿Por qué la habíamos de negar á los héroes de la Religion y á la Madre de su divino Fundador? ¿Desde cuándo han de negar los enemigos de la fe lo que está no sólo prescrito por ella, sino áun por el mero sentido comun? Si el propio buen sentido nos inclina á venerar con cierto respeto las cenizas de los grandes hombres de la patria, ¿por qué no hemos de venerar

con igual respeto por lo menos las de los héroes de la santidad? Y si el homenaje que rinde la nacion á un rey se extiende hasta su madre, aunque por ley no sea reina, ¿por qué el culto debido á Cristo Dios no ha de extenderse en su debida proporcion á María, á quien Él reconoció como madre, y como madre veneró y honró?

Lo mismo hemos de decir de la proteccion que en María reconocen todos los católicos. Mucho puede el rey, porque tiene el supremo poder; pero mucho puede tambien la madre del rey por la influencia que tiene cerca de su real persona. María, Madre de Dios, no es omnipotente como Dios, eso fuera herejía decirlo tal como suena; pero María puede mucho cerca de Dios, y esto no es herejía, sino dogma de fe y franco dictámen de la razon natural. Y puede más que todos los otros Santos, cuanto es más elevada su condicion y más valiosa su influencia para con el corazon de su divino Hijo. Podemos, pues, rogar á María que nos valga con su intercesion y que presente y apoye nuestras oraciones, y en este sentido dice el pueblo cristiano: «María me ha alcanzado esta gracia; por María he logrado este favor.» Y aunque á veces atribuya directamente á María la curacion, por ejemplo, de una dolencia, ó la conversion de un pecador, ¿por ventura no es usual entre nosotros atribuir en el comun lenguaje una obra al que sólo ha sido mediador para obtenerla? Y de todos modos en el lenguaje oficial de la Iglesia debe buscarse el exacto sentido de sus dogmas, y no en los modismos é idiotismos del pueblo fiel, que no habla como teólogo, á pesar de que muchas veces lo es más de lo que parece.

Resúmen. Es María Madre de Dios, porque dió á luz á Cristo, que es juntamente é inseparablemente verdadero hombre y verdero Dios, no en dos personas distintas, sino en una sola verdadera Persona.

Porque es Madre de Dios, categoría que no tiene otra criatura, merece un culto, no como Dios, pero tampoco como el de otra criatura alguna, sino superior al de todas las otras criaturas santas, y sólo inferior al de la Divinidad. Es el culto que enseña la Iglesia debe tributársele; culto de amor, de obsequio y de veneracion. Entiéndase bien, no de

adoracion, sino de veneracion. *In veneratione,* dice el Prefacio de las misas de la Madre de Dios.

Porque es Madre de Dios, su poder no es el del mismo Dios, pero es por su valimiento el más grande que se conoce ante el trono de Dios, despues del de los méritos infinitos de Cristo. Lo que la Madre pide el Hijo lo otorga, dice un santo Padre. Y otro dice que el poder de María es la *omnipotencia suplicante*, valentisima expresion que no hace más que expresarnos la eficacia de sus maternales ruegos.

Calle, pues, el protestante impío, calle el inmundo espiritista, calle el desventurado incrédulo, callen todos los enemigos de nuestra Madre ante esta sencilla pero contundente afirmacion: María es Madre de Dios. Y no necesitas otra teología, tú, amigo mio, para imponerles silencio á los enemigos de la Reina de tu amor. Todos la aborrecen de muerte, ¿sabes por qué? Porque son hijos de la serpiente infernal, y ésta siente aún sobre su cabeza el pié vencedor de María. Todas las herejías ¡oh misterio singular! odian más que á nadie á la Madre de Dios, más que al mismo Dios.

¡Valednos, pues, contra todo el poder del infierno, oh María Madre de Dios!

LXXVI.

LA CASA-IGLESIA Y LA CASA-CLUB.

UNA de estas dos cosas ha de ser por necesidad el hogar doméstico, segun que impere en él de veras el Catolicismo, ó segun que en él se haya dado franca entrada á la Revolucion.

O casa de Dios, ó casa del diablo: ó casa-iglesia, ó casa-club.

Es casa de Dios ó casa-iglesia, si se rigen sus indivíduos por la ley cristiana en todo su rigor: con padres que manden como cristianos; con hijos que obedezcan como cristianos; con esposos que como cristianos se amen; con criados y trabajadores que como cristianos respeten, sirvan y trabajen, y como cristianos sean tratados y retribuidos. Una casa así organizada es copia exacta de la Iglesia de Dios, en la que es Dios honrado y servido, y en la que son las almas santificadas y conducidas á su debido fin. A la casa del cristiano así constituida llamó iglesia doméstica el Apóstol, y no pudo á fe llamarla mejor.

Es casa del diablo ó casa-club, si en ella no rige la ley de Dios, sino la salvaje y brutal libertad de cada uno, ó la voluntad, más salvaje y brutal todavía, de un déspota que sólo sabe mandar á palos y porque sí. La casa sin Dios, como el Estado sin Dios, cae inevitablemente ó en la demagogia ó en el cesarismo. O grita allí cada cual por su cuenta y antojo sin otras trabas que las de su soberanía individual: ó manda allí uno solo, sin más ley que su capricho, ni más consideraciones que las de su orgullo de sultan. En ambos casos no hay sosiego, no hay paz; la familia no es el cielo de la tierra, como deberia ser, sino el infierno anticipado.

La moda antigua, rancia y cristiana, fué que la casa estuviese montada y regimentada en todo segun la ley de Dios, como lo estaba tambien el Estado civil. Habia una ley fundamental en la familia: esta ley eran los diez mandamientos del decálogo y los cinco de la Iglesia. Esta ley se tenia por sagrada y por inviolable. El padre se creia sujeto á ella lo mismo que el hijo; el amo y la señora lo mismo que sus criados. Allí era verdad aquello, tan cacareado hoy dia, de la igualdad ante la ley. Aquella ley era la misma para todos: su representante era el Crucifijo. Por eso ante el Crucifijo no habia señor que no se postrase humilde como un criado, ni criado que no se reconociese tan noble y libre como su señor. Era el famoso nivel de aquella cristiana república, que miraba más á la nivelacion de las almas que á la de las fortunas: porque sabia que, reconocida la igualdad del hombre espíritu, todo lo demás habia de seguir como accesorio y accidental. Así el amo mandaba y el criado servia; pero tan hijo de Dios y tan súbdito suyo se reconocia el criado sirviendo, como el amo mandando. Aquello era liberal, muy liberal, si se me permite usar esta blasfema palabra. No habia allí voluntad absoluta de nadie: por esto era libre la conciencia de todos, bajo el yugo único de la ley de Dios. Y si un padre mandaba lo que no podia mandar, ó un amigo exigia lo que no podia exigir, la Iglesia decia al hijo ó al criado: «Primero has de obedecer á Dios que á los hombres. Muere antes que obedecer.» Y con esto no enseñaba, no, la rebeldía, ¡válgame Dios! no hacia más que poner en su verdadero punto la autoridad. Primero la ley de Dios, despues la ley del hombre conforme á la ley de Dios. De consiguiente, primero la obediencia á la ley divina, despues la obediencia á la autoridad humana, en lo que no se oponga á aquella primera ley.

¡Ah! ¡Esto era nobleza en el mandar! ¡Esto era dignidad en el obedecer! Dentro de esta órbita nobilísima se podia muy bien gritar con todos los pulmones y sin contradiccion alguna: ¡Viva la ley! ¡Viva la libertad!

Toda familia cristiana estaba antes montada así, y no se consideraba familia cristiana la que no se regia por estas leyes. Hoy todavía alguna conserva por milagro *el antiguo ré-*

gimen; lo regular, empero, es que en la mayor parte de ellas rija el moderno liberalismo.

Aquella era la casa-iglesia, y su ley fundamental era la ley de Dios. Esta es la casa-club ó (si viste levita) la casa-parlamento, que lo mismo da. Su ley fundamental es el libre-exámen.

¿Cómo se vive en la casa del dia, tal como la ha hecho la Revolucion desterrando de ella á Dios? Si la casa es rica, vívese en ella en un dorado desórden; si es pobre, en un desórden asqueroso, que sólo se diferencia del anterior en faltarle el brillo de la riqueza. Vamos á verlo.

En la casa rica sin Dios, el padre y la madre suelen vivir en una cierta libertad mútua de accion, que permitiria creerlos solteros, si no atestiguase lo contrario su partida matrimonial. El padre vive más en el casino ó en el garito que en el doméstico hogar: la madre, si es de igual ralea, pasa su vida en los salones ó en los paseos: los hijos los cria por su cuenta la nodriza, y los viste y acompaña la niñera en su infancia: á los diez años los cuida á tanto ó cuanto al mes el colegio; á los quince empieza á corromperlos la Universidad; á los veinte rivalizan ya con los padres en disipacion, libertad é individual soberanía. Suele conocerse que son hijos de aquellos padres en que llevan su apellido y tienen algo de su fisonomía, mas no en otra cosa. Ni comen apenas en casa, ni duermen á menudo en ella; su familia la componen los cómplices de sus aventuras. Cásanse más tarde, para reproducir en su nueva casa un cuadro igual. Al morir los padres, visten los hijos un luto rigoroso y ejemplar, es decir, segun la ley del último figurin. El entierro es de lo más sonado, y la tumba suntuosa. El corazon frio como los mármoles de ella. Así se vive y así se muere en la casa de la familia rica sin Dios.

Si la casa es pobre, el cuadro es igual, con sola la diferencia de ser algo más sucio y más ruidoso. La taberna suple al casino; porque la taberna es el casino del pobre, como el casino es la taberna del rico. Los hijos entre tanto se educan en la calle ó en la plazuela, en vez de hacerlo en el colegio ó en brazos de la niñera, en galante coloquio con el artillero ó cazador. Hay en casa gritos y peleas y trancazos y jura-

mentos, en vez de la ceremoniosa indiferencia de los malcasados de buen tono. Suele intervenir en ellas la vecindad ó el alcalde de barrio, en vez de la Audiencia ó del Provisor. Se cuelgan de la pared retratos de Garibaldi y mamarrachos del periódico satírico-obsceno, en vez de cuadros de odaliscas ó desnudeces del paganismo. Se leen las desvergüenzas del romance callejero ó las invectivas republicanas contra el Cura, en vez de las novelas de Dumas y de los números del periódico de modas. Los hijos se emancipan más pronto y pegan tál vez á sus padres, ó los abandonan á los auxilios de la caridad, ó dan con ellos en el compasivo hospital.

Con que de pobres á ricos de esta clase no media apenas otra distincion, que la de ser un palacio ó una zahurda el lugar de la escena, y la de representarla con camisa planchada ó con camisa sin planchar los protagonistas. El argumento del drama es igual, y podria bien titularse: «El liberalismo en la familia, ó lindezas de la casa sin Dios.»

Alguno encontrará exagerada la pintura, y como francos y leales vamos á dar sobre ella una explicacion. En muchas casas, que no son ya cristianas, no se advierte todavía tan al crudo el desórden demagógico que acabamos de retratar. Se comprende perfectamente. Casas enteramente dejadas de la mano de Dios hay pocas todavía; porque aún cuando en sí no sean ya cristianas, viven no obstante en medio del Cristianismo. Y aún á pesar suyo han de recibir alguna influencia de él. Sus individuos llevan nombres cristianos y han recibido bautismo cristiano, practican siquiera por tradicion ó rutina fiestas cristianas: un dia de la vida practican la primera Comunion, y alguna vez al año han de postrarse siquiera por compromiso al pié de los altares. Puede ser además que en el fondo de esta caverna sin Dios brille tal vez como estrella en noche tenebrosa la piedad mal disimulada de una esposa que recibió buena educacion, ó de alguna hija á quien su buena suerte hizo encontrar maestra más digna que sus padres. Así que ciertas familias impías de hoy aparecen de vez en cuando con lastres y resabios cristianos que hacen menos horrible á primera vista su fealdad. Pero ¡ay! ¡que esto es lo accidental, y lo esencial es su ateismo! ¡Ay, que esta superficial compostura no basta á disimular el negro fondo de gangrena que corroe sus entrañas!

No hay hombre, sin embargo, por malvado que sea, que no desee arreglada su familia. Ocioso es, pues, amigo lector, que te pregunte si tu casa la quieres con órden ó sin él. Óyeme, pues, y reflexiona.

Si quieres casa con órden, has de hacer que sea casa con ley. Y para ser casa con ley, has de ser tú el primero en sujetarte á ella. Tú que has de mandar, has de ser el primero en obedecer. La ley de tu casa no te la ha de imponer el Gobierno, pues hasta hoy no se ha inventado en los gobiernos poner un ministro de las familias, como hay ministro de la Guerra, ministro de Hacienda, ó de la Gobernacion. En casa tú eres el rey y el ministro y el alcalde y nadie más. Sí, fuera de Dios, no manda allí nadie más. Empieza, pues, por promulgar alta y solemnemente en tu casa la ley de Dios como ley fundamental. Clava en el lugar más visible de ella el severo y moralizador Crucifijo. Aquel es tu Jefe y de tu casa, y tú su lugarteniente, para gobernarla por Él y segun Él. A quien le falte al respeto, repréndele y castígale sériamente como á reo de lesa majestad. Enemigos de su divina soberanía no los consientas en tu casa, ni en forma de compadres, ni en forma de libros, ni en forma de dibujos, ni en forma de periódicos. Barrera cerrada para todos los enemigos de tu Dios. Los que van contra Él van contra tí. Intransigente en eso y sin contemplacion.

Reza con tu familia, lee con tu familia, pasea con tu familia, come y diviértete con tu familia, y así si un dia has de llorar y gemir, de lo cual no escaparás, llorará y gemirá contigo tu familia para tu consuelo. Los hijos no suelen emanciparse de los padres sino cuando los padres han dado el mal ejemplo de querer emanciparse de sus hijos. Si se separa de su puesto la piedra central de la bóveda, ¿cómo se sostendrán los arcos que deben apoyarse en ella? Acostúmbrate, pues, á la vida doméstica, sin la cual no hay respeto á la autoridad. Huye del café y del casino, que son los enemigos naturales de la casa, como la falsa amiga es la enemiga natural de la esposa verdadera. Lo que has de gastar con los amigos en el ruidoso salon, gástalo con tu mujer é hijos en el pacífico hogar. No hay músicas como las que allí suenan, ni animada conversacion como la que allí entretiene las re-

cogidas veladas del buen padre de familias. ¡Infeliz! El dinero, el amor, los agasajos, la broma que desperdicias fuera de tu casa con tus compinches, son otros tantos robos que haces á la felicidad y ventura de las prendas de tu corazon, y tal vez á su moralidad y hasta á su eterna ventura!

Con que ya ven mis lectores el doble cuadro que les acabo de trazar. Por si gustan realizar el uno les acabo de dar reglas sencillas y que todos pueden cumplir. Para realizar el otro no necesitan regla alguna, sino echarse cuestas abajo por todas las pendientes de la ancha vida. ¡Padres y madres! Si vuestra casa no es iglesia de Dios, sino rencoroso y abyecto club de todos los demonios, vuestra la culpa es y vuestra la responsabilidad. Tal como sea, vosotros la hicísteis y nadie más.

LXXVII.

ESCUELAS LÁICAS, ES DECIR, IMPIAS.

HABEIS oido hablar, amigos mios, de una novedad que con el titulo de *escuelas láicas* ó *escuelas libres* se ha introducido entre nosotros? Pues tenedlo entendido para vuestro gobierno. Son pura y simplemente escuelas del diablo y lazo de perdicion. Son la última calamidad que ha lanzado el infierno sobre este católico pais, que tantas viene sufriendo desde principios de este siglo; es la última máscara con que pretende seducirle y embaucarle la Revolucion.

Hablemos claro y sin tapujos.

No hiciera el error conquista alguna si se presentara á los incautos llamándose con su propio nombre y mostrándose monstruoso como es en sí. No; para hacer su camino, lo primero que necesita es disfrazarse. Su disfraz suele ser un nombre más ó menos simpático con que llamar la atencion. Hé aquí porque á esos centros de impiedad modernamente establecidos en nuestras poblaciones los ha llamado *escuelas láicas* Satanás, su verdadero padre. Escuelas, es decir, sitio donde no se procura, al parecer, más que la instruccion, que es en sí cosa muy buena. Láica, es decir, en apariencia, encargadas á seglares que, es claro, las pueden desempeñar tan bien y acertadamente como los más diestros eclesiásticos. Hasta aquí nada hay á primera vista de particular.

Pero ¡ah! esta es la máscara y nada más, es la trampa cubierta de flores, es el anzuelo con que pescar inocentes. Tales *escuelas láicas* no se llaman así en el idioma de sus fundadores por ser láicos ó seglares los que las desempeñan, sino porque la enseñanza que en ellas se da se proclama láica ó independiente de toda religion; su enseñanza es la enseñanza sin Dios, es la enseñanza atea, es la enseñanza que

procura apoderarse en temprana edad del corazon del niño ó del jóven para hacer de él, no lo que debe ser, creyente y temeroso cristiano, sino hombre sin fe y sin ley, hombre sin religion.

¿Calumniamos á las escuelas láicas ó libres al calificarlas de esta manera?

No, porque ellas han cuidado bastante de calificarse á sí propias con sus dichos y con sus hechos.

Con sus dichos, en los periódicos que sostienen. Ahí está en nuestra ciudad el que les sirve de órgano oficial, el cual no cesa de decirnos semanalmente que el laicismo es la emancipacion de toda idea religiosa, del yugo del sacerdote, del despotismo de Roma, de las ideas del *Syllabus*, es decir, de cuanto constituye el verdadero Catolicismo. Y consecuente á este plan diabólico, no deja un dia y otro dia de blasfemar contra lo más santo y sagrado, de recoger todo el cieno y basura de la prensa inmunda de París, para arrojarlo al rostro de las personas y cosas católicas.

De igual suerte hablan en sus programas y alocuciones los fundadores y promovedores de tales escuelas, pregonando á voz en grito las excelencias del libre-pensamiento, de la ciencia sola, de la razon emancipada, y demás palabrotadas del diccionario libre-pensador, que no significan más que una sola cosa franca y verdadera: guerra á la Religion.

Y se califican además con sus hechos. En tales escuelas empieza por suprimirse como cosa inútil el catecismo; se arranca del sitio de honor la imágen de Cristo crucificado; se abandonan por completo las prácticas piadosas; se rehuye la visita parroquial. En sus libros de texto nada se encuentra que hable de la fe, ni de sus máximas, ni de sus preceptos, ni de sus fiestas, ni de sus Sacramentos, ni de sus Santos, ni de sus ceremonias. Es un estudiado vacío con que se quiere asfixiar desde la infancia el corazon del niño, matando en él toda idea de Dios, todo sentimiento de culto, toda aspiracion á la otra vida.

No nos digan, pues, los fundadores de las *Escuelas láicas* que les calumniamos. No hacemos más que levantar ligeramente una punta del velo que les sirve de disfraz. Son escuelas impías y nada más.

La escuela sin Dios es por necesidad la escuela contra Dios: la escuela sin catecismo es por necesidad la escuela contra el catecismo. A quien esto no comprenda, le dirémos sencillamente que no sabe qué cosa sea un niño, ni qué cosa sea la educacion.

Educar á un niño no es sólo enseñarle letras y guarismos, caligrafía y geografía, física ó matemáticas. Educar, es formar el corazon con buenos sentimientos y nutrir la inteligencia con elevadas ideas: educar, es además refrenar apetitos, acostumbrar á las limitaciones y austeridades del deber, podar el árbol de todas sus viciosas tendencias, corregir el natural deseo de libertad con la rigidez de la ley y de sus imperiosos preceptos. Para esto es indispensable acostumbrar al niño á la idea de un Sér superior y de una ley superior que no han hecho los hombres como él, sino que proviene del más alto orígen: Sér y ley que ejercen su rigurosa jurisdiccion sobre los más íntimos y secretos pensamientos y deseos de su alma; Sér y ley de los cuales, haga lo que quiera, no se podrá desentender jamás; Sér y ley que le tienen por súbdito cuando nace, le acompañan como fiscal mientras vive, le han de juzgar severamente cuando muera, y le han de castigar ó recompensar por toda la eternidad. Esta es la base de toda educacion: sin ella se puede saber muy bien leer, escribir ó contar, y áun física, química y gimnástica y cuanto querais, pero nada más. Se tendrá muy brillante instruccion quizás, pero nada, absolutamente nada de sólida educacion. Por confundir estas dos cosas, yerran lastimosamente muchos padres al tratar de la escuela que han de dar á sus hijos. Miran mucho al entendimiento y nada al corazon. Se contentan, pues, con maestro que bien ó mal los instruya, sin dar poca ni mucha importancia á que les eduque ó no.

Pero si todo el mal consistiese en no educarlos, menos mal seria; pero el caso está en que realmente se les educa, pero es para la perversidad. Haciendo gala el maestro de indiferente, les educa en el indiferentismo; haciendo gala de no practicar cosa alguna de Religion, les enseña á mirarla como cosa de ninguna importancia.

Ponedme un niño cinco ó seis horas cada dia al lado y en conversacion con un ateo, y no ha de tardar el infeliz en ha-

llarse contagiado de ateismo. Es la niñez una edad en que casi todo se adquiere por impresion, poco ó nada por conviccion: por esto en ella son tan poderosos y casi únicamente decisivos los buenos ó malos ejemplos. Del maestro impío han de salir, pues, casi siempre discípulos impíos, por inevitable necesidad.

Bien sabe el diablo lo que hace cuando procura con todas sus fuerzas plantear por todas partes este abominable sistema de corrupcion. Hay un plan vasto y horriblemente satánico para tender sobre nuestra infeliz España una como espesa red de estas infernales escuelas, en cuyas mallas quede dentro de poco ó mucho tiempo pescada para el ateismo gran parte de nuestra niñez. Es la última etapa del programa francmasónico que con el mayor disimulo se nos procura implantar. Hoy la escuela atea, disfrazada de escuela láica ó libre, quiere únicamente el derecho de vivir fraternalmente entre nosotros al lado y en compañía de la escuela católica. Se contenta con seducir bajo el pomposo lema de ilustracion á los desventurados que no saben conocer la malicia del reclamo. Mañana, como pasa en Francia ya, querrá la dictadura más feroz sobre nuestras conciencias, y con el dictado de enseñanza *láica y obligatoria* tendrá Gobiernos á su devocion que obliguen hasta con multa y cárcel á que el ciudadano le entregue sus hijos. La escuela láica es el demonio convertido en preceptor. Hoy sólo pide ser admitido como huésped: mañana se alzará como tirano. Este es el plan de las escuelas láicas, que por vez primera se anuncian en nuestra patria, y que por todos los españoles debieran ser combatidas como la peor calamidad social.

¡Padres y madres! No las combatirán los Gobiernos, porque los Gobiernos años há que están á las órdenes de la Revolucion. Vosotros lo debeis hacer: quieren esos astutos agentes de la francmasonería robaros vuestros hijos para el infierno, y no lo debeis consentir. Antes queredlos ignorantes que malvados. Pero no, no los tendréis ignorantes por eso; educacion buena, sólida y cristiana hay por suerte entre nosotros; escuelas públicas y privadas, con maestros seglares y eclesiásticos como manda Dios, las hay en todas partes. A estos maestros debeis confiar vuestros niños, á los

otros no. Al que aborrezca el catecismo no le debeis fiar una peseta, cuanto menos el alma de vuestros niños. Al que no venera el Crucifijo no le mireis como maestro, miradle como agente de perdicion. Al que no enseña á vuestros hijos la señal de la cruz y el *Padre nuestro*, no le tengais confianza alguna, aunque supiere todo lo demás que hay que saber. Si es mal cristiano, cuanto más supiere más peligroso es; como el asesino es más temible cuanto más afilado trae su puñal.

¡Padres y madres! Antes habeis de desear la muerte de vuestros hijos que verlos en tales centros de corrupcion. ¿Qué esperais de un hijo ó hija educados sin temor de Dios? Quien no teme á Dios no temerá ni amará á sus padres; quien empieza por despreciar la Religion será con el tiempo el verdugo de su familia. Mirad que hasta los padres malos quieren que sus hijos sean buenos. Vosotros que sois buenos no permitais que vuestros hijos se os eduquen para malvados.

¡Padres y madres! Cuando leais el rótulo ó recibais el prospecto de la *Escuela láica ó libre*, decíos inmediatamente:

Escuela láica, significa escuela sin Religion, sin catecismo, sin misa, sin oraciones, sin Dios.

Escuela láica, significa escuela de ateos, plantel de apóstatas de la Religion, criadero de malos hijos, de malos padres y de malos ciudadanos.

Escuela láica, significa instruccion, pero envenenada; letras, anzuelo de corrupcion; ciencias, banderin de enganche para las lógias francmasónicas.

Esto es la escuela láica, esto es y nada más.

Hay grave pecado en enviar á ella los niños. Pecan mortalmente los padres que cometen esta iniquidad. Pecan como si precipitasen de un derrumbadero á sus hijos, como si vendiesen sus hijas á la prostitucion.

Pecan gravemente los que pudiendo impedir estas escuelas, las consientan y autorizan. Pecan gravemente los que las aplauden y favorecen. Pecan gravemente los que debiendo hablar claro sobre ellas, callan ó disimulan.

Todos estos pecan, como pecaria el que incendiase los campos, hiciese pestilentes las aguas, envenenase el pan y demás alimentos.

¡Oh! Gran cosa es la instruccion, pero á condicion de que sea buena. Mas, pésima cosa es la instruccion, horrible cosa es, cuando es mala. No pueden los enemigos de la fe hacernos peor daño que envenenar la instruccion. El emperador Juliano creyó que de esta manera destruiria el Catolicismo con más seguridad y prontitud que con el hierro y el fuego. Esto mismo piensan los perseguidores de hoy. Creen que con la escuela satánica lograrán su empeño. ¡Vana ilusion! Harán suyas muchas almas desventuradas, pervertirán no pocos corazones, robarán la paz y honradez á muchas familias, sembrarán la zizaña del error en muchas comarcas, pero... desengáñense los enemigos de Cristo y de su Iglesia. ¡Cristo no caerá! ¡La Iglesia no caerá!

Entre tanto salvemos de ese lazo de perdicion las almas que podamos. Gritemos siempre y en todas partes: ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Padres, no vendais vuestros hijos! ¡Madres, no descuideis vuestras hijas! ¡Cuidado con la *escuela láica* que os los quiere secuestrar!

LXXVIII.

EL SAGRADO CORAZON.

Jesucristo es Dios. Aunque hay en Él dos naturalezas, divina y humana, como enseña la fe católica, es sin embargo única la Persona, y esta es divina. Es, pues, digno de toda veneracion, así en su Humanidad santísima como en su Divinidad. Y de su Humanidad santísima es digno de veneracion, no sólo el conjunto, si que cada una de las partes de él. De suerte que pueden y deben venerarse el cuerpo y alma de Cristo, pero puede separadamente venerarse su cuerpo y venerarse su alma, y pueden de su cuerpo ser venerados con culto especial cada uno de sus sacratísimos miembros. Así es antiquísimo en la Iglesia el culto de las adorables llagas de las manos, piés y costado; así es ya comun la veneracion á su purísima Sangre; así podemos fijarla muy en particular en su sagrada cabeza coronada de espinas, etc., etc. Sirva esto de contestacion á los que haciéndose del asombradizo preguntan: ¿por qué se da este culto especial al sagrado Corazon de Jesús? Respuesta decisiva: se le da en primer lugar, como puede darse á una parte cualquiera de su santísima Humanidad.

Pero hay un motivo especialísimo para dar este culto al Corazon, más que á la cabeza, manos ó piés. El corazon es entre todos los órganos corporales, por decirlo así, el menos corporal: viene á ser con respecto á la parte afectiva de nuestro sér lo que el cerebro con respecto á su parte intelectiva; es el que está más en íntimo y misterioso contacto con el alma para su vida de sentimiento; es como la frágua suya de que se sirve ella para elaborar sus afectos. Así que del mismo modo que en todos los idiomas se dice que piensa y discurre é imagina el hombre con la cabeza, así en todos los

idiomas se dice que ama y aborrece y sufre y goza y anhela y teme con el corazon. Porque para sus operaciones intelectuales parece que se sirve más el alma de la primera, como para sus operaciones afectivas se sirve del segundo. Tiene, pues, el corazon en el compuesto humano una importancia especial. Además de ser la válvula reguladora de su movimiento circulatorio, es el sagrario de sus más delicados sentimientos; es el volcan de sus más encendidas llamaradas; es el oculto resorte de la mayor parte de sus actos é inclinaciones. Se ha dicho con verdad que el hombre lo es casi siempre todo por su corazon. Si se eleva hasta la sublimidad del ángel ó desciende hasta la horrible condicion del demonio, es comunmente segun lo que ha purificado y enaltecido, ó maleado y degradado los sentimientos de su corazon.

Ahora bien. Cristo, Dios y hombre verdadero, tuvo en su vida mortal, y tiene hoy en su vida gloriosa en el cielo y en su vida escondida en el Sacramento, un verdadero Corazon. Y como su divina Persona es justamente la persona de un Dios-Hombre y de un Hombre-Dios, su Corazon es juntamente Corazon humano y Corazon divino, Corazon que pertenece al hombre y Corazon que pertenece á Dios, Corazon que late y alienta con todos los más nobles afectos humanos, y juntamente con los nobilísimos afectos de la Divinidad. Amó Cristo á Dios Padre y á la humana criatura con amor infinito, y el órgano ó frágua de este amor infinito fué su divino Corazon. Aborreció el pecado, que es el único objeto digno de los odios de un Dios, y el centro de estos odios infinitos fué su divino Corazon. Anheló la divina gloria y la redencion humana con hambre y sed que le hicieron impaciente por los tormentos y por la muerte, y el foco de estos anhelos y divinas impaciencias fué su sagrado Corazon.

Discurramos, pues. Si merecen culto y veneracion la cruz en que murió el Salvador, los clavos que taladraron sus manos y piés, las espinas que se hincaron en su cabeza, el sepulcro en que fué colocado, por el contacto material que tuvieron todos estos objetos con su divina Persona, ¿no hay razon especialísima para honrar con especialísimo culto y amor el Corazon suyo, aunque se le considere sólo como una

parte más noble de su sagrada Humanidad, como una entraña la más delicada de sus sacratísimas entrañas, como el órgano finísimo con el que su bendita alma nos amó, y deseó sufrir y morir por nosotros?

Hasta aquí, empero, considerando al sagrado Corazon como objeto material de este hermoso culto, que bajo este solo aspecto tendria ya incontestable derecho á nuestra predileccion. Mas, con el culto del sagrado Corazon, no se trata solamente de honrar la dicha víscera material del organismo humano de nuestro divino Salvador, trátase juntamente de venerarla como símbolo del inmenso amor suyo en favor de los hombres, que le llevó á morir por ellos en el árbol de la cruz. Segundo aspecto de la cuestion, no menos interesante que el primero.

Tambien está en el buen sentido del género humano que el corazon es el símbolo más adecuado del amor. El idioma de todos los pueblos lo expresa de esta manera. Cuando decimos que á una persona la hacemos dueña de nuestro corazon, ó que reinamos en el suyo, ó le pedimos nos admita en él, no queremos significar con esto más que el hecho de que la amamos, ó el deseo de que nos ame. Por corazon entendemos amor y nada más. Es un tropo vulgar que emplean hasta los que no han aprendido retórica, porque lo enseña á todos la misma naturaleza. Es, pues, altamente filosófico, y altamente teológico, y altamente artístico, y altamente natural, para venerar el amor infinito de Jesucristo á Dios Padre y á los hombres sus hermanos, tomar por símbolo y figura su sagrado Corazon, rodeándolo con los atributos más expresivos para dar á comprender todo el significado de este divino jeroglífico. Sí, no hay representacion más exacta que ésta de los divinos afectos del Salvador: el Corazon con llamas, para significar el ardoroso incendio de sus amores; el Corazon con la herida manando sangre, para demostrar la efusion de este amor sobre todos los mortales; el Corazon con cruz y corona de espinas, para recordar las agonías y sufrimientos que le costó este amor. Símbolo que por sí solo es un poema; símbolo que habla con más elocuencia que las frases del más vehemente discurso; símbolo que puede entender cualquiera aunque no tenga talento, sólo con que

tenga ojos en la cara para ver, y á su vez en el pecho un corazon para sentir.

Ahora bien. Este símbolo tan perfecto y adecuado podia ser escogido por los hombres para mejor representar con él el infinito amor que nos tuvo nuestro dulcísimo Jesús, pero no fué escogido ni inventado por los hombres, no, sino que les fué dado y comunicado del cielo por el mismo adorable Redentor. Tiene, pues, además de su fundamento teológico y de su exactísima propiedad filosófica, el carácter más respetable de todos, el de su orígen celestial. Sí, el culto del sagrado Corazon de Jesús, así bajo su punto de vista material como bajo su aspecto simbólico, conocido ya desde los primeros siglos en la Iglesia y practicado por gran número de Santos y almas enamoradas de Dios, fué más especialmente declarado al mundo por el mismo Cristo en el último tercio del siglo XVII por mediacion de la bienaventurada Margarita María Alacoque, religiosa de la Visitacion, recientemente elevada por Pio IX al honor de los altares. Las revelaciones hechas por Jesucristo á esta su fiel esposa para el mayor desarrollo del culto de su sagrado Corazon, han sido todas reconocidas por la santa Iglesia, cuya escrupulosidad en este punto es imponderable. En repetidas ocasiones se apareció Jesucristo mostrando á la beata Margarita su Corazon con las dichas insignias de la cruz, corona de espinas y herida dè la lanza, encargándola que juntamente con el P. La Colombiere, de la Compañía de Jesús, propagase por el mundo cristiano la devocion al sagrado Corazon, y que pidiese á la Iglesia la celebracion de su fiesta el viernes primero despues de la octava de *Corpus Christi.* Añadió además singularísimas promesas en favor de los que se esmerasen en practicar y propagar este culto, señalándolo como eficaz medicina para la restauracion de la fe y reencendimiento de la piedad en estos últimos tiempos de tibieza é indiferentismo. Cumpliólo así la ejemplar Religiosa, secundada en todo por el dicho P. La Colombiere, y despues de muchas y exquisitas averiguaciones practicadas por la Santa Sede, despues de tenaz é incansable guerra que le hizo el jansenismo, logróse ver sancionado por la Autoridad apostólica el culto del sagrado Corazon, instituida su fiesta universal, aprobado

su rezo, y hoy por fin venerada en los altares la memoria de su insigne apóstol y propagandista, la fervorosa contemplativa de Paray-le-Monial. Y hoy, gracias sean dadas al Señor, en medio de los horrores de la moderna persecucion, que persecucion es y gravísima la que en todos los confines del globo sufre el Catolicismo, el sagrado Corazon de Jesús es la divisa de todos los buenos, el grito de guerra en todos sus combates, su celestial esperanza de triunfo para el porvenir.

¡Amemos, pues, y honremos al sagrado Corazon! No hay libro en que mejor puedan estudiarse y aprenderse todas las virtudes, no hay maestro que con más divina autoridad nos las pueda enseñar. La paciencia y abnegacion hasta el sacrificio; la celestial mansedumbre, á par de la incontrastable firmeza; el celo devorador é impetuoso y á la vez la caridad incansable, benigna y afectuosísima.

¡Amemos y honremos al sagrado Corazon! Harto se nos da cada dia el espectáculo de corazones envilecidos en lo más inmundo de cenegosas aspiraciones, corazones á quienes la posesion de un puñado de oro endurece como este metal, ó á quienes el insaciable afan de sensualidad tiene podridos y hediondos. Hartos estamos de ver cada dia enlodadas en el barro las alas del corazon que Dios crió para que se cerniese como las aves en la más pura region del firmamento, y no como los reptiles pegado el rostro á la tierra vil y á sus groseras emociones. ¡Arriba, arriba con el Corazon de Jesús! ¡Arriba con Él siguiendo su generoso vuelo! ¡Arriba con Él, emulando la alteza de sus pensamientos, lo sublime de sus miras, la perfeccion de su ideal, que es hacernos grandes como su Padre que está en los cielos! ¡Arriba, á otra region, á otros aires, á más noble esfera, con el Corazon de Jesús! Él lo ha dicho y en sus devotos se cumple sin excepcion: *Elevado de la tierra, todo lo atraeré en pos de Mí.* Atráiganos, elévenos en pos de sí este iman divino, y contrapese en nosotros la ley de la gravedad terrena que nos inclina constantemente á lo bestial! ¡Vivamos con Él para el cielo, que allí está nuestro verdadero y espiritual centro de gravedad!

¡Amemos y honremos al sagrado Corazon! ¡Es el Corazon de nuestro Padre, de nuestro Hermano, de nuestro Amigo,

de nuestro Rey, de nuestro Dios! ¡Gózase en arrimarse y recostarse y juntarse á par del nuestro en la sagrada Comunion! ¡Gózase en hacerse confidente de nuestros más ocultos pesares y de nuestras más punzantes angustias! ¡Se da sin reserva á quien le quiere, sólo anhela para entregarse que se le vaya á buscar! ¡Corazones sedientos de consuelo y amor que tan á tontas y á locas lo mendigais de miserables criaturas, id á pedírselo á la puerta de este divino Corazon!

¡Amemos y honremos al sagrado Corazon! El templo es su casa, el sagrario su gabinete de íntimas confidencias. Nadie le ha buscado allí en vano. Nadie dejó de encontrar paz, amor y consuelo allí. Lo saben todos los Santos: lo saben gran número de pecadores. Sí, pecadores tambien, con sus pecados y todo, son recibidos allí y escuchados y abrazados. A los justos concede allí el Corazon divino la perseverancia en su amor, á los arrepentidos la gracia del perdon y el ósculo de una reconciliacion ternísima.

¡Sí, amemos y honremos al sagrado Corazon!

LXXIX.

EL SECRETO DE LA ENSEÑANZA LAICA.



El objeto de la Revolucion es pura y simplemente la descristianizacion del mundo y la proclamacion en él del falso derecho del hombre rebelde, en sustitucion del derecho verdadero de la autoridad de Dios. Por esto, todo lo que hasta hoy se ha visto en el mundo con el nombre de Revolucion, no han sido, si bien se mira, más que las avanzadas de ella, los tiroteos y escaramuzas que preceden al combate definitivo. Lo que se ha realizado y se va realizando en el terreno de los sistemas políticos; las transacciones y fórmulas conciliatorias que se han discurrido para ir sosteniendo, por un dia al menos, cierta aparente paz; las reformas económico-sociales con que se amenaza al rico; los ideales utópicos con que se halaga al pobre; las mil y una triquiñuelas legislativas con que se quiere tener amordazada á la Iglesia; todo eso no son más que preparativos para el último tremendo abordaje. Dia vendrá, y será muy presto, ¡ojalá fuese hoy! en que no habrá más que dos términos en el problema, dos banderas en el campo de batalla. El ateismo franco, que al fin por todos se llamará así; y el Catolicismo entero, que por todos será con este nombre reconocido.

Entre tanto que esto no llega, es inevitable cierta confusion: el enemigo viste á veces nuestro propio traje y adopta nuestras mismas divisas para lograr de flanco lo que aún no podria de frente; se contenta con ataques parciales, pero que, con todo y ser parciales, cada dia se van más á la raiz. Ahora bien; el combate de hoy es el de la enseñanza.

Atended una observacion.

La Revolucion, hasta hace poco, para hacer un ateo tuvo que deshacer antes un buen ó mal católico, porque no habiendo en el mundo más que buenos ó malos católicos, claro está que de ninguna otra cosa podia echar mano para formarse prosélitos. Hacer de un católico, sobre todo de un mal católico, un ateo, no parece cosa difícil á primera vista. ¡Son tantas las pendientes vergonzosas por donde se puede ir de la fe á la incredulidad! ¡Son tantos los atractivos del mundo, demonio y carne (esta última sobre todo), que le hacen suave y resbaladizo al hombre el camino de la duda y de la negacion! ¡Es tan seductora la libertad! ¡Es tan bella la ancha vida! ¡Es tan irreflexiva la juventud! ¡Ejerce tan despótico ascendiente la moda!

Sucedia, empero, que un ateo hecho de esta manera rara vez llegaba á ser ateo de veras. Parecíalo casi siempre á primera vista, pero la antigua levadura católica permanecia más ó menos en el fondo de su corazon. El ateo de tal suerte construido blasfemaba, sí, como un demonio, maldecia al cielo, asesinaba frailes y saqueaba conventos, derramaba veneno con su lengua ó con su pluma, era, en una palabra, lo que hemos visto en muchos de nuestros desdichados hermanos, bautizados como nosotros y educados por madres cristianas como nosotros, que sin embargo han sido el azote de su fe y de su patria desde el principio de este siglo acá. Más que ateos, eran malos católicos al servicio del ateismo. Así que, á lo mejor, ó por el mayor sosiego de la edad, ó por un repentino desengaño, ó por la voz fervorosa de un misionero, ó por cualquier otro de los medios que tiene la divina gracia á su disposicion, nuestro fiero revolucionario acordábase, sin saber cómo, de su primitivo sér de católico, despertábase en él de súbito la fe largos años aletargada, volvian á sus labios las oraciones de la niñez por tanto tiempo olvidadas, confesábase y envejecia y moria tal vez como un santo el que durante la mayor parte de su vida no fué sino un verdadero instrumento y satélite de Satanás.

Cada dia estamos recogiendo en el confesonario y en el lecho de muerte los últimos restos de esta generacion criminal, sí, pero más aún que criminal, seducida; cada dia recobra Dios muchos de esos pródigos infelices, que con lágrimas en los ojos tornan al paterno hogar.

Por donde claramente se ve que el trabajo revolucionario no producia así resultados más que á medias. Primero, porque nunca podía ser verdadera revolucion una revolucion que en el fondo no era hecha ni sostenida más que por católicos. Segundo, porque esos mismos católicos-revolucionarios no lo eran por lo comun toda la vida, y al fin de ella salvaban muchos sus almas y procuraban reparar los males causados, con buenos ejemplos, ó áun con buenos escritos tal vez.

No, el anhelo de la Revolucion habia de ser y era y es hoy tener revolucionarios hechos *ad hoc*: revolucionarios francamente tales ó sea francamente ateos; revolucionarios sin lastre católico de ninguna clase que templase su fiereza ó paralizase su accion; revolucionarios con la menor probabilidad posible de dejar de serlo; revolucionarios, no hechos de un católico deshecho ó pervertido, sino hechos *a priori*, hechos tales al nacer al mundo, ó por lo menos al nacer á la vida intelectual. Sólo éstos serian revolucionarios sin resabio alguno de clericalismo, con todo el vigor de su savia nativa, con toda la virginidad de su temple infernal.

Para eso era indispensable tomar al hombre, no ya desde jóven, sino desde niño; no desde la edad de las pasiones, sino desde la edad de la educacion; no irle á buscar precisamente al taller ó á la universidad para conducirle al club, sino ir como á tomarle del regazo de su madre para conducirle á una escuela especial. Esta escuela especial, donde se ha de formar al ateo, claro está que no puede ser ni la escuela sinceramente católica ni áun la simple escuela oficial en que aún no se ha abjurado el Catolicismo. Esta escuela especial, escuela preparatoria para el club, es la escuela láica; escuela atea, dirigida por maestros ateos para sacar discípulos ateos; que tales, segun dicen por ahí, conviene que sean los ciudadanos todos del porvenir.

Hé aquí la escuela láica. Lo que allí se hace es lo siguiente, con lo cual se le acabará de ver la satánica intencion.

En primer lugar se procura que el maestro sea hombre sin Religion. Naturalmente, para formar discípulos ateos, lo procedente es ponerles por de pronto á la vista el ejemplo práctico de una vida atea. Conviene que los niños vean desde

tierna edad que su maestro, del cual siempre tienen los niños un concepto superior, no oye misa, ni entra en la iglesia, ni respeta al sacerdote, ni saluda al crucifijo, ni vive casado en regla con su mujer, ni envia á bautizar á sus hijos, ni reza en casa, ni tiene en ella cuadros ó libros de Santos, ni da, en una palabra, señal alguna chica ni grande de tener creencias. Eso naturalmente lo ven á todas horas los chicos, y saben además de pé á pá toda la historia del personaje, y beben de esta suerte en él las primeras lecciones de incredulidad práctica, que han de hacer de ellos en lo futuro hombres sin Dios, sin ley y sin fe.

En segundo lugar se hace que los textos ó libros que se ponen en manos de las tiernas criaturas estén saturados de esta misma incredulidad que lentamente ha de envenenarlas y corromperlas. Nada de Dios criador de cielos y tierra; nada de alma espiritual é inmortal; nada de premios y castigos en la vida futura; nada de Jesucristo y de Iglesia católica; nada de Catecismo y de Sacramentos; nada, en suma, de conceptos de Religion, siquiera de la más rudimentaria y trivial. Se quiere que el hombre empiece á vivir como potro en la dehesa, sin freno de clase alguna, con solos los principios de una falsa honradez natural que le baste para no ir á la horca ó al presidio. Esta es la educacion del ciudadano *libre*, ¡y tan libre, válganos Dios! ¡Ya se le irán viendo al tal potro libre los saltos y cabriolas que se permitirá con tal libertad!

En tercer lugar, ni áun como asignatura de enseñanza, se le impondrá al niño el estudio de su Religion. De suerte que el niño podrá saber por la geografía é historia la mitología pagana, ó los ritos de la supersticion celta, india ó del Japon; pero nada de la verdadera Religion de su patria y de sus padres, porque ésta en tal escuela es considerada como peligroso contrabando.

Empero, que tales maestros no enseñasen Religion menos mal fuera, aunque por eso seria gravísimo mal; pero lo peor del caso es que la enseñan á sus discípulos falsificada, embrutecida, para que desde niños la empiecen á aborrecer. Que el Papa es un malvado tirano; que el clero es una casta explotadora y corrompida; que los conventos son focos de

maldades; que las iglesias son guaridas de ladrones é hipócritas; que el *Syllabus* es el código de la reaccion; que las ideas religiosas son todas ignorancias y atraso; que el catecismo envilece y embrutece; que el mónstruo de los tiempos presentes es lo que se llama el jesuitismo. Todo eso les enseñará el láico en su escuela, porque todo eso es lo que predica semanalmente en los periódicos escandalosos que salen de ella.

Digasenos ahora con toda imparcialidad. ¿Qué padre ó madre de buen juicio pueden tolerar para sus hijos ó hijas tan perversa educacion?

—Alto ahi, sale muy altanero el maestro láico; enseñar no es educar. Y en la escuela se debe dar sólo la enseñanza; en la familia la educacion.—Pasemos por alto la primera falsedad, esto es, la de que la escuela no deba ser á la vez casa de instruccion y de educacion; pasemos por alto esta que es grosera mentira, porque en todos los siglos y en todos los países los maestros de enseñanza primaria han entendido que debian, no sólo enseñar, sino educar, porque realmente en el niño estas cosas son inseparables. Decidme: si en la escuela dais una instruccion mala, ¿es posible que el niño adquiera con sola la familia una educacion buena? La instruccion versa sobre las ideas, la educacion principalmente sobre los sentimientos y costumbres; pero da la casualidad que no puede haber sentimientos buenos y costumbres buenas, si préviamente se tienen ideas malas. Niño con perversa instruccion es moralmente imposible que sea luego niño con honrada educacion; edificio con cimientos de incrédulo es dificilísimo que tenga continuacion y remates de edificio cristiano; semilla de cardos y espinas en la niñez es imposible que dé en la edad viril cosecha de buenos frutos. No; que el Salvador lo ha dicho con infalible verdad: *Lo que siembre el hombre, eso cosechará.*

Cuando os tiente, pues, el diablo ¡oh padres! ¡oh madres! para que mandeis vuestros hijos á una de tales escuelas en que se ha suprimido el único principio de moralidad, que es la idea de Dios, decíos á vosotros mismos:

«No puedo, porque sin el fundamento del temor de Dios, mi hijo no puede ser hombre de bien. Porque, por ejemplo,

para no ser ladron es indispensable creer antes que el robo es cosa mala; y no puedo creer que el robo es cosa mala si no consta cierto que hay una ley superior que lo declare malo, y no puede darse esta ley superior si no se empieza por creer en un legislador supremo que es Dios.

«No puedo, porque si mi niño tiene derecho á ser un mal cristiano, lo tiene tambien á ser un mal hijo, mal esposo, mal padre y mal ciudadano, porque quien se dispensa de sus deberes para con Dios, lógico es que se crea dispensado tambien de sus deberes para con los demás hombres. Hay deberes ó no los hay. Si no los hay para con Dios no los hay para con ningun otro. Y el mundo ha de ser entonces, ó un presidio en que no reine otra autoridad que la brutal del cabo de vara, ó una horda de salvajes en que cada cual haga lo que le acomode al grito de ¡viva la libertad!»

He aquí lo que es la enseñanza llamada *láica*, he aquí el secreto de iniquidad que se esconde tras los programas de esa falsa educacion sin Dios. ¿Un secreto, he dicho? Es verdad, pero secreto á voces, como suele decirse; secreto que lo sabe todo el mundo; secreto tan público que por lo mismo á nadie puede ya engañar. La Revolucion, al llamar *láica* á esta su enseñanza, no ha querido sino llamarla *atea*, sólo que esta palabra es dura de oir todavia para una gran parte del pueblo: la otra escandaliza menos y guarda más las apariencias de pudor social.

¡Padres y madres! ¡No entregueis vuestros hijos é hijas á tales maestros de corrupcion! Cualquier mal de sus cuerpos, cualquier vicio de sus almas es menos terrible que ese calculado envenenamiento de su primera niñez. ¡Padres y madres! ¡Cometeis el mayor de los crímenes cuando dais vuestros hijos á tales centros de perdicion!

LXXX.

VIVOS Y MUERTOS, Ó ¿CUÁNDO SE NACE DE VERAS?



o es verdadera vida la que acá se vive, sino poco más que brevísimo sueño. Mejor pudiéramos llamarle á este vivir, vivir á medias, ó vivir muriendo, ó prolongado morir. Desarrollemos algun tanto esta idea, que es fundamental.

La vida verdadera, para poder en rigor llamarse tal, debiera consistir en la plenitud, digámoslo así, del sér humano, ó sea, en toda la extension ó alcance de sus facultades propias y naturales. ¿Y qué es lo que hay en nosotros que pueda gloriarse de poseer esta plenitud?

No por cierto el espíritu, aprisionado y cautivo en grosera cárcel de materia; sujeto como esclavo miserable á muchos de los antojos ó influencias del cuerpo; envilecido frecuentemente con sus inmundas pasiones; enfermo y débil con su debilidad y enfermedades; decaido y desmayado con sus decaimientos y desmayos, y obligado á tenaz y desesperada lucha con él; sumido en lóbrega atmósfera de errores y preocupaciones; costándole ánsias y trasudores la adquisicion de cualquier exigua partecilla de verdad, que sólo le sirve para que conozca más á fondo la extension de su ignorancia, como una ténue luz en medio de las tinieblas sólo sirve de hacérnoslas más palpables y pavorosas. Por suerte le guia en medio de la densa oscuridad la mano segura de la Revelacion, cuando desatentado y orgulloso no rehusa el infeliz asirse á ella. Mas por lo que toca á sus propias fuerzas, si la vida del espíritu es la posesion de la verdad, ¿cuándo ha vivido el espíritu humano vida completa que real y verdaderamente mereciese este nombre?

Pues vengamos al cuerpo, de suyo más deleznable y desdichado. Fuera vida para él la posesion completa de la salud, fuerzas, actividad y de cuanto para su regalo y servicio ha puesto á su rededor la mano bondadosa de la Providencia. ¿Vive de esta manera nuestra porcion física ó animal? Gran parte de su existencia la consume en la imbecilidad é impotencia de la infancia y en la decadencia y torpor de la vejez. Descuéntese del resto lo que necesita el cuerpo para su descanso por medio del sueño, especie de muerte temporal; lo que le roban las enfermedades, contribucion directa sobre la vida, que le merma quizá lo mejor y más sustancioso del capital de ella; lo mucho que se ve obligado á privarse á sí propio por necesidad, por deber ó por vía de prudente precaucion; y dígasenos luego ¿qué vida es esta corporal que se ve de continuo menoscabada con tales descuentos y quebrantos?

Por donde y con muchísima razon el que no mirase más que á lo presente podria llamarla, como la llamó un famoso incrédulo, *broma pesada:* que, en efecto, bromazo fuera y muy de mal género habernos dotado el Criador de espíritu nobilísimo y con aspiracion contínua á lo infinito, y á la vez de cuerpo tan perfectamente formado, y organizado tan primorosamente, para acabar luego con que tal espíritu nunca jamás puede alzar el vuelo á las regiones de luz, hácia las que está continuamente aleteando; y en que el cuerpo, tan artificiosamente compuesto, sólo existe para proporcionarnos padecimiento, privacion y toda suerte de mortales agonías. Lo dicho: broma pesada y nada más hubiera resultado la divina idea del Criador al darnos la existencia; broma pesada en la cual (blasfemia parece hasta el apuntarlo) hubiera representado Su Divina Majestad el papel de bufon, y nosotros el de infelices víctimas ó juguetes de su capricho.

La sana filosofía discurre de otro modo, y con un sencillo raciocinio deja perfectamente justificada la Providencia; explicada á la vez y ennoblecida la obra de sus manos; resuelto el temeroso problema de lo presente y de lo futuro; consolado, finalmente, el corazon en sus actuales amarguras y pesadumbres. Discurre así:

«Siento mi espíritu y contemplo mi cuerpo organizado

para la vida perfecta. No es vida que pueda llamarse perfecta la que aquí viven mi espíritu y mi cuerpo. Luego les aguarda así á mi cuerpo como á mi espíritu una vida ulterior, que será la única verdadera y completa; realizacion final del pensamiento que tuvo el Criador al darme la existencia. Luego existe para mi cuerpo y para mi alma la inmortalidad.»

Y viene luego la Revelacion y me designa con el nombre de *cielo* este estado de vida perpétua, inmortal y esencialmente bienaventurada; y me expone en qué consistirá esta vida superior que allí vivirán mi cuerpo y mi alma, elevados sobre sus condiciones naturales al goce sobrenatural del Bien sumo, de la Verdad suma y de la suma Belleza; y me marca los derroteros seguros, por los que sin riesgo ni percance pueden mi alma y mi cuerpo conseguir tal felicidad.

Tenemos de ahí que la vida presente incompleta no es más que el brevísimo periodo de preparacion para la vida futura, que es la absoluta y completa, y, en una palabra, única verdadera vida. Nueve meses pasa el sér humano en el seno materno, y vive allí, es verdad, pero vive con suma imperfeccion. Al nacer á la luz de la presente vida, perfecciónase y adquiere condiciones nuevas, desarrollándose en él gérmenes que en su primer período tenia ocultos. Pero tampoco es este su perfecto desarrollo. Su verdadero alumbramiento definitivo es lo que se llama aquí vulgarmente la muerte. Entonces se verifica en él el crecimiento *in virum perfectum*, que dijo el Apóstol; entonces recibe el complemento su sér espiritual, mientras aguarda la universal resurreccion para que tambien lo reciba á su vez su envoltura terrestre; entonces entra él en la plenitud de la vida, en la perfeccion de su sér, en el uso completo y omnímodo de sus facultades; entonces empieza á vivir. Lo de acá fué mero periodo de gestacion para la vida eterna, como su permanencia en el útero materno fué mero periodo de gestacion para la vida temporal.

Eso reflexionaríamos todos si fuésemos verdadera y profundamente cristianos, cada vez que visitamos el cementerio y contemplamos el lugar donde en breve reposarán nuestros restos miserables. Sí, la tumba es la verdadera cuna del hombre. Allí se deben recordar, no tanto las ideas lúgubres de la

muerte, como las sonrientes esperanzas de la inmortalidad. Muertos lo somos en verdad mientras andamos arrastrando por las asperezas de este destierro nuestro cuerpo de corrupcion y pecado; vivos de veras lo serémos cuando, despojados primero de la carne ruin y recobrándola despues resplandeciente y glorificada, á semejanza de la de Cristo, reinarémos dichosamente con Él en perpétuas eternidades. El fondo del sepulcro es oscuro solamente para el infeliz que con culpable ceguedad ha limitado á la bajeza de lo presente el horizonte de sus miradas: no lo es para quien sabe vislumbrar al través de sus aparentes lobregueces la aurora vivísima de la resurreccion.

De aquí sale por sí misma la contestacion á nuestra pregunta: ¿cuándo se nace de veras? que hemos propuesto como tema ó cuestion del presente librejo.

—¿Cuándo se nace de veras?

—Cuando se nace para vivir siempre.

—¿Y cuándo se nace para vivir siempre?

—Cuando se nace para la eternidad.

—¿Y cuándo se nace para la eternidad?

—Cuando se muere para la vida terrena.

Del mismo modo que cuando se pone el sol en los confines de nuestro horizonte, no se pone para morir sino para amanecer espléndido y radiante de juventud en los confines de otro horizonte; del mismo modo que lo que es ocaso para nosotros es aurora para los habitadores del otro confin; del mismo modo que el crepúsculo vespertino de acá es crepúsculo matutino de los habitantes del globo que están en la parte opuesta á nosotros; así el morir de acá es para el hombre el nacer de allá, y es este el único nacer de veras, porque es el único nacer para jamás morir.

¿Qué debemos, pues, considerar en la muerte? No la ruina ó desplome de esas paredes de barro que aprisionan el alma, que tales son las carnes que nos cubren y el armazon de huesos que nos sostiene; no el lodo y polvo en que estas carnes y huesos se van á convertir; no el triste olvido en que va á sumirse nuestro orgulloso nombre pocos dias despues de nuestra efímera existencia sobre la tierra. Nada de esto tiene importancia alguna para el hombre cristianamente pen-

sador. Cantaba alegre y regocijado un pobre leproso mientras á pedazos iba cayéndosele la carne roida por su asquerosa enfermedad. Y preguntábanle compasivos sus amigos: «¿Pues cómo podeis tan alegremente cantar hallándoos en tan miserable situacion?—Pues qué, repuso él: estoy preso ¿y no quereis que cante viendo como se van desmoronando á pedazos los muros de mi prision?» Este lo entendia como verdadero filósofo cristiano, éste habia logrado hacerse cargo de la verdadera idea del morir.

¿No hay, pues, cosa horrible en la muerte? Sí la hay, amigo mio, si la hay. Hay horrible en ella, para quien no tenga puesta su confianza toda en Dios, la incertidumbre de cómo será recibido despues ante Su Divina Majestad. Morir es nacer de veras, pero puede ser nacimiento para eterna felicidad y nacimiento para eterna desventura. Porque todo lo que constituye el destino final del hombre ha de ser eterno, si no ya no podria ser llamado final. Horrible es, pues, nacer para la eternidad desgraciada, esto es, nacer vivo para caer vivo en las manos del Dios vivo, y recibir de Él una perpetuidad de vida que no ha de consumirse jamás y á la cual no puede renunciar ni sustraerse el mismo que ha de verse eternamente acongojado con ella. ¡Ah! ¡Qué horrible nacer! ¡Qué espantoso vivir! Comprendo el horror con que se agarran los hombres corrompidos á la ilusion del materialismo como á una áncora de consuelo en medio de los terrores con que les persigue ese fantasma de la eternidad. Comprendo que deseen convencerse y procuren convencerse y se empeñen en convencer á los demás de que, sí, señor, despues de la muerte nada hay, de que con la muerte se acaba todo, de que lo de la vida eterna es una paparrucha de los curas y nada más, y que ellos lo saben de buena tinta, y de consiguiente que nadie se turbe por lo que despues nos encontremos al llegar allá. ¡Infelices! Eso quisiérais, que no hubiese vida futura, para lograr en medio de vuestros desórdenes la tranquilidad al menos de la vida presente. Mas no, miserables; no, no. Viviréis á pesar vuestro, porque la vida verdadera, la única vida es la que sin mezcla de muerte os reserva la eternidad.

Compréndese, en cambio, el sumo consuelo, la paz inde-

cible del alma justa, que puesto en Dios todo su corazon, sabe de cierto que lo de acá es para ella breve plazo de prueba, corto viaje por malos caminos, tras de lo cual el descanso ha de ser sin fin. ¡Oh cuán dulce ha de ser de este modo lo más amargo de la vida presente! ¡Cuán fácil el más árduo sacrificio! ¡Cuán llevadera la más pesada cruz! El teson heróico de los mártires, la invencible firmeza de los anacoretas, la angelical é incontaminada pureza de las vírgenes, ¿cómo se sostuvieron sino mirando siempre resplandecer ante sus ojos la perspectiva de esta vida inmortal? A quien esto crea y esto espere ¿qué precio ha de parecerle mucho para conseguirlo?

¡Vivir dichosamente, sin temor de morir jamás! hé aqu la eterna felicidad de los amigos de Dios.

¡Vivir desesperadamente sin esperanza de morir jamás! hé aquí el eterno castigo de sus enemigos.

LXXXI.

PIEZAS PARA UN PROCESO.



OCAS páginas registra la historia contemporánea más pavorosas que la última erupcion del volcan revolucionario en París, conocido con el ya característico nombre de la *Commune* de 1871.

Fuerza es empero convenir en que la grandeza de la represion con que la sociedad ultrajada se creyó en el deber de castigar tamañas atrocidades, correspondió verdaderamente á la grandeza de ellas. El Gobierno liberal-conservador de Thiers, apenas dueño de la situacion, juzgó con razon que no podian dejarse en la impunidad crímenes tan inmensos, y se dió con energía á la obra de hacérselos expiar á sus desventurados autores. Se ha publicado recientemente la estadística de esta expiacion ejemplar, y de ella tomamos los siguientes espantosos guarismos:

Individuos presos y encerrados en los pontones, muchos de los cuales fallecieron en ellos.. . .	60,000
Id. muertos con las armas en la mano durante la lucha.	7,000
Id. fusilados despues de un juicio sumario. . . .	29,000
Id. fusilados por sentencia posterior de los Consejos de guerra.	2,000
Total de comunistas castigados.	98,000
De los cuales fueron fusilados..	31,000

Hay que confesar que pocas veces se presentan á la imaginacion cifras más abrumadoras que las que comprende este lúgubre cuadro estadístico. Nuestro objeto, empero, no ha sido entristecer á nuestros lectores con el recuerdo de ellas. Nuestro objeto es más elevado al exhumar hoy estos dolorosos episodios. Hay aquí una gran leccion histórica que recoger de ellos; constituyen para la generacion actual una preciosa enseñanza.

Vamos al caso.

El horror de todos los horrores para críticos de cierto jaez es el Santo Tribunal de la Inquisicion, particularmente por lo que á España se refiere. Contra la Inquisicion y contra el Catolicismo, en cuyo nombre funcionó esta saludable magistratura, no hay diatriba ó aspaviento que parezcan pocos. Alzarse siquiera á discutir ó examinar uno de los cargos que contra ella se fulminan, es para muchos audacia tan singular, que toca á los límites de la insensatez y del absurdo. Sin embargo, al fallo leal de toda persona honrada sujetamos los siguientes considerandos, despues de los cuales, si hay verdadera imparcialidad, no dudamos un momento obtener para el calumniado Tribunal sentencia favorabilísima.

Son los siguientes:

1.° El Estado racionalista, personificado en Thiers, y la monarquía católica de nuestros mayores, se encontraron en situacion análoga en su época respectiva: el primero luchando contra la *Commune*, y la segunda contra el protestantismo, que ya en sus principios hizo en Alemania los mismos estragos socialistas que aquella en París. Ambos se las habian con un enemigo formidable, y el duelo era á muerte para los principios sociales que cada uno representaba. Si hubo derecho en el Gobierno racionalista de Thiers para proceder contra los comunistas, lo hubo igualmente en Cárlos V, Felipe II y sus sucesores para proceder por medio de la Inquisicion contra los protestantes, verdadera *Commune* del siglo XVI. El caso es igual.

2.° La justicia racionalista de Thiers en pocos meses se creyó en el deber de hacer deportar á sesenta mil ciudadanos libres, y de hacer fusilar á treinta y un mil, despues de haber muerto las tropas en el calor de la lucha á unos siete mil con las armas en la mano. La magistratura católica de la Inquisicion en tres siglos (repárese la diferencia) no cuenta ni la mitad, ni la mitad de la mitad, ni la sexta parte de reos castigados por ella con diferentes penas. Tres siglos católicos puestos frente á frente de unos pocos meses racionalistas no dan siquiera la proporcion numérica de uno á seis.

3.° La Inquisicion española nunca procedió sumariamente ni castigó en masa. Cada uno de sus procesos es un

modelo de tramitacion rigurosamente jurídica. Ningun tribunal de su época tenia los procedimientos tan favorables al reo, como los tenia ella. Llegó á pecar por exceso de minuciosidad y de precauciones, si es que en esto pueda jamás haber exceso. Por el contrario, los reos de la *Commune* fueron todos juzgados sumariamente y por el expeditivo procedimiento militar.

4.° El criterio jurídico de la Inquisicion era el siguiente: La propagacion teórica de malas ideas es delito justiciable, lo mismo que en su realizacion práctica, porque la primera es la causa eficiente de la segunda. De consiguiente es crímen social la apología del robo, por ejemplo, como lo es la ejecucion de él. El criterio adoptado por la justicia racionalista de Thiers fué el siguiente: El hombre es libre de pensar como le acomode, de hablar como bien le parezca, de propagar como verdades cuantas ideas buenas ó malas se le antojen; puede embaucar á los tontos, seducir á los incautos, inflamar las pasiones, agitar las turbas; pero si se traducen en hechos sus predicaciones, si el ideal predicado en el club ó en la hoja se lanza el pueblo á realizarlo en la calle, debe fusilarse á este sin compasion y previo sólo juicio sumario. ¿Cuál de los dos criterios, el católico ó el racionalista, es más lógico, más racional, más humanitario?

5.° Hay en el dia una tendencia general á justificarlo todo por el éxito. Ahora bien. ¿Cómo declara el éxito tocante á los procedimientos de Thiers y á los procedimientos de la Inquisicion española? Ahi está á la vista el testimonio que sobre unos y otros ha dado ya este testigo de mayor excepcion. La Inquisicion española salvó en épocas de general desconcierto europeo lo que se le encargó salvar: la unidad religiosa de España, y con ella tal vez su misma nacionalidad, que Francia desgarrada estuvo á pique de perder en sus feroces luchas contra los calvinistas. Así que, el protestantismo no ha podido medrar en este país hasta que en hora aciaga fué destruida esta mano poderosa que le detenia en nuestras fronteras. En cambio los fusilamientos espantosos decretados por la justicia sumaria de Thiers no han hecho sino encender más vivo en su país el fuego que con tanta sangre se trataba de apagar. A los pocos años de tan

horrenda represion social vuelve á estar la sociedad francesa á dos dedos de la *Commune*. Mañana se la verá inevitablemente más infernal y satánica que en 1871, hasta que otro Gobierno conservador se vea precisado á ahogarla, si puede, en nuevos rios de sangre. Las hecatombes de Thiers han sido estériles por completo y no le han ahorrado á la Francia ni una lágrima en lo pasado ni un riesgo en el porvenir. Los tribunales religiosos en España lograron, pues, con menos rigor lo que con todos los rigores de la ordenanza militar no han logrado en Francia los Consejos de guerra.

Hé aquí los considerandos que exponemos sucintamente y sin linaje alguno de ponderacion. Las pruebas de ellos están á la vista. Pueden condensarse en las siguientes preguntas y respuestas:

¿Cuál de los dos tribunales, el católico ó el liberal, ha hecho, en plazo sin comparacion mayor, un número de víctimas sin comparacion más reducido?

El católico.

¿Cuál de los dos tribunales procedió contra sus respectivos reos con más calma y reflexion, con más minuciosidad en el procedimiento, con más garantías de toda clase en favor de los acusados?

El católico.

¿Cuál de los dos tribunales se guió por criterio más lógico, más consecuente, más humanitario, el católico que castiga el crímen y la causa directa de él, ó el racionalista que castiga terriblemente el crímen, á la vez que pregona que es libre, sagrada, inviolable la causa que lo produce?

El católico.

¿Cuál de los dos tribunales, dado el mayor rigor de los castigos y mayor número de víctimas en el racionalista, y dada la mayor lenidad y menor número de ellas en el católico, ha logrado más eficazmente su objeto en bien de la misma sociedad civil que ambos estaban encargados de defender?

El católico.

Cuando se hable, pues, como se habla tantas y tantas veces, á tontas y á locas, contra el Santo Tribunal de la Inquisicion española, tenemos derecho para decirle al hablador, ó

que por ignorancia no sabe lo que se pesca, ó que falsifica á sabiendas la verdad por pura malicia. Si pudiesen levantarse de sus tumbas los treinta y un mil comunistas fusilados por la justicia liberal-conservadora de Thiers, reconocerian á una voz lo mucho mejor y más suavemente que les hubiese salido el negocio si en el principio de su extravío hubiesen caido en manos de nuestra Inquisicion tan maldecida. Nosotros entre un tribunal religioso que nos amonestase y corrigiese y perdonase, y otro tribunal militar que nos declarase libres para pensar, hablar y escribir como quisiésemos, reservándose fusilarnos sumariamente el dia despues, sólo por haber ejecutado aquello mismo que nos decia podíamos libremente escribir, discutir y predicar... francamente, optaríamos por el primero. Y creemos sin juicio temerario que con nosotros pensarian lo mismo todas las madres, esposas é hijos de los treinta y un mil fusilados por la justicia racionalista de Thiers.

Mil veces te habrás podido hacer, amigo lector, una observacion estudiando detenidamente la variadísima y por demás instructiva historia de nuestras revoluciones y reacciones. El ciudadano *libre* en la vida moderna es de seguro un tipo digno de ser estudiado con mediana atencion. Piensa como se le antoja, es verdad, cree lo que quiere, habla ó escribe hasta donde le permite el fiscal, se asocia para lo que gusta cuando no le disuelven á decretos ó á porrazos, que todos estos famosos contrapesos suelen tener las famosísimas libertades de pensamiento, de imprenta y de asociacion.

Pues bien; supon que en uso de estos ilegislables derechos de pensar, de hablar, de escribir y de asociarse se le figura al infeliz que tiene tambien el derecho de obrar en consecuencia con lo que pensó, habló ó escribió. Esta libertad de obrar debe reconocerse como lógica desde el momento en que se declara sagrada la de pensar y hablar y escribir y asociarse, porque ¿para qué servirian tales libertades de pensamiento, de palabra y de asociacion si no habian de conducir á la realizacion de algo en el terreno práctico? Hé aquí, pues, que mi hombre libre, persuadido de que lo es, lánzase á la calle para hacer prevalecer su ideal. ¡Alto ahí!

le gritan con horrísona voz fusiles y cañones hábilmente dirigidos por quienes poco antes le predicaban como sagrados y sacrosantos sus derechos á la libertad. ¡Alto ahí! le gritan, y no es lo peor que se lo griten, sino que añadiendo el efecto material á la advertencia, plántanle una bala en el pecho ó en el corazon y le detienen de un modo tan suave y liberal en el camino de sus libres ideales. O lo que sucede tambien con no menos frecuencia, cógenle súbito al desdichado que acarició tan bellas ilusiones, preséntanle bonitamente ante un consejo de guerra compuesto de hombres de uniforme militar, eso sí muy liberales siempre y más liberales tal vez que el mismo reo á quien van á juzgar, y muy liberalmente redactan en pocas horas una sumaria que no llena seis hojas de papel, y muy liberalmente le imponen á aquel ciudadano libre la pena de muerte, y muy liberalmente le conceden un rato para arreglar sus cuentas con Dios, y muy liberalmente lo entregan á un piquete de ocho soldados y un oficial, los cuales muy liberalmente en cualquier esplanada ó junto á cualquier tapia me lo echan con unos cuantos balazos á la eternidad.

¡Ah! ¡Si los centenares de centenares que la Revolucion fusiló y deportó en España, y los miles de miles que la Revolucion guillotinó en Francia en el siglo pasado, hubiesen podido apelar del fallo de sus jueces liberales (eso sí, liberalísimos) al fallo aborrecido de los tan aborrecidos jueces de la Santa Inquisicion! ¡Cuántas víctimas menos contaria nuestra sangrienta historia moderna! ¡Cuántos hijos menos sin padres! ¡Cuántos padres y madres menos sin hijos!

¡Aprende, pueblo, aprende como se te ha embaucado hasta aquí! ¡Aprende á no querer ser ya más en adelante víctima de farsantes y embusteros! Toma en tus manos este proceso que con todos sus datos te acabo de presentar. Y falla en él, sino como buen católico, al menos como hombre de buen sentido é imparcial.

LXXXII.

LAS TRES MENTIRAS DE LA ENSEÑANZA LAICA.



N tres solemnes mentiras está basada toda esa novedad de la enseñanza láica, que en odio á la Religion y á las buenas costumbres se pretende arraigar en nuestro país. Tres mentiras con las cuales se quiere desorientar á nuestro pueblo, para que no eche de ver á donde le conducen por este perverso camino sus falsos regeneradores.

Vamos á la primera.

¿Qué se quiere expresar con estas palabrotadas, enseñanza láica, escuela láica, profesorado láico, instruccion láica y otras de este jaez? ¿Se quiere significar solamente enseñanza dada por maestros seglares en oposicion á la que dan maestros con hábito ó sotana? Al pueblo incauto se le quiere dar á entender que este es el sentido de las palabras dichas. Yo digo al revés, que esta es la primera mentira de las tres fundamentales en que está basado el titulado laicismo. Mentira, sí, porque se aparenta creer que se trata aquí solamente de la enseñanza dada por seglares en oposicion á la dada por religiosos. Se aparenta creer que la Iglesia mira con recelo toda enseñanza que no sea dada por monjas ó eclesiásticos, queriendo presentarla como ambiciosa de un monopolio, que ni ella quiere, ni debe, ni puede ejercer. No, lectores mios, no os dejeis alucinar. La Iglesia quiere que haya seglares que enseñen, y bendice á los que se dedican á este ministerio de la enseñanza, y ha puesto, entre las obras más recomendables de la caridad, la de enseñar al que no sabe. No quiere que seamos solamente los eclesiásticos y las religiosas los encargados de la enseñanza de la niñez; no quiere eso, ni puede quererlo, ni lo ha preceptuado en ninguna de sus leyes, ni lo ha predicado en ninguno de sus púlpitos, ni lo ha

escrito en ninguno de sus libros. La Iglesia es la principal defensora de la libertad de enseñanza, pero de la libertad dentro de la verdad. Sólo exige que se dé la enseñanza dentro de la verdad y no para servir de salvoconducto á toda clase de errores; sólo quiere que se dé para moralizar á la niñez, no para corromperla; sólo quiere que se dé para hacer del niño un buen cristiano y un buen ciudadano, no un ateo en religion, que por necesidad ha de ser siempre un libertino en costumbres y un demagogo en política. Quiere, en una palabra, que el maestro eclesiástico ó seglar, casado ó religioso, con sotana ó con levita, sea maestro verdadero y no público envenenador.

Vamos al segundo sofisma del laicismo.

Instruir, se dice, no es educar. En efecto: instruccion no es educacion; pero no hay buena educacion, ni es posible ésta, si el niño está maleado con una falsa instruccion. La instruccion pertenece á la inteligencia, la educacion pertenece al corazon. Pero si la inteligencia está maleada con absurdas ideas, el corazon no puede estar animado de nobles y honrados sentimientos. Así que, si la escuela láica enseña al niño el desprecio de Dios y la indiferencia por su ley y la ninguna consideracion para con su Iglesia, aquella escuela, no vale que diga que su mision no es educar, no, porque aquella escuela realmente educa, educa para el mal, educa para el desenfreno, educa para la temporal y eterna ruina de aquel niño desventurado. Educa perversamente, cuando infiltra en el ánimo del niño los perversos principios de los que más tarde las pasiones se apresurarán á sacar todas las consecuencias; educa perversamente, cuando arranca de su corazon aquel lastre y timon divino de la fe, sin el cual la pobre navecilla ha de dar forzosamente al través en cualquiera de los infinitos escollos de la vida; educa perversamente, porque no enseñándole que hay Dios que le ha criado, que hay Dios que le ha redimido, que hay Dios que le ha puesto una ley, que hay Dios que le sigue de cerca los pasos, que hay Dios que un dia le ha de juzgar, y que hay Dios que tras el juicio le ha de premiar ó castigar eternamente; no enseñándole, digo, todo esto, construye al aire todo el edificio de los deberes del hombre, del hijo, del esposo, del padre y

del ciudadano, y es responsable por lo mismo de todas las rebeldías con que aquel pobre niño, que mañana será un hombre, un ciudadano, un esposo ó un padre, violará toda ley, pisoteará todo deber, rechazará todo freno, para no reconocer otra norma que su soberana y despótica y brutal voluntad. Como distintas cosas son en el organismo humano el corazon que siente y la cabeza que piensa, á pesar de lo cual son inseparables y se influyen mútuamente, de suerte que el sentir modifica nuestro pensar y el pensar á la vez modifica nuestro sentir, asi instruccion y educacion son conceptos distintos; pero ¡sabedlo! si instruís mal, no educaréis bien; si la instruccion es falsa, no podrá ser la educacion verdadera; si está sobre arena el cimiento, no estará firme la fábrica que sobre él trateis de levantar.

Veamos por fin el tercer sofisma ó mentira del laicismo. Es el de que la escuela láica no ataca á la Religion, pues no hace más que prescindir absolutamente de ella. Esta monstruosidad, graciosa de puro disparatada, se ha repetido mil veces, y merece ser sacada, como todas las demás, á la pública vergüenza. ¿Con que la enseñanza láica no ataca á la Religion porque no hace más que *prescindir* de ella? Pues bien. Prescindir de ella es acatarla en sus más soberanos derechos, que son los de su autoridad, porque la Religion ó es nada ó es una autoridad; porque la Religion tiene el derecho absoluto y primario de que nada ni nadie puedan prescindir de reconocerla y acatarla y obedecerla. Oidme, autoridades de la nacion: ¿Os pareceria bien que se enseñase que á la ley no se la debe atacar, pero que se puede absolutamente prescindir de que exista para el ciudadano? Oidme, padres y madres: ¿Os dariais por satisfechos con que os dijesen vuestros hijos: ¡Oh padre! ¡oh madre! atacaros no debemos; ¡pero absolutamente prescindir de vosotros, sí! ¿Qué es prescindir de la ley sino conculcarla? ¿Qué es prescindir de la autoridad sino declarársele en rebeldía? ¡Prescindir de Dios! ¡horrible blasfemia! ¿Y con qué derecho la criatura prescinde de su Autor, el vasallo de su Rey, el criado de su Amo, el hijo de su Padre y el reo de su Juez? ¡Prescindir de Dios! ¿Y cómo se llama esto sino criminal rebelion, infame apostasia? ¡Ah! Con que no enseñais á vues-

tros niños á atacar á Dios, no á aborrecer su ley, no á renegar de su Iglesia. Nada de esto, no les enseñais más que á *prescindir*. La palabra es pudorosa y modesta, y no parece traer malicia. Pero mirad que ese *prescindir* trae más cola de lo que muchos bobos se puedan figurar, á pesar de que á vosotros, taimados, no se os oculta. El niño acostumbrado á prescindir de Dios y de su ley, aprenderá á prescindir de otras muchas cosas sin las cuales no se es bueno, ni honrado, ni siquiera decente en sociedad. Prescindiendo de Dios, es lógico y natural prescindir de sus mandamientos. Porque, ¿qué significan los mandamientos si no se reconoce la autoridad que los dictó? Prescindir de los mandamientos parece poca cosa, á fe; pero el que, por ejemplo, prescinde del cuarto es un villano desconocedor de sus padres: el que prescinde del quinto es un Cain asesino: el que prescinde del sexto es un bruto sin más ley que sus antojos de bestia: el que prescinde del séptimo es un ladron: el que prescinde del octavo es un embustero: el que prescinde del nono es un robador de la mujer ajena, y así por este tenor. Prescindir de Dios trae consigo prescindir de todo deber, de todo órden, de toda ley, como prescindir del primer anillo de la cadena es prescindir de todos los demás que la forman y que al primero están unidos. Ved lo que pasa: los infelices que mueren en garrote vil ó gimen con el grillete del presidiario, no suelen encontrarse en este caso más que porque se les antojó prescindir de algunas frioleras de las que no hubieran debido jamás prescindir, y porque teórica ó prácticamente empezaron por prescindir de Dios.

Sentados estos precedentes, decidme ahora. ¿Conviene que el niño reciba la primera instruccion acompañada de la Religion, ó conviene que la reciba independiente y absolutamente separada de ella? ¿Es buena, pues, ó es mala la enseñanza láica? Falle aquí el solo buen sentido. Es lo mismo que preguntar: ¿Conviene acostumbrar desde su tierna edad al niño á desconocer toda idea de Dios, todo concepto de deber, todo pensamiento de la otra vida? Me bastaria dirigirme á todo hombre que tiene hijos, á quienes no quiere perversos y criminales: y cuenta que no hay padre, por criminal que sea, que desee para su hijo el camino de la maldad. Pues

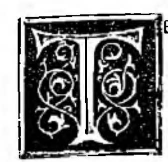
bien: á éste me dirigiria yo y le diria: «Escucha, infeliz, atiende á lo que te dice quien no por necia preocupacion de partido, no por espíritu mezquino de secta te quiere hablar la verdad, y sólo la verdad, y toda la verdad. Este hijo tuyo trae al mundo inclinaciones buenas é inclinaciones malas. Por desgracia las malas preponderan en su corazon, y por desgracia el camino del mal es suave y resbaladiza pendiente, cuando el camino del bien es, al revés, cuesta áspera y escabrosa y empinada. De consiguiente, abandonado el niño á su propio instinto y al antojo de su libertad, hay cien probabilidades contra una de que este niño se irá por la pendiente suave que deleita y alegra, en vez de resolverse á tomar por la subida áspera y dura que cansa y mortifica. El deber no se cumple sino luchando el hombre consigo mismo, porque todo deber es contradiccion de la propia voluntad, y es sujecion penosa, y es sacrificio. Pues bien. ¿Qué estímulo le das á ese niño para que emprenda la fatigosa cuesta del deber, y qué freno le pones para que no se precipite por la resbaladiza pendiente de las pasiones? Ya ves que te pongo la cuestion en el puro terreno de la mecánica que te debe de ser familiar. ¿Qué resistencias opones á esa terrible gravitacion que le impele hácia abajo, ó con qué atraccion facilitas esa dificultosa ascension hácia arriba? La ley de la conciencia, me replicarás. ¡Oh! la conciencia sin la Religion es muy acomodaticia y fácil de contentar y ocasionada á frecuentes extravíos. A los pueblos privados de la luz de la fe, la conciencia les ha aconsejado y permitido extrañas libertades. Oye, por si no lo sabes, lo que se creian en el caso de poder hacer muchos pueblos antiguos con toda conciencia. A los Mesajetas les enseñaba como lícito su conciencia matar á los padres ancianos; los Lacedemonios juzgaban debido en conciencia no dejar vivir á los niños enfermizos; la nacion más culta del paganismo, la Grecia, practicaba como santa, en honor de Venus, la prostitucion, y eso con toda conciencia. Escucha más. Hay salvajes aún, que con toda conciencia ofrecen á su ídolo sacrificios humanos y devoran en sangriento festin los prisioneros de guerra. La conciencia es casi siempre una palabra sin sentido si no refleja en ella otra luz superior. ¿Cuál luz? La Revelacion de Nuestro Señor Jesu-

cristo, Hijo unigénito de Dios, que tomó carne humana para redimir al hombre caido en estos extravíos y para alumbrarle con su doctrina á fin de que en ellos no volviese á caer. Y esta luz brilla y fulgura en medio del mundo, sostenida en alto por la mano de la Iglesia: mil huracanes y borrascas, el soplo de todos los vientos del infierno y de todos los respiraderos de él, — que hay hartos sobre la tierra, — conspiran en vano, en vano, sí, para apagarla. Pero ya que no pueden apagarla, como es su insensato anhelo, se consuelan por lo menos con privar de ella á los infelices que se hacen dóciles á su malévola propaganda. De este modo, si no logran hacer otra vez pagano al mundo, que eso no lo lograrán, logran al menos sumir en voluntario paganismo á algunos individuos de él: si no logran matar la luz, se contentan á lo menos con tapar ó arrancar los ojos á algunos miserables para que no puedan aprovecharse de ella. Y la escuela láica, entiéndelo bien, padre infeliz, la escuela láica es ese taller de paganismo en medio del Cristianismo; es esa fábrica de ciegos, donde ciegos, más ciegos y más culpables que todos, porque han renegado de la luz que antes conocieron y amaron, se entretienen ¡horrible perversidad! en formar otros ciegos que los acompañen acá en su odio á la luz y despues en su eterna desventura!

Basta ya. ¿Qué otra cosa más se necesita para dar por juzgada y por irremisiblemente condenada ante el tribunal de todos los corazones honrados á la abominable escuela sin Dios?

LXXXIII.

¿ROMERÍAS? ¿QUÉ SE SACA DE ESO?



ENGO un amigo, que me lo es de veras y de todo corazon: honrado, leal, cristiano; que va á misa los dias de precepto y áun muchos de los de labor, y que, sin embargo, disiente de mí en más de un punto en que le quisiera yo ménos acorde con nuestros comunes enemigos. ¡Caso por desdicha frecuentísimo! Hanle echado á perder, como á tantos, algo del natural buen sentido las lecturas anfibias y equilibristas y conciliadorescas, que son su comidilla habitual. Y le han infundido éstas tan vivo horror á todo lo enérgico y decidido y radical en materia de procedimientos religiosos, que, francamente, al oir en ocasiones su lenguaje, hubiera yo llegado á poner en duda hasta la misma ortodoxia de sus creencias, si ya por suerte no se las tuviese muy á fondo conocidas.

Ahí me le encontré hace unos dias, precisamente al regresar yo, con otros, de aquella gran peregrinacion catalana al santuario de san Francisco de Asís, que tanto dió que hablar y que pasará de fijo á la historia como una de nuestras más memorables acciones de guerra.

—¿Con que se vuelve ya, me dijo sonriendo, de la gran campaña ultramontana, señor peregrino?

—Sí, amigo mio, y siento no hayas sido tú uno de sus más fervorosos soldados. Valia la pena, á fe.

—¿De suerte que salió brillante la funcion?

—Magnífica por todos conceptos. Por el gentío, asombrosa; por el órden, admirable; por el fervor, edificantísima. Más de 35,000 peregrinos hormigueaban en la vasta llanura que rodea la ermita de San Francesch. Espectáculo hermosísimo, y con el cual hay pocos, amigo mio, que se puedan comparar.

—No voy á disputar ese último extremo, que realmente fuera no tener corazon, ó tenerlo de corcho, no comprender lo grandioso de ciertas escenas. Pero, amigo mio, la propaganda católica necesita más de resultados prácticos que de grandes espectáculos. Y no juzgo que por lo primero pueda ser tan recomendable, como realmente lo es por lo segundo, vuestra grandiosa fiesta popular. Obras, obras: hechos, hechos: ésto más que aparatosas manifestaciones de cantos y banderas parece reclamar el árduo combate de hoy.

—¡Válgame Dios! y ¡qué positivista estás hoy, amigo mio, y qué práctico y qué inglés y qué frio y qué calculador! Me alegro, no obstante, se te haya ocurrido manifestarme con tanta franqueza tus escrúpulos, porque de veras anhelaba ocasion de despacharme á mi gusto cualquier dia sobre este asunto. Vaya, entremos en él sin más preámbulos. ¿Con qué te parece que no son de resultado alguno para la Religion actos como el memorable que acabamos de realizar?

—Exactamente. Espectáculo son y música y nada más.

—Óyeme, pues: estás en una lamentable preocupacion, y si me apuras te diré que estás (salva la buena fe) de patas en la herejía.

—¡Sopla! ¿Es caso de Inquisicion?

—Ni más ni menos. Y escúchame sin bromas ni aspavientos, que el asunto tiene más miga de lo que te pudiste á primera vista figurar. ¿Crees en la divina verdad de las promesas hechas á la oracion?

—No fuera católico si no la creyese.

—¿A qué se va, pues, á la romería? ¿Simplemente á formar como en parada de dia de gala, que consiste en estarse allí el leal soldado cuatro ó seis horas de planton, y presentar el fusil en gallardo ademan y batir marcha cuando pasa el jefe superior? No por cierto; sino á rezar, á comulgar, á oir misa, á ofrecer á Dios la mortificacion del cuerpo y del alma, y hasta á aceptar en honra suya algun porrazo ó pedrada ó bochorno, si algo reparte de eso por allí alguna comision de Satanás, que para gloria nuestra nunca suele faltar. ¿Es cierto ó no es cierto que esto se ha hecho siempre en *nuestras* romerías, y que esto se ha hecho en la última como en todas

las *nuestras*, y que esto se hará siempre en todas las *nuestras*, y que por los *nuestros*, es decir, por los buenos católicos, se hagan?

—Cierto es, y no se puede negar.

—Pues entonces, ó se niega un dogma de fe, cual es la utilidad y eficacia *práctica* de las buenas obras, ó se ha de reconocer que una romería bien hecha como las nuestras, es una obra, ó mejor un conjunto de obras, de eficacia real práctica, verdadera, positiva, como cualquier otra de las que recomienda y aplaude y bendice la Religion. Batalla es, no parada. ¿Le hallas pié cojo á este raciocinio?

—No lo tiene, á la verdad. Pero díme, por Dios: ¿no se podria hacer lo mismo sin ese aparato de tumultuosas reuniones; sin ese ir y venir de gentes, quizá más mundanal que místico; sin esos trotes y andanzas de personas, á quienes mejor sentaria la quietud de su hogar y el recogimiento del templo? ¡Bah! Todo eso me huele á *meeting* del más subido color liberal.

—Cáustico estás, amigo mio, y me gusta esfuerces la objecion; así será más decisiva la respuesta. Quedamos en que es cierta, como de fe, la eficacia de la oracion, y lo es el valor de las buenas obras hechas segun enseña la Iglesia y segun las hemos visto siempre practicadas en *nuestras* romerías. Ahora bien. Demos un paso más: Es tambien cierto que crecen el valor y mérito de esa oracion y demás obras buenas cuando se hacen en colectividad y con el carácter de profesion de fe á la faz de todo el mundo, *máxime* del mundo enemigo de Dios. ¿Niegas esto?

—Tampoco puedo negarlo sin negar la autoridad de las Escrituras. Claras son las palabras varias veces dichas por el Redentor en el santo Evangelio; claras las recomendaciones de los autores ascéticos; clara la sancion que á todo eso ha dado la Iglesia por la voz de sus Pontífices. Pero...

—¡Vaya! ¿A qué me sales ahora con peros si tú mismo acabas de cantar la palinodia? ¿Qué es ese aparato tumultuoso sino el indispensable para el ejercicio de la oracion pública y colectiva, que es en la estrategia cristiana como el fuego por grandes masas (*quasi manu facta*, dijo Tertuliano), que en lo más recio de la batalla decide el éxito de ella? ¿Y qué

es ese ir y venir de gentes sino la marcha natural de los soldados de Cristo, que van á reunirse á sus respectivas banderas? ¿Y á qué invocar ahora lo del recogimiento y de la quietud, cuando lo apropiado y meritorio son aquí la actividad y el movimiento? Que guarde el soldado su fila sin salirse un milímetro de ella en dia de formacion, bien está: pero decirle que no se separe de ella cuando no se trata sino de dar violenta y general arremetida, es brava ocurrencia por cierto. Mucho nos gusta el recogimiento y la quietud á su tiempo, y mucho la predicamos; pero, por grata que nos sea la mística penumbra del templo, hay horas en que es bueno que al alma devota le dén de lleno los rayos del sol, las brisas y los vientos, y áun áun todos los temporales y borrascas que en las calles y plazas se suelen levantar. Así se foguean los espíritus, como los reclutas en el campo de instruccion; así se les pasa el encogimiento á los corazones medrosos y acobardados, dando el rostro, todo el rostro á la tempestad, desafiándola donde ruge con mayor fiereza, mostrando reirse varonilmente de ella cuando con ella se nos quiere atemorizar. Eso quisiera el enemigo, que nos mantuviésemos siempre en el silencio y oscuridad de nuestros templos; eso pretende cuando hostiliza y ataca todo acto que se quiera practicar fuera de ellos. Fácilmente se resignaria el malvado á que no saliese jamás el ejército de Cristo de sus cuarteles, renunciando á toda batalla á campo raso, que es donde más le incomoda nuestra accion. Tenemos derecho, porque lo tiene Cristo, á la plaza, á la via pública, á la ciudad y á la campiña, á ostentarnos en todo lugar y en todas las formas. Y debe bastar que nuestros enemigos pretendan negarnos este derecho para que nosotros mostremos más empeño en usar de él, para que no parezca que renunciamos á lo que es nuestro y es de Dios.

¿*Meeting* has dicho? ¡Cáspita, y cómo me ha chocado la palabrita! ¡y qué bien traida! Años há que nuestros enemigos nos echan en cara nuestro horror á la vida moderna y nos apostrofan porque no acabamos de entrar de lleno en ella, asegurándonos que muchas cosas nos perdonarian si les diésemos este placer. Pero da la casualidad que cuando de dicha vida moderna intentamos aprovechar algo que, bien

purificado y bien exorcizado, creemos nos pueda servir, salen entonces los corifeos de la secta echándonos en cara con brutal insolencia eso mismo á que nos acaban de convidar. Publicamos un periódico. «¡Eh! ¿Y por qué ha de tener periódicos el Catolicismo? ¿No le bastan sus devocionarios?» Abrimos un círculo ó academia. «¿Qué provecho saca la fe de esos *jokey-clubs* de la Religion? ¿No basta el templo?» Acudimos á las elecciones. «¡Bah! ¿Y por qué ha de meterse la Religion con la política y los políticos?» ¡Ah, mónstruos de mala fe! ¿Y cuándo habeis de acabar vosotros de ser mentirosos é inconsecuentes? Esto pasa en nuestro caso de hoy. Armamos una romería, y salen echándonos en rostro que parece un *meeting*. Pues qué, ¿y si quisiésemos nosotros reunirnos en público y ruidoso *meeting*, acaso no habíamos de poder?

Escúchame á propósito de esto, y voy á concluir. Cualquiera de esos fulanos que capitanean partidos y que tanto ruido suelen meter para exaltacion y triunfo, no de Dios, sino de sus importantes personas, tienen á gran gloria que se conmuevan los pueblos para hacerles obsequio, y áun suelen pagarlo con dinero de su bolsa, cuando gratis no se lo dan, y muchas veces consíguenlo á costa de sacrificios de su conciencia y dignidad. Ahora bien. Si sucediese un dia que en pro de una de esas personas se levantase en ruidosa y espléndida manifestacion popular una comarca ó provincia, y se reuniesen 35,000 almas de ella aclamando á D. Fulano, vitoreándole, agasajándole y levantándole, como se dice, sobre el pavés; dime tú ahora, ¿no se tendria el tal D. Fulano por muy contento y satisfecho? ¿no llamaria á eso su triunfo? ¿no recordaria y citaria tal página como la mejor de su vida?

—Cierto que sí; y ahí es nada el bombo que se daria el tal en los periódicos con esta su ovacion.

—Pues bien. 35,000 almas que se reunen un dia dado para aclamar á Cristo, y vitorear á Cristo, y declararse amigos públicos y resueltos de Cristo, y hacer obras buenas y rezos y cantos en que se da gloria á Cristo, y oir discursos en que se pregona la fe de Cristo, todo eso ¿no lo hemos de mirar los cristianos como gran cosa y gran triunfo y gran

página escrita en los anales de Cristo? Vaya, que no sé cierta clase de católicos del dia donde se han dejado el sentido comun.

—Me va pareciendo que no os falta razon.

—¿Qué ha de faltarme, santo Dios, si me sobra por cualquier lado que la cosa se mire? Que se reprueben ó siquiera se miren con recelo ó desden fiestas en que bajo el lema de Cristo ó de sus Santos no se procura más que satisfacer la codicia y dar gusto á los tres enemigos del alma, se comprende al fin. Pues ahí verá V. En eso no se repara. Comilonas y bailoteos, zambra y bullicio, espectáculos impúdicos y fiestas literarias ateas ó de dudoso color, confecciónase con todo eso un programa, se le pone por letrero ó reclamo el nombre de un Santo ó Santa, ó de la misma Madre de Dios. En eso no encuentra el mundo pelillos ni dificultades. Claro, como que son cosas de él. Pero que se congreguen los fieles donde les dé la gana, que vayan, vengan, recen, canten, oren, oigan misa, escuchen sermones, dén limosnas, pregonen su fe en honra de su Dios, ahí está lo malo, lo peligroso para el recogimiento, lo sospechoso de ocultas miras, lo reprobable, en fin. ¡Y eso repiten en todos los tonos los enemigos del Catolicismo! ¡Y á eso ayudan con sus rarezas y falsas aprensiones ciertos católicos á quienes no sé como calificar, pero que tienen la desgracia de encontrarse casi siempre de igual parecer con los enemigos del Catolicismo y en disidencia siempre con sus más fervorosos amigos!!!

—Basta, basta, que me rindo al peso de tan contundente razonamiento.

—¡Gracias á Dios! ¡y quedasen así rendidos y despreocupados al fin todos los que lo necesitan!

LXXXIV.

MODOS DE TENER RELIGION QUE EQUIVALEN A NO TENERLA.



L hombre, digase lo que se quiera, es naturalmente religioso, y áun, como ha dicho Tertuliano, su alma es naturalmente cristiana. El ateismo crudo y desvergonzado es repulsivo de sí, y sólo despues de mucha corrupcion y embrutecimiento de su corazon logra el hombre hacérselo familiar y connatural. Por necesidad, pues, han de ser pocos los ateos francos y descarados. Dad una ojeada á vuestro rededor y os convenceréis de esta verdad.

Mas el diablo, gran maestro en artes é industrias, no ha parado hasta discurrir y hallar modo como fuesen y resultasen verdaderamente ateos una multitud de hombres á quienes esta sola palabra espantaría si en claro se les llegase á proponer. Sí, señor: ha inventado el maldito ciertas formas de ateismo encubierto y vergonzante, con las cuales tiene él en sus garras á los desdichados que en tal lazo se han dejado coger, sin que ellos mismos se espanten, ni se sonrojen, ni se den cuenta tal vez de su situacion miserabilísima.

Tales formas de ateismo disfrazado y vergonzante, y muchas veces inconsciente, son las que llamo yo aquí *Modos de tener Religion que equivalen á no tenerla*. Y son por de pronto tres, á las cuales pueden reducirse todas las demás.

1.° Creer en la Religion, pero no practicar acto alguno de ella.

2.° Creer y practicar algo de la Religion, pero no creerla ó practicarla toda.

3.° Practicar los actos de la Religion sólo por el buen parecer ó por otro motivo meramente natural y humano.

Hé aquí los tres más comunes disfraces del ateismo vergonzante, más comun por desdicha de lo que muchos se

suelen figurar. Uno tras otro los irémos sacando aquí á refutacion.

Ved el primero.

Decir que se cree en la Religion, pero no practicar acto alguno de ella.

Es la forma más comun del ateismo vergonzante que reina en nuestra sociedad. Millares de individuos no sienten odio alguno al Catolicismo, ni á sus dogmas, ni á sus preceptos, ni á sus ministros. Más aún; si preguntais á la mayor parte de ellos por su Religion, os dirán sin empacho que son cristianos, y hasta se os irritarán si les negais este título. Y sin embargo, no van á misa los domingos, porque, ya se ve, ¡la mañana del domingo la tiene uno tan ocupada! ni ayunan los dias preceptuados, porque es cosa de curas y monjas eso de ayunar; ni confiesan ni comulgan por Cuaresma, que tales pamplinas se quedan para las mujeres; ni rezan un minuto al dia, porque eso bien se lo enseñó su madre cuando niños, mas se les olvidó despues en su juventud. ¡Creer! ¡Oh, sí, eso sí, todo lo creen tan perfectamente! ¿Acaso les han oido alguna vez negar cosa alguna, aunque, á decir verdad, ni tampoco afirmarla?—De cabo á rabo firmarán ellos toda la profesion de fe que tiene la Iglesia en su ritual, aunque nada sepan de lo que en ella se contiene. Pero no les vengan con cuentos de misas, ayunos ni sacramentos, que beatos no lo quieren ser, ó á lo más lo guardan para la vejez.

Los tales son ateos prácticos en toda forma, y á su ateismo nada le falta sino el rótulo que lo llame así. Religion que no se practica no es Religion; porque la Religion ó es cosa práctica ó nada es. Se puede ser muy buen matemático con sólo conocer teóricamente las matemáticas, porque ésta, como otras, es ciencia especulativa, que basta profesarla con el entendimiento. Pero así como no será zapatero quien no haga zapatos, ni carpintero quien no trabaje en madera, ni pintor quien no maneje el pincel, así no es cristiano quien no practica obras cristianas, por más que en su interior diga él que cree y piensa como manda creer y pensar el Cristianismo. Creer y obrar exige la ley. Creer es el fundamento, obrar es el edificio; y nadie dirá que sea construccion perfecta la que

conste sólo de cimientos sobre los cuales nadie se ha cuidado de edificar. El que tiene solamente creencia, dado que la tenga firme y verdadera, que aún eso se puede dudar, nada tiene sino añade á ella las obras que han de ser su consecuencia necesaria. Un Apóstol lo ha dicho con frase de irrecusable autoridad: *Fe sin obras, muerta es.*

Va el segundo.

Creer y practicar algo de la Religion, pero no creerla ni practicarla toda.

Este es el segundo de los disfraces con que suele encubrirse el ateismo de ciertas gentes, y es el que en otra parte hemos llamado *La media Religion*. Toman algunos del Catolicismo, así en sus dogmas como en sus prácticas, no lo que éste prescribe, sino lo que á ellos les acomoda; guiándose en esto, no segun la autoridad soberana de la fe, sino segun su privado espíritu, y tal vez por mera aficion ó antojo ó humor. Así creen en Dios y en la Virgen, pero no en la infalibilidad del Papa, que es tan dogma de fe como aquellos dos: admiten el cielo y el infierno, pero se rien del purgatorio: confiesan que se ha de ir á misa los dias de precepto, pero no que otros dias igualmente preceptuados se haya de ayunar. Colócanse ellos con una cierta autoridad independiente por encima del Catolicismo, y dicen con singular desparpajo: «Hasta aquí lo encuentro bien, hasta allá no tanto: tal cosa la admito sin vacilar; por tal otra no paso en modo alguno.» Sin advertir que procediendo con tal criterio no son católicos pizca ni miaja, sino perfectísimos libre-pensadores.

Ahora bien. Religion así mutilada y hecha girones no es la verdadera Religion. No es la fe de Cristo que exige la sumision absoluta: es fe humana á gusto de cada consumidor. La Religion tiene igual fuerza de obligar en una cosa como en otra, entre las que ha declarado ella obligatorias. Suponer que es falsa en algo, bien que sea tamañito como punta de alfiler, es darla por embustera hasta en sus dogmas más fundamentales. O en algo me puede engañar, ó en todo me dice la verdad. Y si en algo me puede engañar, no debo creerla en nada; y si en todo me dice la verdad, debo creerla en todo. Esto es lo lógico y nada más.

Cuando, pues, sobre algo de Religion nos asalte una duda, conviene averiguar si es aquello punto libre ó punto de obligatoria fe. Si lo primero, estudiarlo y decidirse por lo que aconsejen las más poderosas razones. Si lo segundo, admitirlo incontinenti sin vacilacion. De este modo se es católico; de otro modo no se pasa de ser pobre racionalista. Tambien hay sobre esto en las Escrituras sentencia decisiva: *Aunque guarde uno toda la ley, si rechaza uno solo de sus mandatos, viene á hacerse reo de todos.*

Hé aquí el tercero.

Practicar los actos de Religion sólo por bien parecer ó por otro motivo meramente humano.

Es la tercera y más sutil envoltura con que se disfraza el ateismo en el mundo actual, y por esto á ella hemos de consagrar mayor atencion. El alma de toda obra moral es la intencion ó motivo formal que la vivifica. De consiguiente, por recomendable que sea un acto, pierde todo su esencial valor si el motivo que interiormente lo anima no es bueno y legítimo como debe ser. Así que, las obras de Religion deben practicarse por Dios y para obedecer á Dios y para honrar y para servir á Dios. Si esta intencion se excluye, dejan de ser obras religiosas para bajar á la categoría de obras meramente humanas y áun de meras hipocresías. Vengan ejemplos, que estos más que las reglas ilustrarán la cuestion.

Practicar las obras de Religion sólo por no diferenciarse de los demás, ó por darles gusto, ó por no ser tildado, no es Religion; porque no es servir á Dios, sino servir á aquel fulano ó zutano á quien se trata de no descontentar.

Practicar las obras de Religion puramente por profesion ú oficio á fin de ganar con eso el sustento material, ó con miras ambiciosas de medrar en el mundo y adquirir elevado puesto, ó siquiera cierto renombre entre las gentes, no es tener Religion; porque no es servir á Dios, sino servir á la codicia, á la ambicion ó á la vanidad, es decir, al miserable *yo.*

Practicar las obras de Religion y recomendarlas sólo como medio humano de tener enfrenadas las masas (como hoy se dice y se hace), pregonando que la tranquilidad pública ha de menester del contrapeso poderoso de las ideas religiosas, que sin Religion no hay respeto posible para la vida ni para

la propiedad, haciendo de la religion un mero guarda-montes de las fincas amenazadas por el socialismo, ó una simple bomba de auxilio en los momentos críticos de conflagracion social, sin tener en cuenta para nada los intereses espirituales que son los primeros, sin pensar en Dios, en el alma y en la otra vida... tampoco es tener Religion; porque esto no es servir á Dios, sino á los intereses materiales, como les sirven el polizonte ó el guardia civil. Secundariamente, es claro que tambien á eso sirve la Religion; pero lo primero debe ser en ella la gloria de Dios y la salvacion del alma.

Practicar la Religion por solo el consuelo ó bienestar sensible que en ello se encuentre, por las emociones que causa el culto, por la belleza de sus ceremonias, por la poesía de sus fiestas, por la grandeza de sus recuerdos, por su civilizadora influencia en la humanidad... tampoco es tener Religion ni piedad, es sólo tener pietismo y sentimentalismo religioso, que no es por cierto cosa igual. La poesía de la Religion es solo el aroma exterior de ella, y así como no se diria que se alimenta de un manjar el que se contentase con aspirar sus olores, así no se puede decir que tenga Religion el que reduce todo su catolicismo á recrearse con la fragancia de las obras católicas. Tambien hay sobre esto en las Escrituras un texto que puede servir de cachetero ó golpe de gracia á esta parte de la cuestion: *No el que me está diciendo ¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos* (dijo Jesús), *sino el que vive y obra conforme á la voluntad de mi Padre celestial.*

Con que ya ves, lector amigo, si sobran ateos en el mundo áun entre las gentes que á esta palabra muestran tener cierto horror. Ateos prácticos son; pero ¿de qué otro modo vivirian si lo fuesen hasta en teoría? Además de que por la práctica basada en la fe hemos de ser juzgados los hombres. ¿Y qué le importa al diablo que prácticamente ó teóricamente se vayan á los infiernos los que él desea conducir allá? Como de un modo ú otro vayan, hace él su negro agosto, que eso le trae cuenta y nada más. Sobre todo cuando esta manera de condenarse, suave y mansa y hasta cierto punto decente y honrada, ofrece la ventaja de no espantar la caza, que con otras maneras más desvergonzadas tal vez no se dejara coger. En tiempos estamos en que no es la impiedad fiera y al des-

cubierto la que más debemos temer, sino la mansa y compungida, que esta es la peor. Más me espanta el ateismo de los hombres *honrados*, ó que se llaman así, que el feroz y vociferador de los más fogosos revolucionarios. Aquel dicho de muchos ¡soy honrado! ha hecho condenar más almas que todos los crímenes que se registran en todos los códigos. Aquel ¡soy honrado! es el adormecedor de muchísimas conciencias, el paliativo de muchisimas iniquidades, el verdadero ídolo que á muchos se les ha interpuesto entre su corazon y su Dios, para que no viesen á Éste y no le amasen y obedeciesen como es debido. Con este ¡soy honrado! se pretende justificar toda indiferencia, toda apostasía, toda formal impiedad. Nunca supo hallar el ateismo más cómodo disfraz y que más bobos trajese engañados. No, no se es honrado si no se tiene Religion; y no se tiene Religion si no se practica; y no se practica, si no se practica toda y por su verdadero formal motivo. Luzbel fué el primer honrado de esta manera, que no hizo más en sustancia que rebelarse contra Dios. Por esto solo (por esto solo) fué y es el primer condenado.

¡Ay, amigo mio! ¡Guarda no seas tú uno de los tales honrados y decentes y bien reputados, que, por tener Religion de uno de estos modos, que equivale á no tenerla, hayas de llorarlo por toda una eternidad!

LXXXV.

NO ESTOY POR TANTO LUJO EN LAS IGLESIAS: CRISTO FUÉ POBRE.

AH, picaron! ¿No estás tú por el lujo de las iglesias? Pues yo creo que ni por las iglesias mismas, con lujo ó sin él, ¿no es verdad?

Pero vamos á ver: ¿y qué te hace á tí, que no vas á la iglesia, el que esté ella rica ó pobre de adornos, que al fin es lo que con la palabra *lujo* quieres significar?

A mí, por ejemplo, que no concurro á tu casino ó á tu club, ¿qué me importa que tú ó los tuyos lo tengais con adornos ó sin adornar? Pues, si las iglesias han de servir sólo para los buenos católicos, y éstos están muy contentos de tenerlas lujosas y brillantes, ¿por qué no han de poseerlas á su gusto y satisfaccion?

Además de que, si á tí te causan más devocion las iglesias pobres y desnudas, no ha de ser difícil encontrar muchas y muchas en nuestra patria por este tenor.

La saña de los revolucionarios fieros y la codicia de los revolucionarios mansos nos han puesto en el caso de que encontremos por todas partes iglesias pobres y peladas, muchas más á fe de las que quisiéramos encontrar. Las hay que de puro tísicas y cuarteadas apenas se sostienen en pié; las hay que ostentan todavía la huella de famosos incendios y de satánicas demoliciones. Algunas han salvado, digámoslo así, su pellejo exterior, á costa de sus joyas y alhajas que de los altares y camarines han pasado á los bolsillos de aprovechados incautadores; otras han visto desaparecer, sin duda por puro amor al arte, los preciosos ornamentos, los históricos tapices, los códices raros, los cuadros de más valor, para servir de adorno á profanos museos. De las rentas no hay que hablar, que de cuantas habia hizo general saqueo, sin duda por celo evangélico de la pobreza cristiana, la mano

rapaz de la infame desamortizacion. Con que ya ves si viene á pelo hoy dia quejarse con mística lamentacion del lujo de las iglesias.

Mas vamos ya directamente al caso, y empecemos por una suposicion.

Supongamos fuesen de plata maciza todas las iglesias, y de oro puro todos los altares, y de piedras preciosas todas las imágenes, y de nácar y marfil los más comunes utensilios de ellas. Ya ves cuán distantes nos hallamos por desgracia de tener iglesias así. Mas dado que así fuera, ¿sería excesivo todo esto para el culto y obsequio de Dios? Dirás que sí, pero yo te replicaré que no, y te lo voy á probar en el acto.

Reyes de la tierra y áun muchos que no son reyes sino simples particulares, y áun muchos que blasonan de muy demócratas y muy amigos de la igualdad social, tienen palacios y casas en que abunda el oro y la plata y las piedras preciosas y el nácar y el marfil y el mármol y el alabastro. Y nadie les encuentra motivo de crítica á esos personajes que se han labrado para su regalo y esplendor tan suntuosas viviendas. Tuvieron dinero y fué su gusto derrocharlo así, y asunto concluido. Y áun no pocas veces se les alaba y pondera, como si con eso hiciesen verdaderos prodigios de virtud cívica y de ilustracion. Porque así, habrás oido decir, fomentan las artes, protegen los ingenios, dan circulacion al dinero, mantienen á innumerables familias.

Está bien. Pero ¡ah! ¡tales razones que abonan, ó sirven para que se dé por abonada, la prodigalidad fastuosa de un Creso ó de un Epulon, nada sirven, nada valen cuando se trata de Dios! El hombre vil y miserable movido de orgullo ó molicie puede fabricarse para sí espléndidos palacios. ¡Mas si por un sentimiento de piedad quiere alzarlos á su Dios no ha de poder! Aquel gusano hediondo puede habitar bajo techos de oro, y nadie se lo encuentra mal. A Dios se le levanta con alguna pompa un templo de piedra, y ya se encuentra escandalosa tal suntuosidad. ¡Ah, infelices que pesais con dos pesas y medís con dos medidas, y la peor parte guardais siempre para Dios!

¡Pero, Cristo fué pobre! Es verdad, y no tendrémos cier-

tamente que daros propina por la noticia, porque la sabíamos años há. Cristo fué pobre, pero no se sigue de esto que nosotros hayamos de ser mezquinos para Él y para las cosas de su servicio. Siguiendo vuestra manera de discurrir deberíamos edificarle establos y no templos, supuesto que nació en un establo: seria buen modo de honrarle el lanzarle salivazos, porque tales insultos quiso recibir, más bien que flores é incienso, de sus fieros enemigos. Y en vez de cantarle los himnos y salmos con que le saluda la Iglesia, debiéramos ahullar en su presencia el *tolle tolle* de la plaza de Jerusalen y los sarcasmos y baldones del Calvario. Con lo cual bien se ve que no trataríamos al divino Salvador más que como Él quiso ó consintió ser tratado en vida. Y cierto ¡fuera espléndido nuestro culto, y fueran afectuosas las demostraciones de nuestro amor!

Vergüenza da tener que discutir esta materia con quienes se llaman y áun tal vez se creen cristianos. Pues qué ¿no aman? Pues si aman, ¿cómo obsequian ellos á los objetos de su cariño? ¿A desdenes? ¿A puntapiés? No, sino ofreciéndoles lo mejor que pueden ó saben, que así en todos tiempos se ha dado á conocer el verdadero amor.

Pues bien. ¡Insensatos! La Iglesia ama á su Rey y quiere tratarle de esta manera. El pueblo fiel ama á su Señor y entiende que de esta manera le debe honrar. Las almas piadosas aman á su Esposo y juzgan que nada hacen cuando tales preciosidades amontonan á sus piés. Y juzgan bien: que nada es esto comparado con lo que de un lado merece su Divina Majestad y con lo que de otro necesita el corazon humano para mostrarse rendido y obsequioso. Las estrellas del cielo que en nuestras manos tuviéremos nos parecerian poca cosa para labrarle trono y corona á nuestro Dios y á su Madre y á sus Santos. ¿Y quereis que nos parezcan demasiado el oro y la plata con que ¡miserables! enjaezais vosotros hasta la crin de vuestros caballos y el seno impúdico de vuestras rameras?

No necesita ciertamente Dios nuestro oro ni nuestra plata. La Religion fuera la misma si no tuviese más que lámparas y vasos de barro para su altar. Pero el hombre vive tambien por sus sentidos, y por ellos se le presentan como llenas de

grandiosidad y majestad ciertas cosas. Por esto usan púrpura los reyes, y toga los magistrados, y brillante uniforme los generales. Por esto se administra la pública justicia en suntuosas audiencias y no en tabernas de callejon; por esto las autoridades más populares tienen casa consistorial con salones y doseles, y lucen sobre sus pechos bandas y medallas. Quieren infundir respeto á las gentes, quieren rodear de decoro sus funciones, y de grandeza su carácter social. Y hacen bien, porque el hombre necesita este aparato exterior, y todos los pueblos, repúblicas y monarquías, lo han comprendido de esta manera.

Así tambien lo comprendió la Iglesia católica. Quiso tener templos magníficos para dar de su Dios y de su culto idea magnífica. Quiso tener altares majestuosos para dar de su culto y de sus dogmas una idea majestuosa. Y por este motivo alzó catedrales, labró estátuas, pintó cuadros, entalló retablos, tejió ricas telas, recamó ornamentos, inventó música, echó al vuelo campanas, instituyó fiestas, ideó pomposas ceremonias. De nada de esto necesita Dios, que todo esto ni merece ser alfombra de sus piés. Pero todo esto necesita el hombre, para elevarse de su habitual ruindad y viles pensamientos á la idea elevada y soberana de la majestad de Dios. No comprende al hombre quien no lo comprende así; y quien no comprende esas cosas del corazon humano, hable de otras cosas, pero no se meta á hablar de Religion.

¡Tiene cosas y contradicciones como suyas la impiedad!

Supongamos que Cristo Dios en uso de su soberana voluntad hubiese ordenado que viviese la Iglesia en la más absoluta pobreza, sin templos ni altares ni cuadros ni estatuas ni joyas ni ornamentos; ó prescribiendo en esto la mayor sencillez, sin atender para nada á consideracion alguna de valor artístico ó material. Hubieran sido cosa de oir entonces los llantos y aspavientos de esos señores ilustrados, lamentando ese *divorcio* (así se hubiera llamado) entre la Religion y los progresos artísticos. Allí se hubieran sacado á colacion los monumentos del genio pagano en Egipto, Grecia y Roma; se hubiera ponderado la majestad de aquellos soberbios templos, la belleza de aquellas esculturas y bajo relieves, lo que este culto eminentemente artístico favorecia á la educacion

popular y realzaba los más nobles sentimientos del corazon humano. Hubiéranse escrito admirables páginas en loor de aquella religion y de aquel sacerdocio que así enaltecian al hombre y al genio con los mismos obsequios que tributaban á la divinidad, y se hubieran lanzado fieras invectivas contra el estrecho y apocado y mezquino espíritu cristiano, que así ahogaba con su frio dogma los vuelos de la imaginacion y apagaba la llama de todo entusiasmo.

Mas hé aquí que sucedió lo contrario. Sucedió que Cristo y su Iglesia al aparecer sobre el mundo no dudaron asociar las artes á su noble oficio de instruir y moralizar y elevar al hombre hácia Dios; no vacilaron en hacer de ellas verdaderos apóstoles de su fe y de su culto y de sus preceptos. Así que, en el horror y negrura de las mismas catacumbas, entre los terrores é inseguridad de la persecucion, enseñó la Iglesia á sus hijos á delinear sobre aquellos tétricos sepulcros los primeros adornos de sus basílicas y catedrales. Y cuando luego pudo celebrar sus misterios á la luz del sol, valióse de los más peregrinos artistas, para levantar espléndidos monumentos que á la vez lo fuesen de su Dios y del arte por Él inspirado. Y puso á contribucion el oro y la plata y los mármoles y bronces y los pinceles y buriles para glorificar con esto al Señor, dueño de todo; y juntamente abrióle con eso al pueblo cristiano, al pobre pueblo, verdaderos museos populares do satisfaciese su ánsia de belleza y de arte, y aprendiese á su vez á ser gran artista, allí mismo donde aprendia á ser creyente y honrado cristiano.

Mas cátenme Vds. á la impiedad querellándose de esto, como antes se hubiera querellado de lo contrario. Ahora encuentra malo que la fe sea protectora del arte, que la Religion dé que trabajar constantemente al arquitecto, al pintor, al escultor y al joyero.

Ahora ve con malos ojos que el pueblo tenga en sus más suntuosos templos un curso práctico de todas las cosas bellas, de música en sus cantos, de pintura en sus lienzos, de escultura en sus estatuas, de orfebrería en sus joyas, de historia en sus archivos, sólo porque todo esto lleva el sello de la fe y está dedicado primariamente al obsequio y gloria de nuestro Señor. ¡Oh! ¡Tiene ocurrencias muy suyas la impiedad! ¡Tiene contradicciones muy lindas!

Tú, fiel católico, tú á quien en adelante no engañará ya más la falsa ilustracion con sus diatribas contra *el lujo* de las iglesias, procurarás, al revés, contribuir con todas tus fuerzas á que ese mal llamado *lujo* sea cada dia mayor. Es obra de gran celo y de verdadera caridad cristiana contribuir á la pompa y esplendor de la casa de Dios, tanto por lo menos como desearian sus enemigos (y lo procuran) verla pobre, desnuda, para lograr verla despreciada y envilecida. Con tu dinero, con tu influencia, con tu actividad has de trabajar en el embellecimiento del santuario, en la majestad de su culto, en el brillo de sus fiestas. La caridad al cepillo parroquial debes considerártela como tan obligatoria como la que haces á los pobres, que pobre es hoy el culto de nuestro Dios y necesita vivir de limosna. Hasta asociaciones se han creado para socorrer la miseria de los templos, y ahí está en Barcelona la *Obra pia en favor de las iglesias pobres,* que ha sido fundada para este solo objeto. Sobre todo cuando se acerque alguna gran solemnidad, no permitas reine el esplendor en tu casa y la pobreza más vergonzosa en la casa de tu Señor. ¡Qué bien harian los católicos ricos en dar cada año *aguinaldo* á su parroquia, por lo menos como lo dan á sus servidores y dependientes! ¿Quién les sirve más y mejor que ella? Regálenle, pues, una alhaja de que vean tenga más necesidad, páguenle alguna mejora ó remiendo, denle aceite, cera, telas finas para ornamentos, ó siquiera una propina como la dan al portero ó al aguador.

Y si así lo hicieres, amigo mio, agradecértelo ha el Señor, como les agradeció su oro, incienso y mirra á los Reyes y sus perfumes á la Magdalena. Ea, pues. ¡A ayudar con toda tu alma á que sea cada dia mayor el lujo de la casa de Dios!

LXXXVI.

CON QUE ¿NOS VAMOS?


UPONGO habrán oido mis lectores alguna vez por esos mundos de Dios la curiosa noticia de que el Catolicismo se va. Más de seiscientas por lo menos la he oido yo, pero una sobre todo en que me divirtió en extremo.

Érase un cierto señor patilludo y barrigudo que conmigo viajaba en ferrocarril, y agotado con otros compañeros el fecundo tema de una conversacion de negocios, dióse mi buen hombre (bolsista por más señas) á hablar de Religion, echando sobre eso tal barbaridad que no habia por donde cogerla. Una de las más repetidas y que aseguraba el filósofo-bolsista con acento de mayor conviccion era la de que el Catolicismo se va.

«Se va, decia él, sí, señor mio, y se va á toda prisa. Porque vamos á ver, ¿quién le hace caso hoy á la Iglesia católica? ¿quién cree sus dogmas? ¿quién observa sus prácticas? Nada, concluia, dentro cincuenta años se va á estudiar el Catolicismo como una rara antigüedad, como una mitología pasada de moda, como un fósil prehistórico y nada más. Desengáñese, señor mio; el Catolicismo se va.»

Y dirigiéndose á mí con aire risueño, y afectando á la vez maneras de buena educacion: «Vaya, concluyó, señor Cura, no se escandalice V. y consuélese. Pero no hay que darle vueltas al asunto. Decididamente Vds. se van.»

Precisamente no aguardaba yo más que una alusion cualquiera del famoso parlanchin para tomar cartas en aquella sin igual controversia. Figúrense mis amigos si la dejaria pasar.

—Amigo mio, le dije; ya ve V. que si nos vamos del mundo los católicos, es decir, si se va de él el Catolicismo, que es lo que V. quiere decir, es lance ese que me interesa muchísimo, pues al fin Cura católico soy, por la misericordia de

Dios. Vamos, pues, á examinar detenidamente este punto, que ya ve V. me toca muy de cerca.

Con que ¿nos vamos? Lo primero que he de responder á V. es que siglos há que andan diciendo lo mismo los que nos quisieran idos, y la verdad es que siempre nos vamos, pero nunca nos acabamos de ir. ¡Buenos deseos de Vds. y nada más! Cuando los judíos hubieron crucificado y sepultado y guardado con centinelas y sellos al Salvador, creian á fe que todo aquel asunto de sus predicaciones era cosa acabada ya, y así lo andaban repitiendo muy satisfechos. Pues ¡señor! vea V. lo que son las cosas. Aquello tan completamente acabado no hacia entonces más que empezar. Enpezaba con un sepulcro, es verdad, pero no se fie V. de sepulcros de los que se resucita al tercer dia. El hecho fué que los escribas y fariseos y Herodes y Pilatos y Anás y Caifás y la demás comparsería de revolucionarios de entonces se quedaron tan chasqueados.

Despues de ellos hubo tres siglos de fiera persecucion. Tres siglos nada menos. Uno de los emperadores que más se distinguieron en esta campaña contra los cristianos llegó á creer de veras que los habia extirpado del mundo hasta la raiz. Hasta mandó ¡el muy necio! acuñar moneda, en cuya inscripcion al rededor de su busto jactábase ¡el muy loco! de haber borrado el nombre cristiano (*superstitione deleta*). Pues ya ve V. Ni por esas. Diez y seis ó más siglos han pasado desde esta ocurrencia del pobre emperador: su moneda ha quedado conservada para memoria del chasco, y el Cristianismo tambien para repetirlo á quien se las quiera tener tiesas con él.

Desde entonces ¡cuántos intentaron lo mismo! Pero ¡cá! él terne que terne en no dejarse matar. De chico le vino el ser testarudo y amigo de pegar esas burlas. Filósofos y reyes, potentados y turbas, todos quisieron ensayar su piedrecita contra el gigante. Nadie podia contra él, y él no hacia sino sonreir compasivamente, arrumbar esos trastos á un lado de su camino... y seguir. En el siglo pasado dábanle ya por muerto... y tambien fué equivocacion. ¡Cómo ha de ser! Al fin y al cabo habrán de convencerse de que es inmortal.

Hoy mismo dicen que hay señas de vejez y decadencia; yo no las veo sino de eterna juventud.

Cuerpo á quien todos atacan y que á todos resiste y á todos desespera, jóven y robusto debe de ser. Y el Catolicismo sostiene hoy batalla en todo el mundo conocido, ¡y no se rinde! Luego tiene alguna fuerza aún.

Cuerpo á quien no se le ha agotado su fecundidad, que produce y engendra de sí cada dia nuevos y lozanos frutos, no es cuerpo viejo sino de viril edad. Y el Catolicismo funda aún obras admirables, crea instituciones magníficas, y nuestro siglo muestra en esto un espectáculo consolador. Luego el Catolicismo no envejece.

Cuerpo que sigue creciendo y desarrollándose, cuerpo vivo es. Y ved al Catolicismo creciendo sin cesar y extendiendo sin cesar por obra de sus misioneros, su inconmensurable frontera. La América descubierta hace tres siglos, está ya toda ocupada por él. La Oceanía, hace poco abierta á los marinos, es ya toda patrimonio de la fe. Este desarrollo demuestra alguna vitalidad.

Cuerpo que herido derrama sangre y la derrama hirviente y espumosa, no es un cadáver. Y el Catolicismo tiene aún sangre caliente en sus venas y la ha derramado más de una vez en este siglo á manos de sus enemigos. Religion que tiene mártires viva es, y el Catolicismo los ha tenido en nuestros mismos dias con profusion.

Cuerpo á quien muchos temen y de quien muchos hablan y á quien muchos odian, no puede ser cuerpo muerto. A los muertos no los temen sino los niños y las mujeres. Y la Revolucion es demasiado barbuda para temer como un niño ó una mujer. Cuando teme, pues, á la Iglesia, cuando procura atarla corto, cuando por boca de uno de sus más listos corifeos (hoy ya en manos de la justicia de Dios) dice: «¡Este, este es el enemigo!» por fuerza habrémos de creer que no está muerta la Iglesia, sino muy viva, tan viva que todos sus enemigos han de guardarse y precaverse de lo que ella pudiera intentar.

Y á la verdad es este un argumento que no tiene contestacion. La eterna pesadilla de los revolucionarios es el Catolicismo. Si habla, si calla, si respira fuerte, si se menea, si se reune, si legisla, si tiene dinero, si no lo tiene, todo, todo les preocupa con no sé qué clase de extraño pavor. ¡Es singular

rareza esta de un enemigo muerto y podrido y medio enterrado, contra el cual, sin embargo, sus enemigos han de estar en perpétua centinela! ¿Habrá muerto más vivaracho que el de que tratamos aquí?

El mundo está lleno de falsas sectas que se quieren llamar con el dictado de Religion, que sólo la verdadera merece. Pues notadlo. Los periódicos y los parlamentos, los diplomáticos y los Gobiernos, los partidos y los clubs, á ninguna cuestion religiosa conceden importancia alguna sino á las cuestiones religiosas que proceden del Catolicismo. Que se agiten los protestantes, que hagan ó dejen de hacer los mahometanos, que tengan ó no proyectos los judíos ó los budistas, nadie se conmueve, ni les concede un minuto de atencion. Sólo las cuestiones católicas son para el mundo actual las verdaderas cuestiones religiosas. Luego el mismo mundo actual, impío como es, á nadie sino al Catolicismo concede los honores y el tratamiento de verdadera Religion. Sí, nosotros lo decimos, señor mio, y Vds. lo certifican. El Catolicismo está vivo, muy vivo, y si fe de vida necesitase Vds. se la podrian dar.

Contra estas verdades que el observador imparcial ve por sí mismo sin necesidad de anteojos, se alega el hecho evidente de la cada dia creciente epidemia del ateismo en nuestras sociedades. El ateismo avanza, se dice, y lo que éste avanza lo pierde el Catolicismo. Luego es cierto que el Catolicismo se va.

Este argumento, que presentamos en toda su crudeza, parece concluyente, pero no lo es.

El ateismo crece, pero no todo lo que crece se lo toma al Catolicismo, sino á la gran masa de católicos indiferentes, ó mejor, de católicos de sólo nombre que existieron en todos los siglos, y que hoy á favor de un cúmulo especial de circunstancias forman bajo la bandera del ateismo.

Además, el que sean hoy menos que en otros siglos los buenos católicos, nadie lo negó jamás. ¿Quién no confiesa que el ataque contra el Catolicismo es más general que nunca en el dia de hoy? ¿Quién no reconoce que son más numerosos que nunca sus enemigos, que son más fieros, que andan más envalentonados? Mas no se sigue de esto que desaparezca

el Catolicismo. Antes bien su poderosa resistencia, ante tan colosal ataque, prueba, hoy más que nunca, su vitalidad.

¿Por qué aparecen hoy más numerosos los enemigos? ¿Por qué se presentan más envalentonados? Porque es suyo, enteramente suyo, el mundo oficial. Gracias al liberalismo, dominan en todas las esferas gubernativas. Por qué medios lo han alcanzado, harto lo sabemos todos. Desde este alcázar oficial, que todos sabemos cuán fuerte es, procuran ante todo con una mano tener agarrotada y encadenada á la Iglesia, dispersos sus Institutos religiosos, oprimido su clero, vejada su enseñanza, paralizada hasta donde se puede su influencia. Con la otra protegen á toda secta enemiga de Dios: á la luz del dia fomentan los ritos masónicos; ser anticatólico es título de recomendacion para hacer carrera; dan al pobre ciudadano envenenadas las fuentes de la enseñanza; crean atmósfera de corrupcion por medio del periodismo sectario. Así vive hoy en todo el mundo la Iglesia de Dios. La lucha es desigual, porque todos los elementos de influencia oficial están contra ella. Y sin embargo, lucha, y no permite paz ni sosiego á sus opresores. En el feroz combate de hoy, el solo hecho de vivir es para la Iglesia la mayor de las victorias. Déjesela en libertad, áun sin la proteccion exclusiva á que tiene derecho; déjesela en libertad, siquiera en la ley comun, en el mero terreno de la lucha franca y leal contra sus enemigos... ya se verá como da cuenta de ellos. Mas como esto se conoce, es claro que no se le otorgará.»

Escuchó atentamente mi interlocutor mi animada perorata, y pareció menos altivo en sus retos de lo que lo estuviera al principiar.

—Con que nos vamos, señor mio, le volví á insistir.

—Por lo menos, me contestó, soy de parecer que no se van Vds. tan de prisa.

—¡Bravo! ¡Bien! repuse yo estrechando su mano con efusion. Nos vamos, es cierto, pero nos vamos con calma y con majestad. La Iglesia se va, sí, señor; porque el mundo ha de acabar con el supremo juicio, y la Iglesia en su forma actual no le ha de sobrevivir. La Iglesia se acabará, pues; pero será cuando se acaben los siglos, porque con ellos habrá concluido su mision. Su mision es hacer reinar el nombre de

Cristo y la gloria de Dios sobre la tierra y proporcionar en ella medio de salvacion al que desee alcanzarla. Consumados los siglos, hecho el recuento general de buenos y malos por el supremo Juez, la Iglesia como militante cesará de existir. Sus escogidos irán á perpetuarla como triunfante en el cielo. Todos los rencores y fierezas que hoy permite Dios se desahoguen contra ella para prueba de los buenos, quedarán entonces aherrojados en el infierno. Los campos hoy revueltos y barajados se habrán deslindado al fin. La justicia de Dios brillará sobre unos y sobre otros, con el premio y con el castigo, como Sol inmarcesible de toda la eternidad.

Nos vamos, pues, sí, amigo mio; nos vamos, pero no, como desean los malos, para desmentir la promesa de Dios, sino, como firmemente creemos nosotros, para dejarla justificada.

Así así, señor mio, se va la Iglesia, y este es su destino final. ¡Quiera Dios concedernos la dicha de que triunfemos definitivamente con ella los que acá hemos durante la vida combatido por ella! Así nos da derecho á esperarlo la misericordia de Dios.

LXXXVII.

CRITERIO SEGURO... Y ÚNICO.

HABLANDO en plata, como dicen por ahí las gentes, sólo un modo conozco, amigos mios, de ser católico de veras, y es serlo con el Catolicismo.

—¿Con cuál? me preguntan al punto una porcion de lectores impacientes.

—¡Válgame Dios, señores! ¿conocen acaso Vds. muchos catolicismos? Por mi parte no conozco más que uno verdadero. El Catolicismo católico. Y toda otra palabra que se añada á estas ha de ser por fuerza postiza é impertinente. Catolicismo católico, repito; ese es el mio, y de ahi no me saca nadie.

—Soberbio pleonasmo; ni Pero-Grullo...

—Y no obstante soberbia verdad, por más que parezca perogrullada. Escuchadme sino. ¿Es vino todo lo que con este nombre se vende en las tabernas?

—No por vida de Baco; harto lo saben la química de los taberneros y el estómago de los bebedores. Mas no acierto á qué va la comparacion.

—Tan derecha como pedrada en ojo de boticario. ¿Os extrañaríais de que un tabernero fiel, que sólo vendiese á sus parroquianos zumo de uvas sin mezcla de otra sustancia, pusiese sobre sus cubas y tinajas el siguiente rótulo: *Este vino es vino?*

—No, por cierto, y todo el mundo comprenderia la intencion del rótulo. Todo el mundo sabria que allí no se anuncia vino aguado, ni vino campeche, ni vino añil, ni cualquier otro de los vinos sofisticados que han puesto en boga los modernos adelantos; sino vino legítimo de legítimos padres, descendiente en línea recta de la viña de Noé, vino sin mezcla, vino de uva, vino *vino* en una palabra.

—Claro está.

—Pues bien. Ahí cae como llovida la comparacion. En el vasto mercado del mundo la verdad religiosa sufre todavía más alteraciones y falsificaciones que los artículos de comer y beber en los puestos de los tenderos. Os ofrecen *verdad* de todos colores y para todos las paladares; os la dan blanda, acomodaticia, condescendiente; llegan á deciros que os la harán siempre á gusto del consumidor. ¡Imposible! Y como la verdadera verdad religiosa, despues de la feliz venida del Salvador al mundo, sólo se halla en el Catolicismo, ¿qué ha hecho el diablo, que es el mercachifle falsificador por excelencia? Se ha atrevido hasta á falsificar el Catolicismo. Sí, señor, y por esto anda por ahí tanto catolicismo falsificado, que es un asco y una lástima. Y tal hay que en su buena fe ó supina ignorancia cree ser católico de los buenos, y no es más que un pobre racionalista, es decir, enemigo del Catolicismo.

—Exactamente como el infeliz á quien un hostalero ruin da gato por liebre, ó tintura de campeche cocido por vino tinto de primera calidad.

—Sí, señor, y de ahí tantas cubas en esta taberna, donde se lee la palabra *vino* sin que lo sea más que el agua de los mares. Más claro y sin alegorías. De ahí tantos libros como pregonan catolicismo sin tener más de católicos que yo de musulman; tantos periódicos que se llaman católicos sin dejar por esto de simpatizar, de transigir y de aliarse (conciliarse dicen hoy) con lo que pública y paladinamente se declara á sí propio anticatólico. De ahí Gobiernos estrujando con una mano la garganta de su víctima la Iglesia, saqueando sus templos, dispersando sus Comunidades, demoliendo sus casas, subastando sus fincas, legislando en oposicion á sus dogmas, y escribiendo con la otra manifiestos llenos de uncion evangélica y de fervorosas protestas de respeto á la Religion. Y todo esto se llama catolicismo; y tales periódicos y tales libros y tales gobiernos se llaman católicos. Y á veces ¡cáspita! toman tan bien el disfraz, que llegan á parecerlo de veras.

—Cierto, cierto, ó sino que hablen los hechos de cada dia. Pero vamos, es preciso confesar que el lazo está bien tendido, y que pocos serán los que no caigan en él. Paréceme

empero que Dios (Él me perdone) no debiera haberle concedido tanta libertad al diablo para hacer de las suyas.

—¿Y dónde estaria, amigo mio, el mérito de la prueba? además tendríais razon en vuestra queja contra la Providencia, si Dios no hubiese dispuesto entre nosotros medio fácil, seguro é infalible para distinguir el vino puro del vino aguado, la verdad verdadera de la verdad mentirosa, el Catolicismo católico del catolicismo anti-católico, si se me permiten otra vez tan extrañas y antitéticas expresiones.

—Adivino á qué os referís.

—Claro está. Jesucristo debió decir para sí antes de subir á los cielos: «Dejo mi doctrina expuesta á la malicia de los unos y á la ignorancia de los otros. Habrá entendimientos cavilosos empeñados en desnaturalizarla y adulterarla, y entendimientos sencillos y bonachones incapaces de conocer por sí solos la falsificacion. Hasta entre las inteligencias más elevadas se levantará la duda cruel, la dolorosa incertidumbre, como quiera que el espíritu humano es de suyo inquieto, irresoluto, incapaz de darse á sí propio seguridad y fijeza. Pues bien, ya sé lo que haré. Levantaré en medio del mundo una cátedra tan alta y en ella un tan soberano catedrático que de mí reciba directamente luz, inspiracion y autoridad infalible. Quien á él oyere, á Mí me oirá; quien á él despreciare, sobre Mí lanzará su desprecio. De Dios abajo nadie estará exento de su jurisdiccion doctrinal, desde el eminente filósofo que posee los secretos más recónditos de la ciencia, hasta el rústico patan que riega los campos con el sudor de su rostro. Y sobre toda discusion, sobre todo trabajo científico, sobre todo progreso intelectual, sobre todo criterio de Angeles ó de hombres, estará la autoridad de su palabra. Y la humildad en recibirla y la firmeza en profesarla serán la piedra de toque con que se conocerán los hijos de la verdad, así como las vacilaciones, los subterfugios, las encubiertas rebeldías, las solapadas interpretaciones serán síntoma mortal de ocultas ó manifiestas afinidades con la mentira.» Decidme, amigo mio, ¿es ó no es cierto que Jesucristo ha dejado dichas en sustancia todas estas cosas?

—Así es y no puede negarlo quien por católico se tenga.

—Pues bien. Tal cátedra es el Pontificado, tal catedrático

es el Pontífice, tal enseñanza es la que oís frecuentemente de sus augustos labios. ¿Quereis saber, ó recordar si ya lo sabeis, lo mucho y muy bueno que el Papa se ha permitido decir varias veces sobre el particular? Pues oidlo, que tiene siempre oportunidad.

«...No obstante, y á pesar de que los hijos del siglo son más hábiles que los hijos de la luz, sus artificios y violencias tendrian menos eficacia y resultados, si entre los que llevan el nombre de católicos, gran número no les tendiesen una mano amiga. ¡Ay! sí, no faltan quienes para seguir de acuerdo con nuestros enemigos se esfuerzan en establecer una como alianza entre la luz y las tinieblas, un pacto entre la justicia y la iniquidad por medio de esas doctrinas que se llaman *católico-liberales.*» —(Breve de Pio IX al Círculo de San Ambrosio de Milan, Marzo de 1873).

—Fuerte es, y pica como mostaza.

—Pues seguid escuchando, que no ha acabado aún.

«Ahora bien; los tales (esto es, los católico-liberales) son más peligrosos y funestos que los enemigos declarados, pues secundan los esfuerzos de estos últimos de un modo que pasa desapercibido, y porque conteniéndose al parecer en el límite de las opiniones formalmente condenadas, se dan cierta apariencia de honradez y de doctrina intachable, halagando así á los imprudentes amigos de conciliarlo todo, y engañando á las personas verdaderamente honradas, las cuales se opondrian con firmeza á un error manifiesto y declarado.»—(Breve de Pio IX al mismo).

—Vaya, que no pudo Su Santidad decirlo más claro.

—Sí pudo, y ahora lo vais á oir.

«Lo que en esta vuestra religiosísima tarea vemos más digno de encomio y alabanza es que, segun se dice, detestais profundamente los principios *católico-liberales,* esforzándoos todo lo que os es posible en arrancarlos de las inteligencias. Cierto no teneis necesidad de tales avisos, vosotros que con sumision tan absoluta estais adheridos á las enseñanzas de esta Cátedra apostólica, que sabeis ha condenado repetidas veces las doctrinas liberales.»

Así habló en 1873 á los Círculos católicos de Bélgica, y ya veis como no se mordia la lengua. Pero aguardad.

—¿Hay todavía más?

—Sí, hay todavía más. Oid como habló al Obispo de Quimper, que le daba cuenta de la instalacion de una Sociedad de propaganda en su diócesis.

«Auguramos bien de sus comienzos, viendo que en estas católicas reuniones se empieza por declarar entera y humilde sumision á la Santa Sede y á su infalible magisterio, pues si sus individuos no se desvian de la enseñanza de ella, sino que siguen apoyándose en la firmeza de su autoridad, con la luz y auxilio celestiales, serán sus trabajos de grandísimo provecho á nuestra santa Religion. No lograrán apartarlos de esta su conducta sumisa y obediente los escritos y manejos de los enemigos de la Iglesia y de esta Silla de Pedro, pues precisamente contra ellos han empeñado el combate; podrian, empero, serles ocasion y resbaladizo camino de error las opiniones llamadas liberales, aceptadas por muchos católicos, por otra parte honrados y piadosos, cuya religiosidad y ascendiente podria atraer fácilmente su ánimo é inclinarlo á funestísimas ideas. Haz notar, pues, tú, venerable Hermano, á los individuos de esa Asociacion católica, que Nos, al condenar repetidas veces á los secuaces de las opiniones liberales, no pretendemos hablar de los enemigos descubiertos de la Iglesia, que fuera ocioso hablar de ellos, sino de los que acabamos de indicar, quienes conservando el veneno oculto de los principios *católico-liberales* que mamaron quizá con la leche, y defendiéndolos bajo pretexto de que no adolecen de manifiesta perversidad y de que en nada dañan, segun su juicio, á la Religion, contribuyen á infundirlos en los espíritus, sembrando así en ellos el gérmen de esas revoluciones que traen en nuestros dias perturbado el mundo.»

Testimonios así son claros, irrefutables y no necesitan explicacion ni comentario. ¿Quieres otro por fin? Va dirigido á periodistas, que es la gente que más lo suele necesitar.

—Bravo, bien. A ver qué les dice el Papa á esos faros ó faroles de la bienaventurada época actual.

—Pues les dice lo que hay que oir:

«Justamente haceis notar, amados hijos, que la subversion del órden religioso y político es ocasionada, alentada y difundida por la apostasía de muchos, *por las transacciones*

hoy tan frecuentes entre la verdad y el error, y por la pusilanimidad del mayor número... Así, pues, aunque Nos no hayamos podido leer vuestro periódico á causa de las muchas tareas que nos rodean, sin embargo, consideramos como un deber nuestro alabar el propósito que en vuestra carta nos dais á conocer, y al cual hemos visto que responde plenamente vuestro periódico, á saber: dar luz, propagar, ilustrar, infundir á las inteligencias todo lo que la Santa Sede ha enseñado contra las malas doctrinas, ó contra las doctrinas *cuando menos falsas y aceptadas en varias partes señaladamente contra el liberalismo católico, que se empeña en conciliar la luz con las tinieblas, la verdad con el error.*» — (Breve de Pio IX á los redactores de *La Croix*, de Bruselas. Mayo de 1874).

¿Tendréis ahora disculpa si no acertais á distinguir lo verdadero de lo falso, el vino fuchsinado del vino natural? ¿Tendréis disculpa, si queriendo fiaros de vuestro propio criterio y anteponiéndolo al de Jesucristo no acudís al *catador de vinos* (permitidme la palabra) cuyo voto en la cuestion la deja resuelta y terminada? Y decidme, ¿sereis católico del catolicismo verdadero si procedeis de otra manera?

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡en qué apuro meteis, amigo mio, á muchos católicos á su modo!

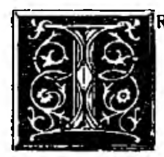
—No, no los pongo en tales apuros yo, sino su propia sinrazon. El raciocinio es concluyente. ¿Ha hablado ó no ha hablado el Papa? Sí, ha hablado. Entonces quien se acomode llanamente á lo que el Papa ha hablado, ese es católico; quien llanamente no se acomode, quien busque evasivas y tangentes por donde deslizarse, ese podrá ser sabio, prudente, hábil, político, contemporizador, tolerante, ilustrado, sí, señor, será todo lo que se quiera, menos católico. Eso no. A lo más será católico-liberal, que es cosa distinta.

—Es decir, vino aguado, vino de taberna.

—Exactamente, amigo mio, y áun de taberna ya, gracias á Dios, muy desacreditada. Basta por hoy.

LXXXVIII.

LA CASA DE LA ETERNIDAD.



RÁ el hombre, dice la Escritura, á la casa de su eternidad.» *Ibit homo in domum æternitatis suæ.* (Eccli. XIII, 5). Cuál sea esta casa de la eternidad y qué se entienda por irse el hombre á ella, vamos á ponerlo en claro tú y yo, amigo lector, en este librejo. Paréceme que es punto que á todos nos interesa muy mucho, y que entre todos los que se pueden tocar es el que merece más principal atencion.

Vase, pues, el hombre, á la casa de su eternidad. El hombre, es decir, tú y yo y aquel y el otro y el de más allá. El hombre, esto es, todo hombre, ó sea todos los hombres, que el término es absoluto y los abraza á todos sin excepcion. Todo hombre, sin consideraciones á categoría ó posicion, todo hombre por el mero hecho de ser hombre, como si la idea de humanidad ya llevara consigo implícitamente esta idea de mortalidad. Es el sello de una sentencia general é irrevocable, como si se dijese redondamente: «¿Eres hombre? Luego has morir.»

Repárese empero lo que aquí se dice: «Irá el hombre.» El morir se nos pinta como un viaje forzoso que hemos de hacer, ó mejor que á todas horas estamos haciendo. Es expresiva la palabra y se presta á profundísima reflexion. Vamos á morir, es decir que en rigor estamos ya muriendo. Vamos allá, áun cuando presumimos estar parados; cuando dormimos, como cuando estamos en vela; á toda hora y á todo minuto; á todo momento no cesamos de andar. Así como el viajante que va en una embarcacion, va haciendo su viaje lo mismo cuando está acostado que cuando pasea sobre cubierta ó discurre en su camarote ó contempla el curso del buque desde la torre de él; así el hombre, tripulante del barco de la vida, no cesa de andar y andar con direccion al fin de ella,

áun en aquellos mismos instantes en que más lejos está de tal pensamiento. «Anda,» se le ha dicho al nacer, y andará sin reposo; ¿hasta dónde? Claro lo dice el texto: «Hasta la casa de su eternidad.»

¿Y cuál es esta casa á la que sin cesar va caminando el hombre con tan forzoso cuanto precipitado viaje?

En primer lugar es el sepulcro, que puede llamarse casa de la eternidad, porque de él no se vuelve ya en modo alguno. Y aunque parece impropia aquí la palabra eternidad, es no obstante la más adecuada para significar el definitivo desenlace que tienen allá por lo que toca á la presente vida todas las cosas humanas.

Sí, porque de allá no se vuelve, y es por tanto eterna la ausencia que entrando allá se hace de todo lo presente. No hay retorno de ese viaje, no, no le hay. Para siempre dejamos el dulce hogar en que nos hemos criado, los deudos y amigos que tan gratos nos fueron, los bienes que adquirímos, los puestos con que tantas fatigas y quizá con tantos delitos alcanzámos, las ilusiones mil que encantaron nuestro breve sueño sobre la tierra. Que poco más que soñar es vivir, y poco menos que despertar es la muerte. Y los bienes que ésta nos arrebata vienen á ser para cada uno de los mortales como las riquezas fantásticas que se sueñan, las cuales con toda realidad creemos poseer, lo que no impide que al despertar nos hallemos con las manos vacías.

El sepulcro, hé aquí, pues, la casa perpétua para el hombre en cuanto á su ser material, hasta que le llame de ella la voz del Juez supremo; he aquí hasta entonces su instalacion, siquier no sea definitiva. No hay otra para el rey, como para el mendigo; iguales son; porque si de fuera las distingue algun tanto con sus adornos la vanidad humana, de dentro las iguala la misma corrupcion.

Mas esta es la casa del hombre por la parte que mira acá, si es lícito hablar así; hay otra parte de ella que mira allá, es decir, á los inmensos é ilimitados horizontes de la verdadera y propiamente dicha eternidad. Es la que desde el morir aguarda al alma, y despues de la resurreccion al cuerpo tambien. Es la verdadera y definitiva casa de la eternidad de que habla el texto que exponemos aquí. Es lo que llama el

Credo *vida eterna;* eterno vivir de dicha para los buenos, eterno vivir de pena para los condenados, pero de todos modos eterno vivir, casa de la eternidad.

¿Y por qué llama la Escritura «casa» á este paradero final?

Sin duda no carece de rigurosa propiedad esta palabra, ni está ella aplicada al azar y á la ventura.

Lo que tiene el hombre más propio suyo y más identificado, por decirlo así, con su propia persona es lo que llama él «su casa.»

Tanto es así, que «casa» se toma muchas veces por familia, linaje, generacion, herencia; viene á considerarse como una extension de la misma personalidad humana. Puede, pues, significar el uso de la palabra «casa» aplicada á la eternidad, que nada es tan propio del hombre como este su destino eterno; esta es su herencia, este su patrimonio, esto está como vinculado á su propia condicion.

Y tambien puede encerrarse aquí espantoso reproche. ¡Ah! ¡Quizá el llamar «casa nuestra» á la eternidad es para reprendernos el que tan fácilmente llamemos «casas nuestras» á los miserables cobertizos que un momento nos sirven acá abajo para guarecernos! Sí, porque cuando alzamos nuestras humildes ó suntuosas viviendas, cuando compramos cabañas ó palacios, ¿qué hacemos sino levantar para un rato una como tienda de campaña al borde del camino por donde viajamos á la casa, verdadera casa, de la eternidad? Las más deliciosas quintas, los más ricos palacios, los tenemos como prestados un solo momento. No como propios, que si propios fuesen, no se nos desposeeria de ellos con tan triste facilidad. No, que lo propio nuestro es la eternidad; de ésta sí que nadie nos puede desposeer. Esta es casa verdaderamente nuestra, no ajena, ni prestada, ni interina, sino definitiva.

¡Oh! ¡qué cúmulo de reflexiones brotan espontáneamente de esta sola consideracion! Bien podemos decir que en ella está encerrado cuanto tiene de más fundamental el ascetismo cristiano. Porque si la casa propia del hombre es la eternidad, y las casas de acá abajo y el mundo entero, que todo él puede llamarse casa del hombre, no lo tiene sino co-

mo prestado é interino, dicho se está cómo debemos servirnos de él, con qué desapego, con qué indiferencia, con qué soberano desden. Prestado es, ¿y quién será tan necio que ponga su corazon en cosa prestada y de que luego, muy luego, le van á privar? Y si en eso pone su corazon ¿cómo evitará se lo desgarren y despedacen, cuando le arranquen, quiera ó no quiera, estos vanos tesoros en que puso su ilusion? No nos seria menester más que la aplicacion práctica de estas ideas para que de rondon fuésemos santos los que en teoría las profesamos. ¡ Lástima grande que lo que ve como cierto é incontestable el entendimiento, no lo guarde asimismo como única regla de bien vivir y de bien obrar la voluntad!

Pero... demos un paso más.

Esta casa del hombre, esta casa eterna y en consecuencia definitiva, no se llama simplemente la «casa de la eternidad,» sino la «casa de *su* eternidad.» De suerte que cada cual viaja en direccion á la casa de la eternidad *suya*, de lo que se saca que no hay una eternidad comun para todos. No hay una sola: hay dos eternidades. Hay la eternidad feliz, y hay la eternidad desventurada; hay la eternidad premio, y hay la eternidad castigo; hay la eternidad para los justos, y hay la eternidad para los condenados. Cada hombre no va, pues, á cualquier eternidad, sino á *su* eternidad, á la que es propia *suya*, á la que se ha hecho *suya* con las obras *suyas*. Y no irá el bueno á la eternidad del malo, ni el malo á la eternidad dèl bueno, sino cada cual á la que se ha hecho propia suya con su especial modo de vivir y de morir.

¡ Válganos el cielo! ¡ Qué otra reflexion más abrumadora nos está saliendo al paso! Cuando decimos que Dios condena, casi podríamos decir que hablamos impropiamente. No; al réprobo le condenan sus propias obras; él mismo con ellas se labra su condenacion. ¡ Ah! La eternidad cada cual se la está haciendo buena ó mala ya desde este mundo. ¡ Grave responsabilidad saber que al fin la eternidad no será para cada uno de nosotros más que lo que cada uno de nosotros haya querido que sea, porque solamente de este modo será *su* eternidad! ¡ Y á la vez gran consuelo saber que todo eso de nuestra salvacion depende de nosotros mis-

mos, siempre con el auxilio de Dios! Sí, y puesto que á la eternidad la hemos llamado casa, sigamos la alegoría del texto sagrado, y digamos que la casa de la eternidad será tal como la vayamos edificando nosotros con los materiales buenos ó malos que alleguemos desde ahora. Piedras para este edificio son todos y cada uno de los actos de la vida. Cuando doy una limosna, recojo una piedra para esta construccion; cuando recibo los santos Sacramentos, cuando oigo la Misa, cuando practico la oracion, cuando mortifico mi cuerpo, cuando doy luz y buen ejemplo á mis prójimos, cuando en una palabra ejecuto cualquier obra digna, estoy labrando sillares para levantarme un dia el palacio de la feliz eternidad, palacio cuyo cimiento puse en el santo Bautismo y cuya piedra angular es Cristo mi Salvador. Y á su vez, cuando cedo al impulso de mis pasiones, cuando soy liviano, codicioso, iracundo ó negligente; cuando alimento sueños de ambicion ó de orgullo, cuando quebranto de cualquier modo que sea la ley severa que me ha dado Dios, estoy alzándome con cada uno de estos pecados el horrible muro de la casa-cárcel en que he de gemir eternamente. ¡ Ah! tengámoslo presente y no lo olvidemos jamás. *Perditio tua ex te,* ha dicho el Señor. «De tí procede tu condenacion.»

Recójase ahora cada uno de mis lectores en su interior, y vea ¡por Dios! á la luz de estas verdades lo que le trae más cuenta. Si de nuestra diligencia y buen acuerdo dependiese la salud corporal, ¿quién no estaria muy sano? Si á nuestro arbitrio estuviese el adquirir fortuna, ¿quién no fuera muy rico? Si el bienestar y el saber y la gloria humana y los dones todos de que tanto caso hacen los mortales, se lograsen con sólo extender la mano para cogerlos, ¿quién quedaria privado de ellos?

Pues bien. Tan fácil es la salvacion, tan asequible es la vida eterna. Trátase de quererla de veras y nada más. Y si necio y loco llamaríamos al que, pudiendo ser rico y sabio y sano con sólo quererlo, se quedase el infeliz pobre y rudo y achacoso, ¿cómo se llamará la necedad é insensatez del que, pudiendo á poca costa hacerse con un paraiso eterno, se logra á fuerza de grandes sacrificios la eterna perdicion?

Porque otra cosa no menos curiosa acontece aquí. Si costase mucho el cielo y se diese de balde el infierno, no fuera tan monstruosa la necedad. Al fin habria unas sombras ó léjos de excusa en los que preferirian entonces lo malo barato á lo bueno caro. Mas para vergüenza nuestra sucede aquí al revés. Con la mitad, con mucho menos de lo que trabaja un pecador para condenarse, tuviera él bastante para adquirirse la salvacion. Lástima de ver tan afanosa á gran porcion del género humano, contemplar sus fatigas y sudores, presenciar sus rabiosas querellas, ver sus inquietudes y desasosiegos, cómo sufren, se cansan, se sacrifican, y todo ¿para qué? Para servir al diablo y ganarse su compañía. No quisiera yo á fe la mitad de la mitad de los sinsabores que le ha costado á cualquier revolucionario moderno vivir y morir enemigo de su Dios. Ni le ha costado jamás á ningun justo el respeto á la divina ley lo que á tantos malvados y corrompidos les está costando el guerrear contra ella y el obedecer como esclavos á sus viles concupiscencias.

¡Animo, pues, amigos mios! Vamos todos con pié derecho á la «casa de nuestra eternidad.»

Poco cuesta lo de acá, y presto se acaba eso poco que cuesta. Mucho empero vale lo de allá, y eternamente dura.

¡A ver cómo hay alguno de mis lectores que no endereza sus caminos (si por desdicha en algo los llevó torcidos) cuando estas líneas acabe de leer!

LXXXIX.

EL BÚ DEL JESUITISMO.

VERDADERAMENTE, y perdónenme por hoy mis amados lectores, voy inclinándome á dar alguna vez la razon á esos pobres revolucionarios. Tiénenla que les sobra, algunas veces; valga por la que muy á menudo les falta. Hoy me siento con humor para escribir á favor suyo hasta un libro, todo un libro; no pareciéndome que exagero si les añado que siento no hallarme en estado de poder favorecerles hasta con una biblioteca.

El asunto lo dice el lema que va al frente de estas líneas. El jesuitismo.

La Revolucion tiene el derecho incontestable de odiar al jesuitismo, como lo tiene la rata de odiar al gato, y el lobo de aborrecer al perro. La Revolucion tiene motivos para andar quejosa de él por sus pasados agravios y recelosa de él por sus futuros proyectos. Vamos á ver por qué, y puede que muchos de mis lectores, siquiera por esta vez, dén la razon como yo al pobrecito revolucionario.

Porque, figúrense Vds. que el jesuitismo suele ser una cosa, asi, vaga, incolora, impalpable, indefinida é indefinible, cuya influencia se siente, cuya existencia por lo mismo no se puede negar, pero de la cual no se sabe más que de la naturaleza del cólera morbo ó de la del tifus icterodes, de funesta recordacion. Sábese que existe, que es calamidad, que nadie puede con él, y punto y basta. No lo digo yo, dícenlo á una voz los folletistas, periodistas, diputados y oradores de club que más extensamente han tratado esta materia y cuyas luminosas observaciones me sirven de guia. Es una como fiebre perniciosa que, sin saber cómo ni por dónde, se introduce en la educacion, cuélase en el hogar doméstico, triunfa

tal vez hasta en las elecciones más apaleadas, apesta en las redacciones de ciertos periódicos reaccionarios, y áun en los talleres y asociaciones obreras mete la mano y la pata de un modo que empieza á volver cavilosos á los más avispados. Díganme Vds. sino es cosa ya de andar buscando desinfectantes para este contagio. No, sino duérmanse sobre las pajas los dormilones, y verán en qué paran un dia estas misas y la marea que se arma por ese lado. Pues digo... ¡así lo comprendiesen todos como lo comprende la Revolucion, que sabe donde le aprieta el zapato, ó mejor donde le aprieta el jesuita. Pero, murmuraciones aparte, y volvamos á nuestro tema.

Algunos estudios llevo hechos en autores acreditados y no sospechosos de parcialidad, á fin de ilustrarme sobre esta materia. No vayan á creer mis amigos que he hojeado para eso la vida de Ignacio de Loyola, ni las Reglas de su Orden, ni los Breves pontificios relativos á su fundacion, ni la historia de sus trabajos apostólicos, ni ninguno de los grandes documentos que constituyen las piezas de este litigio entre la Compañía de Jesús y sus detractores. Hoy por hoy no se trata de eso. Yo no he de saber lo que dicen de la Compañía la Iglesia católica, la historia séria y el parecer de los hombres de bien, que todo eso no me daria más que un testimonio neo, clerical y furiosamente reaccionario. Tanto valdria preguntárselo á los mismos jesuitas. ¡Vea V. qué gracia! No, señor, el caso es pedirles dictámen sobre el jesuitismo á los que á todas horas hablan contra él, y que por lo mismo dan muestras de conocerle muy á fondo. Aquí, aquí, que lo demás es pamplina y hojarasca.

Vamos al caso, pues.

A la manera que durante una epidemia toman al parecer todas las enfermedades el carácter de la enfermedad reinante, y vienen en cierto modo á refundirse en ella; así en épocas, como la nuestra, contagiadas de jesuitismo, toma color, olor y sabòr jesuítico todo cuanto se refiere á Religion. Esta sencilla observacion bastará para explicarnos por qué nuestros revolucionarios se encuentran en todas partes de manos á boca con el bú del jesuitismo, que no les deja dormir, ni sosegar, ni siquiera hablar en razon.

El Papa, para empezar por lo primero, el Papa, segun ellos, es simplemente órgano del jesuitismo y nada más. Si habla, si escribe, si convoca á concilios, ó canoniza Santos, ó condena disparates; si piensa salir de Roma, ó si juzga mejor permanecer en ella; si habla manso, ó si truena récio, si en fin hace ó no hace ó piensa hacer, ¡pobrecillo! es que á todas horas le está el pícaro jesuitismo allá á la oreja soplándosela bonitamente, para que obre siempre á gusto de sus inspiradores.

—¡Pero, señor, que el Papa no es niño de teta, que digamos; que ya empieza á ser mayor de edad para necesitar tutor; que ha dado muestras mil de que sabe caminar sin andadores; que precisamente son notables en él la iniciativa propia, los rasgos espontáneos é improvisados de talento...!

—No hay tu tia. El pícaro jesuitismo es quien vive y pelecha á su sabor allá en los oscuros salones del Vaticano, y desde allí gobierna el universo mundo.

—Pero, señores revolucionarios, díganme por caridad; y el sacro Colegio, esa ilustre corporacion de cardenales, zorros viejos, á quienes de fijo no se oculta nada de lo que á su rededor acontece, ¿no se quejan alguna vez de esa influencia jesuítica que decís rodea y como aprisiona al Papa? ¿cómo no la revelan al mundo en un rapto de indignacion?

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! oigo que me dicen burlándose de mi sencillez; ¡el sacro Colegio! ¡los cardenales! ¡Si precisamente es ese el foco principal de jesuitismo!

—¡Pero si jamás hubo apenas jesuita alguno cardenal!

—Pues ahí verá V.; jesuitas son todos hasta los hígados, y nadie sino Dios se lo quita de encima. Pregúntelo V. á Garibaldi, al nene Bismark, á sus compinches y camaradas del continente europeo y americano; recoja V. lo que dicen sobre el particular los periódicos, lo que se declama en los clubs, lo que se perora en los Parlamentos: todos á una voz le responderán lo mismo. ¿El sacro Colegio? ¿Los cardenales? Jesuitas todos, jesuitas, jesuitas.—

—Pues, vamos á ver, le decia yo el otro dia á un amigo mio revolucionario: los obispos dispersos en todo el mundo, los que viven en las heladas regiones del Norte y los que viven en las suaves regiones del Mediodía; los de la vieja Europa

y los de la jóven América; los aristocráticos prelados semi-príncipes de Hungría y Austria, y los democráticos ciudadanos mitrados de los Estados-Unidos; los que en Oriente gimen bajo el poder de los visires y bajás, y los que entre las tribus bárbaras mueren bajo el hacha ó la flecha del salvaje, ó son apaleados por el mandarin chino; todos éstos sólo unánimes en la fe católica, pero en todo lo demás distintos, abigarrado conjunto de todas las razas, lenguas, colores, trajes y costumbres que viven bajo el sol, ¿qué me decís de éstos? Jesuitas habrá, pero no faltará entre ellos quien desconozca casi esta palabra.

—¡Quiá! hombre de Dios; la palabra podrán desconocer ó tener olvidada, pero la idea tiénenla todos metida entre carne y hueso, y no hay quien se la saque ni á tizonazos. Todos, todos son jesuitas hasta el cogote. Hace poco vímoslos reunidos en universal asamblea; vinieron de las cinco partes del mundo; el corazon nos decia con negro presentimiento lo que iba á suceder; pero nunca creimos aconteciese en tanto grado. Aquellos hombres que no se conocian, y que sólo una vez se veian en el decurso de los siglos, halláronse todos como por ensalmo jesuitas, pero ¡qué jesuitas! á sesenta grados Reaumur. Así es que el concilio del Vaticano, de tales elementos compuesto, salió la cosa más jesuítica que V. pueda imaginar. Fué aquello una explosion volcánica de jesuitismo, de que ha de tardar en curarse el mundo. Y si por dicha no llega á meter allí la pata el diablo por medio de un su lugarteniente que imposibilitó la continuacion del asunto, aquel volcan jesuítico abrasaba la tierra. Desde entonces no me hable V. de obispos. Para el bobo que no los conozca: jesuitas son á pesar de sus capisayos morados, y no me saca de ahí san Ignacio en persona.

—No lo dirá V., proseguia yo sin volver de mi asombro, no lo dirá V. así de la clerigalla menuda que vive entre nosotros, y cuyas acciones, modo de vivir, procedencia y demás señas particulares están á la vista de todos. V. conoce á muchos de sus individuos; con ellos ha jugado en su niñez y estudiado en su juventud; con ellos vive en la misma poblacion, en igual calle, quizá bajo un mismo techo. De éstos no hay que sospechar mañas ocultas ni gatuperios jesuíticos. ¿No es verdad?

—¡Santo varon! Con todo y ser V. cura, permítame que le diga que no sabe de la misa la media. Si quiere V. referirse á esa media docenita de clérigos *ilustrados* que asisten á casinos patrióticos, visten á lo civil, van al café y al teatro y bullen en el tocador de las damas y en las antesalas de nuestros personajes revolucionarios, de estos no digo que pueda sospecharse si son jesuitas; al revés, á estos buenamente les daria yo por libres de toda mácula. Pocos son, es verdad, pocos son en cantidad y menos en calidad, y es lástima á fe, porque con su ayuda, si muchos hubiese, el progreso moderno llegaria en breve á su sublime ideal. Pero si lo dice V. por esotra multitud nea, sombría, rancia, fanática, fanatizada y fanatizadora, que vive apegada á sus usos y cánones, sin saberse salir de su traje talar y de su corona, con su misa larga y con su olla corta; siempre en su confesonario, ó en su púlpito, ó en su catecismo; siempre con sus niños á cuestas, y con sus devotas, y con sus jubileos, y cofradías, y rosarios y via-crucis, si os referís á esta clase apocada, oscurantista, que no sabe más que mucho latin, mucha teologia, muchos casos de moral y mucho breviario; si aludís á esta clase que tiene representantes suyos en todos los lugares, villas y ciudades de España, ¡oh! esta clase es atrozmente, furiosamente, rabiosamente jesuítica. En mal hora el primer Loyola no habia de haber sido ya un cura español que parece haberlo dejado como herencia de lepra á todos sus sucesores. ¡Válgame Dios! Y los pueblos tan bobos para dejarse engatusar por esos jesuitas disfrazados, que si uno de los nuestros se deja ver en una poblacion nadie le escucha, y gracias que no salga apostrofado y maltrecho; y á los de esa casta jesuítica me los traen en palmas, y rodean su púlpito, y me lo comen vivo en su confesonario, y para ellos son los llantos al ausentarse, y las dulces memorias aún tras largos años de ausencia. Es verdad que esto sólo sucede cuando á los pueblos se les deja en paz con su fanatismo y su añeja beatería. Porque felizmente va allá de vez en cuando alguno de nuestros ciudadanos crudos, y á porrazo limpio ó á puñalada seca deshace el hechizo de estos encantadores del pueblo soberano, y da con ellos fuera de sus parroquias, y luego va y baila en ellas el can-can para desinfectarlas del pestilente jesuitismo.

—Realmente tiene V. razon, señor revolucionario, y voy convenciéndome con sus poderosos argumentos de que efectivamente el Catolicismo todo está perdido de jesuitismo. Es una invasion general. Comprendo que se grite tan furiosamente contra ella...—

Mas... largo va el asunto, y es sensible no poderlo concluir en el librillo de hoy. Lo que á continuacion hablamos yo y mi amigo sobre esta misma materia prometo contárselo largo y tendido al curioso lector en uno de los próximos sin falta.

XC.

¿TANTO MAL ES EL PECADO?


UANDO se les oyen á nuestros predicadores, ó cuando se leen en nuestros libros ascéticos, ciertas ponderaciones con que encarecen la gravedad del pecado mortal y su intrínseca malicia y el consiguiente horror que debe inspirar al hombre la menor ofensa á su Dios, ¿á quién no le ha ocurrido, una vez ú otra, la duda de si habria acaso exageracion en tales pinturas, y si el celo por la salvacion de las almas podria quizá haber inducido al orador ó escritor á cargar algun tanto las tintas del cuadro, para con más seguridad lograr su piadoso intento?

Ni habria injuria para nadie en suponerlo asi, porque sabido es que al retórico se le permite dar algun relieve mayor del natural á los objetos que pinta, á fin de que la impresion producida en el oyente ó lector sea la más aproximada á la realidad que trata de representar, y que es regla de todo buen tirador apuntar un poco más alto del blanco para acertar en el centro de él.

Esta observacion anticipamos aqui, como alarde de franqueza, que ya saben la que les solemos tener nuestros lectores, y para decirles en suma que al oirnos tratar del pecado en este librejo no se permitan hacer de nuestras ponderaciones descuento alguno, porque no vamos á pintar con brocha gorda ni fina, sino secamente á discurrir, ni nos proponemos producir en los que nos lean meras impresiones, sino la fria y tranquila conviccion. Por esto hemos querido cerrar antes este efugio con que hubiera quizá pretendido escapar de nuestros argumentos, ó mejor de las consecuencias de ellos, el lector miedoso.

Vaya, pues. ¿Es cierto, no retóricamente hablando, sino filosóficamente discurriendo, que el pecado es el mal sumo,

el mal único, el mal esencial, el mal sobre todo mal? Averigüémoslo con calma y sinceridad.

¿Qué es pecar? Es quebrantar á sabiendas, es decir, con pleno conocimiento y con plena voluntad, algun precepto de la ley de Dios, ó de los que ha dado la Iglesia con autoridad de Dios. En ambos casos es análogo el atentado, bien se infiera á Dios directamente, conculcando un precepto propiamente suyo, bien se infiera á Dios indirectamente, conculcando el precepto de quien lo impuso por su delegacion. De suerte que en todos casos es quebrantamiento de la divina ley.

¿Pero Dios ha podido poner una ley á su criatura?

Casi da lástima tener que responder á pregunta tan ridículamente necia.

Dios es criador del hombre, y el hombre es criatura ó hechura de Dios. Y así como el artífice tiene derecho absoluto sobre su obra, así tiene Dios todo derecho sobre nosotros que somos obra de su poder. El que con materiales suyos ha labrado para sí una mesa ó un banco, puede á su voluntad disponer de aquel banco ó mesa, puede exigir de estos muebles tal ó cual servicio adecuado á su modo de ser. Esta es la nocion más clara y elemental del derecho de propiedad. Poder hacer de una cosa lo que más me convenga ó mejor me viniere en voluntad. Es mia una cosa que me he hecho ó me he comprado, porque tengo sobre ella todos los derechos de la más absoluta soberanía, incluso el de la destruccion. Así poseo mis fincas, así mis libros, así mis trajes, así mis caballos, así mi dinero, así todo lo que constituye mi propiedad. Soy dueño de estas cosas, y estas cosas son cosa *mia*. Este pronombre, que se llama posesivo porque significa posesion, da la idea más absoluta de mi dominio sobre lo que plenamente me pertenece.

Somos de Dios. Queramos ó no queramos somos de Dios, porque no nos pidió permiso para criarnos, ni ha de pedírnoslo para hacernos morir. Somos de Dios, como el banco ó mesa son de quien los contruyó ó mandó construir para sí; como el árbol es de quien lo plantó en terreno suyo; como el dinero es del que legítimamente se lo supo adquirir. Somos cosa de Dios, pertenencia de Dios, propiedad de Dios.

El cual puede exigir de nosotros todos los usos y servicios que puede exigir de su finca ó mueble el más libre propietario.

Ahora bien. ¿Qué es la ley de Dios? Es el querer de Dios sobre esta cosa suya que somos nosotros; es el servicio que exige á este mueble suyo; el fruto que reclama de este árbol suyo; el interés que le pide á este su capital.

Pero ¡yo soy libre! Es verdad, es gran verdad: y por esto no quiere Dios que le sirva el hombre como un banco ó un caballo, sino libremente, racionalmente, noblemente; haciendo valer en su servicio, más que los miembros corporales, la libre voluntad. Pero al querer que le sirva libremente, no quiere que sea sin sujecion á Él, que esto ya no fuera servir. Quiere que le sirva queriéndole servir, y conociendo al mismo tiempo que le sirve porque quiere, y porque Él se lo manda y el hombre debe obedecerle. Y este servir libre, este servir noble, este servir del hombre, tan distinto del servir de la bestia y del servir de la piedra ó madera, es lo que se llama *obra buena* cuando bien se cumple, y es lo que se llama *pecado* cuando no se cumple ó se cumple mal.

Mas este derecho absoluto del Criador sobre el hombre criatura suya se funda todavía en algo más que en haberle dado á éste el sér. El hombre no da el sér á las obras de sus manos, no hace más que imprimirles cierta forma ó modificacion. ¡Y esto, sin embargo, le autoriza para llamarse su dueño! ¡Cuánto más lo será Dios, que no ha dado á sus criaturas solamente la forma de tales, sino la íntima y radical existencia! Más aún. El hombre al acabar de producir (como impropiamente se dice) una obra suya, ha terminado ya sobre ella su operacion. Aquella obra ya para nada más necesita de su autor; de hecho es independiente de él, pues sin él puede continuar disfrutando la existencia, ó mejor, el nuevo modo de ser que de él ha adquirido. No así el hombre, obra de Dios. Dios en cierto modo no le dió de una vez toda la existencia en cuanto á su duracion, sino que por partes se la está dando á cada indivisible momento. Un instante sólo que fuese verdad el absurdo imposible de que Dios se olvidase de su criatura, hundiríase ésta de repente en el *no ser*, del que le está de continuo sacando su poderosísima mano.

Como un objeto que estuviese colgado de un hilo que otro sostiene, caeria indefectiblemente así que se cortase el hilo con que en el aire se sostiene, así los hombres todos y cada uno de ellos, colgados de ese hilo invisible del querer de Dios, dejarian de ser en el mismo punto y momento en que dejase Él de estarlos continuamente sosteniendo. Que por esto se dice con fórmula exactísima en filosofía: «La conservacion es una contínua creacion.»

Preguntad ahora ¿qué es pecar? y de fijo no se os hará ya tan incomprensible la respuesta que dan á esta pregunta los doctores cristianos. Pecar es esa insolente rebeldía del querer humano contra el querer divino: es ese *no quiero, no me da la gana,* del hombre, obra contínua de Dios, contra el *yo quiero* de ese Dios que de continuo se lo está imponiendo, como de contínuo le está criando. Es el hombre vil oponiéndose, en cuanto de su parte está, al plan de Dios; frustrándolo en lo que puede; arrogándose en sí y en sus actos una independencia y áun una superioridad sobre Dios, contra cuyo dominio protesta y cuya autoridad desconoce con insolente cinismo. Se dirá que nada de eso intenta muchas veces el que comete un acto contra la ley de Dios. Hay aquí un equívoco fácil de desvanecer. Repárese que hemos dicho al principio que pecar es quebrantar con pleno conocimiento y con plena voluntad la ley de Dios. Podrá decir que no intenta una formal rebeldía el que no tenga pleno conocimiento de lo malo que hace, ó no tenga acerca de ello plena voluntad. Mas entonces ya no cometerá pecado, por lo menos mortal. Mas el que, en un acto opuesto á la divina ley, tenga conocimiento pleno de esta oposicion, y tenga voluntad plena de cometerla, ¿cómo podrá decir que no tiene intencion plena de constituirse en plena rebeldía contra su Dios?

No hay, pues, exageracion alguna en decir que el pecado es el sumo mal, porque si Dios es el sumo Bien, la oposicion directa y radical y voluntaria á este sumo Bien no puede calificarse de otra manera. Ni es frase extremada decir que el pecado es en rigor el mal único y el mal esencial, porque lo demás que en el mundo conocemos con el nombre de males, pueden en ciertas y determinadas ocasiones ser un bien, como por ejemplo, la pobreza, la enfermedad, la muerte mis-

ma: mas esta oposicion á Dios nunca puede dar de sí bien alguno, porque es mala de su naturaleza y es orígen además de todos los otros males. Y cuando se dice que todo se debe sufrir ántes que consentir en el pecado, que por ningun provecho del mundo es lícito cometer un pecado siquiera venial, y que si con una mentira se pudiese librar á un reo de la horca ó á un condenado de las penas del infierno, no por eso seria lícito ofender con esta mentira á Dios, no se inventa, no, una gran ponderacion, sino que se expresa muy llanamente una verdad sencilla y natural, exacta como el más evidente axioma de las matemáticas.

Es pura doctrina de sentido comun cristiano, que nadie puede desconocer ni negar, más que el impío ó el ignorante.

Condensando en breves fórmulas el concepto que acabamos de exponer, dirémos: Que el hombre es propiedad absoluta de Dios porque Él le crió y Él le conserva: Que el ser propiedad de Dios da derecho á Éste sobre todos los actos así internos como externos del hombre *cosa* suya: Que sobre estos actos así internos como externos ha manifestado Dios cuál fuese el servicio que queria de ellos, y á esta manifestacion llamamos ley de Dios: Que por fin el no acomodar estos actos á tal ley es una violacion de los derechos más sagrados de Nuestro Señor. Por lo cual el pecado es, entre todas las cosas malas, el sumo y supremo mal.

Más claro aún. Los crímenes que nos parecen más graves en el mundo no son al fin sino atentados contra tal ó cual derecho del hombre. El robo es un atentado contra su derecho de propiedad; la calumnia es un atentado contra el derecho que tiene á su honra; el asesinato es un atentado contra el derecho que tiene á su vida. Y estos atentados son crímenes graves y merecen toda reprobacion y castigo. Si, pues, el atentado del hombre contra un derecho del hombre su igual, constituye una cosa tan mala, ¿qué será el atentado del hombre contra todos los derechos que sobre él tiene su Criador?

De ahí que el pecado, sólo por ser tal, es decir, sólo por ser ofensa de Dios, es mayor que todos los crímenes que pueden cometerse contra el hombre meramente como hom-

bre. Hay tanta distancia de la menor ofensa hecha al hombr como hombre, á la ofensa hecha á Dios como Dios, cuant es la que hay entre el hombre y Dios. Y como es infinit tal distancia, de ahí que es infinitamente mayor tal gravedad.

De suerte que tener en poco la gravedad del pecado, pued consistir solamente en ignorar, ó qué cosa sea él, ó cual se el supremo Señor contra quien atenta. ¿Y hay cristiano d veras que una y otra cosa pueda ignorar?

Esto solamente considerado el pecado como ofensa á Dio Criador, porque si se considera á Dios en el concepto de Redentor, ¿qué nuevo campo no se abre á la ponderacion ¿Qué nuevos horizontes al discurso? ¿Qué severas consecuencias á la lógica?

Lo dirémos más adelante.

XCI.

MÁS SOBRE EL JESUITISMO.

AQUEL amigo del alma, con quien tuve pocos dias atrás la tan famosa controversia sobre *El bú del jesuitismo,* no me deja desde entónces ni en sol ni en sombra, moliéndome con el susodicho tema. al que por lo visto ha tomado particular aficion, Sígole la broma, que en eso no hay pecado, sino muy al revés, puede llegar á haber verdadera obra de caridad.

—Pero ¡vaya en gracia! decíale yo dias atrás. Eso que del jesuitismo y de sus horrores me habeis tantas veces relatado, será sin duda únicamente por lo que toca al elemento católico eclesiástico, es decir, al que viste de largo. No serán así los católicos de frac ó chaqueta. Esta es gente así más al uso, más despreocupada.

—¿No? Pues precisamente para esta inventamos tiempo há nosotros la frase: *Jesuitas de sotana corta*. Son los peores, amigo mio, son los peores. Hasta las mujeres, sí, señor, hasta las mujeres jesuitean que es un asco y una compasion... Si V. supiera... Hasta seglares, hasta mujeres pertenecen á esa negra conspiracion que se llama jesuitismo. ¿No observa V. ese hervidero de *Asociaciones de católicos* y *Academias de Juventud católica* y *Ateneos católicos* y demás por este tenor que, como hongos en otoño, han brotado desde la revolucion acá en toda esta tierra de España? ¿Recuerda las célebres *Conferencias de san Vicente de Paul*, con su compacta organizacion, con su red de juntas, central, provinciales y de localidad, con sus revistas y boletines, etc.? Pues todo esto, no lo dude V., es jesuitismo puro, y no le busque otro nombre. Y esas cofradías y congregaciones, esas corrientes eléctrico-piadosas bajo el lema del sagrado Corazon de Jesús ú otro cualquiera, esas romerías que en todo Europa, y par-

ticularmente en España, asordan los aires con el clamor de sus plegarias, esa agitacion sorda, ese estremecimiento vago, ese no sé qué, ese inesperado fervor que de algunos años acá parece circular por las venas de nuestro pueblo, y en especial de nuestra juventud, ¿á qué otra causa deben atribuirse sino al pícaro jesuitismo? Y esa prensa religiosa, esa prensa audaz como ella sola, que desde el mejor periodicazo de la capital hasta el último periodiquillo provinciano se bate en todo el mundo con tanto brío, invadiéndolo todo, manejando todas las armas, hablando ora en sério, ora en broma, siempre empero con unidad de plan, siempre en oposicion con la Revolucion y las conquistas del siglo y la civilizacion moderna, dígame V., ¿no la ve toda dirigida, inspirada por el negro jesuitismo?—

Al llegar aquí mi interlocutor, no puede sostener ya la afectada admiracion con que tanto rato le habia mirado navegar á vela tendida por el ancho mar de sus aprensiones jesuíticas, y soltando una sonora carcajada largo tiempo comprimida,—¡Pardiez! exclamé, ¡que acabais de darme, amigo mio, el rato más feliz que tuve jamás en mi vida! ¿Con que es jesuita el Papa, y son jesuitas los Cardenales, y son jesuitas los Obispos, y lo son los Curas todos, y lo es todo el pueblo fiel que cree y cumple los Mandamientos? ¿Es decir que es jesuita todo católico por el mero hecho de ser tal, y sólo podrá librarse de la sospecha de jesuitismo aquel que no tenga muy limpia y corriente su cédula de catolicismo? ¡Ah! Largo tiempo lo sospeché; hoy tengo de ello completa evidencia. Óyelo tú, pueblo mio, á quien tan frecuentemente embaucan con necias palabrotadas tus falsos amigos; óyelo tú, y tenlo siempre grabado para tu instruccion en la memoria. Hay una Órden religiosa que se llama Compañía de Jesús, como hay otra que se llama de Dominicos, de Franciscanos ó de Carmelitas. Y esta Órden vive como viven todas en la Iglesia de Dios, con Regla de todo el mundo conocida, con estatutos públicos que puedes leer y examinar siempre que te dé la gana. Nada aquí de misterios ni de secretos. No hay aquí arcanos más que para los malvados y los ignorantes. Y dicha Orden tiene, como todas, amigos y enemigos: los primeros son los buenos cristianos, los que

aman lo que la Iglesia ama, los que siguen lo que la Iglesia sigue; los segundos son toda esa falange de todo color y de toda raza que forman el ejército del mal, ateos, materialistas, libre-pensadores, católicos de solo nombre, en suma, todo lo que constituye esta legion infernal conocida un siglo há en el mundo con el nombre de *Revolucion*. Tal es la situacion actual de Europa.

Pero el *jesuitismo* es otra cosa en el lenguaje y sentir de los declamadores que acabas de oir. El jesuitismo no son precisamente los jesuitas. El jesuitismo es la moral católica, el culto católico, los dogmas católicos, la influencia católica, la legislacion católica, los sacerdotes católicos, las Sociedades católicas, la prensa católica, la literatura católica, el arte católico; en menos palabras: el jesuitismo es el Catolicismo. Pero como en los labios de ciertas gentes algo mogigatas aún, ó no reñidas del todo con sus propios intereses, todavía suena mal decir claro y limpio: ¡Abajo el Catolicismo! se modifica algun tanto la frase para que no se escandalicen los tontos, y se dice: ¡Abajo el jesuitismo! Porque, eso sí, la máscara es tan necia, que ya sólo los tontos de capirote pueden no conocerla. Pero ¡como los tontos son muchísimos!... sucede que no se conoce ó no se quiere conocer aquel escamoteo, y se persigue buenamente al Catolicismo, creyéndose ó afectando creer que la guerra es sólo contra el jesuitismo. Hé aquí la verdad; los impíos más francos no me dejarán mentir. Mas leal anduvo pocos dias há un desgraciado periodista que dijo sencillamente que hoy por hoy no habia de haber otro grito de guerra que el del *ilustre* Voltaire: «¡Aplastad al Infame!» Y este Infame es Nuestro Señor Jesucristo. Así me gusta. Vale más así, y no andarse por las ramas con disfraces y rodeos. Pero no á todos conviene esta táctica, que á nosotros nos fuera tan ventajosa. ¡Qué dia será aquel en que la veamos decididamente empleada! Lo que conviene, sí, al infierno y á sus amigos, es blasfemar sin que perezca que se blasfema; ahogar traidoramente con el ademan de dar un abrazo de paz. Esto es lo que se usa tiempo há; esta la táctica que el infierno no dejará, porque sabe le va bien con ella. Esta es la que inventado y puesto de moda el clamar contra el *jesuitismo*. Y los cándidos que en odio *del Infame*

proponen otra, son pobres novicios en el arte, cegados por la pasion, que no saben lo que se pescan.

Pues bien. De esto sacarás para tu uso las reglas siguientes:

Puesto que lo que le duele hoy á la Revolucion es lo que se llama con más ó menos fundamento el *jesuitismo*, jesuitas hemos de ser todos los católicos, hasta donde pueda cada cual. Sea nuestro modelo en todo la esclarecida Compañía. En la completa sumision á la Cabeza de la Iglesia; en la organizacion compacta de sus indivíduos; en la ortodoxia intachable de la doctrina; en la austeridad rigorosa de las costumbres; en el apartamiento de todo espíritu mundanal; en la cultura de la inteligencia para el mejor servicio de la verdad: en todo esto tenemos admirables maestros en los Padres Jesuitas.

¡Gran gloria es para la Compañía ser considerado su nombre por los enemigos de la verdad como la mejor personificacion del Catolicismo en nuestros dias! ¡Gran gloria es parar y recibir sobre sí esta hija los golpes principales con que se pretende herir á nuestra Madre! Amemos, pues, á la Compañía, y no nos hagamos, por Dios, con miserables preocupaciones aliados inconscientes de la guerra vil que hace hoy la impiedad contra ella y contra el Catolicismo. Bástenos verla la primera en sufrir el ataque para que la creamos la más digna de nuestras simpatías. No la aborreciera tanto la Revolucion si la temiera menos. Hagámonos un deber, en este punto como en otros mil, hagámonos, repito, un deber el defender todo lo que ésta ataca, y atacar todo lo que ésta defiende, y sin necesidad de ulteriores raciocinios tendrémos pauta segura. Quien por falta de estudios no tenga otra aguja de marear, guíese con ésta, que nunca le engañará. Dígale cada cual á su prójimo, sea quien fuere: «¿Te aplauden los enemigos de la Iglesia? Malos andamos: debo empezar á desconfiar de ti.» Al revés. «¿Te persiguen los impíos, te ultrajan, no te dejan punto de reposo? ¡Magnífico! No puedo ya equivocarme. Posees el signo infalible de la verdad, el odio de los enemigos de ella. *Signum cui contradicetur*.»

Puesto que, como hemos visto y segun el lenguaje que cada dia oimos á nuestros enemigos, el verdadero jesuitis-

mo no es otro que el Catolicismo, aprendamos, amigos mios, á saber lo que quiere decir el enemigo cuando vocifera á todas horas que es preciso *extirpar de Europa el jesuitismo. Catolicismo* quiso decir, y paz con todos. Pero por lo mismo esto ha de tranquilizarnos en gran manera. Jesús ha prometido reinar en el mundo hasta la consumacion de los siglos. Seguro está, pues, el jesuitismo. Puede desaparecer la esclarecida Compañía. Diez y seis siglos vivió el Catolicismo sin ella. Mas no desaparecerá hasta haber llenado la mision provincial que la trajo felizmente al mundo en el siglo décimosexto. Por de pronto ve aumentarse extraordinariamente el cuadro de sus individuos, precisamente desde los últimos años de persecucion. Pero áun despues que hubiesen desaparecido los jesuitas, lo que no se borraria de la tierra es el *jesuitismo*. ¡Ah! ¡eso no! *Christus heri et hodie Ipse et in sæcula*. Cristo ayer y hoy y por todos los siglos. Revuélvanse, pues, contra el jesuitismo pueblos y Gobiernos; tramen contra él repúblicas y monarquías, perórese con más ó menos pulcritud en los Parlamentos, ó chíllese con más ó menos grosería en las tabernas y plazuelas... ahi se estará clavada la cuña del jesuitismo en el corazon de Europa, sin que logren arrancarla de él humanos esfuerzos. Subirá quizá aún más la marea revolucionaria, pero no pasará del límite que Dios ha fijado á todas las borrascas; puede que como en los dias del diluvio llegue á cubrir con sus aguas corrompidas la cima de los montes más elevados. ¡No temais! La Iglesia católica, ó el jesuitismo, como dicen por ahí, tiene recibida y asegurada la promesa de sobrenadar siempre como la otra arca milagrosa depositaria de las esperanzas del género humano, y una vez calmada la tempestad presente, volverá á rejuvenecer con sus dones al mundo y á prepararse para nuevos combates.

¡El jesuitismo! ¡Ah! ¡Y qué graciosos están los que le tienen hoy dia miedo al jesuitismo! Al antijesuitismo debieran más bien temer; contra ese les seria más prudente vivir armados ó siquiera prevenidos. El antijesuitismo es la fiera que va á devorar las modernas sociedades en justo castigo de su prevaricacion, si Dios no se apiada misericordiosamente de ellas. Ved su *negra mano* aparecer siniestra en medio de la

embriaguez de nuestra civilizacion, como la que viera en las paredes de su festin el impío Baltasar. Negra mano, que en medio del ruido de nuestras orgías y del esplendor de nuestras riquezas escribe sentencia de muerte contra la sociedad criminal, apóstata de su Dios. Negra mano, que ella misma lo dice, es la mano del antijesuitismo. Jesuitismo, pues, para hacer volver á sus cavernas esa mano horrible; jesuitismo para detener la accion de esa mano vengadora; jesuitismo para salvar al mundo que el infierno quiere devorar y que sólo por Jesús y por el jesuitismo puede ser salvo.

Jesuitismo y no hay otra salvacion, que ya lo dijo san Pedro: «No se ha dado á los hombres otro Nombre por el cual puedan ser salvos.» Jesuitismo en la enseñanza, jesuitismo en la política, jesuitismo en el doméstico hogar, jesuitismo en el campo y en las ciudades; jesuitismo en las oficinas y en las fábricas, jesuitismo en todo si no está perdido todo con irremediable perdicion.

Esto, esto se debe contestar á quien hable de jesuitismo y toque á somaten contra ese *bu:* esto y nada más.

XCII.

EL PECADO CRISTIANO.



CABO de estampar una frase absurda, monstruosa. Lo sé; y sin embargo no quiero retirarla, porque no encuentro otra cosa que más gráficamente exprese la monstruosidad que quiero representar.

El pecado es gravísimo atentado contra los derechos absolutos que tiene el Criador sobre su criatura, por el mero hecho de ser esta criatura cosa suya. Mas esto mira solamente al hombre en su condicion de tal, no al hombre en su condicion de redimido. La Redencion añade nuevos títulos á Dios sobre su criatura; de consiguiente le añade á Él nuevos derechos y á ella nuevas obligaciones. Cuando, pues, á la violacion de los derechos de Dios como Criador, se añade la violacion de los derechos de Dios como Redentor, lo infinito de aquella gravedad primera viene en cierto modo á multiplicarse por lo infinito de esta gravedad segunda: viene á ser como la infinidad multiplicada por la infinidad, y dando por resultado un extremo tal de malicia, inconcebible para la imaginacion más atrevida, é incalculable para las más sutiles matemáticas.

Tal es la gravedad nueva que adquiere el pecado cometido por el hombre dentro del Cristianismo, por el hombre bautizado; tal es el pecado que me he atrevido á llamar pecado cristiano.

Un santo Padre expone por lucidísima manera este nuevo aspecto de la cuestion ofreciéndonoslo en una sencilla cuanto ingeniosa parábola.

Un reo, dice poco más ó menos, era conducido al suplicio por haber intentado dar de puñaladas á su rey. Vióle desde su palacio Real el heredero de la Corona, y movióse á compasion de aquel miserable, condenado por justísima sen-

tencia á tan desastroso fin. Luchaban en su generoso corazon el deseo de que fuese reparada la injuria hecha al monarca su padre, y la compasion que le inspiraba aquel vil asesino que iba á expiar su crimen en manos del verdugo. Ocúrrele de súbito una heróica resolucion. Bájase á la calle, encuentra medio de sustituirse al reo que iba á morir, tomando su traje y poniéndose en lugar de él en poder de los verdugos. Sube al cadalso y muere, y deja con esto salvado al miserable á quien quiso salvar, y satisfecha á la vez la debida justicia. Mas el reo vil, libre por tan extraña manera del afrentoso castigo, en vez de agradecerle la sustitucion al generoso príncipe, no solamente no se la agradece, sino que ultraja su nombre y su memoria, pisotea su sangre, escarnece aquel acto nobilísimo. Más aún: repite la ofensa que con tan sangriento castigo fué vengada, y empéñase en herir de nuevo con nuevas puñaladas, no sólo al soberano á quien primero ultrajó, sino, si pudiese, al mismo principe que, dando su vida, le salvó de la muerte.

No necesita exposicion la parábola, porque muy claro y muy á la vista está su sentido; pero sí reclama atenta consideracion.

El cristiano es el hombre sobre quien se han derramado de lleno todos los beneficios de la Sangre del Hijo de Dios, inmolado por su amor. Gran cosa fué criarle, pero mayor sin comparacion fué redimirle, más que si cien veces hubiese vuelto el hombre á la nada y otras tantas le hubiese vuelto á sacar de ella la mano benéfica de su Autor. Nada le costó á éste la obra magnífica de la creacion, antes le era de suma delicia ver salir aquellas maravillas á cada *fiat* suyo, y á cada una de ellas felicitábase y dábase como la enhorabuena con infinita complacencia, mirándolas tan buenas y tan bellas, viendo en todas el reflejo de su esencial belleza y bondad, como un padre ve en sus hijos los rasgos principales de su fisonomía. No así en la Redencion, que esa le costó muchísimo, agonías, sudores, fatigas, caidas, azotes, muerte en cruz. Para rehacer la obra que con tanta delicia de su amoroso Corazon habia producido, tuvo que pasar como por laboriosísimo parto, y en vez de aquellos reflejos de hermosura y bondad divinas que habia puesto Él en sus criaturas,

tuvo que sufrir la afrenta de que éstas depositasen en Él toda la fealdad y horror de sus propios pecados y de su perversion y malicia. En cambio de aquel *vidit quod esset bonum* con que en la creacion se complacia, tuvo que arrostrar que toda la creacion le mirase á Él como réprobo y maldito, marcado ¡Él, infinita bondad! con todas las apariencias de hijo de Satanás. Como tal, como el gran réprobo del género humano, como el gran maldito de Dios Padre *(factus pro nobis maledictum)*, subió á la cruz para devolver al verdadero réprobo y al verdadero maldito, que era el hombre, la justificacion y la bendicion perdidas. Las alcanzó y las devolvió al hombre, se las regaló de balde cuando tanto á Él le habian costado; se las dejó vinculadas en su Ley, en sus Sacramentos, en su Iglesia santa, que, como otro Él, dejó viva y permanente sobre la tierra.

¡Oh grandeza de amor! ¡Oh verdaderas locuras de generosidad!

Ahora bien. El cristiano es un hombre que sabe estas cosas, que las ha reconocido y aceptado y usufructuado; que le ha prometido por ellas á su Salvador perpétua gratitud y fidelidad. Con el pacto de esa fidelidad ha entrado en su Iglesia y ha recibido el sello de su nueva alcurnia. No es ya solamente un hombre obra de Dios, es además un hijo de la Sangre de este Dios, por ella reengendrado, por ella vuelto como á criar, por ella elevado á más noble condicion que la que jamás tuvo, por ella destinado á altísima jerarquía. Peca, ¿y qué hace pecando? Rasga y pisotea esa carta de libertad escrita con Sangre divina; paga con grosero ultraje el sacrificio inmenso del que la derramó para conquistársela; vuelve espaldas á su divino Libertador para agasajar y complacer á su eterno enemigo. Es un parricida con las circunstancias más agravantes de este enorme crímen. No se contenta con desdeñar la mano que desde el cielo se le extiende para sacarle del lodo de su miseria; escupe esta mano, la infama, la hiere. No solamente desconoce el beneficio, sino que se alza contra el Bienhechor; no solamente niega la deuda, sino que al divino Acreedor le blasfema y apostrofa como haria á un tirano y ladron que viniese á reclamarle lo que no es suyo. Al acento dulcísimo que desde la cruz le lla-

ma «¡Hijo mio!» contesta él con iracunda voz que le sugiere el infierno: «¡No, no os quiero por Padre!» Al amoroso llamamiento que le apellida «¡Hermano!» responde él con impía befa: «¡No, que por mi hermano quiero más á vuestro odioso rival!»

No sé si hubo jamás quien ahondase todo lo que se puede ahondar en este abismo de horror que encierra el pecado cristiano, el pecado contra la Redencion. Creo más bien que ni entendimiento de Angel ni de hombre pudo nunca vislumbrar todas sus profundidades. Que del mismo modo que son inconmensurables la alteza, anchura y profundidad del amor divino que tal misterio realizó, así lo son lo alto, lo ancho y lo profundo del crímen que atentando contra él se comete.

¿Y habrá quién dude luego si hay infierno? Paréceme que aunque expresamente no lo hubiese dicho Dios, con esto solo se podria probar que le debe haber.

Y sin duda por esto nos dice el Evangelio que la Cruz, la ensangrentada é inhumana Cruz, aparecerá en el supremo juicio á la vista de buenos y malos, como sello que á la sentencia de unos y otros pone desde las nubes el rectísimo Juez. Sí, el juicio final se dará como justificacion pública del Juez divino, que de este modo querrá como dar cuenta y razon de todas las sentencias, digámoslo así, privadas, con que en el decurso de los siglos ha ido fallando las causas de todos los hombres. No necesitará justificarse el Hijo de Dios á quien su Padre ha dado todo poder para juzgar al mundo; no necesitará justificarse, pero lo querrá. Y para esto le bastará mostrar la santa Cruz. Aquel va á ser como el gran libro de la deuda, ante cuya presencia no necesitará Él condenar, sino que por sí propios se declararán alcanzados y condenados á eterna bancarrota todos los malos cristianos. La Cruz es como el *pagaré* con que abonó Cristo mediante su firma al género humano deudor; la Cruz será, pues, el documento que avergüence y confunda á los insolventes de esta gran fianza. Hasta se nos figura que cuando se dice en aquel terrible himno del juicio final que canta la Iglesia:

Liber scriptus proferetur
In quo totum continetur
Unde mundus judicetur,

no se alude sino á ese libro de la santa Cruz, en cuyas páginas están escritas con sangre todas las iniquidades del pecador y su sentencia de perdicion si murió impenitente, así como su sentencia de perdon si murió arrepentido. Páginas á la vez justicieras y misericordiosas, páginas juntamente de sumo terror y de sumo consuelo, como las de un debitorio que trae aparejada ejecucion y cárcel si no se pagó, ó da por libre al deudor si está debidamente cancelado.

¿Quién duda, pues, que en esta santa Cruz, símbolo de la Redencion que en ella fué obrada, ha de tener su principal acusador el horrendo pecado cristiano, es decir, el pecado directo contra esta misma Redencion simbolizada en ella?

¡Cristiano! ¡Cristiano! Valiérate más no haber llevado nunca este honroso título si sólo ha de servir de circunstancia agravante para tu culpabilidad. Esa agua de regeneracion que bañó tu cabeza, esos óleos santos con que te ungió la Iglesia, ese Pan de vida que dispuso para tí, esas repetidas palabras de perdon con que limpió tu conciencia, esas bendiciones y plegarias con que endulzó tus agonías de muerte, todo, todo se volverá contra tí, si por tu desdicha no has querido aprovecharlo para salvarte. Seránte formidables acusadores esas pompas sagradas que ahora regocijan tu corazon; esas fiestas que tan alegres é imponentes trae consigo el curso de cada año; esas campanas, voces de Dios que sin cesar te están advirtiendo; esos templos que te convidan con la paz y sosiego de su misterioso recinto; esos púlpitos desde los cuales tantas veces ha resonado sobre tí el trueno de las divinas amenazas; esas imágenes, ora severas, ora sonrientes, que se han puesto en los altares para excitar tu piedad... Todo lo que Dios y su Iglesia han discurrido é inventado en tu favor para ayudarte al bien y darte alas con que remontarte del cieno al cielo, todo, si lo desprecias, ha de ser mole de inmensa pesadumbre para hundirte en los abismos.

¿Quién puede negar la verdad de estas aterradoras consideraciones? Mucho vale la Sangre del Hijo de Dios para salvar, mas por lo mismo muchísimo ha de valer tambien para perder al ingrato que no quiso aprovecharla. Es lo que del divino Niño Jesús dijo allá en el templo de Jerusalen el anciano

Simeon. «Puesto ha sido este Niño, exclamó el santo viejo, para ruina y para resurreccion de muchos en Israel.» Resurreccion para los buenos, ruina eterna para los malvados, como peso de infinito valor, que si se pone en un platillo de la balanza añade á las más pobres obras buenas del hombre infinito precio para el cielo; al paso que si en el otro platillo se pone, añade á sus obras malas peso de infinita malicia para el infierno.

Despues de esto se concibe perfectamente el odio que contra Jesucristo y su Iglesia tienen todos los malos de hoy, odio mucho peor y más concentrado que el que tuvieron jamás los gentiles más corrompidos contra su falsa religion. Sí, se comprende que es el odio satánico á la Sangre divina, despues de conocido el inmenso beneficio que con la Redencion nos proporcionó; odio contra Dios, que no conocieron en ningun siglo los paganos; odio que es carácter exclusivo del apóstata cristiano. No, nunca se aborreció á Dios con el rencor con que se le aborrece por los malos en el Cristianismo. Es una observacion que nos hemos hecho mil veces, y que siempre nos ha parecido de la misma horrible novedad. Nunca se aborreció á Dios, como se le aborrece despues que ha dado al mundo su Hijo Unigénito. Sorprende esto á primera vista, pero luego se ve que es lo más natural y que no puede ser de otra manera. El pecado cristiano no puede ser odio á medias, por lo mismo que es cristiano. No puede ser más que un principio del eterno rencor con que se blasfema de Dios y de su Hijo en los profundos infiernos.

Vuélvolo á repetir, y no hay quien me saque de esta abrumadora reflexion: ¿Habrá todavía quien ponga en duda si hay infierno? aunque no lo dijese la fe, bastaria considerar lo que es el pecado cristiano para asegurar desde luego que lo debe haber.

XCIII.

LA MÁS JUSTIFICADA JUSTICIA.



uien dice Dios, dice suprema justicia; que si Dios no fuese justicia suma, no seria Dios. No pudiendo concebir á Dios sino con el carácter de la más absoluta perfeccion, no podemos concebirle ¡claro está! sin ese atributo de la justicia, que es el primero que áun en el hombre exigimos para tenerle por medianamente honrado.

Sácase de esto que es imposible atribuirle á Dios cosa que no esté absolutamente en su verdadero peso y en su más exacta medida; bastando que se pruebe que una cosa es de Dios, ó la quiere Dios, ó la ha dispuesto Dios, para que por esto solo deba tenerse por intachable y perfectamente justificada. Dios, en una palabra, es el único que tiene en sí propio la justificacion de todos sus actos.

Sin embargo, ¡increible parece! Dios, por lo que vemos, necesita justificarse. ¿Y ante quién? Ante su ruin é infeliz criatura. Sí, necesita justificarse, y es tan llano y amoroso que desciende á eso y se humilla á dar la razon de sus fallos, á prodigar sobre ellos toda suerte de explicaciones.

Y es el hombre tan orgulloso y tan pagado de su propia razon, que se atreve, no diré ya á escucharlas y á aceptarlas, sino áun á exigirlas y discutirlas. Y llama y emplaza á la razon divina ante su arrogante tribunal, y la interroga insolentemente sobre el qué y el por qué de sus eternas resoluciones, y controvierte de ellas lo que puede alcanzar con su raquítica capacidad; y tal vez con audacia suma, que no es sino lo sumo de la ignorancia, atrévese á negar lo que no comprende, por la sola y grosera razon de que no lo com-

prende; cuando esto debiera bastar para que se conociese á sí propio infinitamente más pequeño que lo que pretende comprender, y se declarase en consecuencia incompetente. Y viene al apologista católico y necesita ¡ oh caso absurdo ! constituirse abogado defensor de su Dios, é informar en estrados á favor de su inefable verdad y justicia, y perorar y suplicar para que se le dé al fin á su divino cliente por bueno y por verdadero.

Hénos aquí, pues, hoy á nosotros ejerciendo esta honrosa pero tristísima tarea de abogar por los fallos de nuestro Señor ante el tribunal de los hombres, miserables criaturas suyas; hénos aquí ocupados en probarles y demostrarles que es justo el infierno y que es justísima la justicia de Dios (repárese el pleonasmo) cuando castiga con él.

Sí, señor, y para esto no repetirémos los textos tantas veces aducidos de las sagradas Escrituras que hablan de la existencia de la otra vida, y de las penas reservadas en ella á los criminales de ésta, y de la eternidad de estas penas, y de su inexorable rigor. No repetirémos estos textos, porque el *respetable* tribunal ante quien informamos podria decirnos que no debe creerse á la parte interesada bajo la fe de su sola palabra; y aunque esto no es más que una majadería, porque aquí la parte interesada es Dios y á Dios se le debe creer siempre por su sola autoridad, todavía en este asunto queremos guardarles todas las garantías de imparcial neutralidad á nuestros quisquillosos contradictores.

Ea, pues; prescindamos de que Dios haya dicho ó no que hay infierno y que éste es eterno; veamos únicamente si hay ó no hay razones de otro órden para probar que le debe haber.

Parécenos absolutamente que sí.

Primero, por la razon arriba indicada de la justicia de Dios. Hay malvados en el mundo. No nos negará nadie tan desconsoladora proposicion. Y hay de esos malvados quienes no sólo lo son, sino que quieren serlo siempre, y desean y procuran y logran como tales vivir y morir. ¿Es justo que les dé Dios igual destino final que á los buenos? ¿Es justo que les quepa igual suerte definitiva á Neron, verdugo del género humano, que á san Vicente de Paul, su ángel bien-

hechor? No, por cierto. Cualquier juez de la tierra, á no ser un pícaro, fallaría que al uno se le debe castigar y al otro recompensar. Luego lo mismo ha de fallar el Juez supremo. ¿Lo falla acá en la tierra? No, porque más bien acá los triunfos son para el malo, y los desprecios para el hombre de bien. Luego ha de haber justicia en la eternidad. Luego son ciertos los castigos de ella. Luego debe haber infierno, tan cierto como hay Dios.

Segundo, por analogía con lo que acá abajo acontece. El pecado mortal es la mayor injuria contra Dios, el atentado más grave contra sus derechos, el delito de lesa majestad divina. Los delitos de lesa majestad se han castigado siempre en la tierra con la última pena. No escuchemos á los que nos digan que esta última pena es injusta y que la ley no puede matar. El sentido universal del género humano tiene más razon y más sólido fundamento que las teorías, ó mejor tonterías, de cuatro humanitarios sofistas. La pena de muerte es un dogma del género humano, y los que la han combatido teóricamente son los que en la práctica la han aplicado con más cruel profusion. Ahora bien. El infierno no es más que la pena de muerte de la otra vida. El destino del alma es eternamente vivir, la pena capital para ella es permanecer eternamente muriendo. Espantosa justicia, única digna de un eterno Dios, de un crimen que eternamente persevera en su malicia, y de un alma criada para la eternidad.

Tercero, por la nueva horrible gravedad que añade al atentado del hombre contra Dios, el carácter que tiene éste de Redentor suyo, además del de Criador. No se concibe un Dios muriendo en cruz para salvar al hombre, si no ha de ser para salvarle de una perdicion eterna. Sólo este objeto merecia en cierta manera que para lograrlo se dejase matar en un cadalso un Hombre-Dios. Pero al mismo tiempo no se concibe para el que desprecie la Sangre y muerte de ese Dios un castigo digno de su infamia, si no es el de dejarle abandonado y sujeto á la misma eterna perdicion de la que aquel mismo Dios le quiso con su muerte librar. Medítese bien esta conversion de términos. Porque la suerte del hombre perdido es la condenacion eterna, se comprende que descendiese Dios del cielo á morir como un criminal para librarlo

de ella. Así la eternidad del infierno da en algun modo razon plausible de la incomprensible generosidad de Dios. Mas porque Dios ha descendido del cielo al Calvario para librar al hombre de su eterna desventura, claro se ve que merece doblemente el hombre esta eterna desventura, si rehusa aprovecharse de la Redencion que de ella le ofrece con su Sangre el Hijo de Dios.

Cuarto, por la suma facilidad con que ha querido Dios pudiésemos evitar este infierno. Lo cual hace que así como no se condenan más que los que de su propia voluntad se quieren condenar, así merezcan, y muy mucho, ser eternamente condenados los que pudiendo á tan poca costa evitarlo, no lo quisieron evitar.

En efecto. Los medios de salud y vida espiritual se los ha dado Dios al hombre tan abundantes y de tan fácil adquisicion como los de su vida material y terrena. Ved lo que acontece en el órden físico. El aire, que es el primer elemento de vida, lo ha puesto Dios tan al alcance de todo el mundo, que basta abrir la boca para que lo posea cada cual. Hay que oponerle cierta resistencia para que no se nos entre; necesitamos cerrar calculadamente los labios para no respirar. El pan, la carne, las legumbres, el agua, el vino, es decir, las materias más usuales de alimentacion, son tambien las de produccion más fácil, las de cultivo menos especial, las que más á mano se encuentra el hombre en todos los países. De suerte que con ley amorosísima ha dispuesto la Providencia que lo de mero regalo fuese por lo comun escaso y costoso; lo de indispensable necesidad, abundante y comun. Que, pues, la primera necesidad del hombre sobre la tierra es vivir, así era regular que lo más expedito fuesen para él los medios más indispensables para la vida.

Así pasa en la vida espiritual, cuyo término es la salvacion eterna. Los medios para ella los ha puesto Dios tan á mano del hombre, que, sobre todo desde Jesucristo acá, sólo con obstinada resistencia suya puede el cristiano no aprovecharse de ellos. Al presentarse en el mundo la verdad evangélica acompañóla su Autor de tantas maravillas que bastasen á hacer abrir todos los ojos, á no querer cada cual tenerlos voluntariamente cerrados. Establecida y acreditada la Reli-

gion, cesaron los prodigios extraordinarios de sus primeros tiempos, pero nos queda la historia manifiesta de ellos y el hecho á todas luces prodigioso de su crecimiento y conservacion, y los repetidos milagros de los Santos en todos los siglos, y la no interrumpida predicacion.

Esto en cuanto á la facilidad del conocimiento. Que en cuanto á la facilidad de la práctica, no es menor ni menos reconocida.

Por más que repugne á la ingénita malicia del hombre el yugo de la divina ley, se halla éste auxiliado para llevarlo con tales ayudas de costa que llega á serle, en frase feliz del Salvador, yugo suave y carga ligera. Encuéntranlo duro y enojoso tan sólo los que no lo quieren ensayar: quien una vez se resolvió á tomarlo sobre sí no tarda en convencerse de que se puede vivir muy holgadamente con él. Ahí están los mil y mil que se han distinguido por su santidad en el campo siempre fecundo del Catolicismo, además de los millones de millones que sin haber sobresalido para mercer ser vistos de lejos en la historia, son no obstante *buenos cristianos* y prueban á cada paso esta verdad. De suerte que la vida cristiana es fácil, como que en suma no es más que la vida honrada, santificada con el sello de la Religion.

Pero ¿el hombre cae por su fragilidad y se encharca y encenaga en el lodazal del mundo? ¡Ah! que en este punto es donde más brilla la amorosa y próvida generosidad de nuestro buen Dios! La Redencion no fué sólo deuda pagada una vez; sigue siendo baño saludable y restaurador para cuantos hasta la consumacion de los siglos lo necesiten. El retorno á Dios es operacion que se consigue con sólo una llamada cualquiera á su Corazon divino. La mano que nos convida á reconciliacion y paz está siempre extendida, y sólo anhela se agarre á ella con ánsia el que quiera dejar de pecar. El suavísimo sacramento de la Confesion es una como oficina de indultos, á la cual basta sólo presentarse á cualquier hora, declarar sentidamente la culpa y asegurar lealmente la enmienda para quedar benévolamente despachado. Y si por desdichado caso no es posible la Confesion material á pesar del ferviente deseo, quiere la Bondad divina que baste este ferviente deseo para lograr el perdon. De suerte que todos

los muros de bronce y de hierro que separan al hombre de su Dios, tal vez despues de cincuenta, sesenta ú ochenta años de una vida toda empleada en guerrear contra Él, estos muros que debieran parecer incontrastables á la fuerza más poderosa, ceden y se allanan en un solo minuto, en un solo segundo, por un solo suspiro del corazon de un moribundo, que de veras lo dirija, al dar ya la postrer boqueada, al Corazon amoroso de Dios. Este no le da por desahuciado de su misericordia sino cuando absolutamente ha dejado de tener la criatura el último hálito de vida para acudir á ella.

A lo cual si se añaden las advertencias continuas que á los oidos del pecador hace sonar la divina Justicia antes de aplicarle el lleno de su rigor; el infierno toda la vida amenazando con sus tormentos, el cual es con eso de tan infinita misericordia, como el cielo toda la vida halagando con inefables esperanzas; los ejemplos de la muerte que á todas horas presenciamos; los desengaños de la edad; la voz secreta de la conciencia que nunca falta, cuando á posta no se la obliga á enmudecer; ¿quién negará que al hombre más duro no se le esté de contínuo avisando y precaviendo de lo que á la postre por su culpa le ha de acontecer?

Dígasenos, despues de eso, si no se va cada uno de los condenados al infierno con sus propios piés; y si no resulta despues de todo perfectamente justificada la inexorable justicia de Dios, tanto por lo menos como su inagotable bondad, tanto por lo menos como su incansable paciencia.

Que era lo que nos proponíamos demostrar.

XCIV.

EL COMBATE DE LA VIDA.



A vida es combate: hé aquí una fórmula en que está comprendido todo el ascetismo cristiano, y de la que salen como á hilo todas las reglas, hasta las más minuciosas, de él. Examinémosla, y nos dará poco menos que un tratado completo.

La vida es combate: así lo dice el Texto sagrado: *Militia est vita hominis*. Lo primero que de consiguiente importa conocer son los enemigos. ¿Cuáles son éstos? Unos los tiene el hombre frente de sí, otros dentro de sí. Frente de sí tiene los malos ejemplos del mundo; sus necias máximas en todo opuestas á la divina ley; los vanos terrores del respeto humano; el interés ó deleite vil que quieren deslumbrarle; la falaz sabiduría con que se intenta persuadirle; las tramas mil y embelecos del enemigo infernal. Dentro de sí tiene las malas inclinaciones de su corazon; la grosera tendencia de sus apetitos, desde el orgullo, que es el pecado del ángel, hasta la sensualidad, que es el pecado de la bestia. Contra todo eso hay que luchar. En resistir á eso, en sobreponerse á eso está el combate de la vida y su victoria.

La vida es combate. Ha de haber, pues, un jefe, un ejército de combatientes, armas y ordenanza. El jefe es Cristo Dios, que bajó del cielo para ensayar el primero las armas de esta guerra, y que sólo exige combatan los suyos en pos de Él y á su semejanza. El ejército es la multitud ordenada y fiel de los que le siguen, militando bajo la cruz, que es su gloriosa bandera. Está mandado por lugartenientes suyos, y se llama Iglesia. La ordenanza es la divina ley consignada en los santos Evangelios y en los preceptos de dicha Iglesia, á la que todo soldado de este ejército ha jurado obediencia, y debe prestarla hasta morir, so pena de ser un cobarde de-

sertor. Las armas son en primer lugar los méritos de este mismo Jefe superior, Cristo; los ejemplos de los que más fielmente le imitaron, que son sus Santos; los Sacramentos, la Misa, las indulgencias, y tantos otros medios de salvacion de que tiene la Iglesia copiosísimo y escogido arsenal.

La vida es combate. Es, pues, la vida tiempo de fatigoso trabajo y no de solaz y reposo; que nunca el combatir fué cosa, que digamos, muy descansada. El soldado, cuando no está precisamente andando á tiros y á estocadas con el enemigo, está por lo menos ocupado en limpiar sus armas y en penosos ejercicios que le adiestren en su manejo. No se está dispuesto para pasar de repente de la holganza á la batalla, sino que en la misma paz se debe endurecer el cuerpo con violentos trabajos para las asperezas de la guerra. Debe ser sobre todo contínua la vigilancia. Las plazas fuertes se guardan en tiempo de paz con tan exactas precauciones, como si á la vista tuviesen al enemigo. El centinela cristiano no debe dormirse jamás.

La vida es combate. La vida es tiempo de merecer: los premios y consuelos están reservados para despues de la lucha. Y se merece combatiendo; y cuanto se es más bueno, más se debe combatir para más merecer; que á los soldados bravos y acreditados son los que pone el general en primera fila, y ellos son los que se destinan á los más árduos empeños. A quien, pues, más ama Dios, más le aflige tal vez, porque le reserva mayor corona. Soldado distinguido en el campo de Dios es el justo á quien hieren de todas partes mil tribulaciones. Neciamente, pues, se acusa á la Providencia cuando se ve á los buenos atribulados. La Providencia obra muy bien probando sus mejores soldados en los puestos donde es más recia la acometida.

La vida es combate. Toda la vida debe ser por lo mismo de exacta subordinacion y disciplina. Nadie en una batalla se bate á su antojo, sino como máquina humana sujeta, hasta en lo más minucioso, al plan ordenado por diestro general. Manda Dios y manda el Papa, su primer general en la tierra, y mandan como porta-órdenes suyos los demás jefes de la eclesiástica jerarquía. Modo de no errar es atenerse á sus voces de mando. Al fiel soldado, cuando se le manda en

conformidad con lo que ordena el Jefe universal, no le toca más que obedecer.

La vida es combate. Porque es combate, es incierto su resultado, y no se puede contar con la victoria hasta el fin de todo él. Nadie se tenga, pues, por asegurado; hay en ésto grave riesgo de perder la partida. Una falsa confianza ha perdido tantos ejércitos, como ha salvado un prudente temor. Valor sin recelo alguno, es más bien temeraria presuncion. No conviene desmayar, eso no; pero tampoco conviene prometérselas felices de cualquier modo. ¡Cuántos lucharon como bravos al principio, y cayeron al fin! ¿Y qué importa haber empezado con brillantes hazañas, si á la postre ó por cansancio ó por defeccion se hace dueño de nosotros el enemigo? Este es sagaz y á cada paso arma una celada, á cada hora prepara una sorpresa. Más fia de emboscadas que de ataques al descubierto. Vea, pues, cada uno con mucho cuidado dónde pone el pié.

La vida es combate. No debe ¡ah! perturbarnos el odio de los enemigos, ni deben avergonzarnos sus dicterios, ni debe acobardarnos el clamoreo de sus insultos. Al soldado no le son afrenta, sino honra, los rencores de sus contrarios. Antes debe desearlos y gloriarse con ellos, como testimonios que acreditan su lealtad, así como el aplauso del campo contrario podria hacerla sospechosa. Que los ladrones todos de un país digan á una voz: «¡Esos pillos de jueces y guardias civiles!» honra es esto de la magistratura y de la Guardia civil. Que los franceses de Napoleon, invasores de nuestro suelo, llamasen á nuestros heróicos antepasados con los apodos de *brigantes y rebeldes*, ¡oh qué hermoso elogio de su indomable amor á la independencia!

La vida es combate. Son de consiguiente las obras mejores de ella las que más derechas hieren y desbaratan al enemigo. Las que éste aborrece más, serán, pues, por regla general las preferibles. Cuando unánime se pronuncia el aullido del infierno contra una obra ó institucion, señal evidente es de que tal institucion ú obra valen mucho á los ojos de Dios y pesan mucho en la balanza del combate cristiano. Cuando, al revés, á una obra ó institucion no vacila prestar todo su apoyo la impiedad, cuando la mima y halaga, cuan-

do la rodea de respeto y consideraciones, señal cierta de que no la teme, si ya no la mira favorable por algun concepto á sus satánicos fines.

La vida es combate. Y el soldado de este combate no es mercenario que pueda cuando esté cansado abandonar su bandera: es soldado de servicio obligatorio, y no le es lícito separarse de ella hasta que le dé por cumplido la ley. Y la ley no le da por cumplido hasta que salga de este mundo. Resígnese, pues, á vivir luchando y á morir luchando y á descansar de su lucha únicamente en la eternidad. Su servicio es, además, obligatorio. No hay aquí el recurso de declararse neutral. La ley divina mándale empuñar las armas en su defensa: no hacerlo es ya con esto sólo declararse del bando contrario. No cabe por lo mismo pensarlo, ni discutirlo, ni andarse ideando transacciones. Todo esto indica vacilacion. O leal, ó rebelde; sólo una de estas cosas puede ser para con su Dios el hombre criado para su servicio, como sólo esto puede ser para su Rey un verdadero militar.

La vida es combate. Y no fingido ó de comedia, sino muy recio y muy sangriento. A sangre y fuego hay que luchar en él, y sólo se logra en él la la victoria sacando teñidas en sangre las manos y chorreando sangre el corazon.

Hay dos hombres en nosotros: el hombre grosero y animal, lleno de perversos instintos y de aviesas pasiones en su corazon y en su carne; y el hombre espiritual, elevado por la regeneracion del Bautismo á ser lo que llama san Leon Papa, *nova creatura novumque figmentum*. Todos sentimos la intestina contradiccion de estas dos tendencias que en nosotros guerrean, y que ora nos elevan por alas de ángeles á las más hermosas regiones de la perfeccion moral, ora nos hunden como por instinto de bestias inmundas en el cieno de los más asquerosos apetitos. No hay quien no tenga en su propio corazon este campo de batalla y no participe de las agonías y alternativas de este combate cruel.

Ahora bien. Dios y su gracia nos llaman arriba: el demonio y sus concupiscencias nos impelen abajo. El hombre es muy dueño de ceder á uno ú otro de los dos contrapuestos impulsos. Mas sepa que al uno, para secundarle, basta sólo no oponérsele: que tan blanda es y tan connatural se nos

presenta la corriente del vicio, que para dominarnos él sólo nos pide no le hagamos formal resistencia. Claro está. Pero lo otro, lo que atrae hácia arriba, quiere, para ser seguido, laborioso esfuerzo de nuestra alma, violento arranque de decision, enérgico y obstinado empuje.

Con lo cual harto hemos dicho para que se comprenda que nada de esto puede lograrse sin que corra en abundancia la sangre, real ó figurada, de que poco antes hicimos mencion. ¡Ah! Subir, subir no es cosa tan suave y hacedera para quien tiene enredado y como aprisionado todo su sér en los zarzales y espinas de esta tierra de pecado. ¡A girones hay, pues, que dejarse rasgar á veces la carne propia para lograr desprenderse de tales ligaduras y emprender la espiritual ascension! ¡Descarnarse necesita el hombre, en cierto sentido, para que, libre de lastres, pueda volar su espíritu á donde tiene su verdadero centro é ideal! ¿Y quién presumió jamás poderse descarnar sin que le fuese esta operacion muy sangrienta y dolorosa? ¡Ay! Todo el vocabulario espiritual suena á eso, y no está en nuestra mano convertirlo para gusto de nuestro siglo en plato de miel y almíbar. Cortar perversas aficiones, extirpar hábitos viciosos, crucificar apetitos, mortificar sentidos, hé aquí una porcion de palabras que todas podrian trocarse en una: herir. Herir ó dejarse herir, bien con la espada del soldado que vence y subyuga al rebelde, bien con el agudo bisturí del operador que saja y corta lo podrido. Pero de todos modos herir ó dejarse herir; y herir donde más duele, herir en lo más vivo, herir con mano firme y sin compasion.

¡Ah! ¡Cuán dura se presenta esta ley de sangre, pero cuán bella y cuán radiante de celestial heroismo! ¡Tiene para las almas nobles su seduccion y su prestigio, mucho más que la molicie vil y que el corruptor regalo! ¡Cuánta y cuán hermosa santidad se ha labrado al filo y punta de estos cuchillos! ¡Cuántas y cuán vigorosas almas se han templado al calor de este fuego!

Por esto nuestro divino Salvador, pudiendo redimir y adoctrinar al mundo sin padecer (pues para satisfacer á la Justicia divina bastaba cualquiera de los más significantes actos de su vida de Hombre-Dios, y para ilustrar al mundo bastaba

la luz reposada de su santa palabra), creyó lo más oportuno redimirle y enseñarle padeciendo, ni quiso darle por cifra de su ley otro signo que el de la santa Cruz. Pues, como dice tan profunda como ingénuamente el candoroso autor del libro de la *Imitacion*, «si otro camino hubiera habido mejor que el de la santa cruz, ya Nuestro Señor nos lo hubiera enseñado.» Y era que conocia Cristo el desesperado combate que á cada uno de nosotros, con nosotros mismos y con el mundo, habia de costarle el seguir la perfeccion de su ley: por esto, aunque Él no lo necesitaba, quiso hacerse adalid de esta manera de pelear, porque lo habíamos de necesitar nosotros. Y como tomó la semejanza de pecador sin tener pecado, así quiso llevar en sí mismo las heridas de la batalla, áun pudiendo haber vivido sin batallar.

Vedle herido, desgarrado, acardenalado, lívido y sangriento todo Él; tan recia fué su pelea. No quiso entrar en su gloria, con todo y serle ésta tan propia, sino con tales trofeos de mártir y de soldado.

Miremos, pues, como dice el Apóstol, miremos á todas horas á Cristo, autor y consumador de nuestra fe, que pospuesto el goce se abrazó con la cruz y su ignominia. Los que vivís atribulados, la tribulacion es vuestro combate y es vuestra cruz; derramad aquí vuestra sangre y venceréis. Los que sentís agobiadora la fuerza de la tentacion, ésta es vuestra pelea y la pasion vuestra; sufrid aquí y luchad aquí y seréis coronados. Los que persigue y azota y vilipendia de mil maneras el mundo, aquí está el campo de vuestras hazañas; seguro es el lauro, no lo querais perder.

Como plaza fuerte que valeroso y leal capitan tiene obligacion de guardar para su rey y señor natural, así cada uno de nosotros es castillo de Dios, y antes debe permitir le hagan pedazos su cuerpo que entregar vergonzosamente la plaza al enemigo.

¡Al arma, pues, todo el mundo! ¡A no abandonar tan glorioso combate!

¡A perseverar firmes blandiendo las armas los que hemos sido honrosamente llamados á él! El combate es esta vida: la corona viene indefectiblemente despues.

XCV.

EL TRIUNFO DE LA FE.

Las verdades de fe deben probarse con argumentos de fe; el órden sobrenatural tiene su criterio sobrenatural, al cual deben subordinarse sus raciocinios.

Esto es tan evidente y práctico, como lo es que cada ramo de conocimientos tiene el criterio científico apropiado á su especial categoría.

Asi que no se raciocina en matemáticas ó física con las razones de órden moral que tanto pesan para el historiador ó el jurisconsulto; ni se miden las verdades en historia y jurisprudencia con el A + B y el compás, que dan tan infalibles resultados al físico y al matemático. Cada órden científico tiene su especial criterio científico, al cual y no á otro debe atenerse.

Nada hay, pues, tan evidentemente irracional como el racionalismo, que tiene la ocurrencia de exigir demostraciones humanas para lo que no es humano, y argumentos de razon natural para lo que no pertenece á la esfera de la razon natural y sí á la sobrenatural, ó sea á la de la Revelacion.

Es tanta, empero, la cognoscibilidad de las verdades divinas; es tal su aptitud nativa para ser alcanzadas por el humano ingenio para el cual han sido reveladas, que áun cuando éste se empeña en prescindir del medio apropiado que se le ha dado para conocerlas, que es la fe, lanzan todavía ellas tan vivos resplandores que bastan, sino para producir la formal certeza que sólo el acto de fe produce, para confundir al menos la voluntaria ceguedad del incrédulo que rechaza su luz.

Esto acontece estudiando todos los dogmas cristianos, pero más en particular en el augustisimo y venerabilísimo Sa-

cramento de nuestros altares, de que ¡oh lector mio muy amado! vamos á tratar hoy.

¡Sea ante todas cosas bendito y alabado El por todos los siglos de los siglos! Amen.

En efecto.

El misterio de Cristo nuestro Dios, presente en la santa Eucaristia bajo el velo de las especies sacramentales, tiene en su favor, además de las invencibles demostraciones de la divina Revelacion, una prueba de buen sentido, indiscutible, incontestable.

Es la siguiente.

Este misterio ha de ser precisamente de orígen divino, si es imposible que sea de orígen humano.

Más claro.

Si no lo pudo inventar el hombre, es forzoso que lo inventase Dios.

De otra suerte no podemos darnos explicacion alguna racional de cómo empezó á existir entre nosotros, y de cómo existe aún; ó sea de cómo se le pudo enseñar y de cómo se le pudo admitir.

Entremos en más amplia explicacion.

Es dogma éste universalmente enseñado por la fe cristiana, universalmente creido por todos sus discípulos, y por ellos universalmente respetado y entrañablemente querido.

Y sin embargo, humanamente hablando, debió ser imposible se le enseñase, imposible se le creyese, imposible se le respetase y amase.

Luego nos encontramos en frente de un hecho que no tiene humana explicacion.

Sólo puede, pues, tenerla divina.

De suerte que lo que llamarémos la humana incredibilidad de este misterio, en contraste con el hecho evidente de que ha sido siempre el más fina y firmemente creido, produce la conclusion irrefutable de que anda ahí la mano de Dios, para en él hacer patente el mayor y más autorizado triunfo de la fe católica.

Demos otra forma á la argumentacion.

Supongamos que á un impostor cualquiera se le ocurre para sus fines engañar á los pueblos con una farsa de religion.

Y que paro eso va compaginando un símbolo de arbitrarios dogmas y un código de caprichosos preceptos.

Lo primero que á ese embaucador le ha de ocurrir es que sus dogmas y sus preceptos sean humanamente *aceptables*.

Dado que en su mano está el escogerlos, escogerá naturalmente los que más fácilmente logren crédito entre la multitud, no los que le hayan de crear poderosas é invencibles resistencias. Nadie busca voluntarios obstáculos á sus empresas. Asi han procedido siempre los hombres, así proceden hoy dia, asi procederán.

Vamos ahora á nuestro caso.

Cristo Dios predica su Religion, y en tres años de incesantes correrías va desenvolviendo ante las asombradas turbas los puntos fundamentales de ella.

Uno de los dogmas que anuncia y que causa en sus oyentes mayor extrañeza es el de la santísima Eucaristía. Sus mismos discípulos murmuran al oírselo proponer, y dícense unos á otros con visible malhumor: «Dura cosa es ésta, y ¿quién puede sufrirla?» *Durus est hic sermo; et quis potest eum audire?*

Y sin embargo, no ceja el atrevido Maestro: vuelve sobre lo mismo, y en su última hora presenta la realizacion de este misterio como el acto más solemne de su despedida; lo entrega como la prueba más visible de su amor; lo recomienda como la manda más respetable de su divino testamento.

Atrevido fué el soberano innovador, y muy seguro debia de estar de su suprema autoridad sobre las inteligencias y corazones para empeñarse en tan despótica exigencia como mostrarles un pedazo de pan y decir que era su Cuerpo, y ofrecerles una copa de vino y decirles que era su Sangre.

Esto solo convence de que no obraba humanamente quien así obraba contra todo humano proceder.

Pero ¡qué! Si gran atrevimiento fué exigir de la humana altivez tan rendido vasallaje, gran victoria fué obtenerlo como lo obtuvo. Esto acaba de patentizar lo divino del caso.

A ningun dogma se humilló con más rendido amor la altiva inteligencia del hombre que á éste en que parecia más imposible la obediencia.

Ante aquel Pan y ante aquel Vino transubstanciados dobló á no tardar ambas rodillas el mundo gentil ¡oh maravilla! con sus filósofos y poetas, con sus príncipes y emperadores, con su pueblo infinito como las arenas del mar.

De las sombrías catacumbas en que alentó este Sacramento la firmeza de los Mártires, en que fué consagrado alguna vez sobre el pecho destrozado de alguno de ellos, en que fué enviado envuelto en limpios cendales á la cárcel ó á la misma arena del combate; desde esas mismas sombrías catacumbas en que fué ofrecido y distribuido á la luz de las lámparas y antorchas que alumbraban los sepulcros de los confesores de la fe, pasó á las suntuosas basílicas de Roma y Constantinopla, y fué mostrado al pueblo en cálices y custodias de oro, y recibió el homenaje de los propios perseguidores.

Desde entonces el mundo todo está lleno de la gloria del santísimo Sacramento.

Todos los dogmas de la fe han sido combatidos por la herejía, pero éste menos que todos. Todos han sido ardientemente queridos y venerados por el pueblo fiel, pero éste con singular preferencia.

Cristo Dios ha sido amado en su pesebre y en su cruz y en su sepulcro y bajo todos sus aspectos y denominaciones, pero las finezas mayores de su criatura las ha recibido en este Sacramento de su inefable amor.

Hoy mismo la densa atmósfera de incredulidad que todo lo invade y todo lo domina parece haberse detenido al rededor del sagrario de Cristo sacramentado. En torno de él, diríase, se respira todavía el puro ambiente de fe y de entrañable piedad que le rodeó en todos los siglos. La blasfema boca del impío que desde el polvo vil de su arrogante pequeñez escupe al cielo, parece que se encuentra sobrecogida y amedrentada ante los místicos resplandores con que envuelve la solitaria lámpara de nuestros templos el tabernáculo humilde de nuestro sacramentado Dios.

Parece ha querido hacer aquí Dios ostentoso alarde de su fuerza y poder, por los medios que más opuestos podian creerse á tan soberano objeto.

Para avasallar las inteligencias, lo más incomprensible á

la razon. Para atraer los corazones, lo de más sencillas apariencias. Para imponer respeto, lo de uso más comun y vulgar.

Y todo esto ha logrado.

Sin humanas razones, rendir las humanas inteligencias. Sin estudiado aparato, hacerse suyos los corazones. Sin menoscabar su dulce familiaridad, granjearse el respeto.

¡Ah! Es obra de Dios. Creámoslo, porque Él lo dice, que tratándose de Dios esto solo debe bastar. Mas creámoslo tambien porque con tales rasgos lo prueba. Es esta la fisonomía de todas las cosas suyas.

No pueden ser más que operaciones divinas, las que tanto se apartan de todo humano proceder.

Creamos, pues; amemos y veneremos. Seamos devotos del Santísimo Sacramento.

La devocion al Santísimo Sacramento no es como las demás devociones, de las que más ó menos se puede en rigor prescindir, si se exceptúa, en cierto sentido, la devocion á la Vírgen Santísima.

La devocion al Santísimo Sacramento es más que todas estas devociones. Es devocion esencial y fundamental, es una devocion-obligacion. Como no se puede vivir sin materiales alimentos en la vida material, así no se puede vivir sin éste en la vida del alma.

¡Creamos, pues, en el Santísimo Sacramento! ¡Amemos, pues, al Santísimo Sacramento! ¡Veneremos y adoremos, pues, al Santísimo Sacramento!

Un dia al año es en especial su gran dia, y en él se muestra como en su lleno el triunfo de la fe de que estamos hablando. El gran dia de *Corpus*. En él pasea nuestro Rey las calles de sus ciudades, villas y aldeas, haciendo bello alarde de cómo por tan extraña manera ha sabido este soberano Conquistador rendir las inteligencias y hacerse suyos los corazones. *Regem dominantem gentibus* le llama el majestuoso Oficio que para honrarle compuso el gran Tomás de Aquino, y tiene razon. Nunca se ostentó su universal dominio con tan serena y á la vez tan esplendorosa majestad. A la vanguardia de su magnífico cortejo solemos poner en España monstruosas figuras ó simbólicos personajes. Repre-

sentan la duda, el error ó la impiedad ahuyentados por la presencia del soberano Rey, y en su obsequio condenados á servirle de batidores y despejavías, así como de juego y de diversion á los chicos de nuestro pueblo. La Hostia santa es llevada por calles y plazas entre filas de encendidas luces y de encendidos corazones. A sus piés se extienden como improvisado tapiz la retama de nuestros campos y las banderas de nuestros ejércitos. A su paso rompen las músicas y ruge el cañon de la fortaleza. Nubes de incienso, cantos de admirable poesía, lluvias de flores, invisibles efluvios de adoracion circundan sin cesar el ondulante dosel de seda y oro que cobija como movible tienda de campaña al adorable Triunfador. La ciudad como la aldea se visten de gala y fiesta; se ve cierto, como ha cantado un piadoso poeta, que

De donde nace el sol á donde muere
Un nuevo Sol de amor hoy se levanta;
¡No hay latitud donde Jesús no impere!
¡Do quiera resplandece la Hostia santa!

¡Ah! ¡Decid si no es este el triunfo más espléndido de la fe! ¡Decid si no hay aquí un testimonio evidente, irrefragable, de que es esta victoria la victoria de todo un Dios!

¡Ah! Sea, sea para siempre bendito, alabado y glorificado el Santísimo Sacramento.

XCVI.

LA VEJEZ DEL INCRÉDULO.


OMPASION me da, pero muy de veras, el incrédulo infeliz. Y no sólo por su alma, cuyo eterno destino se malogra él mismo con su desdichada incredulidad, sí que áun por el bienestar de esta vida, cuyos únicos consuelos verdaderos son los que proporciona la Religion.

No, hermano mio; no te trae cuenta ser impío y descreido; ni para aquella tu felicidad de la otra vida, que es la que más importa; ni para tu presente felicidad temporal. Mejor se vive creyendo y amando y practicando fielmente lo que se cree y se ama: mejor se vive, áun prescindiendo de que mejor se muere. En toda edad, así en la juvenil y moza, como en la viril y madura, como en la decrépita y encorvada ¡ay, amigo mio! ¡mejor es creer! sí, ¡mejor es creer!

Mas sobre todo en la vejez, en la fria y descarnada vejez ¡oh entonces! es lastimosa y miserabilísima la condicion del hombre sin fe.

La juventud tiene sus falsas excusas que si no disculpan, explican por lo menos, el grave mal de la irreligion. Las pasiones son orgullosas y se resisten á toda imposicion y á todo freno. Son en cambio ardientes y llenan en algun modo el corazon y no dejan sentir tanto el desconsolador vacío. La ambicion, la codicia, el amor, se les figura á los jóvenes que bastan ellos solos para llenar y para satisfacer toda su existencia. Ni más anhelan, porque les parece ¡infelices! que ni más necesitan. Es verdad que esto es ilusion y sueño, pero embriagan tambien á ratos el sueño y la ilusion, más tal vez que las vivas realidades. Y mientras dura tal embriaguez, se es feliz á su modo, siquiera sea efímera y falaz como espuma tal felicidad.

No disculpa esto los extravios y errores de la juventud, pero los explica y los hace comprensibles al ojo observador y conocedor de las flaquezas del corazon humano.

Lo que no se comprende ni se explica es la incredulidad en el invierno de la vida, el corazon sin fe y sin Dios bajo las nevadas canas de la vejez.

¿Y hay incrédulos á esta edad? podria uno preguntarse con asombro. Sí, por desdicha los hay. ¿Quien no los encuentra todos los dias?

Declárolo ante Dios. De cuantas miserias morales he tenido que presenciar y compadecer, ninguna me ha horrorizado como ésta, ninguna como ésta ha hecho estremecer mis fibras con tan extraño pavor: Ver un hombre, á quien todo abandona ya en este mundo, á quien va á tragar dentro pocos meses ó dias el abismo de la eternidad, y que sin embargo... nada cree, nada espera.

¡Qué horrible desierto, qué seco arenal debe de ser el corazon de este hombre, me he dicho mil veces al dirigir mi mirada á esas negras honduras del alma de un viejo sin Dios! ¿Qué le consuela á ese infeliz? ¿Qué ideal le ilumina? ¿Qué esperanzas le sonrien? ¿Qué mano le apoya en estos sus últimos vacilantes pasos? Nada de los encantos de la vida, porque el desengaño los ha marchitado ya. Nada de lo porvenir, porque la vejez le tiene cerrados todos los horizontes, si no le abre la fe los del órden sobrenatural. Los viejos, por respetable que sea por cualquier título su ancianidad, son ruinas humanas y nada más. Ruinas de algo que fué, pero que empieza ya á no ser; ruinas que el tiempo cruel va acabando de desmoronar; ruinas que la muerte acabará de borrar con su helado soplo de sobre la faz de la tierra. Esas tristes ruinas cuando hay fe, ¡las cubre y abraza tan amorosamente con sus flores la Religion! ¡Las dora con tan hermosos resplandores la luz de la otra vida! Llegan á ser bellas estas ruinas así vestidas é iluminadas, bellas como una hermosa puesta de sol; que ocasos hay de tan espléndida magnificencia como las más brillantes auroras. Por lo cual, así como se ha dicho que aunque para nadie hubiese Religion debiera haberla para los pobres y atribulados, así podria muy bien decirse que áun cuando en ninguna otra edad de la vida fue-

se indispensable el tener fe, la vejez, sin embargo, no podria pasarse sin ella.

¡Y hay no obstante viejos desdichados que no la tienen! ¡Hay todavia incrédulos en la vejez! Imposible parece, pero es la verdad.

Tú, hermano mio, que en tan dolorosa situacion te encuentras ya, ó te vas muy luego á encontrar, escucha esta palabra de amigo que me envia á decirte el mismo Dios. Es esta quizá su última gracia, es esta quizá la postrer aldabada que da á tu endurecido corazon.

Vas á morir. O mejor, sólo te falta acabar de morir, porque en realidad muerto estás ya á casi todas las cosas que en el mundo encantan y engañan. ¿Amigos? uno tras otro los fué robando de tu lado la muerte. ¿Parientes? mira qué fué de la generacion que pocos años atrás se sentaba á tu rededor; nuevos rostros han sucedido á los antiguos, eres casi un forastero en tu propia familia. ¿Ambicion? no puedes ya acariciarla, porque otros nombres ocupan la fama; la fortuna prodiga solo sus halagos y sonrisas á la juventud. ¿Dinero? cuenta y recuenta bien y guarda cuidadosamente el que atesoras, no tardará en regocijarse con tus talegas un más venturoso poseedor.

Todo se aleja de tí con veloz huida, todo te abandona, infeliz; sólo te résta cruel y desapiadada la sepultura.

¿Qué ves en el fondo de ella? ¿La nada por única esperanza? Menos desdichado fueras, amigo mio, si de eso te pudieras persuadir. Quisiéraslo, pero no lo consigues: tu incredulidad criminal es más de deseo que de conviccion. Te basta para cerrarte las consoladoras esperanzas del cielo, eso sí; pero no para quitarte el horrible presentimiento de una eternidad desventurada.

No vale que cierres los ojos para no ver el tenebroso abismo á que te llevan los años, como es llevado el tren á la boca del túnel que le es forzoso atravesar. No vale que cierres los ojos, que estas cosas ¡ay! se ven más á oscuras y á ojos cerrados que en medio de cien reverberos de gas ó de electricidad. La luz material distrae el ánimo de tan graves pensamientos, pero la noche reposada y silenciosa los vuelve á traer con persistencia tenaz.

Dirige á donde quieras la inquieta mirada: por todas partes se va á la eternidad, es cierto; camino de ella son todos los caminos, verdad es; pero la vejez es una pendiente por donde se resbala á ella con rapidez sin igual. Puédese morir en la juventud, puédese morir en la edad viril; pero en la vejez, no sólo se puede, sino que se debe ya morir. Para el jóven la muerte es un peligro siempre en perspectiva, para el viejo es ya la única presente realidad. De viejo no se pasa, dice un terrible dicho vulgar. La vejez, añade otro, es enfermedad de suyo mortal, de la que ningun médico supo curar jamás.

¡Qué espanto! Saber esto, verlo realizado cada dia, conocerlo ya en sí mismo por propia experiencia, y, sin embargo, dormir confiado sin preguntarse ¿que será mañana de mí?

¡Qué horror! ¡Sentir que va faltando el terreno bajo los piés, que se nos hunde como base falsa el suelo que pisamos, que va subiendo la marea hasta casi ahogarnos ya la respiracion... y no obstante, no querer abrir los ojos á la única cosa cierta y positiva entre tantas engañosas, no querer agarrarse á lo único firme y seguro, á lo único que ofrece apoyo, cuando todo lo demás ya no lo puede dar!

Animo, pobre viejo, resuélvete de una vez. No se puede á tu edad ser ya más que cristiano y buen cristiano. Has visto ya, has palpado cuanto pudo el mundo dar de sí; el corazon te lo dice á cada instante: vanidad de vanidades y todo vanidad. Cree, ama, practica, espera.

¿Cómo? me preguntarás tal vez.

Oyelo bien.

Queriendo creer, se cree: queriendo amar, se ama: queriendo practicar, se practica: queriendo esperar, se espera.

Todo, por supuesto, con el auxilio de Dios, que prometido lo tiene y por su parte no faltará.

Queriendo creer, se cree. Empieza por querer, pidiéndolo humilde y fervoroso á Dios; separando de tu lado los falsos amigos que tal vez mantienen en tí necias y ridículas preocupaciones contra la Religion; arrojando resueltamente á las llamas libros y folletos y periódicos que tal vez legó á tu ancianidad una juventud poco escrupulosa; limpiando el cora-

zon de cualquier asquerosidad é inmundicia de costumbres que tal vez se anide todavía en él. Así es como se ha de querer creer, para quererlo de veras, y así se logra. El corazon limpio y humilde es la primera condicion para que en él reverberen los rayos de la fe, que no es sino un reflejo de la luz del cielo. A los sucios y orgullosos no la comunica Dios. Quiere, amigo mio, quiere de esta manera, y creerás. Más fácilmente sube la fe del corazon á la inteligencia, que no baja de la inteligencia al corazon. Este, amigo mio, es el camino usual de la fe. De este modo se cree, cuando se quiere creer.

Queriendo amar, se ama. Busca para tu corazon la atmósfera suave y reposada de la verdadera piedad; háztela familiar, así como tal vez te es hoy absolutamente desconocida; ya verás como no tardas en enamorarte de ella. La vida de fe y de virtud espanta á primera vista á quien sólo de lejos la vió, y no sabe de ella más que las falsas descripciones de sus enemigos. Es dulce la piedad conocida y tratada por experiencia, tanto como la representan enojosa y huraña sus vilipendiadores. ¡Ah! Estos por fortuna están demasiado interesados en pintarla fea. Hazte, pues, familiar la piedad, acudiendo á beberla en los libros ascéticos, en las vidas de los Santos, en el trato discreto con personas espirituales, y sobre todo pasando un buen rato cada dia en presencia de Cristo Sacramentado. Se aprende á hacer estas cosas, haciéndolas; como á hablar aprende el niño, hablando. Y ¿qué es el alma más elevada en la perfeccion sino un niño balbuciente que ensaya con Dios los primeros tartamudeos de una infantil conversacion? ¡Ah, niño anciano! Rompe, rompe á hablar con tu Dios; ya verás como se te suelta luego á eso la lengua desacostumbrada, y como despues no acierta á dejarlo ni un instante el corazon.

Queriendo practicar, se practica. ¡No puedo! dice con pesar y congoja el perezoso. Este ¡no puedo! no significa lo que suena; significa ¡no quiero! No es tan pesado el yugo de la ley divina, que su mismo Autor llamó carga ligera. ¿Qué esfuerzo tan poderoso se necesita, di, para llevar á los labios una oracion, para dirigir al templo los pasos, para tener en santa modestia los ojos? ¡Ah! ¡que muchas veces es más di-

fícil y costoso el vicio que la virtud, y exige más duros sacrificios! Sobre todo, considerando que para ser bueno y vivir y morir como correcto cristiano un simple fiel, ni se le piden los rigores de la Trapa ni los árduos empeños del Jesuita ó de la Hermana de la Caridad. La vida cristiana no es en el fondo más que la vida comun honrada, pero santificada con el sello de la Religion y vivificada con el pensamiento de Dios y de la vida eterna.

Queriendo esperar, se espera. A los diez años se espera tener veinte para acabar una carrera: á los veinte se espera tener treinta ó cuarenta para tener adquirida una posicion: á los cuarenta se espera la vejez para reposar de cuidados y fatigas. Esta es la historia del hombre, esta su perpétua ilusion, esperar siempre. Mas cuando ya viejo, ¿qué puede esperar si no procura alentar en su alma las esperanzas del cielo? Esta esperanza, cierta, real, positiva, es la que debe sustituir en el viejo á las efímeras ilusiones de la juventud. Las ilusiones le han querido hacer hermosa la vida engañándole; las esperanzas del cielo han de hacerle bella y consolada la muerte, ofreciéndole despues de ella la única verdadera felicidad. La vida que se le escapa de las manos, con esto mismo le está convenciendo de que no es verdadera vida. La otra en que va á entrar, aquella es la única que le convida á eterno vivir. Y basta quererla, basta de corazon desearla, basta con anhelo buscarla, basta con humildad pedirla. ¡Ah! pobrecito viejo que has llegado despues de peripecias mil á las playas inciertas de la otra vida! Mira el faro de la fe, que no hay sino éste que alumbre tan escabrosas costas. No hay otra luz que aquí pueda guiar para un desembarco feliz!

¡Ilumine Dios con ella al alma desventurada que ha querido prolongar hasta los dias tristes de la vejez su voluntaria ceguera!

Viejo sin fe, que sin ella has tenido la desdicha de vivir! ¡No quieras al menos sin ella tener la horrenda desventura de morir!

XCVII.

¡ESOS TEATROS!

o voy al teatro, gracias á Dios; pero soy constante lector de carteles, anuncios y revistas dramáticas, y estoy enterado de todo eso como el que más. Le sigo el curso á esa enfermedad reinante, como se la siguen á un enfermo de cuidado un médico ó un amigo observador. Ciertas cosas, además, las ve menos, mucho menos el que anda revuelto entre ellas que el testigo imparcial que las estudia desde alguna distancia. No se me empiece, pues, á declarar incompetente para hablar de teatros porque no se me ve en ellos. En el mismo teatro mejor juzga de la funcion el que la mira desde la platea ó galería, que el mismo que sale á representar en la propia escena. Espectador soy, pues, como cualquier otro, de ese espectáculo tristísimo que nos están dando las costumbres presentes, y voy como á tal á dar mi libre, franca y desapasionada opinion.

Digo, pues, y sostengo que cristianamente hablando (que es como me parece hemos de hablar siempre los cristianos) á los teatros de hoy no se puede ordinariamente concurrir.

Allí muchas veces abiertamente se panegiriza al vicio. Desafío á todos los padres honrados que llevan sus esposas ó hijos á oir tal apología, á que me permitan decirles en prosa comun y casera lo que en sonoro verso ó en fascinadora música les dicen allí la dama ó el galan. De seguro no me conceden tal libertad, y harán perfectamente. Y si me la tomo sin pedirles permiso, de seguro me echan ignominiosamente de su tertulia ú hogar, y lo tendré muy merecido. ¿Cómo, pues, honrados padres, llevais á la familia á oir de labios de cómicos y cantantes lo que de los mios no la permitiriais escuchase? ¿Es que allí se lo dan en verso? Pues por esto halaga y seduce más. ¿Es que se lo cantan en bue-

na música? Por esto hiere más profundamente el corazon. ¿Es que se presenta adornado con espléndidas decoraciones? Por esto produce más viva ilusion y se graba más en la memoria. Más claro. Lo que es malo fuera del teatro, es cien veces malo, mil veces malo dentro de él; cuanto son cien veces y mil veces más poderosos los recursos que allí ha reunido el demonio de la seduccion.

Y áun cuando alguna vez no se haga allí explícita tal apología, hácese indirectamente, por medio del colorido simpático y arrobador con que se idealizan en la escena las humanas pasiones, ó digámoslo mejor, las humanas ignominias. Es indecible el poder que tienen las artes para embellecer (no con belleza real, sino con postizo afeite) hasta lo más inmundo. El asesino, el bandolero, el ambicioso, la mujer perdida, puede llegar á hacerlos interesantes y simpáticos un poeta dramático que medianamente conozca los recursos de su profesion. ¿No lo veis? ¿No veis, una vez allí, lo que aplaude como un loco, como un ebrio, el pobre pueblo, y lo que apostrofa tal vez con vilipendios y sarcasmos? ¡Fuerza poderosa de la ilusion teatral! Nadie en casa quisiera por madres ni por esposas ni por hermanas á aquellas heroinas del mundo de carton, y no obstante allí se vuelven locos, se hacen tontos por ellas hasta los más sensatos. Negad la verdad de esta reflexion. Negad de consiguiente el fascinador poderío de la ilusion teatral que tan fácilmente os vuelve ¡oh padres graves! los sesos del revés. Y lo que en vosotros tal efecto produce ¿ha de ser inofensivo para el candor de vuestras hijas, para el apasionado é inexperto corazon de vuestros hijos? Corrosivo les dais á beber, aunque muy finamente elaborado, pero corrosivo al fin. No tardará en quemarles las entrañas, ó por lo menos en secárselas para todos los nobles y legítimos afectos. Las calentúrientas emociones del teatro, como las de la novela, han ajado y marchitado más corazones, que flores ajaría en nuestros jardines el más abrasador viento del Africa central. Es milagro de Dios como hay alma jóven que resista á esa devoradora fiebre de la ilusion que en tan doradas copas se la convida á beber, y á que ella con tanta ansiedad aplica sus labios ardorosos. Calmantes necesita la apasionada edad juvenil, no nerviosos estimulan-

tes; aguas frescas y puras, no licores alcohólicos que encienden más que apagan la sed.

¡Buen educador de jóvenes y doncellas es en este concepto el teatro de hoy! ¡Y no obstante en él se forma y se nutre la generacion presente, y así sale ella! Sobre todo las delicadas muchachas, cuando las veo entrar en el teatro, figúraseme, siguiendo la comparacion arriba dicha, verlas entrar en una taberna á beber para su regalo un vaso de *cognac*. Que eso y algo peor es para los corazones (para los femeninos sobre todo) la mayor parte de nuestra actual literatura dramática. Aguardiente literario y nada más.

—Jactarse puede el teatro, me direis, de que tambien se dan á veces en él funciones muy sanas y de gran moralidad. No habrá, pues, siempre el peligro de corrupcion que tanto ponderais, antes bien será entonces el teatro lo que se ha llamado, escuela de las costumbres.—

Así me objeta una porcion de mis amables lectores, y tal vez más fácilmente un buen número de amabilísimas lectoras, que esas suelen por desdicha sentir más que nadie la pasion del teatro, sin duda porque son las que más daño pueden recibir de él. Con lo cual y con repetir muy mucho aquello de «la escuela de las costumbres,» dicho, refran ó tontería que en su dia tuvo gran autoridad y que hoy ha perdido bastante, tiénese ya lo suficiente para que se dén por contestadas todas las razones y áun por reducidos al silencio todos los remordimientos.

¡Ah, sí! ¡con que el teatro es á veces escuela de costumbres! Demasiado lo sabemos. Escuela de costumbres es; sólo falta que sea de costumbres buenas.

Alguna vez, reparadlo bien, alguna vez se truena en el teatro contra el vicio y se canta la hermosura de la virtud. Luego eso no es lo acostumbrado y corriente allí; sino sólo lo extraordinario y excepcional. Luego lo corriente y ordinario en el teatro es que salga en él favorecida toda inmoralidad, y maltrecha y apaleada toda verdadera honradez cristiana. Y si lo corriente y comun es eso, lo corriente y comun es que el teatro es malo: y síguese de ahí que malo debe siempre llamarse el teatro, porque las cosas y las personas no se juzgan en buena lógica, por lo accidental y excepcional que

ofrecen, sino por lo que es en ellas ordinario y comun. *A majori fit denominatio*, dicen los filósofos, y muy claro es el latinajo para que me entretenga en daros traduccion de él.

Luego no haceis bien en tener por amigo al teatro, como no hariais bien en tener por amigo á un hombre que usualmente os diese perversos ejemplos y perversa conversacion, por más que alguna vez, por rara casualidad, hiciese una que otra obra buena.

Pero haceis bien en decir que esto sucede «alguna vez,» porque realmente el caso es notable y digno de toda atencion, por lo mismo que raras veces se da. ¡Ay de la mujer de quien se pregona mucho muchísimo una accion honrada! ¡Señal cierta de que se le ven pocas á la tal mujer, cuando tanto se la admira por una cosa que nadie debe tener sino por muy llana y natural y propia de todas las mujeres decentes! Hé aquí lo que me ocurre cuando oigo poner en las nubes la moralidad de una pieza dramática. ¡Qué rara debe de ser la honradez en el teatro, cuando tanto se pondera el que se dé una pieza honrada en él!

¡La moralidad de las piezas dramáticas! He leido las mejores que en este concepto se han publicado de algunos años para acá. Alguna hay que es verdadero tratado de moral dialogada, y ofrece elevados conceptos que no desdeñaria un buen predicador. Pero ¿creeis que basta eso para que pueda llamarse moral el teatro, áun los dias ó noches en que se da en él tal funcion?

Nada menos que eso. Aquella hermosa moral se queda con su hermosura en las páginas del librito en que la estudia el actor, pero de eso no pasa ni puede pasar. Está condenada á ser moral estética, ó moral teórica, ó moral platónica, ó como querais; nunca moral práctica, moral eficaz, que es lo que debe ser para que sea moral verdadera. Quedaráse siempre moral en buenos versos, sin pasar jamás á ser moral en buenas acciones.

¿Por qué?

Muy sencillamente: porque es moral desautorizada, y por tanto sin ninguna influencia sobre el corazon, por más que un momento levante en él fugaz llamarada de nobles sentimientos y obligue á las manos á palmotear. Todo el efecto

de un rasgo moral predicado en el teatro puede reducirse á ese palmoteo, que honra, es verdad, el mérito del autor y el buen sentido de los espectadores, pero que es impotente para enfrenar una pasion, ó para imponer un sacrificio á la voluntad. Moral de efectos pintados, como los edificios, selvas y montañas de carton y tela que en el teatro ofrece la habilidad del escenógrafo. Moral que no sirve para el uso humano, moral de pura y simple decoracion.

Porque lo primero en la moral para su eficacia es la autoridad. Y vuestra moral, oh moralistas de comedia, es, repito, una moral desautorizada.

Sí, señor; desautorizada casi siempre por su origen. Porque raro es el autor dramático á quien se debe alguna obra de estas *morales*, que no tenga escrita alguna ó algunas de dudosa ó perversa moralidad. Y cuando se oye de él aquel rasgo hermoso que anatematiza el vicio ó recomienda la virtud, la memoria indiscreta suele traer luego algun otro en que se hace la inversa. Y el corazon no se corrige entonces, sino que se ríe de aquel pobre diablo que viene entre carne y carne remedando el papel de austero predicador.

Desautorizada por el medio: tales máximas de elevada virtud, de angelical pureza, de austera severidad, suelen proferirlas en el teatro labios que de todo suelen tener, menos de puros y severos y angelicales. Aquella dama, en quien se personifica hoy la inocencia ó el sacrificio, representó ayer con los más vivos colores una inmunda pasion: aquel actor, hoy rígido y catoniano, salió ayer á ruborizar el rostro de los menos escrupulosos con sus dichos y hechos de calavera. ¡Qué buena está la moral y la virtud en tales labios! ¡Qué efecto *práctico* le ha de producir al corazon la moral de tan divertidos moralizadores! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Te conozco, pura é ideal *Consuelo* en el drama de Ayala! Ayer fuiste la corrompida *Violeta* en el de Alejandro Dumas. ¡Te conozco, respetable predicador de virtudes en *La campana de la Almudaina!* Hace poco te ví venenosa caricatura del hábito religioso en *Cárlos II el Hechizado*. ¡Pobres máscaras de moral! ¡Pudiéseis siquiera cambiar cara y voz como cambiais trajes y papeles! Fuera menos ridículo el contraste, y más posible la moralizadora ilusion.

Por otra análoga razon es tambien desautorizada tal moral, esto es, por el sitio. Desengáñense los moralistas de teatro. Nadie va allá para convertirse, sino para solazarse un rato. Se entra ya con esa prevencion, y una vez dentro, todo ayuda á ella. Pinturas, trajes, conversaciones, conspira todo á un fin; á que se dé un rato de *expansion* al oyente, y no á que se le dén ejercicios espirituales ni mucho menos. Y cuidado con tales expansiones, que no suelen parar más que en ensanches de conciencia.

En tanto es así, que conversiones se han visto de muchas clases y de varias formas en la Iglesia de Dios, que en esto es variadísima la divina gracia hasta donde no es posible imaginar. A uno convirtió una muerte repentina de un amigo, á otro un cruel revés de fortuna, á éste una página de las que hablan al corazon, á aquel la suave influencia de un hijo ó de una esposa, al de más allá la misma saciedad y aburrimiento de los humanos placeres. Mas á nadie he leido ni he oido decir que convirtiese una representacion teatral, por pretensiones que ésta tenga de grave, ascética y moralizadora. No, no: nunca escoge tal sitio para campo de operaciones suyas la gracia de Dios, que tan extraños sitios para eso ha querido á veces escoger.

¿No habeis reparado ¡oh fieles del teatro! que cuando se os ha dado en él funcion de cierta gravedad, que os ha puesto por un momento serios y cariacontecidos, se os sirve luego como postres de fiesta una pieza ligera y verdosita, ó un baile arremangado y escotado, que os desarrugue el entrecejo y os alivie el mal humor? ¡Vaya! Seamos francos de una vez. Esta es la moral práctica del teatro, áun la que se llama la buena moral suya; ésta y nada más. Nunca ví yo saliesen de allí los fieles llorosos y compungidos, por muy séria y sentimental que haya sido la funcion. Alegres y retozones, eso sí. Y más de lo que conviene.

Con que, creedme, amigos mios, creedme; no vayais al teatro, ni lleveis allá á las almas que quereis bien.

XCVIII.

EL CRÍMEN DE MUCHOS HOMBRES DE BIEN.

Las faltas de omision son á veces muy graves faltas, y no de menor trascendencia que muchos actos positivamente criminales.

La omision no tiene por disculpa el oscurecimiento producido en el entendimiento por una pasion violenta; su única excusa es por lo comun la más fea, la más miserable, la más irracional de todas las flaquezas: la pereza.

La pereza, colocada en último lugar en la escala de los pecados capitales, es en cierto modo el extremo opuesto á la soberbia, que ocupa el primer lugar.

Porque la soberbia es la usurpacion audaz de la gloria divina, y al revés la pereza es la imitacion de la más innoble de las cualidades de la materia, la inercia.

Más aún, es, como dice no sé dónde nuestro esclarecido Balmes, una tendencia al no ser, á la nada.

El hábito de la pereza y de la omision se llama indolencia ó apatía, vicio que considerado bajo su aspecto religioso y social me propongo sacar hoy á pública vergüenza para saludable escarmiento de los que de tan ruin enfermedad se sintieren aquejados.

La indolencia ó apatía es la negacion de la noble actividad que debe agitar constantemente las facultades de nuestra alma; es el adormecimiento, ó mejor el letargo mortal de sus más nobles aspiraciones: tiene puntos de terrible analogía con el suicidio.

Por ahí empezará á comprenderse algo del epígrafe que he colocado al frente de este librejo. La indolencia suele, en

efecto, ser el crímen de muchos hombres de bien en las circunstancias calamitosas.

Cuando sopla desencadenado el huracan de las malas pasiones, cuando á los redoblados golpes del hacha revolucionaria van cayendo destrozadas pieza á pieza instituciones, costumbres y creencias las más venerandas, ¡oh! entonces la apatía de los buenos es el primer auxiliar con que cuenta la conjuracion de los malvados; es ella el primer cómplice suyo en las públicas desventuras, y por consecuencia indeclinable y nunca desmentida es ella tambien la primera víctima en que suele descargar sus enojos la ira vengadora de un Dios terriblemente justiciero.

Divídense en tres clases los apáticos ó indolentes.

Pertenecen á la primera los hombres que, ó por falta de instruccion, ó por cortedad de talento, no alcanzan á hacerse cargo de la gravedad de los males que les rodean.

Son seres humanos que viven inconscientemente la vida de los vegetales. Nuestro siglo de agitacion y de luchas paréceles ni más ni menos que otros siglos de paz octaviana, ó mejor, nada les parece acerca de esto, de lo otro ó de lo de más allá.

Nacer, vivir y morir, hé ahí su historia. Llamemos á estos, indolentes por ignorancia.

Pertenecen á la segunda clase los distraidos.

¿Qué se le da á mi amigo D. Luisito del protestantismo, del socialismo, de la Internacional, ni de tantas otras cuestiones de interés público, nunca llamadas con más propiedad que hoy, candentes ó palpitantes?

Denle ricos vegueros que chupar y sastre de clásica tijera que cuide de su arreo. Pondrále pleito á su padre y divorcio á su mujer por el *do* de pecho del tenor ó por el *sí bemol* de la *prima donna,* y romperále los cascos al atrevido que no convenga en sus apreciaciones *artísticas* sobre el mérito de la bailarina. De todo esto se preocupa mucho mi D. Fulano. En cuanto á lo demás que trae revuelto y alborotado el mundo, no daria por ello dos cominos.

Este es el indolente por frivolidad.

Al tercer grupo (sobre este hay que fijarse) pertenecen los hombres de buena voluntad y de flacas obras; ojalateros, en

expresion de uso vulgar y profano; quejumbrosos, lloradores, incapaces de toda otra cosa que no sea su eterna lamentacion y abrumador lloriqueo.

A éstos os los encontrais á cada paso en el casino, en el paseo ó en la visita, y os detienen, y os agarran de las solapas del chaleco ó de la levita, y os dicen con imponderable amargura de su corazon: «Estamos mal, señor mio, muy mal, rematadamente mal. Ya ve V., ¡qué periódicos! ¡y qué ideas! ¡y qué juventud! ¡Y las masas, ¡oh! las masas! es inminente, inevitable una conflagracion general, el socialismo, la *Commune*. ¿Qué está haciendo Dios que tal consiente? ¡Uh! ¡ah! ¡oh!

—¿Y qué hace V., D. Jeremías? hube de replicarle yo dias atrás al dolorido personaje que acabo de presentar en escena. ¿Qué hace V. más que asordar á los cielos con estériles gemidos? ¿Ha olvidado V. que nuestros mayores con ser católicos de lo fino tuvieron en su lenguaje corriente refranes como estos: ¡Ayúdate y te ayudaré! ¡Fíate en la Virgen y no corras! ¡A Dios rogando y con el mazo dando!

—¡Si querrá V. que á mi edad y con mis achaques las emprenda yo con un fusil para conservar el órden y me convierta en otro Roldan por estos montes y llanos de Dios! Pues, digo...

—Cierto que no; mas puesto que las ideas malas con ideas buenas se combaten, ¿por qué no ha de ser V. un soldado como cualquiera en otras más pacíficas campañas?

—Pues hágole saber que no sirvo más para literato que para militar. Porque aquí donde V. me ve, señor mio de mi alma, no tengo más libros que los de mis entradas y salidas, ni otras letras conozco que las de cambio. Y toda la ocupacion de mi vida y mi principal anhelo fueron hacerme con un capitalito decente, que esa me pareció ser la más sábia de todas las filosofías despues de la servir á Dios. Nada me va, pues, á mí con esas ideas ó disparates, que dijo V. poco há. ¡Con que, si ha de ser el hijo de mi madre quien se meta á reformador del siglo, medrados estamos!

—Pues, no otros que V. y el hijo de su madre y los hijos de todas las madres han de andar en este negocio. Oígame V., Sr. D. Jeremías, óigame V., y á su buen sentido de-

jo el apreciar la fuerza de mis razones. No es V. valiente ni mucho menos, ni es V. sabio ni escritor ni periodista; pero es V. rico, segun parece; y tiene V. en la sociedad el prestigio y la influencia que da siempre la posesion de un buen caudal. Dos medios tiene V. poderosísimos que poner al servicio de la verdad: su dinero y su ascendiente moral.

Veamos lo primero.

¿Tan difícil le ha de ser á V. invertir el uno, el dos, el tres ó el cuatro por ciento de sus rentas en favorecer la propaganda de la verdad y del bien, que cierto necesita hombres de talento, pero tambien hombres de dinero?

Católicos decididos se lanzaron desde la revolucion acá á la creacion de escuelas dominicales y nocturnas con más sobra de buena voluntad que de recursos pecuniarios; ¿qué cantidad da V. semanal ó mensualmente para el sosten de este semillero de buenos ciudadanos? ¿Por qué no aplica V. algo de su caudal allí donde tantos otros aplican su pobreza, su actividad y sus pequeños ratos de ocio? Pues sepa que el dia que V. y ellos hayan logrado formar segun la ley de Dios el corazon de un centenar de niños ó de muchachas, aquel dia le habrán ganado una batalla al socialismo.

La propaganda católica anda repartiendo entre nuestros obreros sus hojas religiosas; ¿cuántos millares compra V. cada mes de estas hojas que por su baratura, más que venderse, se regalan? Y no obstante, si con ellas lograse V. desvanecer una preocupacion, desarraigar un vicio, ó infundir una enseñanza, ¿no les habría ganado V. otra batalla á los enemigos de la Religion y de la sociedad?

Andan por ahí en anuncios y prospectos publicaciones periódicas creadas con el solo fin de popularizar las sanas ideas. ¿Cuántos ejemplares toma V. de cada una de estas publicaciones? El protestante inglés, el bobalicon espiritista, el agente de la Internacional gastan su oro para corromper nuestro pueblo; ¿ha de ser menos celoso que ellos el católico español en bien de su propia patria?

¿Pertenece V. á sociedades de beneficencia? ¿Trabaja V. en las Conferencias de san Vicente de Paul, en la Caridad cristiana ó en otra cualquiera? Pues no eche V. en saco roto, que eso deshace más barricadas que el Remington ó los cañoncitos Krupp.

¿Con qué donativos contribuye V. al esplendor del culto de Dios, pendiente hoy como sus ministros casi únicamente de la caridad particular? Porque ha de saber V. que en este punto parece se ha efectuado ya la separacion de la Iglesia y del Estado. ¡Así no anduviese tan unido el segundo con la primera para atormentarla!

Hé aquí indicados algunos pocos de los muchos usos que puede V. hacer de su dinero contra la impiedad y la corrupcion, que tambien á fuerza de dinero han realizado gran parte de sus conquistas.

Mas, quédale aún á V. otro capital. El de su prestigio. Y de éste, ¿qué he de decir yo que V. no sepa?

No deje V. por debilidad ó respeto humano, no deje V. jamás de asociar su nombre á cualquier empresa laudable.

No se avergüence V. de su religion, como no se avergüenzan nuestros enemigos de su impiedad.

No niegue á Dios y á los actos de su culto el obsequio público de su persona.

Dé con su ejemplo aliento á los débiles y confianza á los tímidos.

Sea ajustado en su conducta, y rígido y severo en sus prácticas religiosas.

Honre á su párroco y ame á su parroquia, y apóyela y defiéndala, y sea el más celoso de sus feligreses.

Cuando tanto y tanto se combate contra ella, ¿no comprende V. que será tal vez porque el pacífico campanario que señorea nuestras viviendas es el mejor pararayos contra las revoluciones sociales?

Con pena he hablado de la Religion solamente bajo el aspecto de su utilidad social; no crea V. por eso que doy menos importancia á más altas consideraciones.

¿Y Dios?

¿Y el deber?

¿Y el alma?

¿Y la eternidad?

Tal vez me saque V. como abonada excusa lo crítico de las circunstancias. Pues ¡vaya! ¡Si eso precisamente es lo que debiera ser su estimulante!

¿Por qué han de ser más celosos y más activos que nunca

los hombres de bien, sino porque los tiempos son pésimos?

A tiempos normales, hombres normales; eso es lo regular: mas á tiempos críticos, hombres extraordinarios; eso es lo que se exige.

Además de que no son las circunstancias las que han de dar el temple á los hombres. Los hombres son al revés los que han de dominar é imponerse á las circunstancias.

Y ¿cómo nos atreverémos á llamar en nuestro auxilio á Dios, si nada hacemos por nuestra parte para secundar sus divinos designios?

«Las ocasiones ó las circunstancias, dice la *Imitacion de Cristo,* no hacen frágil al hombre, sino que ponen de manifiesto lo que es.»

Hé aquí, pues, á qué se reducirá en el juicio de Dios esta fatal excusa; á nuevo y mayor cargo de condenacion.

¿Y V. todo eso olvida, mi D. Jeremías, y se está V. quietecito al amor de la lumbre de su chimenea sin atreverse ni áun á mirarle el rostro al enemigo? Y mientras tanto sigue bramando la tempestad y avanzando la hueste del infierno: ¿no teme V. se le echen en cara en el dia de la catástrofe aquellas palabras que al último rey de Granada le dijo la sultana su madre despues de la derrota: «¡Llora, llora como mujer, ya que no supiste defenderte como hombre!»

Eso dije á mi amigo, y eso digo hoy á todo el que en este cuadro se hallare retratado.

XCIX.

RICOS MUY POBRES.



ÓMO? ¿Les parece á Vds. paradoja el título que ahí al frente acaban de leer? Pues yo les digo, amigos mios, que no es tal paradoja, sino clara y evidente verdad. Y por desgracia muy comun; tanto que no se suelen encontrar sino ejemplos vivos de ella á cada volver de esquina.

Hay pobres de estos que es una compasion.

Y me atrevo á sentar aquí un concepto que no sé cómo lo van á tomar muchos de mis hermanos, pero que, guste ó no guste, me lo han de oir.

Es el siguiente:

Tengo para mí que la gran llaga social del *pauperismo,* de que hablan tanto por ahí escritores de todos tamaños y calibres, no consiste precisamente en que sufran y giman en medio de los esplendores de nuestra dorada sociedad tantos pobres sumamente pobres, sino más bien en que gocen y vegeten en ella tantos ricos que no son menos pobres, sino que lo son mucho más que los de aquel grupo anterior.

Este, este es el más horrible y canceroso de los pauperismos, el de los ricos atacados y corroidos por él.

El pauperismo de muchos que tienen millones. El pauperismo de no pocos que habitan palacios. El pauperismo de varios que arrastran coche.

Más gráfico y más breve: El pauperismo de los pobres que no lo son.

¿Que no? ¿Que no existen tales ricos-pobres? ¿Que no se da en el mundo tal clase de pauperismo? Pues escúchenme un rato, que eso vamos juntos á examinar.

Llamo en primer lugar ricos muy pobres á los que con tener mucho, muchísimo dinero, no tienen aún bastante para saciar su hidrópica sed. Estos son los avaros.

Lástima da el avaro; más que lástima, horror; más que horror, asco; más aún que asco, indignacion. Es el pobre más pobre de todos los pobres de solemnidad. Es el pobre más infeliz de todos, el que se pudre en la más espantosa miseria.

Y eso aunque posea millones.

¿Que mucho si no es él quien posee los tales millones, sino los tales millones quienes le poseen á él? Y le tienen cautivo, esclavo, aherrojado con miserables cadenas, que le privan hasta de los más legítimos goces de la familia y de la sociedad, hasta de sus propias y más indispensables comodidades.

Dícese que el dinero se ha hecho para satisfacer á las necesidades del hombre, ¿no es verdad? Pues no señor: aquí el hombre es quien sirve y se sacrifica y pierde su salud, su paz, su vida y su alma y su cielo por el dinero.

Ved si hay pobre que lo sea más que éste, ved si hay mendigo en nuestras calles agobiado por más dura necesidad.

Pobre seria y muy pobre quien tuviese ante sí montes de oro, pero que tuviese juntamente al lado quien con espada desnuda ó con rewolver amartillado le estuviese diciendo todo el dia: «Mueres, si eso tocas.» Pues igual es la condicion del avaro por muy rico que sea, mas á quien impide el goce de sus riquezas tan negra pasion. Ténelas delante de sí, mas no para servirse de ellas, sino para que le atormenten con su brillo los ojos, y para que le despedacen con eterna hambre el corazon.

Hay, pues, ricos muy pobres, como decíamos al empezar. Y si quereis una muestra teneisla ahí.

Y va otra. La del rico, no avaro, pero sí pródigo, que es el lado opuesto de esta cuestion. Este tambien es un infeliz que puede y debe ser llamado pobre con toda propiedad. ¡Claro! ¡Como que por riquezas que tenga vive siempre agobiado de necesidades!

Necesidades que no le ha impuesto la naturaleza ni le ha

creado su posicion social; necesidades abrumadoras que él á sí propio se ha creado, convirtiendo en tales toda clase de antojos.

Echad un cálculo sobre su presupuesto. Tiene veinte de renta y gasta por más de cincuenta. Es, pues, pobre por más de treinta, ó mienten aquí las más vulgares matemáticas. Rico es, pero las mil necesidades ficticias que como chupadoras sanguijuelas lleva agarradas á su modo de vivir, hácenle vivir desastrosamente, hácenle pasar la vida apenada del más mísero de los mortales.

Decia una vez cierto gran filósofo pasando frente de un gran bazar lleno de toda suerte de inútiles preciosidades: «¡Ved cuán rico soy! ¡Cuántas cosas hay aquí que me sobran, pues no siento de ellas ninguna necesidad.» Al revés podria decir nuestro rico derrochador: «¡Cuán pobre soy! ¡Cuántas cosas hay en el mundo de las que sin pena carecen casi todos, y sin las cuales yo no obstante no puedo pasar!»

Vedle inquieto, afanoso, acongojado, más que el mendigo á quien falta el pan de sus hijos, más que el obrero que ve llegar el sábado sin poder traer á casa el acostumbrado jornal. ¡Qué miseria! Es forzoso sostener gran tren, es preciso tener ruidosas fiestas, es necesario emprender costosos viajes de recreo. Brillar, alborotar, ofuscar á los rivales. Y cada una de estas cosas le cuestan á su apesadumbrado espíritu agonías de muerte. Porque la verdad es que no llega á tanto el cuantioso caudal. Deplorables atrasos, vergonzosas deudas, usuras que ahogan como cien dogales, impacientes y cansados acreedores, lances y trampas de que salen malparadas la honra y la conciencia... ¡Oh qué tristes episodios los de la riqueza que no lo es, por encontrarse en desproporcion con las falsas necesidades!

Hé aquí otro de los ricos á quien llamará pobres en su más exacto sentido todo el que quiera llamar las cosas por su verdadero nombre.

Mas hay otra clase de pobres todavía que no dejan de causar compasion.

Entre el rico-pobre por avaricia, á quien ésta no deja disfrutar de su dinero, y que por tanto es pobre como si no le tuviese; y el rico-pobre por su loca prodigalidad, y que por

tanto es pobre porque tiene más necesidades que medios de satisfacerlas, hay otro rico-pobre, y es el que no hace de sus riquezas el uso recto y natural que todo rico cristiano debe de ellas hacer. Vamos á ejemplos prácticos, que son los que mejor ilustrarán la materia que andamos tratando.

—¡Qué pobre es D. Eleuterio, el señoron mi vecino de enfrente, á pesar de que tiene muy abundantes el oro y los billetes de banco en su herrada caja de resortes!

—¿Pobre, decis?

—Sí, amigo mio, pobre como el que más.

—Pues, digo: ni es avaro ni derrochador, gasta con órden y buena administracion. La de su casa podria servir de modelo á más de cien ministros de Hacienda.

—Y no obstante es pobre. Y ¿cómo no si todas sus riquezas no le bastarán para salvar el alma, que él con todas ellas se ha empeñado miserablemente en perder? ¡Y pensar que todo se puede comprar con las riquezas, hasta la patria celestial!

—Hombre, ¡esto es una barbaridad!

—Sí, amigo mio; ¡y hasta se puede sobornar y hacer cohechar con ellas al supremo Juez!

—Por Dios, ¡qué lenguaje es este!

—Más aún, ¡apagar los fuegos del purgatorio, y áun prevenir los del infierno si tanto me apurais!!!

—¿Estais loco ó hablais en razon?

—No estoy loco sino muy cristiano, y hablo en razon y muy de acuerdo con la santa fe.

—No caigo en la cuenta de esos rompe-cabezas.

—Que no lo son, amigo mio, que no lo son, pues está su solucion á la vista. La limosna, amigo mio, la limosna, ésta es la que hace todas estas maravillas, que á vos os han parecido estupendas herejías. La limosna es la que compra, sí, compra el reino de los cielos; la limosna es la que soborna y obliga á hacer cohecho al divino Juez para que más fácilmente perdone nuestros pecados; la que por fin redime de los castigos de la eternidad. En todos estos sentidos habla de la limosna la sagrada Escritura. Oidlo, que es la eterna palabra de Dios:

«La limosna libra de todo pecado y de la muerte eterna,

y no consentirá que vaya al infierno el alma del limosnero. (*Tob.* IV, 11).»

«De gran confianza servirá la limosna á todos los que la hayan practicado. (*Ibid.* IV, 12).»

«El agua apaga el fuego encendido, y la limosna libra de los pecados. (*Eccl.* III, 33).»

«Derrama tu limosna en el seno del pobre, y ella abogará por tí. (*Eccl.* XX, 15).»

«Redime con limosnas tus pecados, y tus iniquidades con obras de misericordia al pobre. (*Dan.* IV, 24).»

—Lugares decisivos son, y expresan claramente de la limosna cuanto habeis dicho de ella.

—¡Oh, sí! ¡Y cuán pobres son por tanto los ricos que no la hacen segun la medida de su posicion! Rico sin limosnas ¿cómo se atreverá á pedir á Dios el cielo, el cielo que sólo por limosna de misericordia se le puede dar? ¡Pobres ricos, más pobres en esto que los pobres más pobres!

Sí, porque al pobre le basta su buena voluntad, su generoso deseo, la compasion de su corazon, cuando otra cosa no puede dar en favor de su prójimo desvalido.

Mas el rico ha de dar, y ha de dar á manos llenas, si á manos llenas posee, y ha de dar á proporcion de las necesidades que viere, si Dios le ha dado á él tales sobrantes que las pueda con ellos remediar.

¡Feliz el rico por la limosna, si la ha dado! Mas tambien ¡pobre del rico por la limosna, si no la dió!

Supongamos un rico tan rico que estuviese nadando en oro y plata, que ni él mismo lo acertase á contar. Mas supongamos que en medio de sus millones se encontrase en dia de hambre sin un pedazo de pan, ni quien por todos los tesoros del mundo se lo pudiese vender. Moriríase de miseria el infeliz en medio de sus opulencias, pues todas ellas no le proporcionarian en aquel momento un mendrugo que llevar á la boca.

Hé aquí pintada al vivo la suerte de todos los ricos, que con todo y tener muchas riquezas no saben agenciarse el pan del alma, que es la gracia de Dios y la eterna salvacion.

Muérense de hambre en medio de sus tesoros, y de hambre rabiarán y gemirán desesperados por toda la eternidad.

¡Hambre eterna de Dios, hambre eterna del cielo, hambre eterna de dicha, hambre eterna del alma, que debe de ser horrible sobre toda ponderacion!

¡Oh ricos pobres! Reconoced al fin vuestra pobreza, y quered de una vez ser ricos de veras, pues tan á poca costa lo podeis ser. ¡Oh pauperismo cruel! ¡Llaga cancerosa que roe y devora las entrañas de nuestra al parecer tan brillante sociedad! No está, no, el grave mal social en que no tengan lo preciso muchos pobres, sino en que no sepan cómo se ha de tener lo supérfluo tantos ricos.

¡Ah feroz socialismo! Quizás seas tú por justos juicios de Dios el cauterio doloroso de tan fea gangrena, quizás seas tú el hierro extirpador de tanta inmundicia!

¡Oh santa Religion que mandas al rico ser pobre de espíritu, so pena de que no haya de ser de él el reino de los cielos! Ricos-pobres como los que acabamos de ver son infernal agosto de Satanás; ricos-pobres como los quisieras tú han sido en todos los siglos celestial cosecha de bienaventurados!

C.

AD MAJOREM DEI GLORIAM.

Habrás reparado, curioso lector, y si no lo repararás hoy, que al fin de todos sus trabajos y como obligada coletilla de ellos ponen ciertos autores (y yo con ellos) estas cuatro letritas jeroglíficas A. M. D. G., que tal vez más de cien veces te habrán hecho discurrir sobre cuál fuese su significacion.

No te marees por Dios, ni te apures por descifrarlas, que ahí te voy yo á dar limpia y declarada la solucion del enigma.

Parecióme oportuno que, pues tales letritas puse al fin de cada uno de los libritos que sueltos te dí, te diese asimismo la completa explicacion de ellas en el último de los ciento que forman la presente coleccion.

De esta suerte vendrá á ser todo este último librejo ni más ni menos que un más expresivo y declarado A. M. D. G. con que queden como cerrados y sellados y autorizados todos los demás.

A. M. D. G. significa, pues, «Ad majorem Dei gloriam.» Y «Ad majorem Dei gloriam» significa, en claro y castizo castellano: «A mayor gloria de Dios,» como muy bien lo habrás podido comprender por muy flojas que sean en lo tocante al idioma de Ciceron y de Horacio tus entendederas.

Entremos en algunas explicaciones.

Dios es autor de todo, y por Él y para Él son hechas todas las cosas, y á Él deben ser todas en primer y último término dirigidas. En primer término en cuanto á la intencion, aunque en último término tal vez en cuanto á la ejecucion.

De modo y manera que cualquier cosa que haga el fiel cristiano, ya coma, ya beba, ya hable, ya escriba, ya vele, ya duerma, ya ande, ya descanse, es de ley que lo haga para gloria de Dios, y poniendo en primero y último término de su operacion este deseo de que salga en ella Dios servido, honrado y glorificado.

Expresamente lo declara asi el Apóstol en una de sus más famosas cartas, y aunque no lo hubiese dicho él lo diria la propia razon.

Óyele al citado Doctor de las gentes, que usa para esto palabras de grandísima autoridad. «Ora comais, ora bebais, ó hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios. (*Corint.* x, 31).»

Y lo repite casi con iguales frases en otro lugar. «Todo cuanto haceis, sea de palabra, sea de obra, hacedlo todo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, dando por medio de Él gracias á Dios Padre. (*Coloss.* III, 17).»

Y la razon es clara.

De Dios somos nosotros y todas nuestras cosas, porque las cosas del siervo son todas del dueño á quien pertenece el mismo siervo, que sabido es aquel principio legal: «La cosa fructifica para su dueño.» Si, pues, es nuestro dueño Dios, y nosotros siervos y cosas suyas, á Él y solo á Él deben ser todas principalmente enderezadas, como que Él y solo Él es quien tiene sobre ellas primaria y esencial jurisdiccion.

De donde sacó el propio ya citado Apóstol aquel otro tan sabido pensamiento que, como regla de fundamental conducta, debiera traer perpétuamente grabado en su corazon todo fiel cristiano, especialmente el que se dedica á la propaganda de la verdad: «Ninguno de nosotros vive para si, y ninguno de nosotros muere para si. Que pues somos de Dios, si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Ora, pues, vivamos, ora muramos, del Señor somos. (*Rom.* XIV, 7 et 8).»

Lo cual es decisivo y categórico y sin apelacion.

Cielos y tierra, fieras y aves cumplen desde el primer dia de su creacion esta dulcísima ley, que es la razon fundamental de su existencia. Para eso fueron criadas todas las

cosas, para glorificar á su soberano Autor. Y lo cumplen áun sin darse cuenta de este su nobilísimo destino.

¡Y el hombre, único que, despues del ángel, al cumplirlo puede gozarse con lo glorioso de él, porque es el único que le conoce y puede avalorarlo; el hombre á quien para honra suya se ha impuesto no obligacion necesaria, sino obligacion libre, para que como libre rindiese al Criador el homenaje de su espontánea sumision; el hombre, digo, todo eso olvida, y más aún, de todo eso reniega!

Y como aquel desventurado que fingió la fábula (alegoría en esto de la verdad), enorgullécese con los dones que recibió de Dios, y va y sube al cielo, y róbale al poderoso dueño este homenaje que á Él solo debe estar consagrado. Y erigiéndose á sí propio en ídolo y falso dios de todos sus pensamientos, no para Dios sino para sí piensa y habla y escribe y obra y acomete arduas empresas y se impone costosos sacrificios y arrostra hasta crueles martirios.

Y atiéndase bien.

Todo esto ejecuta no para Dios sino para sí, para su renombre, para su fama, para su vanidad, para su conveniencia, para su personal adoracion.

Decid si no hay en esto un robo hecho á Dios con la más vil alevosía, porque se comete robando á Dios con las propias armas que nos dió Él para que á Él le sirviésemos, arrojándole ignominiosamente de su altar, levantándonos nosotros en su propio y para nosotros usurpado pedestal.

¡Idolatría! ¡Idolatría!

Peor aún, porque no es solamente idolatría, sino autolatría, ó culto del hombre por sí propio, que es el insulto más horrible que puede dirigirse á la Divinidad.

Contra esta, que fué la tentacion y la caida del ángel en el cielo, y es hoy casi siempre la tentacion y la caida del hombre en la presente vida, debe vivir armado el fiel cristiano, y traer siempre ante los ojos este lema: A. M. D. G., y darle siempre en rostro con él al enemigo seductor que intente engañarle.

No hay más Dios que el único verdadero Dios, y á Él se debe todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.

Pero, además de los derechos esenciales que tiene Dios

como Criador, es decir como autor de todas las perfecciones que brillan en sus criaturas, se atreve el hombre en el presente siglo á negarle los otros derechos que le competen á Dios como Redentor, y como autor y consumador que es del órden sobrenatural.

Esta herejía insidiosa, verdadera epidemia moral de nuestros tiempos, es lo que se llama *naturalismo*. Es una cierta forma del ateismo, más terrible porque se presenta más embozada.

¿Qué importa, en efecto, reconocer la omnipotencia de Dios Padre, si se niega la gracia de Dios Hijo y la virtud de Dios Espíritu Santo?

Dios, revelado al mundo por las obras de sus manos, es Dios tan sólo á medias conocido, y sólo con el ojo miope y vacilante de la razon. La completa revelacion de Dios la ha hecho al mundo el Verbo encarnado, Jesucristo. Y no hay otro nombre en el cielo ó en la tierra por el cual pueda ser ilustrada como debe y guiada á su salvacion como debe la humana criatura. Asi como no hay tampoco en el cielo ni en la tierra criatura alguna que pueda dar á Dios gloria digna de su excelsa majestad, y sí sólo se la puede dar la Humanidad de Cristo unida personalmente al Verbo Hijo de Dios. Cristo, pues, así como para la criatura es el gran Revelador y el gran Salvador, es para Dios el gran Glorificador.

Cuando, pues, decimos «Ad majorem Dei gloriam,» ó cuando ponemos al fin ó á la cabecera de nuestros trabajos la cifra A. M. D. G., que esto significa, pedimos para Dios no precisamente la gloria que le podemos dar nosotros, viles criaturas suyas, sino la gloria *mayor*, esto es, la que puede únicamente darle Cristo, en este sentido único y supremo glorificador. Es la fórmula A. M. D. G. toda una profesion del sobrenaturalismo cristiano, contra la perversa herejía naturalista, que si afecta respetar al Dios de la creacion, niega ó no tiene en cuenta para nada al Dios de la redencion y de la justificacion. Es hoy dia como la fórmula completa del verdadero Catolicismo, en oposicion á los que niegan el órden sobrenatural.

Ad majorem Dei gloriam! fué la divisa del gran Ignacio de

Loyola y el santo y seña que dió para los actuales combates á su valerosa Compañía. Bien conoció el insigne adalid para qué tiempos la fundaba, tiempos en que no tanto se habian de negar los derechos de Dios Padre, como los de su Hijo el divino Jesús.

Ad majorem Dei gloriam! Este es como el punto fundamental de todo aquel tratado de matemáticas espirituales que se llama *El libro de los Ejercicios*. Todos sus corolarios teóricos y prácticos nacen, como de raíz, de aquel luminoso axioma que se sienta en la primera página de ellos: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir á Dios nuestro Señor.»

Ad majorem Dei gloriam! Falsa es y por tanto estéril la propaganda que en eso primariamente no se inspire. Por más que se llame católica y crea serlo no será tal, sino naturalista y por otro nombre liberal. Que no como medio de civilizacion y cultura, no como freno de pasiones demagógicas, no como razon poderosa de Estado, no como mera perfeccion y progreso del humano espíritu se debe predicar la fe y se deben popularizar sus verdades y su moral, sino como tributo debido á la gloria de Dios Padre por medio de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo, y como único camino de eterna salvacion para el hombre, que con ellos debe ser glorificado un dia en el cielo y con ellos debe ser su eterno glorificador.

Ad majorem Dei gloriam! Norte de todas nuestras intenciones, punto de partida de todas nuestras empresas, interior y si es posible exterior sobrescrito de cuanto hablemos ó escribamos, vida y espíritu y aliento é íntimo de todo cuanto obremos, dará á los más insignificantes actos de nuestra vida toda la importancia y grandiosidad de actos sobre los que se derrama un reflejo de la grandeza de la vida eterna. Esta espiritual esencia diviniza, por decirlo así, todo lo humano, ennoblece todo lo más vil, engrandece y eleva todo lo más ruin y rastrero. Así como ¡ay! el menguado naturalismo es una tendencia á humanizar y á empequeñecer y por tanto á anular, si posible fuese, hasta las cosas más grandes del alma, de la eternidad y de Dios.

Ad majorem Dei gloriam! Así pensad, así hablad, así es-

cribid, así trabajad, y os sentiréis fortalecidos, alentados, briosos, incansables, que el hombre suele ser todo lo que es su ideal; si éste es grande, como él grande; si éste es pequeño y bastardo, como él bastardo y pequeño. ¿Qué le han de importar los hombres y sus aplausos ó sus diatribas y sus auxilios ó sus obstáculos, y áun el fruto que saque ó deje de sacar de ellos, á quien trabaje principalmente para Dios, para la gloria de Dios?

Ad majorem Dei gloriam! ¡Séquense, Señor, mi brazo y mi mano si para otro fin último que ese he de mover un minuto solo la pluma que Vos me disteis, como se le da al soldado la espada para blandirla sólo por su rey! ¡Anúdese al paladar la lengua, deje de vibrar la fibra y de palpitar el corazon y de arder con vivos destellos la inteligencia, si á otro objeto que á ese, único digno de Vos y de mí, debiese consagrarse! ¡Sea todo acá para vuestra gloria, Dios mio; modo único de que al fin Vos y vuestra gloria seais todo para mi eterno galardon!

Y ¿no es verdad, lectores mios, que despues de estas reflexiones os va pareciendo bello y santo como un himno del cielo el sencillo A. M. D. G., que tantas veces visteis sin encontrar á primera vista significado especial en él?

Himno es, sí, himno del cielo, como que allí no se ha de cantar otro por toda la eternidad.

Con el título general de *Propaganda católica,* por D. Felix Sardá y Salvany, Pbro., hemos empezado á publicar coleccionados los opúsculos de este Autor, que formarán por de pronto unos cuatro ó cinco tomos como el presente, sin perjuicio de algun otro que pueda más adelante añadirse.

Serán todos aproximadamente como este primero, y costarán en rústica 16 reales, y lujosamente encuadernados en percalina y planchas doradas, 24. Con la misma encuadernacion y canto dorado, 30 reales.

Los mismos opúsculos seguirán expendiéndose sueltos para la Propaganda en la forma y precio ya sabidos.

TOMO II (en prensa).

Contendrá: La chimenea y el campanario.—¿Qué hay sobre el espiritismo?—Ricos y pobres.—¿Qué falta hacen los frailes?—A una señora... y á muchas.—El culto de María.—Nimiedades católicas.—¡Pobres espiritistas!—Los malos periódicos.—El dinero de los católicos.—La voz de la cuaresma.—El *Padre nuestro.*—Los desheredados.—El protestantismo, de donde viene y á donde vá.—Cosas del dia.—¿Para qué sirven las monjas?—Bien ¿y qué?—El clero y el pueblo.—Las diversiones y la moral.

Estará á la venta dentro unos tres meses poco más ó menos.